En tus sueños



A.J. BRICEÑO

EDITORIAL
TINTA Y ALQUIMIA

EDITORIAL
TINTA Y ALQUIMIA

A.J. BRICEÑO

EN TUS SUEÑOS

EN TUS SUEÑOS

Autor: A.J. BRICEÑO
© 2026 Segunda edición: Febrero de 2026
Sello: Independently published
Diseño de cubierta: Editorial tinta y alquimia
Maquetación: Editorial tinta y alquimia

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, incluidos el tratamiento informático y la distribución en red, sin autorización previa del titular de los derechos.

❀ Sinopsis ❀

Annia es una joven que recuerda vagamente lo que sucedió el día en que perdió a su padre. Su muerte es una herida que, con el paso de los años y debido al misterio que la envuelve, no ha podido cerrar.

A través de sus propias experiencias y de la reconstrucción de la historia de la infancia y la adolescencia de su madre, Annia encontrará las pistas que la llevarán a conocer la verdad.

Sin embargo, hurgar en el pasado podría tener consecuencias devastadoras para ella y sus seres más amados.

Dos historias —pasado y presente— se cruzarán en una vorágine que pondrá fin a una larga cadena de secretos dolorosos y mentiras que se han vivido durante generaciones.

LA CAÍDA DE LOS PÉTALOS

Mis padres solían decir todo el tiempo que yo era una niña soñadora, alegre, parlanchina y dormilona. Era la alegría de mi padre y el orgullo de mi madre. Crecí en un hogar lleno de amor. Nada me hizo falta, ni nada pudo ser más perfecto.

Nunca pensé ser merecedora de tanta felicidad.

Cada llegada de la primavera anunciaba a todas voces la proximidad de mi cumpleaños. El jardín de mi casa comenzaba a florecer. A mi ventana llegaba cada mañana el dulce aroma de los árboles en flor.

En mi cumpleaños, mi padre solía llenar mi alcoba de toda clase de flores que él mismo cultivaba. Lo hacía mientras yo dormía.

Al despertar, me veía rodeada de un sinfín de rosas. Me costaba entender si ya había despertado o si aún me encontraba en el país de los sueños.

Mis padres compartían esa alegría descomunal conmigo mientras me observaban: mi padre, recargado en el marco de la habitación, abrazaba a mi madre, quien me sonreía amorosamente. Después se acercaban a mí y empezábamos a jugar y a reír, con las flores cubriéndonos de besos.

A medida que fui creciendo, me gustaba ver cómo mi padre acomodaba el tapiz floral a lo largo y ancho de mi alcoba. Durante los últimos años que gocé de esta inmensa felicidad, solía fingir que dormía; sin embargo, con ojos semiabiertos, observaba cada uno de los movimientos cuidadosos y amorosos con los que mi padre colocaba los claveles, las lilas y las rosas. A veces me resultaba difícil no dejar escapar una risita de felicidad o correr a sus brazos para agradecer su bondad.

Ya fuera dormida o despierta, podía tejer en mi mente innumerables fantasías. Hilaba tremendas historias que contaba a mi padre. Decía que, muy seguramente, cuando fuera adulta me convertiría en una gran escritora, y realmente lo creí.

Sin embargo, la vida no es solo dicha. Un velo de tristeza cubrió a mi familia poco después de que cumplí once años. Ese fue el último cumpleaños en el que vi a mi padre, diligente y amorosamente, colocar las rosas en mi alcoba. Ese día hice trampa, como siempre, y me dediqué a mirar de reojo su bello rostro y la destreza con la que entretejía el tapiz floral. Me tapé la boca para no dejar escapar una risita que me delatara.

Esa mañana advertí algo diferente: mi padre se veía agotado y melancólico. Sentí su tristeza. Descubrí unas gruesas lágrimas resbalando sobre sus mejillas, mientras usaba las mangas de su camisa para secarlas.

Nunca lo había visto triste, ni mucho menos llorando; él siempre sonreía, siempre estaba alegre. No comprendí el porqué de su melancolía. Quería saltar a sus brazos para consolarlo y preguntarle por qué estaba así..., pero no tuve el valor de hacerlo. Me quedé en mi cama, observándolo, mientras sentía mi corazón hacerse pequeño.

—¿Por qué lloras, papá? —me pregunté en silencio.

Los días posteriores a la muerte de mi padre transcurrieron lentos y dolorosos. Mi madre se deshizo de todo lo relacionado con él, incluyendo sus regalos: muñecas, joyas, cuadros, cajas musicales... Todo se lo llevó; desplomada en el piso de mi habitación, lloré a grito abierto. Nunca más se mencionaría su nombre. Mi madre fue determinante en esto y cerró su corazón para siempre.

A pesar de este hecho, el recuerdo de mi padre lo conservé vivamente en mi memoria, en mi corazón, pero, sobre todo, en mis sueños... Dormir era mi consuelo. Sabía que mi padre estaría ahí esperándome, en cada uno de ellos. Todos los días me apuraba en terminar mis deberes escolares para irme a la cama temprano. Me despedía de mi madre con un beso y me iba a dormir con la

esperanza de encontrarme nuevamente con el rostro de mi padre y su dulce voz: un deseo que siempre se cumplía. Los sueños eran tan vívidos que, a veces, no lograba distinguir la delicada línea que los separaba de la realidad.

Con el tiempo comencé a despertar sintiendo un intenso dolor en el pecho que me decía que mi padre ya no estaba conmigo; que sus visitas y tiernos abrazos no eran reales; que se había marchado para siempre y nunca más iba a volver. Pronto las visitas comenzaron a espaciarse y su lugar fue asaltado por pesadillas.

La mañana en la que cumplí quince años me desperté extrañando el dulce aroma de las flores que antaño inundaban mi habitación con su exuberante fragancia. Me levanté y miré por la ventana hacia el jardín, donde los arbustos, árboles y rosales antaño solían florecer.

Una pequeña paloma se posó en el alféizar de mi ventana, como dándome los buenos días. La fragilidad de la criatura y la belleza de su blanco plumaje captaron mi atención. Abrí la ventana, por si acaso pudiera acariciarla. Era un dócil ejemplar que me permitió acunarla entre mis manos por unos breves momentos. Me perdí unos instantes admirando su belleza, mientras pensaba en lo doloroso que era, a veces, soñar con mi padre y despertar sin él a mi lado. En el fondo de mi corazón deseé liberarme de ese sufrimiento y no sentir ese dolor en mi pecho nunca más. La paloma, impaciente, hizo un movimiento para liberarse y, en un abrir y cerrar de ojos, agitando sus bellas alas blancas, escapó volando muy alto y muy lejos, detrás de los altos árboles, donde mi vista ya no pudo seguirla.

Curiosamente, esa fue la última vez que desperté después de soñar con mi padre.

Cinco años transcurrieron en los que no volví a ver a mi padre en mis sueños, ni a él ni a nadie más. No tenía pesadillas que me hicieran despertar en medio de la noche pidiendo auxilio; ni tampoco tenía esos sueños sin sentido y extraños que la mayoría de la gente suele tener. Solo había un inmenso e impresionante vacío en mi

inconsciente, donde solo existía la nada; donde ya nadie iba a visitarme ni yo visitaba a nadie más.

Contrario a lo que mis padres y yo misma pensábamos, dejé los libros y las fantasías de lado y opté por algo más serio. Decidí estudiar Arquitectura. Aunque, la verdad, nunca tuve aptitudes para el dibujo técnico y la tercera dimensión estaba negada para mí. Aun así, me empeciné en iniciar con lo que ya me había propuesto y estudié arduamente para colocarme en una de las mejores universidades del país. Mi madre y mis conocidos quedaron perplejos cuando los enteré de mi decisión. Sabía que estaba cometiendo un error, pero también sabía que podía ser buena en cualquier cosa que me propusiera.

A los veinte años cursaba el segundo año de mi carrera. No tenía muchos amigos, pues mi personalidad era un poco retraída. Mi cabello era castaño oscuro y ondulado; en aquella primavera me llegaba a media espalda. Siempre lo peinaba utilizando cintas como diademas; rara vez lo recogía. Mi padre solía peinarme de esta manera, dejando mis cabellos sueltos, atándolos solamente con cintillas. Me decía que este era hermoso, que brillaba como el mismo sol y no debía recogerlo, sino enseñarlo orgullosa al mundo entero. Era mi manera de honrar su memoria.

Todavía recuerdo el último beso que me dio mi padre cuando se despidió de mí en la puerta de la escuela. En mi mente y en mi corazón resuenan sus últimas palabras:

—Princesa, vendré a recogerte. No te impacientes y espérame —me dio un beso en la frente, me acomodó el cabello y agregó—: Te ves más bonita con el cabello así.

Lo esperé una hora, dos, tres, pero él nunca volvió. Sufrió un accidente automovilístico.

Tengo vagos y borrosos recuerdos de unos tíos lejanos, a quienes nunca antes había visto, recogiéndome y llevándome a casa; lugar donde reinaban la confusión y las lágrimas. Lo recuerdo todo entre brumas, porque aún me rehusaba a creer lo que estaba viviendo, y el dolor en mi pecho era grande y asfixiante.

Mi propia casa me parecía irreal; las personas se deslizaban ante mis ojos como figuras espectrales, yendo y viniendo; entrando y saliendo; subiendo y bajando las escaleras. La mayoría, desconocidas para mí. Mi madre estaba sentada en un sillón con actitud indiferente, mientras charlaba sin expresión con esos mismos extraños que fueron a recogerme. Alguien lloró a gritos, pero nadie me miró ni me abrazó. Nadie me consoló o me dio palabras de aliento.

Después de todo, nadie podía darme el consuelo que una niña de once años necesita cuando pierde a su padre. Si es que hay un consuelo para esto.

Mi mejor amiga era Clara, una bella jovencita rubia, cinco meses menor que yo. Clara y yo crecimos juntas, como hermanas. Mi madre dice que, de pequeñas, en muchas ocasiones compartimos la misma cuna. Quizás por eso nuestros destinos estuvieron irremediablemente entrelazados.

Mi familia y la de Clara siempre fueron muy unidas, pues se conocían desde su juventud. Isabel, mi madre, e Irenne, la madre de Clara, eran buenas amigas desde su adolescencia. Desde que tengo uso de razón, la imagen de ambas familias está en mis recuerdos.

Clara perdió a su madre un par de años después de que yo me despidiera de mi padre. Creo que esa fue la razón por la que fuimos tan amigas, a pesar de ser tan diferentes. Comprendíamos el dolor que nos aquejaba y secábamos la una las lágrimas de la otra.

LA FIESTA DE LA PRIMAVERA

—¡Es hoy! ¡Es hoy! —gritaba Clara mientras se colgaba con insistencia de mi brazo izquierdo.

—¡Clara! ¡Me asustaste! ¿Qué? ¿Qué es hoy? —pregunté, molesta, tratando de desprender a la pequeña rubiecita, que más bien parecía una sanguijuela.

Clara liberó mi brazo, se llevó la mano derecha a la boca y rió con singular alegría.

—Pues..., ¿qué más va a ser hoy? —me preguntó, aun advirtiendo mi enojo. En realidad, me había sacado un buen susto al interceptarme de esa manera en el pasillo de la escuela.

—¡Hoy es la fiesta de la primavera! —canturreó.

—¿Y eso qué? —respondí despectivamente mientras reanudaba el paso—. Yo no voy a fiestas —puntualicé.

—¿No irás? Pero, Annia... ¡Aarón! ¡A la fiesta va a ir Aarón!

—Aarón... —entorné los ojos, tratando de hacer encajar ese nombre con alguno de mis conocidos o pocos amigos, pero nada vino a mi mente. Miré a Clara con gesto de interrogación y negué con la cabeza. Ella bufó.

—¿Es que tengo que decírtelo todo yo? —me preguntó, un poco molesta—. ¡Aarón Schein! ¿Oyes bien? ¡Schein!

¡Vaya que sí la escuchaba bien! ¡Me estaba gritando prácticamente en el oído el apellido Schein!

—¿Conque Aarón? —la miré con suspicacia. Ella rió con malicia. De pronto supe a quién se refería.

Aarón Schein: un joven guapo, atlético y alegre. A mi parecer..., un fanfarrón, finalmente. Su reputación en la universidad, completamente enlodada. Y vaya que la institución era grande. En las aulas y los pasillos de la escuela, su nombre era famoso: conocido, a sus veinte años, como un auténtico «Casanova», un conquistador sin remedio. Le gustaba salir con chicas que no buscaran un compromiso; de cuando en cuando se metía en algún aprieto si alguna joven se enamoraba de él y entonces empezaba a acosarlo más de lo que él quisiera. Pero él era todo un rompecorazones. Conocía la manera de librarse de aquellas chicas que revoloteaban a sus pies, dejando corazones rotos y resentidos por aquí y por allá.

Bueno, tenía que reconocerle algo al tipo: podía ser un buen amigo. Era divertido y de personalidad liviana: juguetón y bromista, siempre con buen sentido del humor. Su única debilidad eran las mujeres; pero no cualquier tipo de mujeres: él buscaba a las más lindas; pero, si eran tontas, mucho mejor.

—¿Qué tienes tú con él, Clara? —quise saber, intrigada.

—Pues verás... —respondió Clara, mientras retorcía con su dedo índice su simpática y rubia coleta—. ¡No lo creerás! ¡No, seguro que no lo creerás!

Pues no le iba a creer si no me lo decía. Después de una pausa y risas nerviosas, ella continuó:

—Mario se ha hecho amigo de él, bueno... —dudó— no exactamente su amigo, pero el martes pasado llegué a casa temprano y ahí estaban los dos, en la sala, platicando. ¡Muy amena su conversación! ¡No podía creer que Aarón estuviera en mi casa!

¡Yo tampoco lo creía! ¿Qué tenía que hacer Aarón con alguien como Mario? Ellos dos no tenían nada que ver... ¿Y platicando sobre qué? ¿Desde cuándo a Mario le gustaba platicar con alguien como Aarón? A no ser que la plática tratara de chicas..., pero Mario no era así.

Mario era inteligente, diferente, y yo jamás le había conocido siquiera una novia. No me cabía en la cabeza cómo esos dos podían siquiera congeniar en algo.

—Pero, Clara... —interrumpí mis pensamientos—. ¿Tú quieres ir a esa fiesta solo porque va él?

—Pues..., sí —respondió casi para sí misma.

—Pero sabes lo que se dice de Aarón —torcí la boca; luego el pánico se apoderó de mí y elevé la voz—: ¡No creo que sea buena idea!

—Mira, Annia —contestó; sus ojos verdes ya revelaban cierta irritación. A Clara no le gustaba escuchar que sus ideas no eran buenas o que tal chico no le convenía—: Aarón se acercó a mí ese día —continuó—. Yo estaba en la cocina bebiendo un vaso de soda cuando me tomó por sorpresa, diciendo que ya me conocía. ¿Puedes creerlo? ¡Ya me había visto antes!

«Por supuesto que te había visto...». Lo pensé, pero no lo dije. Clara gustaba de vestir blusas con tremendos escotes y pantalones muy ajustados. Aunque era bajita y un poco menuda, tenía formas bien definidas, una cadera redondeada y un busto firme que podía llamar la atención de cualquier hombre.

—Platicamos unos momentos —prosiguió—. Él me hizo reír mucho. Me preguntó si asistiría a la fiesta y yo le dije que todavía no sabía; y él me dijo que le gustaría verme ahí. ¡Que le encantaría bailar conmigo! ¡¿Puedes creerlo?!

—¿Y qué tal si quiere jugar contigo? —alegué, tratando de persuadirla. No me gustaba la manera en que sus ojos brillaban cada vez que decía su nombre—. ¿No te acuerdas de que hasta hace poco salía con Mildred Fox? —pensé en un último recurso para disuadirla—. Después ella se encerraba en el baño de la facultad y permanecía ahí por horas y horas, a pesar de que había una larga fila esperando. Ella continuaba sentada en el excusado, llorando desconsolada, y yo tenía que tranquilizarla y decirle que el tipo era un idiota. ¡A pesar de que yo ni siquiera lo conocía! Hasta que un

buen día lo entendió y dejó de llorar por los rincones. ¡Yo no quiero verte así a ti también!

«Ni quiero tener que esperar horas para poder entrar al baño».

—No, Annia, no quiere jugar conmigo. Él sabe que Mario me protege. ¿Por qué meterse con la hermana de un tipo que es más grande y más fuerte que él si no la va a tomar en serio?

Clara decía una gran verdad. Mario cuidaba de ella. Él nunca permitiría que nadie le hiciera daño. Mario siempre lo resolvía todo.

—Está bien, Clara —suspiré derrotada—. Solo ten cuidado; ya sabes cómo es él. —Todavía el recuerdo de Mildred Fox, sentada sobre el excusado mientras lloraba, me ponía los pelos de punta.

—Tal vez Milly no nos contó toda la verdad —dijo, como leyendo mis pensamientos—. Puede tratarse de cosas que inventa la gente. ¡Por Dios! ¡Es lindísimo, guapo, bromista, inteligente! ¡Todo lo que una chica puede desear!

—Yo diría que es un patán —concluí—, pero está bien, Clara: ya sabes que siempre te he apoyado.

—Entonces, ¿irás conmigo, Annia?

—¡Claro que no! En eso sí que no te apoyo —solté una risotada.

—¿Por qué no? —insistió—. Anda, ve conmigo.

—No, Clara. No me gustan las fiestas. Ya lo sabes...

—Anda, Annia. Solo será un rato... No tengo con quién ir.

—¿Y tu hermano? ¿No irá?

—No creo, la verdad... Dice que ya no tiene edad para esas cosas.

—¡Ya veo! —suspiré desconsolada mientras me introducía al salón de clases. Sabía que terminaría accediendo a los deseos de mi amiga e iría a una fiesta a la que no quería asistir. En realidad, ninguna fiesta me gustaba.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Ese mismo día por la tarde fuimos al centro de la ciudad para comprarnos ropa nueva para la ocasión. Sin muchos ánimos, observé cómo mi amiga se divertía entrando tienda tras tienda, probándose todos los vestidos y conjuntos que le gustaban. Yo me limitaba a esperarla afuera, mientras hacía como si mirara los escaparates. Cada vez que ella me miraba, le enseñaba una amplia sonrisa para que mi desánimo no la incomodara y continuara comprando con alegría.

Después de deambular casi tres horas, Clara por fin encontró un hermoso conjunto: un pantalón de color azul marino y una blusa de un blanco pálido, sin mangas, con delicadas líneas azules trazadas verticalmente. Tenía un cuello de puro encaje, abultado, y una simpática cinta del mismo azul le daba vuelta a la cintura; el pantalón era entallado, con unas bolsas traseras y delanteras que estaban cosidas con un finísimo hilo blanco. Yo compré un sencillo vestido de manta, corto y ligero, de color naranja pálido, con un escote modesto de encaje color beige y un cinto delgado del mismo color que se dejaba caer por la cintura.

Clara se veía, sin lugar a dudas, más hermosa y elegante que yo, que escogí una vestimenta por demás sencilla. Con la blusa que ella había elegido, su esponjoso busto sobresalía aún más.

Mi amiga era bella: tenía la tez extremadamente blanca, ojos verdes y pequeños; el pelo rubio y lacio; siempre lo usaba corto, un poco debajo de la barbilla. Su nariz era pequeña y respingada, y su diminuta boca tenía siempre un color rojizo, como la sangre. No era muy alta: era cuatro pulgadas más baja que yo, pero tenía un cuerpo muy bien formado y estaba muy orgullosa de sus cinco pies y dos pulgadas de estatura. Yo no era tan agraciada; más bien era delgada y no presentaba las curvas prominentes de mi amiga. Físicamente parecíamos ser la antítesis la una de la otra. Clara era rubia y yo, morena.

Afinamos los últimos detalles de nuestro atuendo en su alcoba. Ahí estábamos, como siempre, solos en esa casona: Clara, su hermano Mario y yo.

—¡Marioooooo! —gritaba Clara como desquiciada—. ¡Marioooo!

La puerta de la habitación de Mario estaba abierta. Él respondió, tranquilo y sereno como siempre, sin despegar la vista de su libro y sin soltar el lápiz de su mano. Estaba recargado en su silla favorita, con la pierna semicruzada, totalmente sumergido en un libro de física avanzada.

—¿Qué quieres, Clara? —preguntó.

—¿Vas a llevarnos a la fiesta, hermanito? —le contestó con una mueca graciosa.

—Sí, Clara —masculló Mario, apenas alzando la vista para mirarnos —. Siempre te llevo a donde me digas, ¿no?

—Bien —dijo Clara, mientras se miraba en su amplio espejo de pared para vanagloriarse de su apariencia una vez más.

❀❁ೃ✿ೃ❁❀

Mario detuvo el motor de su vehículo. Miró hacia todas direcciones y se volvió hacia nosotras.

—Por favor, Clara —dijo Mario—, si tienen algún problema o ven algo extraño, no duden en llamarme. Las recojo a las doce de la noche, ni más tarde ni más temprano.

—Ajá... —respondió Clara, con una incontrolable urgencia por bajar del vehículo. Mario parecía más su padre que su hermano mayor.

—¡Se ven muy guapas las dos! —exclamó Mario, sonriendo, cuando descendíamos del automóvil: Clara, del asiento del copiloto; yo, del asiento trasero.

—¡Annia! —sujetó mi mano—. Cuando termine su fiesta, te daré un obsequio; creo que te gustará... —me guiñó el ojo.

—¡Qué bien! —exclamé, contenta. Me gustaban mucho las sorpresas.

—¿Un regalo? —Clara se volvió a mirarlo—. Y a mí, que soy tu hermana, ¿no me darás nada?

Mario rio ante los reproches envidiosos de Clara.

—Se lo debo por su cumpleaños, hermanita, pero no te preocupes —le sonrió tiernamente—: también tengo algo para ti.

—¡Más te vale que sea algo muy bueno! ¡Si no, no me des nada! —amenazó Clara, azotando la puerta.

Mario nos dedicó una última y breve sonrisa.

—¡Nos vemos, chicas! —puso su automóvil en marcha y, en pocos segundos, le perdimos la pista.

—¡Bah! —bufó Clara con desinterés mientras entrábamos a la casa de campo—. Ya conozco sus regalos: terminando la noche, de seguro vendrá con un chocolate barato.

—¡No me importaría que fuera un chocolate! —aclaré mientras avanzábamos—. A mí me gustan.

Aunque tuve que reconocer que Clara tenía razón. A Mario nunca se le ocurría otra cosa.

Mario era el mayor de los hermanos Sanford. Aventajaba a su hermana por un poco más de cinco años. Clara era vivaz, parlanchina y despreocupada; a veces, un poco voluble e incluso superficial. Era posesiva por naturaleza, celosa y demandaba muchísima atención. Mario era todo lo contrario: callado, melancólico y reservado. Tenía buen sentido del humor, pero casi nunca lo demostraba. Yo, que lo conocí más de cerca, en raras ocasiones lo escuché bromear. Era alto, delgado, de tez clara, nariz larga y fina, y cabellos negrísimos, un poco largos, que solía peinar hacia atrás. Sus ojos aguamarina daban la apariencia de estar siempre tristes.

Los tres asistíamos a la misma universidad: una enorme institución ubicada al norte de Lynn, Massachusetts, a la que asistía la clase media alta. Mario cursaba el primer año del doctorado en Física.

Siempre fue nuestro guardián y protector. Nos cuidaba desde que tengo uso de razón. La presencia de Mario fue una constante en nuestras vidas. Nos salvó en muchas ocasiones y, en otras tantas, impidió que nos metiéramos en un lío.

El padre de Clara era el muy conocido y temido juez Carlo Sanford, nacido en el seno de una familia acomodada. Ejercía en el juzgado penal, en Lynn; tenía, además, su propio bufete de abogados. Era un hombre que gozaba de muchas influencias y tenía amigos poderosos. Era un hombre grandulón, con apariencia extraña, como si estuviera malhumorado todo el tiempo; sin embargo, aquellos que lo conocían más de cerca hablaban de un hombre triste y solitario, preso de una infinita melancolía, como su hijo.

En circunstancias que nadie conoce (o que pretenden conocer), un día de mayo Irenne, su esposa, se marchó, llevando consigo solamente una pequeña maleta con pocas pertenencias.

Eso decía la gente. Los rumores aseguraban que se había escapado con «un viejo amor». Cuatro años antes de su muerte, el matrimonio ya se había disuelto. Clara y Mario no supieron más de ella hasta que, un día nevado del mes de diciembre, cinco años después de su huida, una carta llegó a manos de Carlo Sanford: Irenne le rogaba que llevara a sus hijos a un hospital en el estado de Vermont, donde se encontraba agonizando a causa de un severo cáncer que se había alojado y crecido como enredadera en su estómago y pulmones.

Mario y Clara adoraban a su madre. Ella los mimaba y los cubría de besos y palabras dulces; los miraba tiernamente con sus bellos ojos verdes cuando estaban tristes y les acariciaba con dulzura el cabello y las mejillas, asegurándoles que todo saldría bien. Era una madre amorosa y entregada a sus dos hijos. Lo fue hasta el día en que se marchó. Ni Mario ni Clara se explicaban el porqué de su abandono, pero de alguna manera se las apañaron para vivir sin ella.

Carlo Sanford llevó a sus hijos a aquel lujoso hospital en Vermont. Alcanzaron a verla antes de que exhalara un último suspiro. Yaciendo en una cama, la enfermedad se había llevado toda su

belleza de antaño. Los rubios cabellos lucían descoloridos; su piel estaba pálida y marchita, al igual que sus ojos, ensombrecidos y hundidos, lejos de la belleza y la chispa que antes los caracterizó. Fue un breve momento en el que ni siquiera hubo tiempo suficiente para pedir explicaciones, y los reproches parecían ya no tener ningún sentido. Irenne musitó unas breves palabras antes de dormir para siempre.

Mario sintió desgarrarse por dentro su corazón y unos deseos incontrolables de llorar y gritar por muchos, muchos días, y para siempre, cuando ella finalmente cerró los ojos. No lo hizo. Permaneció callado y sin expresión, mirando a su lívida hermana. Clara simplemente abandonó la habitación, como si la mujer que acababa de morir fuera una extraña. Jamás volvió a hablar de ella: actuaría como si nunca hubiera existido. Enterró sus recuerdos en algún lugar y pretendió olvidarla para siempre.

Carlo Sanford hizo lo mismo y, desde ese día, jamás volvió a mirar a los ojos de su única y adorada hija.

Aún recuerdo aquellos viejos tiempos, cuando todo era felicidad y ni una lágrima resbalaba por nuestros rostros. Tengo bellos recuerdos de nuestra infancia: cuando mi padre estaba vivo y antes de que la madre de Clara se marchara; cuando nuestras familias estaban completas. Solíamos hacer viajes largos por carretera, llevando un sinfín de cosas para acampar a las orillas de ríos o lagos.

Mi padre y el de Clara forjaron, con el correr de los años, una amistad larga que, finalmente, los hacía sentirse como hermanos. Emprendieron muchos proyectos juntos y echaron a andar algunos negocios importantes. Aunque siempre era Carlo el que ponía el capital para aquellas propuestas, Marcos, mi padre, era siempre el que tenía las mejores ideas. Compraron una hermosa propiedad a las afueras de la ciudad. La llamaron «El Ensueño». Y la realidad era que el nombre le hacía honor al lugar. Estaba cerca de un hermoso lago. La pequeña casita en donde pasábamos el verano estaba rodeada de un terreno vasto, lleno de árboles que reverdecían con

todo su primor durante la primavera. Tenía un huerto de rosas asombroso y un invernadero que era la adoración de mi padre.

Sin embargo, luego de aquellos acontecimientos, el lugar quedó en el más completo abandono. La propiedad no se vendió, pero nadie se hizo cargo de ella. Así, «El Ensueño» quedó en el olvido para siempre.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Eran las diez de la noche y aún permanecíamos sentadas en el mismo lugar. Para entonces, los estudiantes habían bebido demasiado y empezaban a ponerse cada vez más alegres y a tambalearse estúpidamente.

Con tres vasos de cerveza, Clara ya se veía sonrojada y empezaba a decir incoherencias. Yo solo bebí uno, pero, debido a la música estridente, me encontraba bastante aturdida.

—Estoy muy aburrida —me quejé después de bostezar—. ¡Y pensar que todavía faltan dos horas para que nos recojan!

—Ay, Annia, no digas eso. ¡No seas aguafiestas! —me animó Clara. De pronto, la tristeza nubló sus pequeños ojos verdes—. ¿Sabes qué es lo más horrible de todo esto?

—¿Qué cosa?

—¡Que Aarón ni siquiera vino! —hizo un berrinche.

—¡Oh! ¡Es verdad! —quise reír, pero los ojos melancólicos y un poco desenfocados de Clara me apremiaron a no hacerlo—. No te preocupes, Clara; tal vez venga más tarde. Es temprano todavía.

—Sí... Tienes razón —balbuceó, dejando escapar un hipo gracioso.

Me sumí de nuevo en mis pensamientos y mejor me dediqué a mirar el jardín de la propiedad. Estaba adornado con flores de papel de

todos los colores y tamaños, incluso las sillas y las mesas. En el escenario se anunciaba la pronta aparición de un grupo musical para amenizar la velada. A unos cuantos metros se encontraba la pista de baile. De pronto, una voz chillona me hizo regresar a la realidad.

—¡Mira, Annia! ¡Ahí viene Aarón! —exclamó Clara, al tiempo que pegaba un brinco en su asiento para ponerse de pie.

Ahí estaba el «gran Aarón», después de todo. El causante de mis horas de aburrimiento y mi tiempo perdido en aquella fiesta. Tres amigos lo acompañaban. Cruzaron el portón del jardín, bromeando. Su risa contagiosa se escuchaba hasta donde nos encontrábamos.

Miré con más detenimiento al chico que acaparaba la atención de todas las mujeres de mi clase. Ya entendía por qué le llamaban Casanova. En realidad era guapo y, en esa ocasión, se veía muy bien, engalanado con ropa de vestir. Normalmente prestaba muy poca atención a su vestimenta; sabía que le gustaba solamente la ropa deportiva. Pero esa ocasión se había engalanado con ropa de vestir: un pantalón fino de un azul muy oscuro y una camisa blanca matizada sutilmente con colores plateados. Se acababa de cortar el pelo y, al parecer... Me di un coscorrón mental antes de continuar: estaba prestando demasiada atención a los pequeños detalles.

Aarón entornó los ojos hacia donde estábamos. Me sentí avergonzada al darme cuenta de que había captado mi mirada de escrutinio. Desvié la vista hacia otro punto, perdido en la nada.

Un cuarto de hora después, sentí la presencia de alguien detrás de mí. Unos golpecitos en mi hombro izquierdo me hicieron voltear hacia esa dirección. Clara giró la cabeza en dirección opuesta a la mía. Aarón soltó una risotada. Habíamos caído en su ridículo juego.

Me sentí como una grandísima tonta. ¡Cómo aborrecía esa infantil y estúpida broma y, sin embargo, siempre caía! A Clara eso no le importó; al contrario: le pareció tan gracioso que no paraba de reír. Una vez que Aarón terminó de hacer mofa de nosotras, saludó:

—¡Que me lleve el tren! ¡Pero qué guapas están ustedes dos! —exclamó—. ¿Cómo se encuentran el día de hoy? —preguntó con aire

seductor.

—Bi-bi-bien... —tartamudeó Clara.

Aarón se giró a mirarme, buscando también mi respuesta.

—He estado mejor —respondí, indiferente, mostrándole mi más franca sonrisa fingida.

Esto pareció incomodarlo, pero no me importó; la verdad era que todavía me encontraba rabiosa conmigo misma. Aarón se dirigió hacia Clara, ignorando por completo mi desagradable mueca.

—¿Qué tal si tú y yo bailamos, Clara?

—¡Cla-claro! —exclamó emocionada. Se puso de pie y Aarón tomó su mano.

Me quedé en la mesa mientras veía cómo se dirigían a la pista. De todas maneras, yo no sabía bailar bien, y solo había ido a esa fiesta para hacerle compañía a Clara. Ahora me tocaba matar el tiempo de la mejor manera que me fuera posible.

Eran más de las once: Clara y Aarón seguían bailando, y yo seguía mirando mi reloj de pulsera mientras le rogaba a la manecilla larga que se diera prisa en coincidir con la corta, para que finalmente llegara la medianoche, hora en la que Mario nos recogería.

Eché nuevamente una mirada hacia la pareja. Era increíble cómo el pequeño cuerpecito de Clara pudiera tener tanta gracia y ritmo. Yo no era buena para el baile, así que estaba agradecida de que nadie me invitara a la pista.

En la mesa estaba Rose Mills junto con su novio, Andrew. Comencé a platicar con ellos, con la única esperanza de que el tiempo transcurriera más rápido si sus charlas resultaban interesantes.

Clara y Aarón regresaron a la mesa. Mi amiga se veía exageradamente cansada y feliz, jadeante y más despierta.

—¡Ay, ay, ay, me matan los pies! —exclamó mientras tomaba asiento.

De pronto sentí que alguien tomaba mi mano derecha.

—¿Bailamos? —preguntó Aarón.

Me quedé pasmada, sin saber qué decir. Quizás Clara se enojaría conmigo si accedía. Además, el pavor de dirigirme hacia la pista de baile hacía que se me retorciera el estómago.

Así que esperé la negativa de mi amiga, que, para mi sorpresa y desilusión, me apremió muy contenta:

—¡Anda! ¡Ve! ¡Ve!

Eso era exactamente lo que no quería escuchar de sus labios. La vergüenza y el miedo se apoderaron de mí. Si había algo a lo que le tenía más miedo que a las cucarachas, ese algo era bailar. Solo esperaba que a Aarón no le importaran mis dos pies izquierdos.

—Lo más probable es que te pise —le advertí—: mis pies nunca obedecen a mi cerebro.

—¡No te preocupes! ¡Trataré de esquivarlos! —respondió hábilmente.

Nos dirigimos a la pista, abriéndonos paso entre las parejas que bailaban, y nos ubicamos justo en el centro. Aun de lejos podía apreciar la graciosa figurilla de Clara, sirviéndose otro vaso de cerveza. En el templete de madera, el grupo musical tocaba y bailaba, amenizando la noche e invitando a los jóvenes a hacer lo propio.

Observé el tejabán de madera que cubría la pista: la estructura estaba adornada bellamente con listones de colores amarillos y azules por doquier. La iluminación era muy pobre, pues solo unas cuantas lámparas pálidas pendían del techo.

Aarón me tomó por la cintura, disponiéndose a disfrutar de una buena danza, si mis pies se lo permitían. Aarón bailaba muy bien. En más de tres ocasiones lo pisé y, en otras tantas, el ritmo se me escapó. Pero, para mi sorpresa, eso no pareció importarle. Después de tres canciones, rompió el silencio y me preguntó:

—Entonces, ¿te llamas Annia, verdad?

—Sí, Aarón, y soy la mejor amiga de Clara —dije, sintiéndome orgullosa por el apelativo que acababa de utilizar—. Además,

tomamos juntos el taller de dibujo, por si no lo habías notado...

—¡Oh! ¿En verdad? ¡Ah! ¡Creo que sí te he visto! —dijo por mera cortesía, sin perder el ritmo.

—¿Cómo es que eres amigo del hermano de Clara? —aproveché para preguntarle; la duda me seguía molestando.

—¿De Mario? —preguntó extrañado—. Pues... la verdad es que no lo conozco muy bien —añadió, al tiempo que me obligaba a dar una vuelta entera en la que me quedé atorada—. Tú sabes que él es tutor de materias básicas, ¿no es así?

—¡Ah, sí! —Mario tenía un grupo especial en la universidad, donde se dedicaba a dar asesorías a chicos con materias como Física, Química y Matemáticas; además de dar clases particulares.

—¡Yep! —respondió Aarón con singular alegría—. Él me da clases particulares de Física y Matemáticas. ¡Yo no soy bueno en eso!

—Ah... —suspiré—. Ahora entiendo.

—Entonces él es tu tutor... —murmuré, entendiendo por fin la conexión.

Aarón también cursaba el segundo año de Arquitectura. Solo coincidíamos en la clase del taller de dibujo.

No era raro que Aarón no hubiera notado antes que tanto Clara como yo asistíamos a la misma clase. Éramos tantos alumnos que no todos nos conocíamos. Sumado a eso, él no asistía con regularidad a los talleres y, si lo hacía, se la pasaba de lo lindo platicando con sus amigos.

Aarón me contó que había reprobado dos materias y que necesitaba ponerse al corriente; por eso había contratado a Mario como su tutor.

—¡Mario es genial! —exclamó Aarón—. La verdad me cae muy bien. Aunque es un poco serio, es un buen chico.

—Sí, ya lo creo —le respondí con una sonrisa, mientras procuraba no volver a perder el ritmo—. Él es extraordinario.

—¡Oye, Annia! —dijo súbitamente—. El sábado entrante tengo una invitación a una boda... ¿Te gustaría ir conmigo?

«¿Qué? ¿Qué?», me pregunté, escandalizada. Perdí el paso inmediatamente. Aarón no pudo contener la risa ante mi reacción tan obvia.

—Aarón..., yo...

En ese instante se escuchó un estruendoso ruido que nos hizo estremecer. La gente empezó a gritar y a correr con dirección a la puerta principal. Otros más trataban de buscar una salida saltándose la barda del patio trasero. No sabíamos bien lo que estaba sucediendo, hasta que vimos con horror cómo unas llamas comenzaron a alzarse en el fondo del jardín.

Aarón me tomó de la mano e intentamos abrirnos paso a través de la gente, que ya empezaba a amontonarse.

—¡Espera, Aarón! —lo detuve—. ¡¿Dónde está Clara?!

Ambos la buscamos alrededor.

—¡¿La ves?! —grité.

—¡No, no la veo! ¡Pero tenemos que salir de aquí!

Con horror vimos cómo una gran nube de humo comenzaba a expandirse a unos cuantos metros detrás de nosotros.

—¡Alguien llame a los bomberos! —se escuchó a lo lejos.

—¡Hay que salir de aquí! —gritaba otra voz, aterrada.

No sé cuántas personas estábamos ahí, pero sí recuerdo que éramos muchos los que estábamos atrapados en aquella casa de campo y caminábamos arrastrados por una espesa turba hacia la única salida, que era el portón principal.

Pronto se corrió la voz de que el portón estaba totalmente cerrado y que la única manera de escapar era saltando la altísima barda de madera que rodeaba la casa.

«¡Dios mío! ¿Y si alguien está herido o muerto? ¿Y si no salgo de aquí? ¿Y si muero aquí?».

Seguí buscando a Clara mientras Aarón y yo éramos empujados por la turba. Los gritos cada vez eran más desesperados.

Recordé que la última vez que había visto a Clara, ella estaba sentada en una de las mesas ubicadas cerca de la entrada principal. La pista de baile era, sin duda, el lugar más alejado de allí, por varios metros. Quizás ella ya había conseguido salir; quizás alguien la había ayudado a saltar la barda...

Aarón y yo seguíamos atorados entre la multitud; nuestras manos seguían aferradas. De pronto sentí que soltaba la mía y rápidamente lo perdí de vista. Entonces sentí un miedo aterrador.

—¡Aarón! ¡Aarón! —grité con horror.

No podía ver muy bien entre tanta oscuridad. La única luz que me alumbraba eran las llamas del incendio. Creí que había llegado mi final.

Me encontraba sola, avanzando entre la feroz turba. Varios chicos me derribaron en su intento por salir de aquel infierno. Quise incorporarme, pero las pisadas feroces de la gente me lo impidieron.

Alcancé a escuchar el crujir de maderas, como si el tejabán que cubría la pista de baile comenzara a precipitarse. Entonces supe que todo acabaría.

Encogida en el suelo, abracé mis piernas y oculté mi cabeza entre mis cabellos.

Empecé a sentir cómo el aire me faltaba y me resigné a morir. Traté de llenar mi mente de bellos recuerdos: la sonrisa de mi madre, el dulce rostro de mi padre, la risa de Clara, la mirada de Mario, la primavera y el dulce aroma de las flores. Me di cuenta de que tenía que despedirme de todo aquello que amaba... Evoqué mis pensamientos hacia un lugar mejor. A mi memoria vino «El Ensueño» y mi dulce padre, jugando conmigo en los jardines, cerca del lago, entretejiendo flores en mi cabello, que tanto adoraba.

Sentí, en una especie de alucinación, cómo mi padre me levantaba y me sostenía en sus fuertes brazos, como cuando era pequeña. Sentí el calor de su pecho y el palpitar de su cálido corazón. Aún

sumergida en esa ensoñación, advertí cómo alguien, a quien no podía ver, tomaba mi mano y me arrastraba unos cuantos pasos; para luego cargarme entre sus brazos. Supe entonces que todo estaría bien.

UNAS LILAS

Parte de lo que sucedió en el incendio me fue relatado por Clara, Aarón y el mismo Mario mucho tiempo después, durante el transcurso de esos años.

Mario llegó veinte minutos más temprano de lo acordado, estacionó su automóvil afuera de la casa de campo y esperó a que dieran las doce para recogernos. Cualquiera que lo hubiera visto se habría dado cuenta de que se encontraba nervioso, muy nervioso. Intentaba calmarse mientras garabateaba unas líneas en un cuaderno. Al cuarto para las doce, aproximadamente, escuchó la explosión y los gritos que le sucedieron. Descendió de su auto y corrió hacia la entrada. Vio a la turba dirigirse hacia la puerta y la llamarada enloquecida expandiéndose sin control. Pocos estudiantes saltaban la barda.

Los espantados vecinos salían de sus propiedades, indicando a gritos que la ayuda ya venía en camino.

Conmocionado, Mario le habló a su padre, quien apenas entendía lo que el joven le explicaba.

Para su alegría, segundos después de colgar, vio salir a su hermana. A pesar de ser tan pequeña, había logrado saltar el vallado.

Corrió a auxiliarla. Clara, envuelta en un mar de lágrimas, se abrazó a él.

—Qué bueno que saliste... —murmuró Mario, besándole la frente.

Al poco tiempo, Clara reaccionó.

—¡Mario! ¡Annia sigue ahí! ¡¿Cómo va a salir?!

—Los bomberos ya vienen, Clara —contestó, aturdido.

Los segundos le parecieron una eternidad. Desesperado, exclamó:

—¡Debemos hacer algo!

—¡¿Pero qué?! —preguntó Clara, casi en estado de shock.

—Debemos encontrar la manera de abrir la puerta. Hay demasiada gente adentro y no todos pueden saltar la barda.

—Sí, Mario. ¡Hay que intentarlo! —exclamó ella, tratando de no sucumbir al desmayo.

Mario era, como se dice, un estuche de monerías. Abrió velozmente la cajuela de su automóvil y extrajo un martillo de su caja de herramientas, lo suficientemente grande y duro para romper las bisagras.

Con suerte, muchas vidas se salvarían esa noche.

—¡Escuchen! ¡Golpearé las bisagras! ¡Necesito que retrocedan un poco! —les gritaba Mario a los jóvenes que golpeaban la puerta inútilmente con brazos y hombros.

El ruido y la confusión impidieron que entendieran sus palabras. Descorazonado, pensó que jamás lo lograría. Lo pensó un poco y dejó el martillo en el suelo. Arriesgando su vida, tomó impulso y se introdujo de un salto en el jardín.

—¡Por favor, ayúdenme a quitar la puerta para que todos salgan! ¡Retrocedan un poco!

Por fin lo escucharon y, en una tarea titánica, los jóvenes de enfrente se organizaron y formaron una pared humana, con el propósito de contener a la masa que no dejaba de empujar.

Mario trepó la barda y saltó de regreso. Tomó el mazo y se apresuró a golpear las bisagras del lado derecho. La fuerza que estaba empleando era descomunal. Clara jamás lo había visto así.

En un último intento, las bisagras por fin cedieron y la hoja se desprendió de un lado. La pared humana fue vencida y el lugar comenzó a vaciarse con facilidad. Mario fue empujado y cayó al suelo; tuvo que arrastrarse para salir de ahí. Rápidamente, el lugar comenzó a vaciarse.

Clara estaba desmayada cerca de su automóvil, sucumbiendo a la presión. Mario se acercó a ella, le tomó el pulso y la puso a salvo.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Desperté al día siguiente del accidente, después del mediodía. Lo primero que vi fue la delgada silueta blanca de una enfermera echando una ojeada a la bolsa de suero y luego a mi cánula intravenosa. Me sentía molida; ni siquiera podía articular una sola palabra. Estaba mareada y con muchas náuseas. Me incorporé un poco y atiné a preguntarle qué había sucedido.

—¡No se preocupe por nada! —me dijo, mostrando una sonrisa despreocupada—. ¡Se recuperará muy pronto! Le haré saber a sus familiares que ya despertó.

«¿Familiares? Si yo solo tenía a mi madre», pensé.

Sin embargo, agradecí con una sonrisa que apenas se dibujó en mi rostro. Después de todo, me encontraba viva. Poco a poco empecé a recordar lo sucedido la noche anterior.

Al poco tiempo llegó mi madre.

—¡Hija! ¡Despertaste! —exclamó con una excitación poco común en ella—. El doctor dice que puede darte de alta hoy mismo. ¡Qué alegría! Volveremos a casa y cuidaré muy bien de ti.

—Mamá —pregunté, un tanto nerviosa—, ¿qué pasó? Recuerdo la fiesta, el incendio... Yo me desmayé entre el gentío. Pero... ¿quién me sacó de ahí? ¿Quién me salvó? ¿Cómo están los demás? —Tenía tantas preguntas...

—¡Annia, fue horrible! La noticia salió en todos los periódicos. Pobrecillos... No saben bien cuál fue la causa del incendio. Están investigando. ¡Ay, hija! Ayer murieron siete jóvenes. ¡Pobrecillos! —repitió—. Otros tantos están gravemente heridos. ¡Qué tragedia! —Mi madre contrajo el gesto en una mueca de dolor.

En mi mente se repetían sus palabras una y otra vez:

«Murieron siete personas, murieron siete personas, murieron siete personas».

—¡Oh, Dios! —Las palabras de pronto cobraron sentido. ¡No podía creerlo!

A mi mente vino la imagen de Clara. Con la poca fuerza que tenía, estrujé el delicado cuerpo de mi madre.

—¡Mamá! ¡Clara! ¿Dónde está ella? ¿Está bien?

—Sí, ella está bien. No te preocupes. Está en casa, reposando.

Suspiré aliviada y me recosté de nuevo. Cabeceé unos instantes y entonces otro pensamiento funesto me asaltó.

—¿Y qué hay de Aarón? —me incorporé de golpe, casi gritando. Por supuesto, ella no sabía de quién le estaba hablando.

Me consoló diciéndome que no sabía quién era él, pero que en cuanto saliéramos del hospital preguntaríamos en la escuela.

Me dieron de alta alrededor de las seis de la tarde. El doctor estaba asombrado porque, a pesar de tener la muñeca izquierda rota y numerosos moretones repartidos en todo mi cuerpo —consecuencia lógica de haber sido molida por centenares de pies—, me sentía bien y estaba viva. Era un milagro.

Mi madre me llevó una muda de ropa y me ayudó a cambiarme. El doctor dio las últimas indicaciones, me revisó la garganta una vez más y programó una segunda revisión. Se despidió de mí con una amplia sonrisa y abandonó la habitación.

—Bueno, Annia —dijo mi madre—. Voy a firmar los papeles de tu alta y a traer una silla de ruedas para ti.

—¿Silla de ruedas? —pregunté, azorada—. ¡Pero si yo puedo caminar!

—Eso no está a discusión —dijo ella, meneando la cabeza—. El doctor lo aconsejó y así lo haremos.

—Está bien —respondí derrotada. No tenía la menor intención de empezar una discusión por eso.

Mi madre salió de la habitación. Seguí pensando en Aarón, preguntándome cómo estaría. Sin saber por qué, me moría de ganas de salir corriendo del hospital y preguntar en la escuela qué había pasado con él. O, con suerte, tal vez Clara podría decirme.

Envuelta en esos pensamientos estaba cuando dirigí la mirada hacia el pequeño clóset del rincón derecho de la habitación; la puerta de madera estaba un poco abierta, lo suficiente para distinguir que adentro se encontraban mis artículos personales y la ropa que llevaba puesta la noche anterior.

Arrastrándome como pude, me acerqué al mueble y me agaché para abrir la puertecilla: solo había un zapato, el vestido y un collar. El otro zapato con seguridad lo había perdido en la revuelta. Ni siquiera pensé en llevarme a casa la solitaria prenda. Me guardé el collar en uno de mis bolsillos, recogí mi vestido y lo extendí. Lógicamente, al llegar al hospital lo habían rasgado de ambos extremos para poder revisarme. Examiné sin mucha pena las trazas de lo que había sido aquel precioso vestido veraniego y pensé si valdría la pena llevármelo a casa. Después de todo, ¿qué más daba?

En esa simple duda me debatía cuando, de pronto, algo llamó mi atención: en el encaje del escote había algo. Mi corazón dio un vuelco cuando descubrí, entretejido cuidadosamente en el encaje, un ramillete de pequeñas lilas color púrpura.

Las flores aún estaban frescas.

«Pequeñas lilas...», pensé, y mi mente viajó hacia el pasado. Eran las flores favoritas de mi padre.

—¡Ah! —suspiraba aquel hombre entusiasmado mientras cortaba una pequeña florecita y se la daba a su hija—. ¡Estas son y serán siempre mis flores favoritas!

—¿Por qué, papá? —preguntaba la niña, frunciendo el ceño y examinando la diminuta flor—. No es la flor más bonita de tu jardín. ¡Tú tienes mejores! ¡La rosa de allá! —señalaba hacia la dirección donde crecían los imponentes rosales—. ¡Esa flor grandota blanca que está por allá! —se giraba en dirección opuesta, señalando los

majestuosos girasoles—. ¡Las que tienes en tus manos son muy chiquitas! ¡A mí me gustan más las otras!

El hombre soltó una sonora carcajada.

—Tal vez no sea tan grande ni tan soberbia como aquellas, pero es bella, pequeña y delicada. Estas flores, mi pequeña traviesita —continuó—, me gustan por su simplicidad y encanto. Además, son ellas las que me avisan con exactitud cuándo llegará mi estación favorita: ¡la primavera!

—¿Cómo que te avisan? —preguntó la niña, intrigada.

—Mmm... ¡Así es! Las demás flores no me dicen nada; incluso las rosas a veces suelen florecer en verano. Pero cuando los pequeños árboles de lila están en flor, ellos me indican que la primavera ya viene. ¡Y eso me llena de una inmensa alegría!

—¡Ah! —respondió la hija, un tanto más interesada.

—Además —dijo el padre con una sonrisa—, ¿quieres que te cuente un cuento acerca de esta bella flor?

—¡Sí, papá! ¡Cuéntame! —respondió, dando pequeños aplausos de emoción.

—Bueno, ¿qué te parece si nos sentamos?

Padre e hija se sentaron en el jardín y entonces el hombre empezó a contarle a la pequeña la siguiente historia:

Existió una ninfa, una hermosa joven, a la que le gustaba pasear por los bosques. Se divertía jugando con el río, con los animales y las plantas. Era tan alegre que el dios del bosque no pudo evitar enamorarse perdidamente de ella. Aunque él le habló de sus sentimientos, la ninfa no pudo corresponderle. El dios del bosque, entonces, se impacientó y comenzó a perseguir a la joven. Viendo que no tenía escapatoria, la joven corrió lo más rápido que pudo a través de los bosques y los montes, hasta que llegó a un hermoso río. Allí imploró y deseó ser convertida en la flor más bonita del mundo. La naturaleza la escuchó y su deseo fue hecho realidad. La joven fue convertida en un perfecto y bello árbol de lilas. Al llegar al

río, el dios del bosque no vio más a la hermosa criatura; en su lugar percibió el más fragante de los aromas que nunca antes había olfateado. Entonces se dio cuenta de que la preciosa ninfa había sido convertida en esta hermosa flor y, de esta manera, nunca moriría: cada primavera florecería y su aroma y belleza alegrarían para siempre a las criaturas del bosque.

—¡Ahhh! —exclamó la niña, entusiasmada—. ¿Significa que cada primavera esa hermosa joven vuelve a nacer?

El padre rió tiernamente mientras acariciaba el cabello de su hija.

—Bueno, Annia, es solo un cuento. Lo que quiero explicarte es que la belleza no se mide solamente por qué tan hermoso o grande luzca algo. Así como me dijiste acerca de las flores del rosal: son quizás veinte veces más grandes que estas florecitas pequeñas, y tú pensaste que por eso eran más bellas. La verdadera belleza no consiste en qué tan hermosa eres, qué color de ojos y cabello tienes o qué tan alto y grande seas. La verdadera belleza está dentro de ti: es tu propia esencia; tu corazón humilde y la fortaleza interior que poseas es lo que indica qué tan hermosa eres.

—Así —prosiguió el padre, enredando una de esas florecitas en los listones de su vestido—, esta diminuta flor es aún más brava y valiente que la misma rosa. Porque el caprichoso rosal necesita de muchos cuidados y una poda constante para ser tan bello como lo perciben tus ojos; porque, si no, muere. En cambio, los árboles de lila solo necesitan de agua para sobrevivir y florecer. Son más fuertes ante las inclemencias del tiempo y cada primavera florecen con todo su esplendor.

—Además —concluyó el padre, viendo los ojos de la niña, que lo miraba atónita—, en el lenguaje de las flores, la pequeña lila simboliza: «amor, fortaleza e inocencia». Todas las cualidades que yo veo en mi pequeña, que eres tú.

Recordé con claridad aquella tarde en la que mi padre me habló de las flores que más amaba y las que más le recordaban a mí: su hija.

Sentí mi corazón encogerse. Las lágrimas llenaron mis ojos al evocar ese recuerdo tan íntimo entre mi padre y yo, que creía haber olvidado.

—¡Papá! —lloré mientras abrazaba mi vestido como único consuelo —. ¡Me haces mucha falta!

Con lágrimas todavía en los ojos, desaté el pequeño ramillete y lo acomodé con cuidado en un pañuelo. Lo guardé con extrema precaución en uno de los compartimentos de mi bolsa.

No sabía quién había puesto esa flor en mi vestido. Me resultaba todo tan confuso. Además de mi padre, ¿quién más amaba tanto esas flores? ¿Y quién pudo rescatarme del incendio para después tener la delicadeza de atar con tanto cuidado las pequeñas flores cerca de mi pecho? Mi corazón se sentía agobiado ante el recuerdo de mi padre y estas interrogantes.

Cuando volvió mi madre, ya me encontraba más tranquila. No me agradó para nada que llevara consigo una silla de ruedas, que yo consideraba absolutamente innecesaria. Sin embargo, el saber que pronto volvería a casa y vería a todos mis seres queridos me llenó de alegría e hizo que me olvidara de ese pequeño detalle.

Dudé por un momento en comentarle a mi madre acerca de la flor. Cuando mi padre falleció, mamá ordenó arrancar todos los arbustos y rosales del jardín de la casa. Recuerdo haber llorado de tristeza e impotencia cuando vi desde mi habitación cómo aquellos señores cortaban sin piedad las flores que tanto había amado mi padre en vida.

Permanecí callada, arrugando con mis manos las cortinas de mi ventanal. Mamá tan solo me explicó que no quería saber nada de esas flores por el resto de su vida, ni tampoco tenía tiempo para cuidarlas. Sentí otro golpe asestado a mi corazón. No entendía por qué mi madre se mostraba tan dura. Intenté comprender el gran dolor que le provocaba el recuerdo vivo de su amado esposo, haciéndose presente cada primavera, cada verano. Aun pensando en todo aquello, me animé a preguntar:

—¡Mamá! —exclamé al tiempo que empujaba mi silla, recorriendo los pasillos del hospital.

—¿Sí? —respondió ella, disminuyendo el paso.

—De casualidad... —dudé por un momento— ¿tú pusiste una flor en mi vestido?

—¿Una flor en tu vestido? ¿De qué hablas? —preguntó, indiferente —. ¿Te sientes bien?

—Ah, sí, mamá. Olvídalo. —Suspiré. La duda permanecería en mi vida por mucho tiempo.

PALABRAS QUE NO DEBEN SER DICHAS

Lo primero que hice al llegar a casa fue levantarme como bólido de la silla de ruedas, ir a la sala y tomar el teléfono. Necesitaba hablar con Clara.

—¡Annia! —gritó mi madre, enojada—. ¿Para qué te traje la silla si no la vas a usar?

—¡Es que no la necesito, mamá! —contesté a todo pulmón. Me armé de valor en mi odisea para soportar el dolor que me producía caminar. Mi meta: el teléfono.

—¡Qué niña!... —reconvino, resentida, pero yo no hice caso.

Sostuve el auricular con el hombro derecho mientras marcaba el número de la casa de Clara con la única mano sana que tenía. Una voz masculina y familiar me contestó: su hermano, por supuesto.

—Sí, ¿diga? —Mario, al otro lado del auricular.

—¡Mario, Mario! ¡Soy Annia! ¿Cómo estás?

—¡Annia! —exclamó con una alegría descomunal que me desconcertó—. ¡Qué bueno que llamas! ¿Estás bien? Hoy íbamos a ir a visitarte Clara y yo. Preguntamos por ti en la mañana, y el médico nos dijo que estabas muy bien.

—Mmm... Sí, Mario, gracias... Estoy bien... Este... —apresuré mis palabras—. ¿Me podrías comunicar con Clara? Yo iba a lo que iba.

—Claro, Annia —respondió, recobrando su característico tono pasivo —. Cuídate y que te mejores pronto.

—Gracias, Mario, gracias.

—¡Annia! —chilló Clara tan fuerte que me obligó a alejar el auricular de mi oído—. ¡Annia! ¡Lo siento tanto! ¡Te dejé ahí! Salí antes que tú, pero yo... yo estaba tan preocupada por ti; me puse tan mal que me desmayé y no pude ayudarte. ¡Lo siento tanto!

—¿Pero tú estás bien, Clara?

—Sí, sí. Estoy muy bien, pero me siento tan mal contigo... ¡Ni siquiera pude ir a visitarte!

—¡No te preocupes, amiga! Lo mío no fue nada serio: solo golpecitos y rasguños sin importancia. ¡Ah!, y se me quebró la mano. Genial, ¿no? Pero... —corté mi alegría de tajo— supe que murieron siete personas...

—Sí, amiga. ¡Qué desgracia!

—¿Sabes quiénes eran?

—No los conocía, Annia. Eran de otra carrera.

—Qué triste... —respondí con absoluta seriedad.

Entonces pregunté lo que quería saber desde hacía ya mucho tiempo.

—¿Y Aarón? ¿Cómo está él?

—¡Ah, Annia! Está bien. Solo tiene unos cuantos golpes, y mucho menos serios que los tuyos. Hablé con él en la mañana. Está muy bien. Me preguntó por ti. Se alegró al saber que estabas mejor.

Suspiré aliviada. Mi corazón al fin descansaba. Él estaba bien. Pero ¿por qué me preocupaba tanto por Aarón, si apenas lo conocía?

—¡Annia! ¿Sigues ahí? —reclamó Clara ante mi mutismo.

—Perdón, es que me perdí en mis pensamientos.

—Entiendo... Le diré a Mario que me lleve más tarde a tu casa; así podremos platicar un poco mejor.

—¡Sí, claro! ¡Ven! ¡Aquí te espero! —respondí emocionada, por la ilusión de ver a mi amiga nuevamente.

—Quizá lleve unas películas y palomitas. ¡Nos vemos entonces! —añadió ella con su voz cantarina.

Clara y Mario llegaron más tarde. Mario quería ver cómo me encontraba. Molida... era la palabra perfecta para describir mi estado.

Cuando entraron a mi habitación, yo me encontraba descansando en la cama. Me alegré mucho de verlos. Ambos me abrazaron con mucho cuidado para no lastimarme. Mario me obsequió chocolates (para variar) y me deseó una pronta recuperación. Se despidió de nosotras y salió de la recámara.

Clara y yo comenzamos a bromear. Ella reía con tanta fuerza que creí que, de un momento a otro, iba a explotar. Dejé de prestar atención a los chistes de Clara cuando vi a Mario detenerse en seco ante la presencia de mi madre, que esperaba en el pasillo. Ella le clavó sus bellos ojos castaños, lanzándole una mirada extraña: una mezcla de sentimientos que no pude descifrar. No vi la expresión en el rostro de mi amigo, así que no pude saber si él vio lo mismo que yo. Sin decir más palabras, Mario salió de mi casa.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Era el cuarto día enclaustrada en mi alcoba. Mi madre no me permitía bajar las escaleras por temor a que fuera a lastimarme, aún más de lo que ya estaba. Me sentía desesperada. Le rogaba que me dejara salir tan solo unos momentos a nuestro raído patio, pero ella se negaba. Para colmo, mi amiga no me visitaba porque estaba muy ocupada con sus deberes escolares. Todo esto me ponía de muy mal humor.

Lamenté mucho no haber asistido al servicio funerario que la escuela había organizado para los siete jóvenes que murieron en el trágico accidente del baile de primavera. El lunes siguiente, la universidad decretó luto absoluto y bajó la bandera a media asta. Clara me contó que la marcha y la música de las trompetas de la escolta se escucharon tan tristes que más de una persona lloró en aquel

solemne momento. Se guardó un minuto de silencio por las almas de los siete jóvenes prometedores. Después, en el sepelio, una multitud se reunió para dar el último adiós a esas jóvenes vidas truncadas.

La noticia corrió como pan caliente desde la mañana del sábado y, para el martes, la escuela ya se encontraba en boca de todos. Se decía que muy probablemente las autoridades serían demandadas no solo por los padres de las víctimas, sino por la comunidad, que se unía ante la indignación de lo sucedido. Se haría responsable al comité encargado de organizar ese tipo de eventos. Además de indagar si verdaderamente el incendio había sido accidental, se alegaba —y con justa razón— que, de haber contado con la seguridad pertinente y, sobre todo, con salidas de emergencia, ni una sola vida se habría perdido esa noche. Nadie se explicaba por qué la puerta principal había sido cerrada antes de la medianoche.

Muchos estudiantes contaban a sus padres lo que aquel joven misterioso había hecho: tumbar la puerta a base de golpes. La mayoría de los que presenciaron el acto heroico pronto empezarían a esparcir el rumor, hasta que en toda la universidad —maestría y doctorado incluidos— era bien sabido que, gracias al valor de una persona, muchas de esas vidas se habían preservado. Sin embargo, los jóvenes que estuvieron en contacto directo con él no recordaban su rostro; ante el horror que estaban viviendo, su memoria no grabó su imagen. Mario estaba satisfecho con el anonimato. No quería la adulación de nadie ni ser reconocido como el héroe.

Muy en el fondo, aunque no lo dijera, yo sabía que Mario seguía recriminándose por no haber actuado unos minutos, unos segundos antes. Tal vez una vida más se habría salvado si él hubiera sido más rápido. Ese sentimiento de culpa sería otra carga más que añadir a su apesadumbrado corazón.

❀❁ঽ✿ঽ❁❀

Estaba sentada en mi pequeño escritorio, tratando de ponerme al corriente con mis tareas. De pronto escuché sonar el timbre de la puerta. Nadie atendió. Continué como si nada, tratando de entender qué tenía que ver la Revolución Industrial con la arquitectura contemporánea. Tan sumergida en la difícil tarea me encontraba, que pegué un salto cuando, de pronto, el timbre del teléfono sonó.

—¿Sí? —contesté, un poco agitada. Era mi madre.

—¡Mamá! ¿Por qué me hablas por teléfono si estás allá abajo? —le gritoneé.

—¡Es que estoy ocupada dando una lección! —contestó ella, dejando escapar una risilla—. ¡Ah, por cierto! ¡Tienes visita!

—¿Quién? —pregunté, un poco sorprendida—. ¿Es Clara?

—No sé, es un compañero de tu escuela. Ya le di el pase a tu habitación.

Cuando mi madre ocupaba sus tardes en nuestro pequeño salón de música dando clases de violín y piano a niños pequeños, se olvidaba por completo del mundo y de los protocolos de buenos modales. ¡Y eso que ella era una mujer refinada! Tenía la gravísima, la imperdonable mala costumbre de dejar pasar hasta mi cuarto a cualquiera que llegara a visitarme, sin siquiera avisarme antes. O, si lo hacía, me llamaba tontamente por teléfono para comunicármelo.

Por supuesto, con Clara y con Mario no existía ningún problema. Ellos me conocían tal y como era; es decir, desgreñada, sin una gota de maquillaje y con la cara brillosa. Pero cuando se trataba de alguien más, resultaba muy penoso recibirlo así. Además, yo aún estaba en pijama.

En esa ocasión lamentaría muchísimo más lo que mi madre había hecho.

Tocaron a mi puerta: tres golpecitos rítmicos. Traté de arreglar un poco mi cabello y de polvearme la cara. No logré mejorar mucho mi aspecto. Mi imagen no era precisamente la que me habría gustado mostrar ante la persona que, para mi sorpresa, se encontraba detrás de la puerta. Mi sexto sentido me decía de quién se trataba, pero me

rehusé a creerlo. Preferí pensar que era Mario. Y, si era él, estaba salvada. Sin remedio, me apuré a abrir.

Sin embargo, al abrir la puerta, mis temores se confirmaron: ahí estaba Aarón, con sus ojos color miel, su cabello castaño alborotado y su sonrisa perlada... todo bien vestido y arreglado, como siempre. Su fragancia inmediatamente penetró mis sentidos.

«Te odio, madre...», murmuré por lo bajo.

Me imagino que debió de ser muy gracioso para Aarón ver esa figurilla de apariencia deplorable frente a él. Yo tenía el cabello extremadamente alborotado, como si nunca hubiera estado en contacto con un cepillo. Vestía una playera gris deslavada que me quedaba extremadamente grande, unos sosos pantalones rosas que me llegaban hasta las rodillas y, para rematar, calzaba unas pantuflas ridículas, en forma de garras de león, enormes también para la talla de mis pies. Tenía, por si fuera poco, la mano enyesada y los mismos moretones y raspones que no terminaban por sanar.

«Desastre total...».

Aarón soltó una risotada al ver mi cara, que seguramente denotaba una terrible frustración.

—No te rías —le dije, dándole un pequeño empujón con la mano sana—. ¿Qué querías? ¡Si aquella mujer ni siquiera me ha dejado tomar un baño! —me tapé la boca al darme cuenta de que acababa de cometer otro gravísimo error: ¡le había confesado que tenía muchos días sin bañarme!

—¿Qué? —preguntó Aarón, extremadamente divertido—. ¿No me digas que no te has bañado desde el viernes? ¡Si ya es martes!

—¡Ahhh! ¡Claro que me bañé! —respingué, sabiendo que ya no me quedaba ningún honor por salvar—. ¡Me bañé el sábado en el hospital!

—Oh... ¡menos mal! —me guiñó un ojo—. ¡Empezaba a preocuparme!

—Pues no te preocupes —respondí entre molesta y divertida—; aún no estoy tan sucia.

—¿Pero seguramente a la señorita le dieron un baño de esponja, verdad? —continuó Aarón, sumamente entretenido con la conversación acerca de mi aseo personal—. ¡Pues déjeme decirle, señorita Mugrosa, que esos no cuentan!

Me quedé sin argumentos para defenderme.

—¡Pues si no le gusta al señorito el natural olor de rosas, puede irse con su nariz a otra parte! —repuse, poniendo fin a la broma.

Aarón soltó una última risotada. Sus ojos ambarinos brillaron aún más.

—Está bien, Annia... perdón... señorita Olor de Rosas. Prefiero quedarme aquí contigo, pero dime —preguntó con suspicacia, mirando hacia ambos lados de la habitación—, ¿vas a dejarme pasar algún día?

—¡Ah, sí! ¡Discúlpame! —contesté turbada; la graciosa discusión me había hecho olvidar darle el pase a la habitación.

Le ofrecí que tomara asiento en uno de los pequeños sillones de la salita blanca que tenía en la esquina derecha de la alcoba. Se arrellanó en uno de ellos y yo me senté en otro más pequeño, junto a él.

Tal vez Aarón comprendió que me sentía fatal y avergonzada por mi apariencia, pues guardé silencio durante mucho tiempo, mientras mecía los pies.

—Te ves bonita de todas formas... Me gusta toda esa melena alborotada —dijo tiernamente, quizás para hacerme sentir mejor—. Aunque, pobrecita, tienes muchos golpes.

—Así es... —carraspeé—. ¡Y una mano enyesada! —añadí con orgullo, mientras alzaba el brazo para mostrársela.

—Genial... —contestó él. Una sonrisa traviesa surcó su rostro.

Me sorprendí platicando con soltura con otro chico que no fuera mi hermano mayor: Mario. Gastábamos bromas y chistes. Su agudeza

era bastante buena, aunque a veces rayara con el humor negro. Lo cierto es que era muy divertido. Me arrancaba buenas y sonoras carcajadas que hacían que el estómago me doliera. Pienso que, si hubiera estado sana y le hubiera tenido más confianza, me habría retorcido de lo lindo en el piso, hasta reventar.

Pero dejé de reír cuando me habló del sepelio de nuestros compañeros. Le confesé lo mal que me sentía por no haber asistido. Él me animó diciéndome que, de todas maneras, no creía que hubiera podido siquiera acercarme a escuchar las palabras del sacerdote ni ver a los presentes dándoles el adiós en su última morada, pues era una verdadera muchedumbre, incluyendo los medios de comunicación. Él mismo reconoció que decidió retirarse, en vista de la gran cantidad de gente reunida, que no paraba de llegar.

—Es asombroso cómo la noticia se esparció. Ahora todos están indagando sobre el asunto —comentó un poco preocupado—. Lo peor es que se están haciendo averiguaciones, pues se cree que no fue un accidente...

—¿En verdad? —interrumpí, abriendo los ojos como platos.

—Sí... —rió, mientras imitaba mi cara y mi tono de gravedad.

Le di un golpecillo en el hombro.

—¡Ay! —chilló—. Dime..., ¿siempre eres así de agresiva? Aunque eres delgadita y solo tienes una mano sana, ¡sí duele! —añadió, sobándose el brazo.

—Sí, así soy cuando me hacen enojar —advertí y miré hacia otra dirección, con cara de enfado.

—¡Está bien! ¡Procuraré medir mis palabras de ahora en adelante!

Me volví a mirarlo y le saqué la lengua.

—Bueno —se puso de pie—, creo que debo retirarme para que la princesa pueda descansar.

—¡Oh, está bien! —acepté, obsequiándole una magnífica sonrisa que me salió naturalmente—. ¡Gracias por venir!

—De nada, ¡fue un placer! Espero verte pronto en la escuela. ¡Ojalá para entonces ya te hayas dado un baño! —añadió; no pudo dejar de gastarme una última broma.

Le hice una mueca graciosa, como de chango. Él se rió mucho. Se despidió con un beso en la mejilla y despeinó aún más mi cabello con sus manazas, en un movimiento gracioso.

Echada en la cama, pensaba en lo bien que me había sentido con Aarón ese rato. Después de todo, no parecía ser una mala persona, y se había tomado la molestia de ir a visitarme... Me preguntaba a qué se debería. «Tal vez tan solo quería saber si estaba bien», me respondí en seguida. Me convencí de que no debía darle tanta importancia al chico, así que traté de enfocar mi mente en otras cosas. Pero la simpatía de Aarón, la picardía de sus ojos y su estruendosa manera de reír aún me provocaban una sensación de alegría. No pude evitar que una sonrisa se asomara en mi rostro.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Transcurrió una semana después de la tragedia de la Universidad de Lynn. Las acusaciones por negligencia y las investigaciones aún atacaban a una de las instituciones más importantes del país.

Mi madre me llevó ese viernes por la tarde a una visita de rutina con el doctor Parker.

El rechoncho y bonachón médico de mi familia trabajaba en el hospital de Boston, donde yo había sido auxiliada la madrugada del incidente. Examinó la garganta, las pupilas, la respiración, y observó de paso las heridas y moretones que ya empezaban a sanar. Por último, tomó mi muñeca y la revisó.

—¡Bueno! ¡Pues estás tan sana que hasta envidia me das! —rió abiertamente—. Al parecer, los huesos ya han empezado a soldar, así que se acabaron las incapacidades para ti, jovencita. —El doctor Parker me conocía desde mis más tiernos años—. A partir de la próxima semana podrás hacer tu vida normalmente.

—¿En verdad? ¡Qué bueno! —exclamé emocionada. Ya quería regresar a la normalidad.

A pesar de que Clara trataba de visitarme siempre que podía, al igual que algunos de mis pocos amigos de la escuela; de que Mario me hacía llamadas breves para ver cómo me encontraba y me enviaba con frecuencia... chocolates; y de que Aarón había ido a visitarme nuevamente dos días atrás, estaba ansiosa de que llegara el fin del encierro; deseaba volver a la vida estudiantil a la que estaba tan acostumbrada. Mi madre recibió la noticia con agrado.

—¡Por cierto! —inquirió el doctor, con mirada y sonrisa suspicaces, mientras me acomodaba el delicado chal verde en el cuello—. ¿Qué cuenta aquel joven que te trajo el día del incendio? Parecía muy preocupado por ti...

Las palabras del doctor Parker estremecieron mi corazón. Hablaba de la persona que había salvado mi vida.

—¡Doctor! —lo miré fijamente—. ¿Usted lo vio? ¿Sabe quién es? ¿Podría describírmelo?

Él tosió para aclararse un poco la garganta.

—Creo que eso no puedo decírtelo, Annia. En realidad, yo no lo vi. Una de las enfermeras me avisó que te habían rescatado y que un joven te había traído a este hospital. En cuanto colgué, me dirigí hacia acá.

—Ah... —suspiré desilusionada, pero de pronto me animé a preguntar una vez más—. ¿Y esa enfermera... sabe usted quién es? ¿Puedo buscarla y preguntarle?

El doctor Parker se sintió enredado en un problema por haber hecho ese comentario.

—Annia, perdóname; son tantas las enfermeras que trabajan en ese hospital que no podría decirte —añadió con un tono que invitaba a concluir la conversación.

Y tuvo razón. No existía nada más que pudiera o quisiera preguntarle. Una vez más, la incógnita del misterioso hombre que

me salvó tendría que permanecer en mi corazón.

Mi madre no entendía mis sentimientos ni mi empeño por saber de quién se trataba. Después de todo, yo estaba viva. Lo demás... ¿qué importaba?

Salimos del hospital. El buen doctor Parker me asignó una nueva visita para la siguiente semana. Pensé que ya no sería necesario asistir a otra consulta, dado que yo ya estaba bien y lo que realmente quería saber él no me lo podía decir. Así que, ¿para qué volver?

Bueno, al menos ya sabía que era un hombre joven... y fuerte, ya que pudo levantarme de una pieza y sacarme de entre la turba. Sin embargo, sentía una gran tristeza. El misterio seguía sin resolverse. Me sentía desilusionada.

No sabía si era porque la incógnita persistía o porque, en algún momento, llegué a pensar que ese hombre era mi padre.

❀❁⊱✿⊰❁❀

El sábado, muy temprano, Clara me llamó por teléfono para invitarme a desayunar y a ir de compras al centro comercial de Burlington. Acepté gustosa, a pesar de que no me gustaba ir de compras, y menos con Clara, pero ya estaba fastidiada de la semana de clausura a la que mi madre me había sometido. Aún con pánico, mi madre me pidió que tuviera mucho cuidado al subir y bajar las escaleras del monstruo comercial, pero se consoló cuando supo que, como siempre, Mario la iba a hacer de nuestro chaperón y chofer.

Desayunamos en un restaurante antes de iniciar las compras maratónicas. Muy amablemente, Mario pagó la cuenta de todo lo que Clara y yo prácticamente nos devoramos, pues él solo tomó una taza de café y unos panecillos. Me refiero a que su economía dependía solo de su trabajo y de la beca que la escuela le otorgaba, pues, a pesar de ser de familia acomodada, no acostumbraba a pedirle ni un centavo a su padre. Para Clara, las cosas eran diferentes. Su padre le había otorgado una buena cantidad de

tarjetas de crédito que ella utilizaba a veces sin discreción. No obstante, Carlo nunca le reclamaba y se limitaba a pagar las estratosféricas sumas de sus estados de cuenta.

Aquella fue una de esas ocasiones. Clara entraba en una tienda, luego en otra, y salía ya fuera con unos zapatos, unos aretes, un sombrero o unos chales. La mayoría del tiempo, nosotros preferimos sentarnos en las bancas y esperarla afuera.

Después de dos horas, el fastidio era mayúsculo. Mario interrumpió uno de mis feroces bostezos:

—¡Ya te ves mejor, Buñuelo! —Las heridas y moretones casi habían desaparecido.

Solté una carcajada por haber sido vista en tan embarazosa acción. Mario no pudo evitar reírse ante la peculiar escena.

—¡Se ve que no has dormido bien! ¿Eh? —dijo con sarcasmo.

—Perdón, eso estuvo fatal —me disculpé por mera educación, pero sin sentir una pizca de vergüenza—. ¡Estoy que me muero de aburrimiento, Mario! —chillé, mientras estrujaba la manga de su camisa, como si él fuera la única persona que podría salvarme del obligado hastío.

—Sí, yo también. Me pregunto cuándo saldrá Clara de esa tienda. ¡Lleva más de veinte minutos ahí!

—Yo le doy diez minutos más —dije, entrecerrando los ojos y fingiendo una mueca analítica.

—Yo veinte —dijo él—. Te apuesto un helado.

Acepté. Luego miramos nuestros relojes y continuamos esperando mientras platicábamos trivialidades.

A los trece minutos y algunos segundos, la figura pequeña y menuda de Clara salió de la tienda. Llevaba un bolso de cada lado. Sonrió:

—¡Ah, no vas a creer las cosas tan bellas que encontré, Annia!

La ignoré. Yo estaba concentrada en la apuesta y en mi triunfo, por supuesto. Me giré para ver la cara de derrota de Mario, pero, al

contrario, se encontraba mirando vagamente hacia un punto perdido en la nada.

—¿Ya lo ves? ¿Ya lo ves? —grité como si quisiera aterrorizar a mi ausente contrincante—. ¡Te he ganado! —añadí muy contenta, al tiempo que le propinaba una fuerte palmada en la espalda.

Mario perdió el equilibrio y cayó. Dejó escapar un grito de dolor ante nuestro desconcierto.

—¿Qué... qué tienes, Mario? —pregunté, espantada por su reacción.

Nunca pensé que hubiera imprimido tanta fuerza.

—¡Auch!... Perdónenme —gimió, tratando de dibujar una sonrisa en su mueca de dolor—. No quise asustarlas.

—¿Te lastimé? —pregunté, mientras trataba de remediar mi error sobándole la espalda.

—Estoy bien, estoy bien —dijo, apartando mi mano.

—¡Discúlpame! ¿Te dolió mucho? —pregunté, insistente y tontamente, recapacitando en que solo si tuviera una fuerza sobrenatural le pude haber hecho daño.

—No es que golpees tan fuerte —dijo Mario, tratando de sonreír—; es por la viga que me cayó en la espalda.

—¿Viga? ¿Cuál viga? —inquirí, azorada.

No respondió; solo bajó la vista. Leí en su semblante que se arrepentía de lo que acababa de decir.

Clara se quedó pensativa unos momentos. De pronto, interrumpió con un estruendoso grito:

—¡Ah, sí! —chilló, abriendo tamaños ojos—. Annia, se me olvidó decirte: ¡mi hermano es un héroe anónimo!

—¿Cómo es eso?

—¡Cómo se me pudo olvidar decírtelo! —se recriminó Clara.

—No fue nada —dijo Mario, poniéndose de pie—. No se pongan a hablar de eso, por favor...

—¡Ay, hermano! —le reclamó, enojada, y se dirigió a mí—: te contaré el acto heroico de este apuesto joven.

En breves palabras, Clara describió cómo Mario venció las bisagras del portón de hierro con la única herramienta con la que contaba. Escuché el relato con fascinación, mientras él permanecía en silencio, con aspecto apesadumbrado.

—¡Mario! ¡En verdad eres un héroe! —clamé, poniéndome de pie, a punto de batir mis palmas—. ¡Toda la universidad debería saber quién es ese héroe misterioso!

—¡Es lo mismo que pienso yo! —añadió Clara—. ¡Deberíamos publicarlo en el periódico de la escuela!

—¡Sí! —dije, mientras mi excitación crecía—. O, mejor aún..., comunicarlo...

—¡Ya basta! —la dulce voz de Mario se convirtió en un ronco vozarrón—. ¡Dije que no fue nada y no quiero tocar ese tema nuevamente! —sentenció, lanzándonos una mirada iracunda que nos hizo callar y poner fin a nuestros atolondrados planes.

Me quedé boquiabierta, sin poder articular palabra. Clara también enmudeció.

—Está bien —atiné a decir. Era muy extraño verlo explotar de esa manera. Su carácter siempre era calmado como el cauce de un río.

—Mejor nos vamos. —Le hice una seña a mi petrificada amiga para que emprendiéramos el camino de regreso al automóvil.

Ninguno de los tres se atrevió a romper el silencio durante el camino a casa.

Prepotencia vs. cinismo

Esta es la historia de Irenne San Luis, que pude reconstruir luego de haber encontrado algunos de sus viejos diarios y de que mi madre por fin participara contándome algunas cosas de su infancia y su adolescencia. Me tomó muchos años, pues mi familia siempre fue muy dada a guardar secretos. La escribí con la intención de entender el comportamiento de la madre de Clara y su repercusión en nuestras vidas.

❀✿❀

Vermont, verano de 1971.

Una alta y flaca chica rubia, de ojos verdes y vivarachos, miraba hacia ambos lados del patio de su escuela, donde un par de monjas caminaban silenciosamente con rumbo a una de las tantas habitaciones de la sagrada institución. Siguió con la mirada al par de mujeres entregadas al servicio de Dios, hasta el instante en que desaparecieron de su vista. Entonces se apresuró a correr, atravesando el enorme patio de lado a lado. Al ver que la situación era segura, aceleró el paso hasta llegar al traspatio.

Se topó con la alta cerca de madera vieja que protegía a la institución religiosa del mundo exterior. Estudió con la mirada la posibilidad de treparla y saltar al otro lado. Un par de segundos después, se decidió; después de todo, no era la primera vez que lo hacía y, muy seguramente, tampoco sería la última.

Una vez fuera de aquella prisión, la chica se sacudió el polvo, arregló su descuidado uniforme y huyó como una liebre, con singular alegría.

Caminó durante varios minutos hasta el centro de la ciudad. Sus ojos comenzaron a iluminarse al ver a la gente disfrutando un helado o tomándose una soda en los quioscos de la plaza.

Miraba cada escenario como si fuese una niña. Así caminó un buen rato. Se imaginaba luciendo los hermosos vestidos, conjuntos y sombreros de color pastel de los escaparates: el último grito de la moda. De vez en cuando entraba a una de las boutiques para probarse algo. Aunque sabía que no era capaz de pagar la prenda, comprobar que le ajustaba a la perfección la emocionaba sobremanera.

El sol comenzó a ocultarse. La chica se detuvo por un momento frente al cine. Exhibían una película basada en un musical muy famoso que había tenido un éxito rotundo en Broadway: «El violinista en el tejado», anunciaba el afiche. Un hombre tocaba con pasión un violín bajo un luminoso y dorado ocaso. La rubia abrió más los ojos ante la expresiva imagen y deseó en su corazón ver la obra de la cual todo el mundo hablaba. Sin embargo, sabía perfectamente que era uno de los tantos lujos que no podía costearse.

Recordó que la única vez que había entrado a un cine fue a los siete años, de la mano de Celia, una cocinera morena, muy alta y robusta, que trabajaba en la institución. En aquella ocasión, a diferencia de Celia, que lloraba desconsoladamente, la pequeña se aburrió de mil maneras soportando tres horas y media de un melodrama de amor ambientado en la Rusia socialista. Lo único que permaneció en la memoria de la niña fue el nombre de un tal Zhivago, que supuestamente era médico.

Miró con tristeza y casi con envidia cómo se acercaban las personas a la taquilla y compraban sus boletos para la función. Decidida a no lastimarse más, pensó que lo mejor sería alejarse de inmediato. Y eso habría hecho si su distracción no hubiera ocasionado que, al girar, casi se diera de frente con dos personas que caminaban igualmente distraídas.

El accidente cambiaría para siempre el rumbo de su vida.

—Discúlpenme... —suplicó la chica mientras sobaba su brazo derecho, víctima del impacto.

—¡No hay problema, jovencita! —quien hablaba con ese tono tan amable era un hombre alto, maduro—. Pero ten más cuidado la próxima vez. Podrías lastimarte. Pero dime algo: ¿te has hecho daño?

—¡No, señor! —sonrió ella.

Jamás olvidaría sus brillantes ojos azules ni la dulce sonrisa que le obsequió.

La voz altanera de la hermosa joven de cabellos largos y lacios a la que había golpeado sin querer la sacó de su ensueño:

—¡Eres una chiquilla sucia!

—¿Por qué me dices así? —replicó.

—Tus zapatos están rotos y sucios; tu camisa está deslavada y percudida; además, ese uniforme ridículo que usas te queda grande.

La rubia se sintió terriblemente humillada. Observó la impecable vestimenta de la otra: una blusa blanca de manga tres cuartos; falda tableada, a cuadros rojos con blanco, que le llegaba a la rodilla; cinto también blanco, que se ceñía a la pequeña cintura; sandalias de igual color, con cintas que se cruzaban desde los tobillos hasta las rodillas. Juzgando por el aspecto de la joven, de facciones finas y expresivas, supuso que debía de tener más o menos la misma edad que ella. En seguida miró su falda larga color azul oscuro, su blusa blanca llena de polvo —producto de haber jugado todo el día— y sus zapatos de charol, que ya presentaban notorias fisuras. Se sintió avergonzada. No atinó a decir nada, pero lanzó una mirada de odio profundo que infundió temor.

—¡Hija! —se oyó un grito ronco—. ¿Cómo te atreves a insultar a esta jovencita que ni siquiera conoces?

La joven insolente torció la boca y no respondió, y la otra giró sobre sus talones para emprender la retirada.

—¡No! —gritó el hombre, sujetándola del brazo—. ¡Espera! ¡No te vayas! Disculpa a mi hija, por favor.

—¡No lo haré!

—¿Cuál es tu nombre, pequeña? —preguntó él, para aminorar un poco la tensión.

—Me llamo Irenne San Luis —respondió ella, todavía molesta.

—¡Isabel, le debes una disculpa a Irenne! —sentenció el padre.

—¡No lo haré! —giró la cabeza hacia otra dirección.

Uno nunca podrá predecir qué evento cambiará nuestra vida para siempre: mirar hacia la derecha cuando nuestra intención era hacerlo hacia la izquierda; perder un autobús y esperar por el siguiente; doblar en una calle en vez de en otra; salir o quedarse en casa...

—Permíteme presentarme —dijo el padre de Isabel—. Mi nombre es Luis Riveira, y ella es mi hija. Al parecer, no conoce los buenos modales. —Lanzó una mirada feroz que incomodó a la jovencita; la fastidiaría hasta que no le quedara más remedio que disculparse—. Nosotros nos dirigíamos al cine. ¿Te gustaría acompañarnos?

El rostro de incredulidad de la hija era patente.

—No, gracias —dijo Irenne, recobrando su orgullo—. No puedo hablar con desconocidos. Además... —miró a Isabel— a ella no le caigo bien.

Isabel seguía sin pronunciar palabra. Conociendo el carácter de su padre, sabía muy bien que no dejaría ir a la muchacha hasta que ella le ofreciera una disculpa. Entonces se arrepintió una y mil veces de haberla ofendido, pues, de no haberlo hecho, a esa hora ya estarían padre e hija comprando golosinas.

—Anda, ella también te está invitando —dijo, acentuando las palabras con un explícito reproche—. ¿Verdad, Isabel?

—Como sea... —respondió sin voltear a ver a ninguno de los dos.

Irenne se dio cuenta en ese momento de cuánto le molestaba la situación a la presumida. Divertida, pensó que lo mejor era olvidarse de todo a cambio de ver la película que tanto quería. Se imaginó

comprando todos los dulces que ella quisiera como compensación al agravio sufrido.

«Sí, me divertiré a lo grande», pensó, dejando escapar una sonrisa maliciosa.

—¡Está bien! —exclamó contenta, y dejó escapar una risa de auténtica felicidad.

«Te haré la vida imposible hasta que quites esa cara de déspota y me pidas perdón. ¡Estúpida esnob! Lamentarás haberme ofendido».

Isabel no podía creer el cinismo; sus ofensas no habían tenido el efecto deseado.

—¡Perfecto! —concluyó el padre de Isabel—. ¡Pues vamos, entonces! ¡Apurémonos! No queremos perdernos el comienzo, ¿verdad, chicas?

—¡No-o! —canturreó Irenne, colgándose de su brazo.

Isabel seguía sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Tuvo que tragarse su coraje por el castigo severo que le había propinado su malvado padre.

—¿Cuántos años tienes? —inquirió Luis.

—¡Trece! ¡Los acabo de cumplir, señor! —dijo Irenne, muy orgullosa de su edad.

—¡Oh, maravilloso! Isabel cumplirá trece años en el invierno. Así que son de la misma edad... ¿no te parece fabuloso? —La pregunta se dirigía a su hija.

—No somos de la misma edad... —respondió Isabel, tratando de no estallar en insultos hacia la advenediza, que aún seguía colgada del brazo de su padre como una vulgar.

Irenne sonrió con malicia. El desagrado y la impotencia de Isabel por no poder defenderse la divertían maravillosamente.

Dentro de la sala, Irenne soñó, rió y bailó con cada uno de los personajes. Al finalizar la película, su corazón palpitaba de alegría. Al contrario, Isabel, que había pasado las tres horas más incómodas de su vida, solo deseaba que la pesadilla terminara. Irenne le pareció

vulgar, tarareando las melodías e interrumpiendo en voz alta para preguntar lo que no entendía.

—Y dime, Irenne, ¿dónde vives? —preguntó Luis.

—¡Vivo cerca de aquí! Puedo volver caminando; ¡está a solo veinte minutos! —mintió.

—Nada de eso —respondió él—. Te llevaremos a tu casa. Ya es de noche y puede pasarte algo. Además, no quisiera que tu familia se preocupara por ti.

—Oh, no se preocupe por eso, señor —respondió Irenne, desenfadada—. ¡Yo no tengo familia!

Padre e hija se quedaron estupefactos.

—¿En verdad? Pero... ¿con quién vives, criatura? —se animó a preguntar el hombre, esperando no ser impertinente.

—Bueno... vivo en el Colegio San Jorge, señor.

—¿Cómo es eso? —preguntó aquel, aún más intrigado.

—Bueno... verá... —cierta reticencia acompañaba las palabras de Irenne— este... Lo que pasa es que mi madre trabajaba para las monjas cuando estaba viva. Ellas le permitían vivir ahí. Después nací yo y las hermanas no tuvieron ningún inconveniente en que compartiera la habitación con mi madre. Hasta me permitieron estudiar con las otras niñas del colegio. Después mi madre falleció y las monjas se ocuparon de mí. —Finalizó el breve relato con cierta tristeza.

Luis Riveira no recordaba la última vez que se sintió tan conmovido. Por un instante, no supo qué decir. También Isabel dejó su actitud antipática, para demostrar un poco de compasión.

—Bueno —atinó por fin a decir su padre—, me parece perfecto que vivas en un colegio como ese. Las madres deben de ser muy buenas contigo, y seguramente estarán preocupadas por ti.

—¡Es lo más seguro! —Irenne recuperó la sonrisa—. ¡Aunque lo más probable es que me regañen otra vez por haberme ido sin permiso! —añadió, soltando una carcajada.

—¿Te escapaste? ¡Dios santo! ¡Más vale que te llevemos en seguida!

Apuró sus pasos hacia el automóvil.

—¡Vaya! —exclamó Irenne, asombrada—. ¡Qué magnífico auto! ¡Es un sueño!

Luis sonrió y abrió la puerta delantera de su Corvette negro, último modelo; Isabel, como si fuera una pequeña princesa, tomó el asiento acostumbrado. Irenne se apresuró a subir a la parte trasera.

—¿Sabe? —irrumpió Irenne cuando el vehículo ya estaba en marcha —, ¡yo tendré uno como este cuando sea mayor!

—Ah, ¿sí? —Él estaba divertido.

—Bueno... —reflexionó la rubia— mi esposo será el que lo tenga. ¡Me casaré con un hombre rico! Él me llevará a todos los lugares que me gusten y me comprará todo lo que yo le pida. ¡Además, me traerá al cine a ver todas las películas que quiera!

—Tú nunca podrías casarte con un hombre rico —sentenció Isabel ásperamente, luego de pasar más de tres horas sin decir una palabra. Mucho le había costado hacerlo, pero lo calculó bien.

—¿Y por qué no he de casarme con un rico? —preguntó Irenne, sintiéndose nuevamente herida.

—¡Ya basta, Isabel! —estalló el hombre, pero no pudo detener la lengua maliciosa de la hija.

—Eres como las chicas de la película —continuó Isabel, mirando por encima del hombro la figura de Irenne—. No tienes dinero, no tienes clase. A lo único que puedes aspirar es a casarte con un don nadie, como lo hicieron ellas. No hay manera de que un rico se fije en ti — concluyó, dando una última pero eficaz estocada.

Como Irenne no estaba dispuesta a quedarse callada, respingó y vociferó todo lo que su herido orgullo le aconsejaba:

—¡Me casaré con un hombre rico aunque tú no lo creas! ¿Dices que no hay manera de que un rico se fije en mí? ¡Claro que sí! ¡Y no solo rico! ¡Será joven y apuesto también! ¡Y tú... tú no te casarás! ¿Sabes por qué lo sé? Porque eres antipática y grosera. ¡Aún yo tengo

mejores modales que tú! ¡Soy más bella, graciosa, divertida y simpática que tú! ¡Más bien, no hay manera de que un hombre se fije en una chica tan aburrida y fea como tú! ¡Seguramente no debes de tener ni un solo amigo! Mientras que yo tengo todo lo que deseo.

Irenne terminó de desahogar, por fin, su ira contenida.

Su respuesta dejó perplejos tanto al padre como a la hija. A esta pareció dolerle bastante, porque ya no tuvo más argumentos con qué defenderse y enmudeció.

Después de un silencio incómodo, él se animó a decir:

—Bueno, Irenne, no necesitas un marido rico para disfrutar todas las cosas que mencionaste. No todo en esta vida se trata de dinero, ni es lo que te hará feliz.

—Eso lo dice usted porque es rico —respondió ella, con tristeza.

El hombre ya no supo qué decir.

CELOS

Lancé un gran bostezo al tiempo que despejaba el cabello de mi frente. Intentaba escribir en la computadora un reporte que debía entregar al día siguiente; sin embargo, el hecho de tener solamente una mano disponible me complicaba las cosas. Me sentía en verdad inútil.

—¿Cómo vas? —la voz de Clara llegó desde el otro extremo de la habitación.

—Terrible... Creo que no voy a terminar.

—¿Quieres que te ayude?

—No —dije, fastidiada—. Tú tienes tus propios deberes.

—Hoy regresa mi padre —añadió la vocecilla cantarina—. Dijo que quería invitarnos a salir en la tarde.

—¿En verdad? —pregunté con desinterés.

—Sí. Creo que quiere llevarnos al cine, Clara —terció una voz masculina.

—¡Mario! —gritó Clara—. ¿Cuándo dejarás de meterte así a mi cuarto? ¿Qué tal si estamos haciendo cosas de mujeres?

—¿Mujeres? —preguntó él mientras giraba la cabeza de un lado a otro, fingiendo buscar algo—. ¡Yo no veo ninguna mujer por aquí! —bromeó.

Me di la vuelta, impulsando mi silla giratoria, solo para sacarle la lengua y hacerle una mueca grosera.

—¡Eres un maleducado! —remató Clara—. Por supuesto que somos mujeres, aunque tú todavía nos veas como niñas.

Mario soltó una carcajada.

—Pues el día en que las vea actuando como mujeres, tocaré la puerta antes de entrar, niñas —enfatizó.

Clara, que se encontraba sentada en su cama, solo atinó a lanzarle una almohada a la cara a su hermano.

—Annia, ¿te gustaría ir con nosotros? —preguntó Mario después de interceptar fácilmente la almohada.

—No, no creo —suspiré—. ¡Me falta muchísimo!

Y era verdad: no veía para cuándo podría terminar.

—Ya veo. ¿Necesitas ayuda?

—No, gracias, Mario. Me las arreglaré con esta única mano... —segundos después me arrepentí. En realidad, no me hubiera venido mal un poco de ayuda bien intencionada.

—Oye, Annia —dijo Clara, empezando una nueva conversación—, sería bueno que alguna vez fuéramos todos al cine; quiero decir, tu mamá, mi papá y nosotros. Creo que sería divertido.

—Sí, creo que estaría bien. Ellos no han convivido mucho desde que... —frené mi lengua antes de terminar de decir lo que los tres ya sabíamos.

—Así es... —dijo Mario, casi en un suspiro.

—¿Sabes qué sería muy loco, Annia? —Clara, con sus ojos perspicaces, rompió el silencio que se hizo en la habitación.

—¿Qué cosa?

—¡Que nuestros padres terminaran casándose! —exclamó mi amiga, divertida con su idea. Me reí—. ¡Eso sí que sería grandioso! ¡Imagínate! ¡Tú y yo seríamos hermanas!

—Y... y... ¡Mario también sería tu hermano! —Clara rió, señalando con el dedo a Mario y luego a mí—. ¡Tremendo hermanito que tendrías!

Las dos empezamos a reír a carcajadas como tontas.

—¡Shhh!... —Mario puso los ojos en blanco. Al parecer, no le divertía nada la broma que nos tenía a las dos botadas de la risa—. ¿Y así

quieren que las vea como adultas? —farfulló mientras salía de la habitación.

Su reacción me provocó un nuevo acceso de risa. Casi estaba en el suelo, con los brazos cruzados sobre el estómago, que empezó a dolerme por el esfuerzo.

—¿Qué le pasa a tu hermano? —pregunté mientras me secaba las lágrimas.

—¡No sé! —Clara trataba de calmar su risa—. Ya ves que él es muy raro. Pero por lo menos logramos sacarlo de la habitación.

—¡Sí! ¡Funcionó muy bien lo que dijiste!

—Pues ese no era mi plan, ¡pero sirvió a la perfección!

Volvieron las carcajadas.

—Oye, Annia —dijo Clara cuando por fin se agotaron sus ganas de reír—. Mañana volverás a la escuela... ¿estás emocionada?

—¡Sí! ¡Mucho! ¡Ya quiero ver a todos! Incluso al asqueroso del profesor Sinclair. ¡Hasta a él lo he extrañado!

—¿Extrañar al profe que no se baña? ¡Pues sí que te ha afectado el aislamiento!

—Bueno, gracias a ustedes no he estado tan sola. Han sido muy amables. Tú y Mario, sobre todo, que han estado conmigo en todo momento.

—Ya sabes que somos como tus hermanos y te queremos —aclaró mi amiga con ternura.

—Lo sé, y yo también los quiero mucho... —lo dije de todo corazón.

—¿Quién más, aparte de nosotros, te ha ido a visitar? —preguntó Clara con cierto desinterés, aunque volviendo a su lectura.

—Pues... Rose, Mildred, Irving, las chicas de la clase de inglés... Aarón... —añadí con reticencia.

—¿Cuándo fue Aarón a visitarte? —Ella alzó la vista, perdiendo abruptamente el interés del libro—. No me lo comentó.

—Pues... solo ha estado en mi casa tres veces —aseguré, un poco inquieta.

—¿En verdad? ¿Y por qué no me lo habías dicho?

—No lo sé, creo que se me pasó.

—Ah... —me miró con suspicacia—. ¿Y qué te dijo Aarón al verte mejor? —quiso indagar, para tener un panorama más amplio de sus visitas a mi casa.

—Pues se puso muy alegre —sonreí—. Es muy lindo y divertido... —dije eso sin pensar, y me arrepentí. Es que no podía olvidar los momentos gratos que habíamos pasado juntos.

—¿Divertido? —reclamó Clara, lanzándome una mirada rabiosa—. Pues yo creí que habías dicho que era un patán y un tonto —recalcó —. ¿Cómo es que ahora dices que es lindo y divertido?

—Pues... quiero decir... —musité mientras ordenaba mis pensamientos y, sobre todo, lo que iba a decir—. No lo había tratado, pero me he dado cuenta de que es agradable. Eso es todo —concluí, esperando que mi amiga dejara el tema por la paz.

—Sí... —confirmó ella sin ganas, y regresó a su lectura—. Él es agradable.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Al día siguiente volví a la universidad. Para mi sorpresa, mis compañeros de clase y la gente que conocía me dieron una calurosa bienvenida. De pronto, todos estaban muy interesados en mi historia y en mi salud, así que me hacían las mismas preguntas una y otra vez. Al final del día ya estaba cansada de repetir lo mismo. Se me ocurrió que tal vez debería colocarme un letrero que dijera: «Sobreviví. No sé cómo, pero estoy bien, con cuarenta moretones y una muñeca rota». Sin embargo, pensé que sería demasiado grosero. Esperaba pronto dejar de ser el centro de atención y regresar a mi acogedor mundo del anonimato.

Había todavía algunos estudiantes hospitalizados; la mayoría de ellos tenían fracturas y otros, quemaduras de tercer grado. La universidad aún se encontraba de luto y ya empezaba a tener problemas legales por el accidente. Miré con tristeza las siete fotografías que colgaban en la pared de uno de los pasillos principales. Una gran mesa repleta de rosas recién cortadas, puestas en floreros de cristal, y notas de adiós se acumulaban bajo las placas de Abigaíl, Ethan, Gerald, Giselle, Karen, Nate y Rod: siete prometedores jóvenes que, sin quererlo, estuvieron en el lugar y el momento equivocados.

Las últimas dos horas pertenecían al taller de dibujo. Me dirigí a mi clase, segura de que, en mi lamentable condición, me resultaría un tanto difícil hacer los trazos. Aun así, asistiría tan solo para hacer acto de presencia. Siempre tuve a Clara a mi lado, apoyándome e infundiéndome el ánimo y las ganas que me faltaban.

Al pasar lista, el gordinflón profesor Sinclair (le decían el Asqueroso porque cada vez que estornudaba se limpiaba la nariz con la manga del saco verde que siempre llevaba puesto, no importando si fuera verano o invierno) advirtió mi presencia. Y, al ver mi patética figura, decidió excusarme y mandarme a casa a descansar.

Era demasiado indulgente conmigo, pero aun así no lo pensé dos veces y no rechacé la tentadora oferta de regresar temprano. El hambre ya me hacía ver visiones.

Clara me sonrió e hizo una seña, dándome a entender que en la tarde me llamaría por teléfono.

Muy contenta por haberme volado la última clase, me dirigí con pasos veloces rumbo a la escalera para descender a la planta baja. De pronto, apareció Aarón subiendo los escalones de piedra a toda prisa y con pasos agigantados.

—¡Aarón! —exclamé antes de que me golpeara en su tremenda carrera.

—¡Perdón! ¡No te había visto! —sonrió—. ¿Así que ya volviste, señorita Fragancia Natural...?

—Sí. Hoy fue mi primer día, pero el profesor me ha enviado de vuelta a casa —contesté muy feliz.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué privilegios gozas tú para que el profesor Marrano te dé la clase libre? —cuestionó mientras arqueaba la ceja.

—¡Profesor Marrano! —me reí; ese apodo, sin duda, era el mejor.

—Dime, entonces —sonrió maliciosamente.

—¡Pues porque no puedo hacer ningún trazo! —agité con vigor mi mano enyesada—. ¿Qué?, ¿no es obvio?

—Mmm... Pero ¿qué no es esa la mano izquierda? ¡No sabía que fueras zurda!

—Y yo no sabía que tú fueras tan observador. ¿Qué no tienes que entrar a la clase?

—Sí, ya es tarde —miró su reloj.

—Pues creo que deberías entrar. Que yo sepa, ya tienes faltas y el maestro te puede reprobar sin pensarlo dos veces.

—¡Bah! —exclamó, despreocupado—. ¡No lo creo! No sería un buen marrano si hiciera eso. Además, señorita Mugrosa —inquirió con cierta malicia—, ¿tú cómo sabes que tengo faltas? ¿Es que acaso me vigilas? ¡Cuidado, que puedo ir a la policía a demandarte por acoso!

—¡Eres imposible! —suspiré.

—Pensándolo bien, no iré. Ya es tarde. Además... si tú no vas a estar ahí me voy a aburrir, pues no tendré a nadie a quien molestar, así que... prefiero quedarme contigo.

Sentí que los colores se me subían al rostro. Volteé para otro lado y empecé a caminar para que no lo notara. Él me siguió.

—¿Entonces yo soy tu payaso y tu objeto de burlas? —pregunté para desviar su atención.

—Mmm... podría decirse... Aunque eres muy agresiva. ¡También por eso te debería de acusar! —rió—. Bueno, ya hablando en serio, dime... —me tomó del brazo—. ¿Me dejas llevarte a tu casa?

Asentí con la cabeza.

—¡Pero nada de golpes durante el camino! —advirtió.

—¡Solo a los que te hagas acreedor! —dejé escapar una risita.

Nos dirigimos hacia el estacionamiento sin percatarnos de que unos ojos verdes nos seguían desde el piso de arriba.

❀✿❀

Al día siguiente me topé con Clara en el pasillo de la escuela. No me había llamado la tarde anterior, como me lo había prometido. La noté seria y retraída. Era raro que alguien tan parlanchina como ella mostrara esa actitud. Me preocupé.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —afirmó a secas.

—Estuve esperando tu llamada. —Busqué sus ojos.

—Es que estuve ocupada —respondió sin mirarme.

—¿Haciendo qué?

—Cosas... Oye, Annia —añadió después de una breve pausa, mientras tomaba uno de los listones que colgaban de mi cabello—, ¿por qué nunca recoges tu pelo?

—Ya sabes por qué...

—¿Es por lo que me contaste acerca de tu padre?

Asentí. No me gustaba que me recordaran a mi padre. Su ausencia era una herida lacerante que aún no terminaba de cicatrizar, así que no hablé más.

—¿Pero es solo por eso? —prosiguió, irritada—. ¿Qué tiene de malo recogerlo de vez en cuando?

—También es porque me gusta peinarlo así. —Fui sincera.

—Entonces no es por honrar la memoria de tu padre. Tal vez solo te gusta que la gente siempre te llene de cumplidos. ¿No te parece un

poco vanidoso de tu parte, y que, de paso, utilices el pretexto de tu padre?

«Vanidoso... Si vamos a hablar de vanidad, definitivamente no nos vamos a referir a mí».

No pronuncié palabra. Aún no entendía adónde quería llegar, pero no quería pelearme con mi mejor amiga. Desvié la conversación.

—¿Y qué hiciste ayer? —pregunté, a la espera de que el ánimo de Clara mejorara.

Sonrió.

—Mi padre regresó temprano a casa y, de nuevo, me invitó a salir. Me compró unos hermosos zapatos.

—¿De verdad? —sonreí—. Me alegro mucho de que esté conviviendo más contigo, Clara. Es, sin duda, una buena noticia.

—Sí, así es, Annia. Supongo que es una bendición que mi padre esté vivo —enfatizó— y que sea tan cariñoso conmigo.

Enmudecí ante el malintencionado comentario de Clara, que se me clavó en el corazón. Me pregunté si realmente era mi amiga quien estaba dirigiéndome esas crueles palabras.

Miré hacia otra dirección. Clara se percató de la tristeza que nubló mis ojos, aunque había tratado de disimular. Me abrazó con desesperación.

—¡Perdóname, Annia! —sollozó—. No debí haber dicho eso. ¡Te juro que no fue mi intención herirte!

—No te disculpes, Clara. —Esbocé una leve sonrisa—. Sé que no lo hiciste a propósito. En verdad estoy contenta de que tu padre pase más tiempo contigo.

—Perdón... No te llamé ayer porque creí que estarías ocupada. Te vi salir con Aarón y creí que pasarían la tarde en tu casa. No quise interrumpirlos.

De pronto, algo en mi cerebro hizo clic y pude entender el comportamiento de mi amiga. Clara estaba celosa y había buscado

las palabras exactas para hacerme sentir mal.

—No. Él solo me llevó a mi casa.

Su rostro se iluminó.

—Discúlpame, Annia, no quise ofenderte —insistió.

Le creí.

—Está bien. —Sonreí—. Oye, ¿qué te parece si comemos hoy en mi casa? —quise poner fin a la penosa situación.

—¡Me parece bien, amiga! —Clara recobró su usual jovialidad.

—¡Muy bien! ¡Pero no invites a Mario! —bromeé—. ¡Se acabaría todo en una sentada!

—¡Claro que no lo haré! —dijo ella, sonriendo y abrazándome cariñosamente.

Preferí olvidarme de lo sucedido. Conocía perfectamente a mi amiga y sabía lo voluble que, en ocasiones, podía llegar a ser. Aun así, la quería, y mucho. Preferí hacer como si nada hubiera pasado.

Clara era como mi hermana, y hasta las hermanas a veces dicen cosas de las que luego se arrepienten.

UNA NUEVA VIDA

Vermont, 1971.

—¿Y estás seguro de que esa es una buena decisión? —preguntó Estela mientras se quitaba los pendientes y los depositaba sobre su peinador.

—No solo eso: creo que es una magnífica decisión —dijo Luis mientras desataba el nudo de la corbata—. Isabel necesita una influencia como esa en su vida. No me gusta en lo que se está convirtiendo ni quiero que sea tan arrogante y déspota como lo fue mi abuela, que Dios la tenga en su santa gloria. No quiero que sus actitudes y decisiones obstaculicen su camino.

—¡Es que tú la has consentido demasiado! —replicó ella, dejando caer toda la responsabilidad sobre su esposo.

—No solo he sido yo, Estela; también tú lo has hecho. Los dos hemos creado el pequeño monstruo que es nuestra hija.

—¿Pequeño monstruo? —repitió ella, indignada—. ¿Cómo te atreves a hablar así de tu propia hija?

—No lo tomes a mal, querida —Luis quiso condescender. Se dirigió al lavabo de mármol y empezó a lavarse la cara—. Es lógico que ambos nos hemos equivocado, y tal vez yo sea aún más culpable que tú. Desgraciadamente —suavizó el tono—, nadie nos enseña a ser padres, y a veces queremos darles solo lo mejor a nuestros hijos y no sabemos en qué momento parar. Me siento muy mal por eso. Quisiera remediarlo.

—¿Y tú crees que solucionarás las cosas involucrando a esa chiquilla? Pienso que te equivocas. Isabel no la soporta. Nunca la aceptará —sentenció su mujer.

—Tengo un buen presentimiento. Deberías conocer a Irenne. Tiene buen corazón, es sencilla, no reniega de sus orígenes, es alegre, divertida y, además, tiene carácter —añadió Luis, recordando con una sonrisa a la jovencita.

—Suena como todo un estuche de monerías...

—La traeré pronto y verás que tengo razón.

—Yo no le auguro nada bueno a esto. Pero, finalmente, siempre haces lo que tú quieres, Luis —Estela comenzó a levantar las cobijas de su cama—. Espero que tu plan resulte y que no termine dañando a nadie.

—Todo lo contrario, querida; todo lo contrario.

Pero Estela tendría cierta razón acerca de sus presentimientos.

Las visitas de Luis Riveira al Colegio San Jorge se hicieron más frecuentes. El hombre se había empecinado en conocer más a la señorita San Luis. En ocasiones llevaba a Isabel consigo, quien únicamente se limitaba a quedarse callada durante toda la visita, sucumbiendo estoicamente a la prohibición de ofender nuevamente a la que para ella era una simple vulgar. Esperaba que con eso su padre dejara de atormentarla y abandonara la idea de forzar una amistad entre quienes claramente pertenecían a mundos diferentes.

No obstante, el comportamiento de la rubia no dejaba de sorprenderla en cada ocasión. Era tan ocurrente, vivaz y despreocupada, siempre diciendo lo primero que se le venía a la mente. Pensaba, en efecto, que era una vulgar, pero había ese algo en ella que la hacía diferente de todas las chicas de su edad, al margen de su pobreza y orfandad. Pensó que tal vez, si se animara a conocerla un poco, lo averiguaría, pero prefirió no dar su brazo a torcer.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Luis Riveira llegó una tarde de agosto al Colegio San Jorge. Fue recibido en el despacho de la madre superiora. Saludó a la

respetable monja y pidió hablar con Irenne. A los pocos minutos entró como caballo desbocado y detuvo su carrera en los brazos de Luis, quien reía mientras la superiora reprendía una vez más a la joven por mostrar semejantes modales.

—¿Cómo estás, Irenne? —preguntó él, sonriendo, una vez que la sanguijuela soltó su cuerpo.

—¡Muy bien, señor Riveira! —exclamó Irenne con una amplia sonrisa.

—Puedes llamarme Luis, si tú quieres.

—¡Oh, no, señor! —replicó la chica, poniéndose un tanto seria—. ¡No es de buenos modales llamar a las personas mayores por su nombre de pila!

—¿Ah, sí? —preguntó Luis, alzando una ceja—. ¿Pero sí son buenos modales entrar así a una habitación y casi tumbarme?

—¡Bueno! —soltó una risotada—. ¡Eso es diferente!

Luis le entregó unos dulces que había comprado por el camino. Platicó unos momentos con ella, quien, con grandes aspavientos, le contaba lo que había hecho durante el día: cómo había perseguido a una ardilla durante una hora; cómo había ganado una carrera de obstáculos; y cómo se había peleado con una niña de nueve años que no quiso compartir con ella sus golosinas.

—¡Pero le presumiré todas estas que me trajo usted! —exclamó Irenne, cerrando el puño derecho, jurando venganza.

Después de un rato, la joven fue despedida por las madres. Hizo una cómica reverencia y se retiró a su habitación.

—Con que... —dijo la madre Rita, dándole un sorbo al té—... usted quiere llevarse a Irenne y hacerla parte de su familia.

—Así es, madre —respondió Luis, mirando de frente a la madre superiora—. Quisiera ayudar a la niña, darle un mejor futuro.

—Me pregunto cómo lo tomaría ella. ¿Usted cree que pueda acostumbrarse? Ha vivido aquí toda su vida. Si bien no ha tenido lujos, hemos procurado darle lo que ha estado a nuestro alcance. La

hemos educado y, aunque es rebelde por naturaleza, es alegre y tiene buen corazón.

—Nosotras... —dijo la madre, agachando la vista—... la amamos mucho; es nuestra alegría.

—Sé que la quieren como a una hija, pero piense en el futuro de ella —reconvino Luis—; mi familia puede darle muchas cosas.

—Ella necesita más amor que dinero —sentenció la madre.

—Por supuesto que el amor es lo primero, pero piense que, con la ayuda adecuada, ella puede convertirse en una mujer de éxito. Su vida puede cambiar. Yo quiero ayudarla. Quiero convertirme en su tutor.

—Hay algo que debe saber, señor Riveira. No estoy segura de que usted pueda adoptar a Irenne, no legalmente. Ella ya tiene un tutor. —Él la miraba, desconcertado—. Se trata de su tío —continuó la rectora—, el hermano de su madre. Él tiene la custodia legal. Esa fue la última voluntad de su hermana Sarah. Tampoco tiene dinero, pero mensualmente nos hace llegar una cantidad para la manutención de Irenne; no es mucho porque es carpintero, pero el hombre hace lo que puede. La visita dos o tres veces al año. Usted tendría que hablar primero con él. Aunque no estoy tan segura de que él quiera transferirle su custodia.

—¡Lo intentaré! —aseguró Luis, poniéndose de pie—. ¿Puede usted darme su dirección?

❀❁⊱✿⊰❁❀

Tomás San Luis trabajaba en un modesto taller ubicado en las afueras de San Johnsbury, en Vermont. Era el último de los San Luis. Su abuelo paterno había viajado desde España a Estados Unidos a inicios del siglo XX.

Desafortunadamente, para 1971 Tomás era el único sobreviviente de aquel linaje que llegó a América y vivió en la pobreza. Como aún no tenía descendientes, todo parecía indicar que en él moriría para siempre el apellido San Luis. El hombre tenía treinta y siete años.

Sarah, su hermana, había muerto seis años atrás, víctima de cáncer. Ella nunca se casó y mantuvo en secreto la identidad del padre de Irenne. Solía decir que no era relevante.

Hacerse cargo de Irenne no era, en realidad, un problema para Tomás. Había sido una suerte que las piadosas monjas se hubieran ofrecido a cuidar de la niña, cuando él pensaba que, al morir su madre, la echarían del colegio. En realidad, él no habría sabido qué hacer con una niña tan pequeña bajo su cuidado. Sin embargo, eso no lo liberaba del todo de su responsabilidad. Era, después de todo, su única familia.

A Luis Riveira no le tomó mucho tiempo encontrar el pequeño taller de Tomás. La gente del pueblo lo conocía muy bien. Encontró al hombre serruchando una tabla afanosamente.

—¡Buenas tardes! —saludó Luis al abrirse paso entre el aserrín y los trozos de madera que se amontonaban en el suelo.

Tomás respondió el saludo apenas asintiendo, sin siquiera mirarlo ni interrumpir su labor.

—¿Tomás San Luis?

—A sus órdenes —dijo el carpintero mientras empujaba el serrucho con más fuerza. Esa tabla le estaba dando problemas.

—Mi nombre es Luis Riveira —se presentó, en espera de que el hombre dejara su tarea y estrechara su mano—. Quisiera hablar con usted sobre su sobrina Irenne —añadió.

—¿De qué se trata? —preguntó Tomás, indiferente.

Luis estaba seguro de que tendría las palabras precisas para dialogar con el tío de Irenne, pero la forma descortés y antipática de recibirlo echó por tierra el fabuloso discurso planeado para ese encuentro.

—¿De qué se trata? —preguntó de nuevo Tomás, con fastidio.

—Tuve la oportunidad de conocer a su sobrina —Luis trataba de recuperar su confianza—. Sé perfectamente su situación y las condiciones en las que ella vive. Me interesa mucho hacer algo por ella. Mi esposa y yo le hemos tomado cariño; creemos que es una

joven con mucho potencial. Nosotros... —dudó un momento— hemos pensado en llevarla a vivir a nuestra casa. Quisiéramos adoptarla como nuestra hija.

—Adoptarla, ¿eh? —preguntó Tomás con sarcasmo—. ¿De eso se trata todo esto? Ustedes, los ricos —añadió—, ¡creen que el dinero lo resuelve todo, ¿no?! ¡Usted y su fina esposa creen que pueden cambiar el destino de una criatura como si fueran dioses! —estalló, sin poder evitarlo—. ¡Así son todos ustedes! —continuó—: ¡estúpidos aristócratas! Todos son iguales: piensan que con su dinero pueden hacer lo que se les venga en gana, como adoptar a una niña que apenas conocen. ¿Tan solos se sienten en su mansión? ¿O es solo uno de sus tantos caprichos? ¿Creen que voy a vender a mi sobrina como si fuera uno de esos vehículos que están acostumbrados a coleccionar? Pues está equivocado, señor. Yo soy el tutor de la niña. ¡Y no está en venta!

—Con todo respeto, le pido que no me malinterprete, señor —aclaró Luis e hizo un esfuerzo por ganar ecuanimidad—. Nosotros no queremos comprar a su sobrina; queremos adoptarla para que sea un miembro más de nuestra familia. Ella tomará sus propias decisiones. Nosotros solamente queremos orientarla y darle un mejor futuro.

—Mejor futuro... —resopló aquel—. Y eso supongo que lo hará su dinero, ¿verdad? Le darían un futuro mejor que el que este pobre hombre y esas madres benevolentes pueden..., ¿no es así? ¿Es eso lo que está tratando de decir?

Tomás guardó silencio un momento.

—Por favor, señor San Luis —rogó Luis—, no sea tan egoísta. Le pido que abra su corazón y que piense solamente en el futuro de la niña. Pregúntese qué es lo mejor para ella.

—Lo mejor para ella... —murmuró el tío tristemente y agachó la cabeza—. Claro que sé lo que es mejor para ella. Lo mejor para ella es salir de esta maldita pobreza que nos ha seguido despiadadamente por generaciones. Lo mejor para ella es olvidar sus orígenes, tener cosas lindas y vestirse bien. Casarse con un

hombre bueno que la cuide y la proteja. Sé que... —miró a Luis— sé que las madres y yo no le daremos ese futuro. Lo mejor para ella... lo mejor para ella es que un rico como usted la lleve a vivir con él —terminó secamente y regresó a su labor.

—¿Entonces? —exclamó Luis, atónito—. ¿Quiere usted decir que...?

—¡No me malinterprete, señor! —rugió Tomás. Colocó otra tabla y empezó a cortarla por la delicada línea a lápiz que estaba trazada—. ¡Llévesela a su casa! ¡Dele todas las comodidades que desee! ¡Pero el apellido «San Luis» ella lo conservará! Se lo prometí a su madre y así será. Yo siempre seré su tutor legal. ¡Y esta es mi última palabra! Buenas tardes, señor Riveira —concluyó con aspereza.

Luis abandonó el pequeño taller cargado de sentimientos encontrados. Ni siquiera tuvo la oportunidad de increpar las últimas palabras de Tomás. Sabía que el hombre no daría su brazo a torcer. Jamás le daría poder legal sobre Irenne. Aun así, se convenció de que eso no debería representar ningún problema. Se llevaría a la joven a vivir con él. No había más que discutir: Tomás San Luis había dado su permiso y Luis sabía que él era un hombre de palabra.

Eso no era lo que Irenne tenía en mente (ser adoptada, pero no legalmente), pero era suficiente para ella. Estaba feliz, brincoteando de un lado a otro cuando las madres le dieron la noticia. Su sueño se haría realidad, y sin proponérselo. Viviría al lado del hombre al que ella tanto admiraba y quería, con una de las familias más acaudaladas de Vermont. Tendría una recámara para ella sola; estudiaría en un colegio prestigioso. Tendría unos nuevos padres que la colmarían de todo lo que a ella le había hecho falta desde que nació.

El único problema que aminoraba su felicidad era la caprichosa y orgullosa Isabel. ¿Cómo iba a lidiar con ella? Era fácil cuando la veía por pocas horas: podía aguantar esa mirada arrogante, sus comentarios déspotas; incluso ser tan cínica y sarcástica como solo ella sabía ser, tan solo para molestarla. ¿Cómo se suponía que iba a convivir con ella todos los días del año, y para siempre?

Sin embargo, estaba decidida a formar parte de la acaudalada familia Riveira, aunque jamás llevara su apellido. Tal vez, en el futuro, ella misma podría convencer a su tío de que le diera la tutela a Luis; pero, por el momento, esa felicidad le bastaba.

❀✿❀

—¿Pero por qué, papá? ¿Por qué me haces esto? —chillaba Isabel—. ¡No la quiero! ¡No la quiero!

—Aprenderás a llevarte bien con ella —sentenció su padre.

Estela no murmuró ni una palabra. Para ella, las decisiones de su marido eran sagradas. Siempre las respetaría.

—¿Tú no dices nada, madre? —rogó Isabel.

—Es la decisión de tu padre y debemos respetarla, Isabel. Él siempre sabe lo que es mejor para nosotras —siguió bordando tranquilamente un pañuelo de seda en el diván.

—Papá, si me disculpo con ella, ¿olvidarás todo esto?

—No se trata de eso, Isabel. La decisión ya está tomada —terminó Luis.

—¡Pues no! ¡No lo acepto! ¡Jamás la querré! ¡Jamás! —vociferó Isabel y azotó la puerta de la habitación de sus padres.

❀✿❀

Irenne llegó a la casa Riveira un caluroso sábado por la mañana. Se despidió de las monjas que tan amablemente habían cuidado de ella durante trece años. La cocinera Celia, el jardinero Hermes y la madre Rita lamentaron tener que decir adiós a la jovencita que siempre había alegrado sus vidas con sus travesuras y ocurrencias. Sin más remedio, tuvieron que dejarla ir.

Irenne no sentía tristeza. Siempre recordaría a las personas que se habían ocupado de ella en su niñez, pero la puerta a una nueva vida se abría de par en par y ella estaba emocionada por entrar.

Lo primero que sus ojos esmeralda vieron al bajarse del coche, cuando un mayordomo les abrió una de las puertas del portal de piedra arenisca, fue el majestuoso jardín, mucho más grande y bello que el del Colegio San Jorge. Un jardín edénico, pensó ella. Ahí crecían árboles y flores de todo tipo: altos setos en forma de animales y bellas figuras se alzaban ante sus ojos. Siguieron a través de un camino empedrado, a cuyos lados crecían arbustos de mediana altura, bien alineados y podados. Flanqueaban el sendero, tan cetrinos y lozanos, que la joven no podía dejar de mirarlos.

Colocada en el centro del vergel, había una fuente de piedra de casi dos metros, en forma de cascada. El agua caía divinamente a través de sus tres niveles. El sonido era arrullador. Por un momento, la frescura del agua, en ese día tan bochornoso, invitó a Irenne a hacer una de sus locuras, pero se contuvo.

La casa le pareció enorme. Era, en verdad, una hermosa residencia de tres pisos. Las ventanas y puertas, de madera de cedro, contrastaban a la perfección con el blanco de las paredes. Había un porche con un par de columpios y unos sillones que invitaban a sentarse, a relajarse y a tomar el sol.

La señora Riveira esperaba dentro a la nueva inquilina. Solo la había tratado en dos o tres ocasiones y, aunque no le había parecido la persona más educada o fascinante del mundo, no tuvo objeción para que su esposo siguiera adelante con la loca decisión que había tomado. En realidad, la jovencita sabía ganarse con facilidad el corazón de las personas.

—Buenos días, Irenne —saludó Estela.

La joven iba graciosamente vestida con una blusa color rosa pálido y una falda blanca que se ceñía a la cintura con unas cintillas color rosa oscuro; la prenda terminaba en dos graciosos holanes que le llegaban a las pantorrillas. Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo a cuadros blancos con rosa, con el cual trataba de domar un poco su rebelde y larga cabellera. El propio Luis la había llevado el día anterior a comprar ese atuendo.

—¡Buenos días, señora! —respondió alegremente Irenne, con el brazo extendido para saludar.

—Así se saludan entre hombres, Irenne —Estela impartió su primera clase—. Las mujeres nos abrazamos delicadamente y nos damos un beso en la mejilla.

—¡Ah, sí! Lo he visto en la televisión —aceptó la jovencita—. Pensé que era algo nuevo. En la escuela las monjas no saludaban de esa manera; solo nos dicen cosas como: «¡Eh, tú, bájate de ahí!» o «¡No hagas ruido cuando comas!».

Luis rió y Estela no pudo disimular una genuina sonrisa.

—Bueno, bueno. Ya aprenderás muchas cosas con el tiempo —advirtió él.

Isabel veía la escena desde el piso de arriba.

«Así que mi padre se salió con la suya y la mocosa, de ahora en adelante, vivirá con nosotros...».

Le parecía estar viviendo una pesadilla de la cual seguramente nunca iba a despertar.

—¡Isabel! —gritó su padre cuando se percató de la presencia de su hija—. ¿No te gustaría bajar a saludar a Irenne?

Ella no contestó. En su lugar, se dirigió a su habitación y cerró la puerta bruscamente.

—¡Bueno! Habrá que darle tiempo —dijo Luis, animado—. ¿Quieres conocer tu nuevo cuarto, Irenne?

—¿Tendré cuarto propio? —fingió un poco de sorpresa.

—Por supuesto. Subiendo las escaleras, tu cuarto se encuentra en el ala izquierda. Es la primera puerta. El cuarto de Isabel es el primero del ala derecha —señaló Luis.

«¡Perfecto!», pensó, deseando estar alejada, como mínimo, tres millas de distancia de la presumida. «Por cierto, ¡todavía me debe una disculpa!».

ANTON

Si existió en mi vida una persona más extraña que Anton, sinceramente no lo recuerdo...

Anton Baker generó una reacción en cadena. No solo en mi vida, sino en la de mis seres más amados. Con el tiempo me daría cuenta del peso tan grande que tuvo este personaje, al que juzgué como inofensivo durante mucho tiempo.

Anton tenía un trastorno de personalidad; lo sabían sus padres, lo sabía su amigo Charly, lo sabía él mismo. La sociedad le parecía absurda, y sus compañeros de clase, unos monigotes que vivían bajo sus absurdas convenciones.

La religión le daba náuseas y las relaciones humanas directamente lo hacían vomitar.

Había sido así desde que él tenía uso de razón: siempre despreciando la sociedad, infringiendo la ley, pensando que su paso por el mundo era una tortura que no tendría fin, rozándose con una humanidad que era demasiado estúpida para él.

Aunque hubo un momento en su vida en el que creyó que las cosas cambiarían, un par de ojos azules y la más hermosa sonrisa con brackets que él había visto se cruzaron en su camino para decirle que él se veía «cool». Ella era una diosa de exquisita piel blanca, jugosos labios carmesí, dientes nacarados, cabellos rubios que caían en cascada hasta sus caderas bien formadas. Tendrían él unos dieciséis años y ella quince.

Solo habían coincidido una vez en la escalera de la escuela. Anton se encontraba sentado en el primer peldaño, recargado en el barandal. Garabateaba un extraño dibujo en su cuadernillo. Parada justo

enseguida de él, la chica le obsequió una mágica y amplia sonrisa y le dijo que su atuendo le encantaba. Fueron las únicas palabras que aquella diosa en persona le había dicho al chico famélico, de cabellos largos y oscuros, y de vestimenta gótica.

Durante años, Anton la persiguió sin que la chica lo notara: cuando ella regresaba a pie a su casa, cuando iba con sus amigas a la cafetería, cuando ensayaba en el salón de baile con las demás bailarinas. Ninguna era tan hermosa como la niña de los brackets. Anton la siguió incluso en la universidad. Siempre ocultó sus sentimientos. Pero cuando por fin se animó a hablarle, la muy desgraciada se había referido a él llamándolo «freak». Así era como pagaba toda la devoción con que Anton la había amado durante dos años.

Él la aborreció. Llegó a su casa y la maldijo en incontables ocasiones. Rompió todos los dibujos que había realizado, inspirado en su musa; los pisoteó y quemó mientras maldecía la vida, maldecía a la gente y, más, a quien lo llamara fenómeno.

Pero ahí estaba ella... Su foto en el pasillo, junto a la de otros seis. La leyenda que rezaba bajo su cuadro era absolutamente deliciosa para los ojos de Anton: «Descanse en paz, Karen Marcell, 1985-2003».

Ahí estaba la presumida y arrogante Karen, con su sonrisa perfecta y su cabellera dorada. Ya no podría seducir a ningún hombre, nunca más. Su belleza había sido consumida por las llamas.

«Eso y más te merecías», pensaba Anton sin ningún remordimiento o compasión.

Anton no quiso matar a nadie el día del incendio, o al menos eso fue lo que le dijo a su amigo Charly, pero las cosas se salieron de control. Ellos solo querían jugarle una broma a los pobres idiotas que se habían reunido para festejar. Anton convenció a Charly de que llevara los petardos a la casa de campo. Solo los encenderían para ver a la gente correr al escuchar el estruendo. La fiesta terminaría antes de lo previsto.

Charly, quien ya había acompañado a su amigo en otras ocasiones, en pequeños actos delictivos, pensó que esta sería otra buena idea, como siempre, y que pasaría un rato muy agradable.

No supo en qué momento las cosas salieron mal. Él solo recordaba haber encendido los petardos en el extremo del jardín, al lado del templete musical. Uno de los petardos terminó explotando cerca del equipo de sonido y entonces todo comenzó a arder. Estaba tan asustado que ni siquiera se percató de cuándo Anton lo sacó casi a rastras del lugar.

Después, todo fue silencio. No supo más de su amigo hasta el día siguiente, en que lo llamó por teléfono.

—¿Cómo estás? —le preguntó la voz inexpresiva al otro lado del auricular.

—Bien, Anton —dijo Charly, a punto de llorar—. Nosotros... —sollozó —. Tú...

La voz fría de Anton lo cortó:

—Tú y yo, nada. Yo no diré nada, así que espero que tú también hagas lo mismo. Si no guardas silencio, diré que fuiste tú. Al fin y al cabo, tú fuiste el que compró y encendió los petardos.

Charly no dijo nada, pero Anton entendió que callaría por el resto de su vida. O al menos eso pensó.

DE PESCA

Aarón me llamó por teléfono un sábado por la tarde. Quería invitarme a jugar bolos con sus amigos Rubén y Thomas. Me quedé sosteniendo el auricular sin saber qué contestar.

Últimamente estaba teniendo problemas con Clara debido a su amistad con él. Mi amiga siempre se aparecía cuando Aarón y yo sosteníamos una conversación. Él, siempre cortés, la incluía en nuestras pláticas. Sin embargo, Clara dejaba entrever su enojo hacia mí. Lo último que quería hacer era enredarme en un problema de chicos con ella, así que decliné la invitación.

Al otro lado del teléfono, él pareció adivinar mis pensamientos; entonces, me animó diciéndome que invitara a Clara a jugar con nosotros. Accedí.

—¿Podrías llamarla tú? —le pregunté.

—Sí, claro, yo la llamo. ¿Quieres que pase a recogerte?

—¿Podrías pasar por Clara primero? Ambos pueden recogerme después —finalicé.

Aarón conocía a la perfección el terreno deliciosamente peligroso en el que estaba a punto de meterse. Sí, no era un chico tonto y sabía bien lo que hacía. No hay nada más emocionante que dos chicas estén enamoradas del mismo hombre, y más aún cuando existe una amistad estrecha entre ellas.

Yo no sabía si él me gustaba. Procuraba mantenerme neutral en todas mis reacciones y no demostrar ni un poco de interés.

Con Aarón había que irse con cuidado. Su reputación no era buena. Había roto demasiados corazones, jugado con muchas chicas, y yo

no quería ser la siguiente. Él le gustaba a todas, pero yo no era como las demás.

El boliche estuvo regular. No me divertí ni un poco. Conocía perfectamente a mi amiga: podía sentir el peso de su mirada cada vez que Aarón se acercaba a mí y me tomaba la mano con el pretexto de enseñarme a tomar la bola correctamente. El suave contacto con la piel de Aarón me hacía sentir nerviosa, y cada vez que el joven se ponía detrás de mí me costaba trabajo no sonrojarme.

Detestaba sentirme así. Me tomaba por los hombros, indicándome cómo debía girar el cuerpo para tumbar la mayoría de los bolos. Supuse que era una de sus tantas técnicas para acercarse a una chica y establecer los primeros contactos físicos. Nadie podía invadir mi espacio personal. Mi nerviosismo e incomodidad se vieron reflejados cuando mi equipo comenzó a perder. Hacían mofa de mí cada vez que lanzaba la bola. Para diversión de los demás y vergüenza mía, terminaba yéndose por el canal (a pesar de sus pequeñas dimensiones). Era lo de menos. Sufría más por mi muñeca rota y por el acercamiento constante de Aarón.

No me creía capaz de aguantar por mucho tiempo esa situación. Si Clara no fuera tan celosa ni me mirara de ese modo... Después de todo, Aarón no le pertenecía: no eran más que amigos. Además, yo no estaba interesada en él.

Pero él sí. Buscaba pretextos para correr su brazo alrededor de mi espalda. Eso me puso de muy mal humor. Me retiraba de su lado no solo por Clara, sino porque no estaba acostumbrada a que un hombre me tratara así. No era que me disgustara del todo, pero solo mi padre, Clara y Mario podían entrar en ese recinto sagrado que era mi espacio. Con nadie más tenía ese grado de confianza.

Cuando mi poca destreza como jugadora de boliche ya no causó tanta gracia, nos retiramos a cenar.

—¡Hey, Clara! —dijo Aarón mientras le ponía pimienta a su rebanada de pizza—. Los chicos y yo estamos pensando en ir a pescar el próximo fin de semana. ¿Qué dices? ¿Te gustaría ir con nosotros?

—¡Absolutamente! —respondió emocionada.

Entonces Aarón se giró hacia mí:

—Tú nos acompañarás también, ¿no es así?

Aquel muchacho era bastante listo. Sabía perfectamente que una de las condiciones para que yo lo acompañara era que Clara también estuviera incluida en la invitación.

Me negué rápidamente. Argumenté que estaría ocupada ese día.

Ante el evidente desánimo de Aarón, para mi sorpresa, Clara intervino:

—No creo que hagas nada ese día, Annia; me conozco de principio a fin toda tu agenda del mes.

No tuve más remedio que aceptar.

—¡Perfecto! ¡La pasaremos a lo grande! —añadió Aarón, levantándose para ir a la barra por más condimentos.

—Annia... —mi amiga me miró por el rabillo del ojo mientras le daba un sorbo a su limonada—, ¿por qué no querías ir? Sé perfectamente que no tienes nada que hacer ese día.

—Yo...

—Yo quisiera que fueras —me interrumpió, esbozando una de sus mejores y más brillantes sonrisas.

Una vez más, no comprendí el comportamiento de Clara.

❀✿ꕥ✿ꕥ✿❀

El sábado, a muy temprana hora, partimos hacia el lago. Mi madre no tuvo ningún inconveniente en dejarme ir, y el padre de Clara dio su consentimiento siempre y cuando Mario fuera con nosotras, como de costumbre. Las protestas de Clara no servirían de nada.

Mario, que ya estaba acostumbrado a este tipo de peticiones por parte de su padre, sin remedio se echó un libro a la mochila, un Discman, sus anteojos para leer y unos cuantos emparedados. Sería un largo día para él: soportar estoicamente todo el camino en el

asiento trasero de un Volkswagen; pero nada peor que aguantar nuestras pláticas sin sentido. Para molestarlo aún más, decidimos sentarnos a su lado y, al hablar, hacíamos aspavientos y gritábamos mucho tan solo para reírnos de su cara y sus expresiones de fastidio. Adelante iban Aarón y su amigo Rubén, el dueño del automóvil.

—Si hacía falta un coche... —masculló Mario—, pudimos haber utilizado el mío...

—No te preocupes, amigo —dijo Aarón—. ¡Mira qué bien nos las ingeniamos con este!

No era así. El pequeño automóvil no tenía aire acondicionado y ese día hacía bastante calor. Para colmo, en el estéreo se oía un rock que taladraba nuestros oídos; las maletas estaban apelmazadas detrás de los asientos, cubriendo completamente el cristal trasero, y cada vez que Rubén frenaba nos golpeaban la cabeza. Clara y yo lo encontrábamos tan divertido que reíamos como tontas.

—¿Qué modelo es, Rubén? —preguntó Mario, saliendo de su mutismo. Parecía que por fin quería iniciar una conversación.

—Mmm —respondió el chico, que miraba a Mario por el retrovisor—, creo que es de los años treinta.

—Por el estilo, debe ser de finales... —acotó aquel.

—Supongo que sí —dijo Rubén tan solo por atención, pues desconocía esos detalles.

Un brillo de interés iluminó los ojos azules de Mario.

—Debe ser un «Beetle tipo sesenta». ¡Una verdadera joya!

—¡Wow! —exclamó Aarón—. ¡Sí que sabes de automóviles, Mario!

—¡Claro! —interrumpió su hermana—. Sabe bastante. Además, él mismo arregla los suyos. Nunca he visto que vaya a un taller. Desde que era muy chico aprendió el oficio de mecánico. También se encarga de reparar el automóvil de mi papá y el de algunos de sus amigos, que de vez en cuando le piden ayuda. Quiero que sepas que él mismo arregló su Mustang —concluyó, orgullosa.

—¿En serio? Vaya, no dejas de sorprenderme... —los ojos de Aarón se tornaron interesados.

—No es para tanto —repuso el otro, fastidiado—. Solo le he puesto algunas cosas para que se vea mejor. No es la gran cosa.

—¡¿Cómo que no?! —exclamó Clara—. ¡Si el Mustang es un sueño! ¡Yo no sé por qué no puedes conseguir novia con semejante máquina!

Reí a carcajadas, pero me detuve cuando sentí la mirada recriminatoria de Mario sobre mí.

«Está bien, está bien...».

—Entonces, cuando volvamos, quisiera verlo —pidió Aarón—. A mí también me gustan los Mustang.

—¡Sí, Aarón! —continuó Clara—. ¡Es bellísimo! Aunque... no es tan bonito como ese otro auto que tenías. ¿Cómo se llamaba? —Miró hacia arriba, como tratando de recordar.

Mario palideció.

—¡Ah, sí! —exclamé después de haber permanecido casi toda la conversación sin decir ni una palabra—. Era un Mercedes..., ¿no es así, Mario?

—¡Sí, es cierto! —coincidió Clara—. Lo tenías cuando éramos pequeñas. Recuerdo que era rojo.

Sí que recordaba el lujoso Mercedes-Benz de Mario. Anduvimos en él en algunas ocasiones cuando éramos unas niñas. Él era apenas un jovencito cuando su padre se lo regaló.

—¿Qué pasó con él, Mario? —quise saber, intrigada. Nunca me había puesto a pensar en eso—. Te gustaba mucho y, de un día para otro, te deshiciste de él.

—Lo vendí —dijo, a secas.

—¡No es verdad! —chilló Clara—. Sé que no lo vendiste. ¡De seguro lo deshiciste en una carrera!

—Lo vendí, Clara. Me estaba dando problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —pregunté, clavándole los ojos.

—Los frenos estaban mal —respondió, aturdido. Se colocó los audífonos y oprimió el botón de play.

Me topé con la mirada interrogativa de Aarón y de Clara.

—Está loco —me encogí de hombros y suspiré.

Se rieron.

No se me ocurrió decir otra cosa, aunque la respuesta de Mario me dejó pensando por unos momentos.

Pasamos la mayor parte de la mañana jugando en el lago. Mario se sentó a la sombra de un árbol, a una distancia considerable, desde donde podía ver exactamente lo que estábamos haciendo. Chapoteábamos con el agua, brincábamos y nos perseguíamos los unos a los otros como si fuéramos unos chiquillos. Hacía un calor infernal. A mí me preocupaba que Mario se perdiera toda la diversión; después de todo, era joven como nosotros. Me acerqué a él muy despacio, intentando no hacer ruido ni derramar el agua que llevaba en las manos.

—¿Qué? ¿No piensas darte un chapuzón? —lancé el agua en su rostro. Él se secó con cara de pocos amigos—. El agua está buena, ¿no? —seguí molestándolo.

Mario ya estaba demasiado harto de nosotros y del viaje como para seguirme la corriente.

—Sí, está buena. ¿Por qué no regresas al lago con ellos para que sigas disfrutándola? —quiso alejarme.

—¿Qué estás leyendo? —pregunté, azorada, cuando vi la portada del libro que sostenía—. ¿Kafka?

—Así es... ¿Te importa, Annia?

—¿Vienes a un lago en un bochornoso día y se te ocurre traer a Kafka contigo?

—Es un buen amigo. No podía dejarlo solo —bromeó.

—¿Y qué, no puedes dejar solo a tu amigo por un momento para hacernos compañía? —insistí.

—No quiero arruinarles la diversión —dijo, clavándome sus ojos aguamarina—. Sabes que no soy muy alegre.

—Bueno. Como quieras —acepté y regresé al lago a paso veloz.

No entendía por qué Mario siempre se mantenía al margen de cualquier diversión; después de todo, solo tenía veinticinco años. Cuando me di vuelta para mirarlo nuevamente, me pregunté si realmente aquel hombre que leía con tanto detenimiento «El proceso» se sentía más viejo de lo que en realidad era.

❀❁⊱✿⊰❁❀

—¡Hola, pescadora! —escuché una voz detrás de mí. Me encontraba sentada en una roca sosteniendo una caña de pescar. Sé que me veía graciosa, pues intentaba atrapar un pez utilizando solamente la mano sana y sin la menor idea de cómo se jalaba la caña y se enrollaba el carrete.

—Hola —respondí a secas. No estaba de humor para chacotear con Aarón.

—No intentarás pescar con una muñeca rota, ¿verdad?

—Eso hago.

—¿Y cómo se supone que enrolles el carrete?

—No lo enrollaré. Alzaré la caña fuertemente. ¿Entiendes?

«Como si en realidad pudiera hacerlo...».

—¿Qué tal si es un pez grande?

—Me las arreglaré. No soy tan debilucha.

—¡Pues pareciera!

Continué en silencio mi tarea. Aarón tomó asiento a mi lado.

—¿Y qué usas para pescar?

—Una carnada —respondí, y entonces me di cuenta de que había dicho una idiotez.

Él se rió.

—Obviamente, ¿pero qué tipo de carnada? —insistió.

—¡Lombrices! ¿De acuerdo? —Por fin me giré para mirarlo.

—¡Vaya! ¡Alguien está molesta el día de hoy! ¿Sabes? Eres muy extraña: algunas veces eres tierna, otras extremadamente alegre y, de repente, eres así.

—¿Así cómo? —Lo miré fijamente a los ojos.

—Así. A la defensiva. No tienes por qué actuar conmigo de esa manera.

—No lo hago. —Miré hacia el horizonte.

—Entonces, ¿por qué me hablas así? —preguntó, suavizando su tono.

No era mi intención responderle, pero, si no lo hacía en ese momento, perdería mi oportunidad, y ese día me sentía muy motivada para decirle todo lo que me molestaba. No me detuve a pensar que tal vez podría hacerlo sentir mal. Entonces abrí mi gran boca...

—¡Porque no entiendo tu juego!

—¿Mi juego?

—Sí, Aarón —sentí que mis mejillas se encendían—. ¡Tu juego! —enfaticé mis palabras—. Todo el día has tratado de establecer contacto físico conmigo. ¿Y sabes algo? No es que yo lo alucine. Al principio pensé que era así, pero no ha sido solamente hoy: es siempre que estamos juntos. Solo quiero que sepas que no puedes invadir mi espacio personal. ¡Además, no soy como las otras chicas que estás acostumbrado a tratar! ¿Entiendes?

Le había dejado caer la bomba...

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! No sabía que fueras tan delicada. —Estaba indignado—. Podrías haberte ahorrado todos los malos ratos que pasaste si me lo hubieras dicho con anterioridad. Yo soy así; discúlpame si te ofendí.

Me di cuenta de que había ido demasiado lejos con mi actitud. No me asistía el derecho de juzgarlo ni de reprocharle nada. Pero la verdad es que a veces sí me molestaba su manera de comportarse conmigo. Por un lado, me hacía sentir vulnerable, y yo odiaba sonrojarme cada vez que se me acercaba; y, por el otro, me gustaba su compañía y pasar tiempo con él. Tenía demasiados sentimientos encontrados. Tampoco podía olvidarme de lo que Clara sentía por él. Ella ya me había dicho que le gustaba, así que prefería mantenerme al margen de los dos.

—Nos iremos en una hora —dijo, dando media vuelta—. Por cierto, Annia —todavía se atrevió a decir—, no hago eso con todas las chicas. Solo con las que realmente me gustan. —Se marchó.

Estaba de espaldas cuando escuché esa confesión, pero no me giré para mirarlo. Mi corazón empezó a latir fuertemente y mis mejillas se encendieron. Por fortuna, él ya no estaba ahí para notarlo.

—Conque tú y Aarón, ¿eh? —dijo otra voz masculina que yo conocía muy bien.

Mario estaba parado a dos o tres metros de distancia.

—¿Estabas escuchando?

Enrojecí aún más.

—Estaba caminando por aquí; creí que necesitarías ayuda. Un pez grande puede hacer que te hundas con facilidad.

—¿Por qué siempre escuchas conversaciones ajenas? —le grité.

—No lo hago todo el tiempo. —Sonrió—. Fue casualidad. Supongo que tengo mal tino. Además, no alcancé a escuchar nada. No tengo tan buen oído como crees.

—Entonces, ¿por qué hiciste ese comentario? —estaba a punto de levantarme para darle una patada.

—Por cómo los vi, parecía que se estuvieran confesando su amor —rió con malicia.

—¡Vete de aquí, Mario!

—Él te gusta, ¿verdad?

—Eso a ti no te interesa.

—Puedes confiar en mí, Annia. —Se acercó unos pasos más—. ¿Por qué no me lo dices?

Mario siempre había sido como mi hermano mayor. Sabía que en él podía sincerarme. Además, era una persona madura. Podría comprenderme. Aunque no sabía cómo comenzar; ni yo misma entendía lo que estaba sucediendo en mi corazón.

—¿En verdad te gusta? —preguntó una vez más, y yo me sonrojé todo lo que podía.

Ante la pregunta directa de Mario, traté de decir algo, pero solo logré balbucear algunas palabras. No tuve que decir nada más. Mi turbación y agitación terminaron por delatarme. En ese momento ambos nos dimos cuenta de la verdad. Mario me miró durante un largo rato; luego me preguntó:

—¿Qué es lo que te preocupa, Annia? Creo que también le interesas a él. —Comenzó a enterrar sus zapatos en la arena.

—No es eso... —dudé.

—¿Es por Clara? —Era obvio para él, que era tan listo.

—Está bien, Annia. Conozco bien a mi hermana, pero también sé que a Aarón no le gusta ella. Tendrá que entenderlo tarde o temprano.

—Yo no quisiera lastimarla.

—Y no lo harás. Repito que ella entenderá. Solo te recomiendo que tengas cuidado con Aarón. Sé que es un buen chico, pero igualmente sé lo que se dice de él. Tal vez no todo lo que se

murmura sea cierto; eso lo tienes que descubrir tú misma. Pero te aconsejo que seas cuidadosa y que observes muy bien en todas direcciones.

—Yo no sé si me gusta...

Quise continuar, pero me detuve al sentir un fuerte tirón en el brazo. Por fin un pez se había animado a picar.

—¡Es uno grande! —exclamó Mario.

—¡Parece! —grité emocionada.

—¡Déjame ayudarte!

Mario sujetó con ambas manos la caña mientras yo intentaba enrollar el carrete. Era un pez muy fuerte. En efecto, de no haber sido por él, yo ya estaría sumergida en el fondo del lago.

Jalamos la caña y, con un movimiento rápido, sacamos al pez.

—¡Muy bien! —exclamó Mario—. ¡Fue una buena pesca! ¡Mira el tamaño de este pez! —La presa empezaba a moverse, queriendo escapar de sus manos.

—Me da algo de pena... —dije—. ¿Podrías regresarlo al agua?

—¿En verdad? —preguntó, incrédulo.

—Sí... ¿puedes?

—Claro. —Quitó el anzuelo de la boca—. Creo que sobrevivirá.

Mario lanzó al pez de nuevo al agua. Pensé que seguramente se encontraría feliz por no terminar el día cocinado en una sartén.

—¡Gracias! Creo que ya es hora de irnos. —Recogí mi caña y mi mochila, y nos fuimos al encuentro de los demás.

Mientras andábamos, le dirigí una mirada rápida.

—Gracias de nuevo... —susurré. Y no me estaba refiriendo al pez.

Él me sonrió.

—Nunca te había visto ponerte así cuando te bromeaba con un chico... Annia... Espero que él nunca te lastime.

Mario siempre me comprendía. Supe que, adondequiera que fuera, él siempre seguiría mis pasos.

ISABEL

Mi madre siempre fue un enigma para mí. Era como si todas sus memorias las hubiera guardado en un cajón, para luego cerrarlo con llave para siempre. Como si hubiese nacido el día en que se casó con mi padre. Esa era la parte de su vida que todos conocíamos. Más bien, que creímos conocer.

A pesar de su delicada salud, poseía una fortaleza increíble e inquebrantable. Los médicos que no le daban muchas esperanzas en su juventud se habían quedado sin palabras cuando su voluntad férrea resultó ser más grande que su enfermedad.

A veces la sorprendía mirándose en el espejo, sentada en su coqueta de cuento de hadas que tanto le gustaba. Sus hermosos ojos, grandes y rasgados, parecían mirar a través del cristal. No era su reflejo lo que ella miraba. Pareciera como si su mente viajara a través del tiempo a otro lugar que solo ella conocía.

Tenía el porte de una reina. Yo solía observarla cuando dejaba la puerta de su habitación entreabierta. Ahí, sentada, mientras permanecía con su mirada fija en el espejo con marco de mármol, acariciaba siempre un objeto que colgaba de su cuello.

Mi padre la había hecho feliz sin duda. No recuerdo haber visto nunca una pelea ni un tono de voz elevado. Aunque yo era pequeña cuando él falleció, siempre creí que había vivido en un hogar feliz, donde los problemas de la vida diaria se quedaban afuera en cuanto él entraba a la casa y cerraba la puerta.

Mi madre aún era muy joven cuando enviudó; lo era aún a mis veinte años, pero no pensó siquiera en casarse por segunda vez. Sabía que no encontraría a un hombre tan maravilloso como mi

padre. Tampoco estaba segura de que su delicado corazón soportara otra pena.

Después de la dolorosa partida de mi padre, nuestra relación cambió. Supongo que fue porque él nos abandonó justo cuando yo empezaba mi transición de niña a mujer. No existió nadie con quien pudiera compartir mis inquietudes. En mi adolescencia y juventud, ella fue más mi madre que mi amiga. Su perfecto hermetismo siempre me impidió acercarme. No recuerdo si alguna vez secó mis lágrimas o me dio palabras de aliento cuando alguien me rompió el corazón. Aun así, era mi madre y yo la quería.

En nuestra modesta casa en Lynn teníamos solo lo indispensable para vivir. Sabía que ella fue una joven inmensamente rica que renunció a todos los lujos cuando aceptó casarse con un hombre que pertenecía a la clase media. Nunca exigió nada más que lo que mi padre podía darle. Y, a pesar de que pudo haber solicitado la ayuda de mi abuelo, quien aún conservaba su copiosa fortuna en esos tiempos, decidió confiar en su esposo y comenzar una nueva vida.

Una calurosa noche de verano me dirigí a su habitación con la esperanza de hablarle. Al igual que siempre, algo me impidió acercármele. Me detuve, como solía hacerlo, ante la puerta, incapaz de tocar.

La encontré adorablemente vestida con un camisón de seda; por primera vez en mucho tiempo había liberado sus cabellos del rodete alto con el que siempre los sujetaba. Se extendían como una cortina sobre su espalda. Quise coger la perilla y abrir la puerta, o tocar para que se diera cuenta de mi presencia. Iba por un consejo, un consejo de madre. Pero me detuve mientras seguía atenta los delicados movimientos con los que el cepillo de paleta recorría su cabellera. Entonces, algún pensamiento debió cruzar por la mente de mi madre, porque dejó el cepillo de lado y corrió hacia su ropero, como si quisiera cerciorarse de que algo que era importante para ella aún continuara ahí dentro. Me acerqué aún más a la abertura de la puerta.

Espiar a mi madre no me hacía sentir nada bien, pero ella no me dejaba otra opción. Yo quería conocerla, saber quién era la mujer que vivía conmigo y que decía ser mi madre. Y si tenía que esconderme, lo haría.

Sacó una sencilla caja de cartón verdusco. Movió los dedos ágilmente hasta que dio con un objeto. Parecía ser un dije en forma de cruz, colgando de una cadena plateada. Abrió el broche de la cadena y se la colocó alrededor del cuello.

—Esa vulgar... —dijo en voz alta—. ¿Cómo fue que te metiste en nuestras vidas?

Tuve la sensación de que debía marcharme de ahí. Sin duda regresaría y miraría con detenimiento qué fue lo que hizo que mi madre pronunciara esas palabras.

TREGUA

Vermont, verano de 1971.

Irenne se preparaba apresuradamente para su primer día en un colegio muy diferente de aquel donde había estudiado toda su vida.

A pesar de ser huérfana, la vida le sonreía como a Jane Eyre. Había conocido a su Mr. Rochester y estaba instalada en la mansión Riveira, su Thornfield Hall.

Vistió el uniforme, ajustó la corbata azul marino, se colocó las calcetas blancas reglamentarias y, con una graciosa cinta amarilla, recogió sus rebeldes cabellos. No tenía tiempo para un peinado más estilizado. Afuera, el chofer ya las esperaba.

Isabel salió de su cuarto luciendo impecable como siempre. Sus cabellos sedosos, puestos en riguroso orden; su calzado cuidadosamente lustrado y su mirada arrogante hacían un juego perfecto.

—¡Ya es tarde, niñas! —gritó suavemente Estela desde el piso de abajo.

—Yo estoy a tiempo —dijo Isabel, mientras bajaba la escalera.

No había terminado aún de poner el pie en el último escalón cuando escuchó que la rubia salía como bólido de su habitación. Bajó a pasos agigantados y, cuando por fin aterrizó en la estancia, dijo, arreglándose el cabello:

—¡Yo también estoy a tiempo!

—Irenne, no puedes correr de esa manera salvaje en esta casa —reprochó Estela—. Recuerda que ya no vives más en el colegio. ¡Dios mío! —dijo la mujer, llevándose una mano a la cabeza—. ¡Qué mal te educaron esas monjas!

—¡Lo recordaré! —La rubia se encogió de hombros y le obsequió una sonrisa.

—Nunca aprenderá —terció Isabel—. Todos se reirán de ella.

—¡Eso tú no puedes saberlo! —farfulló Irenne, encaminándose a la salida.

—Como sea... —La altiva jovencita se encogió de hombros.

Adaptarse a una escuela de niñas ricas fue difícil para Irenne. Aún no comprendía por qué todas se veían iguales. Eran tan serias, tan aburridas. En su anterior colegio tenía un par de amigas con las que solía jugar en los recreos, pero las chicas con las que ahora estudiaba solo platicaban de moda y de chicos. Ella se sentía todavía como una niña. Lo único que quería hacer era mascar chicle, trepar a los árboles, perseguir ardillas y bailar al ritmo de los Rolling Stones.

En clase la presentaron como si fuera prima de Isabel. Le asignaron un asiento a su lado. Nada podría ser peor.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Con la charola de su almuerzo en las manos, Irenne echó una mirada periférica, tratando de encontrar un lugar donde sentarse. Vio que, excepto uno, todos los asientos estaban ocupados. Para su asombro, descubrió que la solitaria chica que estaba ahí sentada era Isabel. Sonrió con malicia y se dirigió hacia ella.

Se sentó sin pedir permiso, ante la mueca de fastidio de la otra. Empezó a acomodar su comida, sacó el pan de la charola, lo partió en tres partes e inmediatamente juntó las manos, agachó la cabeza y cerró los ojos.

—¿Qué crees que haces? —preguntó Isabel, molesta.

La chica abrió un ojo y respondió:

—Rezo. ¿Qué más? ¿Te importa?

—¿Y para eso tienes que hacer tanto escándalo?

—Las monjas me enseñaron que esta es la manera correcta de rezar.

—¡Eso es tan ridículo...!

—Querido Dios —dijo Irenne, cerrando los ojos y subiendo el volumen de su voz—, gracias por los alimentos que tengo en mi mesa. Bendice a los que no tienen que comer. Bendice a la madre Rita, al señor Luis y a su esposa y, si te queda tiempo, también puedes bendecir a Isabel..., solo... si no tienes otra cosa mejor que hacer. ¡Amén!

A continuación, le dio una mordida feroz al pan.

—Qué graciosa —dijo Isabel, torciendo la boca.

—No lo dije para que te rieras —contestó Irenne, despreocupada—. Además, deberías agradecerme que estoy aquí contigo.

—Preferiría estar sola —masculló aquella.

—Ya me doy cuenta de eso. ¿Por qué eres la única en toda —enfatizó— la escuela que se sienta sola?

—Porque me gusta. —Isabel ya sonaba molesta.

—Ya veo... —dijo Irenne y sorbió la sopa.

—¿Tienes que hacer tanto ruido? —preguntó Isabel, incómoda.

—¿Y tú tienes que ser tan desagradable? —se defendió la rubia.

Isabel se levantó, recogió su charola y dejó que la otra terminara sus alimentos en soledad.

«Como lo imaginé: ¡No tienes ni un amigo!»

❀✿꒰✿꒱✿❀

En los días subsecuentes, Irenne se empeñó en perseguir a Isabel. A veces tan solo para molestarla. La seguía a la biblioteca, por los pasillos, al comedor; adondequiera que fuera. Se percató de que, en efecto, siempre se encontraba sola. No le costó trabajo darse cuenta de que la mayoría de las chicas murmuraban acerca de Isabel. Decían que era la chica más desagradable del planeta, siempre dándose sus aires de grandeza. Nadie la quería y el hecho de que a

ella pareciera no importarle la hacía parecer aún más déspota de lo que ya era. No supo si alegrarse o sentir lástima.

Al llegar a casa, Isabel simplemente corría a encerrarse en su cuarto y no salía de ahí hasta que su madre la llamaba a cenar. Luis regresaba a casa solo para darse cuenta de que las cosas entre Irenne e Isabel seguían igual.

—Lograrán entenderse. Denles tiempo —le repetía a su afligida esposa.

❀❁ꕥ✿ꕥ❁❀

—¿Qué haces? —preguntó Irenne una tarde, mientras entraba sin tocar al cuarto de Isabel.

—¡Qué te importa! —gritó la otra, poniéndose de pie—. ¡Lárgate de mi cuarto!

—Mmm... no lo haré. Primero dime qué haces.

La rubia se paseó con descaro alrededor de la habitación, fastidiando a la otra con su desenfado.

—¡Vete ahora mismo!

—¡Oh! —exclamó Irenne, deteniendo sus pasos saltarines en el escritorio rústico de Isabel—. ¿Dibujas?

La chica no contestó.

Sobre la mesilla se encontraba un dibujo a lápiz aún sin terminar. Se trataba de un jinete en su caballo, saltando un obstáculo. Estaba muy bien trazado, aunque aún incompleto. Irenne exclamó, sorprendida y sin pensarlo:

—¡Oh! ¡Qué bonito! ¡No sabía que dibujaras!

—¡Vete de aquí! —insistió Isabel, señalando la puerta.

—Debo reconocer que, aunque no te soporto, creo que tienes talento —dijo Irenne, sonriendo—. ¿Es para ti? ¿O se lo vas a regalar a alguien?

Por un momento, la joven sintió que su ira la abandonaba.

—Es para mi papá —respondió—. A él le gustan los caballos.

—¿En verdad? —dijo Irenne, y tomó entre sus manos el dibujo—. ¡No lo sabía!

—¡No lo toques! —chilló Isabel y le dio un manotazo. El dibujo cayó al suelo.

—¡Hey! —gritó Irenne—. ¿Por qué me pegas?

—¡No respetas las cosas que no son tuyas! —se encendió Isabel—. ¡Entras a mi cuarto sin permiso y tocas mis cosas! ¡Te dije que te largaras, estúpida pueblerina!

—¿Pueblerina yo?

Ahora era Irenne quien se sentía enardecer.

—¡Retira tus palabras! —exigió.

—¡No lo haré! ¡Pue-ble-ri-na!

—¡Te doy una última oportunidad, chiquilla malcriada! —sentenció Irenne—. ¡Retíralas!

—¡No! ¡Pueblerina! —repitió, imprimiendo gran énfasis.

Esto fue suficiente para que la otra enredara sus manos en el sedoso cabello de Isabel y la tirara al suelo.

—¡Entonces mira lo que esta pueblerina te va a hacer! —chilló Irenne, montada ya encima de Isabel.

—¡Déjame! —gimió Isabel, tratando de esquivar las bofetadas.

Los gritos llamaron la atención de todos.

—¡Dios mío! —gritó Estela, que estaba de pie en el marco de la puerta—. ¡Haz algo, Luis!

El padre de Isabel se apresuró a separarlas.

—¡Te dije que estas niñas nunca se iban a llevar bien! —exclamó Estela, a punto del desmayo.

Luis rió internamente, pero trató de parecer serio ante los ojos de las jovencitas.

—¿Qué fue lo que pasó aquí? —preguntó, enronqueciendo la voz.

Ambas empezaron a exponer sus razones, gritando al mismo tiempo, haciendo aspavientos, señalándose la una a la otra. Con el parloteo, Luis no lograba entender nada de lo que decían, pero en su interior disfrutaba de aquella escena. Ahí estaba su querida hija Isabel, con el pelo alborotado, el vestido desarreglado y el rostro encendido, llena de arañazos por todos lados. Nunca la había visto discutir tan apasionadamente.

«Esto será muy bueno para ti», pensaba el padre, y le costaba trabajo no dibujar una sonrisa en su rostro.

❀✿⊱✿⊰✿❀

Los días transcurrían y las jovencitas permanecían en la misma actitud de odio. No se hablaban ni siquiera para pedir la sal o las servilletas a la hora de la cena. Isabel no perdía la costumbre de agredir de vez en cuando a la rubia con sus comentarios, pero esta ya estaba tan acostumbrada que cada día se volvía más experta en la manera de contestarle. Isabel pulía el sarcasmo de Irenne con cada agresión.

No obstante, en más de una ocasión Irenne sintió que extrañaba a Isabel cuando se iba a pasar el fin de semana con sus abuelos, y en otras tantas Isabel salía de su habitación para dirigirse a la de Irenne tan solo con la intención de ver qué estaba haciendo. A veces se detenía a medio camino, preguntándose por qué razón lo hacía. Entonces regresaba de inmediato.

Un día, Isabel se encontraba sentada en el jardín trasero de la escuela. Estaba sacando unos libros de su mochila cuando, de pronto, escuchó una voz chillona que le sonó extremadamente conocida.

—¡Hola, Isabel! —Era la pelirroja de la clase.

Ella no contestó.

—¡Tan arrogante como siempre! —se oyó una risa.

—¿Sabes? —dijo la primera que habló—. Hemos querido ser amables contigo. Tratamos de saludarte correctamente e incluso en gimnasia hemos querido incluirte en nuestro equipo…

—¡Pero tú eres tan desagradable! ¡Ni siquiera te has dignado a contestarnos! —dijo la joven que había reído antes. Su nariz era larga y puntiaguda.

Isabel empezó a hojear en silencio su libro de historia. No tenía intención alguna de responderles.

—¿Es que no nos vas a responder? —preguntó la pelirroja, poniendo los brazos en jarras.

—No me interesa su amistad —dijo Isabel, mirando a la pecosa de manera claramente despectiva.

—¡Has ido demasiado lejos, maldita esnob! —aulló aquella y le arrebató la mochila.

Isabel trató de no perder la calma. Se puso de pie.

—Michelle, regrésame mis útiles.

—¡Vaya! Por fin me llamas por mi nombre, ¡arrogante idiota! ¡No te regresaré nada! ¡Deténla, Aura! Haremos que esta orgullosa se arrepienta de todos los malos ratos que nos ha hecho pasar.

La joven larguirucha la sujetó fuertemente.

—Empezaremos por Historia —dijo la pelirroja, arrancando las hojas del cuaderno.

—¡No, por favor… para! —gimió Isabel.

—¿Ahora sí te dignas a mirarme? ¡Pues ya es demasiado tarde!

—¡Sigue con Matemáticas! —la apremió Aura.

Irenne, que se encontraba también en el traspatio disfrutando una paleta al son de «Brown Sugar», escuchó los ruidos inusuales. Cuando se dio cuenta de que Isabel estaba teniendo problemas, se detuvo por un momento a observar la escena.

«Por fin alguien que la pone en su lugar», se alegró, y siguió su alegre caminata.

No dio muchos pasos antes de que su conciencia la reconviniera. Pudo escuchar dentro de sí la voz de la madre Rita, diciéndole que esa no era la manera correcta de actuar y que Dios estaría muy avergonzado de ella. Entonces desanduvo el camino en dirección a las chicas.

—¡Está bien! ¡De acuerdo! —exclamó al cielo, cerrando los puños—. ¡Pero me voy a odiar bastante por lo que voy a hacer!

La pelirroja ya había hecho trizas el segundo cuaderno de Isabel cuando Irenne hizo su aparición en el lugar.

—¿Qué las trae por aquí, chicas? —preguntó, mientras se acercaba a ellas.

Ambas la miraron con incredulidad.

—¡Eso a ti no te incumbe! —reaccionó Michelle.

Isabel pareció mirar con ojos de súplica a la rubia.

—Yo creo que sí. Verás, yo me dirigía hacia acá porque pensaba tomar una siesta, pero ya que las veo aquí reunidas, quisiera preguntarles si van a demorar en irse. Tengo mucho sueño, ¿sabes?

—¡Vete de aquí, payaso! —gritó Aura.

—¿Payaso?

—¡Sí! Tienes la boca y la nariz roja como un payaso. ¿Acaso no sabes cómo se come un dulce?

—Ah, ya veo —dijo Irenne, indiferente, dándole otra lamida a su paleta—. Bueno, yo puedo dejar de ser un payaso si me lavo, pero yo no creo que tú puedas hacer mucho para arreglar esa narizota.

—¡¿Cómo te atreves?! —chilló Aura.

—¡Déjala, Aura! —gritó Michelle—. ¡Ya le daremos también a ella su merecido! ¡Terminemos con esto!

Sacó una hoja de una de las carpetas de Isabel.

—Esto es realmente de lo que me quiero deshacer —mostró el dibujo del jinete que con tanto cuidado había elaborado Isabel.

Irenne palideció. Al parecer, la pelirroja había estado acechando a Isabel.

—¡No hagas eso! —suplicó Isabel, tratando de zafarse de los brazos de Aura.

Michelle partió por la mitad el papel, y este cayó lentamente al suelo ante los ojos atónitos de Isabel. Irenne se abalanzó sobre aquella.

La otra chica soltó a Isabel para ayudar a su amiga, pero Irenne tenía bastante experiencia en las peleas. Había pasado la mayor parte de su infancia comportándose como si fuese un chico, así que aquellas ricachonas no serían un problema para ella. Las abofeteó, pisoteó y arañó como si fuera una auténtica pandillera. Isabel no podía creer que una chica tan delgada pudiera tener tanta fuerza.

—¡Esto no se quedará así! —gritó la pelirroja, al tiempo que huía del lugar llevándose a Aura consigo.

Irenne se sacudió el polvo y trató de arreglar su cabello. Tenía solo algunos rasguños y el uniforme desarreglado.

—¡Esas idiotas! —masculló—. ¡Por su culpa tuve que tirar mi dulce!

Isabel la miró, sorprendida. Quiso agradecerle, pero las palabras se estrellaron en sus dientes. Se puso de cuclillas y recogió los restos de su dibujo. La tristeza nubló sus ojos.

—Oye… —susurró Irenne—. Podemos pegarlo. No creo que a tu papá le importe…

Pero Isabel solo guardó el dibujo junto con los restos de sus cuadernos, se puso la mochila al hombro y se fue sin decir una palabra.

—¡Bueno, madre Rita! —gritó Irenne a todo pulmón—. ¡Hice lo que Jesús hubiera hecho por mí! ¡Espero que esté contenta!

Ciertamente, Jesús nunca se habría peleado de esa manera. Pero la buena intención estuvo todo el tiempo en su corazón.

Irenne era más que una niña alegre y traviesa. Era una persona justa, con grandes sueños y expectativas en la vida.

Su madre y las monjas del colegio donde se había criado le habían enseñado valores morales como el amor al prójimo, la benevolencia y la humildad. Ella recordaba las enseñanzas que su madre le transmitía del evangelio de Jesucristo: «Si tienes dos camisas, regala una»; «A quien robe tu camisa, regálale también tu capa»; o «Si alguien te golpea en una mejilla, voltéale también la otra». La habían acompañado toda la vida, aunque no estuviera de acuerdo en todo.

Si alguien te golpeaba en una mejilla, tú debías golpearlo también; si no, se aprovecharía de ti el resto de tu vida. Si alguien te robaba tu camisa, definitivamente no tendrías por qué darle también tu capa. Existían cosas en las que ella nunca creería y, por lo tanto, jamás practicaría.

Pero si encontraba una paloma herida, la cuidaría hasta que sanara. Si veía un cachorro perdido, lo llevaría de vuelta con su madre. Si veía a dos chicas más grandes y más fuertes abusar de una débil, por sentido de justicia ayudaría a la que se encontraba en desventaja, no porque sintiera afecto hacia ella, sino simplemente porque no era una pelea honesta.

Más allá de aquellas interminables tardes en las que la madre Rita la hacía leer y releer capítulos del evangelio de San Juan, o los sermones que escuchaba del viejo párroco cada domingo en la iglesia del colegio, la joven había logrado desarrollar su propia fe. Finalmente, sabía lo que era correcto. Sus creencias se basaban en parte en lo aprendido y en parte en lo vivido.

De pequeña, no renegaba por tener que vivir la vida que llevaba. No lamentaba el hecho de ser sumamente pobre, de no saber quién era su padre. Aunque sufrió viendo agonizar a su madre y dándole el último adiós cuando la sepultaban, nunca culpó a Dios ni a nadie por eso. Siempre trató de ser valiente y de poner una sonrisa en su rostro, porque intuía que para ella el futuro sería diferente, y

siempre confió en su sueño de que iba a gozar de cosas lindas porque a su corta edad ya había sufrido demasiado.

Cuando escapaba a la ciudad y veía a las hijas de familias ricas bajando de elegantes automóviles con sus costosos atuendos, pensaba que ella merecía igual vida. «Algún día». Entonces se sacudía la tristeza. Sabía que era bella, aunque no gustara de maquillarse ni pasara incontables horas mirándose al espejo. Se lo había dicho su madre; se lo habían dicho los chicos con los que se topaba a veces en la ciudad. Incluso los hombres mayores en ocasiones la seguían con la mirada y le hacían algún cumplido, por más desarreglada que pudiera estar.

Confiar en la belleza y el carisma para salir de la pobreza era una opción. Un día no muy lejano encontraría un príncipe que la llevaría a vivir a su palacio y la colmaría de todas las riquezas que merecía.

No ocurrió eso, pero su vida cambió inesperadamente cuando aquella tarde de verano se topó con Luis Riveira. El hombre se había encariñado con ella tanto como para llevarla a vivir a su propia casa, sin importarle las objeciones de su hija ni las de su propia esposa. No buscó ese encuentro ni se imaginó que se convertiría en la protegida de una familia rica, pero cuando la fortuna tocó a su puerta, no se negó. Pensó que se lo merecía. Eso y muchas cosas más.

❀❁⊱✿⊰❁❀

El otoño estaba por terminar. Desde el percance del dibujo, Isabel cesó de agredir a Irenne. Nunca le dio las gracias, pero parecía que su manera de agradecerle era hacer una tregua silenciosa entre las dos. Y la sorprendió una vez más cuando dejó sobre su cama el dibujo del jinete, unido con cinta adhesiva.

Irenne esbozó una pequeña sonrisa y guardó el papel en uno de los cajoncillos de la cama. Nunca se lo entregó a su padre. Siempre lo guardaría para recordar a Irenne defendiéndola del par de

grandulonas que, por cierto, desde entonces la habían dejado en paz.

Irenne, por su parte, continuaba adaptándose a su nueva vida. Estela era cariñosa con ella en la medida en que se lo permitía su carácter rígido y reservado. Insistía en que la chica debía tomar clases de modales. Trataba de enseñarle, pero la rubia siempre terminaba colmando su paciencia. No podía lograr que caminara con un poco de gracia ni que dejara de gritar cuando necesitaba algo, o que simplemente no atravesara el brazo sobre la mesa durante la cena para alcanzar la sal.

Luis gozaba de una felicidad como nunca antes. Cuando llegaba a casa, se alegraba de ver a su familia: a su hija Isabel, menos arrogante y mucho más sensible que antes; a Estela, quien lo hacía sonreír y nunca dejaría de ser la esposa fiel, comprensiva y amorosa con la que se había desposado quince años atrás; y a ella, la chiquilla que había conquistado su corazón desde el instante en que, aquella tarde, miró sus increíbles ojos color esmeralda.

❀❁ঽ✿ঽ❁❀

Un día, Irenne recogía los útiles de su pupitre, feliz porque pronto terminarían las clases. La Navidad se acercaba. Aunque no le gustaba el invierno, era la época más dichosa para ella, porque recordaba su infancia al lado de su querida madre.

En ese momento escuchó a tres de sus compañeras hablar de los festejos familiares y tratar de elegir en qué casa se reunirían para preparar una cena y hacer un intercambio de regalos. Reían eufóricas a ratos, haciendo planes para llevar la música, los arreglos y la comida. A Irenne se le ocurrió que sería buena idea preguntar si ella también podía asistir; después de todo, estaban en el mismo grupo. Además, como amaba las fiestas y sabía cocinar postres deliciosos, tal vez podría ofrecerse a preparar un pastel para ellas.

—¿Cuándo piensan hacer la cena? —se atrevió a preguntar.

Las tres dejaron de hablar y voltearon a ver a la rubia que acababa de colarse en la plática con impertinencia. Una de ellas comenzó a

reír y otra se animó a decir:

—¿Te importa acaso? No estás invitada —soltó, con una risilla.

Irenne no podía comprender por qué seguían tratándola con tal desprecio. En realidad le tenía sin cuidado: había logrado hacer amistad con otras dos compañeras que eran amables con ella; solían ir de compras o al cine. Sin embargo, creyó que sería buena idea tener más amistades. Pero al ver que las chicas se burlaban, le dieron ganas —otra vez— de abalanzarse sobre ellas.

Lo meditó. Aquella vez había sido amonestada por el director de la escuela. Sabía que si la sorprendían de nuevo participando en una riña, sería expulsada. No quería causarle una molestia a Luis ni a su esposa. Así que se tragó el coraje.

—¡No te invitaríamos nunca! —intervino otra chica, de cabellos negros recogidos en una coleta.

—¿Y por qué no? —preguntó Irenne, desafiante—. ¿Qué hay de malo conmigo?

—Nosotras no nos juntamos con pobres huérfanas. Tú nunca serás como nosotras.

—Gracias a Dios nunca seré como ustedes —se burló Irenne.

—He oído decir que te recogieron por caridad las monjas y que ahora vives con la familia Riveira. ¡Ni siquiera llevas el apellido de ellos! Nadie cree que eres prima de Isabel. ¡Tú eres solamente una recogida!

Por primera vez en su vida, Irenne se quedó sin argumentos para defenderse. Permaneció de pie, sintiendo cómo la ira le tensaba los puños. Era verdad: ella no llevaba ni llevaría nunca el apellido Riveira. Pero le dolió más la manera en que la joven se había referido a ella: huérfana… recogida. Los ojos se le llenaron de lágrimas y solo pensó en salir corriendo.

Entonces escuchó una voz, a unos cuantos pasos de distancia.

—Ella no es una recogida —acotó Isabel, encarando al trío venenoso —. Su madre era prima de mi padre. Vivía en Europa y, al morir, nos

pidió que cuidáramos de su hija. Irenne, en realidad, es mi prima —concluyó, contundente.

—¡No te creo! —respondió una de ellas.

Isabel sonrió con malicia.

—No te estoy pidiendo que me creas —dijo, dirigiéndose directamente a ella—. Yo solo digo la verdad. Y tú deberías tener más cuidado cuando te refieras a alguien como "recogida". Que no se te olvide que la familia con la que vives ahora te adoptó por caridad.

Dejó escapar una risilla malévola.

Las palabras se clavaron como agujas en el corazón de la aludida. Estalló en llanto y salió furiosa del salón de clases, aventando los pupitres que se le atravesaban en el camino. Las otras dos corrieron tras ella para consolarla.

—En realidad eres perversa —gritó la joven de cabellos negros mientras salían.

Ahora era Irenne quien miraba con incredulidad el rostro sereno y frío de Isabel. ¿En verdad la había defendido?

—Gracias… —se atrevió a decir, aún sorprendida.

Isabel la miró fijamente.

—No lo hice por ti —desvió la mirada hacia otra dirección—. No puedo permitir que chicas como esas arruinen el honor de nuestro apellido diciendo que adoptamos a una pueblerina como tú.

Esa vez, la palabra pueblerina no pareció una ofensa. Isabel se peinó el cabello con los dedos y salió del salón, dejando boquiabierta a Irenne.

¿En verdad Isabel la había defendido? Sin importar la respuesta arrogante con la que explicó sus motivos, quizá era su manera de agradecerle por haberla salvado en la ocasión anterior. O tal vez empezaba a tomarle afecto. Fuera cual fuera la razón, de una extraña y particular manera, Irenne también se sintió agradecida con la joven arrogante.

LAS DOS INVITACIONES

Fui a buscar a Clara a su casa. Me pareció extraño no encontrarla, porque no salía con nadie más que conmigo.

—Fue a casa de Rosy Mills —me dijo su padre amablemente. También era raro encontrar a Carlo Sanford en su hogar—. Puedes esperarla si quieres; vendrá en una hora.

Decidí esperarla. Me dirigí al cuarto de Mario. Estaba estudiando, como siempre.

—¿Qué hay, Mario? —lo saludé. Giró su silla para mirarme.

—Te vas a aburrir si esperas a Clara aquí conmigo —dijo sin perder la concentración.

Con descaro ignoré su advertencia. Tomé otra de las sillas giratorias y me senté.

—¡Me las arreglaré! —dije mientras me impulsaba con los pies para dar círculos.

Cuando dejó de divertirme girar sin sentido, pregunté:

—¿Y qué haces?

—Repasando algunos puntos de mi tesis…

—Oh… —puse cara de sorpresa—. ¿Y de qué trata tu trabajo?

Me miró y soltó una risilla.

—No lo entenderías.

—Vamos, dime —insistí—. No creas que soy tan tonta… Caray, ¡qué mal concepto tienes de mí!

—No es eso —volvió a reír—. Ni yo mismo lo entiendo.

Eso era diferente.

—A veces pierdo el objetivo de mi trabajo. No logro hacer que las ideas se acomoden de una manera que pueda explicarse.

—¿Qué es lo que no puedes acomodar?

—Ruido gaussiano y sistemas caóticos… —susurró.

Tal vez tenía razón. Aunque me lo explicara, no iba a entender.

—Quiero hacer algo diferente —continuó—. La mayoría de mis mentores son gente capaz y muy inteligente, pero casi siempre caen en los mismos viejos y cansados conceptos de la física moderna. Yo quiero hacer algo distinto; pero desde hace un tiempo estoy más distraído que de costumbre —sonrió.

Ese sería el último año del doctorado de Mario. No estaba seguro de cuál sería el siguiente paso en su vida. La docencia le agradaba y, en realidad, disfrutaba enseñar a los jóvenes: ellos tenían la habilidad de hacerlo sonreír.

Mario prácticamente se había pasado la vida estudiando. Desde que tenía dos años ya asistía al jardín de niños y, contrario a los demás, a él le gustaba estar en ese lugar porque aprendía cosas nuevas cada día. Era muy analítico.

Fue feliz cuando, en una Navidad, sus padres le regalaron su primer juego de química. Se pasó horas enteras haciendo experimentos con él. Tiempo después, se dio cuenta de que solo se trataba de pruebas sencillas y caseras; dejó todo de lado y volvió a los libros, que siempre tenían la respuesta para todo, como solía decir.

Garabateaba ecuaciones en su cuaderno mientras yo navegaba en Internet en la computadora de Clara.

El teléfono sonó. Mario echó una ojeada al identificador de llamadas. No contestó. Dejó que timbrara hasta que el persistente y molesto sonido se apagó y el nombre de «Lucía Ann» desapareció.

Yo había visto a Lucía un par de ocasiones. Mario solía salir con ella. La conoció en un grupo de lectura al que asistía los miércoles por la tarde. Tenía veinticuatro años; era bonita y hasta podía decirse que inteligente. No obstante, la chica parecía tener problemas

existenciales. Siempre vestía de negro; tenía varios piercings en la oreja izquierda, alineados desde la parte superior hasta el lóbulo. Su maquillaje era cargado, casi siempre negro o púrpura, y llevaba el cabello corto, también negro. A simple vista, no tenía nada que ver con Mario.

No debía entrometerme en lo que no me importaba, pero al final pregunté:

—¿Por qué no le contestaste?

Él sabía que había alcanzado a ver el nombre de Lucía en el identificador.

—No tengo ánimos… y Lucía tiene el increíble don de ponerme de malas. No le podré seguir el juego por mucho tiempo.

—¿Tan mal te lo has pasado con ella?

—Hay algo en ella que no termina de convencerme —susurró.

Como siempre he sido curiosa, quise indagar.

—Pero te gusta la chica, ¿no?

—Sí, es linda. Solo hemos salido un par de veces. Eso es todo —dijo, mordiendo el tapón de la pluma—. Pero no es mi tipo… —añadió.

Luego volvió a ignorar mi presencia y se sumió en los libros.

Nunca le conocí una novia a Mario; tampoco era común que saliera con chicas. Solo recuerdo a Tina, una bonita muchacha de cabellos rojos y ojos azules. La había cortejado cuatro años atrás. Todos pensamos que terminarían siendo pareja. Sin embargo, repentinamente Mario perdió el interés y, cuando Clara y yo regresábamos de la secundaria, lo único que veíamos era a Tina —con su cabellera de fuego— esperando afuera de la casa Sanford a que Mario se dignara a salir aunque fuera a saludarla. Pero Mario se alejó y nunca correspondió a su amor incondicional.

Si mi madre era un enigma para mí, Mario no se quedaba ni una pulgada atrás. Sus ojos azul marino, taciturnos y profundos, albergaban miles de culpas y remordimientos. Sabía que algo escondía en su atribulado corazón; algo que lo hacía alejarse de

todo aquello que pudiera causarle felicidad. Era como si él mismo pensara que no era merecedor de ningún tipo de dicha, y que permanecer en las sombras era lo que estaba destinado para él.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Aarón siguió mis pasos hasta la biblioteca de la escuela. Se acercó a unos cuantos metros de donde yo estaba. Supe que se encontraba justo detrás de mí porque reconocí de inmediato su fragancia a romero, lavanda y jengibre.

Un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo, pero no quise voltear; seguí de largo y me introduje en uno de los pasillos más amplios.

Fingí que buscaba un libro en uno de los estantes, esperando que el chico diera marcha atrás y abandonara el lugar. Le debía una disculpa, lo sabía, pero no tenía idea de cómo enfrentarlo. Ya había pasado más de una semana desde la conversación… o, mejor dicho, desde la pelea que tuvimos en el lago. No nos hablábamos desde entonces.

Pero era insistente.

—Annia…

Escuché su voz flotando a mis espaldas. No me quedó otra opción que darme la vuelta y saludarlo. Puse cara de sorpresa.

—¡Hola, Aarón! ¿Qué hay? —saludé con perfecto disimulo. Si tenía que disculparme, lo haría después.

Le sostuve la mirada mientras disfrazaba con maestría mi turbación. Se quedó de una pieza. No hubo bromitas ni galanteos.

—Hola, Annia —dijo, como recobrándose—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó, tontamente.

—Busco un libro. ¿Sabes? Esto es una biblioteca. Normalmente la gente viene aquí a buscar un libro —me burlé.

—Eso fue muy tonto, ¿no? —soltó una risita.

—Un poco —reí—. La pregunta es… ¿qué haces tú aquí?

—Estaba buscándote… —musitó, después de un silencio.

Quise que me tragara la tierra. Comprendí a la perfección la intención con la que Aarón me decía esas palabras.

—¡Pues aquí estoy! —contesté muy ufana, felicitándome en silencio por no haberme sonrojado—. ¿Qué pasa?

Aarón se aclaró la garganta. Nunca lo había visto tan nervioso. De pronto, desapareció el chico tan seguro de sí mismo.

—¿Podemos ir afuera?

—Seguro. Solo deja que encuentre mi libro.

—De acuerdo.

¡Menudo problema! Yo ni siquiera estaba buscando un libro. Terminé eligiendo uno cualquiera de arquitectura gótica.

Cuando salimos, percibí el fresco aroma de los pinos inundando el patio principal; pero, en cuanto me acerqué a Aarón, su fragancia volvió a absorber mis sentidos.

Sin darme oportunidad de hablar, se adelantó:

—Verás, Annia… yo quiero que sepas… —dudó un momento—… que mis intenciones hacia ti son serias. No eres como cualquier chica, como lo dijiste en el lago. Yo… simplemente no te veo así. Sé que tienes un mal concepto de mí y me gustaría hacer algo para cambiarlo. Quisiera hacer las cosas bien. —Entonces me miró fijamente a los ojos—. Tú, en verdad, me gustas.

Deseé con fervor poder convertirme en la ardilla que acababa de cruzar despreocupadamente el patio, de un extremo a otro.

—No sabes lo que dices, Aarón —murmuré sin mirarlo.

—Tú eres diferente, Annia. Eres auténtica y directa. No te importa en lo absoluto no saber bailar, no ser buena en los bolos, no maquillarte o llevar ropa ajustada como las demás. Eres segura de ti misma, y cuando algo no te gusta, simplemente lo dices.

Me pregunté si eso era un cumplido. Pensé que no tenía por qué recordarme la historia de los bolos…

—Aarón —dije, después de unos segundos de silencio—, lamento lo que te dije en el lago. Sé que no debo ser prejuiciosa, y sin embargo hice caso de lo que escuché de ti. Lamento haberme portado de esa manera. Espero que puedas disculparme.

—No te disculpes —sonrió—. La verdad, me he ganado a pulso la reputación que tengo. Solo quiero que sepas que puedo cambiar.

No supe qué sentido tenía todo aquello. De todas maneras, yo no iba a aceptarlo. No mientras Clara estuviera enamorada de él.

—Yo no necesito que cambies —murmuré.

Entonces él insistió:

—Cambiaré si eso hace que tú me aceptes.

Me quedé sin palabras. Él continuó:

—Annia, es verdad que en primero me interesé por Clara. El día de la fiesta mi intención era acercarme a ella, pero entonces te vi. Tu comportamiento me desconcertó. No te conducías como las demás; me saludaste tan cortante y no parecías mostrar ningún interés en mí. De hecho, aun ahora parece que en realidad no te intereso…

Quise hablar, pero se me adelantó otra vez.

—Quisiera pedirte algo. —Sacó de la bolsa de su pantalón un sobre.

—El viernes se casa mi primo. Quiero que me acompañes.

En seguida concluí que, si Aarón quería realmente cambiar, debió haber empezado por preguntarme si yo quería acompañarlo. Decliné la invitación.

—Lo siento, Aarón… no puedo.

—¿Por qué? —preguntó, azorado.

—Voy a ir a Vermont el fin de semana, a visitar a mi abuelo. Me iré el viernes al terminar las clases. Tal vez… —dije, mientras la idea se formaba—… Clara pueda acompañarte. Estoy segura de que sí.

—Está bien —dijo, guardándose la invitación en el bolsillo. Lo había rechazado una vez más—. Invitaré a tu amiga.

Sentí que el corazón se me encogía.

—Dime, Annia —me lanzó una mirada perspicaz—, ¿cuántas veces visitas a tu abuelo?

—Una vez al mes, generalmente. ¿Por qué?

—Ya veo. Entonces tendrás los siguientes tres fines de semana libres, ¿no es así?

—Supongo —respondí, preguntándome a dónde quería llegar.

—Entonces —dijo, sacando un segundo sobre de la bolsa izquierda —, no podrás usar la misma excusa para esta invitación.

«Arlette Schein & Greg Waverlley…», leí. Era una invitación para otra boda.

—Ella… ¿es tu hermana? —pregunté, sosteniendo el sobre.

—A menos que mis padres me hayan mentido durante veinte años… sí, creo que se trata de mi hermana.

Me sentí desarmada.

—No podrás negarte a esta segunda invitación. Es importante para mí.

No supe qué excusa inventar.

—¿Irás? —buscó con insistencia mis ojos.

Me pregunté qué tenía Aarón, y cuál era su obsesión conmigo. No le tenía ni una pizca de confianza, a pesar de que me gustaba… y mucho.

—Supongo… —murmuré. Su rostro se iluminó—… pero necesito hablar con Clara primero.

—Está bien, pero quiero que sepas que lo he tomado como un sí de tu parte. No me puedes fallar.

—De acuerdo.

Guardé la invitación entre las páginas del libro.

—Tienes bastantes trucos, ¿eh?

—Tan solo unos cuantos —me dedicó una sonrisa tierna.

—¡Gracias, Annia! —se despidió y caminó hacia la salida de la escuela.

Lo seguí con la vista hasta que se perdió a lo lejos. Entonces me di cuenta de que me temblaban las manos y el corazón me palpitaba a toda velocidad.

❀✿❀

Aarón hizo lo que le pedí: invitó a Clara a la boda de su primo. Esperaba que mi amiga acabara por gustarle, para que los problemas terminaran para siempre. Pero no pude evitar que el corazón se me hiciera pequeño cuando Clara me dio la noticia. Se veía tan feliz, tan viva, tan soñadora. Una parte de mí se alegró. No podía hacer más.

Esa tarde salí al jardín, me senté sobre el escuálido césped y me puse a recordar a mi padre. No quedaba mucho de lo que antaño había sido. En rosales dispersos, aquí y allá, aún florecían tímidas rosas. Seguían creciendo aunque nadie las cuidara. Estaban tan pálidas que se marchitaban pronto. A veces cortaba unas cuantas y las subía a mi cuarto, aunque solo fueran remedos de otra época, como si extrañaran a su antiguo jardinero.

—¿Por qué te fuiste así de pronto, papá? —pregunté en voz alta mientras acariciaba un capullo—. Ya ni siquiera vienes a visitarme cuando duermo. Aún recuerdo tu rostro, pero tengo miedo de empezar a olvidarlo…

—Annia… —escuché una voz que se acercaba.

—Hola, Mario —dije con desgano, mirándolo de reojo—. Te dejó pasar mi madre, ¿verdad?

—Mmm… sí. —Dejó escapar una risilla—. ¡Ella siempre hace eso!

—No sé por qué es así.

—Oye… discúlpame.

—¿Por qué? —Me giré para mirarlo.

—Porque te escuché. Como te dije, tengo mal tino y siempre termino oyendo cosas que no me corresponden —se lamentó.

—No importa. Ya me he acostumbrado. Tienes años haciendo lo mismo.

Se encogió de hombros.

—Tengo una idea para que nunca olvides a tu padre.

—¿Como qué se te ocurre?

—Yo tengo una foto.

—¿De él?

—Sí… ¿de quién más? —dijo, con un nerviosismo extraño.

—¿En verdad, Mario? —pregunté emocionada, poniéndome de pie.

—Bueno… es una foto familiar. La tomaron una vez, cuando estábamos en El Ensueño. Pero él se ve muy bien.

—¡Mario! ¿Me la das? Yo no tengo ninguna foto de él… ni de El Ensueño tampoco. Mi madre se llevó todo. No sé por qué lo hizo. Nunca lo entendí.

—Lo sé… —dijo, bajando la mirada.

—Annia, te la daré. Es la única que tengo, pero sé que te hará feliz… como a mí. Esos días… —se quedó un momento, como evocando el pasado— …éramos tan felices.

—Sí, Mario. Lo éramos.

—Te la traeré mañana, sin falta.

—¡Gracias, Mario!

Lo miré fijamente, pero no pudo sostener mi mirada por mucho tiempo; giró la cabeza.

—¿Y por qué estás aquí? —pregunté, después de unos minutos de silencio.

—Mi hermana ha estado parloteando toda la mañana, dando vueltas por aquí y por allá con un sobre en la mano. Hace un momento la dejé en el centro comercial. Dice que Aarón la invitó a una boda. Lo que yo quisiera saber —prosiguió, buscándome los ojos— es si tú tienes algo que ver en eso. Yo creí que Aarón te invitaría a ti… a menos que tú le hayas pedido lo contrario.

—Sí. Yo se lo pedí —respondí, incapaz de mentirle a aquel chico que me conocía a la perfección.

—Bueno… ¿y por qué lo hiciste?

—Para no lastimar a Clara, por supuesto.

—¿No te había dicho ya que ese joven no quiere nada con mi hermana? ¡No debiste cederle tu lugar! —me regañó.

—Bueno… es que hay otra cosa que me gustaría decirte —añadí, arrastrando las palabras.

—Soy todo oídos —me lanzó una mirada perspicaz.

Le expliqué las intenciones de Aarón: llevarme a la boda de su hermana y lo importante que era para él que yo asistiera. Sé que me sonrojé un poco cuando le confesé que, en realidad, quería ir, pero que no sabía cómo manejarlo con mi amiga.

—¿Y cuándo será el evento? —interrumpió.

—Dentro de tres sábados. Le he dicho que iré. Pero antes tengo que platicar con Clara.

—Mmm… —se quedó pensativo—. Si hablas con Clara, lo más probable es que haga un berrinche y al final tú termines cediendo de nuevo. Y no creo que Aarón esté dispuesto a llevarla otra vez… a menos que…

—¿A menos que qué? —atajé.

—¡Lo tengo! —exclamó—. ¡Yo te ayudaré! Pero necesito que hagas esto: no le comentes nada a Clara. No todavía. Yo me las arreglo para llevarla a otra parte ese día sin que sospeche nada.

—No quisiera mentirle, Mario.

—Y no lo harás. Solo hazme caso. Cuando yo ya le haya hecho la invitación, entonces se lo dices. Como es tan parlanchina, para la próxima semana lo contará a grito abierto. Aarón se enterará de que, efectivamente, ese día ella no estará disponible… y no habrá ningún problema. —Concluyó su plan con una sonrisa.

—¿Y crees que funcione? —pregunté, incrédula.

—Absolutamente.

Sonreí con franqueza.

—¡Gracias, Mario! —Habría querido abrazarlo, pero algo me detuvo.

—De nada —dijo, bajando la mirada mientras se acomodaba un mechón detrás de la oreja—. Quiero que seas feliz…

Lo miré, confundida.

—Pero tienes que hacer algo para terminar con esta novela —añadió, rompiendo el silencio que él mismo había creado.

—Estoy ahogándome en un vaso de agua, ¿verdad?

—Es lo que creo. Por esta vez, hagámoslo así. Pero quiero que entiendas que, tarde o temprano, Clara debe saber la verdad.

—¿La verdad? —pregunté, azorada.

—La verdad es que a ti te gusta él. Tal vez eso sea lo que realmente no sabe ella. —Se dio la vuelta y me hizo una seña de despedida.

Mario decía la verdad: debí ser honesta con ella.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Clara se esmeró en su atuendo el día de la boda. Me invitó a su casa solo para mostrarme cómo se veía.

En realidad lucía hermosa… mi amiga era muy bella. Llevaba un vestido strapless corto de satén, color verde azulado, con un estampado de flores negras. Una cinta negra se ceñía debajo de su prominente busto y se abrochaba en forma de un delicado moño. Calzaba unas zapatillas altas, también negras, que hacían que sus piernas se vieran más blancas y torneadas. Se había recogido el

cabello en un peinado alto, a la moda. Parecía una princesa. Los labios, rojo escarlata, y sus ojos esmeralda hacían un juego perfecto con su cabellera rubia, sus aretes y su collar.

Me estremecí al pensar que quizá, al final de la noche, Aarón terminaría robándole un beso a la adorable criatura que se aferraba a su brazo mientras salían de la casa y se introducían en el vehículo del joven que robaba mis pensamientos.

—En otro tiempo, indudablemente lo habría hecho, Annia —se atrevió a confesármelo al día siguiente—. Incluso me habría atrevido a llegar hasta donde ella me dejara. Pero ya no soy así.

Me aseguró que entre Clara y él no había pasado nada y que no tenía el menor interés en ella. Daba explicaciones como si yo fuera su novia.

—¿Y cómo la pasaron? —pregunté, fingiendo indiferencia, cuando la verdad era que me moría por saberlo todo.

—Yo rogaba que el reloj apresurara su marcha para que dieran las dos de la mañana y así poder irnos, por fin. Trataba de animarme pensando que, en tres semanas, estaría al lado de la enigmática joven que tengo frente a mí.

Se me atoró un bocado de hamburguesa y empecé a toser. Aarón me alcanzó una botella de agua y soltó una risita.

—No tengo nada contra Clara. Ella es una belleza, sí. Pero su plática es tan predecible… con su voz chillona y su forma de hablar de niña mimada… termina sacándome de mis casillas. Resolví que la única forma de pasar el tiempo de una manera agradable era bailando, así que me fui a la pista: pieza tras pieza, hasta que la noche se acabó.

—¡Ya basta, Aarón! —lo interrumpí—. ¿Me citaste aquí solo para hablar mal de Clara?

—Bueno… tú has tenido la culpa, en cierta manera. Fuiste tú quien me pidió que la invitara.

—Pero no te obligué. —Me puse de pie—. No sé por qué me cuentas todo esto. Yo no soy tu novia y Clara es mi amiga. Puedo prescindir

de esa información.

—Solo quería que supieras que no pasó nada entre nosotros. Aunque ella lo quería. Yo la respeté.

«¿Cómo? ¿Que Clara se le insinuó?»

—¿De nuevo he metido la pata? —me detuvo con fuerza por el brazo —. No doy una contigo…

Agachó la cabeza. Se veía confundido, como si de verdad estuviera buscando la manera de hacer las cosas bien… y no supiera cómo. Sentí que era sincero. Entonces me senté otra vez.

—Dime algo, Annia.

«¡Oh, no!… Aquí vamos otra vez…»

—¿No quieres salir conmigo solo por Clara?

—Algo hay de eso… —murmuré entre dientes.

—Pero… —me miró fijamente— ¿te gusto?

Me había acorralado. Quise decir que no, pero solo logré hacer una mueca tonta.

—Ya sabes que sí —terminé aceptándolo.

«Derrota total…»

Nunca olvidaré la sonrisa que se extendió en el rostro de Aarón, como si alguien le hubiera quitado de los hombros una carga pesada. Más bien se veía como el reo al que liberan, inesperadamente, de su sentencia de muerte.

Me tomó las manos, emocionado, pero yo se las retiré. Y aun así seguía sin mirarlo.

—No te presionaré, Annia. Te daré todo el tiempo que necesites. Y si tengo que hablar con Clara para que entienda la situación, lo haré.

Me llevó a mi casa en su Jetta deportivo. No hablamos mucho, pero él se veía feliz. De vez en cuando lo miraba de reojo. No me había dado cuenta de cuánto me gustaba su perfil.

❀❁ꕥ✿ꕥ❁❀

Los días pasaron y pronto me vi descendiendo la escalera de mi casa con un vestido de gala. Alacié mi cabello, que caía como una cortina de arena casi hasta la cintura, apenas detenido en una media coleta con un delicado broche de pedrería fina. Me veía más alta y delgada con ese vestido que mi madre había escogido para mí. Era una exquisita prenda color palo de rosa: escote en V, un corpiño de tela estampada que marcaba el talle y la cintura, y una falda que caía en tres capas, con un ligero vuelo que llegaba un poco por debajo de la rodilla. El atuendo se completaba con unas zapatillas plateadas que había aportado el guardarropa de mi madre.

No pudo evitar sonreír al verme. Seguramente se veía a sí misma veinticinco años atrás. Me parecía mucho a ella. En las fotografías de su juventud nuestras facciones se asemejaban, aunque yo no tenía su gracia, ni su porte, ni su mirada: siempre altiva y orgullosa de sí misma.

—Te ves hermosa, hija —me dijo, acariciando mi cabello—. Te pareces tanto a…

—¿A ti, mamá? —Sabía la respuesta.

—Sí. Así me veía cuando tenía tu edad.

—Nunca me había peinado así —toqué algunas hebras de mi melena —. Así lo tenías tú, ¿verdad?

—Sí, Annia. Y siempre lo llevaba así, suelto.

—¿Por qué ya no lo peinas de esa manera, mamá?

Bajó la mirada.

—Porque ya estoy grande. Las señoras como yo deben llevar el cabello corto o recogido.

—Mamá —le sonreí, acariciando los cabellos que escapaban de su peinado—, si aún eres muy bella… ¿por qué nunca pensaste en…?

Callé en cuanto vi que el rostro de mi madre perdía toda su dulzura y se volvía severo.

—Eres hermosa, mamá —concluí—. Siempre lo serás.

Minutos más tarde llamaron a la puerta. El joven que estaba del otro lado lucía un elegante traje gris oscuro. Quizá la mirada de mi madre lo intimidó, porque se quedó pasmado unos segundos.

—Buenas noches, señora… —balbuceó, intentando aflojar el nudo de la corbata mientras cargaba un ramo de rosas—. Mi nombre es Aarón Schein.

—Mucho gusto, Aarón. Yo soy Isabel Riveira. —Mi madre había renunciado al apellido Sullivan desde la muerte de mi padre.

Me acerqué y le sonreí con los ojos.

—¡Te ves muy bien!

Él seguía mudo; tan solo me miró largamente.

—¡Que te ves muy bien, Aarón! —repetí.

—¿Eh…? ¡Y tú te ves increíble! —pareció salir de su ensoñación.

—¿Y esas rosas? —me apresuré a preguntar—. ¿No me digas que son para mí?

—¡Oh! La verdad… no.

—¡Qué bien! ¡Porque no me gustan las flores!

—¿Que no te gustan?

—¡Claro que sí! —Se las arrebaté.

—¡Qué modales, Annia! —me reprendió mi madre.

—¡Así es! —terció Aarón—. ¡Qué modales, jovencita! En realidad, estas flores no son para ti. Son para la bella dama que me abrió la puerta —dijo, dirigiéndose a mi madre—. Si me permite…

Le ofreció el ramo.

Si bien ella no soportaba ni siquiera ver una rosa, recibió con agrado el regalo de Aarón. Aunque, después de ese día, no volví a ver esas flores.

—Veo que eres un joven muy listo y educado —rió con suavidad—. Acepto tu regalo. Y confío en que, como el caballero que eres,

cuidarás de mi hija y la traerás de regreso a la hora que hemos acordado.

—Claro que sí, señora. Ni un minuto después.

Salimos de la casa. Me sentía muy contenta, pero nerviosa a la vez. Aarón se veía feliz y orgulloso de tenerme a su lado. De cuando en cuando, una sonrisa se le asomaba en el rostro.

AGUA Y ACEITE

Vermont, 1971.

La familia Riveira se preparaba para pasar la Navidad en casa de los padres de Luis, como cada invierno. Estarían allá hasta la primera semana de enero, cuando se festejaba el cumpleaños de Isabel.

Ya empezaban a caer las primeras heladas. Los árboles y los pórticos de las casas se cubrían de escarcha.

Irenne miraba a través de la ventana. Odiaba el invierno porque le impedía hacer lo que más amaba: disfrutar del sol del verano y bailar bajo la lluvia vespertina que refrescaba el ambiente.

—Irenne, nos iremos en una hora —dijo Isabel, y se dio la vuelta.

«Gracias por avisar».

El viaje hacia Stowe tomó cerca de tres horas de carretera.

Esa sería la primera vez que los padres de Luis verían a Irenne. Ella quería dar una buena impresión, pero estaba consciente de que no era buena para eso. La gente debía tratarla más de una vez para simpatizar con ella. Era imprudente —siempre lo sería—, y a muchas personas no les gustaba eso.

Sus dientes empezaron a castañetear en cuanto puso los pies en la nieve. Se estremeció y se limpió la nariz goteante con el dorso de la mano, a pesar de que por primera vez había decidido estudiar todos sus movimientos para causar una buena impresión. En primer lugar, pensaría hasta tres veces antes de atreverse a hablar. No quería hacer que Luis pasara un mal rato por su culpa ni hacerlo sentir avergonzado. Era solo por él que trataría de mostrarse como una señorita de alta sociedad.

Los señores Riveira ya los esperaban en la entrada de la casa. Aparentaban tener cerca de sesenta años. Aún lucían fuertes y vigorosos. Tenían una apariencia sencilla y un gesto amable.

—Hola, mamá. Hola, papá —saludó Luis con un abrazo. Tenía los ojos y la nariz de su padre—. ¡Qué gusto verlos! Hace ya tanto tiempo que no venía a la finca…

—Eso es porque tú quieres —bromeó la señora Riveira—. Siempre mandas a Isabel con tu chofer. ¡Ni siquiera te dignas a venir para cerciorarte de que aún estamos vivos!

—¡Pero si están tan fuertes como robles! —se defendió.

—Esa no es justificación. ¡Eres un mal hijo, Luis!

—Sí, madre. Tienes razón —Luis mostró arrepentimiento—. Trataré de visitarlos más seguido.

—¡Ya, ya! —terció el padre, un hombre de piel muy blanca y cabello ralo, casi inexistente en la coronilla—. No le hagas caso a esta señora consentida. Solo te está gastando una broma.

—Buenos días, abuelo. Buenos días, abuela —saludó Isabel. Enseguida plantó un delicado beso en la mejilla de ambos.

—Buenos días… —dijo Irenne quedamente, e hizo una pequeña reverencia.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Saúl Riveira—. ¿Esta es la pequeña de la que nos hablaste? ¡Por Dios! ¡Yo creí que se trataba de una niña! ¡Pero si es una linda jovencita!

—¡Se lo agradezco, señor! —Irenne elevó la voz una octava—. ¡Usted sí que es muy observador!

Ahí quedaron todos los propósitos de la recién llegada. Isabel puso los ojos en blanco. El abuelo se quedó pasmado un instante, pero luego soltó una carcajada. Su estómago se movía de arriba abajo sin cesar. A Irenne le resultó tan gracioso, que se le escapó una risa también.

—¡Vaya, vaya! Buena elección, ¿eh? —coronó el señor Riveira, y con ese comentario dio por concluida la presentación.

—Entremos. Si seguimos aquí, nos vamos a congelar —invitó la abuela, dándole una suave palmada en la espalda a su hijo.

Durante la comida, Irenne se dio cuenta de que los señores Riveira no eran unos ogros como había imaginado. Al contrario: eran sencillos, y Luis era su fiel reflejo; tan educado y fino, desprovisto de esa prepotencia de Estela e Isabel, para quienes las reglas de etiqueta parecían ser lo más importante de la vida.

La Nochebuena y la Navidad llegaron como algo nuevo en la vida de Irenne. Era la primera vez que recibía tantos y tan costosos regalos. En el colegio de monjas, esos festejos pasaban casi inadvertidos: la institución permanecía en completa oscuridad mientras, afuera, los focos multicolores daban brillo y un aspecto alegre a las calles.

Cuando la madre de la jovencita vivía, se esforzaba todos los años por conseguir un árbol natural. Siempre la llevaba consigo para que ella misma pudiera elegir el que más le gustaba. Con todos sus esfuerzos y trabajos extra, su madre era capaz de darle ese gusto a su única hija.

Solían acomodar los adornos al lado de la chimenea de su habitación. Hermes, el jardinero, y Celia, la cocinera, siempre estaban ahí para ayudar a colocar los adornos del siempre frondoso árbol. Lo más divertido era cuando Irenne ponía la estrella en la punta: Hermes la alzaba hasta el punto en que pudiera hacerlo con sus diminutas manos. Entonces un sonoro aplauso retumbaba en la casa. A la mañana siguiente, sin falta, había tres regalos al pie del árbol: de parte de Hermes, alguna figurilla de madera tallada; y de Celia, calcetines y zapatos. Su madre se encargaba de obsequiarle, hasta el día de su muerte, una muñeca de trapo hecha con sus propias manos.

Pero la última Navidad le dio un regalo diferente. Era una diminuta envoltura de color cobrizo. Con curiosidad, Irenne rasgó el papel y encontró una cajita de madera de caoba. Dentro había una cruz de

plata que pendía de una fina cadena; el centro estaba adornado con una pequeña paloma en relieve.

—Es el Espíritu Santo —dijo Sarah, sonriéndole a la niña que la miraba atónita—. Es como tu conciencia —prosiguió—. Él te dice lo que es bueno y lo que es malo para ti. Deberás escucharlo siempre. Porque ese es el espíritu de Dios.

Irenne se sintió llena de dicha al recibir aquel objeto. Después de abrazar a su madre, destrabó el broche de la cadena y se la colocó con rapidez alrededor del cuello. Corrió entonces a mirarse en el pequeño y sucio espejo. Era el mejor regalo que le habían dado en toda su vida.

—¿Te costó mucho, mamita? —quiso saber.

—La verdad, no. Me lo dio mi madre antes de morir. Dijo que esa cadena me recordaría que siempre estaría a mi lado, cuidándome. Y así lo creí siempre.

—¿Entonces por qué me lo das? ¿Morirás como la abuela?

Sarah bajó un poco la mirada. Calló unos segundos. Luego miró tiernamente a su hija.

—No se trata de eso. Solo quiero que sepas que, sin importar lo que pase, siempre estaré contigo.

Sarah ya sabía que su muerte estaba cercana. El médico le había dicho que no se podía hacer nada por ella; además, no contaba con recursos suficientes para someterse a un tratamiento que la ayudara a elevar su calidad de vida.

Después de sufrir una tremenda agonía —que a Irenne le pareció injusta—, Sarah se consumió rápidamente.

Con el paso del tiempo, la niña empezó a olvidar a su madre. El reemplazo de la figura materna fueron la madre Rita y Celia. Ellas se ocuparon de cuidar y hacer sonreír a la criatura.

Por eso Irenne no pudo evitar acariciar su crucifijo cuando terminó de abrir los magníficos regalos que sus protectores le habían obsequiado.

Pensó que su madre estaría contenta de ver cómo la vida, por fin, empezaba a sonreírle.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Era la mañana del primero de enero. Luis animó a las jovencitas a que fueran a patinar en la pista de hielo, que no era otra que el lago congelado. A Irenne le encantó la idea, pero Isabel se mostró renuente. No le gustaba patinar —mucho menos sobre hielo— ni convivir con Irenne, con quien mantenía una prudente distancia. Accedió a regañadientes.

El lago no estaba lejos de la finca: apenas un cuarto de hora caminando. Se toparon con algunos niños que cargaban sus patines, dispuestos a divertirse. La idea de Luis era dejar a las dos jovencitas en la pista y volver a casa. Las recogería una hora más tarde.

Mientras Irenne se ajustaba los patines, la mirada de Isabel se perdía, temerosa, en el lago. No había más de diez o quince niños en total.

—¡No te preocupes! —gritó Irenne—. ¡Es seguro! ¡Hasta una esnob como tú puede hacerlo!

—¡No tengo miedo! —contestó Isabel, molesta pero contenida—. Es solo que no me gusta patinar.

—Yo diría que sí tienes miedo —se burló la otra.

—¡Claro que no! Y por supuesto que, patinando, soy mucho mejor que tú —se vengó Isabel.

Luego se deslizó lentamente hacia el centro de la pista.

—¡Eso lo veremos! —Irenne se puso de pie, dispuesta a seguirla.

«¿Y a eso le llama patinar?»

Los movimientos torpes de Isabel hicieron reír a Irenne. Con ánimo de fastidiarla un poco, se acercó y empezó a patinar alrededor de ella.

—¿Segura que sabes patinar? —repitió Irenne—. Yo puedo enseñarte. ¡En verdad!

—¡Déjame en paz! ¡Impertinente! —contestó Isabel.

Patinó hacia el fondo del lago para alejarse de la molesta joven. Sabía perfectamente que las capas de hielo en esa zona eran delgadas y que era su obligación estar atenta ante cualquier grieta o cambio de color en la superficie, pero no le importó… ni las señales de precaución que impedían el paso.

El grito desesperado de un hombre retumbó:

—¡No vayas para allá! ¡Te caerás!

Isabel se detuvo para emprender el regreso, pero ya era muy tarde. Sintió con horror que el hielo empezaba a resquebrajarse.

En un segundo se encontró con la mitad del cuerpo sumergida, aferrándose inútilmente a la superficie. Estaba tan lejos que sus gritos se perdían en el viento.

—¡Haga algo! —gritó Irenne.

Se escuchó un chillido general. Todos los chiquillos empezaron a abandonar la pista.

—¡No puedo! —dijo el hombre—. ¡Soy demasiado pesado! ¡Romperé el hielo antes de llegar!… ¡Iré por ayuda! —añadió, y desapareció en un instante.

Irenne sintió odiarlo con toda su alma, pues representaba su única esperanza. Armada de valor, caminó muy despacio hacia donde estaba Isabel. Asida a una capa de hielo que aún parecía firme, estudió con rapidez por dónde podía acercarse sin que colapsara, y encontró un camino que parecía lo suficientemente resistente para soportarla por unos minutos.

Isabel sintió una mano sujetándole el brazo derecho, y una voz que gritaba:

—¡No te preocupes, Isabel! ¡Yo te sacaré!

Pero el resentimiento estalló:

—¡No! —chilló—. ¡Prefiero morir aquí a estar en deuda contigo por el resto de mi vida!

—¡No seas ridícula! ¡No puedes ser arrogante ahora!

—¡Déjame! Yo saldré sola. ¡No quiero deberte mi vida!

—Pero si no voy a cobrarte el favor —Irenne soltó una risotada. Sabía que era un berrinche, y que el hielo estaba lo bastante firme como para permitirse una broma más—. En todo caso, lo único que te pediría es que te disculparas conmigo por la forma en la que me insultaste aquella tarde en el cine.

—¡Jamás me disculparé contigo! —Isabel soltó su mano.

—¡Como quieras! —Irenne simuló la retirada.

Y, en efecto, logró que la otra entrara en pánico.

—¡Espera! ¡Espera!

Irenne regresó y se puso en cuclillas.

—Ajá…

—¡Está bien! ¡Está bien! Yo…

—…¿Te disculparás? —interrumpió Irenne.

Pero Isabel lo pensó un momento…

—¡No! ¡No lo haré!

—¡Está bien! —Irenne, frunciendo el ceño, se puso de pie y se deslizó lentamente hacia el otro extremo.

Veía de reojo a Isabel impulsándose y alcanzando con dificultad la superficie.

—Orgullosa… —murmuró, y siguió camino, convencida de que ya estaba fuera de peligro.

Pero, en un segundo, otro trozo de hielo se quebró. Ante los ojos de Irenne, Isabel se sumergió en el agua bruscamente.

Reuniendo fuerzas de donde pudo, y con movimientos lentos, Irenne logró sacar la mitad del cuerpo de Isabel, quien, en aparente estado de inconsciencia, ya no pronunciaba palabra. Hizo un esfuerzo

sobrehumano y consiguió sacarla por completo, arrastrándola de la ropa hacia una zona lo suficientemente resistente para soportarlas a ambas.

Se recostó.

Minutos después, Isabel se incorporó e intentó sentarse. Tosió, despejándose el cabello de la frente.

—¡Eso fue muy cansado para mí! —alcanzó a decir Irenne—. ¿Te encuentras bien? Deberíamos ir a casa para que un médico te revise. Puede darte hipotermia.

—Hipotermia —corrigió Isabel.

—¡Bueno, creo que te encuentras bien! —concluyó la otra, mirándola de soslayo.

Isabel inclinó la cabeza, apenada.

—Te dije que te fueras. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque, aunque seas tan desagradable… —Irenne miró al cielo— creo que aun así extrañaría tu actitud déspota y tu mirada prepotente.

—Gracias —contestó Isabel, sincera.

—No me des las gracias. ¡Cualquiera lo habría hecho!

—No cualquiera —la contradijo—. Solo tú viniste a ayudarme. Los demás corrieron como si el lugar fuera a explotar.

—Está bien, está bien —Irenne se puso de pie y extendió la mano, invitándola a levantarse.

Isabel se perdió en la mirada esmeralda.

—Lo siento —dijo por fin—. Siento haber dicho que eras una sucia, vulgar pueblerina.

La disculpa dibujó una sonrisa tierna en el rostro de Irenne. Si hubiera escuchado esas palabras seis meses antes, tal vez habría sentido ganada la batalla y se lo habría restregado. Pero sonaban sinceras. Y, muy a su pesar, ya apreciaba a Isabel: la consideraba parte esencial de su vida.

—Yo también lamento haber dicho que eras una bruja antipática y que nadie te quería.

—Bueno —dijo Isabel, aceptando la mano de Irenne y poniéndose de pie—, pues no estabas tan equivocada al usar esas palabras —añadió, sonriendo.

—¡Ni tú tampoco al referirte a mí de esa manera! —Irenne le devolvió la sonrisa.

Ambas rieron a carcajadas.

Caminaron del brazo de regreso a casa. En ese momento, las dos sintieron —cada una a su manera— un calor especial en el corazón. Sabían que había nacido entre ellas una amistad y que un vínculo inseparable las uniría, pasara lo que pasara.

Agua y aceite, después de todo, al parecer podían llevarse bien.

LILA BLANCA

La velada fue maravillosa. Aarón y yo bailamos, reímos y sostuvimos conversaciones entretenidas con los invitados de la mesa que había reservado para nosotros.

Su hermana Arlette era una chica de unos veintiséis años, muy bonita y agradable. De inmediato me hizo sentir como de la familia. Por lo demás, Aarón se ocupó de presentarme con todos. Me sentía incómoda cada vez que alguno mostraba curiosidad por la chica que lo acompañaba. Sus cumplidos parecían sinceros, pero no me gustaba ser el foco de atención.

Traté de escurrirme hacia uno de los extremos del salón, pero, en el intento, Aarón me interceptó y me expresó su deseo de presentarme con su madre. Ella me dedicó una sonrisa amplia; tan amplia y tan extraña que me intimidó. Su manera de hablar y conducirse dejaba notar, a todas leguas, que se trataba de una dama de sociedad: culta, correcta y distinguida. Aunque se comportó exageradamente amable conmigo, derrochando elogios sobre mi belleza y apariencia, en ocasiones pude percibir cómo su pesada y grisácea mirada gatuna se posaba sobre mí, examinándome de pies a cabeza y tratando de mirar a través de mis ojos, como si buscara encontrar algo malo. Al menos esa fue mi impresión.

—Es particularmente extraño —dijo la madre de Aarón— que mi hijo se tome la molestia de presentar a su compañera. Nunca antes lo había hecho. Justo hace dos semanas nos reunimos para celebrar la boda de mi sobrino Philip…

Aarón miró a su madre. Pude adivinar en sus ojos una súplica, como si deseara que se callara.

—¡Oh, sí! —continuó ella—. Una bella damita danzarina se asía de su brazo. Sin embargo, él no se tomó la molestia de presentárnosla.

Por fortuna, supe que se refería a mi amiga… Para mi alivio, en ese momento Arlette interrumpió:

—¿Puedes ayudarme con los adornos?

La madre de Aarón desapareció con ella, no sin antes dirigirme otra mirada inquisitiva.

Durante la celebración traté de olvidarme de Clara. Después de todo, gracias a Mario, mi amiga estaba pasando el fin de semana con él en Nueva York.

El plan de Mario era perfecto. Cuando Clara escuchó las palabras Nueva York y Quinta Avenida, no lo pensó dos veces y aceptó. Su padre, como siempre, le dio una buena cantidad para que gastara a gusto y placer. Mario pensó que, después de todo, esa también sería una buena oportunidad para visitar a su antiguo compañero de universidad. Tal vez, en un futuro, él se mudaría a la gran ciudad y viviría con Julián. Durante su estancia, Mario visitaría a su amigo; y la prima de Julián, Samantha, había sido compañera de Clara en la secundaria. Para suerte de mi amiga, se trataba de una chica tan aficionada a las compras como ella.

En algún momento le confesé a Clara que Aarón me había invitado a la boda de su hermana. No se molestó. Ella misma le dijo que viajaría a Nueva York ese fin de semana. Por supuesto, externó sus deseos de que él la acompañara, pero Aarón le habló del evento que se avecinaba. Clara no tuvo otra opción, pues no podía deshacer el compromiso con Samantha, que incluso ya había organizado —con unos cuantos amigos— una fiesta para ella.

Clara no se enteró de que todo había sido un ardid de Mario y mío. Partió feliz hacia Nueva York. Sin embargo, tarde o temprano yo tendría que ser honesta y explicarle mis verdaderos sentimientos.

Aunque la celebración terminaba a las dos de la mañana, Aarón había prometido llevarme a casa una hora antes; momento en el

cual se rompió el encanto, como en el cuento de la Cenicienta. Además, esta Cenicienta ya era un poco más madura como para quedarse en el baile una hora más. Desperté así de mi ensueño. Sin embargo, la realidad que vi me gustó mucho más.

Algo había cambiado esa noche. Quizá fue la mirada cálida y fija de Aarón, su sonrisa despreocupada y su risa contagiosa… o simplemente la manera en que, a veces, nuestras manos se rozaban incidentalmente; el calor de su pecho y la alocada carrera de su corazón cada vez que me tomaba entre sus brazos para bailar. Algo fue diferente aquella noche, algo que venció mis barreras y me hizo bajar la guardia.

Ya en el automóvil, hablamos de trivialidades. Yo me divertía con el radio, cambiando de estación hasta que encontraba una canción que me gustara; entonces comenzaba a cantar alegremente. Aarón se reía al escuchar mis pretendidos intentos líricos de soprano.

—Tienes una bella voz —me dijo, dedicándome una mirada tierna. Sus manos estaban firmes sobre el volante—. La dulzura que imprimes en cada nota me parece perfecta.

—¡Pues gracias! —respondí animada—. Pero me parece que exageras.

—No bebiste mucho, ¿verdad?

—Solo una copa de champaña —confesé, y se me escapó un hipo gracioso.

No era muy asidua al alcohol. Así que cualquier cosa que bebiera que no fuera soda me subía los colores al rostro. Me reí mucho después de disculparme.

—Todas tus facetas me encantan —dijo, mientras su risa disminuía —. Tu sonrisa amable, tus comentarios sarcásticos, lo despectiva o dulce que puedes ser…

—¿Y eso es un cumplido? —reí otra vez.

—Algo así. Cuando estoy contigo no sé qué decirte. Se me pone la mente en blanco.

—Bueno… tú también tienes lo tuyo —murmuré, mirando mi reflejo en el espejo lateral del automóvil.

Comenzaba a llover, y las pequeñas gotas que escurrían de las hojas de los árboles empezaban a caer sobre el parabrisas. Nos dirigíamos por una calle flanqueada por árboles tan altos que sus copas se curvaban formando arcos al unirse en las alturas, como si entráramos a un lugar mágico.

—¿Como qué? —inquirió él.

—Como que eres un flojo en la escuela… que te gusta correr tras las chicas. Pero la realidad es que eres muy inteligente y sensible, y que no eres ningún Casanova: solo un chico que busca enamorarse…

Aarón no respondió.

Me sentí mareada. El golpeteo rítmico de la lluvia en el techo del automóvil empezó a adormecerme. Apoyé la cabeza en el hombro mientras escuchaba la melodía que emitía la radio.

No supe si me quedé dormida, porque cuando abrí los ojos ya estábamos frente a mi casa. Me sentí desorientada. Entonces la mano cálida de Aarón acarició mi mejilla.

—¿Te sientes bien?

—¡Sí! —me incorporé de golpe—. ¡Gracias por traerme!

Esperé pacientemente a que descendiera para abrirme la puerta, pero permaneció sentado, con las manos sujetas al volante. La incertidumbre y el nerviosismo empezaron a crecer dentro de mí. Supe que hablaría; que yo tendría que escuchar lo que había estado evitando desde hacía mucho tiempo… y que, por desgracia, no sabría qué responder.

Después de unos momentos que me parecieron eternos, Aarón rompió el silencio.

—Escucha, Annia. Sé que quizá para ti solo soy un amigo… alguien con quien te gusta platicar. Siento que te agrada mi compañía, pero en ocasiones me confundes. No sé si sientes algo más por mí o si solo me ves como un amigo. Creo que puedes descifrar lo que yo

siento por ti sin que tenga que decírtelo, pero aun así lo diré para que no te quede ninguna duda.

Soltó el volante, se giró hacia mí y tomó mis manos. Rehuí su mirada, pero él, tomándome por la barbilla, dijo:

—Annia, mírame, por favor —rogó.

En ese momento, toda mi resolución por mantenerme al margen se quebró.

—¿Quieres ser mi novia?

Deseé salir corriendo del automóvil y refugiarme como una niña bajo las sábanas. Mi corazón anhelaba decirle que sí a aquel joven que me miraba hasta el punto de dejarme sin aliento, pero mi cabeza me recordaba una y otra vez a mi querida amiga, que sufriría… sin duda alguna.

Sí: sufriría si yo accedía a la petición de Aarón. Me debatía entre el amor de Aarón y la amistad de Clara. Me preguntaba por qué esas cosas pasaban en la vida real. Sonaba a una de esas novelas rosas que terminaban amontonadas debajo de mi cama.

—Aarón —me animé a decir al fin, reuniendo coraje—, no es que no me gustes…

Hice una pausa y suspiré.

—Claro que me gustas. Tienes buenos sentimientos, eres agradable, me haces reír. Para ser sincera… me gustas mucho. Me has gustado siempre, solo que no había tenido el valor de admitirlo.

—Entonces… —interrumpió, emocionado—. Entonces… ¿aceptarás?

—No me entiendes. Yo no puedo hacerle esto a Clara. Voy a perder su amistad. ¡Ella te ama, Aarón! ¿Entiendes? ¡Te ama y yo no me perdonaría si la hiciera sufrir!

—Annia, por favor… Sé que estás tomando en cuenta los sentimientos de tu mejor amiga, pero te pido que también consideres los míos. Soy honesto contigo. Te quiero a ti, no a ella. Yo he cambiado, Annia… ¡Tú me has cambiado! —aseguró con desesperación.

Sentí un nudo en la garganta. No podía ser cierto. Aquel hombre maravilloso me quería a mí. Era como el príncipe de los cuentos que imaginaba de niña. Todo lo que había deseado encontrar en alguien… ¿y tenía que decirle que no? ¿Estaría bien negarme y sacrificar mi felicidad por alguien más? ¿Qué debía hacer? Me habría gustado hablar con mi padre en ese momento. Él habría sabido aconsejarme.

Me encogí en el asiento, sin tregua. Sentía mi voluntad desvanecerse cada vez que Aarón me hablaba de sus sentimientos y de cuánto me necesitaba. Incluso hubo momentos en los que noté que su voz se quebraba un poco. Estaba siendo sincero.

Habló y habló. Se sinceró. Tomó mis manos, acarició mis largos cabellos. Yo seguía sin contestar, sin atreverme a mirarlo. Temía que, si volvía a ver sus bellos ojos ambarinos, sucumbiría.

Con la mirada fija en el suelo y las manos arrugando sin cesar la falda de mi vestido, por fin atiné a decir:

—Lo siento, Aarón…

Abrí la puerta del automóvil para descender, dejando adentro a un hombre con los sueños rotos. Pero él adivinó mis intenciones y me detuvo.

—¡No te vayas! ¡Por favor! Piensa bien las cosas… escucha a tu corazón, a nadie más que a él.

Entonces vi con el rabillo del ojo cómo extraía algo de su saco y lo acercaba lentamente a mi rostro. Reconocí el aroma peculiar. Levanté la cabeza de inmediato.

Era un racimo de diminutas lilas blancas.

Mis ojos se humedecieron. Lo miré desconcertada. Tomé con manos temblorosas las flores, y unas lágrimas —contenidas desde hacía mucho tiempo— rodaron sobre mis mejillas.

Eran las flores de mi padre… las flores de mi salvador…

Lo miré profundamente.

—Aarón… ¿tú…? ¿Tú fuiste el que…? —quise preguntar, pero él calló mis balbuceos depositando en mis labios un beso cálido que me tomó por sorpresa.

Aun ahora lo recuerdo. Fue como tocar un pedazo de cielo azul en una mañana de verano. Como escuchar las voces más lindas entonando una melodía mágica. A ese beso le siguió otro, un poco más desinhibido, que aceleró nuestros corazones y agitó nuestra respiración.

Separamos los labios unos minutos después. Yo sujeté la flor entre mis manos. Aarón me abrazó y me atrajo hacia sí. Me cobijé en el hueco de su pecho. Su corazón latía a toda velocidad.

No dijimos nada más. ¿Qué más se podía decir? Nuestros sentimientos eran mutuos. En ese instante creímos que podíamos ser felices, sin importar las dificultades que tuviéramos que enfrentar. Al menos lo intentaríamos.

Ya en mi cama me resultó imposible dormir. Después de toda la excitación de esa noche, el sueño parecía innecesario e inalcanzable. Me retorcía de un lado a otro. Me parecía haber vivido una fantasía: un cuento de hadas. Quería seguir despierta para recordar todos los besos que mi príncipe me había dado.

Ni siquiera pensé en mi amiga. En mi cabeza solo estaba aquel joven que aceleraba mi corazón. Él no era únicamente la persona que me gustaba y con quien quería estar… sino quien me había salvado la noche del terrible incendio.

No obstante, me inquietaba preguntarme por qué nunca me lo dijo.

Me levanté y encendí la lámpara de la mesita de noche. Entonces recordé el pequeño racimo que había encontrado alojado en mi vestido el día después del accidente. Busqué en la mesita y extraje de la cajita de plástico la flor ya marchita. Era púrpura… y la que me había dado Aarón era blanca; sin embargo, la fragancia era la misma.

Resultaba curioso que él supiera que las lilas eran mis flores favoritas y que tenían un significado tan grande para mí.

Simbolizaban lo que yo era, lo que mi padre creía ver en mí, mi vínculo con él. No era una flor cualquiera. Era una prenda sagrada.

¿Cómo sabía Aarón lo que significaba para mí? ¿Sería casualidad? ¿También a él le gustaban las lilas?

La mayoría de las personas amaba las rosas, los geranios, flores bellas que se yerguen imponentes en rosales y arbustos. A nadie le llamaba la atención una pequeña lila que florecía sin armonía.

Aarón tendría que despejar mis dudas… pero se lo preguntaría después. Lo único que deseaba era continuar viviendo el sueño que acababa de comenzar. Después de todo, tendría toda una vida para preguntarle. Eso pensé.

Volví a la cama y pensé en él hasta que el sueño me venció.

Me despertó una línea dorada que atravesó la ventana. Todavía era temprano: no pasaban de las siete. Aquel domingo de mayo me pareció el más hermoso que había visto. Me incorporé poco a poco, venciendo la somnolencia. Recordé lo sucedido la noche anterior y salté de la cama.

No había sido un sueño.

Era tan real que aún podía aspirar el perfume de Aarón en mis manos.

No sabía si debía preocuparme o danzar de alegría… pero la fotografía de dos chicas abrazándose en un día de invierno me hizo contenerme. Por un momento me sentí descorazonada al ver esa carita enrojecida por el frío y esos ojos verdes pícaros que parecían mirarme.

Había traicionado a mi mejor amiga, aun habiéndole prometido que ningún chico se impondría entre nosotras. ¿Qué iba a decirle cuando la tuviera frente a mí?

Mi felicidad se vio truncada por esos pensamientos. Necesitaba hablar con alguien, de inmediato. Pedir un consejo. Desahogar toda mi ansiedad e incertidumbre.

Busqué desesperadamente en mi agenda el número del móvil que Mario me había dado. Con dedos ágiles marqué los dígitos. Mi madre me reñiría cuando se diera cuenta de que estaba haciendo una llamada de larga distancia.

Ya la enfrentaría en su momento.

Mario contestó después de varios timbrazos.

—¡Mario!

—Hmmm… sí. Habla él —respondió. Su voz sonaba más grave que de costumbre.

—¡Soy yo! ¡Annia! ¿Te desperté?

—¿Annia? ¡Annia! —reaccionó Mario—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Nada —me reí—. No pasa nada, Mario. Discúlpame por haberte despertado.

—No hay problema. Solo dime qué pasa. ¿Cómo te fue en la boda? ¿Te divertiste?

Le referí todo lo sucedido. Él escuchó atentamente cada palabra.

—No hiciste nada malo, Annia. Está bien. No te condenes. Por lo que cuentas, puedo ver que ambos se quieren. Está bien si quieren intentarlo. Mi consejo es que sigas el camino que ya empezaste y, una vez más, te lo digo: habla con Clara. Si realmente te quiere y es tu amiga, te entenderá. No es correcto renunciar al amor por complacer los caprichos de alguien más. ¿Lo entiendes?

Mario era una bendición. Él siempre tenía las palabras acertadas para consolar mi corazón.

UNA HERMOSA JOVENCITA

Vermont, 1976.

Era la primavera de 1976. A pesar de los malos augurios de Estela, Isabel e Irenne se habían convertido en las mejores amigas.

Irenne había madurado. Se había transformado en una hermosa señorita de cabellos largos y rebeldes, figura alta y modales más o menos aceptables; pero conservaba su espíritu libre y despreocupado, su alegría y espontaneidad. Isabel había dejado atrás su actitud arrogante; al contrario, era una joven bella y de noble corazón, aunque todavía una parte de ella seguía siendo prepotente y orgullosa. Una fracción de su compleja personalidad siempre sería indomable.

Luis Riveira tenía ya treinta y nueve años. Era un hombre en plena madurez: atractivo, influyente e importante. Seguía dedicándose al negocio de las finanzas, que había pasado de generación en generación; su propia herencia. Invertía con sabiduría en la bolsa de valores y en divisas extranjeras. Su fastuosa fortuna todavía iba en aumento.

Por supuesto, al ser un hombre guapo y bien posicionado en el mundo de los negocios, no le faltaban insinuaciones: jovencitas a las que doblaba la edad, o incluso mujeres maduras —o mayores— que él. Sin embargo, Luis siempre sería un esposo fiel. Fiel a su querida esposa Estela… y a su amada Irenne.

Ese año Isabel e Irenne se graduarían de la preparatoria. Isabel ya había presentado su solicitud para entrar al Wellesley College. Estudiaría Economía. Aunque su pasión era la música, la joven estaba interesada en aprender todo lo relacionado con el mundo de

las finanzas. Pensó que, al finalizar sus estudios, podría entender a la perfección los negocios de su padre y hacerse cargo de alguno de ellos.

Irenne, en cambio, mostraba cierta renuencia a asistir a una universidad. Prefería estudiar una carrera corta que le permitiera ser autosuficiente, sin demandarle tanto tiempo. No disfrutaba ni de las clases ni de la escuela. Estudiaba porque sabía que los tiempos estaban cambiando y que el papel de la mujer en el mundo ya no se encontraba relegado. Tenía que hacerse acreedora a algún título que pudiera ayudarla a sostenerse el día de mañana, en caso de que la fortuna le diera la espalda.

Aunque esa idea le sonaba remota: seguía con la firme convicción de que encontraría a su príncipe azul, el hombre que velaría por ella eternamente.

—¡He decidido estudiar secretariado, Luis! —irrumpió Irenne con voz firme.

El hombre se encontraba sentado en uno de los sillones de piel de su elegante despacho.

—¿Secretariado? —preguntó, girándose hacia ella—. ¿Y a qué se debe esa decisión? ¿No te gustaría ir a Wellesley con Isabel? Ustedes podrían compartir el mismo cuarto, estudiar juntas…

Irenne rio.

—¡Ya ha sido demasiado con tener que aguantarnos la una a la otra por cinco años! ¡Esta vez quiero hacer algo diferente!

En sus bellos ojos apareció esa expresión vivaz que tanto divertía a Luis.

—¿Y piensas trabajar como secretaria después de eso?

—Tal vez en mis ratos libres —respondió despreocupada—. Es una carrera corta, solo me tomará dos años, y lo único que necesito es que me compres una máquina de escribir.

—¡Será divertido ver cómo te conviertes en una linda secretaria! Apuesto a que muchos despachos solicitarán tus servicios —dijo él,

guiñándole un ojo.

—¡Sí! ¡Será divertido! Además, aprenderé taquigrafía. ¡Podré escribir mal de cualquiera de ustedes y jamás se darán cuenta!

—¡Oh! Ya sabía que tus intenciones eran otras… —Luis sonrió—. Está bien, Irenne. Me parece una buena idea que quieras estudiar secretariado. Estaré muy orgulloso de ti. Tal vez pueda recomendarte con algunos de mis amigos.

—¡Eso estaría muy bien, Luis! Pero primero tienes que darme tiempo a que empiecen las clases y yo aprenda lo esencial. Además… —añadió, señalando una vieja máquina de escribir—, ¡debes comprarme una moderna, ¿eh?! De esas que tienen cinta correctora, no como esta reliquia de los años cincuenta.

—De acuerdo, mi querida niña. Será como tú lo desees.

—¡Muchas gracias, Luis! —dijo ella, abrazándolo—. ¡Ahora me voy! Isabel y yo iremos al centro. ¡Compraremos un nuevo sombrero para el verano!

—¿Otro más?

—¡Sí! ¡Muchos más!

Irenne salió del despacho a toda velocidad, no sin antes volverle a guiñar un ojo.

Pasaría mucho tiempo antes de que Irenne dejara de llamar al señor Riveira por su nombre de pila. Tal vez lo más lógico y apropiado era que le dijera papá después de tantos años viviendo con ellos como una hija más, pero nunca pudo sentir esa conexión filial con aquel hombre… y él se lo agradecía en silencio.

Nunca vería a Irenne de la misma manera en que veía a Isabel.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Marcos Sullivan era un joven de veintitrés años, entusiasta e inteligente. Disfrutaba del teatro, la danza, la pintura y la música. Era sensible, bondadoso y un apasionado de la botánica; hijo de

padres honrados y trabajadores que, con esfuerzos, le habían costeado la carrera de Contaduría Pública.

Laboraba directamente para Luis Riveira desde el invierno de 1974. Poco a poco, el joven se fue destacando hasta llamar su atención. No era del tipo que se abría paso por la vida mediante influencias o recomendaciones: trabajaba arduamente y era muy diligente en todas sus tareas.

Tiempo atrás, Luis se había asociado con un aristócrata muy importante, Mark Hayes, para la construcción de una fábrica de papel, que inició labores en diciembre de 1969, en Bennington. Como la demanda del producto iba en aumento, pronto tuvieron que ampliar las instalaciones e iniciaron la contratación de nuevo personal para manejar nueva maquinaria. Marcos llegó a convertirse en poco tiempo y, a pesar de su corta edad, en el jefe del área de contabilidad. Luis tenía plena confianza en su desempeño. Con él consultaba algunas decisiones: qué equipo comprar y cuánto personal contratar.

El joven era espontáneo y fraternal. Muy pronto él y Luis se convirtieron en buenos amigos. Ocasionalmente salían a tomar una cerveza o a jugar billar. Luis siempre gustaba de entablar relaciones con gente que él consideraba interesante, abierta, sencilla, de buen corazón y de plática amena.

En el verano de 1976, después de que Isabel e Irenne terminaron la preparatoria, Luis pensó en invitar a Marcos a comer a su casa. Lo comentó con su esposa, quien ya había escuchado maravillas del dichoso joven. La intención de Luis distaba mucho de ser una simple y casual invitación. No hacía las cosas sin antes pensarlas detenidamente, una y otra vez. En aquella ocasión creyó que, con ello, podría manipular los hilos de la vida de una de las personas que más amaba: Isabel.

Nada más alejado de la realidad.

Marcos se había ganado su confianza como nadie. Realmente lo apreciaba y podía darse cuenta de que tenía un tremendo potencial. Si bien no era rico en ese entonces, Luis no dudaba de que en un

par de años alcanzaría una buena posición en el mundo de los negocios. El joven era atractivo y tenía un porte elegante; procuraba siempre vestir bien y, lo mejor de todo, era sencillo e inteligente.

«Con suerte podré hacer que Isabel se fije en él. Es un buen hombre. Sé que podrá hacerla feliz».

Tan seguro estaba de sus predicciones que, si alguien le hubiera dicho lo que acontecería después, jamás lo habría creído. No todos tendrían un final feliz.

Era la tarde de un domingo caluroso. La familia Riveira se encontraba esperando a Marcos Sullivan. Isabel lucía bella, como siempre, con sus diecisiete años y su sonrisa perfecta y arrolladora.

Estela daba las últimas indicaciones a los sirvientes, quienes, por los altos vuelos, se preguntaban verdaderamente si acaso esperaban la visita del mismísimo presidente de Estados Unidos. Todo estaba en riguroso orden y se había sacado la vajilla de plata, reservada sólo para ocasiones especiales. En la cocina se preparaban platillos, entremeses y postres exquisitos.

—Tu invitado tiene ya diez minutos de retraso, querido —recalcó Estela, echando una ojeada al reloj de pared.

—Paciencia, mujer —contestó Luis cariñosamente—. Llegará en cualquier momento. Es un joven muy trabajador. No dudo que se le haya hecho tarde por haberse quedado horas extras. ¡Isabel! —exclamó, dirigiéndose a su hija, divinamente arreglada con un vestido fino color azul marino—. ¡Este muchacho te encantará! ¡Apuesto a que se harán buenos amigos!

—No sé qué pensar, papá —suspiró Isabel—. Las personas que te agradan a veces son muy raras… —dirigió su mirada al jardín, donde Irenne jugaba con las rosas y chapoteaba con el agua que caía de la fuente.

—¡Esa chica! —exclamó Estela con tono molesto—. ¡Ni en un millón de años se corregirá!

—¡No, madre! ¡Nunca lo hará! —Isabel soltó una risita.

—¡Llámala, Luis! ¡Dile que se reúna con nosotros! A ti siempre te hace caso sin chistar. Yo tengo que correr tras ella como si fuera una niña pequeña.

—Como tú digas, Estela. Pero antes… ¡voy a dar una última mirada a los platillos que huelen tan bien! —Luis esbozó una sonrisa traviesa y se dirigió a la cocina.

—¡Ay de ti si metes las manos a la comida como siempre! —gruñó Estela.

El hombre se carcajeó.

Marcos llegó con retraso. Todavía no terminaba de bajar del automóvil cuando sus ojos contemplaron, atónitos, la belleza arquitectónica de la mansión de los Riveira. Se sentía sumamente halagado de que su jefe lo hubiera invitado a comer en familia. El portero abrió y señaló el camino hacia el acceso principal.

Marcos caminó por el sendero de piedra admirando el impresionante jardín. Como era un apasionado de las flores y tenía un invernadero de modestas proporciones —donde pasaba sus pocos ratos libres atendiendo sus cultivos—, le parecía estar soñando en ese dorado atardecer.

Contempló cada cosa, cada detalle. Se detuvo bajo la sombra acogedora de los árboles de hoja perenne: multicolores arces, imponentes cedros, altísimos abetos. Luego miró con embeleso los tulipanes rojos, las violetas, los claveles y los tréboles escarlata. Podía escuchar el aleteo de las mariposas y el zumbido de las abejas.

Finalmente, su mirada se posó en la majestuosa fuente de piedra. Allí, una bella joven de largos e indomables cabellos de fuego danzaba con gracia debajo de los chorros de agua. Sus pies descalzos y sus piernas largas, esbeltas y blancas como la nieve se veían plenamente gracias a que llevaba recogidos los bordes de su falda. Luego los soltaba, para después agacharse y, con el cuenco de sus manos, lanzar el agua hacia el cielo. Reía con alegría cuando las gotas caían sobre su rostro. De nuevo se incorporaba y chapoteaba

alrededor de la gran estructura; recogía las flores que el viento había arrastrado hacia ella, las acercaba a su nariz y las lanzaba hacia arriba. Cuando caían sobre su cabeza, semejaban una primorosa cascada multicolor.

Su risa alegre y contagiosa dibujó una sonrisa amplia en el rostro del joven, que estrujaba entre sus manos el sombrero que acababa de quitarse, como si lo hubiese sacado para prestar aún más atención a la adorable escena. Miraba embelesado. Nada podía ser más perfecto; jamás imaginó ver tanta belleza y gracia reunidas en una sola persona.

De pronto, la joven rubia sintió que alguien la observaba. Detuvo su danza y giró el cuerpo en dirección a Marcos. De sus labios surgió una sonrisa que, enmarcada por sus grandes ojos esmeralda, el cabello mojado y las mejillas encendidas por la excitación, completaba su increíble belleza. La diosa agitó la mano a manera de saludo.

Entonces, la puerta del paraíso se abrió de par en par ante los ojos de Marcos Sullivan.

—¡Oh! ¡Ahí estás! —una voz lo sacó de su enajenación.

—¿Eh? —se giró para mirar a su interlocutor—. ¡Señor Riveira! ¿Cómo está usted? —dijo, extendiéndole la mano—. Discúlpeme. ¡Me he perdido en este inmenso jardín!

—¡Ya lo creo! Es impresionante, ¿no es así?

—¡Sí que lo es! Yo… me detuve a mirar cada una de las flores y árboles que había en el sendero. ¡Sabe bien que a mí me encanta la botánica!

—Vaya que lo sé —Luis le dio una palmada en la espalda—. Después de comer te mostraré el jardín con más detenimiento. Estoy seguro de que te encantará.

—¡No lo dudo, señor Riveira!

Marcos quiso preguntar por la joven danzarina, pero pensó que no sería apropiado hacerlo en ese momento.

—Bueno, pasemos. Mi esposa ya está un poco desesperada.

—¡Claro!

En el vestíbulo, Estela e Isabel se acercaron a saludar al joven.

—Mi adorable esposa, Estela, y mi hermosa hija, Isabel.

—Es un gran placer conocerlas, hermosas damas —el recién llegado besó la mano de cada una—. Mi nombre es Marcos Sullivan.

—Igualmente, Marcos. He escuchado hablar mucho de ti —correspondió Estela.

—¡Espero que hayan sido cosas buenas! —rio Marcos.

—Sí. ¡Solo han sido cosas buenas! —terció Isabel.

Marcos miró a la joven de cabellos castaños que acababa de dirigirse a él. Ciertamente era tan hermosa como le había dicho su jefe, y se sintió un poco intimidado al sostener la mirada de aquellos ojos marrones y rasgados, bellos y altivos a la vez. Estaba ante la presencia de una joven agraciada y radiante; como pocas había visto en su vida.

—¡Muchas gracias, hermosa señorita! —hizo una pequeña reverencia —. Me alegra que sus oídos sólo hayan escuchado cosas buenas de mí.

—¡Oh, por favor! —interrumpió Luis—. No seas tan formal, Marcos. Puedes hablarle de tú a mi hija. ¿No es así, Isabel?

—Claro… —respondió ella, un poco sonrojada.

Sí, era verdad que Isabel era bella y sin duda tenía una personalidad arrolladora, pero en la mente de Marcos permanecía anclada la figura de aquella chica de ojos esmeralda y apariencia salvaje. Entonces se atrevió a preguntar por ella.

—¡Oh! —exclamó Estela, dirigiendo la mirada al techo—. ¡Esa niña! Es una vergüenza que la hayas visto dando semejante espectáculo. Es incorregible. Por más que hemos tratado de enseñarle…

—¿Incorregible? —preguntó Marcos—. ¿Es ella también hija de ustedes?

—Como si lo fuera —se apresuró a responder Luis—. Por ahora comamos. Después te contaré todo con más detalles.

—¡Luis! —intervino Estela—. Llama a Irenne. Se está haciendo tarde y nuestro invitado debe de tener hambre. No podemos empezar sin ella.

—Querida señora —concedió Marcos—, no se preocupe por mí. Puedo esperar.

—¡De ninguna manera! Vamos, Luis, ve por la niña.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —contestó él, y salió al jardín.

Se sentaron a la mesa todos los comensales. El ama de llaves disponía cada plato mientras el mayordomo llenaba las copas. En cuanto comenzaron a comer, Estela entabló una breve conversación con el joven Sullivan, lanzando las preguntas esenciales de toda charla con alguien de interés.

Mientras eso sucedía, Irenne descendió a paso veloz por la escalera principal y asomó la cabeza por el fino marco de la puerta del comedor.

—¿Puedo? —preguntó la jovencita.

—¡Adelante, Irenne! —apremió Luis.

—¿Irenne? —repitió Marcos, intrigado.

—¡Irenne! ¡Eres un desastre! —respingó Estela—. ¡Mírate! ¡Al menos hubieras secado tu cabello!

Con gracia, la jovencita, de vestido primaveral y el cabello empapado, se incorporó a la reunión.

—¡Si lo secaba nunca iba a bajar a comer! ¡Mira qué largo es! —tomó un mechón y lo agitó frente a Estela.

—Irenne… nos estás avergonzando con nuestro invitado —recriminó Isabel, dedicándole una mirada severa.

—¿Invitado? —la joven giró hasta toparse con el rostro de Marcos—. ¡Ah! ¡Tú! Te vi en el jardín. No sabía que Luis te hubiera invitado a comer. Pensé que eras uno de sus socios, aunque no te veas como

esos viejos gordos que se la pasan fumando, hablando y devorándose toda la comida. ¡Deberías verlos! Son chistosos: se les saltan los botones de la camisa y se les mueve la barriga cuando ríen.

Marcos la miró estupefacto. ¿De verdad acababa de decir eso? Entonces los ojos verdes de Irenne parecieron sonreírle.

—¡Viejos gordos! —rio él, divertido—. ¿Ella se refiere a Mark Hayes y a Richard Hunt? —preguntó, dirigiéndose a Luis.

—Así es, Marcos. Irenne, ¡creo que tú te fijas en todo! —Luis se veía un tanto apenado, pero complacido.

—Mmm… es que no puedo evitar fijarme en ellos. ¡Son así de grandes! —exclamó, extendiendo los brazos.

—Irenne, nunca cambiarás —suspiró Isabel.

—Bueno, señorita —intervino Estela—, ya fue mucha tu intromisión. Toma asiento y acompáñanos el resto del banquete.

—¡Claro, señora! —aceptó gustosa Irenne.

En seguida le dio un beso en la mejilla a Estela y tomó su lugar. La respetable dama no pudo evitar esbozar una sonrisa leve, pero genuina.

La comida transcurrió amenamente. Marcos era un joven instruido y podía conversar con Isabel acerca de literatura o música, y con Luis sobre la economía del mundo. De vez en cuando Irenne intervenía y, sin proponérselo, terminaba haciendo reír a alguno de ellos.

Finalizada la cena, tal como lo había prometido, Luis invitó a Marcos a recorrer el jardín. Le mostraría con detenimiento cada área de aquel hermoso lugar. Mientras tanto, las mujeres permanecieron descansando en la sala.

—¿Así que esa jovencita no es hija de ustedes? —preguntó Marcos, interesado en conocer el origen de tal peculiar chica. Caminaban por un sendero flanqueado por orquídeas púrpuras y blancas.

—No. Pero es como si lo fuera —respondió Luis, acariciando una de las delicadas flores—. No pudimos adoptarla legalmente, pues su tío

se rehusó a firmar los papeles, pero es parte de la familia desde hace cinco años. Ha traído tanta alegría a esta casa… —suspiró, mirando hacia el cielo.

—No lo dudo. Es una joven muy alegre.

—¿Qué te pareció mi hija Isabel?

—¡Oh, señor! Es bellísima, además de inteligente y educada. Estoy impresionado, y usted sabe que no lo digo porque es mi jefe.

—¡Lo sé, muchacho! —rio Luis, y le dio una palmada en la espalda.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Después de esa visita, llegaron muchas más. Ya era común en la casa de los Riveira recibir al joven Sullivan cada domingo por la tarde. Le gustaba jugar partidas de ajedrez con Isabel, billar con Luis, y disfrutar de las amenas y entretenidas pláticas de Irenne.

—¿En verdad se odiaban ustedes dos? —preguntó azorado, desviando su mirada castaña del abanico de cartas que sostenía.

—¡Es que ella era una arrogante! —acusó Irenne.

—¡Y tú, una vulgar! —Isabel torció la boca.

Marcos se divertía ante el contraste de ambas. Una, refinada y elegante; la otra, salvaje y natural. Una morena y una rubia, con personalidades completamente opuestas.

—Apuesto a que les tomó mucho tiempo llevarse bien —desafió Marcos, mientras trataba de formar una tercia.

—Pues… quizás un año —calculó Irenne—. Pasamos por situaciones que nos hicieron cambiar mucho.

—Así es —corroboró Isabel. Luego tomó una carta del montón—. Fue después de que me salvaras la vida. —Miró a Irenne.

—¿Tú hiciste eso? —preguntó Marcos, asombrado.

—¡Hmmm! No fue para tanto… Pero —Irenne le dio un golpecito en el hombro a Isabel— no creas: esta niña tonta no quería aceptar mi ayuda.

—Es que yo no quería deberte la vida —sonrió Isabel—. ¿Qué habría hecho yo sin ti?

—¡Te habrías quedado con mi cuarto, por supuesto! ¡Siempre te gustó!

—¿Cómo que siempre? ¡Si a mí me gustaba más el mío!

—Pues no lo parecía. ¡Siempre andabas metiéndote a mi habitación sin permiso!

—¡Pues tú siempre dejabas la puerta abierta!

—Pero no para que tú entraras…

—Bueno… es que… ¡era sólo para molestarte! —admitió la rubia.

—¡Sí! ¡También por eso! —Isabel rio; en seguida, tendió una corrida y una tercia.

Como el agua y el aceite… pero Marcos podía sentir que las chicas se amaban como auténticas hermanas y se aceptaban tal y como eran.

❀✿❀

No pasó mucho tiempo antes de que Marcos empezara a enamorarse de Irenne. Quizá la amó desde el primer momento en que la vio. En ocasiones, ella lo sorprendía mirándola fijamente mientras intentaba mover alguna pieza de ajedrez. Los cálidos ojos castaños de Marcos la ponían nerviosa. Entonces, la chica se excusaba diciendo que no era buena para ese juego y volvía a sus exhaustivos rompecabezas de quinientas piezas.

—¿Y ahora qué estás armando? Se parece a la Torre Eiffel.

Marcos encontró a Irenne un domingo por la tarde, sobre la alfombra de la sala, uniendo las piezas del rompecabezas.

—Se parece, ¿no? —contestó Irenne, al tiempo que se retorcía un grueso mechón.

Él se acercó, se quitó el sombrero —que dejó ver el desorden de su rebelde cabello castaño— y se sentó a su lado.

—Algún día iré a Francia —dijo con entusiasmo.

—¡Seguro! Yo he estado ahí. ¿Sabes? En una ocasión viajamos todos juntos. Es maravilloso. Hay tantas cosas que ver… La mayoría del tiempo, Isabel y mis padres visitaban museos. Yo también los acompañaba, aunque disfrutaba más caminar por mi cuenta que seguir a un guía turístico. Siempre buscaba algún parque o lago para echarme en el césped, descansar y mirar el agua. Muchos piensan que soy inculta porque no me interesan los museos ni el arte, pero no es eso. Los aprecio; veo belleza en ellos. Solo que no encuentro mayor belleza que la vida: la naturaleza que me rodea, los árboles, los animales, el sol… la lluvia cuando cae gentilmente sobre mí. Eso es lo que me gusta. Podría estar en Francia o en Japón, pero siempre buscaría escaparme a los escenarios que más disfruto.

—Pienso que eres más culta que cualquier chica que conozco, Irenne. Eres realmente especial —dijo él, un poco ruborizado.

Irenne soltó una risotada.

—¡Culta! ¡Es la primera vez que alguien me dice eso! ¡Tu broma fue buena! —Se levantó.

—Es verdad, Irenne. Eres inteligente, sensible…

—…No, no lo soy —interrumpió—, y no me interesa serlo.

En ese instante, Isabel apareció en el marco de la puerta. Lucía divinamente un vestido veraniego. En la cabeza llevaba un lindo sombrerito que dejaba escapar unos cuantos mechones de su lacia cabellera.

—¡Marcos! —saludó afectuosamente al joven—. ¿Te gustaría ir a dar un paseo? Después podríamos tomar té o café; lo que prefieras. ¿Qué te parece? Es un día hermoso, como pocos. No hace tanto calor y la brisa es agradable.

—Me parece una excelente idea —aceptó el joven.

—¡De acuerdo! —dijo Isabel con excitación—. ¡Vamos, entonces! ¡Recoge tus cosas, Irenne!

—No, gracias. Vayan ustedes —respondió Irenne, sonriendo—. Me quedaré aquí para terminar de armar este endemoniado rompecabezas. Ya es una fijación para mí. No saldré de esta casa hasta que lo haga.

—Si quieres, podemos quedarnos para ayudarte —dijo Isabel, preocupada por tener que salir con el joven a solas.

—No, no… Te lo estoy diciendo en serio. No me apetece ir. De verdad. ¡Vayan ustedes y diviértanse! Y si ven algo lindo o rico… ¡me lo traen!

Ante la negativa, los jóvenes salieron a dar un paseo vespertino por las apacibles calles de la ciudad. Irenne permaneció en silencio por unos momentos, mirando el reflejo de la pareja a través de la ventana.

MÍSERA VIDA

Anton miraba a su madre con desprecio mientras ella trenzaba su largo cabello frente al espejo. Con las mejillas enrojecidas, trataba de disimular sus facciones descompuestas con maquillaje, que se frotaba de arriba abajo mientras unas delicadas lágrimas rodaban por su rostro amoratado.

Él ya había olvidado las innumerables veces que contempló la misma escena: el gran abusador físico y mental; ella, siempre débil… tan débil. Ni buena madre ni buena esposa. Tanto se lo repitió su padre que convenció al chico de que era verdad.

Así, Melina, ante los ojos de su hijo Anton, no era una madre, sino una patética mujer incapaz de reaccionar cuando su esposo la golpeaba. Ni se defendía ni hablaba con alguien; sólo se recluía en sí misma. Pudo haber escapado con sus dos hijos para darles una vida mejor, como tantas madres: ser valiente y trabajar de sol a sol para mantener a su familia lejos de los maltratos y las humillaciones. Pero fue tan cobarde que prefirió permanecer en su triste papel de mantenida.

Con frecuencia Anton se sorprendía a sí mismo pensando en su progenitora de esa manera. Y por lo que respecta a su padre, a pesar de que nunca puso una mano encima de él o de su hermana mayor, tampoco mostró estima alguna hacia ellos. Les dio lo indispensable para su manutención y, a veces, un poco más. No lo odiaba, pero tampoco lo quería.

Por fortuna, el hombre trabajaba tanto que Anton no recordaba haberlo visto mucho en el hogar.

Los años despojaron a Anton de la mínima sensibilidad. Lo tenía todo planificado. Algún día saldría de aquella casa de locos y su

futuro sería prometedor. Estaba seguro de que era más importante, inteligente y capaz que cualquier persona que hubiera conocido o pudiera conocer. Se había propuesto utilizar a su familia, si es que podía llamársele de esa manera. Le tendrían que proveer de todo lo que necesitara y de su ingreso semanal. Mientras tuviera garantizado esto, podían hacer de su vida un infierno.

Además de gozar lastimando a seres más indefensos que él, Anton tenía otra pasión: la pintura. Con frecuencia sus creaciones no eran más que representaciones de sus torcidos pensamientos, siempre ensombrecidos con tintes negros, rojizos y púrpuras que hacían erizar la piel de quien los observase. Yo lo experimenté. Grandes figuras amorfas devorando a otras más pequeñas, haciéndose continuamente más y más grandes a lo largo y a lo ancho del lienzo. Ésas eran las grandes obras de arte del siniestro joven. También podía pintar cosas más amables si le apetecía, como paisajes, o hacer el retrato de una persona cualquiera. El resultado era impresionante: el chico tenía talento. Aunque todas sus pinturas —incluso las más alegres y magníficas— siempre tenían toques lúgubres.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Melina alisó su falda, se regaló una sonrisa desde el espejo y dio media vuelta. Su hijo estaba recargado en el marco de la puerta.

—Anton… —apenas pronunció el nombre, con voz temblorosa. Su propio hijo, en ocasiones, le causaba escalofríos—. ¿Necesitas algo?

—De ti, nada, madre. —El chico dejó escapar una sonrisa sarcástica —. Sólo he estado aquí de pie, observándote cómo una vez más maquillas tus debilidades.

—Yo… —dijo ella, torciéndose las manos y bajando la vista—. He hecho algo que a tu padre no le pareció y… Anton, perdóname por ser así.

—¡Como si realmente me importara! He vivido con esto toda mi vida —rió con malicia y cruzó los brazos—. ¿Sabes, madre? Debería odiar

a mi padre por lo que te hace, pero no lo hago; en su lugar, te odio a ti porque eres tan débil que me asqueas. Tú, tus lágrimas y tu voz me hacen sentir deseos de vomitar. Yo jamás seré como tú; tampoco como mi padre. Ninguno de ustedes vale nada. Yo soy más grande que ustedes y seguiré creciendo, mientras tú, madre, cada vez te haces más y más pequeña.

—¡Tú no puedes hablarme así! —dijo ella recobrando valor, mientras se avivaba una débil llama en sus ojos—. ¡Yo soy tu madre!

—¡A mi pesar! ¡Eres mi madre a mi pesar! —gritó él antes de salir del dormitorio.

NUEVAS AMISTADES

Vermont, 1976.

El verano terminó, pero las visitas de Marcos a la casa Riveira continuaron como de costumbre.

—¡No me gusta el otoño! ¡Es tan triste! —suspiró Irenne.

Marcos volteó a ver a la jovencita, que se encontraba adorablemente sentada junto a la ventana, contemplando con melancolía el vasto jardín ocre. A principios de octubre los árboles mudaban de hojas y su habitual verdor empezaba a ser reemplazado por matices rojizos, amarillos y marrones.

—El otoño también es lindo, Irenne. Además, hemos gozado de un fabuloso verano… como nunca antes me había sucedido.

Y era verdad. Durante casi tres meses de intenso calor, Marcos, Isabel e Irenne disfrutaron de un verano inolvidable. Habían ido a nadar a varios lagos, paseado en bicicleta, tenido picnics y caminatas por los intrincados bosques. Pero todo eso ya había quedado atrás. Isabel se marchó a la universidad a finales de septiembre, e Irenne ya se encontraba estudiando en la academia de secretariado.

—Pero luce tan melancólico… Ya no hay flores. Mi caminata diaria hacia la academia es triste y sin color; luego vendrá el invierno con las nevadas y los fríos insoportables.

—Recuerda que hay cosas lindas, Irenne —Marcos trataba de animarla, y ella sólo recogía sus piernas blancas en el bonito taburete donde estaba sentada—. Piensa en la Navidad, por ejemplo. ¡Está a la vuelta de la esquina! Vamos, dime… ¿por qué estás tan deprimida? No es usual en ti ese comportamiento.

—Será que extraño a Isabel. Hace quince días que se fue. Dijo que intentaría venir al menos un fin de semana por mes, pero ya pasaron dos semanas y no se ha aparecido por aquí. Y mis clases son tan cortas que después del mediodía me quedo sin saber qué hacer.

Un poco resentido al escuchar que tal vez su compañía le parecía un tanto aburrida, el joven sólo atinó a decir:

—¿Puedo hacer algo para aminorar tu aburrimiento y tu tristeza?

Ella se rió.

—¡No quería ofenderte, Marcos! No me refería a esta tarde, sino a todas las demás en las que tú no puedes acompañarme. Hoy es domingo y me siento agradecida de que estés aquí. Sin embargo… —desvió la mirada hacia el techo, como queriendo encontrar una respuesta—, no se me ocurre qué hacer el resto de la semana.

—¡Yo trataré de hacer tus tardes menos aburridas, Irenne! Eso te lo puedo garantizar, siempre y cuando no esté trabajando. Puedo venir a recogerte para dar un paseo por la ciudad. Tal vez los viernes incluso podamos ir a bailar.

—¿En verdad, Marcos? —Irenne volvió la mirada hacia él—. ¡Me encantaría ir a bailar! Ya tengo dieciocho años y creo que es hora de que empiece a frecuentar bailes y fiestas. ¡Adoro bailar!

—Quizá este viernes podamos ir. ¿Qué te parece? Le pediré permiso a tus padres.

—¡Sí, Marcos! ¡Gracias! Estoy segura de que Luis no tendrá ningún inconveniente.

❀❁⊱✿⊰❁❀

El viernes de esa misma semana, tal y como lo había prometido, Marcos llegó por la noche a la casa Riveira para llevar a Irenne a bailar a una discoteca de moda. Tras el permiso de Luis, los jóvenes se dispusieron a partir. Estaban felices, pero aquél se encargó de opacar su alegría:

—Tal vez la siguiente ocasión puedan invitar a Isabel. Wellesley está a poco más de tres horas. Podrían pasar a recogerla, ya que tú tienes automóvil, Marcos, e ir a una discoteca que quede cerca de ahí.

—Tienes razón, Luis —dijo Irenne, avergonzada—. Estaba tan feliz con la idea de ir a bailar por primera vez que no pensé en eso. Pero ahora mismo podemos ir allá y decirle que nos acompañe.

—Es ya muy tarde para eso. Además, para bailar se necesita una pareja, y ustedes serían solamente tres. ¿O es que piensas que las dos pueden bailar con Marcos al mismo tiempo?

Marcos se quedó pensativo por un momento.

—¡Luis, no hay problema por eso! ¡Yo soy un buen bailarín! De seguro pasaremos una velada alegre. Si ellas quieren, yo puedo ser su acompañante y su pareja de baile.

—¡Eres muy osado, Marcos… y muy listo además! —rió Luis con sorna—. Serás la envidia de todos teniendo a dos hermosas mujeres a tu lado. ¡Vaya que eres audaz! —soltó una carcajada que hizo al joven sentirse apenado.

—¡Oh, Luis! —dijo Irenne, divertida con la situación—. Los tiempos no son como antes. No se necesita una pareja para bailar. Entre mujeres podemos bailar también. ¡Y solas! No necesitamos a un hombre. ¿Qué no has visto los videos que salen en la televisión, o las películas de moda? De verdad, Luis… ¡tú todavía vives en los tiempos de la Inquisición!

—Entonces vayan Isabel y tú nada más —bromeó Luis mientras encendía su puro—. ¿Para qué necesitan a Marcos?

—¡Ya, Luis! —reclamó Irenne—. ¿Nos vas a dejar ir por Isabel o no? ¡Todavía es temprano!

—¿Y qué van a hacer? ¿Sorprenderla así nada más? Aunque sea llámale por teléfono antes de llegar.

Isabel se quedó muy sorprendida cuando escuchó al otro lado del auricular una vocecilla apresurada:

—¡Alístate! ¡Ponte guapa! Marcos y yo vamos a ir a recogerte.

Colgó sin darle oportunidad a Isabel de contestar.

—¡Listo! —dijo Irenne muy formal, y tomó del brazo a Marcos.

Los jóvenes salieron. Reían y jugueteaban. Luis los siguió con la mirada. Por primera vez en su vida, no sintió felicidad al ver las graciosas maneras de actuar de su querida Irenne.

—Parece que las cosas no van como quisieras —dijo Estela, apoyada en el barandal al pie de la escalera.

Él no contestó.

Aquellas palabras se quedarían grabadas durante mucho tiempo en su memoria.

«Tienen que ir a mi manera, y voy a hacer todo lo posible para que así sea».

❀✿❀

Llegaron a la residencia de Isabel. Marcos esperó en su coche hasta que las chicas regresaran. Irenne corrió precipitadamente por jardines y dormitorios hasta dar con el de su hermana. Tocó la puerta desesperadamente. Isabel todavía estaba arropada en sus pijamas.

—¡Shh, shh! No hagas tanto ruido, Irenne —susurró—. ¿Estás loca o qué? Es casi medianoche. Ni siquiera me he bañado.

—¡Pero si te hablé por teléfono!

—¡Que no grites! Te he dicho que no grites. Mi compañera está dormida. Además, casi no te entendí cuando me llamaste y no creí que hablaras en serio.

—Yo siempre hablo en serio. ¡Anda, vamos! ¡Ponte lo que sea!

—¡Mi cabello es un desastre!

—¡Ya, ya! Tu cabello es hermoso, aunque no lo hayas lavado hoy. ¡Mira! ¡Yo ni siquiera me he bañado!

—¿Y lo dices tan campante? —Isabel arrugó la nariz—. ¿Pues qué has hecho todo el día?

—No importa —Irenne se oía desesperada—. ¿O vienes o vienes? ¡El pobre de Marcos está allá abajo esperándonos!

—¡Oh, Dios! ¿Marcos? Pero me da pena no haberme arreglado. ¡No es justo, Irenne! ¡No puedes venir así de repente y pedirme que salga! ¡Debiste avisarme antes! Ayer habría sido perfecto —se lamentó Isabel.

—¡Anda! No seas así. Hay que hacer cosas diferentes y divertidas; sobre todo, espontáneas. No te sientas mal. ¿Qué no ves? Yo no me he lavado el cabello; sólo me puse un poco de perfume y lo trencé. ¿Ves? Y este vestido es sencillo, igual que las zapatillas. Anda, ponte unos jeans o lo que sea, y vámonos.

—Pero, Irenne, aún no cumplo dieciocho años… ¿tú crees que está bien?

—¡Sí, sí! Marcos me ha dicho que en el lugar donde vamos no piden identificación, y si te piden algo, di que estudias en la universidad. ¡Pero ya! ¡Vámonos!

—Está bien —Isabel empezó a buscar entre sus cajones.

—¡Ése! ¡El azul! ¡Ése está precioso! ¡Póntelo! —Irenne estaba enloquecida.

Ya en una de las más grandes y famosas discotecas del centro de Boston, Marcos —que se había jactado de ser un John Travolta— bailaba con Isabel, moviéndose lenta y torpemente al ritmo de los Bee Gees. Aun así, ella tenía que admitir que adoraba ver sus cabellos agitándose con cada giro y los mechones lacios que caían sobre su frente. Ciertamente pensaba que era guapo y divertido, y se sentía feliz cuando se encontraba a su lado, aunque no sabía exactamente por qué.

Irenne se separó un momento de ellos, pues la manera de bailar de Marcos comenzaba a avergonzarla. Con un vaso de soda en la mano, se dirigió casi al centro de la pista, donde bailó encantada. En el

frenesí chocó con un joven, y todo el contenido del vaso fue a dar directamente a su camisa.

—¡Oh, no! ¡No otra vez! —gritó aquél, limpiándose con ambas manos.

—¡Discúlpame! —contestó ella a todo volumen.

—¡No hay problema! —respondió él—. ¿Ves esto? —señaló la pierna derecha de su pantalón—. Aquella chica de allá hizo lo mismo que tú, pero ella estaba bebiendo cerveza. Así que, la verdad, ya no me importa mucho cómo luzco.

—Oh… ¿de verdad? ¡Qué gracioso! —le gritó al oído—. ¡Yo creo que aún luces bien!

—Bueno, no me importa mucho, como te dije. Si ésta es la manera de conocer chicas lindas como tú, no me importa que me sigan derramando líquidos toda la noche.

—¿Ah, sí? Entonces, por lo visto, ya has conocido a dos chicas lindas esta noche.

—Ah… —se quedó pensando—. No del todo. ¿Has mirado bien a la chica que te mencioné? ¿La de la barra? ¡Oh, Dios mío! ¡Es enorme!

—¡Eres grosero!

—Y tú eres linda. ¿Cómo te llamas?

—¡Irenne! —contestó desgañitándose. El ruido en la discoteca era ensordecedor.

—¡Yo soy Carlo! —le extendió la mano—. Carlo Sanford.

—¡Mucho gusto, Carlo!

Irenne estaba a punto de darse la media vuelta, pero el joven la detuvo.

—¿Vienes sola, Irenne?

—Con unos amigos. ¿Quieres conocerlos?

—¡Claro!

—¿Tú no vienes con alguien? —echó una mirada rápida en ambas direcciones.

—Ah, sí. Vengo con dos amigos, pero están allá embrutecidos; han estado tomando cerveza desde que salimos del trabajo.

—¡Ya veo! Ven, entonces. ¡Te presentaré a mis amigos!

A partir de esa noche, un nuevo amigo se unió al trío. Carlo era un joven simpático de veintiséis años. No era apuesto, pero era muy alto, fornido y de carácter liviano. Trabajaba en el bufete de su padre, en Providence, Rhode Island. Jean Sanford era un hombre exitoso y poderoso. Su nivel de vida estaba muy por encima del de la clase media alta.

Marcos lo miraba con recelo, perdido como estaba ante los encantos y el carácter de Irenne. Sin embargo, al parecer ella le había tomado afecto a aquel grandulón. Irenne los trataba de igual manera, y cuando Isabel o Luis le preguntaban acerca de sus sentimientos, siempre insistía en lo mismo: Marcos y Carlo sólo son amigos.

La más preocupada, sin duda, era Isabel, quien ya empezaba a enamorarse de Marcos. La angustia se le clavaba en el pecho cuando imaginaba que él e Irenne podrían terminar juntos.

Fue una carta que recibió a principios de diciembre la que le revelaría a Irenne el fuerte amor que Isabel sentía por el joven Sullivan.

Carta

Querida Irenne:

Ya ha pasado casi un mes en el cual no he tenido la oportunidad de irlos a visitar. Se acercan los exámenes finales y necesito estudiar mucho para mostrarle a mi padre que puedo ser tan lista como él en las finanzas. Me estoy esforzando mucho y sé que conseguiré notas tan altas que todos ustedes se sentirán orgullosos de mí.

¿Cómo te encuentras? ¿Ya escribes más rápido y sabes tomar dictado? Con lo desesperada que eres, no dudo que uno de estos

días perderás la paciencia y tirarás la máquina de escribir por tu ventana.

Irenne hizo una pausa. Ciertamente, ya lo había pensado en más de una ocasión.

Es broma. Sé que eres lista y que serás una increíble secretaria. ¡Todos los bufetes querrán contratarte!

Me alegra que pronto lleguen las fiestas decembrinas y la Navidad… ¡y mi cumpleaños también! Estuve muy triste porque no pude ir a casa el Día de Acción de Gracias. Me senté en mi cama y encendí el televisor en un canal donde había un concurso. La gente me parecía tan tonta cuando no podía responder acertadamente a las preguntas… ¿sabías que nadie supo contestar quién era Mary Shelley? Estaba tan indignada por eso que apagué el televisor y me disponía a salir de mi cuarto cuando mi teléfono particular empezó a sonar.

Pensé que serías tú, para animarme una vez más por encontrarme fuera de casa en una fecha tan importante, pero para mi sorpresa era Marcos quien llamaba. Mi voz debió sonar muy triste porque, repentinamente, me dijo que pasaría a verme un rato. Él estaba en Boston, ocupándose de unas diligencias que tenían que ver con la papelera, y pensó en hablarme porque se encontraría cerca de Wellesley.

Yo tenía que estudiar mucho, pero aun así me olvidé de todo eso y empecé a arreglarme. Me puse el vestido de lana verde tan lindo que me regalaste y vacié el frasco de perfume. Me veía muy a la moda cuando me puse el sombrerito que compramos en Nueva York el año pasado. ¿Recuerdas?

Él también se veía guapo… tan guapo, Irenne, que me costó actuar naturalmente cuando lo vi en la recepción de la escuela esperándome. El atardecer ya había llegado, y sus bellos ojos castaños y sus finos cabellos largos despeinados brillaban de tal manera que me hacían contener el aliento. Me sonrió de una manera tan cálida que sentí en mi corazón que ya lo amaba, como a nadie he amado ni amaré nunca.

Nunca me sentí tan enamorada como ahora lo estoy. Desde ese día mi corazón se quedó con él. Tú sabes que siempre hemos salido los tres juntos, y los últimos fines de semana antes de que comenzara a quedarme en la universidad, tú invitabas a tu amigo Carlo. Casi nunca he tenido la ocasión de charlar con Marcos a solas. Sin embargo, él me ha dicho que suele visitar la casa de vez en cuando, y entonces habla o sale a pasear contigo.

Querida Irenne: sabes que te quiero como a mi hermana; que le doy gracias a Dios porque te puso delante de nuestro camino aquella tarde de verano. Le agradezco tanto a mi padre que haya visto en ti lo que yo en ese entonces no vi. Más te agradezco a ti que me hayas permitido conocerte y aceptaras ser parte de nuestra familia y de nuestras vidas. Eres mi mejor amiga y en ti siempre confiaré, porque sé que tú nunca me traicionarías; porque tú me quieres y me has hecho una mejor persona…

Es por eso que quiero que seas sincera conmigo y me digas si mis sospechas tienen fundamento. Si lo que pienso es correcto. Necesito que seas honesta conmigo, como siempre lo has sido, y me digas si tu amor hacia Marcos va más allá de una simple amistad. Si es de esa manera, yo lo entenderé y no te reñiré. Lo juro. Aceptaré que tú lo ames y que él te ame a ti también, y les desearé solamente felicidad.

Mándales un saludo a mis padres. Pronto estaremos viéndonos.

Te quiere,

Isabel.

Irenne dobló la carta cuando terminó de leerla. Su primer impulso fue tomar pluma y papel y contestarla. Se abalanzó desde el taburete donde estaba sentada hacia su escritorio. Sacó del cajón una hoja en blanco y un lapicero.

Entonces se encontró sin saber qué responderle a Isabel, que deseaba con ansias encontrar la respuesta que quería. Pero no podía

mentirle.

EL AMOR DE MARCOS

Vermont, 1976.

El cumpleaños de Isabel se aproximaba. Irenne había intentado contestar su carta, pero todos sus esfuerzos se habían convertido en bolas de papel acumuladas en el cesto de basura, como cualquier poeta al que no le gusta su obra porque carece de inspiración.

Marcos llegó esa tarde a casa de los Riveira. Luis lo recibió con desgano. El joven percibió que su visita ya no era grata, como en otras ocasiones. Charló un poco con él y enseguida pidió permiso para llevar a Irenne al cine. Estela asintió complacida. Su esposo no tuvo más remedio que llamar a su hija.

Con la alegría de siempre, Irenne salió de su cuarto poniéndose descuidadamente un abrigo con figuras simétricas —cuadros y rectángulos blancos y negros—; llevaba unas botas negras de piel que le subían casi hasta las rodillas.

—Tienen que volver temprano —aclaró Luis, mientras escudriñaba a la pareja. La seriedad de su rostro los tomó por sorpresa—. Recuerda que mañana tienes que ir a la academia y en la tarde te presentarás con Simón Swanson. Ya te asignaron un lugar especial. Hubieras hecho la invitación un viernes, Marcos —reprendió al joven con frialdad—. Tú también trabajas mañana.

—¡No te preocupes, Luis! Estaré más fresca que una lechuga mañana. ¡No haré ningún papelón y seré muy eficiente! —prometió Irenne, esperando que su humor cambiara, pero él sólo se limitó a darles la espalda para colocarse al lado de Estela.

Sin nada más que decir, los jóvenes salieron, aún contrariados y confusos por la actitud de Luis. En los últimos tiempos, los

altercados entre Luis y Marcos eran frecuentes. Discutía con él por cosas sin importancia. En temas en los que con anterioridad sus opiniones concordaban, Luis simplemente le llevaba la contraria sin más. Marcos intentaba conservar su ecuanimidad y no verse inmiscuido en un problema con su superior. Después de todo, él había sido amable y lo había hecho sentir como parte de su familia. Sin embargo, entre más frecuentaba a Irenne, más parecía irritarse.

—Cualquiera diría que estás celoso —se burló Estela mientras se abrochaba su camisón de lana y le dedicaba una sonrisa con sorna —. ¿Tan mal te cae Marcos? ¿Qué te ha hecho ahora para que lo hayas bajado del pedestal donde lo tenías?

—Yo no lo tenía en ningún pedestal. Es sólo que pienso que es un joven imprudente. Supuse que era más centrado, pero parece que olvida lo que son los modales. ¡Venir por Irenne a las nueve de la noche! ¿Te parece correcto?

—Si no te parecía correcto, no debiste dejarla salir.

—Lo hago porque Irenne le tiene aprecio, y aun así… todavía confío en él.

—Dime la verdad, cariño —dijo Estela, mientras sacaba del gran armario el traje que Luis usaría al día siguiente—. ¿Es porque Marcos no muestra interés por Isabel?

—También es eso… —reconoció Luis—. No sé por qué se ha interesado en Irenne y no en Isabel. Yo sé que mi hija está enamorada de él, y cuando regrese a casa se va a enfrentar con que su hermanastra es la persona a quien eligió Marcos.

—Pero tú no puedes hacer nada, Luis. ¿Por qué no vives tu vida y dejas a los jóvenes vivir la suya? Después de todo, uno no decide de quién enamorarse. ¿O sí?

—No… uno nunca lo decide… —rumió mientras cerraba los ojos, intentando dormir.

Esa noche, más tarde, Marcos e Irenne paseaban por los jardines de la mansión. Aunque en el cielo se veían pocas estrellas, la luna brillaba, tiñendo los árboles con una luz plateada.

—Ya es tarde, Marcos. Casi medianoche, y hace frío. Es mejor que me retire; si no, Luis se enojará conmigo.

Irenne caminó de puntitas sobre el borde de la fuente.

—Quisiera decirte algo antes de que te vayas —Marcos trataba de seguir el paso de la joven.

—Me lo dirás después. Cuando Isabel llegue.

—Es algo que sólo tengo que decirte a ti.

—En realidad me tengo que ir —repitió ella, pegando un salto—. Lo digo en serio, Marcos. Luis va a castigarme si no regreso pronto.

—¿Es que te castiga todo el tiempo, Irenne?

—Sólo cuando lo merezco. Supongo.

—Irenne, por favor… —Marcos decidió no hacer ninguna pausa—. Tal vez pienses que lo que te voy a decir es indebido, o incluso morboso, pero… —se detuvo al ver los ojos asombrados de Irenne —. ¿Te has dado cuenta de que tu protector no te ve como a una hija?

—¿Cómo puedes decir eso, Marcos? ¡Por Dios! ¡No puedo creerlo! — retrocedió—. Él es como el padre al que nunca conocí. ¡Me dobla la edad! ¿Cómo puedes pensar así?

—Irenne… No te lo digo sólo porque se me ocurrió. Yo soy hombre, pienso como hombre y sé lo que somos capaces de querer o desear. Cuando te mira, no lo hace de la misma manera en que mira a Isabel. Estoy seguro de que tú también lo has notado… aunque quizá te has hecho de la vista gorda.

—¡Eso no es verdad! ¡Eso lo dices porque tienes telarañas en la cabeza!

Marcos lamentó haber iniciado esa conversación; sin embargo, ya no podía parar.

—Irenne, escúchame. No lo digo por decir. Lo he observado todo este tiempo. ¿Por qué crees que se pone tan extraño cuando vengo a recogerte? No aprueba, no le gusta verme contigo, y ni siquiera

disfraza sus sentimientos. Tiene celos de mí. ¿Qué otra cosa puede ser?

—Quizá esté celoso, pero es porque quiere lo mejor para mí —lo defendió—, y porque eres el primer chico con el que salgo. Sólo por eso. Como cualquier padre… es protector con su hija.

Lo dijo con una seguridad que ni ella misma creyó. Mas en el fondo, tal vez muy en el fondo, sabía que su relación con Luis no era exactamente la de padre e hija.

—No, Irenne. He visto cómo te mira. Ese hombre te ama. Puede que te doble la edad, pero eso no es un impedimento para personas como él. Además… —agregó, suavizando la voz— tú eres tan hermosa… ¡Oh, Dios! —suspiró, acariciándole las mejillas—. Eres tan hermosa, tan dulce, que no puedo culparlo de que también esté enamorado de ti.

«¿También…?»

Marcos la atrajo hacia sí, y de pronto ella se vio irremediablemente cerca de su rostro. Podía escuchar el suave sonido del viento moviendo las hojas de los árboles y, a lo lejos, un coro de grillos entonando una melodía rítmica. El corazón de Irenne palpitaba mientras sentía la respiración del joven cada vez más cerca. Ella lo miraba con temor. No sabía si escapar. Pero, de quedarse, ¿qué se suponía que debía hacer?

Había visto demasiadas películas románticas, pero a sus dieciocho años nunca había sido besada. Y allí estaba, indefensa, con las manos de Marcos hundiéndose entre sus cabellos, acariciando su nuca, su cuello, sus mejillas… la línea de sus labios.

Él la atrajo mucho más cerca. Irenne cerró los ojos. Sus labios se fundieron en un beso inocente al principio, pero apasionado instantes después.

Asombrada por descubrir lo que era ser besada, Irenne siguió con atención el ritmo de los labios ardientes de Marcos. Para ella era como tocar el cielo y bailar con las estrellas. Quería salir corriendo,

brincar de alegría y, al mismo tiempo, quedarse para siempre allí, perdida entre los besos y el calor de su abrazo.

—Sé mi novia —pidió Marcos entrecortadamente—. Sé que tú también me quieres.

Sí. Ella le habría dicho que sí de no haber recibido la carta de Isabel. ¿Cómo podría traicionarla? Isabel la quería, confiaba en ella. Ya sentía que le había robado mucho, como la atención de Luis. Y aunque nunca se lo hubiera reclamado, Irenne lo sabía a la perfección; a cambio, Isabel le había dado tanto…

Un hombre era un hombre al fin y al cabo, y ella era tan joven que podría encontrar a alguien más.

Pero allí estaba ella, besándose con el amado de Isabel, a pocos días de haber leído su carta, sin poder decirle que lo amaba también. Se convenció de que encontraría la manera de olvidarse de él. No le arrebataría esa ilusión: la única que la hacía feliz. Después de sus padres y de Irenne, Isabel no tenía a nadie más. Nunca amaría a nadie como amaba a Marcos.

Irenne se separó.

—No… No puedo, Marcos. No puedo ser tu novia.

Agachó la mirada. Sintió cómo se le apretaba el corazón por abandonar los besos de su amado.

—¿Por qué no? Dímelo, mi preciosa hechicera —suplicó Marcos, enredando un dedo en los bucles que caían sobre su frente—. ¿Necesitas tiempo? Yo te lo daré. Puedo esperar…

—¡No, Marcos! ¡No necesito tiempo! —lo interrumpió ella abruptamente—. Yo no quiero estar contigo. ¡Yo no te amo!

—¿Que no me amas…? —la tomó de los hombros—. ¿Cómo dices que no me amas cuando me miras como lo haces, cuando correspondes a mis besos de esta manera? Me has besado con pasión, y tu boca me dice que tu corazón me pertenece.

—No creas que puedes leer mis pensamientos, Marcos. Así como te besé, puedo besar a quien me plazca.

Marcos le dirigió una mirada dolida y se dio media vuelta. No quiso que ella viera sus ojos, porque sentía unas inmensas ganas de llorar.

—Entonces… ¿qué sientes por mí?

Ella vaciló un instante, pero logró reunir el coraje suficiente para herirlo y quitarle toda esperanza.

—Sólo te quiero como a mi amigo… y si te besé es porque me gustas. Eso es todo. Pero así como me gustas tú, me gustan muchos más —aclaró con frialdad.

Si Marcos no se hubiera dado la vuelta, habría podido ver cómo dos gruesas lágrimas se escapaban de aquellos ojos esmeralda. Si hubiera visto su rostro, se habría dado cuenta de que mentía, y tal vez todo habría sido diferente.

—Buenas noches, Irenne. Sigue con tu vida y con tus muchos amigos. No volveré a molestarte.

Marcos se abrochó el abrigo, acomodó su sombrero, y su sombra se perdió entre los jardines.

Y allí se quedó ella, sintiendo —como nunca— que el corazón le dolía, como si se hubiera quebrado en mil pedazos. Se preguntó si habría una receta para los corazones adoloridos. Sin duda, compraría todas las pastillas que se requirieran con tal de dejar de sentir ese dolor incesante.

Todo había sido tan rápido. En un instante supo lo que era el amor: su primer beso, su primer amor… una alegría y una excitación indescriptibles. Y después, súbitamente, todo había terminado.

Se encaminó hacia la entrada de la casa, repitiéndose que todo estaba bien, que todo estaría bien; que existían más hombres; que existía otro Marcos Sullivan y ella lo encontraría. Tal vez a alguien mejor… mucho mejor que él. Alguien a quien amar sin restricciones.

En el umbral de la puerta se adivinaba una figura. Era Luis.

Irenne no lo saludó. Sintió miedo de aquel hombre parado allí, sin ninguna luz que le alumbrara el rostro. Estaba tan confundida que

sólo quería ir a su cuarto y perderse en un sueño profundo, donde nadie la molestara, donde su corazón dejara de padecer.

—Es más de medianoche, Irenne. ¿Por qué me has desobedecido? —reprochó aquella sombra.

—Regresé hace más de una hora. Estaba afuera, platicando con Marcos —dijo sin mirarlo, y apresuró el paso.

Luis la siguió por el vestíbulo y la alcanzó cuando ella intentaba subir las escaleras.

—¿Y tú crees que es de una señorita decente estar con un hombre a estas horas paseando por los jardines? —la detuvo del brazo.

—¿Qué desconfianza tienes de "ese hombre", como le llamas? ¿No fuiste tú el que lo trajo a esta casa? ¿No eras tú el que hablaba maravillas de él? ¿Qué te pasa que ahora no lo toleras, si antes tenía tu entera confianza?

—¡Yo no lo traje a esta casa para que estuviera contigo! —rugió Luis.

Su voz pareció cimbrar las paredes.

Irenne desconoció al hombre paciente y ecuánime. De pronto su rostro se transformó y toda la dulzura se perdió con la noche. Allí había un hombre rudo, con aliento alcohólico, lastimándole el brazo.

—Yo no traje a ese hombre para ti, Irenne. Yo no puedo verte con él. No puedo…

De súbito, Luis recobró la cordura. Tal vez fue la mirada de terror en los ojos de ella lo que lo devolvió a la realidad. Su rostro se dulcificó gradualmente y su mano soltó el brazo de Irenne.

Aun en la oscuridad, ella reconoció en sus ojos aquella mirada tierna, limpia y clara de siempre.

—Irenne, ve a tu cuarto. He bebido demasiado. He tenido tantos problemas con las compañías… tengo demasiadas cosas en qué pensar. Lo que quise decir es que yo creía que Marcos e Isabel se querían. Creí que él se enamoraría de ella… eso fue lo que creí.

Irenne, si ustedes se quieren y las intenciones de él son buenas, yo nunca me opondré…

Irenne estaba confundida. Luis le hablaba con la dulzura de un padre que quiere lo mejor para su hija. Sin embargo, momentos antes le había mostrado una faceta que ella no conocía. Algo que la había horrorizado.

Aún resonaban las palabras de Marcos: ese hombre alto, mirándola con ternura, la amaba como un hombre ama a una mujer, no a una hija.

De pronto quiso escapar de todo. Sintió, por primera vez, que corría peligro.

—No te preocupes, Luis —dijo, tratando de impregnar sus palabras de ecuanimidad—. Yo no lo quiero, ni él a mí. Seguramente quiere a Isabel, y ella a él. Así que puedes estar contento y tranquilo.

Irenne subió a su habitación. Sólo cuando estuvo dentro se dio cuenta de que sus piernas temblaban. Algo había cambiado esa noche en esa casa a la que ella ya no sentía pertenecer. Algo se había roto y nunca más podría unirse.

Afligida por lo sucedido con Marcos y asustada por el extraño encuentro con Luis, encontró por fin las palabras para responder la carta de Isabel. La escribió decidida y de una sola vez.

Carta

Querida Isabel:

En casa todos te extrañamos. Nos alegramos mucho de que ya pronto estarás aquí. Compraremos juntas los adornos de Navidad y traeremos el más bonito de todos los árboles del mercado. La pasaremos muy bien, y el día de tu cumpleaños iremos a cenar.

Gracias por confiarme tus sentimientos hacia nuestro amigo Marcos. Él es un buen chico y me agrada salir con él… aunque no es mi tipo. Tú sabes que me gustan los hombres fornidos, y él como que es escuálido. Además, a veces su plática me irrita. Pero le tengo estima.

Isabel, es sólo eso. Lo quiero como a un amigo, nada más, y sé que él a mí me quiere de la misma manera. No te aflijas. Sé que él prefiere a las chicas como tú.

Disculpa que sea tan breve, pero sabes que me da una pereza increíble escribir cartas. Además, ya pronto llega el tiempo en que estarás aquí.

Con amor,

Irenne.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Llegaron por fin las vacaciones de invierno. Isabel regresó a casa cargando un montón de bolsas de regalos para sus padres y para Irenne. Cuando cruzó el umbral de la mansión, la primera persona a quien colmó de abrazos fue a Irenne. Estaba radiante, reía y no cesaba de hablar acerca de sus planes para las fiestas. Irenne sabía cuál era la causa de tanta felicidad.

Más de una semana había transcurrido desde su última entrevista con Marcos. El joven no volvió a buscarla, y ella pasaba la mayor parte de las tardes extrañándolo, deseando ver aunque fuera por un momento sus bellos ojos y su sonrisa franca y desenfadada. Por primera vez en esos interminables días, a Irenne se le escapó la sonrisa y la animosidad de siempre.

Todavía estaba confundida. Sabía que tenía que andarse con cuidado. Trataba de evitar a Luis: no usar ropa corta o ajustada, no pasearse cerca de su estudio cuando él se encontraba ahí, no quedarse a solas con él. Se sentía paranoica, pero un incidente —un

día después de que Isabel regresara— le dejó las cosas muy en claro.

Irenne regresaba después de un día de compras, con las manos congeladas y la nariz roja, casi goteando por la temperatura invernal. Había elegido con cuidado los regalos de sus seres amados, y se sentía bastante contenta. El portero le ayudó a subir el montón de bolsas y cajas, y a colocarlas debajo del gigantesco árbol. Ella se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero del vestíbulo; luego miró hacia todos lados para comprobar que se encontraba sola.

—¿Han salido los señores? —preguntó al hombre.

—Los vi salir hace más de una hora. No estoy seguro, pero me parece que el señor conducía el vehículo; a la señora y a la señorita sí las pude distinguir.

—Gracias, Raymond —dijo Irenne, y se despidió de él.

Se descalzó y se dispuso a encender el fuego. Se dirigió a la sala. Movía con el atizador los pedazos de leña quemada hacia el extremo final de la chimenea mientras se preguntaba qué estaría haciendo Marcos en vísperas de Navidad. Tal vez había ido a visitar a su familia en Wisconsin, o se había mudado de ciudad.

Quiso preguntarle a Luis dónde estaba Marcos; después de todo, seguía siendo su empleado de confianza. Pero tenía miedo de su reacción.

El fuego empezaba a arder ante los ojos fijos de Irenne. Pensaba en cosas pasadas y presentes, e imaginaba cómo sería su futuro a partir de los últimos acontecimientos. Destrenzó su cabello —sujeto por pasadores con incrustaciones de pequeños diamantes en los extremos— y lo dejó caer sobre sus mejillas, que ya empezaban a enrojecer por el calor de las crecientes llamas. Se dejó caer sobre la alfombra persa y frotó sus pies descalzos, tratando de entrar en calor, cuando escuchó una voz masculina detrás de ella.

Se incorporó de un salto y se puso en guardia.

—¿Por qué te alejas de mí, Irenne?

Tan perdida en sus pensamientos estaba que ni siquiera reparó en la figura de Luis, sentado en su sillón favorito. Con una mano sostenía un puro —de los que ella le había regalado en su último cumpleaños — y con la otra una copa de vino. Se veía solitario y triste.

—¿Has estado aquí todo el tiempo? Discúlpame… no te vi —fue lo único que pudo decir; buscó por todos lados sus zapatos.

—¿Puedes responder a mi pregunta antes de que te vayas? ¿Por qué ya no vienes a mi despacho, ni me saludas, ni me besas y abrazas como antes?

—Yo… —vaciló ella.

Lo veía tan diferente; más joven y apuesto tal vez por la tenue iluminación de la sala. Diez años más joven, diez veces más apuesto, pensó.

—Yo no me estoy alejando, Luis. He tenido cosas que hacer. Hoy, por ejemplo, he ido al centro, recorrido miles de calles…

—Te ves tan hermosa… mi dulce niña de cabellos largos. Siempre has sido tan linda, tan bella. No te alejes de mí, porque me haces daño…

Imploraba Luis, con ojos anhelantes y voz suplicante. Se puso de pie, e Irenne permaneció quieta, sintiendo las mejillas arder y el corazón palpitar enloquecido. Quería correr y, sin embargo, también quería quedarse.

¿Qué había sucedido con ella? De pronto dejó de ser una chiquilla despreocupada; parecía que los hombres vivieran bajo su hechizo.

Sorpresivamente, aquel hombre tan alto y garboso se agachó para tomar la delicada figura de la joven entre sus brazos. Hundió el rostro entre los dorados cabellos. Irenne no correspondió; en su lugar, miró hacia el techo con los ojos muy abiertos. Sus brazos colgaban a los lados. No sabía qué decir ni qué hacer.

—Mi adorable niña… —acariciaba sus cabellos con ternura—. Nunca me dejarás… siempre estarás conmigo, ¿verdad? Yo lo sé. Soy el único que puede protegerte. El único que nunca te lastimará.

Un portazo y la algarabía de la voz de Isabel llegaron hasta la sala. Luis liberó a Irenne justo cuando Estela entraba. Los dos mostraban una actitud extraña: Irenne, refugiada detrás del piano de cola; y Luis, con su brazo apoyado en el dintel de la chimenea, mirando el fuego como si no hubiera pasado nada.

—¿Está todo bien? —preguntó Estela, mientras se agachaba para dejar caer un par de bolsas sobre la alfombra.

—Sí, querida —Luis le obsequió una leve sonrisa—. ¿Cómo les fue de compras?

—Maravilloso —dijo Estela, aunque la desconfianza se le coló en el tono—. La pasamos estupendo. Marcos nos ayudó a escoger algunos adornos.

¿Marcos? Irenne alzó la vista, contrariada por las palabras de Estela.

En ese instante el joven hizo su aparición, seguido de Isabel. Le dirigió una mirada dolida a Irenne, y la saludó con frialdad. Sin duda aún estaba herido.

Fue Isabel quien rompió el incómodo silencio. Corrió a abrazar a su amiga.

—¡Debes ver todo lo que hemos comprado, Irenne! ¡Me da tanto gusto estar contigo otra vez! ¡Ven! —la arrastró fuera del salón—. ¡No te imaginas las escarchas y lucecitas que compramos para adornar las ventanas!

Irenne trató de recuperar el ánimo. Apenas sonrió. Fueron juntas a revisar las enormes cajas repletas de angelitos, campanas y esferas.

En el salón, donde el fuego seguía ardiendo, el corazón de dos hombres también se inflamaba. Ninguno de los dos se atrevió a decir una sola palabra, presintiendo —con una certeza muda— que ambos eran presa del mismo dolor.

LA CASA DEL ABUELO

El primer fin de semana de cada mes solía tomar el autobús hacia Bennington, que partía de Boston al mediodía. Cuatro horas más tarde, después de un transbordo a un autobús local, llegaba a casa de mi abuelo. El camino se había vuelto monótono, con no muchos lagos o prados que mirar ni construcciones o algo nuevo que despertara mi atención.

Tal vez era porque odiaba la inaccesibilidad del lugar. Era más fácil ir a Nueva York, que en teoría se encontraba más lejos, pero había una infinidad de líneas de tren y autobús que iban y venían cada quince o veinte minutos a la gran ciudad y sin necesidad de hacer molestas conexiones. Pero mi abuelo había decidido quedarse a vivir en Vermont, y mi madre no me tenía la suficiente confianza para comprarme un automóvil con el que pudiera desplazarme a placer.

Lo raro era que mi madre nunca visitaba a su propio padre. Lo hizo solo un par de veces, y el tiempo que permaneció con él fue menor que el que ocupó en llegar. Ciertamente, esto y la casa tan extraordinariamente grande despertaban en mí muchos interrogantes. Sabía, por mi padre, que trabajó con él en sus primeros años de contador, que mi abuelo fue un hombre muy rico, pero también muy listo, con facilidad para hacer dinero y multiplicarlo. Como el rey Midas. No obstante, un día algo le sucedió, y perdió más de la mitad de su cuantiosa fortuna.

Quienes lo consideraban un afortunado hombre de negocios no se explicaban qué había contribuido a que llegara a ese límite. Aun así, no era uno de los magnates de la ciudad, pero tenía la suficiente solvencia económica como para vivir tres veces una vida sin trabajar, de una manera decorosa y sin pasar ningún tipo de privación.

Después de eso, mis padres decidieron vivir en una modesta casa en Lynn, desprovista de todo lujo. Mi madre renunció a su vida de joven rica al casarse con mi padre, quien sólo pertenecía a la clase media. Pero era un hombre responsable que pudo satisfacer los deseos y exigencias de una esposa que nunca pudo trabajar y que se dedicó únicamente a dar lecciones particulares de violín y piano a niños pequeños, y de una hija a la que le sobró todo durante su feliz infancia.

Por fortuna, antes de morir, mi padre alcanzó a dar el último pago de nuestra casa y dejó un seguro de vida a nombre de mi madre y un fondo de ahorros universitarios para mí, el cual fue cobrado cuando cumplí la mayoría de edad. Con eso y las clases esporádicas que impartía mi madre, nos las arreglábamos. Debo aclarar que era mi abuelo quien pagaba las exorbitantes colegiaturas que mi universidad demandaba. Pensaba que ya encontraría yo la manera de retribuírselo. El tiempo se encargaría de ello.

Mi padre solía contarme acerca del edén que poseía la casa de los Riveira en la época en la que él solía cortejar a mi madre. Pero no quedaba nada que pudiera recordarlo. Era simplemente un enorme patio lleno de árboles secos, cubiertos de musgo, hojas muertas danzando por el escuálido césped cada vez que el viento soplaba, y rosas que apenas florecían. No muy diferente del estado en el que se encontraba el jardín de mi casa, luego de que mi madre hiciera arrancar todos los rosales y dejara morir los tiernos arbustos y árboles.

El Ensueño tampoco sobrevivió al paso del tiempo y la falta de cuidado. Me preguntaba con frecuencia qué papel representarían los jardines e invernaderos en la vida de mi padre, mi madre y mi abuelo, así como por qué dejarían morir las rosas y toda vida natural de aquel mítico jardín; por qué mi madre destruyó el nuestro.

Suspiré antes de tocar el portón blanco que se alzaba ante mí. Aunque disfrutara de las visitas a la casa de mi abuelo, siempre se me ponía la piel de gallina en cuanto ponía un pie dentro.

Raymond Hubert me abrió la puerta. Era el único sirviente que conservaba mi abuelo, además de Claudette, una alta y rolliza morena que, a un tiempo, desempeñaba las labores de enfermera, cocinera y ama de llaves.

—¿Qué tal ha estado su viaje, señorita? —me saludó Raymond sin expresión, con la misma pregunta que siempre me hacía el primer sábado de cada mes.

Y yo siempre respondía lo mismo:

—Cansado... muy cansado. —Le dediqué una rápida sonrisa de cortesía.

De todas formas, el viejo mayordomo no hablaba mucho. Se limitaba a abrir y a cerrar la puerta y a rondar por la casa como si fuera un fantasma.

Mi abuelo se había trasladado a vivir al primer piso, donde fue el cuarto de estar, al lado del despacho en el que alguna vez trabajó con entusiasmo y vigor. El segundo piso no era visitado ni siquiera por el ama de llaves. La gruesa escalinata imperial recordaba la suntuosidad de antaño. El contraste entre ambos pisos era evidente.

Mientras la planta baja se encontraba más o menos limpia, el piso que le seguía estaba totalmente abandonado.

Yo nunca subí. Una mirada de desaprobación se pintaba en el rostro de mi abuelo cada vez que me adivinaba intrigada por las habitaciones que se distribuían a lo largo de las alas este y oeste. Así que sólo me limitaba a observar desde abajo.

Me preguntaba cómo habría sido el espléndido edificio cuando mi madre era niña.

Mi abuelo ya me esperaba en su despacho. Una amplia sonrisa se dibujó hasta casi tocar sus ojos.

—¡Mi niña querida! ¡Mi hermosa nietecita ha llegado al fin!

Daba pena ver a un hombre de sesenta y seis años encajado en una silla de ruedas. Si fue buen mozo alguna vez, su rostro envejecido

prematuramente no dejaba ver más rastro de ello que unos ojos azules amorosos y una sonrisa piadosa.

—¡Abuelo! —saludé con efusividad—. ¡Tenía tantas ganas de verte! ¡Pero, espera! ¡No vengas hacia acá; yo iré a donde estás! —añadí cuando vi que el hombre pulsaba el control remoto de su silla para dirigirse a mí.

—¿Es que piensas que tropezaré con algo si avanzo hacia donde estás? ¿De verdad crees que tienes un abuelo tan tonto?

—¡Claro que no! —Sonreí—. ¡Si mi abuelo es el hombre más listo y guapo del mundo!

—Bueno, bueno. Pero déjame verte. ¡Mira cómo estás bonita! ¡Cada vez te pones más guapa! Cuéntame. ¿Algún pretendiente por ahí?

—Sí, abuelito. ¡Te lo contaré todo!

—Bueno. Pero primero comeremos. Debes de estar hambrienta. Le he pedido a Claudette que prepare tu comida favorita y el postre que tanto te gusta. ¡Pero tenemos que ver si me ha obedecido! Siempre dice que sí a todo, pero la verdad es que es una vieja floja. ¡Debería de despedirla! —dijo cerrando el puño derecho.

—Qué va, abuelito... siempre dices lo mismo.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Silencio, mucho silencio había en esa casa, tanto que me parecía enloquecedor. Mi abuelo se había echado a dormir, presa de los estragos de las pastillas que ingería para amedrentar su migraña.

No había nada en esa casa que pudiera entretenerme. Aún no había televisión de satélite. Me habría entretenido con cualquier programa de televisión, aunque fuera local, que era, y sigue siendo, mala y aburrida.

Pensé en sintonizar alguna estación de la radio en el estéreo viejo y polvoriento que se encontraba en el despacho de mi abuelo. O en poner uno de los viejos casetes de música setentera que se

amontonaban en grandes torres amorfas al lado del tocadiscos. Esta idea no era de mi total agrado, pero pensé que seguramente reconocería por lo menos un par de canciones en cuanto el aparato comenzara a recorrer la cinta magnética. Confirmé que mi abuelo no se había enterado de la invención de los CD, ya no digamos de los DVD. Había incluso pilas y pilas de enormes discos de vinilo; sucios pero en muy buenas condiciones.

Recorrí con el dedo índice los forros de cartón que envolvían cada long play. Pero ninguno llamó mi atención. Curiosamente, permanecían ordenados alfabéticamente. Cuando llegué a la letra «R», me di cuenta de que figuraban repetidas veces los Rolling Stones. No había diez ni veinte. ¡Había alrededor de cincuenta discos de la grandiosa banda británica de rock! Desde los clásicos sencillos y las grabaciones en estudio y los álbumes oficiales, hasta cada uno de los conciertos y las recopilaciones hechas por disqueras.

No sabía que a mi abuelo le gustara ese tipo de música...

Los discos seguían un orden fiel desde 1964, año en que se encumbraron con el disco The Roling Stones, hasta el último de apenas un par de años atrás. Me sorprendí de que mi abuelo siguiera comprando discos de vinilo de ese grupo. Sin embargo, tanto ése como los correspondientes a las últimas décadas parecían no haber sido siquiera desenvueltos.

Saqué el montón de discos y los tendí sobre la alfombra púrpura. Sin saber por qué, recordé a Mario, fiel coleccionista de todo lo que ameritaba ser coleccionable. Sin duda, lo que se presentaba ante mis ojos le emocionaría. ¡Y vaya que podría hacerse de muy buen dinero el que poseyera una colección similar!

Seguí hurgando con la intención de grabar en mi memoria hasta el más mínimo detalle de la apariencia de aquellos objetos, para después hacerle a Mario un relato fiel de aquella colección musical. La primera mitad de los vinilos parecían gastados y manoseados, como si se hubieran tocado en muchísimas ocasiones; incluso algunas de las portadas tenían garabatos y letras de colores. Pensé

que eso reducía su valor. Me detuve para preguntarme por qué se me venía eso a la cabeza. En primer lugar, ni siquiera era mía la colección. Y supuse que tal vez era por lo que un día me explicó Mario. Extendía su índice derecho haciéndose el sabihondo como siempre.

—Lo más importante de poseer una colección es que se encuentre en buen estado; si no, desmerece su valor.

—Bueno, ¿y qué importa si está en buen estado o no? De todas maneras se trata de una colección, ¿no?

—Sí, claro. Pero cómo saber si un día te encuentras en un apuro y entonces toda tu vida depende de vender una de tus colecciones... Apuesto a que te gustaría que valiera mucho más. ¿A que sí?

Sonreí y meneé la cabeza. Mario a veces era divertido.

Traté de imprimir en mi memoria uno a uno los discos. Si bien los garabatos y las letras se veían tan gastados como las portadas, la tinta seguía siendo un tanto chillante. Cuando presté atención me di cuenta de que todas decían lo mismo, y en ellas figuraba la siguiente inscripción rodeada: «Propiedad I.S.». Y después, las iniciales se repetían por todo el cartón. Algunas veces encerradas en un corazón; otras, flotando entre nubes. Pareciera que la persona que las había dibujado estaba muy orgullosa de sus iniciales. Cerré los ojos tratando de imaginar a quién pertenecían. Nada vino a mi mente. Claro, pensé que podría tratarse del nombre de mi madre. Después de todo, sus iniciales de casada eran I.S. Pero ella nunca utilizaba el apellido Sullivan, sino Riveira.

Como dije, sólo la mitad de la colección tenía esos dibujos. Me pareció extraño...

❀✿⊰✿⊱✿❀

Se estaba haciendo tarde. Solo tenía un par de horas más antes de salir corriendo hacia la parada de autobús para ir hasta la estación central. Con suerte llegaría a casa antes del anochecer. Pero mi

abuelo todavía no despertaba. No podía irme sin despedirme; además de que sería de muy mal gusto, no quería herir sus sentimientos.

Bueno, podía echarme en el sofá y seguir pensando en Aarón, pero ya había gastado mucho su recuerdo. Hasta en el cereal veía su cara, y la de mi amiga. Retumbaban en mi mente las últimas palabras que me dirigió al terminar la clase de gimnasia. Antes de que empezara a ignorarme.

—¡Pues allá tú si piensas que realmente le interesas! ¡Y vaya! ¡Qué buena amiga resultaste ser! ¡La próxima vez que algo me guste no te lo diré!

Dio media vuelta. Sus rubios cabellos se revolvían sobre el cuello de su blanquísima camiseta deportiva.

¿Cómo aclararía las cosas? En realidad me molestaba y deprimía que Clara me ignorara. La extrañaba, pero tampoco estaba dispuesta a renunciar a mi amor por Aarón. Aunque pensé en más de una ocasión dejarlo por complacerla y conservar su amistad.

—¡Qué va! —me dijo Mario—. Dale unos quince días. Será tiempo suficiente para que se le pase el berrinche. Volverá a hablarte como antes.

El reloj seguía avanzando. Las cuatro de la tarde y mi abuelo dormía como si lo hubieran golpeado con un mazo de veinte kilos, totalmente inconsciente.

—Pobrecito abuelo —susurré mientras despejaba un par de mechones de su cara—. Luego me acurruqué a su lado. No podía evitar sentir tristeza cada vez que lo veía o pensaba en él.

Se me encogía el corazón cada vez que lo recordaba inmovilizado y solo. Su mirada era triste y taciturna, como la mirada de Mario, pero aún más profunda, más melancólica. Como si en algún momento de su vida hubiera perdido algo que jamás pudo recobrar.

Yo no tenía ningún recuerdo de mi abuelo que no fuera en silla de ruedas; es decir, antes del accidente. Y eso era muy anterior a mi llegada al mundo. Él y mi madre se habían dejado de hablar. Nunca

le pedí a ella ninguna aclaración, porque sabía que sería en vano. Lo único que me decía era que vivía en Vermont y que estaba muy ocupado en sus asuntos.

Un día llegó a oídos de mi madre la noticia de que mi abuelo había quedado paralítico. Entonces, dobló su orgullo y volvió a dirigirle la palabra. Aunque lo hiciera escasamente, se hizo una costumbre rigurosa enviarme a visitarlo regularmente. Al menos podría darle esa alegría al hombre. El ver a su única nieta. Yo trataba de hacer sus días más alegres, pues me gustaba mucho verlo sonreír.

No conocí a mi abuela Estela. Ella murió mucho antes de que mis padres se casaran. Mi abuelo no volvió a fijarse en otra mujer. Tal vez esa fue la causa por la que nunca quiso abandonar Bennington. Y a mí me daba tristeza ver tantas habitaciones, y todas ellas cerradas. De pronto una idea me hizo levantarme de un salto.

Claudette se había ido y no volvería hasta el anochecer, y el viejo Raymond probablemente se encontraba también durmiendo plácidamente, como mi abuelo. La curiosidad de explorar el segundo piso me hizo presa. Deslicé mis pasos hasta la puerta de la habitación.

Encontrándome al pie de la imponente escalera de marmolina blanca, dudé por un momento.

«Vamos, sube de una vez, nadie se dará cuenta...»

Mirando hacia ambos lados empecé a subir. El barandal se encontraba tan cubierto de polvo que daba la impresión de no haber sido limpiado durante la última década. Sacudí mi mano en el vestido. Una vez arriba, siguiendo una lógica común, torcí hacia el ala este. El piso de madera crujía bajo mis pies.

Paseé una mirada rápida a las cinco habitaciones, separadas con una simetría perfecta. Debía de haber al menos siete metros entre cada una. La última estaba tan lejana que parecía perderse de vista.

Tal vez si hubiera contado con más tiempo y con la seguridad de que no estaba siendo vigilada por alguien más, como lo sentía, me

habría lanzado a explorar cada cuarto. Pero decidí que debía concluir lo que había empezado, y de una manera rápida.

La primera puerta se abrió con facilidad pero emitiendo un chirrido de bisagras y madera, como si hubiera permanecido cerrada por más de un siglo. Las telarañas se adhirieron a mi cuerpo. Me detuve un momento, con la respiración muy quieta, tratando de aguzar el oído para averiguar si alguien había escuchado el ruido. Esperé un tiempo razonable, pero no sucedió nada. Procuré ser más silenciosa. Me quité las sandalias y traté de andar sobre las puntas de mis pies. Como una ladronzuela me deslicé en el interior de la recámara.

Mi imaginación retorcida me había hecho creer que encontraría algo más que una cama, dos cómodas y un enorme ropero.

No esperaba encontrarme con un duende sosteniendo un cazo desbordándose de oro, pero me sentí decepcionada. No obstante, el espacio superaba tres veces el que tenía mi habitación de mi sencilla casa en Lynn. La recámara parecía haber sido bonita. Las paredes estaban pintadas de blanco, y de los cuatro ventanales que daban hacia el jardín principal colgaban viejas y polvorientas cortinas color salmón, tal vez un rosa pálido en el pasado, como la alfombra. Sobre la gigantesca cama dos graciosos peluches descansaban en una cómoda y enorme almohada púrpura. Al lado izquierdo había un peinador blanco. La luz de un sol dorado se escurría por las ventanas alumbrándolo todo. Me acerqué a examinar el peinador. Había unos joyeros de porcelana cubiertos de una fina capa de polvo. No me sentía muy orgullosa hurgando por ahí, pero mi curiosidad iba más allá de mi sentido común. Aunque, después de todo, no estaba dañando a nadie, sólo curioseando, y en un momento terminaría con aquello.

Sin duda esa habitación había pertenecido a mi abuela, o a mi madre. Aunque no existía nada ahí que me ayudara a confirmarlo. Ni siquiera esculcando en los roperos los vestidos polvorientos y anticuados que aún colgaban podía darme una idea. Algunos conjuntos de colores llamativos (opacos ahora) ya empezaban a mostrar el daño irreparable que el tiempo y las polillas ejercían sobre

ellos. De pronto sentí a varios de estos animalillos recorriendo mis manos.

Tuve que hacerme de mucho valor para no gritar. Con terror cerré la puerta del ropero. Luego me limpié los dedos sobre mi pantalón. Le achaqué aquel mal rato a la vieja Claudette, que se limitaba a medio limpiar la cocina, el despacho, el vestíbulo y el cuarto donde dormía mi abuelo.

Con la agilidad de un gato, me escurrí a través de la puerta semiabierta, procurando no volver a hacerla rechinar. Cuando me encontré fuera, nuevamente me enfrenté a las dos opciones: seguir hasta concluir toda el ala este, o dirigirme hacia las habitaciones del lado contrario. Después de cavilar por unos momentos, decidí cruzar hacia el otro extremo. Con las sandalias todavía en la mano y de puntitas, miré hacia el primer piso, tratando de advertir cualquier peligro. No vi nada. Conté hasta tres, y entonces me lancé con pasos agigantados. Tal como lo había pensado, el ala oeste era una exacta réplica de la otra.

La primera habitación podría ser predecible, tal como lo había sido la que ya había visitado. Así que sólo me limité a abrir un poco la puerta y a echar una ojeada en el interior. Se trataba de otra recámara. Los muebles estaban colocados exactamente como si fueran el reflejo de la habitación del ala oeste. Eso me tomó por sorpresa, porque tenía los mismos de muebles dispuestos de la misma manera. Sólo el tapizado de la pared era de un color amarillento, y la alfombra era una mezcla de rojo y rosa. Los muebles también eran blancos y de los cuatro ventanales colgaban unas rojizas cortinas arrugadas.

Cerré la puerta con cuidado y conduje mis pasos hacia la segunda habitación. Abrí sin problemas. Esa otra recámara tenía muebles de cedro y cortinas azul marino. Me deshice de las telarañas mientras avanzaba. Afortunadamente, si había un insecto al que no le temía ni me sentía asqueada al mirarlo eran los pequeños arácnidos, y las abejas, cuando eran amistosas.

El tercer cuarto era un enorme baño de piedra marmolada y tinas, lavabos y retretes de porcelana azul. Incluso había un delicado biombo y un vestidor vacío. Este cuarto se veía un poco menos sucio y polvoroso.

La puerta de la cuarta habitación se resistió. A diferencia de las otras, se me estaba prohibiendo la entrada justo cuando mi curiosidad iba en aumento. Intenté una vez más, pero la puerta seguía sin ceder. Supuse que finalmente no se necesitaba de mucha experiencia para destrabar un simple seguro. Podía hacerlo justo como lo había visto en las películas, o como en una ocasión en que la puerta de mi habitación se cerró. Sin embargo, me parecía obvio que si alguien pone un cerrojo es porque algo o muy feo o muy desagradable o muy privado se encuentra dentro. Me pregunté si realmente estaría bien invadir una propiedad.

Mi buen sentido común y el bicho de mi conciencia me decían que desandara mis pasos, pero, por otro lado, ya había avanzado mucho en mi exploración como para darla por concluida en ese momento. Además, mi curiosidad seguía picándome aunque fuera sólo para terminar de ver todas las habitaciones y comprobar si las del ala este también seguían la simetría con sus muebles y decorados.

¿Qué tenía de malo abrir con uno de mis pasadores aquella puerta? Quizá simplemente alguien había corrido el seguro de la perilla sin darse cuenta. Por supuesto, no pensaba encontrar un animal mitológico de tres cabezas o un insecto gigante.

«Excusas para justificarme.»

—¡Ya, pues! ¡La abriré de todas formas! —exclamé.

El mal había triunfado sobre el bien. Una vez más.

Desprendí un pasador de entre mis cabellos y lo introduje en el hueco de la perilla. Lo hice girar hacia un lado y otro sin obtener resultados. Lo extraje y lo hice entrar una vez más. El seguro seguía sin correrse. Suspiré por unos momentos. Casi cuando había desistido, la perilla giró y la puerta se abrió ante mis ojos haciendo el mismo ruido espantoso que la primera vez.

Todavía no terminaba de vanagloriarme de mis dotes innatas cuando miré con asombro lo diferente que lucía esa habitación. Sin duda, era mucho más pequeña y modesta que las anteriores, y parecía un poco más limpia, como si solo hubieran pasado unos meses desde que fuera aseada por última vez.

Entré para apreciarla más de cerca. El color del papel tapiz era rosado con franjas amarillas verticales. Alineado con la pared izquierda se encontraba un grande y alto peinador de cedro. En el centro, y sobre una alfombra persa, había una camita cubierta por una colcha amarilla. La cabecera era blanca, y había dos pequeños burós a cada lado.

A la derecha se alzaba un ropero, y detrás de él una falsa pared. Daba la impresión de que el cuarto hubiera sido reducido a propósito. Dirigí mis pasos hacia la pared de escayola que se erguía hacia la mitad del cuarto. Justo al terminar ésta, había un breve pasillo que se pegaba a la pared principal, de aproximadamente un metro de ancho por dos de largo. También estaba rodeado de la falsa pared, que lo seguía hasta el final. En ambos extremos tenía pasamanos de hierro.

Al fondo, una estrecha puerta de madera, desportillada en los extremos, que se dejó abrir sin dificultad, daba lugar a un baño de mosaicos amarillos y rosas, con su ducha, su lavabo y su retrete de porcelana rosada. No parecía sucio ni olvidado; más bien se veía como si recientemente alguien hubiera realizado una limpieza. Aunque no exhaustiva, porque todavía colgaban del tubo de la ducha viejas telarañas. Eso sí, las toallas se encontraban dobladas y acomodadas en los toalleros, como esperando a ser nuevamente usadas. Perfumes, jabones y cremas se alineaban en una repisa colocada encima de la bañera. Incluso los artículos de limpieza personal se veían recién puestos. La bañera lucía limpia, al igual que el retrete. Sólo en los rincones había polvo y telarañas, y unas marcas de dedos se apreciaban en los espejos y llaves de los lavabos.

La pared falsa me impedía ver qué más se escondía detrás. Aun así, conduje mis pasos hacia la salida. Ya había visto suficiente. Esa habitación era sin duda lo más extraño de mi expedición. Me hubiera gustado saber a quién había pertenecido.

En un último intento por averiguar qué clase de persona había habitado aquella curiosa recámara, pensé en abrir los cajones del modesto peinador y ver qué clase de ropas se guardaban ahí. Sin duda la habitación era de una chica; los colores rosa y amarillo y el baño tan femenino no dejaban ninguna duda.

Ahí estaba yo, frente al peinador, sorprendida por lo que tenía frente a mí. Oculto por los joyeros y cajitas musicales, un largo y grueso mechón de pelo largo y rubio como el sol, torcido en una trenza, con listones que lo sujetaban por ambos extremos, impidiendo que escapase siquiera alguno delicados cabellos. Descansaba sobre un pañuelo de seda blanca, bordado en los extremos con hilo azul.

Mi corazón se estremeció. No le encontraba sentido a lo que veían mis ojos. Con una especie de miedo y curiosidad, extendí la mano con el propósito de alcanzar el mechón...

—¡Ahhhhh! —La mano que se clavó en mi hombro me hizo sentir una descarga eléctrica y lanzar un grito de terror.

—¿Qué está haciendo aquí, señorita?

Raymond había seguido mis pasos. Su mirada era fulminante.

—Me perdí... —tartamudeé—. Los profundos ojos negros de aquel hombre me empezaron a atemorizar.

—Creí que no era curiosa, señorita.

Yo temblaba.

—Por favor, no le diga a mi abuelo que me encontró aquí; no era mi intención llegar tan lejos —supliqué. El hombre torció la boca.

—¡Y sin embargo lo hizo! —soltó lo que me pareció ser una risita de sarcasmo—. No se puede esperar más. Todas las mujeres que han vivido en esta casa han sido curiosas. Por eso todas han sido desgraciadas... y han hecho desgraciados a los demás. ¡El que busca

queriendo encontrar, siempre halla algo! —Se oía el chasquido de dientes que producía la rabia.

Un vago pensamiento cruzó por la mente de Raymond, porque puso cara de que estaba hablando más de lo que debía. Entonces hizo un silencio, y el rostro sereno que confiere la vejez regresó a su semblante.

—No le diré nada a su abuelo porque se decepcionaría de usted. Pero haga el favor de permanecer siempre en el primer piso.

Ahora el viejo se mostraba mucho más tranquilo. Aproveché la oportunidad para encarármele, ahora que no mostraba una actitud amenazadora. Me erguí y lo miré desafiante.

—¿Y por qué no? No soy ninguna extraña. Soy de la familia. ¿Qué hay de malo en entrar en estas habitaciones?

—Porque a su abuelo no le gusta. Puede sufrir un accidente merodeando por aquí. El piso no está en buenas condiciones. Podría derrumbarse de un momento a otro.

—A mí no me parece tan viejo —lo contradije.

—Hay insectos y animalejos que pueden hacerle daño. La madera está apolillada, y hay chinches, arañas, cucarachas por doquier. Esta parte de la casa no se ha limpiado en años.

—¿Es solo por eso? —inquirí incrédula.

—Y porque su abuelo se lo pide. —Raymond terminó la conversación. Extendió su largo brazo, señalando la puerta—. ¿Va a salir ya de la habitación? Su abuelo ya despertó y pregunta por usted. Le he dicho que ha salido al jardín.

Vacilé unos momentos. Luego busqué desesperadamente mi par de zapatos.

El viejo seguía ahí de pie, inmóvil. En cuanto pude calzarme nuevamente me escoltó fuera de la habitación.

—Sé el camino de regreso al primer piso —bufé mirándolo por encima del hombro.

Dirigí mis pasos hacia la escalera de mármol sin mirar atrás.

EL AMOR DE IRENNE

Vermont, 1976.

Llegó la cena de Navidad a casa de los Riveira. Los adornos de escarchas plateadas y doradas estaban divinamente colocados en los grandes ventanales, donde caían en forma de ondas, uno seguido de otro hasta completar una hilera de tres ventanas grandes que se encontraban paralelas a otras tres en el gran salón de baile.

Había una mesa principal para los anfitriones, y otras nueve para los invitados, todas cubiertas por un fino mantel blanco, con servilletas rojas en forma de corona encima de cada plato de porcelana. Seis meseros iban y venían con los preparativos, y los músicos entonaban una suave melodía como preludio. Al fondo, se alzaba un gran árbol de Navidad, escogido específicamente para adornar el majestuoso salón: robusto y de más de tres metros. Debajo de él, montones de paquetes envueltos en papel multicolor, con grandes moños sobre ellos, se iban apilando conforme cada invitado llegaba. En el centro se acondicionó una gran pista de baile.

Luis había extendido invitaciones a sus socios y a los empleados que gozaban de su confianza. Todos ellos iban acompañados de sus finas y elegantes esposas, menos uno.

Al pie de la escalera se encontraba Irenne. Había elegido un vestido verde esmeralda, que hacía juego con sus ojos, y recogido sus cabellos en un estilizado peinado con el que se formaba una coleta alta de la que caían unos rizos dorados hasta media espalda. Miraba a los invitados tratando de reconocer alguna cara conocida. Como siempre, las miradas de los hombres y de algunas mujeres envidiosas se posaban en su figura, analizándola de arriba abajo.

Comentarios chismosos y venenosos se hacían escuchar por toda la habitación.

—¿Esa es la chiquilla que adoptaron el señor Riveira y su esposa? —preguntaba una vieja gordinflona atrapada en un vestido rojo. Sus pechos saltaban de su apretado escote en V.

—Sí. Ella es la recogida. Dicen que tiene muy malos modales, a pesar de que la señora Riveira ha intentado educarla. Yo diría que es corriente —decía otra señora que ya había dejado atrás sus años de juventud—. Oh, si no lo fuera, ¿crees tú que habría elegido ese vestido tan vulgar?

—¡Es que cuando no se nace con clase, ni a palos se adquiere! —terció la señora Swanson mientras dejaba escapar una risa malintencionada—. Don Luis se ha empeñado en que sea la ayudante de mi Simón, y todas las tardes va al bufete vestida como una cualquiera. ¡La que es vulgar siempre lo será!

Todas rieron. Este tipo de comentarios divertían a Irenne. Lo mejor de todo era cuando ella estaba ahí para escucharlos.

Con gracia y delicadeza se dirigió hacia las tres mujeres que compartían los comentarios venenosos.

—Señoras Swanson, Porter y Johnson —dijo ella fingiendo una reverencia—. ¡Me complace tanto verlas aquí reunidas! —Soltó una sonrisa de burla y miró a cada una de las asombradas señoras—. Lo digo en serio. ¡Estoy tan alegre de que hayan podido asistir a esta fiesta! Pero lo que más me alegra es que sus modistas las hayan hecho caber en vestidos de noche que son para jovencitas lindas y agraciadas como yo. ¡Deben de ser realmente muy eficientes! Ojalá cuando yo sea tan vieja, gorda y arrugada como ustedes pueda encontrar a alguien que haga para mí los mismos milagros. O, bueno, al menos que lo intente... —Les obsequió una última sonrisa al abrirse paso entre el trío de mujeres ofendidas—. ¡Por cierto, señora Swanson! —agregó—. Debería decirle a su marido que preste atención a su trabajo, en vez de quitarme con la mirada la ropa que tan vulgar le parece.

Hizo un ademán, como despidiéndose. Se esforzaba para no reír. Atrás quedaron las viejas que aún trataban de recuperar el habla y reponerse de su asombro para empezar a criticar una vez más y con más fuerza los modales de la joven.

¡Cómo le gustaba tener siempre el comentario y la respuesta perfecta ante la gente engreída que trataba de pisotearla o humillarla!

Eso lo había aprendido de su madre. Si bien no era una manera correcta de comportarse, ya era parte de su carácter, y jamás dejaría que nadie la maltratase.

Hubiera seguido divirtiéndose de no haberse topado con los brillantes ojos castaños de Marcos, quien había presenciado la escena y soltaba una alegre carcajada que hizo que más de una persona se girara a mirarlo.

Por eso la amaba tanto, por su carácter y dominio de sí misma. Porque era genuina, no como aquellas mujeres que parecían la réplica exacta la una de la otra. Aquellas que eran solo como trofeos para sus esposos. ¡Y cuánto deseaba él que ella fuera su esposa! Sabía que ella no era tonta, ni se dejaría controlar jamás por los deseos o mandatos de un hombre, ni era lo suficientemente vanidosa como para creer que su belleza lo resolvería todo en la vida.

—¡Quién diría que esta delicada jovencita tuviera semejante boca! —exclamó Marcos mientras miraba a una Irenne que empezaba a ponerse roja como granate.

—¡Y quién diría que me hablarías de nuevo! —dijo ella mirando al joven que se suponía que jamás le volvería a dirigir la palabra. Ahora ya no se veía molesto ni indiferente—. Pensé que me odiabas por lo que pasó aquel día...

—Yo nunca te odiaría... Irenne. —Escondió la mirada—. Y estás muy equivocada si piensas que voy a ceder tan pronto. No soy de ese tipo de hombre.

—Y entonces ¿de qué tipo eres, eh? ¿De los que siempre obtienen lo que quieren?

—No. —Acompañó su respuesta con un movimiento de cabeza—; de los que, cuando se enamoran, luchan por la mujer que aman.

Si tenía alguna esperanza de librarse de Marcos, su mirada decidida le dijo que la cosa no terminaría ahí. Se preguntó por qué tenía que ser tan endiabladamente bello. En todos los sentidos...

—Bailemos. —Marcos tomó a Irenne por la cintura.

De pronto, se convirtieron en el centro de la atención en la pista de baile. Estaba perdida en el hechizo del baile de Marcos, extrañamente afinado, y en su fragancia masculina. Los rostros, la decoración, el salón, e incluso la pista de baile misma desaparecieron. Bailaban entre nubes, bajo una noche estrellada y con el viento susurrando palabras de amor.

—Cásate conmigo. —Fueron las palabras que la hicieron despertar bruscamente de aquel encanto.

Irenne no contestó. Tan solo se detuvo, trató de disculparse con una mirada anhelante. Como de alguien que quiere quedarse en algún lugar, pero que tiene que irse porque ya la están esperando en otra parte. Salió deprisa; en el pasillo se topó con Isabel y su larga cabellera sujeta con cintillas de seda azul. Le recordó a aquella chiquilla odiosa que había conocido aquella tarde de verano, cuando la miró con la misma arrogancia. Pensó que en realidad Isabel nunca cambiaría del todo. Sin quererlo, Irenne se sintió más pequeña que ella y no supo muy bien qué decir. No hubo necesidad, pues fue aquélla quien habló.

—¿Qué hacías bailando con Marcos? —La mirada fija en los ojos de Irenne; la boca apretada en una finísima línea.

—Marcos es mi amigo. ¡Ya te lo he dicho! —dijo Irenne tratando de conservar la calma.

Isabel suavizó su mirada.

—¡Lo siento, Irenne! Ya sé que me lo has dicho. No sé qué me pasa —dijo ella sintiéndose apenada—. De pronto no puedo pensar en nada más que en Marcos, y yo no sé qué siente él. No me dice nada. Es porque no me ama, ¿verdad?

Incapaz de afrontar la verdad, Irenne se contuvo:

—Te amará, Isabel. Si acaso no te ama aún.

—¿Tú le quieres, Irenne? Sé sincera conmigo.

Irenne calló una vez más. Creyó que una mentira y un hombre serían parte de un capítulo de su vida que cerraría muy pronto.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Casi después del brindis de medianoche, Irenne empezó a sentirse mareada. Había bebido una copa de champaña y dos de un exquisito vino francés mientras le hacía compañía a Sandy Leigh, hija de uno de los tantos amigos importantes de Luis. Se excusó diciéndole que iría al tocador cuando realmente quería tomar aire fresco y recobrarse.

—¿Por qué bebí tanto? —se reclamaba; hizo lo posible por no perder la gracia mientras se escurría entre el montón de invitados.

Marcos la siguió con la vista hasta la fuente, el mismo lugar que había sido testigo de sus primeros besos algunas noches atrás. Irenne se sentó en la pequeña barda de piedra donde crecían y se trenzaban, espléndidas, las enredaderas. Cerró los ojos. Momentos después, sintió la presencia de él.

—Te enfermarás, Irenne. ¿Por qué saliste sin cubrirte?

Marcos se quitó su abrigo y se sentó a su lado mientras la cubría con él.

—La noche no me parece tan fría. —Pero aceptó gustosa, pues ya empezaba a tiritar.

—Eso es porque bebiste demasiado. ¿Crees que no te he estado observando?

—Ah, ¿sí? Pues yo te vi muy entretenido bailando con jovencitas. ¡Oye! —Le dirigió una mirada perspicaz—. ¡Esa última tenía manos de pulpo! ¡No te dejaba por más que querías deshacerte de ella!

—¿Qué puedo hacer si la joven con la que quiero bailar sale corriendo en medio de la pista y no vuelve? —Extendió el brazo para acercarla a su pecho—. Además, por lo que veo, también me has estado observando. ¿Te has dado cuenta de que ahora soy un mejor bailarín?

—Sí. ¿Cómo lo has conseguido?

—¡Clases de baile! —Marcos la invitaba a bailar—. Baila de nuevo conmigo para que puedas decirme si soy o no un buen bailarín. Te reíste de mí aquella vez en la discoteca y te fuiste a bailar por tu cuenta. Tenía que probarte que no mentía cuando dije que podía ser un buen bailarín.

—¿Y solo por eso tomaste clases? —Lo miró con dulzura, mientras aceptaba la invitación y se dejaba perder nuevamente entre los brazos del joven.

—Lo hice por ti —le susurró al oído—. Quería ser lo suficientemente bueno para ti.

—Eres demasiado bueno para mí. —Irenne ciñó más su abrazo.

—Tú eres mi vida, Irenne. ¿Lo comprendes? Sin ti me siento perdido, sin dirección. Estos días que he estado lejos de ti me han parecido una eternidad. —Hundió sus manos entre los cabellos rubios de su amada—. No puedes decir que no me quieres, ni yo puedo renunciar a ti tan fácilmente. Dame la oportunidad. Una nada más. No te la niegues a ti misma ni tampoco a mí. Dime al menos que lo pensarás. ¿Verdad que sí lo harás? —suplicó el joven.

Y se la habría dado sin duda. Irenne lo habría hecho si no se hubiera dejado derrotar por eso que muchos llaman «destino».

CAMINO SINUOSO

Vermont, 1976.

El amor de Marcos florecía tanto como el sentimiento de traición que se había apoderado de Irenne. Pero ella decidió callar un poco más.

Transcurría ya el mes de enero. Isabel volvió a los estudios y ella a la academia. Por las tardes iba al despacho de Simón Swanson y hacía la función de secretaria personal. Y aunque el viejo hiciera todo lo posible por hacer desgraciadas sus horas de trabajo, cuando el reloj daba las ocho y cuarto salía como alma que lleva el diablo a encontrarse con el joven de los ojos castaños que ya la esperaba en una placita ubicada a una milla de ahí. Aún no querían hacer pública su relación y se portaban de una manera discreta. Él le abría la portezuela del automóvil y ella escurría rápidamente su graciosa figurilla pretendiendo pasar inadvertida.

La felicidad que trajo a la vida de Irenne el amor y las atenciones de Marcos fue sublime, irreal, pero, sobre todo, muy breve. Los días corrían como si fueran segundos. Después de aquella noche de Navidad, pronto los sorprendió el año de 1977. Una tarde de enero, a media semana, Irenne regresó a casa y se encontró con la noticia de que su hermanastra se hallaba en cama con un terrible resfriado. Aunque resultase común enfermarse durante el periodo invernal, no lo era para Isabel, mucho menos caer en cama por esta razón.

—Isabel se encuentra muy enferma —informó Luis—. Ha tenido que volver a casa para recuperarse. Creo que le gustaría que estuvieras a su lado el mayor tiempo posible. La fiebre no cesa. Es muy raro en ella.

Los días que siguieron a la llegada de Isabel y su convalecencia le resultaron a Irenne insoportablemente eternos. El color había escapado de las mejillas de Isabel y estaba mucho más delgada. Si bien la fiebre había cedido, la joven no podía recuperarse; siempre cansada, sin las fuerzas necesarias para abandonar su habitación. Luis y Estela veían con espanto que su hija seguía perdiendo peso, a pesar de que, cuando conseguían que no devolviera la comida, parecía comer muy bien. Sus hermosos cabellos se iban desprendiendo poco a poco y el brillo de sus ojos se había apagado; en su lugar solo había un par de cuencas pardas. No pospusieron ni un minuto más su traslado a un hospital en Montpellier donde le realizarían una serie de exhaustivos exámenes médicos.

—Moriré pronto, Irenne... ¿no es así? —susurró Isabel una tarde en la que recuperó el conocimiento.

Irenne dejó caer el libro que apenas hojeaba, tal fue el espanto que le produjeron aquellas palabras. De inmediato se puso de rodillas junto a la cama de Isabel y tomó una de sus delgadas y blanquecinas manos.

—¡No! ¡No digas eso, Isabel! ¡Te vas a recuperar! ¡Yo lo sé! —sollozó —. Estás en el mejor hospital de Vermont. Pronto sabrán qué es lo que tienes y todo mejorará.

—Siempre supe que moriría joven —musitó Isabel; su mirada se desvió hacia las flores recién cortadas que le había llevado Marcos esa mañana—. Tenía la esperanza de que tal vez viviría lo suficiente para formar una familia. Ahora sé que jamás saldré de este cuarto — unas delgadas lágrimas surcaban su rostro.

—No. No lo digas —gimió Irenne; finalmente expuso el llanto contenido—. Todo saldrá bien. Tienes que tener fe, Isabel. Te repondrás, te casarás y vivirás muchos años, y me darás una sobrina tan hermosa como tú.

—Suena tan bonito. —Solo se oía un hilo de voz—. De todas maneras, si logro salir de aquí, estoy segura de que no me casaré.

—¿Por qué? ¿Por qué lo dices?

Irenne comenzó a temblar. Isabel se incorporó un poco y posó sus ojos en los de Irenne. Acarició su melena alborotada.

—No soy tonta, Irenne... no me digas que pensabas que no lo sabía.

Irenne sintió que su corazón se paralizaba.

—Sé que Marcos te quiere, y no pienses que soy tan estúpida como para no darme cuenta de que es correspondido. ¿Por qué no me lo dijiste?

Irenne sintió el peso del mundo caer sobre sus hombros y un dolor en el corazón. El remordimiento se clavaba en su pecho como un millar de finas agujas.

—¡No! ¡Ya no digas nada! —pidió Irenne rompiendo en sollozos—. ¡Perdóname si te mentí, Isabel! ¡No quería lastimarte! ¡Yo lo dejaré! ¡Te juro que lo dejaré! No permitiré que un hombre nos separe. ¡Nunca lo haré!

—No te pido que lo dejes, Irenne. Jamás he dicho eso. Al fin y al cabo, es a ti a quien siempre aman...

—Isabel, por favor, no digas eso. Todos te aman a ti también. —Aferró sus manos—. ¿No ves que todos nos preocupamos por ti? Queremos que sanes. Por favor, Isabel, no digas eso. Te amamos. ¡Todos te amamos!

—No soy amada más que tú, Irenne. Siempre ocuparé el segundo lugar... —Liberó sus manos y dirigió la mirada hacia el techo—. Ahora vete. Por favor. Quisiera dormir un poco más...

❀❁⊱✿⊰❁❀

El diagnóstico de los médicos se dijo sin rodeos. Irenne no pudo comprender cómo esas personas que salvaban vidas, que parecían ser ángeles enviados por Dios, eran capaces de hablar sin siquiera aparentar que se tentaban el corazón:

—Su hija padece de diabetes.

Estela se echó a llorar en los brazos de su marido. Irenne sentía como si se le hubiera escapado toda la sangre del cuerpo. Había escuchado que era una enfermedad terrible y sin cura, mucho más agresiva cuando se presentaba en jóvenes o niños.

—Como deben saberlo —prosiguió el médico tratante—, no existe todavía cura. Sin embargo, se trata de un padecimiento que le permitirá vivir, siempre y cuando se sujete a una serie de cuidados específicos...

—¿Cuánto tiempo...? —se atrevió a interrumpir Irenne con la pregunta que quizá todos deseaban hacer.

Estela se cubrió el rostro con las manos mientras daba rienda suelta a su dolor; Luis, en cambio, reprendió con la mirada a Irenne.

—Es difícil decirlo —continuó el doctor—; siguiendo las indicaciones puede vivir un largo tiempo. Existen casos en los que personas diabéticas mueren por causas ajenas a la enfermedad. Deben entender que para mejorar la calidad de vida debe haber disciplina, como tomar la medicina a la hora exacta, cambiar de dieta y prescindir de algunas actividades que ya no podrá realizar. Dependerá de ustedes, pero más de ella misma, que se pueda mantener estable y llevar una vida casi normal.

Marcos estaba mudo y lívido.

El doctor continuó hablando durante minutos que parecieron horas. Irenne deseaba volver el tiempo... solo unos meses... ver a Isabel riendo...

«¡Qué cruel resulta ahora la palabra casi!»

Lo más doloroso fue darle la noticia a Isabel. No dijo nada. Su mirada permaneció fija en un punto perdido, como si realmente no le importara lo que escuchaba.

—¿Entonces puedo irme a casa? —interrumpió con hostilidad, dejando perplejos a quienes estaban ahí para apoyarla.

—Señorita Riveira —la amonestó el doctor—, es importante que me escuche. Usted ya es mayor de edad y, por lo tanto, es indispensable

que conozca la realidad de su padecimiento.

Isabel rio con amargura.

—La realidad de mi padecimiento... La realidad es que no hay nada que hacer, ¿o sí, doctor? ¿Dígame si tiene algún remedio mágico que me alivie? ¿Dígame por qué tengo que seguir escuchándolo si no es capaz de darme alguna cura? ¿Dígame si tiene algún sentido? ¿Lo tiene acaso? ¡No... maldición!, no lo tiene... —masculló ella—. Entonces, solo deme un folleto con la información necesaria para diabéticos como yo y ahórrese sus palabras.

❀❁⊱✿⊰❁❀

La joven fue dada de alta y trasladada a su hogar. Pasaría algunas semanas en casa, antes de regresar al college. Irenne dejó de asistir a la academia para hacerse cargo de su hermana, que aún continuaba debilitada por el furioso resfriado que había contraído y por los estragos de la enfermedad que se iniciaba.

Los pómulos, los hombros y las costillas empezaron a mostrar la osamenta. No quería ver a nadie. Se encerró en su cuarto y pidió que solo entrara una de las cocineras para llevarle los alimentos, preparados estrictamente según las indicaciones del nutriólogo. Luis contrató a una enfermera específicamente para inyectarla cada dos horas con la insulina que su cuerpo necesitaba. Isabel odiaba las agujas.

—¡No quiero que me inyecten más! ¡Odio las agujas! ¡Las odio! ¡Y odio que esa enfermera esté siempre aquí! ¡Haz que se marche, papá! ¡No la necesito!

De pequeña siempre fue una niña muy sana, ni siquiera recordaba bien las veces en las que se había enfermado. Su piel no había conocido más inyecciones que las que tuvieron que aplicarle para prevenir la tuberculosis y aquella que le aplicaron cuando se hirió su tobillo con una vara de fierro. Y desde entonces las odió.

Una tarde llegó Luis con una pequeña caja:

—Despediré a Martha con una sola condición —le dijo a Isabel, que sollozaba en silencio, con el rostro hundido en la almohada—: aprenderás a medicarte y a controlarte tú sola. De otra manera, hija, siempre dependerás de alguien más.

«¿Depender de alguien más?», ella odiaba depender de alguien, fuera de lo que fuera.

Dentro de la pequeña caja había tres compartimentos. En el más largo y grande estaban dispuestos cinco pequeños frascos de vidrio con medicamento; en los dos siguientes, unas cuantas jeringuillas de vidrio, alcohol y gasas. Se preguntó cómo se suponía que iba a aprender a vivir con eso. Si tan sólo no les tuviera tanto temor a los objetos punzantes. Y no era todo: cada día también se tendría que pinchar los dedos para medir la glucosa, asegún palabras del médico. Apartó la caja de su vista. Era demasiado para ella, más en esos momentos en que no se sentía con el suficiente valor para enfrentar su realidad.

Transcurrieron casi dos semanas. La enfermera Martha aún seguía cuidando de ella. Aunque esto le molestara, Isabel no le permitía el acceso a nadie más que a la amable mujer de cabellos grises. Marcos mismo terminaba dejando un ramo de rosas en el pasillo cada vez que intentaba verla. En la estancia ya se habían acumulado las flores y rosas multicolores que el ama de llaves retiraba cada día después de su visita. Irenne dejó de ver a Marcos. Él comprendió que lo mejor era esperar a que Isabel se sintiera mejor.

❀❁ꕥ✿ꕥ❁❀

Una mañana, Irenne entró al cuarto de Isabel sin tocar la puerta, como solía hacerlo de chiquilla. La reacción de Isabel fue también la misma de siempre.

—¿Qué haces en mi habitación? —rugió. Su aspecto era deprimente. No se había lavado el cabello desde hacía más de una semana. Su melena castaña y larga hasta la cintura estaba opaca y revuelta. Vestía un desaliñado camisón amarillo que le llegaba hasta los pies.

Unas grandes y oscuras ojeras rodeaban sus angelicales ojos. —¡Maldición, Irenne! ¡Eres la misma entrometida de siempre! ¿Por qué no llamas antes de entrar?

—¡Porque, si lo hiciera, no me dejarías poner un pie en tu habitación! —se defendió—. He tratado de verte todos los días, pero tú no quieres hablar con nadie. ¿De qué otra manera puedo hacerlo entonces?

—¡No te quiero ver! ¡¿Me oyes bien?! ¡Ni a ti ni a nadie! ¡¿Por qué no me dejan en paz?!

—Por favor, Isabel —rogó Irenne mientras se acercaba a la chica—, vuelve a ser tú misma. Nos estás preocupando a todos con tu actitud.

—¿Y qué actitud quieres que muestre? —Se giró para gritar en la cara de su amiga—. ¿Quieres que ande así, como si nada? ¿Como si todo fuera como antes?

—Isabel, es como antes. Ya dijo el médico que esto no es una enfermedad si la mantienes controlada. Tienes que acostumbrarte, por duro que parezca. Todavía estás viva y puedes hacer muchas cosas. Todo lo que te propongas. Tienes que adaptarte y aceptar esta nueva forma de vida.

—¿Adaptarme? —preguntó aquélla hoscamente—. ¿Te adaptarías tú a esto? ¿Crees que alguien puede adaptarse a esta vida? ¡Claro! ¡Lo dices tú porque puedes andar por todas partes con tus pies desnudos sin temor a coger alguna bacteria o a herirte con algo, porque a ti no te los cortarían, ¿no?...! ¡¿Lo oyes?! ¡Lo dices tú porque puedes comer lo que se te dé la gana sin temor a enfermar; correr y saltar todo lo que te plazca sin siquiera preocuparte de si alterará tanto tu organismo que te pueda sobrevenir una crisis. ¡Lo dices tú porque no tienes que pincharte el dedo cada mañana para ver si estás lo suficientemente sana como para animarte a continuar tu vida, fingiendo que eres una persona normal! Pero tú no eres la que tienes que hundir estas agujas en tu carne dos o tres veces al día... No vengas y te plantes en mi puerta con tus buenos ánimos para decir que tengo que adaptarme. ¿Tú qué sabes de esto?... —

concluyó Isabel con un tono tan triste que las lágrimas nublaron sus ojos y, por cierto, también los de Irenne.

—No, Isabel... no lo sé... tienes razón. —Irenne se acercó y buscó los ojos de su amiga—. Lo único que sé es que estás viva, y eso es lo que realmente importa. No te falta ninguna parte del cuerpo, y aun si ése fuera el caso, también te diría lo mismo. Porque tienes vida, Isabel, y es maravilloso estar vivo. ¿A cuántas personas desahuciadas no les gustaría tener una segunda oportunidad para seguir viviendo, como fuera? ¿Cuántas personas no se aferrarían a este sueño? —sollozó—. Mi madre se aferraba, Isabel... no quería morir. Cuando supo que no le quedaba mucho tiempo... lo calló para no hacerme sufrir. Aún recuerdo su mirada amorosa y llena de alegría en esos últimos meses que estuvo con vida.

Isabel miró a Irenne fijamente. Ella no solía hablar de su madre con frecuencia.

—Mi madre no se quejó, Isabel —continuó Irenne—. Recuerdo que aun estando tan pálida, delgada y con un dolor insoportable, no lloraba ni se lamentaba. Al contrario, cuando salíamos a los jardines del colegio hacía su mayor esfuerzo para ponerse de pie e ir hacia mí. Luego nos sentábamos y dejábamos que el pasto mojara nuestros pies. Me decía que la vida era el mejor regalo que podíamos tener; que era maravilloso que cada mañana el sol se colara por la ventana y la brisa le hiciera cosquillas en la nariz; que pudiéramos levantarnos y admirar las cosas que Dios había creado para nosotros. Se regocijaba viendo el aleteo de los pájaros, la forma de las nubes, escuchando el sonido del viento y del agua al caer. Éramos muy pobres y vivíamos en un cuartucho. Y a pesar de que se sacrificaba fregando los platos, ella era feliz. Lo era, Isabel, a pesar de que no tuviera un esposo que velara por nosotras. Ella moría y aun así era feliz. La única vez que la vi llorar fue una tarde en la que ya estaba marchitándose por completo. Me dijo que lo único que lamentaba era dejarme sola y no poder verme convertida en una mujer. «Daría lo que fuera por estar contigo el día de tu boda», dijo, y le rogó al Señor que yo fuera feliz. Y todas las noches,

cuando ella cerraba los ojos para intentar dormir aunque fuera un poco, yo escuchaba sus plegarias suplicándole a Dios que le concediera un poquito más de vida. «Solo un día más», rogaba ella; «Dame, Señor, un día más».

El llanto ahogó las palabras de Irenne al recordar a su hermosa madre. Después de una pausa se animó a proseguir.

—Vive, Isabel. Decide vivir —le dijo mientras le daba un abrazo y le hablaba al oído—. Todavía puedes realizar tus sueños. Todavía puedes. Mientras tengas vida...

Irenne salió de la habitación. Isabel permaneció un rato mirando cómo se extinguían las últimas llamaradas en la chimenea. Después desvió la mirada hacia la cajita de madera.

Orgullosa, como siempre, Isabel le pidió a su padre que despidiera a Martha, deseando que pronto encontrara otro empleo con una persona que realmente necesitara de su ayuda y no fuera tan chocante como ella.

Frente a la mesita de tocador, podía imaginar que la caja se burlaba, como diciéndole: «¡Eh, tú, niña miedosa!, hay chiquillos que se inyectan a sí mismos, y tú eres casi un adulto y te dan miedo las agujas». Como en un delirio, las agujas aparecían bailando alrededor de ella. Conforme transcurrían los segundos, empezaron a crecer y la joven a empequeñecerse hasta proporciones incontrolables.

—¡Estúpida caja! —De un manotazo tiró el objeto al piso, pero en seguida se arrepintió—: ¡Oh, Dios! ¡Más vale que no haya roto nada!

Se recompuso. En seguida sacó el instructivo, que había leído ya muchas veces, y volvió sobre sus líneas para asegurarse de que haría lo correcto. Tomó una jeringa y la llenó con la insulina. La aguja debió de medir unos doce o trece milímetros, pero a ella le parecía grande, muy grande. No sabía qué tan rápido tendría que introducirla. La acercó al antebrazo izquierdo. Dudó. «Vamos, hazlo de una buena vez.» Lo hizo, pero lo único que logró fue romper la aguja con el dedo meñique, pues sujetaba la jeringuilla con demasiada fuerza. No obstante haber arruinado una dosis, decidió

que seguiría probando. Lo repitió sin éxito muchísimas veces, con el saldo de algunos capilares reventados. De pronto se sintió impotente y una oleada de furia la hizo lanzar por los aires la dichosa cajita, que fue a estrellarse en uno de los cajones de su peinador.

Rompió en llanto, gimió, maldijo.

—¡Estúpidas agujas! ¡Las odio tanto...! ¡Las odio! ¡¿Cómo seré independiente si ustedes me hacen la vida tan difícil?! ¡Las odio! ¡Púdranse para siempre! ¡Púdranse!

Irenne sabía que algo así podía pasar. Por eso se había sentado en el piso alfombrado del pasillo, con la cabeza recargada en la puerta del cuarto de Isabel, quien ahora se encontraba discutiendo con unos objetos inanimados. «¿De verdad se está peleando con las jeringas?»

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—¡No! ¡Lárgate!

Irenne suspiró.

—Voy a entrar de todos modos...

A los pies de la cama, Isabel lloraba como una chiquilla desconsolada. Irenne sintió pena al ver su brazo amoratado.

—¿Cómo seré independiente si no puedo hacer algo tan simple? —se lamentó Isabel—. No puedo, Irenne... no puedo... tengo tanto miedo. ¡Y las odio tanto! —Lloró de nuevo, aferrándose al cuerpo de Irenne como si se estuviera hundiendo en el mar.

—¿Con que esas tenemos? ¡Que me parta un rayo si te dejas vencer por esas agujas! —Irenne tomó la caja. Algunos de los frascos estaban rotos, y solo quedaban tres jeringas. Se acercó a Isabel. —Es sencillo, ¿ves? Tomas la jeringa, jalas el émbolo hasta el número tres, luego pinchas la botella y sueltas el aire.

Isabel limpió sus ojos para poner atención. Parecía una chiquilla a la que le estuvieran enseñando cómo sumar y restar.

—Luego jalas el émbolo otra vez, hasta el número tres. ¿Ves, Isabel? Es una jeringa tonta, sin chiste. ¡Totalmente inofensiva! Ahora

sacamos todas las burbujas que se nos hayan quedado dentro. ¡Y listo!

—Pe... pero —balbuceó Isabel temiendo el siguiente paso.

—Mira. Tómala. ¿Ves que es muy pequeña? No te hará daño. Además, entre más rápido lo apliques más pronto te dejará de molestar. —La joven tomó la jeringa con la mano derecha. —Ahora solo limpiamos con alcohol esta parte —Irenne señaló el abdomen de Isabel.

—¡Oh, Dios mío! ¿En el estómago?

—Será más fácil de esta manera. Además, ya tienes el brazo un poco arruinado —rió apenas—. Solo haz como que pellizcas esa zona y no pienses mucho cuando introduzcas la aguja. En cuanto esté dentro, empuja el émbolo hasta el final.

—¡Lo dices tan fácil, Irenne! —suspiró Isabel.

—¡Porque lo es! Te prometo que no te dolerá. Hazlo rápido. Te doy mi palabra de que no dolerá. ¡Puedes pegarme y pincharme con todas las agujas que quieras si te he mentido!

Aunque dudó por un momento, Isabel confió en las palabras de Irenne. Con una rápida inserción, terminó la pesadilla. De pronto, por primera vez después de tantos días, la sonrisa asomó a su rostro. Se abrazaron con tanta fuerza que sus risas nerviosas rompieron el silencio con un estruendo.

Luis y Estela acudieron en segundos. Las dos chicas continuaban riendo mientras una secaba las lágrimas de la otra. Los padres de Isabel suspiraron y también lloraron porque sabían que a partir de ese momento su adorada hija había elegido vivir nuevamente.

Vermont, 1976.

El amor de Marcos florecía tanto como el sentimiento de traición que se había apoderado de Irenne. Pero ella decidió callar un poco más.

Transcurría ya el mes de enero. Isabel volvió a los estudios y ella a la academia. Por las tardes iba al despacho de Simón Swanson y hacía

la función de secretaria personal. Y aunque el viejo hiciera todo lo posible por hacer desgraciadas sus horas de trabajo, cuando el reloj daba las ocho y cuarto salía como alma que lleva el diablo a encontrarse con el joven de los ojos castaños que ya la esperaba en una placita ubicada a una milla de ahí. Aún no querían hacer pública su relación y se portaban de una manera discreta. Él le abría la portezuela del automóvil y ella escurría rápidamente su graciosa figurilla pretendiendo pasar inadvertida.

La felicidad que trajo a la vida de Irenne el amor y las atenciones de Marcos fue sublime, irreal, pero, sobre todo, muy breve. Los días corrían como si fueran segundos. Después de aquella noche de navidad, pronto los sorprendió el año de 1977. Una tarde de enero, a media semana, Irenne regresó a casa y se encontró con la noticia de que su hermanastra se hallaba en cama con un terrible resfriado. Aunque resultase común enfermarse durante el periodo invernal, no lo era para Isabel, mucho menos caer en cama por esta razón.

—Isabel se encuentra muy enferma —informó Luis—. Ha tenido que volver a casa para recuperarse. Creo que le gustaría que estuvieras a su lado el mayor tiempo posible. La fiebre no cesa. Es muy raro en ella.

Los días que siguieron a la llegada de Isabel y su convalecencia le resultaron a Irenne insoportablemente eternos. El color había escapado de las mejillas de Isabel y estaba mucho más delgada. Si bien la fiebre había cedido, la joven no podía recuperarse; siempre cansada, sin las fuerzas necesarias para abandonar su habitación. Luis y Estela veían con espanto que su hija seguía perdiendo peso, a pesar de que, cuando conseguían que no devolviera la comida, parecía comer muy bien. Sus hermosos cabellos se iban desprendiendo poco a poco y el brillo de sus ojos se había apagado; en su lugar solo había un par de cuencas pardas. No pospusieron ni un minuto más su traslado a un hospital en Montpellier donde le realizarían una serie de exhaustivos exámenes médicos.

—Moriré pronto, Irenne... ¿no es así? —susurró Isabel una tarde en la que recuperó el conocimiento.

Irenne dejó caer el libro que apenas hojeaba, tal fue el espanto que le produjeron aquellas palabras. De inmediato se puso de rodillas junto a la cama de Isabel y tomó una de sus delgadas y blanquecinas manos.

—¡No! ¡No digas eso, Isabel! ¡Te vas a recuperar! ¡Yo lo sé! —sollozó —. Estás en el mejor hospital de Vermont. Pronto sabrán qué es lo que tienes y todo mejorará.

—Siempre supe que moriría joven —musitó Isabel; su mirada se desvió hacia las flores recién cortadas que le había llevado Marcos esa mañana—. Tenía la esperanza de que tal vez viviría lo suficiente para formar una familia. Ahora sé que jamás saldré de este cuarto — unas delgadas lágrimas surcaban su rostro.

—No. No lo digas —gimió Irenne; finalmente expuso el llanto contenido—. Todo saldrá bien. Tienes que tener fe, Isabel. Te repondrás, te casarás y vivirás muchos años, y me darás una sobrina tan hermosa como tú.

—Suena tan bonito. —Solo se oía un hilo de voz—. De todas maneras, si logro salir de aquí, estoy segura de que no me casaré.

—¿Por qué? ¿Por qué lo dices?

Irenne comenzó a temblar. Isabel se incorporó un poco y posó sus ojos en los de Irenne. Acarició su melena alborotada.

—No soy tonta, Irenne... no me digas que pensabas que no lo sabía.

Irenne sintió que su corazón se paralizaba.

—Sé que Marcos te quiere, y no pienses que soy tan estúpida como para no darme cuenta de que es correspondido. ¿Por qué no me lo dijiste?

Irenne sintió el peso del mundo caer sobre sus hombros y un dolor en el corazón. El remordimiento se clavaba en su pecho como un millar de finas agujas.

—¡No! ¡Ya no digas nada! —Pidió Irenne rompiendo en sollozos—. ¡Perdóname si te mentí, Isabel! ¡No quería lastimarte! ¡Yo lo dejaré!

¡Te juro que lo dejaré! No permitiré que un hombre nos separe. ¡Nunca lo haré!

—No te pido que lo dejes, Irenne. Jamás he dicho eso. Al fin y al cabo, es a ti a quien siempre aman...

—Isabel, por favor, no digas eso. Todos te aman a ti también. —Aferró sus manos—. ¿No ves que todos nos preocupamos por ti? Queremos que sanes. Por favor, Isabel, no digas eso. Te amamos. ¡Todos te amamos!

—No soy amada más que tú, Irenne. Siempre ocuparé el segundo lugar... —Liberó sus manos y dirigió la mirada hacia el techo—. Ahora vete. Por favor. Quisiera dormir un poco más...

❀❁⊱✿⊰❁❀

El diagnóstico de los médicos se dijo sin rodeos. Irenne no pudo comprender cómo esas personas que salvaban vidas, que parecían ser ángeles enviados por Dios, eran capaces de hablar sin siquiera aparentar que se tentaban el corazón:

—Su hija padece de diabetes.

Estela se echó a llorar en los brazos de su marido. Irenne sentía como si se le hubiera escapado toda la sangre del cuerpo. Había escuchado que era una enfermedad terrible y sin cura, mucho más agresiva cuando se presentaba en jóvenes o niños.

—Como deben saberlo —prosiguió el médico tratante—, no existe todavía cura. Sin embargo, se trata de un padecimiento que le permitirá vivir, siempre y cuando se sujete a una serie de cuidados específicos...

—¿Cuánto tiempo...? —se atrevió a interrumpir Irenne con la pregunta que quizá todos deseaban hacer.

Estela se cubrió el rostro con las manos mientras daba rienda suelta a su dolor; Luis, en cambio, reprendió con la mirada a Irenne.

—Es difícil decirlo —continuó el doctor—; siguiendo las indicaciones puede vivir un largo tiempo. Existen casos en los que personas diabéticas mueren por causas ajenas a la enfermedad. Deben entender que para mejorar la calidad de vida debe haber disciplina, como tomar la medicina a la hora exacta, cambiar de dieta y prescindir de algunas actividades que ya no podrá realizar. Dependerá de ustedes, pero más de ella misma, que se pueda mantener estable y llevar una vida casi normal.

Marcos estaba mudo y lívido.

El doctor continuó hablando durante minutos que parecieron horas. Irenne deseaba volver el tiempo... solo unos meses... ver a Isabel riendo... «¡Qué cruel resulta ahora la palabra casi!»

Lo más doloroso fue darle la noticia a Isabel. No dijo nada. Su mirada permaneció fija en un punto perdido, como si realmente no le importara lo que escuchaba.

—¿Entonces puedo irme a casa? —interrumpió con hostilidad, dejando perplejos a quienes estaban ahí para apoyarla.

—Señorita Riveira —la amonestó el doctor—, es importante que me escuche. Usted ya es mayor de edad y, por lo tanto, es indispensable que conozca la realidad de su padecimiento.

Isabel rió con amargura.

—La realidad de mi padecimiento... La realidad es que no hay nada que hacer, ¿o sí, doctor? ¿Dígame si tiene algún remedio mágico que me alivie? ¿Dígame por qué tengo que seguir escuchándolo si no es capaz de darme alguna cura? ¿Dígame si tiene algún sentido? ¿Lo tiene acaso? ¡No... maldición!, no lo tiene... —masculló ella—. Entonces, solo deme un folleto con la información necesaria para diabéticos como yo y ahórrese sus palabras.

❀❁⊱✿⊰❁❀

La joven fue dada de alta y trasladada a su hogar. Pasaría algunas semanas en casa, antes de regresar al college. Irenne dejó de asistir

a la academia para hacerse cargo de su hermana, que aún continuaba debilitada por el furioso resfriado que había contraído y por los estragos de la enfermedad que se iniciaba.

Los pómulos, los hombros y las costillas empezaron a mostrar la osamenta. No quería ver a nadie. Se encerró en su cuarto y pidió que solo entrara una de las cocineras para llevarle los alimentos, preparados estrictamente según las indicaciones del nutriólogo. Luis contrató a una enfermera específicamente para inyectarla cada dos horas con la insulina que su cuerpo necesitaba. Isabel odiaba las agujas.

—¡No quiero que me inyecten más! ¡Odio las agujas! ¡Las odio! ¡Y odio que esa enfermera esté siempre aquí! ¡Haz que se marche, papá! ¡No la necesito!

De pequeña siempre fue una niña muy sana, ni siquiera recordaba bien las veces en las que se había enfermado. Su piel no había conocido más inyecciones que las que tuvieron que aplicarle para prevenir la tuberculosis y aquella que le aplicaron cuando se hirió su tobillo con una vara de fierro. Y desde entonces las odió.

Una tarde llegó Luis con una pequeña caja:

—Despediré a Martha con una sola condición —le dijo a Isabel, que sollozaba en silencio, con el rostro hundido en la almohada—: aprenderás a medicarte y a controlarte tú sola. De otra manera, hija, siempre dependerás de alguien más. «¿Depender de alguien más?». Ella odiaba depender de alguien, fuera de lo que fuera.

Dentro de la pequeña caja había tres compartimentos. En el más largo y grande estaban dispuestos cinco pequeños frascos de vidrio con medicamento; en los dos siguientes, unas cuantas jeringuillas de vidrio, alcohol y gasas. Se preguntó cómo se suponía que iba a aprender a vivir con eso. Si tan solo no les tuviera tanto temor a los objetos punzantes. Y no era todo: cada día también se tendría que pinchar los dedos para medir la glucosa, según palabras del médico. Apartó la caja de su vista. Era demasiado para ella, más en esos momentos en que no se sentía con el suficiente valor para enfrentar su realidad.

Transcurrieron casi dos semanas. La enfermera Martha aún seguía cuidando de ella. Aunque esto le molestara, Isabel no le permitía el acceso a nadie más que a la amable mujer de cabellos grises. Marcos mismo terminaba dejando un ramo de rosas en el pasillo cada vez que intentaba verla. En la estancia ya se habían acumulado las flores y rosas multicolores que el ama de llaves retiraba cada día después de su visita. Irenne dejó de ver a Marcos. Él comprendió que lo mejor era esperar a que Isabel se sintiera mejor.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Una mañana, Irenne entró al cuarto de Isabel sin tocar la puerta, como solía hacerlo de chiquilla. La reacción de Isabel fue también la misma de siempre.

—¿Qué haces en mi habitación? —rugió. Su aspecto era deprimente. No se había lavado el cabello desde hacía más de una semana. Su melena castaña y larga hasta la cintura estaba opaca y revuelta. Vestía un desaliñado camisón amarillo que le llegaba hasta los pies. Unas grandes y oscuras ojeras rodeaban sus angelicales ojos. —¡Maldición, Irenne! ¡Eres la misma entrometida de siempre! ¿Por qué no llamas antes de entrar?

—¡Porque, si lo hiciera, no me dejarías poner un pie en tu habitación! —se defendió—. He tratado de verte todos los días, pero tú no quieres hablar con nadie. ¿De qué otra manera puedo hacerlo entonces?

—¡No te quiero ver! ¡¿Me oyes bien?! ¡Ni a ti ni a nadie! ¡¿Por qué no me dejan en paz?!

—Por favor, Isabel —rogó Irenne mientras se acercaba a la chica—, vuelve a ser tú misma. Nos estás preocupando a todos con tu actitud.

—¿Y qué actitud quieres que muestre? —Se giró para gritar en la cara de su amiga—. ¿Quieres que ande así, como si nada? ¿Como si todo fuera como antes?

—Isabel, es como antes. Ya dijo el médico que esto no es una enfermedad si la mantienes controlada. Tienes que acostumbrarte, por duro que parezca. Todavía estás viva y puedes hacer muchas cosas. Todo lo que te propongas. Tienes que adaptarte y aceptar esta nueva forma de vida.

—¿Adaptarme? —preguntó aquélla hoscamente—. ¿Te adaptarías tú a esto? ¿Crees que alguien puede adaptarse a esta vida? ¡Claro! ¡Lo dices tú porque puedes andar por todas partes con tus pies desnudos sin temor a coger alguna bacteria o a herirte con algo, porque a ti no te los cortarían, ¿no?...! ¡¿Lo oyes?! ¡Lo dices tú porque puedes comer lo que se te dé la gana sin temor a enfermar; correr y saltar todo lo que te plazca sin siquiera preocuparte de si alterará tanto tu organismo que te pueda sobrevenir una crisis. ¡Lo dices tú porque no tienes que pincharte el dedo cada mañana para ver si estás lo suficientemente sana como para animarte a continuar tu vida, fingiendo que eres una persona normal! Pero tú no eres la que tienes que hundir estas agujas en tu carne dos o tres veces al día... No vengas y te plantes en mi puerta con tus buenos ánimos para decir que tengo que adaptarme. ¿Tú qué sabes de esto?... —concluyó Isabel con un tono tan triste que las lágrimas nublaron sus ojos y, por cierto, también los de Irenne.

—No, Isabel... no lo sé... tienes razón. —Irenne se acercó y buscó los ojos de su amiga—. Lo único que sé es que estás viva, y eso es lo que realmente importa. No te falta ninguna parte del cuerpo, y aun si ése fuera el caso, también te diría lo mismo. Porque tienes vida, Isabel, y es maravilloso estar vivo. ¿A cuántas personas desahuciadas no les gustaría tener una segunda oportunidad para seguir viviendo, como fuera? ¿Cuántas personas no se aferrarían a este sueño? —sollozó—. Mi madre se aferraba, Isabel... no quería morir. Cuando supo que no le quedaba mucho tiempo... lo calló para no hacerme sufrir. Aún recuerdo su mirada amorosa y llena de alegría en esos últimos meses que estuvo con vida.

Isabel miró a Irenne fijamente. Ella no solía hablar de su madre con frecuencia.

—Mi madre no se quejó, Isabel —continuó Irenne—. Recuerdo que aun estando tan pálida, delgada y con un dolor insoportable, no lloraba ni se lamentaba. Al contrario, cuando salíamos a los jardines del colegio hacía su mayor esfuerzo para ponerse de pie e ir hacia mí. Luego nos sentábamos y dejábamos que el pasto mojara nuestros pies. Me decía que la vida era el mejor regalo que podíamos tener; que era maravilloso que cada mañana el sol se colara por la ventana y la brisa le hiciera cosquillas en la nariz; que pudiéramos levantarnos y admirar las cosas que Dios había creado para nosotros. Se regocijaba viendo el aleteo de los pájaros, la forma de las nubes, escuchando el sonido del viento y del agua al caer. Éramos muy pobres y vivíamos en un cuartucho. Y a pesar de que se sacrificaba fregando los platos, ella era feliz. Lo era, Isabel, a pesar de que no tuviera un esposo que velara por nosotras. Ella moría y aun así era feliz. La única vez que la vi llorar fue una tarde en la que ya estaba marchitándose por completo. Me dijo que lo único que lamentaba era dejarme sola y no poder verme convertida en una mujer. «Daría lo que fuera por estar contigo el día de tu boda», dijo, y le rogó al Señor que yo fuera feliz. Y todas las noches, cuando ella cerraba los ojos para intentar dormir aunque fuera un poco, yo escuchaba sus plegarias suplicándole a Dios que le concediera un poquito más de vida. «Solo un día más», rogaba ella; «Dame, Señor, un día más».

El llanto ahogó las palabras de Irenne al recordar a su hermosa madre. Después de una pausa se animó a proseguir.

—Vive, Isabel. Decide vivir —le dijo mientras le daba un abrazo y le hablaba al oído—. Todavía puedes realizar tus sueños. Todavía puedes. Mientras tengas vida...

Irenne salió de la habitación. Isabel permaneció un rato mirando cómo se extinguían las últimas llamaradas en la chimenea. Después desvió la mirada hacia la cajita de madera.

Orgullosa, como siempre, Isabel le pidió a su padre que despidiera a Martha, deseando que pronto encontrara otro empleo con una

persona que realmente necesitara de su ayuda y no fuera tan chocante como ella.

Frente a la mesita de tocador, podía imaginar que la caja se burlaba, como diciéndole: «¡Eh, tú, niña miedosa!, hay chiquillos que se inyectan a sí mismos, y tú eres casi un adulto y te dan miedo las agujas». Como en un delirio, las agujas aparecían bailando alrededor de ella. Conforme transcurrían los segundos, empezaron a crecer y la joven a empequeñecerse hasta proporciones incontrolables.

—¡Estúpida caja! —De un manotazo tiró el objeto al piso, pero en seguida se arrepintió—: ¡Oh, Dios! ¡Más vale que no haya roto nada!

Se recompuso. En seguida sacó el instructivo, que había leído ya muchas veces, y volvió sobre sus líneas para asegurarse de que haría lo correcto. Tomó una jeringa y la llenó con la insulina. La aguja debió de medir unos doce o trece milímetros, pero a ella le parecía grande, muy grande. No sabía qué tan rápido tendría que introducirla. La acercó al antebrazo izquierdo. Dudó. «Vamos, hazlo de una buena vez». Lo hizo, pero lo único que logró fue romper la aguja con el dedo meñique, pues sujetaba la jeringuilla con demasiada fuerza. No obstante haber arruinado una dosis, decidió que seguiría probando. Lo repitió sin éxito muchísimas veces, con el saldo de algunos capilares reventados. De pronto se sintió impotente y una oleada de furia la hizo lanzar por los aires la dichosa cajita, que fue a estrellarse en uno de los cajones de su peinador.

Rompió en llanto, gimió, maldijo.

—¡Estúpidas agujas! ¡Las odio tanto...! ¡Las odio! ¡¿Cómo seré independiente si ustedes me hacen la vida tan difícil?! ¡Las odio! ¡Púdranse para siempre! ¡Púdranse!

Irenne sabía que algo así podía pasar. Por eso, se había sentado en el piso alfombrado del pasillo, con la cabeza recargada en la puerta del cuarto de Isabel, quien ahora se encontraba discutiendo con unos objetos inanimados. «¿De verdad se está peleando con las jeringas?»

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—¡No! ¡Lárgate!

Irenne suspiró.

—Voy a entrar de todos modos...

A los pies de la cama, Isabel lloraba como una chiquilla desconsolada. Irenne sintió pena al ver su brazo amoratado.

—¿Cómo seré independiente si no puedo hacer algo tan simple? —se lamentó Isabel—. No puedo, Irenne... no puedo... tengo tanto miedo. ¡Y las odio tanto! —Lloró de nuevo, aferrándose al cuerpo de Irenne como si se estuviera hundiendo en el mar.

—¿Con que esas tenemos? ¡Que me parta un rayo si te dejas vencer por esas agujas! —Irenne tomó la caja. Algunos de los frascos estaban rotos, y solo quedaban tres jeringas. Se acercó a Isabel—. Es sencillo, ¿ves? Tomas la jeringa, jalas el émbolo hasta el número tres, luego pinchas la botella y sueltas el aire.

Isabel limpió sus ojos para poner atención. Parecía una chiquilla a la que le estuvieran enseñando cómo sumar y restar.

—Luego jalas el émbolo otra vez, hasta el número tres. ¿Ves, Isabel? Es una jeringa tonta, sin chiste. ¡Totalmente inofensiva! Ahora sacamos todas las burbujas que se nos hayan quedado dentro. ¡Y listo!

—Pe... pero —balbuceó Isabel temiendo el siguiente paso.

—Mira. Tómala. ¿Ves que es muy pequeña? No te hará daño. Además, entre más rápido lo apliques más pronto te dejará de molestar. —La joven tomó la jeringa con la mano derecha—. Ahora solo limpiamos con alcohol esta parte —Irenne señaló el abdomen de Isabel.

—¡Oh, Dios mío! ¿En el estómago?

—Será más fácil de esta manera. Además, ya tienes el brazo un poco arruinado —rió apenas—. Solo haz como que pellizcas esa zona y no pienses mucho cuando introduzcas la aguja. En cuanto esté dentro, empuja el émbolo hasta el final.

—¡Lo dices tan fácil, Irenne! —suspiró Isabel.

—¡Porque lo es! Te prometo que no te dolerá. Hazlo rápido. Te doy mi palabra de que no dolerá. ¡Puedes pegarme y pincharme con todas las agujas que quieras si te he mentido!

Aunque dudó por un momento, Isabel confió en las palabras de Irenne. Con una rápida inserción, terminó la pesadilla. De pronto, por primera vez después de tantos días, la sonrisa asomó a su rostro. Se abrazaron con tanta fuerza que sus risas nerviosas rompieron el silencio con un estruendo.

Luis y Estela acudieron en segundos. Las dos chicas continuaban riendo mientras una secaba las lágrimas de la otra. Los padres de Isabel suspiraron y también lloraron porque sabían que a partir de ese momento su adorada hija había elegido vivir nuevamente.

EN CASA DE AARÓN

—Hey, Annia... ¿y fue todo lo que viste? —Mario jugueteaba con sus llaves.

—Pues el viejo me tomó por sorpresa. No pude ver nada más —rumié.

—Pues sí que es raro. No me imagino qué clase de secretos pueda tener tu abuelo. ¿Estás segura que no te lo estás inventando? —Los ojos de Mario chispeaban con malicia—. Creo que estabas tan aburrida que te dieron ganas de hacerla de ladronzuela y crearte una fantasía.

—¡Ya, Mario! —Le di un golpecillo en el hombro—. ¡Todo lo que te platiqué es verdad!

—Bueno, bueno, te creeré sólo porque tienes un buen récord conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quieres decir con eso?

—Pues que nunca me has mentido. Aunque siempre has tenido una imaginación desbordada. ¡Menudas historias contabas de chiquilla! En verdad, ¿de dónde sacabas tantas ideas?

—Es que leía mucho... —Puse cara de sabihonda.

—Más bien veías mucha televisión.

—¡Ya, Mario! ¡Estoy hablando en serio! —Perdía la paciencia—. ¡Como sueltes otra bromita te voy a agarrar a pellizcos!

—Está bien —soltó una última carcajada—, tus pellizcos siempre han sido mortales para mí.

Puse cara de hartazgo.

—No se me ocurre nada, Annia... Un mechón de cabellos dorados en una habitación extraña no me dice nada. —Trató de retomar el hilo con mucha seriedad.

—¿Y qué con las iniciales grabadas en los vinilos?

—Eso también es extraño...

—¿Tú crees que alguien más haya vivido en esa casa, aparte de mi madre y mi abuela?

—Podría ser... —Arqueó las cejas—. Después de todo, durante mucho tiempo no supiste nada de tu abuelo; hasta los diecisiete, cuando lo conociste. Muchas cosas pudieron haber pasado.

—Sí, puede ser. Pero me cuesta trabajo creer que tal vez él se haya vuelto a casar o haya vivido con alguien más.

—¿Y si tocas el tema con tu mamá...?

—¡Para nada! —interrumpí—. ¡Ese tema está vedado!

—¿Tampoco quiere hablar de eso? —En la expresión de Mario se adivinaba que hacía lo posible por buscar las palabras exactas para terminar de hablar—. ¿Qué fue exactamente lo que la distanció de tu abuelo?

—No lo sé muy bien. Desde que nací ya había dejado de hablarle. Una vez me dijo que él fue quien le volvió la espalda. Luego vinieron algunos problemas económicos y ella aseguró que él la había estafado. Pero ya conoces a mi madre —lancé un suspiro y clavé la mirada en el asfalto—, parece una tumba. Nunca dice nada de su pasado.

—Eso lo sé... —Ahora la mirada de Mario era taciturna—. Quizá piensa que es mejor no escarbar en el pasado...

—Porque puedes encontrar cosas que no te gusten... —terminé la expresión.

Los dos nos miramos durante un largo rato.

—Bueno. ¡Ya! ¡Vuelve de la luna o adonde quiera que hayas ido! —Sentí un coscorrón.

—¡No me fui a ningún lado! —Arrugué la nariz y me sobé la cabeza —. Estaba recordando... ¿sabes qué más dijo ese viejo?

—¿Qué cosa?

—Que yo era tan curiosa como todas las mujeres que habían vivido en esa casa, y que, al parecer, todas habían llevado el infortunio a ese lugar. ¿Tú crees que estaba desvariando? Yo lo noté un poco ausente cuando me dijo eso.

—¡Más extraño aún! —Mario suspiró profundamente—. No tenemos otra opción, cara de buñuelo. Tendremos que hacerla de detectives. —Puso en marcha el motor y me dedicó una sonrisa—. ¿Qué quieres hacer ahora? ¿Te llevo a tu casa? ¿O quieres que vayamos por un helado?

—¿Podrías llevarme a casa? Se supone que Aarón va a ir a visitarme... —Me ruboricé.

—Ya veo... —Miró el retrovisor, puso la reversa—. ¿Y cómo te va con el Casanova?

—¡De maravilla! —Sonreí de oreja a oreja mostrándole mi blanca dentadura.

Mario rió al ver mis ojos convertidos en dos líneas.

—Me alegro —dijo con sinceridad.

—¿Cómo está Clara? —pregunté con un dejo de tristeza.

—Bueno. Creo que está en «fase dos».

—¿Fase dos?

—Sí —soltó una carcajada—: Ira.

—Oh... —Volví la mirada hacia el frente—. Eso parece no ser muy bueno...

—No te preocupes. Pronto alcanzará la fase cinco.

—Tú siempre tan optimista...

—La conozco a la perfección, como te conozco a ti. Es la ventaja de ser algo así como su hermano mayor.

—La extraño mucho... —resoplé.

Mario sonrió al ver mi copete despeinado.

—Ella también te extraña.

El automóvil de Aarón ya se encontraba estacionado en la acera de enfrente. Él estaba recargado en la puerta del conductor. Llevaba lentes oscuros para protegerse del sol, y vestía, como siempre, ropa deportiva color oscuro. Sus cabellos arena se agitaban con el ligero viento que soplaba.

—¡Mira, aquí está tu Casanova! —gritó Mario mientras alineaba el vehículo con el de Aarón. Luego lo saludó con un apretón de manos —. ¿Cómo te va?

—Bien, amigo —respondió Aarón, efusivo—. Con que... ¿adónde llevabas a mi novia? —Sentí que los colores se me subían. Aún no me acostumbraba a la idea de ser la novia de Aarón Schein.

—Pensaba secuestrarla —bromeó Mario—. ¡Pero es tan revoltosa que me dará más problemas que beneficios!

—¡Para ya, Mario! —interrumpí y le di un codazo—. ¡Déjame bajar!

—Está bien. Está bien.

Fui a reunirme con Aarón. Vacilé un poco antes de saludarlo. Dirigí una mirada amenazadora a Mario. Por fortuna entendió que debía irse de ahí.

—¡Nos vemos después, chicos!

Si bien no era la primera vez que yo salía en plan de novia con Aarón, mi estómago siempre me traicionaba, haciéndome sentir un gigantesco mariposario.

—¡Hola! —Quise que mi saludo fuera neutral, pero la verdad es que me moría de ganas de abrazarlo y besarlo.

—¡Hola, linda! —Aarón buscó de prisa mis labios.

Después de saludarme con un largo beso que me dejó sin aliento, entrelazó sus manos con las mías.

—¿Cómo ha ido todo? —Besó mi nariz.

Sentí que mi cuerpo temblaba. Aún me preguntaba cómo era posible que una sola persona pudiera hacerme vibrar de esa manera. Nunca había experimentado ese sentimiento.

—Muy bien —Traté de dominar mi nerviosismo—. Ayer regresé tarde. Y no marqué a tu casa porque pensé que estarías dormido.

—Me hubieras mandado un email. Siempre estoy conectado.

—Bueno. Es que no se me ocurrió...

—Está bien. Será la próxima vez. Estaba preocupado por ti. —Acarició mis cabellos.

—Sería más conveniente si tuviera un móvil. ¡Pero mi madre vive en el siglo pasado! —renegué—. Estoy ahorrando para comprarlo yo misma.

—Pues ése no es problema, linda. Yo te puedo dar uno. Mi hermana, como sabes, se ha ido a vivir a California y dejó aquí un montón de cosas que tal vez puedan interesarte. Entre ellas su celular. —Tomó mi barbilla. Una sonrisa se asomó en su rostro—. ¿Te importaría venir a mi casa? Podríamos revisar su cuarto y ver qué es lo que te puede servir. Arlette ya no necesita esas cosas, y nos ha pedido a mi madre y a mí que nos deshagamos de ellas. Incluso deben haber algunos objetos o prendas de vestir que te puedan interesar.

—¿Y de verdad crees que ella no tiene ningún problema en que entremos a su cuarto a husmear? —Fruncí el ceño.

—¡Para nada! Al contrario, creo que estaría muy contenta. Tú le agradas.

—¿Qué le agrado? —Esa era una buena noticia.

Arlette era una chica agradable, fina y agraciada. La familia de Aarón estaba bien posicionada. Y lo que más me interesaba en esos momentos era ganarme el afecto de su familia.

—¡Claro que sí! También le gustas a mi madre. Dice que eres... perfecta... —Me pareció ver en su mirada una momentánea

expresión de tristeza, pero él interrumpió desviando mis pensamientos—. ¿Qué dices? ¿Vamos? —preguntó animado.

—¿A tu casa...? —susurré.

No es que fuera una anticuada, pero sentí que no era el momento adecuado para visitar la casa de Aarón si no estaban sus padres. Él pareció comprender inmediatamente. Entonces sonrió.

—No te preocupes, Annia. No estaremos solos. Algunos de los sirvientes andan rondando por ahí. Además, mi padre no tarda en regresar. Vamos...

—¡De acuerdo! —Me animé—. Pienso que será divertido. Tal vez después podamos ver una película o jugar un juego de mesa.

—¡Me agrada la idea!

—¡Vamos entonces! —dije mientras apuraba el paso.

—¿No le avisarás a Isabel? —preguntó, preocupado, al ver que yo aún no ponía un pie dentro de la casa—. ¡Al menos deja tu mochila en tu cuarto!

La cercanía de Aarón me había hecho olvidarme por completo de ese detalle. Me sentí como una niña pequeña a la que le acaban de dar una orden. Hice una mueca de fastidio y a regañadientes y arrastrando los pasos me dirigí a la entrada.

—¡Saldré en un momento! —Caminé agitando los brazos en señal de desagrado.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Era la primera vez que ponía un pie en aquel caserón. La fachada desmerecía mucho en comparación con los suntuosos interiores.

—¿Y tus padres? —pregunté al tiempo que colgaba mi bolso en uno de los percheros.

—Mi papá está trabajando. Mi mamá debe de andar en el salón.

—¿Tienes muchos sirvientes?

—No. La verdad, solo está la muchacha que limpia la casa y dos cocineros.

Me pareció increíble que tuviera tan poco personal a su servicio. La pulcritud que reinaba en aquel lugar era sorprendente.

—¿Cómo es que está todo tan...?

Él me interrumpió:

—Mi madre interviene mucho en los quehaceres del hogar. Podría decirse que tiene algo así como un trastorno obsesivo-compulsivo con la limpieza —se carcajeó—. Le gusta tener todo en perfecto orden y reluciente. Tiene el don de hacer brillar hasta el cemento. ¡Y ay de nosotros si movemos una cosa de lugar o ensuciamos algo!

Recordé el hogar tan desordenado y sucio de mi abuelo, y pensé que ojalá Claudette limpiara aunque fuera la cuarta parte de lo que limpiaba la madre de Aarón.

—Nombra al Diablo y este se aparecerá... —murmuró Aarón.

Rosemary Schein se encontraba en el cuarto contiguo al recibidor. Se acercó a nosotros. Mi intención de acercarme a ella y saludarla cortésmente se congeló ante la barrera que su acre mirada plantó entre ambas. Su saludo consistió solo en una muy leve inclinación de cabeza.

—¿Cómo estás, Annia? ¡Qué sorpresa verte de nuevo!

La robusta mujer vestía un traje sastre color salmón y llevaba el cabello negro cortísimo, que se alborotaba con gracia y caía sobre la frente y la parte superior de las orejas en forma de picos.

—Venimos a ver si hay algo entre las cosas de Arlette que a Annia o a sus amigas les pueda servir —se apresuró a contestar Aarón.

—¡Menudo favor me harán! —suspiró ella—. Esa niña dejó un caos en su habitación. ¡No puedo siquiera asomarme a ella sin que sienta que me va a dar un infarto!

Me pareció exagerada su manera de hablar y de conducirse, por el volumen de su voz y la gran cantidad de ademanes con que

acompañaba cada palabra. Sin embargo, sonreí ante su comentario. Tenía que ser amable con la madre de mi novio.

Ella me regresó la sonrisa, pero aún más extendida, mostrando unos dientes perlados que contrastaban con el rojo de los labios. Sus ojos grises, como de gato, se clavaron en los míos.

De nuevo me sentí cohibida, como me había sucedido durante la boda de Arlette.

Algo no estaba bien. Sus gestos amables no concordaban para nada con la severidad de su rostro. Daba la impresión de que utilizaba una máscara para cada ocasión. La transparencia de su mirada dejaba escapar un atisbo de mezquindad.

Por más que intenté encontrar en ella alguna de las bellas y bondadosas facciones de Aarón no lo logré. Tampoco el tono de la piel ni su complexión concordaban.

—¿Cómo ha estado, señora? —me animé a saludar.

—Llámame Rosemary, querida.

Asentí.

—Tiene una magnífica casa —agregué mirando hacia ambas direcciones—; tan limpia y bien organizada...

Fue lo primero que se me vino a la mente.

—Es que me esfuerzo mucho. Toda la responsabilidad recae sobre mí. Tuvimos cinco doncellas para limpiar la casa, pero todas eran flojas, y siempre podías encontrar polvo en las esquineras y en los marcos de las ventanas. ¡Y qué decir de las telarañas! Así que las despedí. ¿Para qué las quería si solo hacían como que trabajaban? Nos quedamos con Caro, que era la menos floja. Aun así, hay cosas que se le escapan. Es entonces cuando yo entro en acción —concluyó, muy orgullosa de sí misma, mientras de su boca se desprendía otra gran sonrisa.

—Puedo verlo, Rosemary, y soy sincera si le digo que nunca había conocido una casa como esta.

Y era verdad. En ese lugar se respiraba como si todo el tiempo alguien estuviera tallando con desinfectante y cloro y en cada rincón hubiera ambientadores aromáticos, tanto que me picaba la nariz.

Y qué decir del orden: todo, perfectamente y armoniosamente colocado. Los cuadros colgados en la pared eran del mismo tamaño; no había nada que rompiera con la simetría establecida. Y los accesorios de porcelana blanca colocados en las mesitas o esquineras seguían el mismo patrón. No había alfombra. El piso era de cerámica blanca, y las paredes, todas tapizadas en color perla.

—¡Pero mi hijo es un grosero! —Las palabras de Rosemary cortaron de tajo mis observaciones—. ¡Debiste avisarme de que venían! —reclamó.

—Lo siento. Se me ocurrió de repente.

La madre bufó.

—Sí. Debimos avisarle. Sé que es de mal gusto llegar a una casa sin ser invitado. Entiendo que tenga cosas que hacer... —me disculpé por los dos.

Ella se giró hacia mí:

—¡No es por eso, querida! Aunque agradezco tu preocupación. Solo me hubiera gustado estar más presentable.

«¿Presentable? ¡Pero si era la encarnación misma de la elegancia!». Me pregunté a qué le llamaría entonces estar presentable... No pude evitar reír.

—¡Pero si luce tan elegante! —Las palabras se escaparon de mi boca.

La dama sonrió complacida. Otra vez con esa sonrisa que me desconcertaba.

—¿Conque estudias en la misma universidad que Aarón?

—Sí, somos compañeros de clase.

—¿Y solo eso? —preguntó inquisitiva. Sus cejas se arquearon.

Fulminé a Aarón con la mirada. Ya había pasado demasiado tiempo para que él le hubiera hablado de nuestra relación.

—Yo... Nosotros... —dudó él—. Somos... quiero decir... —Se aclaró la garganta—. Annia es mi novia...

Pero lo dijo con más pena que alegría.

Rosemary soltó una carcajada. No de alegría. Más bien parecía que se estuviera burlando. Sus palabras lo confirmaron.

—¡No me lo creo! —Nos miró, primero a él y luego a mí—. ¿Tú con novia?

—Madre, por favor... —suplicó Aarón.

—¡Está bien! Solo que... —Empezó a caminar por el salón. Sus movimientos me recordaban a un felino rodeando a su presa antes de atacarla—. Verás, Annia, mi hijo nunca ha tenido una novia.

—¿Cómo?

—Bueno, sí ha tenido muchas chicas. ¡Infinidad, diría yo! —Miró hacia arriba, para dar más realce a sus palabras—, pero eres la primera a la que trae a casa y la presenta como tal. Increíble... —Y después rio otra vez.

¿Debía sentirme complacida por su comentario? Me pareció que tenía doble significado, así que no supe qué decir. Por fortuna, Aarón puso fin a la embarazosa conversación.

—¿Te importa si subimos al cuarto de Arlette, madre?

—Para nada, para nada —contestó ella agachando la cabeza y agitando la mano en señal de desinterés.

Aarón me tomó gentilmente del brazo.

—Con su permiso, Rosemary —dije a media voz—. Encantada de verla.

Ella asintió. Se quedó como distraída y miró hacia otra dirección. Poco después su figura desapareció.

—¿No le dijiste que éramos novios? —recriminé mientras subíamos las escaleras.

—¡Me estás encajando las uñas! —se quejó Aarón.

—Lo siento.

—No. Yo lo siento. Eso fue de lo más embarazoso. Discúlpame, Annia —suplicó—. No sabía que ella estaba en casa. Te hizo pasar un mal rato, ¿verdad?

—No, no fue eso —dije confundida—. La verdad es que no sé qué pensar. ¿Le agrado o no?

—Claro que le agradas. —Aarón empujó la puerta de la habitación que había pertenecido a su hermana.

—Supongo que debo intentar conocer mejor a tu madre.

—No sé si sea buena idea —murmuró él.

—¿Por qué lo dices?

Aarón miró hacia ambas direcciones y me hizo una seña para que entrara en la habitación.

—Rosemary no es alguien a quien querrías tener muy de cerca. Créeme.

—¿Por qué hablas así de ella? —inquirí extrañada.

—Annia. —Buscó un lugar para sentarse en la cama, me invitó a sentarme junto a él—, ella es mi madrastra...

—Pero... —dudé por un momento—... ¿y tu verdadera madre?

Aarón suspiró.

—No tienes que decirme nada si no quieres. —Acerqué mis manos a las de él y las entrelacé.

—Está bien. Tú eres mi novia. No quiero tener secretos contigo. Por primera vez en mi vida, quiero hacer las cosas bien.

«Por primera vez...»

—Mi verdadera madre se divorció de mi padre cuando yo tenía seis años. Ella se fue a vivir a Italia y desapareció de nuestras vidas,

como si nunca hubiera existido. Apenas recuerdo su rostro. —Sonrió levemente—. Vivimos en Maryland hasta hace casi diez años. Mi padre trabajaba para una constructora. Aunque era bien remunerado, no teníamos ni la tercera parte del dinero que ahora poseemos. Nuestra casa era sencilla. Si bien no tengo muchos recuerdos de nuestra estancia ahí, sé que no la pasamos del todo mal.

»Mi padre estaba enfrascado totalmente en su proyecto para la construcción de viviendas. Pasaba la mayor parte del tiempo en su oficina o dirigiendo la obra, por lo cual asumo que esa fue la razón por la que su matrimonio no funcionara.

»Como sea, un día recibió una oferta de trabajo por parte de una constructora aún más importante. El proyecto abarcaría la zona norte de la capital. Una serie de casas para los «nuevos ricos». Tenían que construirse en el lapso de un año alrededor de cien viviendas. De hecho, le estaban doblando el sueldo, así que no lo pensó dos veces y aceptó la oferta.

»Desafortunadamente, el proyecto fue un fracaso. No se trataba más que de una estafa, de la cual hicieron partícipe a mi padre. Alguien estuvo desviando los fondos para la compra de los materiales, y hacia mediados de año se agotó el presupuesto. El gobierno reclamó las cien viviendas, pero la constructora no entregó ni siquiera la mitad.

»Quienes tergiversaron los fondos culparon a mi padre, y él perdió el empleo. Estuvo en prisión por unos días, mientras se levantaba un juicio en su contra. Para ese entonces, mi madre ya se había ido. Nosotros estábamos tan chicos que, de haber terminado mi padre sus días en la cárcel, habríamos ido a vivir a hogares adoptivos. Esperó la sentencia sin esperanza alguna, pues ni siquiera contaba con el dinero suficiente para contratar a un abogado. Nosotros estuvimos todo ese tiempo en un hogar provisional, hasta que se aclarara su situación legal.

»Una semana antes de que se dictara la sentencia, recibió la visita de alguien, un ángel, como él lo llama. Alguien que lo salvaría de

aquella pesadilla.

»Rosemary Hale fue novia de mi padre cuando estudiaban en la universidad. La joven pertenecía a una familia acaudalada. No tenían dos meses de conocerse cuando Rose se apareció un día en su casa diciendo que estaba esperando un hijo de él. Mi padre no le creyó. Ella le exigió que se casara con ella, pero él se negó. Empezó a salir con mi madre una vez que terminó con Rosemary, quien desapareció de su vida. Hasta ese día...

»La oferta de ella fue muy sencilla de entender y aceptar. Tenía los medios económicos suficientes para sobornar a cualquier jurado y ponerlo en libertad al día siguiente, por así decirlo... De ese tamaño era la influencia de su familia. A mi padre no le pareció normal que una mujer a la que había humillado y lastimado en el pasado, ahora se presentara ante él dispuesta a ayudarle sin pedir nada a cambio.

»Lo quería a él. Era todo lo que ella pedía. Ya no le importaba el daño que le había hecho ni que él tuviera dos hijos de otra mujer. Él se casaría con ella a cambio de su libertad. Esa fue su condición.

»Desesperado como estaba, mi padre no vio otra salida; después de todo, Rosemary había sido su novia en sus años de juventud y podría decirse que en un determinado momento de su vida la llegó a querer. No le sería difícil amarla de nuevo y obtendría muchísimo más a cambio.

»Rosemary cumplió su palabra: al poco tiempo fue puesto en libertad.

»Cuando mi padre le preguntó qué había sucedido con el bebé que supuestamente era de él, ella le dijo que lo había perdido en un aborto espontáneo. Las consecuencias fueron tan graves que los médicos le dijeron que no podría embarazarse otra vez.

»«Tus hijos serán mis hijos y tú me pertenecerás para siempre. He comprado tu libertad y te he regresado tu vida. Lo menos que puedes hacer es casarte conmigo y reparar de alguna manera todo el daño que me hiciste». Esa fue la condena de mi padre —suspiró —, aunque a la larga no fue tan mala para él. Después de todo,

prácticamente estábamos en la ruina, y gracias a Rosemary ahora poseemos todo lo que ya has visto, y mi padre goza de una buena reputación. La constructora a la que ahora pertenece es una de las más importantes de la ciudad. Tuvimos que cambiar nuestro lugar de residencia para que las malas lenguas no alcanzaran a enlodar aún más nuestro apellido. Salimos bien librados.

Pensé que al final del relato la dama de ojos grises terminaría siendo descrita como la villana del cuento; sin embargo, resultó todo lo contrario. En realidad aquella mujer era buena. Había perdonado al padre de Aarón y se había convertido en la madre de sus hijos y sustituido a aquella que se esfumó en el viento. No obstante, algo seguía incomodándome, algo que Aarón no me había contado aún... Rosemary era manipuladora, casi podía jurarlo. Una buena persona hace el bien sin esperar nada a cambio.

—Pero tú y Arlette se llevan bien con Rosemary, ¿no es así? —pregunté tanteando el terreno.

—Podría decirse que nos toleramos mutuamente...

—Pero tú le llamas madre, ¿no?

—Mero formulismo... Tengo prohibido decirle de otra manera. Ni siquiera mamá, o Rosemary. Solo madre.

—Pero los quiere... ¿no es así?

—Bueno... siempre mostró un poco más de tolerancia y predilección por Arlette. Conmigo es diferente... —Se puso de pie y tomó una fotografía del peinador—. Con el paso del tiempo me he dado cuenta de que solo tiene preferencia por las mujeres. Hay algo en todos los hombres que la molesta; incluso a veces pienso que los odia, incluyendo a mi padre.

Depositó la foto nuevamente sobre el peinador. La chica del retrato sonreía felizmente mientras sostenía un diploma entre sus manos. La borla de un birrete azul le caía sobre el costado derecho, mezclándose entre unos largos y abultados bucles de color negro.

—La verdad es que no sé cómo explicar mi relación con ella —concluyó Aarón—. Es como si realmente intentara quererme, pero a

veces hay algo en su interior que quiere lastimarme. Todo el tiempo elige las palabras adecuadas para hacerme daño. Aunque después se arrepienta y trate de disculparse conmigo, siempre termina haciendo lo mismo. Igual sucede con mi padre.

—¿Qué es lo que te dice? —Me acerqué a Aarón.

—No es nada, Annia. —Esbozó una tierna sonrisa—. Solo te quise contar esta parte de mi vida que desconocías. No creas que me la paso del todo mal. ¡Estoy contento con mi vida y con Rosemary como madre!

Quise creerle, pero ese día descubrí algo en los ojos de Aarón que antes no había visto. Entonces supe que él me mentía.

A veces deseaba no ser tan perceptiva.

LA DECISIÓN DE IRENNE

Vermont, 1977.

En marzo de 1977 Isabel volvió a casa. La recibieron sus padres, su hermanastra y Marcos. Aunque su semblante había mejorado, su desempeño en la escuela había decaído notablemente. Los maestros hablaron con sus padres para hacerles saber que la joven no se encontraba en condiciones de seguir estudiando.

Era difícil para ellos cuidar de una joven que presentaba continuos episodios hipoglucémicos. Y ni la docencia ni las pocas amigas que había hecho querían lidiar con su enfermedad.

Al rostro de Isabel no se asomó una sola lágrima. Aunque no cayó en estado de depresión, como al inicio de su enfermedad, se le veía constantemente triste y distraída.

Irenne hacía lo posible por animarla. Sin embargo, lo único que parecía devolverle la vida eran las visitas de Marcos Sullivan y las rosas multicolores que adornaban la habitación.

—Puedes convertirte en autodidacta —le sugirió un día Irenne mientras comían en la cocina.

Isabel no respondió. Miró con asco su plato de carne cocida. Cuchareó la sopa de garbanzos y dirigió una mirada al platillo jugoso que engullía Irenne.

—¡Soy tan estúpida! —gimió la rubia y retiró su plato de carne con patatas fritas—. Claudette. —Se dirigió a la cocinera—, ¿puedes de ahora en adelante servirme lo mismo que a Isabel?

—Sin problemas, señorita —contestó aquella; en seguida sirvió una ración similar a la de Irenne.

—No tienes que hacerlo, Irenne. Sé muy bien que te mueres por los dulces y las comidas grasosas —susurró Isabel.

—¡Esto se trata de solidaridad!

Irenne tomó la mano de su hermanastra y le sonrió con los ojos bien abiertos. La cabellera revuelta y la nariz respingada le daban una apariencia graciosa.

—Además, me viene bien bajar un poco de peso y comer saludablemente —añadió, le guiñó el ojo y le dio una gran mordida a su pedazo de carne cocida.

Isabel sonrió.

—Vas a desaparecer de la faz de la tierra si bajas un poco más de peso.

—¡Mmm! —dijo Irenne mientras le daba un sorbo a la sopa—. ¡Pero si esto sabe delicioso!

—¡Mentirosa!

—Bueno. Sí es mentira. ¡Sabe horrible!

La cocinera dejó de cortar la lechuga y le dirigió una mirada desdeñosa.

—No sé si funcione eso de estudiar por correspondencia —suspiró Isabel.

—Seguro que funcionará. Muchos lo hacen y con buenos resultados. Además, solo será por un tiempo. No pienses que no volverás al college. —La animó.

—¿En verdad lo crees, Irenne? A veces pienso que mi enfermedad ha frenado todos mis planes...

Irenne meneó la cabeza.

—Para nada. Esto es solo temporal. Eres una magnífica estudiante. ¡Puedes estudiar donde sea! Además, en poco tiempo volverás a Wellesley. Te lo puedo asegurar.

Isabel asintió y en silencio empezó a comer nuevamente.

Irenne se sentía descorazonada al ver a su hermanastra con sus sueños rotos. La chispa de alegría que antes asomaba a sus angelicales ojos se había esfumado para siempre.

Los domingos, como siempre, Marcos Sullivan llegaba a la residencia Riveira. Luis comenzó a recibirlo con agrado, casi como antes. Sus visitas lograban sacarle francas sonrisas a Isabel. Sin embargo, a quien buscaba Marcos era a la jovencita de cabellos de fuego que se había apartado de él desde que Isabel había enfermado.

Un día el joven siguió los pasos de Irenne y la esperó hasta que saliera de la Academia Braintree.

Ella llevaba una blusa de manga larga de lino color blanco y una falda color naranja que le llegaba un poco más arriba de su rodilla. En el cuello se había enredado un chal del mismo color. Su cabello, como siempre, estaba recogido en una coleta alta. Se despidió sonriendo de sus amigas mientras apuraba el paso acomodándose en el hombro el tirante de la mochila. Por la sonrisa y la algarabía de su amada, Marcos supo por fin que había cruzado la puerta de salida. Recargado en un árbol de cerezo en flor, preguntó:

—¿Puedo hablar contigo?

—Seguro —dijo Irenne mirando hacia ambas direcciones.

Caminaron por un sendero que a ella le pareció eterno, hasta que el joven se detuvo a las orillas de un lago. Ella se mojó los pies en la orilla. Su mirada se perdió en el reflejo del agua.

—¿Hasta cuándo piensas ignorarme? —preguntó él sin voltear a verla.

—Marcos, ya lo hemos hablado... —suspiró Irenne. La brisa primaveral hacía ondear sus pocos cabellos sueltos.

—¿Qué quieres de mí, Irenne? —La miró con ojos suplicantes—. ¿Quieres que te deje de amar a ti y elija a tu amiga?

—Sería lo mejor para todos...

—Hablas en plural, como si en realidad nos beneficiara a todos.

—¿Es que no puedes amar a Isabel? —preguntó Irenne controlando su voz.

—Yo quiero a Isabel. Lo digo sinceramente —contestó él de inmediato—. También me preocupo por ella. Quiero hacer todo lo posible para que sea feliz. Pero... Irenne, no me pidas que la ame. Mi corazón te pertenece solo a ti. —La abrazó.

Hacía tanto tiempo que Irenne no sentía la proximidad de ese pecho cálido y ese corazón palpitante, que por un momento se perdió en sus brazos y le correspondió. El joven buscó sus labios sin encontrar resistencia. Entonces se atrevió a explorar esa boca color frambuesa que tan bien conocía y que lo hacía perder la razón. La tomó por la cintura y la acercó más a él. Irenne se rindió por unos momentos ante el amor que hacía fluir en sus venas un torrente de pasión.

—Te amo tanto... —suspiraba Marcos sin parar de besarla, dirigiendo sus dedos hábiles por su cintura y su espalda.

Perdida entre los besos, las caricias y las dulces palabras del joven, Irenne no supo en qué momento terminó recostada en el empapado césped. Sintió el peso del joven caer sobre ella y cómo una mano ávida se deslizaba por sus muslos y caderas y terminaba muy cerca de su pecho. Quería detenerlo, quería continuar y nunca separarse del hombre que hacía que su corazón latiera de esa manera. Él desató la cinta de su cabello y lo extendió sobre el suelo. Besó la cortina dorada y buscó nuevamente los labios. Luego, con nerviosismo, desprendió los dos primeros botones de su blusa. Se detuvo por un momento para mirar los ojos esmeralda, que brillaban más que nunca. Agitada, Irenne comenzó a juguetear con los cabellos color arena de Marcos, quien, decidido, dio cuenta de los últimos botones e inició la exploración del pecho de la joven, al tiempo que su mano seguía las curvas de sus piernas, sus caderas...

—No... Marcos —interrumpió Irenne con un susurro cuando sintió que la razón estaba abandonándolos por completo. Él detuvo el recorrido y se recostó en el agitado pecho de ella.

—Lo siento, Irenne... Me dejé llevar. Perdóname si te ofendí.

Ella se incorporó.

—Fue mi culpa también —admitió.

—¡No puedo vivir sin ti! Por favor, Irenne... cásate conmigo.

—No, Marcos. No puedo hacerlo.

—Por favor... —rogó una vez más, con los ojos húmedos—... Casémonos y vayámonos lejos de aquí. No me abandones ni vuelvas a hundirme en la zozobra.

Irenne se puso de pie, abotonó su blusa, acomodó sus cabellos y recogió del suelo su mochila echándosela al hombro.

—No es a ti a quien quiero. Discúlpame, por favor.

Marcos la encaró:

—Otra vez dices que no me amas cuando tus labios y tu cuerpo me dicen lo contrario. ¡Sé que me amas! —gritó y la tomó del brazo—. ¡Ya basta de negar tus sentimientos hacia mí!

—¡No te amo! —El llanto ahogó sus palabras—. ¡No vuelvas a buscarme! Mi respuesta será siempre no.

Entonces lo abandonó. Irónicamente, el cielo empezó a dejar caer gotas de lluvia, como si quisiera solidarizarse con el dolor del corazón de Marcos, porque este también derramaba lágrimas.

En el césped yacía enlodado el listón blanco que había desenredado del cabello de Irenne tan solo unos momentos atrás. Lo tomó entre sus manos. Parecía mentira que eso fuera lo único que él podría conservar de la mujer que amaba.

2 de abril de 1977

Me dolió dejar a Marcos sin mirar atrás. Su mirada dolida fue como una daga atravesando mi corazón. Si me quedaba un momento más mi voluntad se quebraría y hubiera terminado aceptándolo...

¿Verdad que hice bien? No puedo lastimar a Isabel y robarle más de lo que ya le he quitado. Ella piensa que es a mí a quien todos aman. Le demostraré que no es así. Sé que Marcos podrá amarla si yo me

hago a un lado. Ella lo necesita. Él la hace sonreír... mucho más que yo.

Aunque yo lo quiera...

¿No es verdad que no es el único hombre al que puedo amar? ¿No es verdad que a mi vida llegará alguien más? Mucho mejor que él. Alguien a quien pueda amar sin remordimientos...

¿Verdad que no me equivoco...?

I.S.

❀✿❀

Luego de escribir en su diario, Irenne deambulaba por su habitación rosada mientras decidía cuál sería su siguiente movimiento. Debía alejarse de la casa Riveira, pero no sabía cómo. A pesar de ser mayor de edad, aún no era independiente. Le faltaba más de un año para terminar su diplomado. ¿Adónde iría? Sabía que su tío Tomás nunca había cedido su custodia, pero también que Luis manejaba todas sus operaciones. Si huía, seguramente no la seguiría ayudando. Seguiría siendo la pobre huérfana Irenne San Luis. ¿Volver con las madres del colegio San Jorge? Sin duda alguna la recibirían con los brazos abiertos. La madre Rita todavía vivía, igual que Hermes y Celia. Pero... terminaría como su madre, fregando pisos y lavando ropa ajena. La idea la hizo estremecerse. Jamás volvería a ese lugar. Pero aunque amara a Isabel, sabía que tenía que alejarse de ella; de otra manera, Marcos jamás podría quererla.

Por otra parte, la cercanía de Luis la desconcertaba cada vez más. Desde lo sucedido evitaba encontrarse con él. Quería a su protector. Pero, si Marcos tenía razón, aquel hombre estaba perdidamente enamorado de ella. Eso representaba un gran peligro. No estaba dispuesta a jugársela por él.

Alguien llamó a su puerta.

—Adelante —susurró mientras abrochaba su bata de baño.

Era Luis. La chica se ruborizó y el hombre bajó la mirada.

—¡Lo siento! —exclamaron casi al mismo tiempo.

—Discúlpame, Irenne —susurró él—. Tienes una visita.

—¿Quién es?

—Un amigo tuyo.

Por un momento, el corazón de Irenne se aceleró. ¿Acaso era Marcos? No lo veía desde el día del lago.

—Voy para allá.

Con rapidez secó su larga cabellera y se puso un vestido. Se dirigió al vestíbulo. Un hombre de apariencia corpulenta la esperaba.

—¡Carlo! —saludó emocionada.

El joven se giró a mirarla.

—¡Irenne! —Se dieron un abrazo.

—¿Pero qué haces aquí? —preguntó ella—. ¿No se suponía que regresarías hasta el verano?

—Ya casi es verano, Irenne. —Le sonrió. Irenne hizo lo propio.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí?

—Solo dos semanas, Irenne. Luego volveré a Rhode Island. Vine porque me tomé unas vacaciones en el despacho.

—¡Oh! —suspiró ella—. ¿Por qué no me lo cuentas todo?

—¡Me encantaría! ¿Qué dices si salimos esta noche a cenar?

Irenne dirigió una mirada a Luis.

—Claro —agregó Carlo—, si usted lo permite, señor.

Luis agachó la mirada. Sabía que todas sus batallas estaban perdidas de antemano.

—No tengo ningún inconveniente, Carlo.

En la vida tomamos muchas decisiones apresuradas creyendo que es lo correcto. Tal vez es porque pensamos que la espontaneidad es lo que mejor funciona. Irenne tomaría en aquella primavera de 1977 la que sería la primera decisión errada de su vida.

Antes de regresar a Rhode Island, Carlo le declaró su amor a Irenne. Ella no lo amaba, pero creyó que podía hacerlo. Él no tenía ni siquiera un rasgo parecido a Marcos. Nada en él podía recordárselo. Eran completamente diferentes. Y aunque buscara encontrar en sus ojos verdes aceituna la misma mirada cálida que Marcos le otorgaba, Carlo, definitivamente, miraba diferente.

—¿Cuándo volverás a visitarme?

—No lo sé, Irenne —dijo él mientras le daba un sorbo a su copa de vino. En el lujoso restaurante, el pianista empezaba a ejecutar una pieza conocida de Bach—. Tengo un contrato para trabajar en Minnesota en un nuevo bufete. No sé cuándo pueda volver a Vermont.

—¿Qué pasará con el bufete de Rhode Island? —inquirió ella mientras limpiaba delicadamente una esquina de su boca.

—Seguro mi padre encontrará quien me supla. ¿Sabes, Irenne? Quiero independizarme, alcanzar mi camino con mis propios esfuerzos, no únicamente por ser el hijo de mi padre.

—Me parece bien, Carlo, y seguramente todo saldrá bien.

—Seguro que sí —respondió Carlo, confiado—. Solo me duele algo que voy a dejar detrás —confesó.

—Y ese algo es...

—Creo que sabes la respuesta.

Irenne soltó una risa nerviosa.

—Irenne... ¿por qué no vienes conmigo?

—¿Y tú crees que soy esa clase de chica? —preguntó mientras le dirigía una mirada pícara.

—Bueno, si no lo quieres de esa manera... ¿qué te parecería si pidiera tu mano? ¿Me dirías que sí o me sacarías a patadas de tu vida?

Ella lo pensó por un momento.

Aunque no era su tipo, podría decirse que algo en aquel hombre fornido le llamaba la atención. Además, era un hombre rico. Tal como lo había deseado en su niñez y adolescencia. Ahora se le presentaba de la nada. Quizás él era su príncipe azul.

Tal vez fue que extrañaba terriblemente la compañía de Marcos, que deseaba independizarse, escapar de la falsa tutela de Luis, comenzar de nuevo, en otro lugar, con gente nueva y, finalmente, asegurarse de que Marcos eligiera a Isabel... Tal vez fue el fuerte vino que bebió esa noche... el caso es que dijo:

—Si pidieras mi mano... te diría que sí —rio histérica.

Carlo no podía dar crédito a la respuesta.

—¡Irenne, nos casaremos en cuanto tú lo digas! ¡Donde quieras! ¡Pídeme lo que quieras y yo te lo cumpliré!

—Casémonos en Rhode Island, tan pronto como puedas —dijo ella.

El hombre pagó la cuenta y salieron del restaurante con la firme convicción de comunicárselo cuanto antes a los Riveira.

Antes de llegar a la cuadra donde estaba la mansión, Carlo detuvo el automóvil en un callejón oscuro.

—¡Irenne —dijo solemne—, me haces tan feliz! Desde que te conocí no he dejado de pensar en ti. ¡Te quiero, te deseo tanto! —Y la besó.

Pero ella no sintió nada, ni las mariposas alocadas en el estómago, ni el ansia por besarlo cada vez más.

—¡No! —Un manotazo de Irenne obligó a Carlo a recuperar la sensatez—. ¡Hasta que nos casemos!

El joven encendió el automóvil sin pronunciar palabra. La joven cerró con fuerza sus ojos, tratando de olvidar a Marcos. La decisión ya estaba tomada. Se casaría con Carlo Sanford.

❀✿❀

La tarde del día siguiente comunicaron la noticia. Isabel se quedó sin palabras, Estela prorrumpió en vítores y Luis dirigió su mirada hacia la ventana, como buscando consuelo para el dolor que su corazón estaba sintiendo.

—¿Por qué tan pronto? —preguntó Isabel.

—¡Ya sabes cómo soy! —Irenne intentaba que sus palabras fueran convincentes—. Carlo y yo hace mucho tiempo que estamos enamorados, pero lo mantuvimos en secreto. Ahora que se muda a Minnesota, lo extrañaré mucho. Por eso pido su consentimiento para casarme con él.

—¿Cuándo piensan casarse? —preguntó Luis sin entusiasmo.

—Señor —dijo Carlo—, queremos hacerlo en mayo.

—¡Eso es el siguiente mes! —exclamó Luis—. ¡Es muy poco tiempo! ¿Tanta prisa tienen?

—Irenne... —interrumpió Isabel— ...¿estás segura de lo que quieres? ¿Quieres dejarnos tan pronto?

—¡Tonterías! —terció Estela—. Si los chicos se quieren, ¿por qué no dar nuestro consentimiento? Carlo es un buen partido para nuestra Irenne. ¿Por qué no hacerlo, Luis? —Se dirigió a su marido.

Luis guardó silencio durante unos minutos. Fumaba su pipa como tratando de encontrar una respuesta. Después de todo, aquella escena era pura formalidad. Sabía de antemano que Irenne no le pertenecía. Si él se negaba, de igual manera se casaría con el joven. No era ni su padre ni su tutor legal, y ella, para su desgracia, ya había llegado a la mayoría de edad.

—Daremos nuestro consentimiento —dijo con acento fúnebre—, pero solo si esperan hasta julio. Me gustaría que se casaran aquí, y que Estela e Isabel participen en todo lo concerniente a los preparativos de la boda.

—¿Tres meses? —suspiró Irenne, pero si era la única opción, la aceptaría.

—¡De acuerdo, Luis! —concedió Carlo.

Se dieron un apretón de manos, como cerrando un trato.

Irenne sintió que estaba siendo tratada como una posesión. Pero no dijo nada.

—¿Que Irenne se casa? —se escuchó una voz a lo lejos.

Marcos estaba de pie en el marco de la puerta. Isabel, que estaba sentada en el piano de cola, le contestó con una sonrisa.

—Así es, querido Marcos. Con la sorpresa de que nuestra Irenne está completamente enamorada de Carlo.

Irenne no se movió. Sintió que la sangre se le escapaba del cuerpo. Hubiera querido que Marcos no se enterara de esa manera.

—Pues... no puedo nada más que desearles felicidad. —Marcos intentó sonreír, pero una mueca de dolor se dibujó en su rostro—. Irenne, tengo algo que darte, algo para tu máquina de escribir, aunque no sé si ahora vaya a ser de utilidad... —Fingió una sonrisa —. ¿Me acompañarías a mi automóvil?

—Claro —dijo ella soltando la mano de Carlo.

—Buenas tardes a todos, y con permiso —dijo Marcos con una ligera inclinación de cabeza—. Perdón por haberlos interrumpido; el portero me abrió sin anunciarme. Solo vine para darle a Irenne un regalo, pues mañana salgo de viaje y no regresaré hasta después de su cumpleaños.

Irenne sintió un nudo en la garganta y un hueco en el corazón. Marcos se marcharía, y tal vez jamás lo volvería a ver. Lo siguió por el jardín hasta que llegaron a su automóvil. Él seguía sin mirarla. Extrajo del asiento del copiloto una caja adornada divinamente con un gran moño amarillo con rosa. Irenne tomó el obsequio entre las manos.

—No debiste... Marcos.

El joven apoyó los brazos en el techo del automóvil. Entonces hundió el rostro en sus manos y empezó a sollozar.

—Maldita seas, Irenne, por herirme así...

—¡Marcos! No me digas eso, por favor...

—¿Y qué quieres que te diga? —La miró—. ¿Que te felicite porque te casas con ese grandulón a quien ni siquiera amas?

—¡Yo lo amo, Marcos!

Ninguna de sus palabras pareció creíble para Marcos.

—No, Irenne. ¡No lo amas! ¿Por qué sigues empeñada en apartarme de ti?

Marcos secó sus lágrimas. En un último intento por hacer cambiar de opinión a su amada, sujetó sus manos.

—¡Todavía estás a tiempo, Irenne! ¡Dile que no! ¡Cásate conmigo! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Te lo estoy implorando!

Abrazó a Irenne y comenzó a sollozar como un niño. Deslizó el rostro hasta su pecho, luego hasta su cintura, su vientre... Ella lo atrajo.

—Por favor... —rogó una vez más.

Irenne no pudo evitar derramar lágrimas ante tal escena. Su corazón le dolía tanto que parecía que crecía y se hacía tan grande en su pecho que le impedía respirar.

—Levántate, Marcos... por favor —sollozó—. Yo no merezco esto.

—Por favor, Irenne... quédate conmigo.

Ella lo apartó y se dio la media vuelta.

—Me olvidarás pronto, Marcos. Esto que sientes por mí se te pasará.

Después de una pausa, Marcos rompió el silencio.

—Eres una tonta, Irenne... —susurró.

—Esto no lo olvidaré. —Se puso de pie y secó las lágrimas—. ¡Ni tú tampoco! Siempre me amarás. ¡Aunque te cases con mil hombres! ¡Ninguno de ellos te hará sentir lo que yo! ¡Y recuerda muy bien mis palabras cuando estés con ese hombre! Entonces te acordarás de mí, y querrás que sea yo quien te bese, que sea yo quien te acaricie

y te diga palabras de amor al oído. ¡Desearás con toda tu alma que sea yo quien te haga mía, no él!

—¡Ya cállate, por favor! —suplicó—. No lo entiendes... ¡No puedo romperle el corazón a Isabel!

—Quédate tranquila, Irenne... —Marcos trataba de frenar el torrente de lágrimas que vertían sus ojos—. Al único al que le has roto el corazón es a mí...

No hubo más palabras que decir. Marcos subió al automóvil y partió.

A lo lejos, divisó por el espejo retrovisor la figura de la mujer que amaba con toda su alma. Su hechicera danzarina. Aquella que lo había despreciado. Aquella que había preferido la amistad de su hermanastra a su amor incondicional.

Cuando el sonido del escape del automóvil dejó de escucharse, Irenne abrió el obsequio del joven.

Dentro había un estuche para su máquina de escribir, del color amarillo rosado que era su preferido. También encontró una pequeña tarjeta con dedicatoria.

Para el amor de mi vida.

Mi querida Irenne... No importa el tiempo que tenga que esperar.

Siempre estaré ahí para ti. Sé que al final seremos solo tú y yo, y nos amaremos tanto que desearemos vivir dos vidas juntos.

Por siempre tuyo...

Marcos.

Si alguien hubiera estado cerca de Irenne, habría acudido a ayudarla al instante, pues el dolor que sintió en el pecho fue tan grande que la hizo doblarse y caer al suelo. Aún sujetaba la pequeña nota, pero la caja junto con la mochila había rodado por el suelo.

Gruesas gotas de sudor surcaban sus mejillas, mientras intentaba recuperar la respiración. Sus cabellos se adherían a su rostro bañado

en lágrimas, y el viento de abril agitaba los listones de la caja de regalo.

UNA CINTA Y UN ANILLO

Vermont, 1977.

Marcos se marchó a Maine. Supervisaría el funcionamiento de la nueva papelera que Luis Riveira y asociados habían echado a andar, y no volvería hasta el mes de julio.

Irenne y Carlo fijaron la fecha de su boda para el 15 de julio.

Estela y ella lo pasaban muy ocupadas con los preparativos de la boda. Luis deambulaba por la casa como si fuera un alma en pena. Se le veía distraído y cada vez más ensimismado. Fue Estela la primera en darse cuenta que algo andaba mal con su marido.

Una noche, antes de dormir, mientras planchaba cuidadosamente una de las camisas que su esposo usaría el día siguiente, Estela se animó a preguntar:

—¿Que no es cuestión de alegría que nuestra Irenne se case con un hombre tan bien posicionado como lo es Carlo Sanford?

Luis se encontraba leyendo un libro. Alzó la vista, tratando de comprender las palabras de su esposa.

—Ciertamente... —dijo y volvió a la lectura.

—¡Entonces no comprendo por qué estás tan triste!

—No es eso, mujer. Estoy preocupado por la fábrica y por la puesta en marcha de la nueva papelera en Maine. Tengo muchos negocios en la cabeza, Estela, muchas preocupaciones y, sumado a eso, aún tengo que pensar en la boda repentina de Irenne.

—Siempre has sido un hombre con muchas ocupaciones, y siempre has sabido cómo sobrellevarlas. No entiendo por qué precisamente ahora tu ecuanimidad se viene abajo.

Luis se levantó del cómodo sofá y fue a reunirse con su esposa.

—Pronto se me pasará. —Depositó un tierno beso en su frente—. Ya deja esa camisa, que ya no tiene ninguna arruga.

Estela nunca fue una mujer muy intuitiva; sin embargo, había estado casada con su esposo durante veinte años, tiempo suficiente para reconocer cuando algo no andaba bien. Sabía de antemano que por más que preguntara, la respuesta de Luis siempre sería la misma: problemas y presiones del trabajo.

Luis no era del tipo de hombres que llevaban sus problemas de trabajo a casa, pero Estela decidió creer en las palabras de su marido y dejó de preguntar.

Pero el comportamiento taciturno de Luis se repetía cada vez más. Y su completo desinterés por la boda de su hijastra puso a Estela nuevamente sobreaviso. Ya no había miradas tiernas ni sonrisas para ella y sus dos hijas. Ni bromas ni juegos ni pláticas divertidas. A su rostro no se asomaba ya ninguna sonrisa, a no ser de aquellas que forzaba solamente para complacer a su esposa.

Estela amaba a Luis con todo su corazón, y su confianza hacia él era completamente ciega. Lo era hasta el momento en que sintió que el hombre ocultaba algo que le estaba infligiendo un dolor inmenso.

Una mañana de mediados de junio encontró la primera pista.

Estela ponía sumo cuidado en la ropa de su marido. No permitía que nadie tocara sus costosos trajes de lino y algodón. Era ella misma quien los llevaba a la tintorería y los acomodaba en su gigantesco ropero, después de alisarlos delicadamente con la plancha.

En los cajones de su cómoda colocaba los pañuelos, bordados también por ella, que Luis guardaba en los bolsillos de su camisa o pantalón.

Ese día, mientras las chicas se entretenían en la recámara de Isabel personalizando la torre de invitaciones de la boda, Estela subió el cesto con las camisas deportivas, los pañuelos y los trajes de montar de Luis.

Los cajones estaban perfectamente organizados, de izquierda a derecha y de arriba abajo. En los últimos guardaba sus pijamas. En los de en medio, las camisas deportivas, y en los primeros, la ropa interior, los calcetines y los pañuelos. El estricto orden que mantenía Estela era absolutamente predecible, así es que, si encontraba algo fuera de lugar, sabía que el ama de llaves se le había adelantado subiendo la ropa y acomodándola en el mueble, lo que a ella le molestaba sobremanera, pues poco le importaba mantener clasificada la ropa de Luis por color y por tamaño, como lo hacía ella.

Hizo una rabieta cuando abrió la primera gaveta. Encontró todas las prendas de su marido en completa desorganización. Como si un huracán hubiera pasado por ahí. Maldijo a la doncella mientras trataba de imponer el orden nuevamente.

Al querer vaciar el cajón, se sintió apesadumbrada cuando vio en el fondo un montón de pañuelos enredados. Sin duda era culpa suya que aquellas prendas estuvieran arrumbadas y repletas de arrugas.

Junto a la maraña distinguió un pañuelo de bolsillo particularmente doblado. Los bordes azules le hicieron recordar la ocasión en la que ella y su marido viajaron a Milán, y el carísimo pañuelo de seda italiana de la casa Abatiello, que en ese entonces captó la atención de Luis. Hacía mucho tiempo que él no lo usaba. Casi no podía recordar cuándo fue la última vez en que ella lo había guardado.

Desdobló con precaución la preciada prenda, solo para darse cuenta de que en el interior había un listón color rosado, con los extremos bordados con la letra «I». Se preguntó por qué su esposo guardaba algo así entre sus pertenencias, y con tanto cuidado. Lo había visto, claro, en el cabello de las jovencitas, pero... no recordaba de cuál de las dos, y la inicial no le decía nada.

Con sus pensamientos fuera de lugar, se apresuró a guardar las prendas de Luis. Aunque dejó de darle importancia a la armonía y la organización de costumbre.

Al salir del dormitorio con la cesta vacía, Estela pudo ver a Irenne descendiendo escaleras abajo, llevando en sus manos una pila de

sobres. Abandonó el ala oeste y se dirigió hacia el dormitorio de su hija, llevando consigo la cinta y el pañuelo.

Isabel aún se encontraba despejando su escritorio cuando la figura de su madre apareció ante su puerta. Dio unos suaves golpes en el marco.

—Pasa, mamá —dijo Isabel.

—¿Cómo van con las invitaciones?

—¡Uff! —exclamó Isabel—. ¡Acabamos de terminar! Me duelen las muñecas de tanto escribir. ¿Cómo podemos tener tantos conocidos y tantos familiares, mamá? ¡Si nunca nadie nos visita! ¡Y pensar que todavía nos falta rotular las invitaciones de todos los familiares de Carlo!

—Será una gran celebración, Isabel. Es por eso que estamos invitando a todos nuestros conocidos. Recuerda que la mayoría son socios de tu padre y ejecutivos importantes con los que él trabaja.

—¡Menuda fiesta será! ¡Repleta de gente aburrida!

Estela sonrió; después se aproximó a su hija.

—¿Esto es tuyo? —preguntó, y le mostró el listón que tenía en la palma de la mano.

Isabel dirigió la mirada hacia el objeto, lo tomó y lo examinó.

—No, mamá, no es mío —respondió sin darle importancia—, es de Irenne.

—Es de ella... —susurró Estela.

—Hace tiempo que Irenne lo perdió. ¿Por qué lo tienes tú?

—Lo encontré en el cuarto de lavandería —mintió—; tal vez una de las doncellas lo dejó ahí.

—¡Ya veo! Irenne se pondrá contenta si se lo regresas. Se deprimió mucho cuando lo perdió. Era su favorito desde pequeña. Dice que su mamá lo bordó. Fue un día en que salimos a montar. ¡Seguro que se alegrará mucho! —repitió Isabel.

—Se lo daré —respondió Estela tratando de sonreír.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, hija. Me retiro. Quisiera descansar un poco...

—Mamá... —inquirió nuevamente Isabel. La mujer giró para mirarla —... ¿por qué papá está tan decaído? Incluso lo noto más delgado... ¿está enfermo?

—No, Isabel —contestó Estela, apesadumbrada—. Tiene demasiado trabajo. Eso es todo. Pronto volverá a ser como antes.

Isabel sonrió.

—Está bien, mamá. Nos vemos en la cena.

Estela decidió no darle importancia al asunto, olvidarse completamente de él y dedicarse como siempre a su marido. Lo recibía cada noche con un cálido beso, masajeaba sus hombros y sus pies y lo ayudaba a desvestirse antes de dormir.

Luis no rehuía sus obligaciones de esposo. Estela nunca fue bella. Sus facciones eran severas y sus cabellos negros eran ásperos e indomables. Sin embargo, su finura y elegancia al caminar y al conducirse con los demás, su buena figura y su gusto por vestir bien la hacían parecer sumamente atractiva.

Una noche, Luis la rechazó; no estaba cansado ni agobiado, pero sus pensamientos andaban lejos.

—¿Qué te sucede? —susurró Estela mientras acariciaba y besaba a su marido.

Luis tomó a su esposa por los hombros para detenerla.

—No esta noche —sentenció.

Estela se acurrucó en la esquina de su inmensa cama y cerró los ojos. Decidió en ese momento que lo intentaría el día siguiente y, si él seguía sin ceder, lo seguiría intentando.

Luis accedió tres noches después, pero no hubo besos ni un solo momento en que ella sintiera que realmente su deseo era genuino. No sabía qué pensar ni qué creer. Si hubiera sido como las demás mujeres, se le encararía, le preguntaría qué diablos le pasaba, le

exigiría una respuesta. Lo amenazaría incluso con dejarlo. Pero ella era débil... no podía hacerle frente.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Esa misma noche tuvo una pesadilla. En ella caminaba por calles llenas de una densa neblina que le impedía ver bien. Después de sortear algunos callejones, vislumbró la luz de una lámpara que pendía en el dintel de una puerta. Abrió la puerta y se encontró con un escenario de espanto. Un gran salón iluminado con luces de colores rojos y verdes, repleto de sillones y colchones enmohecidos. En ellos se alojaban hombres y mujeres haciendo el amor. Botellas de alcohol y de cerveza rodaban por el piso, mientras escuchaba las risotadas de mujeres que se divertían dándoles placer a sus hombres.

El humo de cigarrillos se alzaba hacia el techo en interminables espirales. Se alzó ante ella, repentinamente, una cortina roja, que se abrió de par en par. Entonces un par de velas cayeron en el suelo, y poco a poco el piso de madera comenzó a arder. Detrás de esa cortina estaba su marido, descansando en un lecho mientras era atendido por dos mujeres. Una de ellas le besaba el cuello, y la otra acariciaba su pecho desnudo. Una era rubia, la otra morena. Estela quiso gritar, pero se dio cuenta de que no tenía voz, y a pesar de que los ojos de Luis estaban clavados en los suyos, parecía no verla.

Descendió una cinta rosada que fue consumida por las llamas que devoraban el piso de duela. El fuego se dirigió al lecho donde Luis y las dos mujeres yacían. En cuestión de segundos quedaron incinerados.

Estela despertó sobresaltada; su corazón latía a un ritmo enloquecedor. A su lado, su marido dormía plácidamente.

Refirió su sueño a su hija el día siguiente. Isabel, espantada ante tan horrible visión, le aconsejó a su madre que se olvidara de él. Después de todo, así eran los sueños. A veces sin sentido. Extraños. A veces solo nos aterraban sin tener significado.

Sin embargo, el sueño seguía perturbándola. Pese a los buenos ánimos que trató de infundirle su hija, la idea de ver, aunque fuera en sueños, a su marido gozando la compañía de dos mujeres la llenaba de dudas. Se preguntaba si acaso su marido le era infiel. Y se arrepentía de tener esa duda, porque Luis siempre había sido un hombre honesto. Sus llegadas a casa eran siempre puntuales; no había ninguna señal en sus trajes o los cuellos de sus camisas que la hiciera pensar que tenía una amante. Ni su fragancia era alterada por algún perfume femenino. Sin embargo, la duda seguía clavada en su corazón.

Sabiendo que no podía enfrentar a su marido, decidió investigar si su comportamiento o el sueño revelador tenían algo que ver con el hecho de que tuviera otra mujer. Él salía de su casa a las ocho de la mañana y regresaba para comer con su familia a la una de la tarde. Volvía al trabajo dos horas después, y terminaba su jornada a las siete de la noche.

Su rutina siempre era la misma. Estela conocía todos sus movimientos. Ella nunca había esculcado en los bolsillos de pantalones o chaquetas. Se sintió mal consigo misma cuando introdujo los dedos entre todas las prendas de su marido. No encontró nada revelador. Se repetía que, después de todo, su esposo era un buen hombre... ¿Cómo podría traicionarla?

La boda de Irenne se avecinaba. Aunque debía ser motivo de felicidad, ningún miembro de la familia parecía estar contento. Irenne ya no reía como antes con esa risa contagiosa que se escuchaba por los pasillos de la casa, ni se le veía danzar en el jardín o chapoteando en la fuente. Isabel continuaba con su pasividad; había desarrollado un carácter ecuánime que le permitía sobrellevar su enfermedad. No era bueno para ella tener motivos de preocupación o excesiva excitación. Luis seguía distraído. La única que podía sentirse feliz por el matrimonio de Irenne era Estela.

Sin embargo, sentía remordimiento de ser dichosa cuando todos los miembros de su familia parecían ser desgraciados. Se preguntaba si era acaso el enlace entre Irenne y Carlo lo que había entristecido a

todos. Llegó un momento en que ni ella sonreía. Con el ambiente lúgubre que flotaba en la casa y sus preocupaciones acerca del comportamiento de Luis, Estela se sentía, por primera vez en su vida, sumamente infeliz.

❀✿❀

Un día de julio, Estela y sus dos hijas se encontraban reunidas en el comedor, esperando la llegada de Luis. Después de las dos de la tarde, asumieron que algún contratiempo había detenido su llegada y degustaron los alimentos sin su compañía.

A las dos y media el teléfono sonó. Estela se apresuró a contestar, esperando que la llamada fuera de su marido.

—¡Buenas tardes! —dijo una voz apurada al otro lado del teléfono—. ¿Sería tan amable de comunicarme con el señor Riveira?

—No se encuentra. ¿Quién le llama?

—Lo llamamos de la joyería Carter & Carter. Solo para decirle que ya tenemos lista la piedra que deseaba.

—Lo haré —dijo Estela.

—Gracias. —Del otro lado colgaron el auricular rápidamente.

—¿Quién era, Estela? —preguntó Irenne con curiosidad.

—Nada. Cosas de tu padre.

Las dos chicas se retiraron a sus habitaciones. Sostenían una conversación que Estela apenas pudo escuchar.

—Te extrañaré, Irenne —decía Isabel mientras subían las escaleras —. ¿En verdad tienes que irte a vivir a Minnesota?

—Solo por un tiempo, Isabel —la consoló Irenne—. Después nos estableceremos aquí. Me lo ha prometido Carlo.

—Estaré muy sola sin ti.

—Marcos pronto regresará y te hará compañía...

Las voces se desvanecieron. El timbre del teléfono sonó nuevamente. Era Luis. Llamaba para disculparse con su esposa; no le había sido posible reunirse con ellas a la hora de comida. Estela aceptó sus justificaciones y colgó.

Respecto de la llamada de la joyería, había decidido mantenerla en secreto. Buscó entre las páginas del directorio comercial. Dio fácilmente con la línea que decía Carter & Carter.

❀❁⊱✿⊰❁❀

La mañana siguiente, después de que Luis se fue a trabajar e Irenne a la academia, buscó entre sus ropas algún atuendo casual y cómodo para realizar un viaje largo que la llevaría a Jacksonville, donde se encontraba la joyería. Llevaba la cabellera recogida en una simple trenza, unos zapatos deportivos, un jersey color azul cielo y unos sencillos vaqueros. Ni rastro de maquillaje en el rostro.

Encontró la dirección gracias al buen sentido de orientación del taxista. Unas campanas tintinearon en cuanto abrió la puerta del establecimiento. Una joven de ojos grandes y cabello corto se dirigió hacia ella.

—¡Buenos días! ¿En qué puedo ayudarle?

Estela titubeó, pero fue lo suficientemente astuta para mentir.

—Vengo de parte del señor Riveira. Me dijo que su encargo ya estaba listo.

—¡Oh, sí! ¡Lo recuerdo muy bien! ¿Sería tan amable de esperarme unos momentos?

La joven desapareció para volver unos minutos después con un precioso estuche de terciopelo rojo, herméticamente cerrado. Colocó la pieza sobre la repisa de cristal y la abrió con cuidado, mostrando ante los ojos atónitos de Estela un finísimo anillo bicolor en oro blanco rodiado y amarillo. En el centro, una brillante joya fragmentaba la luz del sol.

—El señor Julián Carter por fin ha podido encontrar el corte de la piedra que el señor Riveira le solicitó.

—Me alegro de que por fin lo hayan encontrado —atinó a decir Estela, sofocando su contrariedad.

—Sentimos mucho el retraso. Debía estar listo hace una semana, pero el corte y el peso que debía tener el diamante nos puso en problemas —dijo la joven soltando una risita nerviosa—. Sabemos lo importante que es para don Roque Riveira la posesión de este anillo.

«¿Roque Riveira?». Estela no se atrevió a pronunciar palabra. Ese era el segundo nombre de su marido, y nunca lo usaba.

—¿Ha venido usted a recogerlo? —preguntó la joven—. Pensamos que don Roque vendría personalmente. No sabíamos que enviaría a alguien más.

Estela se alertó. Debía pensar con cuidado cuáles serían sus siguientes palabras y acciones. La jovencita que la atendía creía que ella era una de las doncellas de su cliente. Pues ninguna finura o nobleza se asomaba a su apariencia, a no ser por su manera de hablar. Pero la chica del aparador prestaba poca atención a ello.

Si Luis se enteraba de que había viajado hasta Jacksonville haciéndose pasar por una de las doncellas para averiguar qué se traía entre manos, acabaría molestándose con ella, y lo que menos quería era crear un conflicto innecesario entre los dos. Por un momento pensó en dar media vuelta y salir del establecimiento, tomar el tren y regresar a casa; pero ya había ido demasiado lejos y sentía una inmensa necesidad de enterarse de lo que en realidad estaba sucediendo.

—Sí. Lo siento —dijo después de unos segundos—. En realidad no he venido a recogerlo, solo a supervisar si todo se encontraba en orden. Mi patrón me ha exigido que mirara con mis propios ojos si la piedra ya estaba colocada en el anillo y si todo marchaba bien.

—¡Oh! ¡Todo va de maravilla! ¡Es un anillo precioso! ¡Único! ¡Ojalá todas tuviéramos a un don Roque que nos pudiera costear tan preciosas joyas!

Estela percibió en las palabras de la empleada el tono parlanchín que ella sabía reconocer tan bien. No en balde había pasado más de veinte años reuniéndose con sus amigas por las tardes para jugar canasta o tomar el té. Así se soltaba el comentario indiscreto para dar pie a suculentos chismes.

—¡Comparto su misma idea! —dijo Estela tratando de imprimir animosidad en sus palabras—. ¡Ojalá todas fuéramos tan afortunadas! Sin embargo, tenemos que conformarnos con los que no son capaces ni de obsequiarnos un modesto arreglo floral.

Los ojos de la jovencita se iluminaron. Entonces, descansó un poco la posición rígida que había mantenido durante la conversación, para dar lugar a la consabida respuesta:

—¡Oh! ¡Si mi novio fuera la cuarta parte de lo espléndido que es su patrón! ¡Sería la mujer más feliz del mundo! Quizá debería cambiar de galán. Alguien más maduro y guapo como el señor Roque me vendría mejor —dijo guiñándole el ojo.

Estela tuvo que tragar saliva para no abofetear a la chica que insolentemente se refería a su esposo, pero no podía desperdiciar la excelente oportunidad.

—Disculpa, pero... todas las doncellas nos preguntamos para quién será ese anillo. ¿Tú tienes alguna idea? Sin duda tendríamos mucho de qué hablar si supiéramos quién es la afortunada.

—No sabemos el nombre —dijo la jovencita cada vez más animada —. He tratado de indagar con Julián, pero él no me ha querido decir nada. Solo me dijo que se trataba de una mujer muy importante en la vida del señor Roque. Yo me limité a hacer el grabado en el interior, con la leyenda que él solicitó.

—¿Podrías mostrármelo? —se atrevió a preguntar.

—¡Por supuesto!

La joven desprendió la sortija y la extendió hacia Estela, quien la tomó con dedos temblorosos. Estaba yendo muy lejos con sus averiguaciones, pero sabía que bien valía la pena el riesgo: si descubría dentro de ella la inscripción de su nombre, o algo que la

hiciera saber que era ella aquella mujer tan importante en la vida de Luis, su apesadumbrado corazón por fin descansaría. Mantuvo esa esperanza mientras giraba el anillo del lado contrario para por fin leer el grabado.

En un segundo, sus esperanzas se vinieron abajo. Sintió como si dos enormes rocas le estuvieran apretando su corazón cuando leyó la inscripción cuidadosamente grabada:

Para mi amada I.S.

Todavía con la mano temblorosa depositó el anillo sobre la vitrina. No era a ella a quien había dedicado aquellas palabras...

—¿Lo reconoce? —preguntó la joven abriendo aún más los ojos—. Según don Roque era muy importante escribir las palabras «Para mi amada». No le dio mucha importancia al nombre de la mujer. Por eso fue fácil para mí el grabarlo, pues solo me dio las iniciales de ella. ¿No cree que es muy romántico su patrón?

Estela trató de controlar su nerviosismo y el creciente dolor que había en su pecho.

—Sí, mi patrón es muy romántico. Qué lástima que no sepa a quién se está refiriendo.

—¡Oh! ¿No lo sabe? —preguntó la chica con pena—. ¡Qué lástima! ¿Cuándo vendrá su patrón a recogerlo? ¡Me gustaría mucho entregárselo yo misma!

—Muy pronto. ¿Puedes decirme el costo total? Así podré informarle cuánto debe pagar.

—¡Ah! Claro que sí. Tengo la factura aquí mismo.

Sacó una libreta grande color negro y extrajo la hoja.

—1950 dólares en total.

—¿Tanto? —preguntó Estela en el preciso momento en que empezaba a sentir unas punzadas en su corazón.

—Bueno. Es que se hizo de acuerdo con las exigencias del señor. Primero el corte de la piedra, después el peso del diamante, y la

combinación entre los oros amarillo y blanco. Por último, la inscripción, aunque ésa no fue del todo costosa.

—Ya veo. Escucha, ¿puedes hacerme un favor? —dijo Estela mientras tomaba el anillo y lo guardaba nuevamente en su estuche aterciopelado.

—¡Lo que usted diga, señora!

—No le digas a mi patrón que vine. Pensándolo bien, he preguntado muchas cosas que no debía... mi curiosidad ha ido muy lejos. No quisiera que me despidiera por haberme metido en lo que no me importa. Yo le diré que me he perdido. Por favor. No le digas que vine.

La chica la miró con suspicacia.

—Puedo decirle que solo vino a preguntar si su encargo ya estaba listo. No le diré que estuvimos charlando acerca de él.

—Por favor —rogó Estela tratando de contener las lágrimas.

En ese momento, Julián Carter entró por la puerta principal de la joyería. Se detuvo en seco cuando observó a la mujer que aún sostenía el estuche en las manos. Sus ojos se cruzaron y ella pudo reconocer a aquel hombre bajo y canoso. Sin duda lo había visto en alguna ocasión en otro lugar.

Lo saludó brevemente con la mirada y salió del establecimiento sin decir una palabra. A lo lejos solo escuchó una voz acigarrada que le reclamaba a la indiscreta jovencita:

—¡Eres una estúpida!

❀❁⊱✿⊰❁❀

Estela contemplaba las figuras difusas que subían y bajaban del tren. Escuchaba las risas y pláticas ajenas a su dolor. No comprendía lo que estaba viviendo. ¿Por qué Luis la había engañado? ¿Por qué había conservado la cinta de Irenne entre sus ropas como una preciada posesión, envolviéndola con el más querido de todos sus pañuelos? ¿Por qué había gastado 1,950 dólares en un anillo para

ella? Estela jamás recibió una joya tan cara durante toda su vida, ni siquiera sus anillos de compromiso y bodas habían alcanzado los 1,000 dólares. Y ahora él despilfarraba toda esa cantidad en un regalo para Irenne.

El dinero era lo de menos, después de todo. Pero la inscripción... Tenía tantas dudas. ¿Por qué se refería a Irenne de esa manera? Él la había llevado a su casa para que formara parte de su familia, para quererla como un padre. ¿En qué momento comenzó a pensar en ella de manera diferente, a amarla y a desearla? ¿Acaso ella le correspondió? ¿Desde cuándo la engañaban? ¿Desde cuándo se veían a escondidas?

Bajó la cabeza y cubrió su nuca con las manos. Tal vez estaba equivocada, tal vez todo se trataba de un error. Luis no podía ser esa clase de hombre. No su querido Luis...

TRAICIÓN

Clara volvió a hablarme dos semanas después, tal como Mario lo predijo. Sin embargo, no fue la misma, a pesar de que me disculpé mil veces y de que estaba emocionada con la idea de salir con Rubén Walls, el amigo de Aarón. Sonriendo me dijo que dejara de preocuparme, que Aarón pertenecía al olvido y que, después de todo, se había dado cuenta de que en realidad él no le gustaba tanto.

En la universidad, todos empezaron a verme como bicho raro. Sentí la mirada recriminadora de Mildred Fox cuando Aarón y yo entramos en la cafetería de la escuela tomados de la mano. Había hablado pestes del que ahora era mi novio.

Quise regresar el tiempo para detener mi boca maliciosa. Ahora tenía que tragarme todas mis palabras. Para todos no era más que una hipócrita y una mentirosa. Con razón suelen decir: «Nunca digas de esa agua no beberé».

Transcurrió el mes de junio sin muchas novedades, salvo que Aarón comenzaba a ser el centro de mi universo y estábamos construyendo un mundo aparte de la realidad que nos rodeaba. Éramos muy felices y, pese a los comentarios venenosos acerca de nuestra relación, vivíamos en el paraíso.

Aarón pasaba la mayoría de las tardes en mi casa. Veíamos televisión en la sala o simplemente nos divertíamos jugando en mi recámara luego de hacer nuestros deberes. Nuestra relación era limpia y mi madre confiaba en él. Reconozco que descuidé mi amistad con Clara. Dejé de llamarle con la regularidad de siempre, y a Mario ni siquiera le echaba una llamada de vez en cuando. A veces solo coincidíamos en los patios de la escuela e intercambiábamos

unas cuantas palabras. Sin embargo, él estaba tan feliz como yo por el éxito de mi relación.

Una tarde, Clara me llamó por teléfono. Aarón estaba recostado en mi regazo mientras yo acariciaba sus cabellos.

—¡Hey, Annia! ¿Estás ocupada? —preguntó su alegre vocecilla.

—¡No, para nada! —contesté.

Aarón se incorporó para mirarme. Yo le sonreí.

—Bueno, Annia, hace tanto que no salimos juntas que pensé que este fin de semana querrías pasarlo en mi casa.

Por supuesto que yo quería estar también con Clara, a pesar de que mi cuerpo y mi mente sintieran a cada momento la necesidad de estar con mi novio. También a ella la quería, y no me gustaba sentirme distanciada de mi mejor amiga. Una amplia sonrisa se asomó en mi rostro al recibir su invitación.

Además, muy dentro de mí, aún sentía que Clara me guardaba rencor por haber elegido a Aarón antes que a ella y aún me sentía culpable. Accedí ante la mirada triste de Aarón. No lo vería quizás hasta el domingo por la tarde.

—¡Me va a resultar eterno el fin de semana sin ti! —Me besaba una y otra vez, como si quisiera hacerme cambiar de parecer.

—¡Nos veremos el domingo por la tarde! —Lo abracé como si fuera la última vez que lo iba a ver.

❀✿⊱✿⊰✿❀

El fin de semana en casa de Clara fue como volver al pasado. Me dio gusto verla, platicar cosas de chicas y fastidiar a Mario cada vez que podíamos.

—El fin de curso ya se acerca, Annia —dijo ella mientras hacía la pedicura en mis pies desaliñados—. ¿Qué piensas hacer durante las vacaciones?

No tenía ni una bendita idea... No había hecho ningún plan ni me había inscrito en ningún curso o escuela de verano.

—La verdad, aún no lo sé, Clara. ¿Qué harás tú?

—Tomaré tres cursos intensivos.

El olor a acetona me comenzaba a marear.

—¿Tres? —pregunté contrariada—. ¿Vas a sacrificar todo tu verano estudiando?

—Pues sí. De esa manera terminaré un poco antes la carrera. Además, no tengo otra cosa mejor que hacer.

—¡Pero absorberá toda tu existencia!

Ella se rio mostrando su bella sonrisa y sus ojos pícaros, mientras sostenía la pequeña botella de esmalte rosado.

—¡No seas exagerada! ¿Te gusta el color rosa?

Asentí. Aunque hubiera preferido que no me pintara las uñas.

—¿Qué tal te va con Aarón?

Me estremecí al escuchar su nombre y bajé la mirada.

—Todo va bien —admití—, hasta hoy.

—¿Sabes lo que la gente dice de ustedes?

¡Oh, sí! ¡Yo sabía muy bien lo que se decía de nosotros!

—Sí, Clara, pero no me interesa.

Ella puso una mueca de fastidio, como si hubiera estado esperando mi negativa para comenzar a hablar.

—Es que solo me preocupo por ti... ¿Recuerdas que fuiste tú quien me advirtió acerca de Aarón? ¿Cómo sabes si en realidad cambió y más adelante no te herirá?

—Confío en él... además, no se parece en nada a la imagen que me había creado. Estuve mal —reconocí—, lo juzgué mal todo este tiempo.

—Yo no creo que te hayas equivocado. ¿Te ha contado ya sobre su pasado?

Aarón no me había dicho nada...

—No me importa su pasado, Clara. ¿Debería?

—Solo... por precaución. Como tú me dijiste alguna vez, vete con cuidado.

Sí, me tenía bien merecido que Clara me restregara las cosas horribles que dije de Aarón, pero en algún momento todo eso tendría que parar.

—Sí, Clara. —Le sonreí—. Me estoy yendo con cuidado.

Me mordí la lengua, porque eso no era cierto. Me estaba dejando llevar de lo lindo, corriendo como si fuera un caballo desbocado rumbo a un precipicio.

—¿Sabes qué se me está ocurriendo? —preguntó después de terminar con el pie izquierdo—. ¿Por qué no salimos en cuatro la próxima semana?

—¿En cuatro?

—Sí, Annia... —renegó—. ¡Siempre tengo que explicar todo!

—¡Tú, Aarón, Rubén y yo!

—¡Ah! —contesté emocionada—. ¡Eso sería magnífico! ¿Qué se te ocurre?

—¿Qué tal los bolos?

Recordé mi última y fabulosa actuación en los bolos... aunque solo utilizaba de vez en cuando el cabestrillo en la mano izquierda, no estaba dispuesta a volver a convertirme en la burla de mis amigos.

—¿No se te ocurre otra cosa?

Ella se rio.

—¡Claro! Entonces... ¿qué te parece si vamos a bailar?

Bolos o bailes daba igual... no era buena en ninguna de las dos actividades; sin embargo, esa idea me sonó un poco mejor.

—Sí. Creo que será interesante.

—¡Más que interesante! ¡Dile a Aarón que invite a su amigo!

❀❁ೃ✿ೃ❁❀

Y así lo hicimos el fin de semana siguiente. Rubén, Aarón y yo nos dirigimos a Boston en el Jetta. A Clara la llevaría Mario. Nos quedamos en ver afuera de una discoteca en Cambridge.

La noche fue bastante bien, aunque me la viví frotándome los ojos porque el humo de los cigarrillos me irrita mucho, además de que no reconocía ninguna de las canciones.

Pero yo tenía mi mundo, y ése estaba enfrente de mí. Era mi perfecto Aarón, quien me abrazaba tiernamente y bailaba conmigo aunque yo siempre terminara pisándolo o perdiendo la coordinación de los pasos. Él era lo único que me importaba.

«¡Te ves preciosa!», me decía una y otra vez mientras me recordaba lo feliz que era por haberme encontrado y ser correspondido.

Aarón no era ni la sombra del hombre que una vez creí que era. Fue una gran lección para mí y mi sarta de prejuicios.

Nos sentamos en una mesa que reservamos en el segundo piso. Una vez reunidos los cuatro, empezamos a brindar por nuestra celebración. Según Clara, el motivo era el fin de curso.

Clara coqueteaba con Rubén, e incluso pude percatarme de que se besaron en una ocasión en la que Aarón se levantó al baño y yo sorbía mi bebida fingiendo mirar hacia otra dirección. Él no era mal parecido, pero sonreía estúpidamente. En esos momentos todo su buen porte se iba por los suelos. Clara se levantó para dirigirse a la barra y comprar otra cerveza.

—¡Eh! ¡Que sean dos! —gritó Rubén.

Mi amiga se escurrió entre la multitud y pronto la perdí de vista. Entonces la mirada desenfocada de Rubén se posó en mis ojos. Tenía que haber iniciado una conversación con él mientras nuestras respectivas parejas regresaban, pero no me apetecía hablar con

alguien que parecía que ya había abandonado la realidad y se encontraba viajando por otros mundos.

—Hey... amiga... —me dijo balbuceando las palabras, sin duda el whisky ya había comenzado a hacer estragos...— ¿cómo te va con Aarón?

Me pareció curioso que todos me hicieran la misma pregunta.

—Bien, Rubén. Muy bien. —Fui cortante y miré hacia otra dirección. Froté mis párpados una vez más y forcé un bostezo para que mis lágrimas aliviaran un poco la irritación.

—¿Te puedo preguntar algo? —volvió a decir Rubén.

Suspiré.

—Adelante.

El chico se carcajeó.

—¡No me lo tomes a mal, ¿eh?!

—Anda... ya... suéltalo... —Comenzaba a perder la paciencia.

—Yo soy el mejor amigo de Aarón. ¿Lo sabías? —Un mechón de pelo sudado se le pegó en el ojo derecho.

—Supongo que sí...

—¡Lo conozco de toda la vida! Debo decir que nunca lo había visto como hasta hoy. ¡Vaya que lo tienes comiendo de tu mano, no habla ni dice otra cosa que no sea sobre ti!

Tomé su comentario como un cumplido.

—¿Ya te acostaste con él?

Justo comenzaba a creer que después de todo no era un estúpido. Vaya que lo era.

—¿Y a ti qué te interesa? —Traté de controlar mi enojo.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Poco más de un mes.

—¿Y todavía nada?

—Eres un imbécil, Rubén. ¿Sabías eso? —Estaba a punto de darle una bofetada. Se me estaba acabando la poca paciencia que me quedaba.

Él se carcajeó de nuevo.

—¡Te advertí que no me lo tomaras a mal! Es solo que, conociendo a Aarón, era lógico que desde la segunda cita se hubiera enredado contigo. —Le dio otro sorbo a su bebida—. ¡No me la creo que se esté portando como un caballero contigo!

—Métete en tus asuntos. —En cuanto dije esto dejé que continuara hablando solo sin prestarle la más mínima atención.

¿Por qué todos tenían que hablar de la integridad y de la forma de ser de Aarón? Estaba hartándome de ser la comidilla de los demás. Mi novio era bueno, y me respetaba. No me interesaba lo que había hecho en el pasado ni cuántas mujeres había tenido.

Comencé a inquietarme porque Aarón no regresaba. Habían transcurrido ya más de veinte minutos.

Rubén se entretenía exhalando grandes bocanadas de humo muy cerca de mí, con la sola intención de irritarme, pero cerró la boca. Como no estaba dispuesta a seguir soportando la detestable compañía de un hombre borracho y estúpido, me levanté de la mesa. Me abrí paso como pude entre la multitud que bailaba, gritaba y de vez en cuando derramaba cerveza sobre los otros.

Entonces alcancé a divisar el bello perfil de mi novio afuera del baño de hombres, con el encendedor en la mano, dispuesto a encender el cigarrillo que tenía en la boca. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que fumaba. Sus ropas siempre olían a lavanda y su aliento siempre era fresco como la menta.

Alcancé a ver una mano pálida acariciando el rostro de mi novio en cuanto encendió su cigarrillo, y después, la fina figura de una mujer. Le quitó el encendedor y comenzó a besarlo. Me detuve en seco. Sentí los empujones de las parejas que habían abandonado sus asientos y caminaban escandalosamente por los pasillos de la discoteca. Las luces multicolores y el humo me nublaron la visión.

Mi Aarón le correspondió el beso a la mujer. Segundos después se retiró de ella, pero ella alcanzó sus labios de nuevo... Un flashazo iluminó el lugar en el momento en el que el disc jockey anunciaba el grupo musical que en unos cuantos minutos empezaría a tocar. Reconocí sin lugar a dudas a la chica que había besado a mi novio... Mi mandíbula empezó a tensarse al igual que mis piernas y mis puños.

—¡Clara! —grité mientras franqueaba como loca la multitud.

Aarón se quedó de una pieza. Intentó alcanzarme, pues yo no me dirigía hacia él, sino a la chica rubia que me sonreía desafiante. Lágrimas ardientes surcaron mi rostro cuando me le encaré.

—¿Por qué? —le grité mientras la estrujaba.

—¡Cálmate, Anny! ¡Fue sólo un beso! Sabías lo mucho que me gustaba Aarón. Ahora que es tuyo, déjame probar sus labios aunque sea una sola vez. Al fin y al cabo, eres tú quien terminó quedándoselo. —Fue tal su descaro que sentí unos deseos incontrolables de abofetearla.

—Annia, te lo suplico —intercedió Aarón—, vamos afuera, puedo explicártelo.

No había nada que explicar. No estaba ciega ni sorda. Los había descubierto, y mi propia amiga había tenido la desfachatez de admitir lo sucedido.

—¡Váyanse al diablo los dos! —Me di vuelta y me eché a correr rumbo a la puerta de salida, dando tumbos y empujando a quien osara interponerse en mi camino.

El aire fresco del exterior despejó un poco mi mente. Caminé sin saber adónde dirigirme. Miré el reloj: ya era más de media noche. Los trenes ya habían dejado de pasar. Lo único que podía hacer era conseguir un taxi que me llevara a casa. Palpé las bolsas de mi pantalón; en ese momento me di cuenta de que había dejado la bolsa en la mesa de la discoteca. Me eché a llorar, sintiéndome sola y traicionada, y sin un centavo para volver a casa.

Caminé por la calle principal con la intención de parar un taxi. Tendría que confesarle a mi madre lo que había sucedido. Lloré desconsolada. Me sentía herida, traicionada... Después de todo, era culpa mía.

Había puesto mis esperanzas en un chico como Aarón cuando una y mil veces había dicho que no se podía confiar en alguien como él. Ahora entendía por qué todos estaban tan interesados en nuestra relación. No era yo la del problema. Era Aarón, que siempre terminaba lastimando a sus parejas. Era Aarón, que no conocía las palabras fidelidad y compromiso. Sin embargo, yo le había creído. Me había creído diferente y especial. Lo suficiente como para cambiar su manera de ser.

Caminé durante mucho tiempo; qué lástima que no conociera bien la ciudad y que mi sentido de orientación fuera tan malo. Con los ojos aún nublados por el llanto y la nariz goteante, alcancé por fin a divisar un taxi. Le hice una seña para que se detuviera. Cuando se paró, Aarón salió del interior y se abalanzó sobre mí. Se aferró a mi cuerpo en un abrazo desesperado.

—¡Annia! ¡Lo puedo explicar! ¡Lo puedo explicar! —suplicaba.

Me limpié las lágrimas antes de voltear a mirarlo. Sus ojos me imploraban y sus manos se asían a mis ropas fuertemente. De nuevo, vi en su rostro esa expresión de querer hacer lo correcto pero no saber cómo. El taxi se aparcó delante de mí.

—¡Por favor, escúchame! Yo no sabía que era Clara. ¡Yo pensé que eras tú!

—¡Claro! —me burlé—. ¡Como somos tan parecidas!

—Annia, por favor. ¡Mírame! Estoy muy borracho, apenas puedo articular las palabras. Te he buscado como un loco por todas las calles. ¡No te vayas sin escucharme!

El conductor del taxi bajó la ventanilla del automóvil:

—¿Va a subir o no?

—Déme cinco minutos —dije.

El conductor bufó, pero no se marchó.

—Y bien... ¿cómo fue que te confundiste? —pregunté con todo el sarcasmo de que era capaz.

—Bebí demasiado. Me sentía muy mal y tuve necesidad de ir al baño a refrescarme. No quise arruinar nuestra noche juntos. Yo estaba tan feliz contigo... ¡Maldita sea! ¿Por qué siempre tengo que arruinarlo todo?

—Continúa con el relato, Aarón —dije a secas.

—Cuando salí del baño, quise fumarme un cigarrillo. Como sé lo mucho que lo detestas, me quedé allí. Me sentía tan mareado que apenas pude encenderlo. De pronto escuché una voz: «No sabía que fumaras... ¿Cuántos secretos más me escondes?» ¡Era tu voz, lo juro! ¡Cuando sentí los labios de Clara sobre los míos me di cuenta de que me había equivocado! Estaba tan borracho que tuve que mirarla muy de cerca para darme cuenta de que era ella y no tú. Clara quiso besarme de nuevo, pero yo la aparté. ¡Por Dios! ¡Eso también tienes que haberlo visto!

Sí. Yo lo había visto. No me estaba mintiendo. Vi cómo Aarón se apartaba de mi amiga cuando ella buscó un segundo beso.

Sus ojos suplicantes, la manera como retenía mis manos, y las lágrimas que asomaron a su rostro me hicieron saber que no me mentía. De inmediato lo perdoné... lástima que siempre fui tan orgullosa: no se lo hice saber. Él me había lastimado... tanto que quise hacerle sentir lo mismo, quise herirlo de la misma manera.

—Hablaremos después —dije con frialdad y subí al automóvil.

Aarón extendía sus brazos hacia mí:

—No te vayas... —susurró, y su rostro se quebró en una expresión de dolor.

Cerré la puerta del taxi. No me importó dejarlo en medio de unas calles que ni siquiera él mismo conocía, ni me interesó si se encontraba bien.

Aarón permaneció inmóvil. El taxista siguió su marcha hasta que su sombra se hizo difusa y lo perdí de vista. Debí decirle que mi corazón ya lo había perdonado... pero no lo hice. Mi orgullo herido pudo más que mi amor por él.

Cuando miro hacia atrás, el recuerdo de los ojos dulces e implorantes de Aarón y sus brazos extendidos hacia mí aún me llena de dolor... En la vida cometí muchos errores fatales; ese fue el primero de todos ellos.

RECUERDOS

Me encerré en mi cuarto durante la siguiente semana, como si eso fuera a ayudarme en algo. No quería ver a nadie, y estaba agradecida de que finalmente la universidad hubiera terminado. Solo tenía que ir por los resultados de los exámenes finales. Pero no me interesó saber si había tenido buenas calificaciones; ni siquiera recuperar el bolso que olvidé en la discoteca.

Aarón me llamó todos los días, pero no contesté. También iba a buscarme a casa diariamente. Amenacé a mi madre con irme muy lejos si osaba darle el paso a mi habitación, a él o a cualquiera que se atreviera a visitarme. Así que él se topaba con la mirada severa de mi madre y su voz implacable diciéndole: «Vete a casa, Aarón. Ella no quiere verte».

En seguida yo corría a la ventana del cuarto de Isabel para verlo marcharse con las manos metidas en los bolsillos y su cabello arenoso cayendo sobre su frente. Sentía pena por él, pero también quería castigarlo por lo que me había hecho. Me di cuenta de lo insoportablemente necia y orgullosa que podía ser.

No sabía nada de Clara. Lo último que vi de ella fue su odiosa sonrisa de triunfo aquella terrible noche. Después de pensarlo mucho, me di cuenta de que todo había sido un plan hilado por ella. Eso de salir en cuatro había sido la excusa perfecta para intentar acercarse a mi novio. Entre más lo recordaba, menos creía que me hubiera traicionado de esa manera.

Estaba rabiosa con todo el mundo; ni siquiera quería hablar con Mario. No me había buscado, tal vez porque no sabía exactamente qué había sucedido esa noche, ni yo había marcado su número por temor a escuchar la voz de Clara.

En mi sexto día de reclusión, mi madre asomó la cabeza por la puerta.

—¿Quieres hablar, hija?

Algo bueno tenía que salir de aquella pesadilla. Al menos mi madre parecía estar preocupada por mí e intentaba establecer comunicación conmigo.

—Supongo... —Asentí.

Le había referido con anterioridad lo que había sucedido, solo que omití los detalles principales. Le conté que una mujer estaba coqueteando con Aarón frente a mis narices y que él no la había rechazado; que salí como alma que lleva el diablo cuando los descubrí y que, finalmente, Aarón me había alcanzado en la puerta de salida, atribuyendo su comportamiento embrutecido al alcohol.

Eso fue suficiente para que mi madre dejara de hacer más preguntas y respetara mi silencio y mi soledad. Pero seguramente pensaba que algo tenía que estar muy mal, además de eso, para que yo rehusara las visitas de Aarón y para que Clara se hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

—¿Piensas perdonar a Aarón algún día? —me preguntó mientras me hacía compañía sentándose a mi lado en el sencillo juego de sala de mi habitación.

—Ya lo perdoné —respondí malhumorada—. Solo que él no lo sabe.

—Es un buen chico. ¿Por qué no le das otra oportunidad? Siento mucha pena cada vez que le digo que se marche. Muchas veces no se va. Se queda sentado en la acera de enfrente esperando a que tú bajes y le abras la puerta.

—Mamá... —Mis manos empezaron a torcerse por la angustia que me causó lo que iba a decir—... la chica que estaba coqueteando con Aarón era Clara...

Una sombra severa nubló los ojos de mi madre.

—La misma historia... —murmuró y agachó la mirada.

—¿Cuál historia? —Estaba segura de haber escuchado sus palabras muy bien.

Ella volteó hacia otra dirección, jugueteó con uno de los encajes de su vestido y después de una pausa contestó:

—La misma historia que suele pasar entre dos amigas que están enamoradas del mismo hombre.

Me sorprendí, pero no quise preguntar más. Si ella no quería hablar de ello, no insistiría.

Para cortar el silencio que se hizo, dijo:

—¿No me dijiste que Clara fue la primera en interesarse en él?

—Sí, pero él me eligió a mí, mamá.

—Parece que no eligió a ninguna...

—¿Crees eso en realidad?

—¡Aléjate de ese muchacho! —me aconsejó al tiempo que se ponía de pie—. En tu vida puedes conocer a otros hombres que sí puedan jurarte fidelidad. Ese chico ya probó de lo que está hecho. Por tu bien, apártalo de tu vida, y si él quiere irse con tu amiga, que se vaya. Eso será también una muestra de que la amistad de Clara nunca fue sincera. En esta vida no hay amistades sinceras, Annia. Estamos solos, y así tenemos que arreglárnoslas. ¡Espero que siempre recuerdes eso y que lo sucedido te sirva de lección!

Me quedé de una pieza. Me preguntaba qué clase de consejo me estaba dando mi madre y dónde había quedado eso de perdonar y dar una segunda oportunidad.

—¡No quiero que vuelvas a ver a ese joven, Annia! ¿Me escuchaste? ¡Por tu bien, aléjate de él! —remató.

Me quería dar de topes. Eso me pasaba por confiar en ella. Había complicado las cosas aún más, y me sentía peor de lo que estaba antes.

—¿Lo harás? —insistió.

—Sí... —dudé. No estaba segura de poder cumplir la promesa.

El fuego en los ojos de mi madre se desvaneció y una leve sonrisa se asomó en su bello rostro.

—Mamá... —me atreví a preguntar—... ¿por qué dices que no hay amistades verdaderas? ¿Acaso no era la madre de Clara como tu hermana?

—Lo fue... alguna vez... —Volteó para otra dirección.

Yo sabía que aún recordaba a la madre de Clara, aunque su recuerdo, al igual que el de mi padre, se empezaba a desvanecer.

—¿Por qué se marchó, mamá?

—No lo sé, Annia. Ella simplemente nos dejó.

—¿Cómo pudo abandonar a sus dos hijos?

—Algunas mujeres no nacen para ser madres.

—¿La extrañas?

Estaba yendo muy lejos con mis preguntas. Mi madre rara vez hablaba de su pasado y de sus sentimientos.

—A veces —susurró.

—Mamá... ¿cómo conociste a Irenne?

—Ya te lo comenté una vez. Fuimos a la misma secundaria.

Yo recordaba a Irenne vagamente, pero era su risa lo que aún permanecía en mi memoria. Mi madre y ella eran tan unidas que muchas veces llegué a decirle tía. Ella nunca se molestó; al contrario, parecía sentirse sumamente halagada.

Los ojos de mi madre se perdieron en la nada, sacudió levemente su cabeza y entonces se puso de pie.

—Annia, un detective llamó esta mañana. Quería hablar contigo, pero le dije que estabas dormida. Dijo que llamaría más tarde.

—¿Detective? ¿Y eso?

—El caso del incendio de la universidad aún no se ha resuelto. Parece que ahora se está entrevistando con todas las personas que asistieron a la fiesta.

Habían pasado tres meses y todavía nadie tenía una idea sobre lo que realmente había sucedido.

—¡Y yo qué puedo saber! ¡No sé más de lo que le he contado a todo el mundo! —respondí irritada. No quería tener nada que ver con asuntos policiacos ni investigaciones.

—Bueno, creo que no puedes negarte. Están recabando toda la información posible, y no solamente tú serás entrevistada.

Eso me ponía la piel de gallina, a pesar de que yo no tenía nada que ocultar.

—Está bien, mamá. Lo atenderé cuando venga.

Mi madre depositó un tierno beso en mi frente y me atrajo hacia su pecho.

—No pienses mal de mí por lo que te he aconsejado. Eres mi hija, lo único y lo más valioso que tengo... No quiero que sufras ni que nadie te lastime.

—Lo sé —correspondí a su abrazo.

❀✿❀

Esa misma tarde recibí la visita del detective Trevor Johnson, un hombre alto, flaco y escuálido con ojeras amoratadas y grandes ojos, como de sapo, inyectados en sangre.

Le referí la historia que había contado un millar de veces tiempo atrás. Él me escuchó paciente mientras captaba mi voz con una moderna y pequeñísima grabadora digital.

Sentí curiosidad por escuchar cómo se oía mi voz. Me asaltó la idea de pedirle que me prestara su aparatejo.

—¿Entonces, no vio nada, aparte de las llamas del incendio? —preguntó con frialdad, poniendo fin a la tonta pregunta que formulaba en mi mente. Sentí que un escalofrío me recorría la columna al rememorar la espantosa experiencia.

—Solo eso...

—De acuerdo.

—Oí que dicen que no se trató de un accidente —pregunté osada, sin pensar siquiera que sus investigaciones no eran de mi incumbencia.

Para mi sorpresa, él contestó:

—No fue un accidente. Alguien planeó el incendio. Encontramos los restos de unos petardos cerca de donde se encontraba el equipo de sonido, y otros más cerca de los tanques de gas. Usted sabe que el uso de esos artefactos está prohibido en el país; sin embargo, alguien se las arregló para comprarlos ilegalmente y prender fuego a la casa de campo.

Todo ese tiempo yo había pensado que sí lo había sido y que todas las murmuraciones contra la universidad eran infundadas.

—He sabido de casos en los que niños traviesos suelen conseguir esos fuegos pirotécnicos solo para divertirse. ¡Pero sin hacer daño a nadie! —protesté ilusamente, tratando de convencer al detective con mis palabras.

—¡No cuando se encuentran más de veinte petardos! —rio para poner en evidencia mi falta de información—. Quien sea que haya encendido los fuegos sabía exactamente lo que estaba haciendo y las consecuencias que tendría. Aún seguimos investigando por qué la puerta principal fue cerrada antes de la medianoche.

Me extendió una tarjeta de presentación mientras yo todavía continuaba con la boca abierta.

—Mi teléfono está ahí. Llámeme si tiene más información al respecto.

El hombre se marchó de mi casa. Me resultaba difícil creer que alguien había elaborado un macabro plan para acabar con siete vidas. No imaginaba qué clase de ser humano era capaz de urdir tan abominable proyecto.

❀❁ঽ✿ঽ❁❀

La visita de aquel hombre me puso mal. No dejé de dar vueltas en la cama durante la noche. Las llamas del incendio acudían a mi memoria nuevamente y revivía la terrible sofocación. Solo podía pensar en el fuego abrasador y las grandes columnas de humo que se alzaban aquel día; la multitud pisando mi cuerpo y la visión borrosa de la puerta de salida tan lejana.

Empecé a respirar con dificultad. Me incorporé y abrí la ventana esperando que el aire fresco pudiera llenar mis pulmones. Sin embargo, afuera, la humedad relativa del ambiente debía de estar en los ochenta grados, pues me costó todavía más trabajo inhalar ese aire caliente y pegajoso. La dificultad para respirar fue inmediata.

Estaba reviviendo la pesadilla que creía haber olvidado, y nuevamente me sentía sola, desprotegid

a y a punto de desfallecer. Me desplomé y adopté la misma posición embrionaria de aquel día, sobre el suelo terroso, y en lugar de gritar para pedir ayuda, me quedé estática, como siempre que el miedo o el desconcierto me hacían presa. No podía moverme.

Debí de haberme desmayado durante unos segundos. Otra alucinación me asaltó. No era un sueño, porque yo ya no soñaba desde el día en que la paloma que se posó en mi ventana se llevó mi sueño.

Deliraba, y en mi desvarío solamente pude distinguir sombras. Entre las sombras, unos colores purpúreos que se acercaban a mí me rodeaban y luego se dejaban caer como gotas de lluvia. Tomé algunas entre mis manos y entonces dejaron de ser pequeñas gotas de agua para convertirse en mis adoradas lilas. Las lilas que mi padre entretejía en mis cabellos; las mismas que había encontrado atadas en mi vestido el día después del accidente, y las que Aarón me había regalado la noche en que nos hicimos novios... Entonces, inmediatamente me incorporé.

Aspiré grandes bocanadas; el pecho comenzó a dolerme, pero al menos ya podía respirar con normalidad.

Recordé a Aarón, a mi Aarón... Lo injusta que había sido con él, porque aparentemente ya había olvidado que fue él quien me salvó de morir esa noche. Estaría en deuda para siempre. Lo menos que podía hacer era darle una segunda oportunidad. Se la debía y siempre se la daría. No me importaba lo que mi madre dijera. Yo lo amaba.

No podía esperar al día siguiente.

Apenas comenzó a rayar el alba salí de puntitas de mi habitación y me dirigí a la calle.

Ahí estaba Mario, como siempre, fiel a mis absurdas peticiones.

—¡Apúrate, Buñuelo! —siseó—. ¡De verdad que estás un poco loca!

Abrí la puerta de su automóvil, ajusté el cinturón de seguridad.

—¡No sabes cómo te lo agradezco! —Suspiré hondamente mientras reía.

—Ya me las cobraré, Annia... ¿Crees que es muy agradable que a uno lo despierten a las tres de la mañana?

Puse una mueca de disculpas y alcé los hombros.

—No sabía a quién hablarle...

—Te agradezco que confíes en mí. ¡Aún no puedo creer lo que mi hermana hizo! Ella no me contó nada de eso, solo me dijo que habían tenido una pelea de chicas. No le di importancia. —Chasqueó los dientes—. ¡¿Pero qué diablos le pasa a Clara?!

—Yo tampoco entiendo su comportamiento.

—Sé que pronto se disculpará contigo. Con razón la he visto rondando la casa como un fantasma. Ni siquiera se ha ido de compras como suele hacerlo cada vez que se deprime. Tal vez está de veras arrepentida.

—Sí —bufé.

Mi amigo arrancó. El ruido del escape me taladró los oídos.

—¡Shhh! ¡Qué ruido más espantoso, Mario! ¿Qué le pasa a este auto? ¡Se supone que no debemos hacer ruido para no despertar a

mi mamá!

—¡Lo siento, Annia! No pude traer mi Mustang. Lo estoy reparando. Disculpa las molestias que este viejo Golf te pueda ocasionar —dijo apenado—. Es de un amigo... se lo estoy arreglando. Es que te oías tan apurada...

—Está bien, Mario. —Le sonreí—. Bastante haces con cumplir mis caprichos.

Después de que el insoportable ruido aminoró, Mario preguntó:

—Y bien... ¿dónde vive tu Casanova?

EL FINAL DE UN SUEÑO

Vermont, 1977.

Tres días antes de la boda de Irenne, Estela irrumpió en el estudio de Luis. Él se encontraba tomando una siesta. Tras rondar varias horas como alma en pena por toda la mansión, encontró la ocasión perfecta para esculcar entre las pertenencias de su marido algo que pudiera comprobar si sus temores eran ciertos.

En el piso de arriba, Irenne se probaba el vestido de novia. Isabel le ayudaba a escoger el maquillaje adecuado para tan importante día. La ceremonia se llevaría a cabo en la majestuosa catedral St. John the Baptist, en el norte de Bennington. Después de la recepción, los novios partirían a Minnesota.

A Estela ya nada de eso le interesaba. Había permanecido noches en vela, sintiendo el dolor en el corazón y su alegría fragmentada en mil pedazos. Día y noche su mente se afanaba en un sinfín de preguntas sin respuesta.

La actitud de Luis no había mejorado, por más que él quisiera aparentar. La historia del anillo, la cinta cuidadosamente guardada... Un velo de incertidumbre cubría la vida de Estela. Se daba cuenta de que Luis no quería envejecer con ella. Recordó los votos de fidelidad de aquella hermosa tarde de primavera en la que contrajeron matrimonio. El hecho es que Luis estaba lejos... tan lejos que ella ya no podía alcanzarlo.

Jamás fue curiosa, jamás revolvió los documentos de su marido ni abrió sus cajones o leyó su correspondencia. Su confianza era ciega y total, porque Luis siempre había sido un buen hombre, y ella lo amaba, tanto que nunca indagó más allá de lo que él quiso decirle.

Nunca existieron secretos, ni nunca sintió la necesidad de hurgar en la vida de su marido... hasta ese día.

Con manos temblorosas pero decididas, escudriñó de extremo a extremo cada uno de los compartimentos del escritorio. No encontró nada revelador. Una vez más pareció recobrar su sano juicio. Luis no podía engañarla, y menos con alguien como Irenne.

Pero estaba el bendito anillo... La inscripción grabada en él se había grabado también en su corazón con un fuego abrasador que le impedía respirar. No podía ser que tanto la quisiera como para comprarle una prenda tan fina y delicada.

Ya no consideraba a Irenne como parte de su familia. No soportaba ver su belleza ni su juventud ni su alegría desbordante ni sus chispeantes ojos verdes. «Esa chiquilla vulgar... —se repetía— ...mi corazón no me mintió aquella noche en la que un augurio me reveló que todo terminaría mal. No me equivoqué, y Luis no me escuchó... ¿cómo, si la última palabra siempre la tiene él?»

Estaba claro para Estela que esa niña de trece años se hizo pasar por una pobre huérfana para colarse en sus vidas y posicionarse como uno de los miembros de la familia Riveira... Algo había detrás de esa sonrisa despreocupada, de esas manías divertidas aunque vulgares, detrás de esos ojos bellos y vivarachos. Nada más que mentiras...

Una nueva oleada de furia sacudió sus pensamientos. Tenía que dar con la verdad, fuera la que fuera. Entonces pensaría en cómo enfrentarla.

Con suerte, pensaba, todo tenía una explicación. Amaba tanto a Luis que le permitiría explicarle todo. Lo de la cinta, lo del anillo, su comportamiento huraño y su rechazo en la cama... Pero no lo que encontró al descorrer la puerta de un solitario mueble de madera arrinconado en una esquina. Dentro de un sobre amarillento había incontables fotografías de Irenne: con las precarias ropas que usaba antes de que llegara a vivir con ellos, luciendo su uniforme del colegio, hasta sus flamantes dieciocho años... cada cambio que revelaba su paso de niña a mujer.

Otras dos cintas de cabello ataban un manojo de cartas escritas por Luis y nunca entregadas. «Mi amada Irenne, mi amada Irenne»; todas ellas empezaban con el mismo saludo.

Estela sostenía, horrorizada, las cartas y las fotografías. Había dado con la verdad y, aunque creyó ser lo suficientemente fuerte para soportarla, un dolor en el pecho la obligó a doblarse. Se apoyó en el mueble para no desfallecer. Mil preguntas se arremolinaron en su mente: ¿qué clase de hombre era su marido?, ¿con quién había estado casada por más de veinte años? Y el anillo... el anillo se encontraba ahí también, más bello que nunca, más brillante, con la misma odiosa leyenda grabada en su interior.

Estalló en un grito al tiempo que arrojaba por los aires los montones de cartas y fotografías de la mujer que le había robado el corazón a su marido.

—¡Maldito seas, Luis! —le gritó al hombre que acababa de entrar en la habitación. Se abalanzó hacia él y, envuelta en un llanto desesperado, comenzó a golpear su pecho—. ¡Hipócrita! ¡Hipócrita! —gritaba como enloquecida, mientras un confundido Luis trataba de entender lo que estaba sucediendo. Jamás había visto a su esposa comportarse de esa manera. Ni en una sola ocasión había elevado su voz como lo estaba haciendo en esos momentos.

—¡¿Qué tienes, Estela?! ¡Cálmate, por favor!

—¡Lo sé todo! ¡Lo sé todo! —aulló como desquiciada; trataba de arrancarse los cabellos—. ¡¿Cómo pudiste?!

Luis dirigió una mirada a los papeles que se encontraban regados por el suelo. Entonces lo comprendió todo.

—¿Por qué has hurgado entre mis cosas?

—¡¿Qué importa?! ¿Qué importa ya? ¡¿Cómo pudiste herirme así?!

Comenzó a golpear el pecho de un hombre que intentaba detenerla y acallar sus gritos.

Mas todo fue en balde. Irenne e Isabel corrieron hacia la habitación donde, histérica, Estela vociferaba, olvidándose por completo del

ajuar de novia de su hija. Algunos de los sirvientes también acudieron al lugar. Ese tipo de escenas no eran comunes en la siempre tranquila y apacible Casa Riveira.

—¡Por Dios, mamá! ¿Qué tienes? —Isabel corrió hacia su madre para tratar de calmarla.

Irenne trató de hacer lo mismo, pero una fuerte bofetada que enrojeció su mejilla la detuvo:

—¡Tú! ¡Tú eres la causante de todo! —rugió Estela mientras Irenne se llevaba una mano al rostro y la miraba atónita—. ¡Viniste a esta casa sin nada y nos engañaste a todos con tu cara y tu belleza angelical! ¡Te aprovechaste de nuestras buenas intenciones! ¡No eres más que un demonio disfrazado de ángel! ¡Aquí está tu anillo! ¡Tu costoso anillo! ¡¿Lo querías todo, verdad?! —Caminó hacia Irenne para encarársele—. ¡Pues aquí lo tienes! —Estrelló en el piso la pequeña caja de terciopelo.

Irenne dirigió una mirada rápida a Luis y después a Estela. En segundos lo comprendió todo.

—¿Qué anillo, mamá? ¿De qué hablas? ¿Por qué te diriges a Irenne de esa manera? —preguntó Isabel, atemorizada.

—¡Tu padre! ¡Tu padre y esta mocosa! ¡Oh, Dios mío! —Estela se llevó una mano al pecho—. ¿Desde cuándo, Luis, desde cuándo?

Isabel cubrió su rostro con las manos.

—¿Qué dices, mamá?

—No es culpa de Irenne —respondió Luis, arrastrando las palabras. Las tres mujeres voltearon a mirarlo—. Todo ha sido culpa mía; Irenne no sabía nada. Quisiera que nunca hubieras entrado en esta habitación, Estela... Ojalá pudiera volver el tiempo atrás y evitarte este mal rato.

Estela lo miró incrédula y rompió a llorar.

—Me engañaste, Luis. Todo este tiempo... La trajiste a esta casa diciendo que sería como tu hija. ¿En qué momento te enamoraste de ella? ¿Cómo pudiste hacerlo? ¡Mírala! —gritó extendiendo el brazo

hacia Irenne—. ¡No es más que una chiquilla desgarbada! ¡No mayor que tu hija Isabel! ¿Qué clase de persona eres?

Irenne sabía que era su culpa. Debió haber abandonado esa casa mucho tiempo atrás. Marcos se lo advirtió; ella misma lo sabía. Desde aquella madrugada en la que Luis la alcanzó en la escalera estrujando su brazo como un hombre celoso, debió irse... No sabía por qué se había quedado. Lo único que sabía era que lo había arruinado todo... y lastimado a Marcos y a Estela sin razón.

—Estela, yo... —quiso Irenne acercarse a ella. La mujer la abofeteó de nuevo.

—¡No quiero oírte hablar! ¡Lárgate de nuestra casa! ¡Nunca fuiste una Riveira, ni nunca lo serás!

Irenne buscó la mirada de Isabel para encontrar consuelo en ella, pero sus ojos no eran más que dos fríos y profundos charcos.

—Sal de la casa, Irenne —dijo secamente—. Tu presencia pone mal a mi madre.

—¡No la puedes correr así! ¡En todo caso seré yo el que se marche! —bramó Luis.

—¡Oh, papá! —lloró Isabel—. ¡Aún no puedo creer que sigas poniéndote de su parte. ¡Siempre la preferiste antes que a nosotras!

—Isabel... —gimió Irenne. Pero su hermana mantuvo esa mirada dura e impenetrable.

—Sal de la casa... —dijo nuevamente.

Tampoco Isabel la quería en su vida. Ese era el final de todo... todo se había venido abajo. No fue más que un castillo de arena en el que Irenne pensó vivir feliz, y para siempre. Tal vez estaba condenada, como todos los San Luis, a vivir en soledad y a morir sin tener a nadie a su lado. Se preguntaba por qué habría creído que algún día iba a ser merecedora de tanta dicha.

Nunca fue una Riveira, lo sabía. Y nunca lo sería. En cambio, siempre sería una rústica San Luis, una mujer sin clase, sin nadie más que sí misma. Así como había entrado en esa casa una tarde de

verano seis años atrás, llevando nada más que sus ropas, así se iría en esa ocasión.

El sueño había terminado, y su presencia en esa casa solo había generado desgracias. La enfermedad de Isabel, el corazón roto de Marcos y, ahora, el sufrimiento de Estela. Giró sobre los talones y con los ojos nublados en llanto bajó la cabeza y se dispuso a salir corriendo. Sin embargo, un grito ahogado la detuvo. Cuando se dio la vuelta, vio a Estela en el piso, sin sentido.

❀❁ঽ✿ঽ❁❀

Estela no pudo llegar con vida al hospital. Murió víctima de un infarto fulminante. Irenne partió el día siguiente de su entierro. La noticia corrió tan rápido por las calles de Bennington que los ojos acusadores de la gente señalaron a la pueblerina como la única responsable. Había engatusado y seducido a uno de los hombres más importantes de la ciudad. Era solo una vulgar, como todos le llamaron el día del sepelio, que se había aprovechado de la bondad de la familia Riveira.

Ataviada con su vestido negro, recogió su veliz y se marchó. Carlo fue el único que no le dio la espalda. Fue a recogerla ese mismo día. Irenne se despidió del jardín edénico en el que se había enamorado, de aquella jovencita orgullosa a la que había aprendido a querer como a una hermana, y de aquel hombre en el que alguna vez creyó encontrar un padre.

Vio a Isabel de pie en su ventana. Deseaba percibir, aunque fuera, una seña amable de despedida, algo que le hiciera saber que ella no creía lo que la gente decía, algo que le dijera que ella todavía la quería como a una hermana. Pero no vio nada...

Adentro de la mansión, el corazón de Isabel también lloraba. Quiso detenerla... sintió su alma quebrarse al verla salir. ¡La quería tanto! Pero no estaba dispuesta a soportar otro sufrimiento... tenía que olvidarse de Irenne, tenía que apartarla de su vida para siempre. «Irenne solo trae desgracia a los que la rodean, aléjate de ella»,

había alcanzado su madre a decirle antes de morir. Corrió la cortina de su ventana y la figura de Irenne desapareció de su vista. Irenne entendió que ella jamás la perdonaría.

A los pocos días, Isabel también abandonó la casa Riveira. Dispuso de su herencia para ir en busca de Marcos, la única persona en la que ahora podía confiar. Él, por su parte, abandonó su trabajo en Maine y todo lo referente a la papelera que con tanto trabajo Luis había echado a andar. Irenne se había ido e Isabel lo necesitaba. Después de todo... también la quería y su querida hechicera se había marchado para siempre. Su corazón siempre la lloraría, y su anhelo por verla de nuevo lo mantendría con vida.

Luis Riveira permaneció en la mansión, que se fue cubriendo día con día de polvo y recuerdos. Nunca más escucharía la algarabía de Irenne ni vería su sonrisa en sus ojos esmeralda. La sonrisa de su bella hija también se había ido con el viento... y el siempre incondicional amor de su esposa yacía sepultado para siempre.

Cada noche se preguntaba qué había hecho mal. En su despacho, durante sus noches solitarias, encendía un cigarrillo y pensaba en ella...

CONFESIONES

Llegué a la casa de Aarón un poco después de las siete de la mañana. Mario esperaba afuera con el ruidoso motor funcionando.

—¡Puedes irte! —le grité, pero él no se fue. Me esperaría hasta que alguien me abriera la puerta.

Pero nadie respondía a mis frenéticas llamadas. Minutos después, la puerta se abrió ante mis ojos. Distinguí la figura de la dama a quien, precisamente, no quería ver ese día.

—¡Annia! —exclamó Rosemary.

Estaba plantada frente a mí con sus lujosos atuendos, como siempre; incluso a esas horas del día, la mujer vestía costosas prendas y joyas vistosas.

—¡Me sorprende que estés aquí!

—Lo siento. Sé que es muy temprano, ¡pero me urge hablar con su hijo! —urgí, agitada.

—Bueno... no creo que ese holgazán esté despierto a esta hora, pero veré qué puedo hacer.

Le hice una seña a Mario para que emprendiera el camino de regreso a casa. Él me entendió a la perfección y aceleró el motor del automóvil. De nuevo, el sonido del escape crispó mis nervios. Sin duda, los de Rosemary también, porque hizo una mueca de fastidio y un ademán para que me apresurara a entrar.

Mario lo había hecho a propósito.

—Y bien, Annia... ¿qué hizo mi hijo esta vez?

«¿Y eso qué le importa?». Me mordí la lengua para no repetir lo que pensaba, así que dije tranquilamente:

—Tuvimos un breve altercado —fruncí la nariz—. Nada del otro mundo.

Ella rio a carcajadas.

—No eres la primera chica que viene a buscar a mi hijo después de un altercado —subrayó la palabra que yo había mencionado, en son de burla—. ¡Si yo te contara!...

No sentía curiosidad por saber de aquellas chicas que frecuentaban la casa de Aarón; sin embargo, la boca venenosa de Rosemary no se detuvo, a pesar de que fingí total indiferencia.

—Mi hijo nunca cambiará; es como su padre, adicto a las mujeres. Él no puede hacer nada bien. Siempre cometerá error tras error.

No quise escuchar más sus comentarios ofensivos, así que volví a preguntar:

—¿Está Aarón en casa?

La mujer puso cara de sorna.

—Tú eres diferente a las otras chicas... demasiado buena para él.

Una vez más, sentí que estaba perdiendo la paciencia y soportando a una mujer que no era nadie para decir si yo era buena o no para Aarón, así que tomé asiento sin que ella me lo ofreciera. Si quería hablar, entonces yo la iba a escuchar.

—Solo fue un consejo —murmuró, e hizo una mueca despectiva—. Llamaré a mi hijo.

Momentos después, mi bello Aarón bajaba las amplias escaleras dando tumbos, como si fuera un niño despertándose la mañana de Navidad en busca de sus regalos.

—¡Estás aquí! ¡Estás aquí! —me abrazó como si yo fuera la cosa más maravillosa del mundo.

Supe que él no podía ser malo. Alguien como él merecía otra oportunidad. ¡Miles de ellas!

Estaba todavía en pijamas: desarreglado, con la barba crecida y el cabello en todas direcciones. Aun así, se veía tan hermoso que no

pude evitar besarlo muchas veces. Sentí cómo su cuerpo temblaba al contacto con mi piel y su corazón latir a toda velocidad. Cada beso producía descargas eléctricas entre los dos. En verdad, él me amaba.

—¿Me darás otra oportunidad? —preguntó incrédulo después de que nuestros labios se separaran por unos momentos.

—Así parece —sonreí.

—¡No sabes qué feliz me haces! —suspiró.

Tomó mis manos y las besó una y otra vez.

—Creí que no volvería a verte. Te busqué desesperadamente. Empecé a pensar que mi madre tenía razón.

Un sentimiento de incomodidad aquejó mi corazón. Fruncí el ceño.

—¿Qué fue lo que te dijo tu madre?

—¡Tenía razón, Annia; en todo tenía! ¡Casi arruino todo!

—Aarón... ¿qué fue lo que dijo? —insistí.

—Nada más que la verdad. Que, como siempre, yo lo había arruinado todo; que era mi culpa y que tú merecías alguien mejor que yo.

—¿Y tú lo crees? —pregunté, furiosa.

De nuevo me pregunté quién diablos era esa Rosemary para pisotear la autoestima de Aarón. Yo no lo iba a permitir.

—Bueno, Annia... ella nunca se equivoca.

Y entonces vi en sus ojos una sombra de tristeza. Me di cuenta de que esa mujer a la que Aarón llamaba madre ejercía sobre él una influencia extraordinaria. Extraordinariamente mala...

—Aarón —le tomé las manos desesperadamente, no importándome si su madre podía escucharnos—, no creas nada de lo que te dice. Tú eres bueno. Yo no soy mejor que tú. Nadie lo es.

Asintió con la mirada, pero pude sentir que no creyó ninguna de mis palabras.

—¡Lo importante es que estás aquí y que me estás dando una segunda oportunidad! —sus ojos brillaban proyectando una alegría indescriptible.

Y entonces tuve que echar a perder todo...

—¿Cómo no darle una segunda oportunidad a la persona que salvó mi vida?

Aarón soltó mis manos y me dio la espalda.

—¿Por eso estás aquí?

—¿Dije algo malo? —pregunté, azorada.

Seguía dándome la espalda, fija la mirada en el blanquísimo piso de la estancia.

—¿Qué tal si yo no lo hubiera hecho? ¿Estarías también aquí?

Me quedé en silencio por unos momentos.

—¡Pero lo hiciste! —aseguré tontamente.

Se dio media vuelta y me miró. Su rostro mostraba una gran aflicción. Toda su alegría había desaparecido.

—Lo hice... —susurró—. Por eso tengo derecho a una segunda oportunidad.

Le sonreí y lo animé dándole un beso.

—Te amo —dije sinceramente—. ¡Por ser como eres, y porque fuiste y siempre serás mi héroe!

Él me abrazó; mi cabello cubrió su cabeza.

—Yo también te amo —aseguró quedamente.

Mi pobre Aarón... Si hubiera sabido lo que pasaba por su mente en ese entonces, habría elegido mejor las palabras. O tal vez no le habría dicho nada.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Desde ese día, todo volvió más o menos a la normalidad. Y digo más o menos porque Clara no volvió a buscarme. En más de una ocasión

me vi tentada a llamarla, pero no era yo la que necesitaba un perdón, sino ella, que me había herido con toda intención. Pero nunca llamó. Yo la quería tanto que, cuando Mario me preguntó si era capaz de perdonarla, no dudé en decir que sí. Una sola cosa mala no borraría todas las buenas que ella había hecho por mí.

Las vacaciones de verano ya habían comenzado. Mi madre no volvió a confiar en Aarón como lo hizo en un principio, y todas sus visitas a mi casa eran supervisadas por ella. Yo la había desobedecido. Pero mi dulce novio era perfecto para mí, y nada de lo que dijeran los demás me importaría; ni los comentarios malintencionados de su madre me harían la vida imposible. Yo me encargaría de librarlo de la mala influencia de Rosemary.

Una noche veíamos una película en mi recámara. Mujer bonita fue la que eligió él en el videorama que estaba cerca de la casa. Me reí cuando se plantó frente a mí con semejante título. Yo ya había visto esa película muchos años atrás; claro, se trataba de un clásico; pero el entusiasmo de mi novio por ver a su querida Julia Roberts en su juventud me hizo abandonar la película de zombis que prefería.

Mi madre se paseaba nerviosa por el pasillo que daba a mi habitación. A pesar de que siempre manteníamos la puerta abierta, no confiaba del todo en la integridad de mi novio. Nosotros terminamos de ver la película sin darle importancia. Para entonces, ya no se escuchaban sus pasos. Nos reímos y empezamos a juguetear con las almohadas.

—¡Ya! —grité cuando una de las almohadas se estampó en mi cara. Aarón me abrazó inmediatamente pidiéndome perdón.

—¡A ver! —me puse de pie—. ¿Qué tiene esa Vivian que no tenga yo? ¿Por qué te gusta tanto esa película?

—¡Oh, no! ¡Mi dulce princesa! ¡Tú eres mil veces más bella que la mujer bonita!

—Es un cuento de hadas... ¿no lo crees? Aunque no sabía que las princesas pudieran ser prostitutas.

—¡De todo hay en la vida! —me acomodó otro almohadazo.

—¡Dios las ayude! —exclamé mientras simulaba persignarme.

—¿Qué piensas de ese tipo de mujeres? —se puso serio.

—No lo sé. No las juzgo. ¿Por qué?

—¿Y qué pensarías de quienes buscan ese tipo de favores?

Puse una cara de repulsión. Eso era diferente.

—Supongo que tampoco debería importarme —dije indiferente; sin embargo, el dulce semblante de mi novio cambió de expresión. Había visto el gesto de desaprobación que se había dibujado en mi rostro con su pregunta.

Otra vez su ánimo se vino abajo.

—Tengo que confesarte algo, Annia.

Dejé sobre la cama la almohada que pensaba lanzarle. Su semblante me puso sobreaviso.

—¿Es algo muy grave? No me digas nada que pueda empañar nuestra felicidad —rogué.

—¿Me dejarías hablar primero?

Entonces lo escuché.

—Todo lo que se dice de mí es verdad. Ya lo sabes, ¿no?

—¡No me interesa tu pasado!

—Annia —me tomó de las manos—, eres la única mujer a la que he respetado.

Sí, yo sabía perfectamente eso. El idiota de su amigo se había encargado de darme la noticia.

—Y te lo agradezco... —dije por lo bajo.

Aarón suspiró.

—He estado con muchas mujeres.

—¿Cuántas son muchas? —pregunté infantilmente—. ¿Tres? ¿Seis? ¿Diez?

—Muchas, Annia. ¡Muchas!

—¿Mil?

Él se carcajeó.

—¡No tantas!

—No me importa, Aarón —le dije tiernamente mientras acariciaba su mejilla—. Nunca me ha interesado tu pasado, ni me interesará algún día.

—¿Ni siquiera si te digo que le pagué a mujeres como Vivian para que estuvieran conmigo? —preguntó, confiando en que mi respuesta le quitaría un peso de encima.

—¿Qué dices? ¿Que le has pagado a mujeres de la calle para que se acuesten contigo?

Aarón asintió. De pronto, todas mis convicciones y mis lecciones de moralidad asaltaron mi cabeza. Como siempre, mis prejuicios gobernaron mi entendimiento y me alteraron.

De pronto quise saber todo lo relacionado con el pasado de Aarón y todas sus relaciones con ese tipo de mujeres. Sabía que los chicos a veces hacen cosas como esa, pero quise saber por qué lo había hecho, con cuántas de ellas había estado. Bombardeé a mi pobre novio con un sinfín de preguntas: cómo, cuándo, dónde y por qué.

Él se veía confundido; no obstante, trató de responderme lo más acertadamente posible sin entrar en morbosos detalles. Yo no lo podía creer... El pasado de mi novio era agobiante. De pronto recordé los ponzoñosos comentarios de Clara y de Rubén. Conque ese era el pasado al que se referían... Me quedé muda durante un largo tiempo. Sé que debí haber dicho que no me importaba, que nuestro presente era lo único que nos debía interesar, pero nada de eso acudió a mi boca.

—¿Tanto te importa? —me preguntó después de que mi silencio empezó a preocuparlo.

No le respondí. Necesitaba tiempo para pensar.

—No debí decirte nada —se lamentó.

Ya era muy tarde para eso.

Cuando el reloj marcó las once de la noche, mi madre tocó la puerta.

—¡Suficiente! —exclamó.

—Debes irte, Aarón —dije inexpresivamente.

Aarón me dio un beso en la frente y se detuvo en la puerta de mi habitación.

—¿Cuándo te veré? —preguntó, esperanzado.

Y de nuevo fui tan estúpida como para responderle:

—No lo sé...

Una mueca de sufrimiento se dibujó en su rostro una vez más.

Si había alguien en esa relación que hacía las cosas mal, era yo. Pero no sabía el daño tan grande que le estaba haciendo.

Había cometido otro error del que pronto me arrepentiría.

ADIÓS, CLARA

Cuando me di cuenta de que no tenía nada mejor que hacer durante mis vacaciones de verano que pasarme el día en mi cuarto en pijamas, viendo televisión y comiendo frituras hasta hastiarme, me sobrevino la idea de visitar a mi abuelo. Después de todo, tendría casi tres meses de ociosidad, y dedicaría uno de ellos a mi querido y solitario abuelo.

Podía imaginar su sonrisa extendiéndose en su rostro cuando me viera entrar por la puerta, cargada de regalos y de maletas, para pasar todo un mes en la misteriosa mansión de Vermont. Aunque al principio mi madre se mostró renuente con mi inesperada decisión, me valí de los mejores pretextos para hacerla entender que mi abuelo me necesitaba. Yo podía llenar sus horas de soledad y poner en su cara envejecida la sonrisa que tanto me gustaba observar.

Hasta ese día, y desde mis diecisiete años, solo había pasado en casa de mi abuelo un fin de semana de cada mes. Los primeros años de mis visitas, el abuelo aún conservaba su lozanía; pese a que ya había sufrido el accidente que lo confinó para siempre a una silla de ruedas y que, a menudo, descubriera en sus ojos sombras de tristeza, sabía que hacía todo lo posible para no agobiarme ni hacerme pasar malos ratos. Jugábamos partidas de póker o Monopoly, o tan solo se entretenía mostrándome sus colecciones de monedas y antiguos cachivaches; claro, antes de que sus migrañas empezaran a agravarse y le resultara imprescindible ingerir medicamentos que lo sumían en un profundo sueño.

Al final de cuentas, y gracias a mi terquedad, mi madre accedió.

Pero mis intenciones, a pesar de ser buenas, tenían un doble propósito. Tracé mis planes a la perfección.

Le dedicaría a mi abuelo todo un mes de mi vida, pero también debía descifrar los secretos de aquella casona. No me había olvidado del rubio mechón de pelo ni tampoco de la extraña habitación rosada. Tampoco me explicaba la indiferencia que mostraba mi madre hacia un viejo al que ya no le quedaba ninguna otra ilusión en su vida más que reconciliarse con su hija y gozar del amor de su nieta.

Eran demasiados interrogantes. Dejé de preguntar cuando supe que el mutismo de mi madre la acompañaría hasta el día de su muerte.

No vería a Aarón durante todo el mes de agosto. Ya me había preparado mentalmente para nuestra corta separación. Después de todo, podría montarse en un autobús y visitarme. Tenía la seguridad de que mi abuelo no mostraría ningún inconveniente, incluso si decidiera quedarse en una de las tantas habitaciones polvorientas y destartaladas. Aunque yo no quería que mi novio pasara ningún tipo de penuria o incomodidad, si él quería visitarme no se lo iba a impedir. Al contrario: me habría hecho muy feliz que mi abuelo conociera a mi adorado Aarón.

Aarón me dejó marchar, no sin antes expresarme con sus bellos ojos ambarinos lo mucho que me extrañaría. Me despedí de él un viernes por la tarde. Después de la injustificada paranoia que me había hecho presa días atrás, Aarón se había vuelto más callado y reservado. Jamás volvió a hablarme de su pasado, cosa que agradecí internamente porque, pese a que dejé de preguntar, me seguía incomodando. Desde el día en que estallé contra él, a pesar de que le pedí perdón una y otra vez, no volví a ver en su semblante su sonrisa descuidada ni esos ojos despreocupados y chispeantes; menos aún a escuchar esa risa contagiosa con que lo conocí. A veces me preguntaba si mi presencia en realidad lo hacía tan feliz como él decía.

Se había apartado de sus amigos, y ellos me culpaban solamente a mí, a la bruja que lo había engatusado y lo tenía comiendo de la palma de su mano.

Poco a poco fui descubriendo que aquel Aarón al que yo miraba introducirse en el aula de clase alardeando y fanfarroneando con las chicas, riendo a carcajadas con sus amigos y sacando de quicio a los profesores, había desaparecido por completo. Solo habían pasado seis meses desde que se enamoró de mí. Me preguntaba constantemente si acaso era yo la causa de su ensimismamiento y su constante desánimo, o si en verdad Aarón nunca fue un hombre seguro de sí mismo y, al igual que su madrastra, utilizaba una máscara perfecta que nos hizo creer a todos que era algo que en realidad no era.

Cuando estos pensamientos me asaltaban, no dudaba en culpar a la única persona que yo creía que tenía una influencia negativa sobre él, y esa era sin duda alguna Rosemary Hale. Esa señora, con toda su elegancia y su montón de joyas colgadas en cuello y orejas, era la culpable. Lo podía jurar. Pero algo tenía que estar haciendo yo mal para que la persona a la que tanto amaba no recuperara su sonrisa genuina, ni siquiera cuando se encontraba conmigo.

Antes de viajar a Vermont, decidí visitar a Clara. Me cansé de esperar un perdón que su boca carmesí jamás pronunció. Cada vez que contestaba el teléfono deseaba escuchar su voz cantante, tarareando las palabras, pidiéndome que todo fuera como antes. Pero ella nunca llamó.

Mario me alarmó con sus preocupaciones acerca de mi amiga. Según él, se le veía triste, vagando por la casa solitariamente de un lado a otro, como si quisiera encontrar algo. Cuando salía con alguna de sus otras amigas no tardaba en volver a casa, y ya ni siquiera le pedía que la llevase a realizar sus interminables compras. Me pidió que la visitara y comprobara si era nuestro distanciamiento el culpable de la actitud desganada de su hermana.

Me deshice de todo mi orgullo y me armé de valor para visitarla. Aún deseaba gritarle en su cara lo mucho que me había lastimado, pero tuve que hacer un recuento de todas las cosas positivas y los buenos momentos que nuestra amistad me había dado, mientras recorría a pie las calles que me llevarían hacia su hogar.

Cuando me sentí lista y llené mi mente y mi corazón de pensamientos e ideas positivas, toqué el timbre de su puerta. La chica de la limpieza me abrió. Pedí ver a Clara, pero en menos de lo que pensé me encontraba detrás de la puerta de su cuarto.

Toda la vida entré sin anunciarme. Yo era parte de la familia. Mi amiga no respondió por más que toqué la puerta; entonces temí que algo malo pudiera estar pasando dentro de aquella habitación en donde habíamos compartido tantos buenos ratos. No era común que Clara no respondiera inmediatamente. Giré la perilla, sin importarme nada. Clara estaba de pie, enfrente de su peinador, con los ojos muy fijos en su reflejo.

—Clara... —me atreví a decir.

Alcancé a divisar mi propio reflejo en su amplio espejo. Su mirada distraída de pronto mostró un cierto interés.

—Estás aquí... —susurró.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, introduciéndome por completo en la habitación esmeralda.

Su voz se tornó fría. Dio una media vuelta para encararme.

—¿A qué has venido? —cuestionó, hosca.

Ni por un segundo pasó por mi cabeza que ella pudiera dirigirse a mí de esa manera. Me pregunté a qué había ido: ¿a rogarle que se disculpara? Pero eso era algo por demás absurdo. Contuve las ganas de restregarle en la cara el sufrimiento que me había causado aquella odiosa noche de junio. Respiré hondo y me animé a decir:

—Estoy preocupada por ti. —Doblegando mi orgullo, forcé mis siguientes palabras—. Te extraño mucho.

Soltó una risita y me miró desafiante.

—Sigues siendo la misma de siempre, Anny —rió por lo bajo—. Vienes a congraciarte conmigo aunque me quise robar a tu novio. ¡Eres tan buena y noble como siempre! Tú y la Madre Teresa tienen mucho en común. ¿Sabías eso?

Con una sonrisa irónica me miró de arriba abajo.

—Siempre me has perdonado, aun cuando éramos chiquillas y envidiaba alguno de tus juguetes: terminabas obsequiándomelo. Nunca entendí por qué lo hacías. ¿Me obsequiarás a Aarón esta vez?

Enfurecí ante su comentario. Entonces estallé:

—¿Pero qué diablos te pasa y qué tienes en mi contra? ¿No se supone que eras mi amiga? ¿Por qué tuviste que actuar de esa manera?

—¿No se suponía que tú eras mi amiga, Annia? —corrigió—. ¿No me prometiste siempre que ningún hombre nos separaría? —De pronto comenzó a gritarme—. ¡¿No juraste que preferirías nuestra amistad antes que a algún chico?! ¡¿En qué momento olvidaste todas tus promesas?!

Hizo una pausa.

—Aarón era mío... Aarón se fijó en mí antes que en ti —dijo con tono de dolor—. ¿Por qué tuviste que atravesarte en nuestros caminos?

No lo podía creer. Clara aún seguía pensando que Aarón se había enamorado de ella y que, de alguna manera, yo se lo había arrebatado. Quise explicar:

—Clara, yo siempre seré tu amiga... siempre hemos sido como hermanas...

Iba a seguir hablando, pero me interrumpió:

—¿Dejarías a Aarón por mí? ¿Lo harías para salvar nuestra amistad, Annia?

No contesté. Eso era algo que estaba fuera de mi control. Yo no renunciaría al amor de Aarón, ni siquiera por mi amiga, quien mostraba solamente una actitud egoísta. Después de todo, él solo mostró interés por Clara aquel día en que ella lo sorprendió en su casa platicando con Mario, y después un poco en la fiesta de la primavera. ¿Cómo podía decir que yo me había interpuesto entre ambos?

Ante mi silencio, Clara entendió mi negativa y me dio la espalda.

—No sé a qué has venido. Es claro que tú y yo no podemos ser amigas otra vez.

—¡No puedes decir eso! —rogué, y por un momento sentí que los papeles se habían invertido. Ahora era yo quien pedía el perdón, pero lo asumí—. ¡Discúlpame si te hice daño! ¡Pero yo quiero a Aarón, y también te quiero a ti! ¿No podemos ser todos amigos como antes? —pregunté, ilusamente.

Ella rio nuevamente. Guardó silencio por unos segundos. Desató la liga que sostenía sus cabellos en una coleta y peinó con sus dedos algunos mechones. Su mirada se tornó ausente. Entonces, para mi sorpresa, preguntó:

—¿Es porque no tengo la imponente melena de Annia que nadie se fija en mí? ¿Debería dejar crecer mi cabello?

No contesté. Ella prosiguió, como si estuviera hablando sola:

—Mi madre tenía una cabellera rubia y abundante; sin embargo, ella solo me heredó esto —miró el mechón que tenía entre sus manos—, las sobras. ¡Qué injusto! ¿No lo crees? ¡Ojalá mi cabello brillara la mitad de lo que el de ella lo hacía! ¡Ojalá no hubiera sacado estos hilos lacios de mi padre! La vida ha sido injusta conmigo... Mira: mis ojos esmeralda, como los de ella, pero tan pequeños como los de mi padre...

Entonces se giró para mirarme nuevamente.

—¿Por qué mis ojos no son tan grandes como los tuyos, Anny? —imprimió en su pregunta la ingenuidad de un infante—. ¿Ni mis pestañas son tupidas como las tuyas? ¿De qué me sirve tener ojos de color si son tus ojos castaños los que roban la atención?

—Clara, tú eres hermosa —dije mientras aún continuaba atónita por el monólogo de mi amiga—. ¡Eres bella! ¡Mírate al espejo y dime si no eres más hermosa que yo!

Me obedeció. Examinó su reflejo y preguntó, desconsolada:

—Entonces... ¿por qué todos te prefieren? Tienes el amor de todos los que te rodean.

—No seas tonta, Clara. ¡También te quieren a ti!

—¿Sabes por qué se marchó mi madre?

No. Yo no lo sabía. Ella prosiguió:

—Mi padre la desatendió tanto que ella buscó el cariño de otro. ¿Sabías eso? Mi adorada madre se fugó dejándonos solos a Mario y a mí. No le bastó el amor de sus hijos...

Eso decía la gente, pero nunca quise entrar en detalles ni preguntarle a Clara qué era lo que había pasado.

—Mi padre la descubrió, Annia, y la echó de casa. Mario piensa que yo no lo recuerdo. Él me encerró en mi cuarto y subió el volumen del televisor a todo lo que daba... pero yo lo recuerdo, lo recuerdo muy bien. ¡Yo podía escucharla! Ella gritaba al pie de la escalera, diciéndole a mi padre que no podía quitarle a sus hijos, pero él se mostró implacable y la sacó a empellones de nuestra casa. Afuera ella chillaba y rogaba, pero mi padre no volvió a abrirle la puerta.

Permanecí en silencio. Era la primera vez que Clara hablaba sobre su madre.

—¿Qué clase de madre era, Annia? ¿Cómo pudo preferir a un hombre antes que a sus dos hijos? ¿Por qué nunca intentó establecer contacto con nosotros? ¿Por qué nunca se interesó en recuperarnos?

Yo seguía muda.

—El resto lo sabes tú... Cuando ella agonizaba nos envió una carta... ¡una sola carta después de cinco años! Mario y yo fuimos a verla a Vermont. ¿Qué estaba haciendo allá, Annia, estando tan cerca de nosotros? ¿Por qué nunca volvió?

»Yo quise llorar, Annia, te lo juro. Quise perdonarla. ¿Pero cómo perdonar a la mujer que prefirió a un hombre antes que a sus propios hijos? Nunca la perdoné. Nunca lo haré... Todas esas palabras dulces no fueron más que hipocresía, cosas que ella nunca sintió por nosotros. Si nos hubiera amado... ¿se habría marchado de nuestras vidas como lo hizo?

»Yo estoy sola. Siempre lo he estado —continuó—. Solo tengo a Mario. Mi padre ni siquiera me mira a los ojos desde que mi madre lo traicionó. ¿Tanto le recuerdo a ella? Todos me creen vacía y superficial... ¿Crees que me hace feliz que mi padre compre mi cariño con dinero y con incontables tarjetas de crédito? Por eso las utilizo todas. Por eso compro tantas excentricidades y ropa que nunca uso. Porque nunca me llamará a su estudio, aunque sea para reclamarme el uso desmedido de mis tarjetas de crédito. No. ¡Él nunca lo hará! Él solo pagará mis cuentas sin siquiera preguntarse si yo me encuentro bien, si necesito algo más que dinero de su parte.

»Yo cambiaría la mitad o incluso todo lo que tengo por al menos una muestra de cariño de mi padre. ¡Pero mi madre tuvo que arruinarlo todo! Antes mi padre me miraba. Antes mi padre me sonreía como te sonreía el tuyo.

—¡No estás sola! —interrumpí antes de que continuara su lastimero relato—. ¡Yo siempre he estado a tu lado, Clara! Crecimos juntas. ¡Somos como hermanas! ¡Yo nunca te he abandonado!

—No, Annia... nunca fuimos amigas, ni nunca lo seremos. Siempre he envidiado todo lo que tienes. Tu padre siempre te quiso más de lo que el mío lo hizo alguna vez. Los chicos siempre terminan fijándose en ti. A pesar de todos mis esfuerzos por opacarte, tú siempre brillas más que yo, sin siquiera proponértelo.

»Además... —señaló con inmenso dolor— tú preferiste a un hombre antes que a mí, tal como lo hizo mi madre. Tú dijiste quererme y me hiciste promesas, tal como lo hizo ella. Pero solo fueron palabras, Annia. Al final, al igual que mi madre, tú tampoco pudiste quererme...

Me miró con ojos llorosos.

—¿Qué clase de persona soy que nadie puede amarme?

—No digas eso, Clara —sentí que un dolor en mi pecho empezaba a crecer.

Era la primera vez que escuchaba el corazón dolorido de mi amiga. Hasta entonces había pensado que ella era feliz. ¡Cuán equivocada

estaba! Tras esa bella carita y sonrisa traviesa se encontraba un inmenso pesar, tan grande y tan hondo como un oscuro pozo sin fondo.

—¡Yo te quiero! —insistí.

—No, Annia... no es así. Eres igual que ella, y yo no puedo confiar en ti.

Se encaminó a la puerta, esquivando mis ojos suplicantes. Se detuvo antes de llegar a la entrada y me dirigió una última mirada melancólica.

—Siento haberle robado un beso a tu novio. Él no tuvo la culpa de nada —dijo mientras giraba la perilla de la puerta—. Ya conoces la salida —me aclaró antes de salir de su habitación.

Con el corazón atribulado y las lágrimas surcando sin piedad mis mejillas, salí de la casa Sanford, de aquel lugar donde fui bien recibida durante años y donde vivía una tierna chica que solía quererme y confiaba en mí.

De pronto me di cuenta de que durante toda mi vida había estado ciega. Yo, que me jactaba de ser tan perceptiva, había ignorado por completo la fragilidad del alma de Clara. Nunca pude ver, a través de sus ojos cristalinos, todo el dolor y el resentimiento que habitaba en ella. Solo me dediqué a ver el lado bueno de las cosas.

Nunca supe entender a mi amiga. Nunca conocí realmente su interior.

Mientras sorteaba las calles, todos nuestros momentos juntas acudían a mi cabeza, martillándola una y otra vez. Sentía como si alguien hubiera extraído un trozo de mi corazón y lo hubiera tirado para siempre en un lugar donde yo nunca lo podría encontrar.

La había perdido. Nunca más volveríamos a ser amigas. «¿Acaso... alguna vez lo fuimos?»

LO QUE ENCONTRÉ EN CASA DEL ABUELO

Llamé a Clara en repetidas ocasiones cuando me encontraba en Vermont, pero ella nunca contestó. En mi corazón aún guardaba la esperanza de que recapacitaría y me daría otra oportunidad para demostrarle que la quería, que siempre lo había hecho y que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para hacerla feliz.

Lo que fuera, menos renunciar a Aarón...

No podía renunciar al hombre que me amaba y parecía necesitarme tanto. Y, sin embargo, ahí estaba yo: metida en la casa Riveira, con mis dobles intenciones nada honorables.

Tal como lo había imaginado, mi abuelo se sintió feliz por tenerme a su lado el caluroso mes de agosto; no así el viejo Raymond ni la floja de Claudette, quienes torcieron la boca al verme y solo se limitaron a saludarme por mera cortesía.

Con un voluminoso equipaje de mano y montones de regalos para mi abuelo, me preparé para instalarme en la polvorienta mansión. Claudette limpió —según ella— la habitación del cuarto de huéspedes que se encontraba en el piso de abajo. Mi abuelo ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que se utilizó. "Mi abuelo pensó en todo", pensé, y me enternecí. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando vi, en conjunto, las rápidas pero apropiadas mejoras que ordenó antes de mi llegada.

La que sería mi cama lucía una bella colcha púrpura, con peluches y almohadas de colores pastel chillantes, propios de una niña pequeña, no de una joven de veinte años.

Me reí con ternura cuando tomé entre mis manos un gran caballo de felpa, casi de la mitad de mi estatura, que se encontraba recargado en mi cama, sentado sobre sus dos patas traseras. Su cola esponjosa se desparramaba en todas direcciones y sostenía entre sus mandíbulas una zanahoria.

—Es precioso, ¿no? —me preguntó él—. ¿Verdad que te gusta cabalgar?

Para ser sincera, me moría de miedo de solo pensarlo. Las pocas veces que lo había intentado, con mi madre a mi lado, ella terminaba perdiendo la paciencia, pues yo nunca conseguí que el caballo girase en la dirección correcta ni supe cuándo apretar los flancos para que el animal se detuviera. En varias ocasiones se me había desbocado y yo me abrazaba como una tonta a su cuello, implorando que detuviera su alocada carrera. En fin, fueron más los sustos que mi pobre madre se llevó que lo que logró enseñarme.

Ella, en cambio, era perfecta: su postura erguida pero relajada, su mirada siempre altiva y segura. La manera como sostenía las riendas y esa ecuanimidad que poseía era exactamente todo lo que yo no tenía. Me sonreía con su bello rostro, que apenas se veía debajo de su casco; con sus cabellos recogidos y sosteniendo hábilmente las riendas para infundirme seguridad. Pero nada de eso funcionó. Ni siquiera las clases de equitación pudieron enseñarme cómo subir al caballo sin tener que padecer antes un vergonzoso intento por impulsarme; porque al meter el pie izquierdo en el estribo y, por alguna razón que nunca comprendí, lo dejaba siempre atorado. ¡Y eso que ese era el primer paso!

Pero le mentí.

—¡Sí, abuelo! ¡Me gusta mucho!

—¡Yo lo sabía! ¡Eres como tu madre! ¡Por eso te lo compré!

Lo abracé y lo llené de besos en agradecimiento. No le iba a romper su mundo de felicidad.

Lo curioso era que a mi abuelo aún le gustara pensar en los caballos. Según me contó mi madre, el accidente que sufrió había

sucedido mientras montaba su adorado pura sangre en su casa de campo.

Ya habían pasado tres años. Cayó de espaldas, rompiéndose algunas vértebras del cuello. Al principio solo podía mover un poco los brazos y las manos, pero después de algunas cirugías y otros cuidados pudo recuperar el movimiento poco a poco. Los médicos no se mostraban del todo desesperanzados. Si mi abuelo quería entrar en un programa de investigación para restaurar sus vértebras rotas, lo podía hacer. Tenía el dinero suficiente como para intentarlo; o incluso podrían adaptarle unas piernas artificiales que le permitieran caminar de nuevo.

—¡No quiero parecer un robot asesino haciendo ruido cada vez que tenga que moverme! —era lo que siempre decía si yo le mencionaba el tema.

—Terminator es guapo... —le bromeaba, y entonces se carcajeaba.

Nunca entendí la actitud de mi abuelo. Bueno, yo no entendía la actitud de nadie, pero la suya era la más extraña. Él aún conservaba su papelera en Bennington y poseía fondos para hacerla funcionar nuevamente, o incluso arrancar un nuevo proyecto si así se lo proponía. ¡Él había sido un genio en los negocios! Era como el rey Midas. Que estuviera inválido no significaba que su mente se hubiera paralizado también. Pero era su desgano y el inacabable pozo de tristeza en que había caído lo que frenaba su actitud emprendedora y su deseo de salir adelante. No supe nunca cómo había conseguido seguir con vida prácticamente en estado vegetal. A qué clase de recuerdo se aferraba.

Pero yo estaba ahí para descubrirlo. Las preguntas que aquejaban a mi cabeza, tarde o temprano tendrían respuesta.

Además de mis adorables peluches, mi maravillosa alfombra y mi esponjosa cama, mi abuelo se las había ingeniado para llevarme un televisor y un reproductor de DVD. Una pila de películas se erguía a un lado del aparato.

—¡Santo cielo! —exclamé mientras recorría con el dedo índice el grueso cable que estaba conectado detrás del televisor. Le seguí la pista hasta que descubrí que atravesaba la pared de mi habitación para luego perderse de vista—. ¿Televisión por cable?

Mi abuelo sonrió y batió las palmas como un niño.

—¿Te he sorprendido, verdad que sí?

Estaba anonadada. Aunque nunca me había quejado, él debió adivinar mis incontables horas de aburrimiento en esa casa mientras echaba la siesta.

—Eso es para que veas que tu abuelo no vive en el siglo pasado. ¡No, señor!

—¿Y le has puesto televisión de paga a toda la casa? —pregunté asombrada.

—No, qué va. Yo solo necesito escuchar las noticias. Lo he puesto solo para ti. Y mira dentro del ropero.

Hermosos vestidos y zapatos de todos colores se amontonaban en el viejo y modesto ropero. Los saqué uno por uno. El gusto de mi abuelo era simplemente perfecto. "¡Caray! Si mi abuelo sigue así —pensaba— definitivamente terminaré mudándome con él".

Me abalancé hacia él para abrazarlo y darle muchos más besos. Él sonreía mucho. ¡Cómo me gustaba verlo sonreír!

❀❁⊱✿⊰❁❀

Los días con mi abuelo fueron de maravilla. Nos levantábamos a las ocho de la mañana, tomábamos el desayuno en la vieja cocina y después salíamos al jardín. Por las tardes veíamos algún programa de televisión o jugábamos algún juego de mesa; después leíamos un poco, él tomaba su siesta y luego nos reuníamos para cenar y terminábamos leyendo algunos fragmentos de la Biblia antes de ir a dormir. Siempre en ese orden.

—¿Por qué se encuentran tan descuidados tus jardines? —pregunté una tarde en la que nos encontrábamos sentados en el porche de la

entrada.

Mi abuelo bajó la vista; casi temí que no me respondería, pero sí lo hizo:

—Porque a nadie le interesa ya mirarlos... —dijo con tristeza.

—A mí sí me gustaría verlos de nuevo, abuelito.

Su mente pareció viajar por el tiempo hacia un lugar que no me reveló.

—Algún día, pequeña... Algún día estos jardines volverán a vivir. — Una sonrisa soñadora se dibujó tiernamente en su rostro mientras observaba las hojas marchitas arrastradas por el viento.

Un día desperté mucho más tarde. Ni siquiera me había desvelado el día anterior, pero sentí que un inmenso cansancio de pronto me asaltaba. Me levanté como de rayo, tratando de recordar si había soñado algo... Nada. Vacío como siempre. Pensaba que tal vez lo olvidaba al despertar. "¡Qué desperdicio tener que dormir!"

Me levanté medio atolondrada. Mi estómago hacía unos ruidos espantosos que bien podían escucharse a un kilómetro a la redonda.

Me dirigí inmediatamente a la cocina, dispuesta a devorar lo que fuera mientras estuviera muerto y, al menos, medio cocido. Todavía somnolienta, intenté abrir la puerta, pero unas voces graves me detuvieron. Entonces guardé distancia y agucé el oído. No reconocía ninguna de ellas al principio, pero después supe que eran mi abuelo y Claudette.

—¡Anda, vieja floja, que para eso te pago setecientos dólares semanales! ¡Sube a la habitación rosa y límpiala de nuevo! —dijo él.

—¡Pero si ya lo hice la semana pasada! —replicó la mujer.

—Te aprovechas porque estoy anclado en esta silla de ruedas, pero sé muy bien que holgazaneas y que es mentira que la aseas como debe de ser.

—¡Iré de nuevo, viejo necio! ¡Como siempre! ¡Siempre la limpio como usted lo ordena! ¿No le dice Raymond lo bien que luce?

La voz grave y visceral que utilizaba mi abuelo para dirigirse a Claudette me sonó totalmente desconocida. Siempre la había oído suave y melódica.

De un salto me alejé y me escondí a un costado de la pared. Mi abuelo salió azotando la puerta de vaivén y siguió su camino.

Me acerqué de nuevo procurando no hacer ruido, y miré a través de las tablillas de la puerta. Murmuraban el ama de llaves y una chiquilla desaliñada que recogía unos cabellos rizados en una pañoleta.

—¡Ese viejo está más loco que una cabra! ¡Tanta devoción por una muerta!

—Mmm... Pero si él no se da cuenta si aseas la habitación, ¿qué más da? —preguntó la chiquilla—. ¡Es ese viejo de Raymond quien lo tiene bien informado de todo! No hace otra cosa que merodear por la casa en busca de no sé qué, y cuando ve algún defecto corre a decírselo a ese otro viejo achacoso.

—No debería importarte —dijo la otra con aire despectivo, luego de dar un sorbo a su taza de café—. De todas maneras, el viejo te paga bien.

—¡Sí! ¡Lo sé, Lisa! En ningún otro lugar me pagarían lo que este viejo odioso me da. ¡Pero a veces no lo soporto!

—Ya, mamá —repuso la chica—, no te quejes... Eso es más de lo que yo recibo al mes en ese horrible asilo.

Claudette empezó a lavar lo que supuse que eran unos tomates. Su hija preguntó cuando depositaba su taza en la mesa:

—¿Y cuánto hace que se murió?

Claudette dudó por unos momentos.

—Hace casi cuatro años.

—Casi no me acuerdo de ella. ¿Era bonita? —preguntó la hija.

La vieja se rio.

—¡Tan bonita que esa fue su maldición!

—Qué miedo, mamá... Qué bueno que yo salí igual que tú. Al menos algo bueno tiene eso de ser fea.

—Qué estúpida eres, Lisa...

—Bueno, será mejor que me apure y me vaya a trabajar. Esos ancianos odiosos ya deben estar despertando.

—Yo iré a arreglar la dichosa habitación. Ese bocafloja de Raymond no tardará en llevarle el chisme al viejo de que yo no he subido desde hace más de un mes. Claro, como lo único que hace es acompañar al anciano a ponerle flores a sus muertas, cree que él se debe llevar todas las palmas.

—Sí, mamá... sí...

Lisa se levantó abruptamente de la silla. Retrocedí antes de que llegara a la puerta; después avancé un poco haciendo mucho ruido, bostezando ampliamente, a manera de que creyeran que acababa de despertar. De un manotazo abrí la puerta y me encontré con sus miradas de asombro. Yo fingí sorpresa también.

—¡Buenos días, señorita! —saludó Claudette, fingiendo una cordialidad que ni ella misma creía—. ¿Qué desea para almorzar?

—¡Hola, Claudette! —respondí el saludo—. Eres muy amable... pero ¿me dejarías cocinar esta vez?

Su comida no me gustaba.

—¡Claro que sí, señorita!

Extendí la mano para saludar a la hija de Claudette.

—¡Mucho gusto! —me apresuré a decirle.

Ella me miró anonadada, sin responder a mi saludo.

—Esta hija mía... tan tonta como su padre. ¡Saluda!

—¡Mucho gusto, señorita! ¡Mi nombre es Lisa!

Le sonreí y quise iniciar una conversación, pero salió como alma que lleva el diablo, dejándonos solas a mí y a Claudette. Me apresuré a abrir el refrigerador para decidir qué cocinaría.

A partir de ahí se incluyó un nuevo elemento a la misteriosa casa. Claudette había dicho que él le llevaba flores a sus muertas... Mi abuela Estela era sin duda una de ellas. "¿Quién más...?"

Y esa habitación rosada. ¿Por qué tenía que ser la única de las dos alas superiores que debía estar limpia? No me había equivocado: alguien subía de cuando en cuando a pasarle el trapo; por eso se veía aseada. Nada que ver con las demás habitaciones, que estaban lastimosamente descuidadas.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Esa tarde, una vez que mi abuelo se echó a descansar, pensé en subir nuevamente y explorar la pequeña habitación. No había visto a Raymond desde la mañana. Andaría por ahí, holgazaneando, como decía mi abuelo. Sin embargo, parecía que gozaba de su entera confianza; no como Claudette, de quien constantemente se quejaba.

Registré todas las habitaciones del primer piso; incluso salí al jardín y lo recorrí de un lado a otro hasta que me percaté de que no había nadie cerca de mí. Sin pensarlo dos veces, me planté en el vestíbulo, al pie de la escalera. Aún con la respiración agitada, corrí lo más que pude hasta que mi frenética carrera fue detenida por los gritos de Raymond.

—¿Adónde se dirige, señorita?

—Ay... maldición... —rugí y volví sobre mis pasos.

Raymond me miró desde el ala superior. Apenas podía distinguir su figura escuálida.

—¿Sigue de curiosa, se-ño-ri-ta?

—¡No más que usted, se-ñor!

El hombre me miró con desprecio. Iba a desaparecer de mi vista, pero una oleada de rabia se apoderó de mí.

—¿Qué hace usted trepado allá arriba, si dice que el piso está por vencerse y que hay cientos de termitas y animales rastreros? ¿Qué, no le da miedo?

Él rio con sorna.

—No me da miedo. Si subí fue solo para cerciorarme de que el veneno para ratas que puse en algunas de las habitaciones esté funcionando. No es bueno que las plagas y esos animales desagradables se sigan reproduciendo.

—Viejo mentiroso —mascullé. La verdad era que me seguía.

En seguida me di cuenta de que había sido una tonta, pues yo misma había escuchado que mi abuelo mandaría a Raymond a revisar la habitación rosada. Me había puesto en evidencia y, una vez más, el viejo me había descubierto, tachándome de curiosa e inoportuna. Ahora seguiría mis movimientos mucho más de cerca. Empezaba a detestar al mayordomo.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Durante los siguientes días intenté subir a la habitación en muchas ocasiones, pero la mirada amenazadora del viejo carcelero siempre detenía mis pasos, como si nunca durmiera, comiera o fuera al baño. Peor que un perro defendiendo su hueso.

Me devanaba los sesos intentando encontrar una manera de burlar su vigilancia. Pero nada se me ocurría, aparte de locuras como encerrarlo bajo llave, ponerle un pie para que se cayera y se dislocara un tobillo o golpearlo hasta dejarlo inconsciente...

Después de mucho pensar, tuve una revelación. Sonreí de oreja a oreja y me carcajeé como loca por unos instantes: echaría en su café vespertino unas cuantas píldoras de mi abuelo. Unas dos o tres no lo matarían, pero lo harían descansar muy bien. Incluso le estaba haciendo un favor. Ese viejo necesitaba descanso. ¡Sus ojeras se lo pedían a gritos!

Llevaba en la cocina más de media hora con la cafetera humeando, fingiendo leer un libro y mordisqueando unos emparedados fríos, y el mayordomo no llegaba. Cuando había perdido la paciencia y toda esperanza, Raymond apareció. Como un adicto necesita sus dosis de droga, el viejo no reparó en mí y se dirigió inmediatamente a la

cafetera, que encendió para calentar el café ya preparado; después sirvió una generosa cantidad en un tarro de porcelana. Ni siquiera se tomó la molestia de dedicarme una mirada.

—¿Azúcar? —pregunté cínicamente, extendiéndole el bote donde se encontraban los sobres de sacarosa.

Bufó y puso los ojos en blanco.

—¡Solo la gente inculta toma el café con azúcar!

—¡Ah! Ya veo. ¡Pues qué bonita es la ignorancia! —dije mientras vertía el contenido de dos sobres en mi taza—. Si le pongo leche... ¿cree que me haga más taruga?

Me lanzó una rabiosa mirada y salió de la cocina.

—¡Igual que todas! ¡Igual que todas! —murmuró.

No había echado tres sino ¡diez píldoras! en la cafetera. Si mis cálculos no me fallaban, al menos el equivalente a tres de ellas estaban disueltas en su bebida.

Me levanté y tiré el resto del café, por si acaso el viejo volvía por más. No me caía bien, pero tampoco quería matarlo. Seguí sus pasos y comprobé que finalmente había decidido entrar en su cuartucho para descansar.

Escuchaba en silencio los ruidos del televisor y del papel al hojear revistas. No sabía cuánto tiempo debía esperar para que cayera inconsciente. Me paseé cerca de su puerta por más de una hora, pero el viejo parecía más fuerte que un caballo. Mi pobre abuelo terminaba durmiendo después de media hora y solamente tomaba dos de aquellas pastillas.

De pronto solo se oyó el ruido de la televisión. Me armé de valor y toqué la puerta levemente, pero él no respondió.

—Raaayyymooond... —me animé a decir quedamente, mientras abría la pesada puerta—. ¿Está despierto?

No escuché nada. El hombre estaba sentado en un sillón verde, con la cabeza hacia atrás. La revista que seguramente estaba leyendo

había resbalado de su mano y yacía sobre el suelo. Me acerqué un poco más.

—Raymond... —dije más fuerte, pero el hombre no respondió.

Quise creer que no lo había matado, pero no estaba segura.

—¡Raymond! —repetí en voz alta.

Lo sacudí con la mano y el viejo se bamboleó sin reaccionar.

Me llevé las manos al rostro.

Justo cuando el terror se estaba apoderando de mí, el viejo pareció incorporarse, dijo unas palabras sin sentido y se reacomodó en el sillón. Inmediatamente comenzó a roncar.

Salí con pasos agigantados. ¡Casi quería bailar de felicidad! ¡Estaba sola en la casona! Mi abuelo y el viejo dormían plácidamente y yo tenía todo el tiempo del mundo para meter mis narices donde nadie me llamaba.

Envanecida todavía por mi hazaña, subí las escaleras con pasos saltarines, tarareando una estúpida canción. Llevaba el pasador de pelo entre las manos para abrir nuevamente el cerrojo. Para mi sorpresa, la puerta se abrió sin necesidad de forzarla. La misteriosa recámara de colores pastel con su femenino baño rosado.

Cerré la puerta con cuidado y me abalancé directamente hacia el mechón dorado. Ahí estaba, envuelto en el mismo pañuelo de seda con bordes azules. Ahora que Raymond no me miraba, podía sentir la delicada textura de las hebras del cabello mientras hundía los dedos en él. Sabía que mi abuela tenía el cabello negro como el ébano, así que me inquietaba pensar de quién eran entonces esos bucles dorados y a quién le llevaba mi abuelito rosas al cementerio cada mes.

Otra vez las iniciales ante mis ojos: finamente grabadas en las esquinas de las cintas que sujetaban la coleta. Las mismas iniciales grabadas en los long play.

La cabeza me empezó a dar vueltas y, extrañamente, sentí una opresión en el pecho cuando regresé el mechón al peinador.

Tenía que averiguar quién había vivido ahí; a quién había venerado mi abuelo tanto como para tener en orden una habitación que ya nadie ocupaba. Una linda recámara en la que solamente vivía el fantasma de un recuerdo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Con manos temblorosas empecé a hurgar en los cajones del peinador. Sabía que ahí encontraría la respuesta; ahí o en cualquier otro lugar de la habitación. Busqué como una loca: abrí y cerré los cajones, los joyeros, las cómodas, el ropero; incluso me asomé al baño y busqué debajo de los lavabos. Ropas y más ropas, joyas bonitas, maquillajes y perfumes era todo lo que yo veía... hasta que una corazonada me indicó que debía voltear hacia el techo.

Había una caja. Yo había visto una como esa en el cuarto de mi madre. Una simple caja de cartón enmohecida yacía sobre el ropero contiguo a la falsa pared. Enloquecida, arrimé un pequeño banco y, después de quitar de un manotazo las incontables telarañas, tomé el objeto y bajé de un salto. La abrí con el corazón palpitando de felicidad y de miedo... ¡Al fin había dado con lo que buscaba!

Dentro había unos libros poco voluminosos, diarios al parecer. Nuevamente las iniciales I.S. figuraban en las cubiertas llenas de polvo. Elegí uno de ellos al azar y lo abrí en una página cualquiera. Empecé a leer las letras negras y deformes, que con el paso del tiempo más bien parecían garabatos por la tinta que se había escurrido en el papel amarillento.

Septiembre, 1971

¡Esa tonta de Isabel! ¡Se burló de mi poema! Dijo que una vulgar como yo nunca podría escribir poesía. ¡No la soporto! ¡Yo no me burlé de su absurda composición! ¿De qué hablaba? Ah, sí... de la vida y del amor... ¡Qué tontería! ¡No la soporto! ¿Te gusta mi dibujo? Yo soy la niña que sostiene la cuerda de la que cuelga Isabel...

Hojeé el resto y me detuve cerca de la mitad.

Diciembre, 1971

¡Hoy iré a Stowe! ¡A las montañas a conocer a los padres de Luis! ¿Serán como Estela?... o peor aún... ¿como Isabel? Estoy muy nerviosa. ¿Qué debo decir o hacer? ¿Les gustaré como nieta? No quiero que me llamen pueblerina como lo hace Isabel. Aunque, la verdad, hace tiempo que no me llama así... ¿Me estará tomando afecto? ¡Bah! No creo que esa orgullosa pueda quererme algún día...

Y más adelante...

¡Isabel y yo hicimos las paces! ¡Finalmente me considera parte de la familia! Es un buen comienzo, ¿no? ¡Maravilloso! Ambas nos disculpamos luego de que la saqué del agua congelada. Ella es una pedante, orgullosa, prepotente, pero creo que me quiere... ¡Sí! ¡Me quiere!

Me pregunté qué era todo eso. Dejé el libro y abrí otro empastado en color verde aceituna. La caligrafía sin duda era mejor que la anterior.

20 de julio, 1975

Isabel y yo fuimos a Nueva York. Bueno, también fueron Estela y Luis. No creerás que nos dejaron ir solas, ¿verdad?

Estoy tan contenta. ¡Vi todas esas hermosas y concurridas calles! ¡Parecíamos como unas pequeñas hormigas dentro de un gigantesco árbol! ¡Luis me compró unos lindos sombreros, y zapatos y más zapatos! ¡Estela compró joyas y un lujoso abrigo! Aunque no sé para qué, si es verano...

Revolví la caja y tomé otro diario en cuya tapa se leía 1977. Y tenía que abrirlo justamente en la página que comenzó a revelármelo todo. Estaba borroso, pero escrito con sumo cuidado. También tenía manchones repartidos por toda la hoja, incluso en algunas palabras; como si alguien hubiera derramado lágrimas sobre ella. Lo sabía porque yo también lo había hecho... en el pasado.

2 de abril, 1977

Me dolió dejar a Marcos sin mirar atrás. Su mirada dolida fue como una daga atravesando mi corazón. Si me quedaba un momento más, cedería; mi voluntad se quebraría y terminaría aceptándolo...

¿Verdad que hice bien? No puedo lastimar a Isabel y robarle más de lo que ya le he quitado. Ella piensa que es a mí a quien todos aman. Le demostraré que no es así. Sé que Marcos podrá amarla si yo me hago a un lado. Ella lo necesita. Él la hace sonreír... mucho más que yo.

Aunque yo lo ame...

I.S.

Incrustada en esa misma página, una pequeña nota en papel cartón descolorido terminaría por aclararme las cosas.

Para el amor de mi vida:

Mi querida Irenne... No importa el tiempo que tenga que esperar.

Siempre estaré ahí para ti. Sé que al final seremos solo tú y yo, y nos amaremos tanto que desearemos vivir dos vidas juntos.

Por siempre tuyo...

Marcos.

¡Oh! ¡Qué lejos había ido mi curiosidad! Me arrepentí, pero ya entendía por qué se me estaba prohibido subir al segundo piso. De pronto todo empezó a encajar a la perfección: el mechón rubio, las cintas de pelo, los discos de vinilo... I.S., I.S... ¡Irenne San Luis! ¡Irenne San Luis! ¡Se trataba de ella!

Podía escuchar la voz de Clara burlándose: «¿Es ese un apellido, Annia? Me suena más bien a un santo crucificado...». La madre de Clara. ¡La madre de Clara había vivido en esa casa! ¡Y con mi madre!

Las palabras de Clara seguían resonando en mi cabeza: «¡Una sola carta después de cinco años! ¡Solo una! Mario y yo fuimos a verla a Vermont... ¿Qué estaba haciendo allá?».

La madre de Clara había ido a morir ahí... a esa casa... con mi abuelo. Pero... ¿por qué?

«¿Sabes por qué se fue? Se escapó con un hombre».

¿Con quién se había escapado? ¿Con quién? ¡¿Con mi abuelo?!

«Por siempre tuyo, Marcos.»

«Me dolió dejar a Marcos...»

Recordé que mi padre me habló alguna vez de los jardines de mi abuelo, cuando cortejaba a mi madre. Me pregunté si era a ella a quien cortejaba en realidad...

Me asaltó la duda sobre si se había ido con mi padre, pero recordé que él ya había muerto cuando eso ocurrió. No, no podía ser. Quise pensar que el que escribió la nota se llamaba igual que él y que yo no recordaba su caligrafía.

«Marcos... Irenne...»

La cabeza me empezó a dar vueltas; incluso sentía ganas de vomitar. ¿Por qué nunca me dijo mi madre que Irenne había vivido con ella? Me mintió... Me dijo que se habían hecho amigas cuando estudiaban juntas. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué mi abuelo le llevaba rosas? ¿Por qué cuidaba de esa habitación? Como esperando que volviera... algún día.

Con el estómago aún revuelto, tomé la caja.

"Esto apenas comienza. Mi madre me oculta algo muy grande."

"¿Por qué, mamá? ¿Por qué?"

Descendí la escalera que nunca debí traspasar.

LAS COSAS DIFERENTES

Resolví no decirle nada a nadie, ni siquiera a Mario, mi amigo y confesor. Las siguientes tardes que pasé con mi abuelo las dediqué a leer y releer los diarios de Irenne San Luis. Mantenía el televisor prendido y a todo volumen, para que a nadie le extrañara que pasara tanto tiempo encerrada en mi habitación.

Raymond Hubert nunca se dio cuenta de que lo drogué. No despertó sino hasta el día siguiente, con una fuerte jaqueca. Irónicamente, mi abuelo le obsequió un par de sus píldoras, que el viejo engulló rápidamente, y volvió a quedarse dormido esa tarde y la mañana del día siguiente también.

—Me estoy haciendo viejo... me estoy haciendo viejo... —susurraba mientras deambulaba por la casa.

Tenía todas las pruebas en mis manos. Todo el pasado de mi madre y de la madre de Clara. De mi abuelo y de mi padre.

Me enteré de la adopción ilegal de Irenne San Luis, de cómo conoció a mi abuelo y a mi madre una tarde de 1971. Descubrí los inicios de su enfermedad y el amor de hermanas que existía entre aquellas dos jovencitas tan diferentes la una de la otra. Como Clara y yo...

Lo que descubrí en las páginas del último diario, titulado «1976-1977», me dio el tiro de gracia. Mi padre figuraba en la mayoría de los relatos. Sí. Era él. Era Marcos Sullivan quien se había enamorado de Irenne, no de mi madre. Y mi abuelo, increíblemente, mi abuelo también la amaba.

Los relatos de Irenne terminaban describiendo los detalles de los preparativos de su boda con Carlo Sanford y su infinita añoranza por Marcos, a quien no podía olvidar; su deseo de escapar de la Casa Riveira para dejarle el camino libre a mi madre. Me costaba trabajo

entender que Irenne renunciara al amor de Marcos para que mi madre fuera feliz.

El último diario era un cúmulo de relatos de añoranzas por un amor perdido y coronados por la esperanza de encontrar algún día la felicidad, pero no había nada más allá de las páginas escritas una semana antes de la boda de Irenne. Nada que me indicara qué había sucedido después.

Me sumergí en el pasado de la casa sucia y arenosa. Pude escuchar las risas de felicidad de mis padres y mi abuelo, que se escuchaban por todos los pasillos, y sentir al destino sonriéndoles a todos, dándoles la esperanza de que un futuro estaba lleno de promesas.

Esparcidas en la caja había también fotos de mi madre y de Irenne, bellas y radiantes, sonriendo y haciendo muecas graciosas. Solo entonces me di cuenta de cuán bella era aún mi madre y cuánto más podía ser si volvía a sonreír de aquella manera.

Y ahí estaba... una de los tres. Sentí una puñalada atravesando mi pecho al ver los hermosos y joviales ojos de mi padre. Esa sonrisa encantadora y ese rostro atractivo y sereno.

Me dolía saber que mi padre había amado con tanta devoción a otra mujer que no fuera mi madre... Yo lo recordaba todavía. Recordaba el tierno beso que le daba a mi madre antes de irse a trabajar y la sonrisa angelical que se dibujaba en el rostro de ella cuando él se devolvía antes de cruzar la puerta para buscar un segundo beso. «Que tengas un buen día, mi amor, nos vemos en la cena», le decía.

Cómo dolía. Él siempre tan gentil y amable, con esa sonrisa bondadosa y esos ojos cafés profundos y sinceros, bálsamos de todos los dolores y temores. Me negaba a pensar que él se hubiera marchado con Irenne. Él amaba a mi madre. Yo lo sabía. Había sido testigo de ello.

Las fechas no coincidían. Me aferré a esa idea, como se aferra un moribundo a vivir un día más: «Irenne se marchó después de que mi padre muriera... se marchó después, sí...».

Una tarde de agosto oí a mi abuelo vociferando y golpeando sonoramente la puerta de mi habitación. Apagué rápidamente el televisor, que tenía a todo volumen; escondí debajo de la cama tanto los diarios como las fotos, y abrí.

—¡Pero qué niña más sorda! ¡Tienes una llamada! —gritó.

Le sonreí y corrí hacia el vestíbulo con la mente ocupada por la pregunta que me repetía todos los días desde mi hallazgo: «¿De qué manera amó mi abuelo a su hijastra?».

Era Aarón. ¡Mi Aarón! Quise calcular cuánto tiempo había transcurrido desde aquel día que burlé la vigilancia de Raymond y hurté los diarios de Irenne. No recordaba la última vez que había hablado con él. Estaba tan sumergida en el pasado de mis padres que no sentí el tiempo transcurrir.

—¡Hola, preciosa! —me saludó—. ¿Por qué no me has llamado ni escrito? Te he llamado como loco al móvil que te di, pero está fuera de servicio.

«¿El móvil?» Ni siquiera sabía dónde lo había dejado.

—¡Está descargado! —atiné a decir—. Disculpa... ¿Cómo estás?

—Muy solo sin ti... —susurró... y yo sentí derretirme.

—Pronto nos veremos —lo animé.

—Pensé que te habías olvidado de mí... —dijo apesadumbrado.

—¡No, Aarón! No digas eso. ¡Siempre pienso en ti!

—¿Por qué entonces no me has llamado en tantos días?

No tenía idea ni de qué día era.

—Escucha, Aarón... —susurré al tiempo que miraba en todas direcciones—: ...encontré algo muy grande, un secreto que te contaré en cuanto nos veamos.

Aarón me escuchaba sin mostrar interés.

—¿Cuándo volverás?

—El primero de septiembre.

—¿Aarón? —pregunté ante el silencio que se hizo.

—¿Tú me amas, Annia? ¿En verdad me amas? —Se oía un hilo de voz. La gravedad de su tono me alarmó.

—¡Claro que te amo! ¡Te amo muchísimo! ¡Discúlpame si no te he llamado! Te contaré todo cuando regrese. Comprenderás por qué me he portado distante contigo.

—Está bien... —suspiró—. Nos vemos en septiembre.

Volví a casa dos semanas después de aquella corta llamada, pero en el tiempo que transcurrió a partir de ese día salí al centro de la ciudad en repetidas ocasiones tan solo para escribirle algunos emails que él nunca contestó. Cuando lo llamaba por teléfono, sosteníamos conversaciones cortas, porque su desánimo terminaba por dejarme apática a mí también. Tenía la esperanza de que todo volvería a la normalidad en cuanto estuviéramos frente a frente. Y aunque había transcurrido solo un mes, mientras subía al autobús de regreso a casa sentía como si el tiempo hubiese sido infinito.

Mi corazón palpitaba a todo galope. Me alegraba la idea de que me estaría esperando en la terminal, me sonreiría y me abrazaría fuertemente con sus brazos musculosos. Me levantaría en volandas y me daría montones de besos dulces y apasionados.

❀❁⊱✿⊰❁❀

En efecto, ahí estaba, esperándome, tal como me lo prometió. Pero ninguna sonrisa de felicidad se pintó en su semblante. Sus bellos ojos estaban ensombrecidos por dos oscuras cuencas, como si no hubiera dormido durante todo el tiempo que nos separamos.

Me acerqué. Luego de unos segundos pareció reaccionar; me abrazó fuertemente, aferrándose a mi cuerpo. Me inquietó que hubiera pensado que yo no iba a regresar. Después me llenó los labios de suaves y cálidos besos, hasta que los pasajeros cargados de equipajes nos empezaron a empujar, rompiendo todo el encanto que hacía vibrar nuestro ser.

—Vamos, te llevaré a tu casa —susurró, rodeando con sus brazos mi cintura y dándome un beso detrás de la oreja.

Estaba feliz de verme. Sin duda. Me llevó regalos y más regalos, y no paraba de decirme cuánto me había extrañado y necesitado.

Yo solo precisaba dejar mis maletas en mi habitación y saludar a mi madre. Al menos enterarla de mi regreso. Después, lo único que quería hacer era perderme en los brazos de Aarón y olvidarme de la realidad y del oscuro pasado que descubrí en la casa de Vermont. Yo también necesitaba a Aarón casi tanto como él a mí.

Pasamos el resto de la tarde a orillas de un lago, sentados en el áspero césped que crecía sin armonía. Recostada en su pecho, recibía sus abrazos y besos en la frente al tiempo que me susurraba al oído lo mucho que me amaba. Los rayos del sol se desparramaban en su alborotado cabello e iluminaban con gracia el perfil que tanto me gustaba. Era difícil no besarlo cuando la naturaleza lo hacía parecer aún más hermoso de lo que ya era.

Empezó a juguetear con mis cabellos. Los enredaba entre sus dedos para soltarlos después de haber formado graciosos bucles. Una familia de patos se acercó a nosotros. La madre nadaba al frente de sus críos, que formaban una escuadra.

—¿Ves al pato de la izquierda? —preguntó, señalando a una de las aves, que nadaba con dificultad—. Se llama Annia —soltó una sonrisa maliciosa.

—¿Y por qué lo llamaste así?

—¡Porque se parece a ti! —rio abiertamente—. No tiene coordinación en sus movimientos, es torpe al andar y hace lo que se le da la gana.

Me volví para darle un empujón que terminó dejándolo recostado en el césped. Entonces me atrajo hacia él.

—Pero es el pato más bonito —me dijo mientras buscaba mis labios y su dedo índice recorría mi oreja—; es único y diferente de todos los demás. No sigue el mismo rumbo y patrón que sus hermanos. Parece que siguiera solamente sus propios deseos y convicciones.

Me dejé besar tiernamente por un largo rato. Después irrumpí en un grito:

—¡Pero es un pato finalmente! ¿Algún día aprenderás cómo hacerme un cumplido?

Él se rió y dejó que descansara mi cuerpo sobre el suyo. Así permanecimos hasta que la noche comenzó a robarse los resplandores del atardecer y a teñir los árboles y el agua con una bella luz plateada. Entonces nos pusimos de pie y volvimos a casa. Más enamorados que nunca y deseando no separarnos jamás.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Septiembre y el regreso a clases me sorprendió antes de lo previsto. Sería ya el tercer año y el último del doctorado de Mario. Clara aún no quería hablarme.

Una tarde Mario llamó a la puerta de mi habitación con delicados golpes.

—¡Pasa! —le grité. Ya sabía que se trataba de él.

—¡Hola, Buñuelo! —me saludó mientras yo le hacía una seña para que se sentara en uno de los taburetes—. Estaba preocupado por ti. Hace mucho que no te veo.

—Sabes que no puedo ir a tu casa —dije melancólicamente.

—Lo sé. Confío en que Clara pronto volverá a hablarte. Sé que te extraña mucho.

—Yo también la extraño mucho —suspiré—, y me hace mucha falta.

Mario sonrió levemente con la mirada.

—Dime una cosa, Mario. ¿Estuve mal eligiendo el amor de Aarón en vez de la amistad de Clara? ¿Debí dejarlo para que ella volviera a hablarme?

Mario negó con la cabeza rotundamente.

—No, no. Escucha, Annia: tomaste la decisión correcta. Es mejor ser honesto y escuchar lo que desea el corazón. Cuando no lo hacemos

podemos cometer muchos errores...

Entonces recordé el triángulo amoroso. ¿Estaría Mario enterado de todo aquello? Aproveché la ocasión para sacar el tema a la conversación, eligiendo cuidadosamente mis palabras.

—Encontré algunos diarios en la habitación rosada, aquella que te platiqué de la casa de mi abuelo.

—¿Viste de quién eran?

Percibí la turbación en sus palabras y decidí guardarme el secreto. Mario sabía algo... casi lo podía asegurar. Pero yo me callaría hasta que a mi rompecabezas no le faltara ni una sola pieza.

—No —suspiré resignada—. El viejo Raymond me volvió a encontrar en la habitación y me sacó a empujones. Luego la cerró con doble llave, y en mi segunda exploración me encontré con que mis pasadores ya no vencían el seguro.

Mario respiró hondo.

—Bueno, Buñuelo, lo harás mejor la próxima vez.

—Mario...

—¿Sí?

—¿Por qué siempre me dices Buñuelo?

—¡Porque cuando arrugas la nariz luces como tal! ¡Y lo haces todo el tiempo! —Se carcajeó.

Me reí. Durante diez años nunca se lo pregunté, y no me molestaba en lo absoluto.

❀❁⊱✿⊰❁❀

En la escuela todo seguía como siempre. Los mismos maestros, los mismos compañeros. Solo las materias eran diferentes. En raras ocasiones me cruzaba con Clara, gracias a sus avances en los cursos de verano. Llegué a preguntarme si se había inscrito en ellos precisamente para evitarme en los cursos regulares. No me saludaba

ni con la mirada. Me sorprendía pensar que le hubiera hecho tanto daño.

Un día la seguí desde la cafetería hasta uno de sus salones; iba con Nancy y Cristy, sus nuevas amigas íntimas. Las dos rubias y con ojos de color azul, como ella.

—¡Clara!

Me miró rápidamente e hizo un comentario que no alcancé a escuchar.

—¿Qué deseas? —preguntó sin ánimos y alzando la voz.

Me sentí pequeña por unos momentos.

—¿Podemos hablar?

Ella negó con la cabeza, me hizo una seña con la mano y se dio la media vuelta. Supe que no me había perdonado. Nunca lo haría.

Pegué la media vuelta, sintiendo de nuevo el dolor en el pecho. Unos minutos más tarde oí su voz cantarina:

—Annia, ¿has hablado con Aarón en estos últimos días...?

Volteé con rapidez, creyendo ilusamente que mi amiga había vuelto, que todo sería como antes:

—...de mí? —terminó la pregunta y soltó una risilla.

Me giré a mirarla.

—¿Debería?

—¡Cómo saberlo! —Entonces rió una vez más y siguió caminando con sus nuevas amigas.

Cómo me dolía que Clara me diera la espalda, y todo porque preferí a un hombre antes que a ella. Pero yo también pensaba como ella: si hubiera sido mi verdadera amiga, me habría comprendido. Pero de nuevo el recuerdo de Irenne taladraba mi cerebro. Ella sacrificando su amor para dárselo a mi madre. ¿Sabía mi madre lo que su amiga había hecho? ¿Debí yo haber hecho lo mismo? ¿Por qué Mario me decía una y otra vez que yo había decidido lo correcto?

Aún conservaba bajo llave, en los cajones de la cama, la caja destartalada con los secretos de Irenne. Recordé entonces la caja que guardaba mi madre con tanto celo. Tenía que ser una pieza importante del rompecabezas en que se había convertido esa historia de familia.

Decidí descubrirlo un día en que mi madre fue al médico para su chequeo mensual. Me estaba convirtiendo en una experta en meterme en la vida privada de los que me rodeaban. Pero yo tenía que averiguar por qué mi madre me había ocultado que Irenne vivió en su casa cuando eran unas niñas.

Giré la llave de la puerta de su armario y removí con cuidado las prendas que estaban tendidas en el suelo. Intenté recordar a la perfección cómo estaban dispuestas las prendas que cubrían el objeto de mi interés. Tan inteligente y con la excelente memoria que tenía, no sería raro que se diera cuenta inmediatamente de que alguien había hurgado entre sus pertenencias.

Estando ante la caja, no entendía por qué mi madre había decidido conservarla en el momento en que se deshizo de todo lo que pudiera recordarle a mi padre y su pasado. La cruz de plata se presentaba ante mis ojos como la preciosa y delicada joya que era. No había sido dañada por el paso del tiempo.

La deposité en el suelo con sumo cuidado, no sin antes echar una ojeada para asegurarme de que mi madre aún no regresaba. Lo que vi a continuación me dejó pasmada: montones de cartas apelmazadas. Todas ellas en sobres rosados, sujetas por un gran listón que les daba la vuelta más de tres veces. Reconocí la caligrafía irregular y desesperada de Irenne. Saqué la primera sin deshacer el nudo del listón, porque se veía tan complicado que temí no poder reproducirlo para eliminar cualquier duda. Mis manos temblaban.

Julio, 1980

Querida Isabel, han pasado más de tres años desde que abandoné la Casa Riveira. Sé que ya no vives ahí y me atreví a mandar esta

carta a esa dirección, la única que conozco, por si alguien piadoso decide hacértela llegar algún día...

Mi amada Isabel... ¿aún sigues creyendo lo que la gente dice de mí?

Nunca me diste la oportunidad para aclarar las cosas, y yo no quise hacerte más daño del que ya te había hecho. Por eso me fui. Me fui sin voltear atrás.

Cuando las hermosas rosas, los geranios y los claveles florecen en mi jardín, o veo la altura que los setos van ganando con el paso del tiempo, recuerdo el maravilloso edén en el que solíamos divertirnos cuando éramos pequeñas... Aquel jardín de cuento de hadas que nos vio crecer y enamorarnos. ¿No podría ser todo como antes? ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Entre tu padre y yo nunca sucedió nada. Yo nunca pude sentir hacia él nada más que agradecimiento y un cariño sincero. Si él me amó, no sé de qué manera lo hizo, pero nunca buscó lastimarnos a ninguna de las tres.

Siento que fuimos atrapados por una corriente que terminó arrastrándonos a cada uno de nosotros en diferentes direcciones. Cuando quise encontrarte, tú ya estabas lejos, tan lejos que supe que te había perdido para siempre.

Muchas veces deseé no haberlos conocido, haber vuelto mis pasos aquella tarde en la que nuestros destinos se cruzaron. Pero... Isabel... ¿cómo desear no conocer a la mujer a la que siempre consideré mi hermana? Es absurdo intentar vivir sin ti... ¿Me dejarías volver a tu lado? ¿Me dejarías intentarlo una vez más? Yo no te defraudaría, Isabel... Ya no.

Intenté escribirte antes, en muchas ocasiones, pero me detenía al pensar si acaso mi nombre traería a tu vida malos recuerdos... pero... ¿cómo vivir separadas la una de la otra? Siento como si una parte de mí se hubiera quedado contigo y eso me hace sentir incompleta, vacía.

Sé que te casaste con Marcos, pero no sé dónde vives. No sé tu dirección ni cómo encontrarte. Aunque sea, ¿podríamos ir a tomar un café algún día...?

Carlo y yo vivimos en Rhode Island. Hace dos años que nos establecimos aquí. Los padres de Carlo son muy buenos conmigo, en especial su padre. Mi esposo es muy temperamental; cada vez que pierde la cabeza y se enoja conmigo, es su padre quien lo hace entrar en razón. Es un buen hombre y lo aprecio mucho.

¿Sabías que tengo un hijo? ¡Sí! Un precioso varoncito... Le he llamado Mario, como mi abuelo. ¿No es un lindo nombre? Es un principito de ojos azules y cabellera oscura. ¡Es muy inteligente! ¡Solo tiene dos años y ya sabe contar hasta cien! Cuando lo llevo al jardín de niños es el único que no llora y se dirige directamente adonde se encuentran las cajas de los legos y las pinturas. Carlo dice que tal vez será arquitecto o pintor cuando crezca.

Muchas veces lo descubro mirándome mientras hago mis quehaceres o me entretengo en cualquier cosa. Es muy analítico y siempre quiere aprender más y más. El interés por saber lo que sea brilla en sus bellos ojos.

Isabel... ¿no quisieras conocerlo? Estoy segura de que amarías a mi niño tanto como lo hago yo... ¿Podríamos comenzar de nuevo y olvidar el pasado?

Con amor, Irenne.

Dejé la carta a un lado. Era el único sobre que tenía la dirección de la casa de mi abuelo, en Vermont. Después, una serie de sobres estaban dirigidos a nuestra casa de Lynn. Mi madre respondió la carta de Irenne: ella tampoco había podido olvidarla.

En ese momento escuché el rechinido de la puerta. Mi madre había vuelto antes de lo previsto. Con rapidez introduje la carta en el manojo de sobres. Odié la temblorina de mis manos mientras intentaba poner todo en orden, y mi sobresalto cuando me di cuenta

de que no recordaba si la cruz estaba boca arriba o boca abajo. Me asusté por ese error tan grande y estúpido, pero más me aterró la posibilidad de que mi madre me encontrara allí, hurgando en su pasado. Siguiendo la lógica, supuse que debía de haber estado boca arriba, y así la situé al lado de las cartas de Irenne. Cerré la caja e hice caer sobre ella las ropas que la cubrían cuando la encontré. Giré la llave, cerré la pequeña puerta y salí de puntitas. Pero allí estaba, en el corredor, mirándome.

—¿Qué haces, Annia? —Me miró con esos ojos fríos y severos con los que a veces solía mirar.

—Iba a la cocina —tartamudeé—. Tengo hambre. ¿Cómo te fue con el médico?

—Bien, hija. Todo bajo control, como siempre. Te traje unos pastelitos; están en el comedor. —Sonrió y luego acarició levemente mi mejilla.

Cuando se dio la vuelta, pude respirar normalmente otra vez. Bajé las escaleras, rogándole a Dios que nunca se diera cuenta de que había entrado sin permiso a su habitación, visto su preciada cruz de plata y leído la carta de Irenne.

«¿Qué clase de persona era Irenne? Renunció al amor de mi padre para conservar la amistad de mi madre y para hacerla feliz». Sus palabras torcidas, impresas en ese trozo de papel, decían exactamente lo que su corazón quería expresar. Sus verdaderos y más hondos sentimientos. Ella amaba a mi madre más que a cualquier cosa o persona, más que a cualquier hombre, más que a su primer y único amor...

Angustiada, me preguntaba por qué no podía ser como ella, por qué preferí a Aarón antes que a Clara.

Mas yo no era Irenne San Luis, sino Annia Sullivan. No era ni sería nunca como ella.

PRELUDIO DE NOVIEMBRE

Si existió un mes más triste en mi vida, luego de la muerte de mi padre, fue el noviembre que siguió. No supe qué había hecho mal ni si, de haber actuado de otro modo, habría cambiado el rumbo de las cosas.

Todo comenzó en octubre, cuando el otoño arrancó gradualmente los pétalos de las rosas y las hojas de los arces y cerezos. Al igual que a Irenne, a mí no me gustaba esa estación. Solo las fuertes lilas seguían abriéndose, burlándose del tiempo y del cambio de estación, esparciendo generosamente su exquisita e inigualable fragancia, y decorando las calles con sus tonos purpúreos y blanquecinos.

Mi noviazgo perfecto con mi novio perfecto continuaba. No pasaba un día sin que nos viéramos y, aun cuando él se marchaba a su casa, me llamaba una vez más antes de dormir, al móvil que él mismo me había regalado.

Hablábamos sobre cualquier tontería y después nos decíamos todo tipo de arrumacos y palabras empalagosas que derretían nuestros oídos. Durante el día nos veíamos en la escuela, pues escogimos todas las materias juntos para estar cerca el mayor tiempo posible. No podíamos vivir el uno sin el otro; él era el aire que yo necesitaba para respirar, y yo, el remanso cálido y apacible donde él podía olvidarse de todo y descansar. La gente dejó de murmurar cuando se dio cuenta del grado de compromiso y del tipo de relación simbiótica que manteníamos.

Pero una noche no llamó. Sabía que no debía preocuparme. Que una vez dejara de llamarme no significaba que había dejado de amarme. Al día siguiente, en la escuela, me le planté enfrente, haciendo un puchero.

—¡No me llamaste anoche! —gritoneé.

Él esbozó una sonrisa.

—Se me pasó, preciosa... no volverá a suceder.

Me dio un beso en la frente y arregló mis cabellos. Cuando hacía eso me recordaba a mi padre.

Durante las clases lo noté ausente, más distraído que de costumbre, y esta vez no era yo ni mi mano buscando la suya bajo el pupitre lo que lo hacía abstraerse de la realidad. Algo estaba pasando en la cabeza de Aarón, pero yo no le di importancia. Supuse que con los días su actitud mejoraría. Pero no fue así. Poco a poco, su ensimismamiento se tornó más notorio. A veces se quedaba mirando mis ojos, tomaba con sus manazas mi barbilla y susurraba:

—Eres tan perfecta... ¿Qué haces con alguien como yo?

Yo quería abofetearlo cuando hablaba así; cada vez que lo hacía recordaba a Rosemary y sus ojos felinos ejerciendo una influencia maligna y devastadora sobre él.

—¡No soy perfecta! —le decía en repetidas ocasiones—. ¡Nadie lo es! ¡Tengo muchos defectos! ¡Incontables! Pero me amas y yo te amo a ti también, tal y como eres. ¡Tú y yo somos iguales!

Y entonces me abrazaba, pero se perdía nuevamente en sus pensamientos.

Fue un día, en que casi me pierdo en su mirada, profunda como un pozo, cuando acepté que nunca descifraría lo que pasaba por su cabeza ni podría salvarlo de sus propias pesadillas. Aarón Schein ya no era ni la sombra del chico animoso que brillaba como el sol, tan seguro de sí mismo, a quien vi entrar una vez en aquella fiesta en la que salvó mi vida.

No obstante, todos los días pasaba a recogerme para ir juntos a la universidad. ¡Qué días aquellos en los que todo parecía perfecto, en los que creía que la felicidad estaba a la vuelta de la esquina!

Cierto martes por la mañana me llamó Rosemary.

—Aarón no puede recogerte. Está enfermo.

—¿Enfermo? —salté de la silla—. ¿Qué tiene?

—Una simple gripa, pero el chico es tan débil que ha caído en cama. No te preocupes, Annia, un doctor ya ha venido a verlo. Se pondrá bien en cuestión de días.

—¿Puedo visitarlo?

—Él no quiere que vengas.

Se me heló la sangre.

—¿Por qué no?

—No quiere contagiarte; dice que no se lo perdonaría.

—¡Pero iré de todos modos! —Colgué.

Me olvidé por completo de la escuela. Eché unos cuantos libros y películas en mi bolso y unos tapabocas que encontré en el baño de mi madre. Si él no quería contagiarme, lo obligaría a utilizar uno de esos trapos, pero de ninguna manera permitiría que me alejara de su vida cuando más me necesitaba. Porque yo sabía que él me necesitaba.

Salí de mi casa, tomé el bus, luego el tren y, al final, caminé las cinco cuadras que me separaban de la casa de Aarón.

Toqué la puerta insistentemente. Estaba preparada: si Rosemary me corría, yo sería capaz de patearle la espinilla, echármele encima y desgreñarla. Le clavaría las uñas y haría lo que fuera por llegar al cuarto de mi novio. No me importaba lo que pensara de mí. No era de mi estima, y yo sabía que ella tampoco me quería.

Pero toda mi resolución se vino abajo cuando fue precisamente el padre de Aarón quien me abrió la puerta. Era un tipo corpulento, mucho más alto y rollizo que Aarón. Llevaba una barba perfectamente cortada y el bigote cubriendo por completo su labio superior.

Sus ojos eran del mismo color ambarino que los de su hijo. Era la primera vez que lo veía después de la boda de Arlette. Aunque era

lógico que no lo viera seguido, porque Aarón pasaba la mayor parte del tiempo metido en mi casa, tanto que mi madre terminó por acostumbrarse a invitarlo a comer y a cenar y empezaba a confiar en él una vez más.

—Buenas tardes —trastabillé—. ¿Puedo ver a Aarón?

El hombre me dirigió una mirada piadosa.

—Está dormido. —Suspiró—. Ha pedido que nadie lo moleste.

—Pero yo...

Me interrumpió:

—Ni siquiera tú, Annia. Déjalo descansar. Se pondrá bien en unos días.

—¿Puedo llamarle aunque sea por teléfono? —pregunté implorando con los ojos.

—Puedes intentarlo... —respondió, sereno.

Volví a mi casa con la mente totalmente confusa. ¿Por qué no querría verme? ¡A mí! ¡A su novia!

Le platiqué a mi madre lo sucedido. Ella entornó los ojos y volteó hacia la vieja chimenea que teníamos en nuestra sala de estar.

—Tal vez necesita aclarar sus ideas. Dale un tiempo considerable. —Me animó.

Me pregunté cuánto era considerable. Si una hora, tres... El caso es que yo no podía estar sin mi Aarón; era adicta a él... No podía ser que él pudiera estar sin mí.

—Sé prudente —aconsejó mi madre— y ten paciencia.

❀✿⊱✿⊰✿❀

Y la tuve. Tuve mucha paciencia. Aarón no me llamó, no contestó ni una sola de mis llamadas. Estaba triste, confundida, pero sobre todo enojada. Recorría mi habitación de extremo a extremo, intentando encontrar la respuesta a todas mis preguntas. Al fin, me di por enterada de que el resfriado era solo un pretexto.

Aarón no quería verme... Me hice añicos el cerebro pensando y pensando mientras mordisqueaba mis uñas una y otra vez: ¿por qué? ¿Era la bruja de su madrastra quien se lo impedía? ¿O su padre?

De pronto, una idea aclaró mis pensamientos: Aarón quería terminar conmigo...

Yo conocía ese comportamiento... era el mismo que Mildred Fox me había platicado mientras lloraba como histérica en el baño de mujeres. Aarón dejó de llamarle de un día para el otro sin explicarle los motivos; ni siquiera tuvo el valor de terminar con ella frente a frente.

Se le escondió durante semanas hasta que un día ella lo acorraló en su propia casa, y entonces él la terminó. ¡La aniquiló! ¡La hizo trizas!

No podía creer que quisiera hacer lo mismo conmigo. Había dicho que me amaba como nunca antes lo había hecho.

Mi madre llamó a mi puerta cuando estaba a punto de gritar una sarta de palabras obscenas dedicadas a mi novio, si es que todavía podía llamarlo así.

—¿Qué, no piensas ir a la escuela? —preguntó, echando una ojeada al reloj de pared.

Claro que iría. A la salida me dirigiría directamente a la casa de Aarón. Me le enfrentaría. Yo no era como las demás. Merecía respeto, al menos que me dijera qué demonios estaba pasando.

No tuve necesidad de hacerlo. Después de la clase de arquitectura moderna, a la que asistíamos juntos, salí del salón y, para mi sorpresa, vi a Aarón recargado en el barandal.

El maravilloso discurso que pensaba escupirle en la cara se borró de mi mente cuando lo vi allí, gallardamente vestido, con un pantalón de lino fino y una camisa amarillo mostaza, los zapatos relucientes y sus lentes oscuros que tan bien le sentaban. Era tan endiabladamente bello...

No supe cómo acercármele. Si había estado enfermo, ahora no lo parecía. No parecía siquiera que lo hubiera estado alguna vez. Aunque el cristal oscuro de los lentes me impedía ver sus ojos, su actitud y su piel lozana me revelaban que él se encontraba bien.

Tartamudeé ante tanta belleza, y su fragancia de romero y lavanda penetró en mi nariz para colarse en todo mi cuerpo.

—¿Te encuentras mejor? —balbuceé.

Él me sonrió de una manera diferente, con una sorna que me hizo palidecer. Recordé a mi chico de cabellos alborotados y ropa deportiva, que nada tenía que ver con esa copia de modelo que se exhibía delante de mí.

—Nunca he estado mejor —susurró.

Cómo odié sus lentes oscuros. Si al menos me hubiera dejado ver sus dulces ojos ambarinos, que no lo dejarían mentir... si al menos lo hubiera hecho...

La rabia me hizo gritar sin que me importara quién estuviera cerca de nosotros.

—¡Te he llamado como loca! ¡Te he ido a visitar! ¡No he sabido nada de ti durante una semana! Y todavía tienes el descaro de pararte frente a mí, con tus ropas caras y elegantes y tu aspecto pulcro, para decirme: "Nunca he estado mejor". —Imité la misma mueca que él me había hecho momentos atrás.

—Vamos a otro lugar —dijo sin expresión.

Lo seguí mientras bufaba por las escaleras. Me detuve en seco cuando adiviné adónde me llevaba.

—¿Adónde me llevas?

—¿Puedes acompañarme al estacionamiento? —me preguntó sin siquiera mirarme.

Un escalofrío recorrió mi médula espinal. Aarón iba a terminar conmigo. Lo sabía. Lo presentía. Pero no sabía por qué.

—¡Lo que tengas que decirme, dímelo ahora! —Me detuve.

—Tengo que darte algo, pero está en mi coche —contestó con ese tono gélido que ya empezaba a odiar.

«¡Oh, Aarón! ¡Mi dulce Aarón! ¿Adónde te fuiste?»

Lo seguí hasta el estacionamiento. No tardamos mucho tiempo en llegar al automóvil en el que yo solía viajar sintiéndome como una princesa, con mi príncipe a mi lado, sosteniendo mi mano, diciéndome palabras dulces y haciéndome reír a cada momento.

—¿Y bien? —Me erguí delante de él, valiéndome de la poca seguridad que me quedaba—. ¿Ahora sí me vas a explicar por qué te has comportado así?

Él se recargó en el cofre y cruzó los brazos.

—En realidad estuve enfermo, Annia —dijo con la dulce voz de siempre. Bajé la guardia en cuanto su rostro se dulcificó al pronunciar mi nombre—. No quería contagiarte...

«¿Eso es todo?»

Me sentí avergonzada del mundo de tragedia que había construido. Estuve a punto de carcajearme, pero, en su lugar, me le acerqué y tomé sus manos tiernamente.

—¡Yo pude haberte cuidado, tontito! ¿Por qué no confiaste en mí?

Él rechazó mis manos. Entonces supe que todo iba mal... otra vez.

—Déjame terminar...

Retrocedí, subí otra vez la guardia y me preparé para lo que tuviera que pasar.

—Escucha, Annia, tuve tiempo suficiente para pensar. Todos estos momentos que hemos compartido juntos han sido buenos.

Me quedé callada. Él continuó con su monólogo:

—Hay algo que debo decirte, algo que te he ocultado todo este tiempo.

Pude distinguir en sus palabras un tono melancólico. «Por favor, Aarón... sea lo que sea... ¡no me lo digas!»

Se irguió un poco más, destrabó los brazos y, por lo poco que me dejaron ver sus lentes oscuros, al parecer me miró muy fijo. Comencé a temblar.

—Eres demasiado buena para mí. No mereces estar con un tipo como yo.

—¡¿Otra vez con lo mismo, Aarón?! —estallé—. ¿Quién te mete esas ideas? Se trata de Rosemary, ¿verdad? Bien, ¡pues puedes decirle a esa señora que se vaya mucho al diablo! ¿Quién se cree ella para decirte quién es bueno para ti o quién no lo es?

Él guardó silencio por unos momentos.

—No es por ella, sino por mí mismo. Annia, escúchame, yo no puedo cambiar. Yo creí que estando contigo podría hacerlo, pero no; siempre seré el mismo.

—¡Y no me importa! —imploré—. ¡Así te quiero! ¡Así te quiero! —Estaba al punto del paroxismo—. ¡No te des por vencido! ¿No dijiste que me amabas?

Una mueca de dolor transformó su rostro. En seguida dio al traste con mi mundo de felicidad.

—No te he sido fiel...

—¿Con quién? —pregunté, tratando de dominar el temblor en mi voz —. ¿Cuándo, Aarón? ¿Por qué...?

—Fue mientras te encontrabas en casa de tu abuelo.

—¿Hace dos meses?

Asintió.

No podía creerlo. Quería golpearlo, gritarle, salir corriendo. Recogí fuerzas de donde pude y, con el corazón rompiéndose en pedazos, pregunté nuevamente:

—¿Con quién?

—Con Clara —susurró.

Sentí que me iba a desmayar, pero en ese momento recordé la voz cantarina de mi amiga: «¿No te ha platicado nada de mí?». Y

después su odiosa sonrisa triunfal. No entendía cómo se habían atrevido a herirme así. Un dolor de estómago intenso hizo que me doblara. Tuve que apoyarme en el capó de otro automóvil para no desfallecer. Tomé fuerzas como pude para hacer lo único que me urgía hacer en ese momento:

—¿Cómo fue, Aarón?... ¿Por qué?

—No te diré detalles. Solo te puedo decir que fue en mi casa. Ella fue a buscarme y se introdujo a mi habitación.

—¿Por qué no la echaste? ¿Por qué me dices esto?

—Quise mantenerlo en secreto, pero no puedo engañarte más... Yo sabía que terminaría lastimándote, y aun así te pedí que fueras mi novia.

Los dulces recuerdos de la noche en que nos hicimos novios empezaron a destrozar mi corazón, como si fueran finos alfileres.

—¿Lo dices en serio, Aarón? —pregunté en un último intento, esperanzada de que todo se tratara de una cruel broma—. ¿Es verdad lo que me dices? —terminé con un hilo de voz.

—Lo es... puedes preguntarle a Clara si dudas de mí.

El dolor se hizo más punzante y empezó a subir como enredadera hasta mi pecho, oprimiendo mis pulmones; no podía respirar... Quise tomarle de las manos, decirle que lo perdonaba, que lo perdonaría una y mil veces, pero mi orgullo frenó mis palabras.

Ese hombre no era nadie para merecer otra oportunidad después de haberme traicionado con mi mejor amiga. De pronto me sentí sola, muy sola, en un inmenso mundo que desconocía.

—No pienses en darme otra oportunidad, Annia... —dijo secamente, como leyendo mis pensamientos. Yo seguía deteniéndome con mis brazos puestos en el automóvil vecino—... lo echaría a perder nuevamente.

Quería erguirme, abandonar esa estúpida posición que siempre adquiría cuando algo me asustaba; quería, a la vez, encarármele, abofetearlo, gritar y chillar como loca. Entonces recordé a mi madre.

¿Cómo actuaría? Tomé prestado un poco de su orgullo implacable para enderezarme poco a poco, sin derramar ni una sola lágrima por el hombre que me estaba hiriendo tanto.

Aarón abrió la puerta y extrajo una bolsa de plástico. Me la entregó. Se me partió el corazón cuando pude ver a través de ella nuestras instantáneas; las tarjetas, las cartas que yo le había escrito, las entradas del cine, de los paseos por los museos y los parques de diversión, las servilletas que firmábamos en cada restaurante como prueba de nuestro amor. Todo se encontraba ahí dentro. Todo mi amor y devoción hacia él cabían en esa pequeña bolsa.

Me quedé estática, sosteniendo aquel objeto, mientras mi... mientras Aarón daba media vuelta y subía rápidamente a su automóvil, el mismo en el que me había declarado su amor apenas cinco meses atrás.

—Lo siento... —susurró mientras encendía el motor—. Ojalá que algún día puedas perdonarme.

Puso la reversa y, en dos rápidos movimientos, salió del estacionamiento, dejándome con la bolsa de nuestros recuerdos como única compañía.

Una vez que lo perdí de vista, me eché a llorar. No sé cuánto tiempo permanecí de pie en el mismo lugar, quizás esperando a que Aarón regresara, con mi corazón abierto, lacerado en todos los rincones, sin un lugar sano donde refugiarme. Me senté en la acera y sumí la cabeza entre las rodillas.

Sollozaba como una niña pequeña. Era tan intenso mi llanto que más de una persona se giró para mirarme. «¡Qué vergüenza!». En esos momentos deseé como nunca tener el temple de mi madre para soportar el dolor. ¿Cómo hizo ella para no derramar ni una lágrima el día en el que falleció mi padre?

—¿Buñuelo...? —Era una voz detrás de mí.

—¡Mario! —Levanté la cabeza y traté de limpiar mis lágrimas con las mangas del suéter.

—¿Qué te pasó? —preguntó alarmado mientras se sentaba a mi lado.

Solo hasta que pude hacer acopio de fuerzas, atiné a decir:

—Aarón terminó conmigo... —estallé de nuevo en llanto.

Me miró con sus ojos azules, dulces y tranquilos, me atrajo hacia su pecho y me abrazó.

—Cálmate, Annia —me decía una y otra vez mientras acariciaba mi cabello y besaba mi frente.

Empapé la camisa de Mario con mis lágrimas. Él seguía abrazándome con fuerza. Mis oídos escuchaban el lento y armónico latir de su corazón.

—¡Mario! —exclamé—. ¡No me dejes tú también!... ¡Nunca me dejes!

ACOPIO DE FUERZAS

Ahora que Aarón me había dejado y Clara continuaba dándome la espalda, el único ser con el que contaba era Mario. Me recogía cada mañana para llevarme al sitio donde precisamente no quería estar. Lo más difícil de la escuela era encontrarme con Aarón en las escaleras o sentarme a su lado en la mayoría de las clases. Odiaba haber acomodado mis materias para coincidir con él. Ni siquiera me miraba. Se desenvolvía ante todos como si yo jamás hubiera existido, riéndose a grandes carcajadas, como siempre.

«¿Cómo pudiste olvidarme tan rápido?». Como cada día, me asaltó la misma pregunta una mañana de principios de invierno mientras trataba torpemente de hacer los trazos de una estructura de hierro en mi lámina de dibujo. La muñeca que me había quebrado el día del accidente dolía cuando hacía frío, especialmente al dibujar.

Dudaba de que sanara algún día. Más bien estaba segura de que me seguiría doliendo para siempre, como mi corazón.

—Estúpida mano... —mascullé cuando me agaché para tomar el cabestrillo de mi mochila con la intención de colocármelo y aminorar el dolor.

Entonces descubrí que Aarón observaba mis movimientos. Me enderecé de golpe. Por un momento nuestras miradas se encontraron. Parecía decirme que no había dejado de amarme. Sostuve su mirada hasta que una sonrisa cínica retorció su rostro. En ese momento me erguí del todo. Me sentía una estúpida, rogando por su amor cuando era claro que él ya me había olvidado.

Un día, uno de los profesores tuvo la magnífica idea de acomodarnos en equipos de cuatro para resolver una lista de ecuaciones. La mala suerte parecía seguir de cerca mis pasos: Aarón

y yo quedamos en el mismo equipo porque nuestros apellidos comenzaban con «S».

Me esforcé todo lo que pude por concentrarme y resolver las benditas ecuaciones de cálculo, a las que no les encontraba ni pies ni cabeza. Aarón estaba situado justo frente de mí. Todos estaban enterados de nuestro rompimiento. Uno de los chicos de mi equipo alzó la voz para preguntarme si tenía la respuesta de la ecuación número seis.

—¿Qué? —Levanté la vista, sintiéndome confundida—. ¿La seis?

¡Si yo ni siquiera había terminado la primera!

—¡No! —le grité y me sumí en mis garabatos nuevamente.

—¿Cuántas has resuelto? —preguntó de nuevo.

—Ninguna... —rumié.

—¿Qué te pasa?, ¿estás loca? ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo mientras nosotros nos quebramos la cabeza para resolverlas? —me dijo con hosquedad.

—Estoy intentando... —dije con un hilo de voz.

—¡Pues inténtalo con ganas! ¡Nosotros no te daremos todas las respuestas; tú tienes que cooperar! Si no, ya te puedes ir buscando otro equipo. ¿No es así, chicos?

El resto del grupo asintió, incluso Aarón, quien me miraba de la manera más inexpresiva.

«¿Tú también?». Un pinchazo de tristeza enturbió mis ojos. Estaba a punto de llorar. Pero no quería que nadie me viera. Especialmente él.

Me puse de pie.

—Hagan lo que quieran. Me cambiaré de equipo —aclaré sin mirarlos.

Entonces me abrí paso entre las butacas y las mesas, encaminándome hacia la salida.

—¿Me puede excusar por un momento? —le rogué a la profesora, quien debió ver mis ojos empañados y, sin hacer ni una pregunta,

me dejó salir.

Mi coraje y autodominio se quebraron en cuanto puse un pie en el baño de mujeres del edificio. Cerré la puerta, y sollocé, y me acurruqué entre mis piernas. ¿Ese era el destino de todas las chicas que amaran a Aarón? ¿Encerrarse en los lavabos para llorar como enloquecidas?

No sé cuánto tiempo estuve en ese lugar. Me perdí toda la clase. Ni siquiera quería regresar por mi mochila.

—¡Al diablo con mis útiles!... —Me levanté y destrabé el seguro, no sin antes cerciorarme de que la irritación en los ojos no delatara lo mucho que había llorado. Arreglé como pude mi rostro desencajado y salí.

Afuera estaba Clara, de pie, como si supiera que yo me encontraba ahí adentro.

—¿Estás bien? —preguntó para mi sorpresa.

La ira se apoderó de mí.

—¡Qué te importa! —Me encaminé con decisión hacia el pasillo, haciéndola a un lado bruscamente.

Podía encarármele, preguntarle por qué me había herido tanto. Decidí que no tenía caso.

Mario recogió mi mochila y guardó mis útiles. Enrolló mis planos y los colocó en su estuche junto con mi regla T, y dirigió una furiosa mirada a Aarón.

❀✿꒰✿꒱✿❀

Un día miraba a través de la ventana de mi habitación, absorta en mis pensamientos y melancolías.

—¡Suficiente! —exclamó mi madre.

Con aire confundido me giré a mirarla.

—¡Suficiente, Annia! —repitió—. ¡No puedes pasarte toda la vida llorando por un hombre!

«¿Toda la vida? ¿Pues cuánto tiempo ha pasado?»

—¿No te dije que te alejaras de él? ¿No te advertí que esto sucedería? ¿Por qué no me obedeciste?

«Mamá... si pudieras callarte por un momento.»

Ella se acercó a mí y me atrajo hacia su regazo.

—Vamos, Annia... —me consoló—. Sal de tu mutismo. No es el único hombre al que conocerás, ni tampoco el más maravilloso. Eres muy joven. No te eches a llorar por alguien que no lo merece. Tu mundo no se ha terminado aún.

Acariciaba mis cabellos y mis mejillas por primera vez en mucho tiempo. No recordaba si me había abrazado de esa manera cuando mi padre falleció.

—Me tienes a mí —agregó—, a tu madre, quien siempre velará por ti. A tu edad los chicos van y vienen. Olvida a Aarón, y sé más prudente la próxima vez. No te dejes llevar tan fácilmente y piensa, piensa antes de enamorarte.

Era un consejo hecho a su medida...

—¡A la porra con Aarón! —Me puse de pie, reuní todas las cosas que me había regalado, las puse en una enorme bolsa de plástico y la lancé por los aires. Terminó en un solitario rincón, en la parte de arriba de mi clóset.

Mamá me sonrió. Entendí por qué se había deshecho de todo lo que le recordaba a mi padre.

Si Aarón estaba vivo y era difícil lidiar con sus recuerdos, imaginaba cuánto más difícil sería hacerlo con alguien que había muerto. Me inquietó pensar qué había hecho mi madre con sus cosas, si las había tirado, quemado o simplemente las había arrinconado fuera de su vista, como yo. En ese caso, supuse que tendrían que estar en algún lugar, no en mi casa, pues yo la vi salir un día, después del sepelio, con montones de bolsas.

Desde el día en que decidí olvidarme de todo lo que tenía que ver con Aarón, mi ánimo mejoró. No volví a derramar ni una sola

lágrima por él, y me atreví a entrar en su magnífico juego de indiferencia. Si él se mostraba inexpresivo conmigo, yo lo haría mejor que él. Si él reía, yo lo haría aún más.

Veríamos quién de los dos era más fuerte. No estaba dispuesta a seguir hundiéndome en mi soledad y tristeza.

NOVIEMBRE

El frío comenzó a arreciar. Había mañanas en las que llovía ligeramente y otras en las que las tormentas me despertaban abruptamente. El servicio meteorológico había pronosticado para finales de mes el paso de un huracán que sacudiría primero el noreste de Carolina del Norte y se desplazaría por la costa oriental de Estados Unidos, para finalmente azotar el norte de Massachusetts, Maine y Nueva Jersey. No fue ni el primero ni el último huracán que mis ojos verían, y aunque la ciudad estaba en estado de alerta, no se esperaban más que vientos fuertes y tormentas esporádicas a lo largo de dos días. Una chaqueta abrigada, botas para caminar en la lluvia y un paraguas era todo lo que necesitaría.

Cuando Aarón se vio derrotado en el juego de indiferencia, cambió su manera de actuar. Observé con pesar que comenzó a alejarse de la gente y que el eco de su risa dejó de oírse en los corredores de la institución. No me alarmé en un principio, aunque me dolía verlo triste y melancólico, pero no estaba segura de si era yo la causa de su desdicha.

Un día no se presentó a clases. Yo lo esperaba con ansias, aunque ya ni siquiera nos saludábamos. Aún necesitaba su presencia para sentirme viva y con ánimos para continuar, aunque él ya no me hablara. El solo hecho de verlo pasar a través de la ventana del salón calmaba mi desasosiego.

La última vez, justamente, una de mis plumas rodó por el pasillo para terminar junto a los zapatos de piel lustrosa que había estado utilizando en ese tiempo. Maldije mi mala suerte cuando me agaché sin mirarlo para recogerla. Entonces él se me adelantó, la cogió y la acercó a mi rostro. Una sonrisa enternecedora, que no veía desde

hacía mucho tiempo, acudió a sus labios. No me dijo nada, pero una vez más su forma de mirarme me hizo pensar que todavía me amaba. O quizá eso quise creer.

Pasaron cinco días sin que se presentara. A pesar de la ley del hielo que habíamos establecido, empecé a preocuparme. El sexto día llamé a su casa. Se me acalambró la mano y me quedé sin habla cuando oí una voz femenina que no era la de su madre. Colgué el auricular a pesar de que preguntaba insistentemente si había alguien del otro lado de la línea.

A los pocos segundos entró una llamada del mismo número.

—¿Annia? ¿Annia? ¿Eres tú? —Escuché la misma voz.

—Sí —musité después de un largo silencio.

—Soy Arlette. ¿Me recuerdas?

Me maldije por haberme metido en tal lío. Traté de infundir seguridad a mis palabras:

—Sí... sí te recuerdo. ¡Claro! ¿No vivías en California?

—Sí, pero ya volvimos —aclaró, y de inmediato añadió con un tono de desesperación—: Annia, necesito hablar contigo. Es muy importante. ¿Conoces el café Luna?

❀❁⊱✿⊰❁❀

Me reuní con Arlette dos horas más tarde. Vestía un precioso suéter de lana rojizo, que daba más realce a su melena de bucles negros, una falda corta ceñida a su esbelto cuerpo y unas botas blancas hasta las rodillas. De inmediato me reconoció al entrar al café. Después de saludarme, ordenó un capuchino. Ante mi cara de intriga, aclaró:

—Sé lo que pasó entre Aarón y tú —yo esquivaba su mirada porque, a veces, tan solo al escuchar su nombre mi corazón se estremecía—. Mi hermano está mal, Annia, muy mal...

—No es mi culpa —contesté con acritud.

—No lo entiendes... y tú eres la única que puede ayudarlo.

—¿Y qué de especial tengo yo para ayudarlo si está enfermo? Además, él ni siquiera me dirige la palabra —respondí vagamente.

—Escucha, Annia, lo que te dijo Aarón sobre su infidelidad no es cierto. Solo lo hizo para alejarte de su vida.

—Pe-pero...

—Sí, sí, sí —dijo impaciente—, es verdad que ella fue a buscarlo, pero... ¡qué sé yo, Annia!... ¡quizás solo fue un simple beso! Yo estaba ahí. ¿No te lo dijo? Hace más de cuatro meses que regresamos a vivir a Lynn. Vi a Clara salir rápidamente de su alcoba, iba como alma que lleva el diablo, ni siquiera se detuvo a mirarnos. Yo estoy segura de que no sucedió nada. Pero te cité por otra razón, Annia. —Me tomó de las manos—. Juro que traté de localizar tu número de teléfono, tu dirección, pero Aarón no quiso dármelos. Gracias a Dios que llamaste. Desde que terminaron no ha querido hacer nada; no se mueve ni se levanta de su cama, solo mira hacia el techo de su habitación. Pareciera como si las sombras de sus pesadillas y sus más grandes temores se estuvieran apoderando de él. Siempre supe que mi hermano terminaría mal. Annia... —Me miró fijo—, por eso ahora debo hablarte de lo que Aarón nunca quiso que supieras.

»Seguramente ya te habrás dado cuenta de que la influencia de Rosemary en su vida, además de la falta de carácter de mi padre, ha quebrantado toda la confianza que tenía en sí mismo. Yo no he podido ayudarlo... Pero cuando te conocí me llené de alegría porque por fin pude ver a mi hermano sonreír. Yo nunca lo había visto más feliz que aquella noche en la que entró a mi recepción sosteniendo tu mano. Supuse que tú podías salvarlo de sí mismo. ¡Que lo arrancarías para siempre de sus devastadoras pesadillas! —Arlette estaba a punto de llorar, y yo había quedado simplemente sin habla. Trató de recomponerse—. Sé que sabes que ella no es nuestra madre y cómo se hizo parte de nuestra familia. ¡Pobre de mi hermano! Siempre relegado a un segundo lugar, atormentado por esa señora.

»Desde pequeño, ella se ensañó con él. Al principio, yo no entendía por qué hacía esa diferencia conmigo. Con el paso del tiempo me di cuenta de la horrible verdad: Rosemary no sufrió el aborto del hijo de mi padre. No, ese niño nació; tenía los cabellos oscuros y los ojos ambarinos, como los de mi padre. Pero no logró vivir más de dos meses y murió de una afección al corazón. Por eso, cada vez que ella miraba a Aarón, pensaba en su hijo muerto. Odió a mi hermano desde entonces. En realidad, se debatía entre quererlo por su parecido u odiarlo por ser el hijo del hombre que la lastimó en su juventud y un joven bello y gallardo, lleno de oportunidades que su hijo nunca tuvo.

»Aquel día en que Clara salió de la casa, Rosemary se dirigió a la habitación de Aarón. Lo que escuché de sus labios fue estremecedor: "¿Lo ves? Lo has hecho nuevamente —le recriminó—. Otra vez fallaste, justo cuando decías que ibas a cambiar. Pero después de todo... ese es el tipo de mujer para ti. Los dos son iguales. Egoístas por naturaleza. Frutos de malas semillas". Aarón la miró confundido: "¿Malas semillas?...". Rosemary sonrió malignamente: "Sí, nada bueno puede salir de ti, Aarón. Por más que lo intentes. Siempre terminarás fracasando. Y siempre lastimarás a los que te rodean. Como lo hace tu padre". Él agachó la vista y cerró las manos: "Aún puedo... madre... todavía puedo...". Algo debió ver Rosemary en el rostro de Aarón porque por un momento su mirada se dulcificó: "¡Oh, querido! —Se acercó a él, lo atrajo a su regazo y acarició sus cabellos—. Claro que puedes... claro que podrías... —Aarón sonrió por un instante— ...si fueras valiente, tan valiente como debió serlo él". "Madre...". Ella continuó: "Él. Él no me llamaría madre. Él me diría mamá. Sí, mi pequeño, Aarón. —Una lágrima resbaló por su mejilla—, porque él era mi hijo. Aquel que sí debió vivir. Mi dulce niño se parecía tanto a ti. ¿Sabes? Tenía tus mismos ojos, tus mismos cabellos. —La mirada de Rosemary se tornó ausente, mientras seguía acariciando la cabellera de mi hermano—, pero tú no eres como él... nunca lo serás. Mi hijo lo habría hecho mejor. ¡Qué injusto que Dios te haya dado la oportunidad a ti y no a él!".

»Aarón contuvo sus lágrimas cuando ella abandonó su habitación. Yo entré. Él miraba fijamente el piso. Lo llamé, lo tomé del hombro y lo sacudí. Pero él no se giró a mirarme. "No le creas, Aarón. No le creas nada. Rosemary no sabe lo que dice", le rogué mientras lo abrazaba, pero él permaneció estático.

»Desde que tengo memoria —continuó—, Rosemary ha minimizado la capacidad de Aarón. Lo ha tratado como si fuera un inútil, a tal punto que él no se considera lo suficientemente bueno para nada ni para nadie. Se desprecia a sí mismo, mientras cubre su debilidad y su falta de confianza con una fachada de seguridad y aplomo inescrutable. ¡Tú, que lo conoces más de cerca, debes darte cuenta de que él no es lo que parece!

La cabeza me daba vueltas. Sí, siempre supe que Aarón sufría; sus ojos me lo decían... La historia de Arlette de pronto aclaró todo. Su manera de comportarse después de nuestro rompimiento confirmaba la teoría: Aarón fingió todo ese tiempo. ¡Y yo por tonta le creí!

—Llévame a verlo —rogué.

Eché unos cuantos centavos en la mesa como propina y salimos del lugar.

Yo salvaría a mi Aarón. Lo salvaría del abismo en el que se estaba hundiendo a voluntad.

Aarón estaba en la misma posición que Arlette me describió. Al principio creí que ella había exagerado, pero ni una palabra había de sobra en su relato.

Mi Aarón estaba ahí, sin expresión alguna; su boca parlanchina se apretaba en una delgada línea. Su bello rostro semejaba el de un moribundo... recordé las oscurísimas ojeras que tenía el día que regresé de Vermont.

—Aarón... —le llamé quedamente mientras me acercaba a él. Lo tomé de la mano y volví a pronunciar su nombre, esta vez más claro y fuerte—. Aarón...

Hice lo mismo en repetidas ocasiones y moví su cuerpo, sujetando sus manos tibias. Las lágrimas empezaron a descender de mis mejillas y fueron a estrellarse entre sus dedos. En un momento pareció despertar de su delirio. Ladeó la cabeza en mi dirección. Entonces supe que me había reconocido.

—Annia... —susurró—. Viniste...

—¡Claro, tonto! —lloré de alegría al verlo incorporarse. Tuve ganas de golpearle el pecho, presa de un dolor incontrolable—. ¡Estaba tan preocupada por ti!

Él sonrió.

—Increíble —murmuró—. Después de lo que te hice, has venido a verme...

—¡Porque te amo, Aarón! ¡Te amo y no importa lo que hagas: siempre permaneceré a tu lado!

Una sonrisa genuina rompió el sello de sus labios.

—Lo siento tanto, princesa. Siento haberte herido.

Quiso incorporarse. Me extendí hasta alcanzar sus hombros para ayudarlo.

—Ya es pasado, Aarón. Todo está perdonado entre nosotros.

—En mi letargo soñaba contigo —confesó—. Todos estos días han sido una pesadilla para mí. Tu bella sonrisa se había escapado. Me preguntaba en qué momento la perdí.

—¡Ya no digas nada! —Lo atraje hacia mi regazo—. ¡He sido una tonta todo este tiempo!

—¿En verdad me amas, Annia? ¿Cómo un ser tan maravilloso como tú puede quererme?

—Porque tú eres maravilloso también. Eres perfecto para mí. Créeme, Aarón.. ¡Créeme, por favor!

Se aferró a mi abrazo buscando mis labios, con la misma pasión con la que siempre lo hacía, y yo le correspondí mientras nuevas lágrimas bañaban nuestros rostros ya húmedos.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Me despedí de él después de hacer que comiera un poco. Mi corazón rebosaba de alegría, lleno de esperanzas, sueños y planes a futuro. De nuevo tenía a mi Aarón conmigo; sostendría su mano tan fuerte que nunca lo dejaría caer. Él sería mi motor y yo siempre sería su apoyo, hasta que la muerte nos separara... y yo no podía imaginarme siquiera ese día.

Arlette me dio las gracias. Estaba a punto de romper en llanto. Había salvado a su hermano. Él recuperaría la confianza en sí mismo. Prometí volver al día siguiente y todos los días posteriores, hasta que Aarón se sintiera mejor. La escuela era lo menos importante. Yo quería estar con él, arrancarlo de las garras destructivas de Rosemary, de sus propios miedos y abismos.

Esa noche bajé la bolsa de mis recuerdos tan solo para extraer el teléfono que Aarón me había regalado tiempo atrás. Lo utilizaría de nuevo, para llamarlo sin falta cada día a las once de la noche y para darle los buenos días a las siete de la mañana.

—Solo llamo para desearte buenas noches —susurré—. Te amo, Aarón, nunca lo dudes.

—Gracias... me haces muy feliz.

Quise llorar de la emoción.

—Te veré mañana —concluí.

Una larga pausa siguió a mis palabras.

—¿Estás ahí? —pregunté alarmada.

—Sí, princesa —respondió dulcemente—. Te veré luego.

—Adiós, mi amor —dije suavemente.

—Annia... También te amo... Nunca lo olvides.

—Nunca. —Colgué.

❀❁⊱✿⊰❁❀

A la mañana siguiente, una ventisca otoñal y gotas de lluvia azotaron mi ventana. Se anunciaba el huracán, que ya había llegado a la parte este del país. Una ráfaga abrió el ventanal de par en par, trayendo consigo hojas y pétalos muertos que se dispersaron por toda mi cama.

Tenía tanto frío que me levanté rápidamente para cerrarlo.

Recogí la hojarasca y la deposité en la basura. Montones de hojas bailaban enloquecidas por el raquítico césped. El fuerte ulular me recordó el día en que sepultamos a mi padre. Era un día gris, con nubarrones y un viento enfurecido, a pesar de ser primavera. Tuve un mal presentimiento.

Busqué frenéticamente el móvil. A pesar de que tenía los dedos entumecidos, logré marcar más o menos rápidamente el número de Aarón. Luego de que sonara varias veces, un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Llamé a su casa. Arlette contestó.

—¿Cómo? ¿No está contigo? —Quedé helada—. Dijo que irían a dar un paseo a Long Beach. Le dije que estaba loco, que el clima no era el ideal para ir a un lugar así. —Percibí un temblor en su voz—. Annia... se fue hace más de dos horas.

—Tenemos que buscarlo. —Traté de dominar mi nerviosismo.

Nos dirigimos a la bahía. Ninguna de las dos dijimos ni una sola palabra durante el camino. El área estaba desierta. No había ninguna señal de advertencia, pero las olas se alzaban tan alto que azotaban la costa con ferocidad. Ninguna persona se habría atrevido siquiera a dirigir sus pasos hacia ese lugar.

El convertible de Arlette sorteaba las calles con rapidez, pero la torrencial lluvia entorpecía nuestra búsqueda del automóvil de Aarón. Yo rezaba, pidiendo con fervor que se encontrara bien, como lo hice aquel día de primavera en la cama de un hospital, después del horrible incendio.

Logramos divisar el Jetta negro, en uno de los tantos estacionamientos de la bahía, cerca de una pequeña casa de madera.

Descendimos con rapidez, pero él no se encontraba allí. Un horrible presentimiento se apoderó de nosotras. Sin decir nada, saltamos la cerca para dirigirnos a la playa. Corrimos frenéticamente, pero con dificultad, porque las botas se enterraban en la arena mojada. Las altísimas olas rompían con implacable fuerza y nos cubrían de salitre. Nuestras lágrimas se mezclaban con la sustancia blanquecina mientras gritábamos su nombre a todo pulmón...

❀❁⊱✿⊰❁❀

Encontraron el cuerpo de mi Aarón al día siguiente. Había sido arrastrado por las olas. Agradecí la oportunidad de poder acariciar su dulce rostro por última vez.

Era otra muerte más en mi vida; otro ser que me dejaba sola. Me pregunté con gran dolor si siempre sería así.

Fue encontrada una carta dirigida a mí en el asiento delantero de su automóvil. Recordaba sus últimas palabras mientras la abría: «Yo también te amo... nunca lo olvides». A pesar de amarlo tanto, no supe que se estaba despidiendo.

Querida princesa:

No te enfades conmigo por la decisión que he tomado. Tus bellos ojos castaños y tu sonrisa deslumbrante me acompañarán por siempre, adondequiera que vaya...

Yo no soy bueno para ti, ni para nadie. No importa cuánto me lo digas, ni cuánto te esfuerces por hacérmelo creer, Annia. Sé que eso no es cierto. Lo he sabido siempre, casi desde que nací. Solo sé lastimar a las personas que me rodean. Me volví un experto en romper corazones... incluso el tuyo.

¿Ya lo ves? Te lastimé, aunque nunca quise hacerlo. Pero me prometí no hacerlo nunca más; desaparecer por completo de tu vida, para que seas feliz con alguien que realmente te merezca. Nunca entendí qué fue lo que viste en mí, y te estaré eternamente

agradecido por haberme dado una oportunidad, aunque lo haya echado a perder, como siempre.

Mi madre tiene razón, siempre la tuvo... No la juzgues; sé que me quiso, a su manera, y tan solo deseaba ayudarme y hacerme más fuerte. Pero yo siempre fui débil, desde el día en que nací.

Nunca pensé en vivir más de veinte años, pero gracias a ti lo hice, y me diste los momentos más maravillosos de toda mi vida.

Tú me amaste... ¿verdad?... Pero, Annia... ¿me amabas solamente porque salvé tu vida? Una vez dijiste que me darías otra oportunidad, las que fueran, solo porque yo te rescaté de las garras de aquel incendio...

Mi princesa... yo no fui el que te salvó... nunca supe quién lo hizo... cuando nuestras manos se soltaron yo no supe más de ti... ¿Qué te hizo creer que había sido yo?

Decidí callarme porque tú me amabas, porque aceptaste quererme y porque me darías mil oportunidades tan solo por eso. Estuvo mal, lo sé, pero te amaba tanto que tenía miedo de perderte. Pero ya no te mentiré más y dejaré que hagas tu vida con alguien que realmente te merezca, no con un pobre diablo como yo...

Nunca te dije que mi madre, mi verdadera madre, murió mientras navegaba en algún lugar de Europa, hace muchos, muchos años. Sentía que ella me llamaba con su dulce voz, tan dulce como la tuya... Hacia ella me dirijo, Annia, hacia mi madre, que sé que algún día me quiso y que me espera con los brazos bien abiertos.

No llores por mí. No soporto ver tu carita triste. Ríe, siempre ríe, porque tu sonrisa ilumina a los que te rodean y los hace creer y tener esperanza.

Sonríe siempre y sé feliz.

Te ama por siempre,

Aarón S.

El dolor fue intenso y profundo. Me sentí a la deriva, con una simple carta como toda despedida. «¿Qué hice mal para que decidieras poner fin a tu vida?»

El sacerdote pronunció su responso citando frases de la Biblia. Mi madre sujetaba mi mano con fuerza, como el día en que empezaron a bajar el ataúd de mi padre, mientras todos arrojábamos rosas, sus queridas rosas. Me sentía en un mundo irreal, en una pesadilla. Cuánto deseaba que alguien me despertara...

Sabía que había sido mi culpa, sí. Todo ese tiempo, lo único que hice fue minar aún más la confianza y la seguridad de Aarón. Nunca debí abandonarlo a sus pensamientos destructivos la noche en la que sus brazos extendidos suplicaban mi perdón.

Qué egoísta fui... Se me partía el alma de tan solo recordarlo. Tan embebida estaba hurgando en el pasado de mi padre que lo dejé en el abandono durante todo un mes, tiempo suficiente para que él creyera que no valía nada, para convencerse de que no merecía siquiera vivir. La culpable era yo, sin duda alguna... Si no hubiese sido tan egoísta y hubiera renunciado a su amor para dárselo a Clara, como lo hizo Irenne con mi madre, las cosas habrían sido diferentes. Tal vez todavía estaría vivo y no descendiendo lentamente a un lugar gélido y profundo, donde mis ojos ya no le verían... Tal vez.

Luego recapacité: no... no había sido yo. La responsable de todo era esa señora parada justo frente a mí, derramando lágrimas falsas. Podía adivinar la cara de gusto a través del velo de su sombrero negro. Esa zorra manipuladora y mezquina había deshecho, pisoteado el espíritu de Aarón. Estaba ahí, simulando haber sido una verdadera madre, cuando lo único que hizo fue destruirlo.

La rabia se apoderó de mí. Solté la mano de mi madre y le grité, le grité con toda la potencia de mis pulmones.

—¡¿Por qué llora, Rosemary?! ¿Por qué? ¿No era usted la que decía que su hijo no valía nada? ¡Pues mire a su alrededor si tenía razón! ¡Mire cuánta gente quería a Aarón!

Los jóvenes que descendían con cuerdas el féretro de Aarón se detuvieron. Todo el mundo me miraba, pero a mí no me importó. Me abrí paso entre todos aquellos cuerpos oscuros, aquellas figuras cuyos rostros no recuerdo, hasta que pude alcanzarla. Ella no dijo nada, retrocedió un poco y sujetó con más fuerza la mano de su marido. Por primera vez la veía tal cual era. Me miraba desconcertada, mientras las lágrimas seguían corriendo sobre su rostro.

—¿Está contenta ahora? —grité muy fuerte, para que todos pudieran escucharme, incluso el propio Aarón—. ¡Es su culpa que Aarón esté ahí! ¡Es su culpa que él prefiriera morir antes que seguir escuchando de sus labios que no valía nada! ¡Que viva muchos años, Rosemary Hale! ¡Los suficientes para arrepentirse cada día de su vida!

Quise seguir gritándole, pero un nudo en la garganta, el más grande que he sentido en toda mi vida, me lo impidió. Caí al suelo de rodillas para romper en sollozos. Las manos cálidas de Mario me tomaron de los hombros y me levantaron para sacarme de la multitud. Con dificultad comencé a caminar, aferrándome a su cuerpo.

Cómo deseé estar lejos de aquella escena final en la que la lápida de mi Aarón sería colocada.

DESPUÉS DE LA TORMENTA

A dos años de la muerte de Aarón, seguía sintiendo un dolor lacerante cada vez que alguien pronunciaba su nombre o escuchaba alguna de nuestras canciones en la radio; al mirar su pupitre vacío, incluso el paso de un Jetta negro me lo recordaba. Me comportaba como si alguien hubiera presionado un botón dentro de mí para programar el funcionamiento vital que me permitiera realizar las sencillas tareas de despertar, comer, ir a la universidad, dormir y, a veces, hablar.

Confieso que siempre pensé que seguía viva solo porque alguien allá arriba me lo estaba permitiendo.

De alguna manera, me acostumbré a vivir con ese dolor. Clara nunca volvió a hablarme. Me culpaba por la muerte de Aarón. Yo misma sabía que lo había orillado a tomar esa horrible decisión; con mi perfeccionismo y mis prejuicios contribuí a desgastar más su espíritu roído. Clara habría cuidado bien de él, jamás lo habría hecho sentir miserable y sin valía. Pero, qué más daba. Él ya no estaba allí, y yo no podía cambiar el pasado por mucho que lo quisiera. Si elegí mal por los dos, si obré egoístamente, tenía el resto de mi vida para arrepentirme, y también estaba la que fue mi mejor amiga, como el más vívido recordatorio de mis malas decisiones.

Me concentré en terminar mi carrera, con notas más o menos destacables. No era porque yo imprimiera ahínco en el estudio, sino porque no tenía nada mejor que hacer ni en qué enfocar mis pensamientos o mi tiempo. También conseguí un trabajo de medio tiempo en un restaurante cerca de mi casa. Volvía de la universidad a las dos de la tarde, y a las tres y media ya estaba acomodándome

mi gorro de tela roja y mi delantal beige, a la espera de que mi turno comenzara.

Y así seguían pasando los días. Si alguna vez algunas sonrisas se asomaron a mi rostro, solo fueron aquellas que forcé para complacer a Mario y a mi madre, los únicos seres con los que contaba. Mis pocos amigos se habían alejado de mí, no porque me creyeran culpable, sino porque mi desánimo y ausentismo terminaban deprimiéndolos. Enterrado en el pasado estaba mi don de infundirle felicidad a cualquiera que se me acercaba.

Pensé que el tiempo se detendría para respetar mi dolor, para hacer patente que un joven llamado Aarón había existido; sin embargo, la primavera llegó con sus brisas y los retoños abriéndose poco a poco, y el verano, con su bochorno y las risas de los jóvenes y amantes por doquier.

El otoño tiñó, como siempre, los arces y robles de ocre y, finalmente, llegó otro invierno de interminable manto blanco.

Si el tiempo lo curaba todo, me preguntaba cuánto necesitaba para sonreír en vez de llorar cada vez que alguien pronunciaba su nombre.

«Si al menos pudiera ver su bella sonrisa en mis sueños... si al menos».

Dejé de indagar y profundizar en los secretos de mis padres. Después de todo, me daba igual. Nada cambiaría si descifraba el pasado de gente que ya se había marchado.

Mario me recogía cada mañana para acompañarme a la universidad, y por las tardes me llevaba de vuelta a casa. Solamente cuando me dirigía a Roger's Grill & Pizza, mi trabajo de medio tiempo, lo hacía por mi cuenta, por estar tan cercano.

A mediados de octubre, Mario recibió una oferta de trabajo en la Universidad de California como investigador y asesor de nuevos proyectos: el trabajo de sus sueños. Cuando me lo dijo, le sonreí a medias. Por un lado, me hacía feliz la idea de que por fin alcanzara

sus metas, pero, por el otro, me sumí aún más en la tristeza y el desgano.

Todo siguió su curso. Voló a Berkeley, hizo un par de entrevistas y llenó un sinfín de aplicaciones. Yo me mantenía enterada de todos sus movimientos y lo apoyaba cuando las sombras me lo permitían. No obstante, la decisión final la tomaría para inicios de noviembre. Estaba segura de que Mario se marcharía. ¿Cómo dejar pasar una oportunidad tan grande, por la que había esperado tanto tiempo, tan solo para quedarse dando clases en una universidad de Lynn?

Una tarde en que me encontraba atendiendo a un cliente pesado que me gritoneaba, y con justa razón, porque confundí su orden con la de otros chicos, Mario entró atropelladamente por la puerta desvencijada del restaurante.

—¡Me quedaré aquí, Annia! —gritaba con un cúmulo de papeles en la mano. Por primera vez en mucho tiempo experimenté alegría en mi corazón.

—¡Me han aceptado en el Saint Patrick College para dar clases! —Mario agitaba los papeles.

—¿Eso es lo que quieres, Mario? —le pregunté intranquila, haciendo caso omiso de los clientes que me empezaban a llamar, impacientes. Nada tenía que ver esa universidad con Berkeley.

—¡Claro! ¡Es estupendo! La verdad, no quería mudarme a California. Sabes que no me gusta el clima caluroso. —Guiñó un ojo.

—Maravilloso... —respondí con un hilo de voz. Entonces, una sonrisa genuina y tímida se dibujó en mi rostro.

—Me voy, Buñuelo. ¡Pon más atención en lo que haces!

Y así me dejó, agradeciéndole en mi interior que se sacrificara por mí. Sabía que si Mario rechazaba tan importante oferta, lo hacía solamente para no abandonarme.

Faltaba solo un año para que me graduara de la facultad de Arquitectura. No tenía ningún plan trazado y, por supuesto, poco me interesaba lo que viniera después. Pensé que tal vez terminaría

lavando trastes y haciendo pizzas, soportando a los clientes gritando todo el tiempo y a los pesados compañeros haciendo bromas acerca de mis continuos despistes. Después de todo, me gustaba mi uniforme con su simpático gorro y engullirme los pimientos mientras cocinaba. Además, me sentía cómoda porque a nadie le importaba si yo hablaba o no.

Lo agradecía infinitamente.

Mi madre hizo lo imposible por animarme, pero pronto agotó todos sus recursos.

Un día entró en mi cuarto con un montón de rosas. A pesar de que ella no soportaba siquiera mirar una flor cualquiera, se había armado de valor para comprar en el mercado las más bellas rosas virginianas que yo no había visto desde que mi padre se marchó.

—Toma —dijo mientras extendía las rosas aún empapeladas—, cuida de ellas. —La miré atónita mientras tomaba el ramo—. Además, mira lo que te traje. —Me mostró el interior de una bolsa de plástico.

La alegría que chispeó en sus ojos la hizo parecer una pequeña niña mostrándome uno de sus más preciados tesoros. Dentro había un montón de paquetes de semillas para cultivar en jardines caseros, junto con un libro de instrucciones para cultivo tipo «jardinería para tontos».

Estaba anonadada con la actitud de mi madre. Ella, que parecía odiar todo tipo de rosas, ahora parecía interesada en revivir nuestro viejo y desprovisto jardín.

—¿Por qué no lo intentas? —preguntó mientras seguía extrayendo de la bolsa los paquetes—. ¡Son demasiados, lo sé! —Me sonrió tiernamente—, pero no tenía idea de qué traerte y qué flores te gustaría cultivar.

—Pero si a ti no te gustan las flores, mamá... —respondí con desgano.

—Pero a ti sí. —Me tomó del brazo para ponerme de pie. A regañadientes, como solía hacerlo, me dejé llevar hasta la ventana.

—¿No te gustaría tener un jardín tan bonito como el que teníamos cuando tu padre vivía?

—No sé por qué haces esto —repuse—; sé muy bien que no soportas nada que te recuerde a papá —añadí con frialdad.

Su rostro se tornó oscuro, bajó la vista. Después de un largo suspiro contestó:

—Ya es tiempo de continuar, Annia. Es tiempo de olvidar nuestro doloroso pasado.

—Tú entiendes cómo me siento, ¿verdad? —Mis ojos se humedecieron.

Mi madre me sostuvo la mirada y asintió. Por primera vez, después de la muerte de mi padre, habló sobre él:

—Te comprendo. Comprendo el dolor que agobia tu corazón. El desconsuelo que te acompaña cada día de tu vida. Tan hondo que parece no tener fin. —Se acomodó unos finos cabellos que se escapaban de su peinado alto y luego continuó, entornando sus bellos ojos hacia nuestro jardín—: Cuando murió tu padre sentí que ya no había nada por qué vivir. La luz de su sonrisa no volvería a alumbrar mi camino. —Una mirada melancólica se asomó a su rostro —. Fue tan doloroso decirle adiós... Annia, todas las personas somos diferentes.

»Cuando tenemos una pena reaccionamos también de maneras distintas. Algunas lloramos y gritamos todo el tiempo; otras simplemente callamos, cerramos nuestro corazón y huimos de los recuerdos; pero también hay quienes volvemos a sonreír, aunque por dentro estemos sufriendo. No importa, porque el dolor es tuyo, y solo tú sabrás cómo curarte a ti misma. El tiempo ayuda, claro; esa herida tan grande que parte tu corazón algún día cerrará; ese hueco que sientes dentro de tu pecho algún día se llenará, y lo que piensas que perdiste en el camino y no puedes encontrar, algún día volverá a ti.

Hizo una pausa.

—Pensé que sería buena idea traerte estas flores. Tu padre siempre decía que cada vez que el botón de una rosa se abría, simbolizaba la esperanza de un nuevo día, y que cuando la rosa moría, llevándose consigo toda su fragancia y belleza, otra más del mismo arbusto estaría floreciendo. Es la esperanza, que nunca muere. Mientras el arbusto viva...

Me miró fijamente y continuó:

—No detengas tu camino solo porque sientes que todas tus rosas se han marchitado. Mientras vivas, nuevas y bellas rosas nacerán, con otras fragancias y otros colores, distintos de los anteriores. Es un ciclo interminable. Guarda para siempre en tu memoria la fragancia de aquellas que desaparezcan, y nunca la dejes escapar; atesórala para que te haga sonreír en vez de llorar. Al final de tu jornada, tu vida estará llena de matices y fragancias que anidarán en tu corazón. Empieza a amar la vida, tal como tu padre lo hacía, tal como te amaba a ti. Hazle sentirse feliz por la hermosa hija que tuvo, de la cual siempre se sintió orgulloso. No llores más, mira hacia adelante y perdónate a ti misma. Libera tu corazón y ama la vida otra vez.

Unas gruesas lágrimas resbalaban por las mejillas de mi madre. Olvidar, perdonar y comenzar de nuevo...

Tomé los paquetes de semillas y le sonreí lo más que pude. Aunque solo dibujé una pequeña línea oblicua en mi rostro, era el inicio de lo que algún día volvería a ser una sonrisa verdadera.

Quizá algún día podría volver a sonreír, a tener esperanzas y sueños. Descargaría todo el peso que había en mi corazón en un lugar lejano, y correría libre por los prados, oliendo y jugueteando con mis rosas. Seguramente mi padre y Aarón irían a mi encuentro. Algún día estaríamos todos juntos y para siempre.

❀❁ೃ✿ೃ❁❀

Por lo pronto, odiaba los sábados, mi día de descanso en la pizzería. Por más que le rogara al señor Tesso, el dueño del restaurante, que

me dejara trabajar tiempo extra, siempre decía que no con un enérgico movimiento de su calva cabeza. Los otros chicos que trabajaban también medio tiempo los fines de semana no estaban dispuestos a ceder su turno.

Cuando quise tomar otro empleo para cubrir la mañana y la tarde de ese día, mi madre me lo impidió. Según ella, moriría de agotamiento si continuaba con esa dinámica. Tal vez ella tenía razón.

Ni siquiera recuerdo si en ese tiempo me miré al espejo. Según Mario, tenía unas grandes ojeras oscuras. Solo sé que había adelgazado más de siete kilos. Aunque yo me sentía igual, a no ser porque un día descubrí que tenía exactamente tres años sin cortarme el cabello, que me llegaba hasta la cintura de una forma no muy armónica, con las puntas disparejas y dobladas hacia arriba.

Por las noches, luego de que por fin lograba conciliar el sueño, después de agotadoras jornadas entre trabajo y escuela, despertaba una y otra vez, así que dormía solamente lo necesario para no volverme loca y seguir viviendo. Si a eso se le podía llamar vida.

Un sábado de diciembre, Mario corrió en mi auxilio para arrancarme de otro inhumano día de descanso. El cielo siempre gris y la temperatura helada, por debajo de los ocho grados, amenazaban con dejar caer una ventisca de nieve.

—¡Vamos, Annia! —gritaba animado en la puerta de mi habitación—. ¡Te tengo una sorpresa!

Tuve una ensoñación que me alarmó: vi la figura de Aarón en lugar de la de Mario. Tal vez fue su tono alegre, tan inusual en él. Pero, por lo demás, no había nada en el semblante de mi amigo que me hiciera recordar a mi antiguo novio...

Hacía mucho tiempo que no lloraba, porque no quería hacer aún más infelices a los únicos seres que todavía permanecían a mi lado, pero no pude escapar a las voces del recuerdo del único hombre al que había amado. Por un momento me evadí de la realidad...

—¿Aarón? —Una sonrisa se empezaba a formar en mi rostro.

Me puse de pie y caminé hacia él con movimientos inseguros, pero sabía que él se encontraba ahí. Podía ver con claridad sus divinos ojos, su chispeante sonrisa y su cabello enredado.

Llevaba su acostumbrada playera deportiva de color oscuro y se movía con la gracia de siempre. Me dejé caer en sus brazos fuertes y cálidos. Su corazón latía alocadamente.

—¡Estás aquí, estás aquí!... —susurré; las lágrimas surcaban mi rostro—. ¡Qué pesadilla más larga he vivido sin ti!

En ese momento sentí una sacudida que me sacó de la alucinación. Alarmada, me di cuenta de que era Mario a quien abrazaba. Nunca lo había visto con una cara de aflicción semejante.

Me puse a llorar como una niña pequeña.

—¿Por qué se fue, Mario? ¿Por qué?

Él no dijo nada, solo apretó su abrazo y me besó la frente, al tiempo que acomodaba mis cabellos como lo hacía Aarón.

—No lo sé, Annia. No lo sé... pero daría mi vida entera por verte sonreír de nuevo.

—Fue mi culpa... ¿verdad?

Mario me detuvo por los hombros y clavó su mirada en mí.

—Tienes que dejarlo ir. Hiciste lo que estuvo en tus manos para ayudarlo.

—¡Pero no pude salvarlo! —lloré más fuerte aún—. Si hubiera sido menos egoísta, Mario... si me hubiera alejado de él desde el principio... aún estaría con vida, ¿verdad?

Mario negó con la cabeza.

—Lo hiciste feliz el tiempo que estuvo contigo.

—¡No es verdad! Yo lo vi consumirse poco a poco. No era dichoso a mi lado... yo solo lo hacía infeliz. ¡Lo arrastré a tomar esa horrible resolución!

—No, Annia. Él tomó su decisión incluso antes de conocerte.

Me detuve en seco ante sus palabras.

—¿Recuerdas su carta?

La carta... cada palabra escrita estaba grabada en mi mente.

«Nunca pensé en vivir más de veinte años...»

—Hiciste lo que estuvo en tus manos. Nada de lo que tú hubieras hecho habría cambiado su decisión.

—¿Pero entonces de qué sirvió que lo amara? ¿Para qué me amó si de todas maneras pensaba morir?

—Piensa que le diste los momentos más bellos y felices de su vida; que contigo conoció lo que era amar realmente. ¿Cuántas veces no te agradeció que le permitieras quererte, Annia? Deja de culparte. Tú no puedes cambiar las decisiones de los demás. —Después de un silencio, Mario añadió—: Vamos, vuelve a sonreír y libera a tu corazón, todos te extrañamos.

—No sé si pueda... —respondí con sinceridad y secándome las últimas lágrimas.

—Quiero que me acompañes a un lugar. ¿Vendrías conmigo?

Asentí.

Recorríamos las calles en su centelleante Mustang. Yo miraba vagamente a través de los vidrios ligeramente empañados. Me di cuenta de que estábamos a punto de tomar la autopista hacia el oeste. Poco a poco empecé a reconocer los anuncios y las señales en las aceras de las avenidas. Reconocía aquel follaje, aquel túnel inmenso que me privaba por unos momentos de la luz del sol. Había estado allí, pero no recordaba cuándo.

Avanzamos después de algunos minutos por un pasaje flanqueado por una hilera de interminables y majestuosos árboles, tan juntos unos de otros que sus ramas se fusionaban.

—Puedes abrir la ventana si quieres —susurró.

Lo hice. Nos introdujimos en unos estrechísimos callejones donde solo había árboles verdes. El dulce aroma de pinos y cedros se

esparcía por doquier.

Llegamos a un claro. Por él pasaba un riachuelo de agua cristalina. En ese instante tomé conciencia de que habíamos llegado al Ensueño, mi querido lugar, el mismo que amó mi padre. Había olvidado la esperanza que animaba a mi corazón en mi juventud cada vez que traía su recuerdo a mi memoria. Ahí estaba la sonrisa de mi padre, con sus brazos bien abiertos, diciéndome cuánto me amaba y que no importara lo que viniera, todo estaría bien. Ahí estaba mi madre, riendo con jovial alegría. Mi dulce amigo Mario, mirándome con sus ojos cálidos. Mi amiga Clara, cuya risa chispeante era casi igual a la de su bella madre.

A pesar de tantos años, de los inviernos implacables y el cruel abandono, las tímidas flores aún crecían, abriéndose a una nueva vida. El pasto también reverdecía y el bello lago seguía rodeado de los altos y viejos robles que agachaban sus majestuosas ramas, reflejándose en el espejo cristalino.

Presa de una extraña conmoción, abrí con manos trémulas la portezuela y descendí. Caminé con pasos inseguros por la propiedad. Todo estaba igual... la casita, con sus deslumbrantes tonos rojizos y su amplio porche; los pequeños columpios en los que Clara y yo pasábamos horas; los setos, las jardineras y los árboles, que lucían como si acabaran de ser podados. A lo lejos, se alzaron ante mi vista los rutilantes cristales del invernadero de mi padre...

—Pe-pero... ¿cómo? —pregunté confusa—. ¿Quién?

Mario sonrió con ternura.

—Anda, ve... —señaló la casa de cristal.

Corrí con el recuerdo de mi padre más vívido que nunca. Me detuve en el umbral. La diáfana luz del sol se filtraba por todas partes, repartiendo su luminosidad entre los cultivos colocados a izquierda y derecha. Fuera, las nubes parecían algodones que avanzaban hacia el oeste. Pude imaginarme a mi padre con su sombrero de jardinero, que tanto le gustaba, deteniendo su diligente trabajo para indicarme con la mirada que le hiciera compañía.

Todo era tan hermoso, tan vívido. Me cubrí el rostro para tratar de parar las copiosas lágrimas de emoción.

Sus brazos se extendieron hacia mí. Se quitó los guantes y me habló. Juro que me habló.

—Sigues triste, mi princesa... ¿es que no te cansas de llorar? ¿Me dejarás ver tu sonrisa de nuevo?

—Papá, tu dulce rostro me mira, tus fuertes brazos me sostienen, tus cálidas palabras me hablan con una melodía suave y reconfortante; el vacío en mi corazón empieza a llenarse, solo con escucharte... Papá, ¿realmente estás aquí? Si esto es un sueño, no quisiera despertar...

—¿Por qué estás triste, mi pequeña?

—Es que ya no estás conmigo y me siento sola...

—Yo nunca te he abandonado. Siempre he vivido en tu corazón y en tus pensamientos, y desde ahí espero verte sonreír de nuevo, como cuando eras una pequeñita. Olvida tu dolor y sé feliz de nuevo.

—Trato de hacerlo, papá, trato de seguir adelante, pero la herida es muy grande.

—Sanará y tu corazón nacerá de nuevo, como el tierno capullo de una flor.

—¿Vendrás a visitarme en mis sueños otra vez?

—Hasta que vuelvas a sonreír...

Acarició mis cabellos y me dio un abrazo. Su figura se fundió con un rayo dorado que se fragmentaba y caía suavemente sobre unas rosas blancas.

Mario me tomó de la mano.

—¡Lo he visto, Mario! ¡Estaba aquí!

Mi amigo me abrazó durante un largo rato. Esa vez mis lágrimas eran diferentes. Qué diferente era mi padre, qué distinto su rostro: más dulce de lo que recordaba. Qué gran paz infundían sus

hermosos ojos cafés y su armoniosa voz, como los más primorosos acordes de una bella canción. Y lo había visto; estaba segura. Había acudido a consolarme cuando más sola me encontraba...

—¿Cómo es posible todo esto? —le pregunté a Mario cuando dejé de llorar.

—Me tomé la libertad... —Una amplia sonrisa se extendió en su rostro.

—Tú... ¿tú hiciste todo esto? —interrumpí, confundida—. ¡Mario! ¿Cuándo? ¿Cuándo lo hiciste? ¿Cómo?

—Hace algún tiempo. Lamento no haberlo tenido listo antes. Me tomó un largo rato reparar algunas cosas.

Se me humedecieron los ojos.

—¿Otra vez vas a llorar, Buñuelo? ¿Qué no te cansas?

Casi las mismas palabras que mi padre me había dicho...

Me limpié las lágrimas con las mangas del abrigo.

—Sí. Ya me estoy cansando —dije y le sonreí.

—Sonreíste... —Se sorprendió—. No recordaba tu bella sonrisa.

—Gracias por todo, Mario. Por todo. —Lo abracé. Llené de nuevo mis pulmones del suave aroma de las flores.

La tormenta se había esfumado. Pude sentir en mi corazón los retoños empezando a florecer, lentos e inseguros, pero con la esperanza de algún día abrirse al mundo y esparcir su joven fragancia.

NUEVOS CAMINOS

—¿Cuándo hiciste todo esto? —pregunté, todavía incrédula de lo que mis ojos veían.

—No lo recuerdo —confesó Mario—. Quizás hace más de un año. —Echó una mirada periférica—. Para ser honesto, no sabía si mi plan funcionaría.

—¿Tu plan?

—Hacerte sonreír. —Esquivó mi mirada.

Solté una risita.

—Pues te funcionó —admití.

Mario me devolvió una sonrisa. Su rostro era apacible y melancólico, muy diferente del de mi padre y de Aarón. Largos mechones le caían sobre los ojos.

Era lindo después de todo. Alto como Irenne, aunque no un grandulón como su padre. Su cabello era como el de Carlo, pero de un color negruzco que contrastaba con su piel clara. Sus ojos aguamarina eran lo único en lo que no se parecía a ninguno de los dos.

Mientras analizaba a Mario, me di cuenta de que por primera vez en mucho tiempo empezaba a prestar atención a los detalles, como antes solía hacerlo. Parecía como si acabara de despertar de un largo sueño.

—Qué curioso —dije para mí.

—¿Qué es curioso? —preguntó él.

Me detuve en seco al darme cuenta de que de nuevo comenzaba a hablar en voz alta.

—Nada. —Me giré y le sonreí—. Estaba pensando en otra cosa.

El rostro de mi amigo se iluminó.

—¿Sabes? Me gusta eso que estás haciendo.

—¿Qué cosa?

—Sonreír. Me voy a acostumbrar rápidamente si lo sigues haciendo.

Me sonrojé al preguntarme si en verdad mi sonrisa era bonita. Entonces Mario me atrajo hacia él en un abrazo brusco.

—Si sigues así, muy pronto te estaré gastando nuevas y mejoradas bromas.

—Sí. Será como Mario reloaded.

Se carcajeó. Hacía tanto que no escuchaba su risa. Esa vez era muy linda, inusual en él; tan alegre como la de Clara… y tan diferente de la de Aarón… Aparté mis pensamientos. Mi dulce Aarón… tenía que dejarlo ir.

«Al menos lo amé… al menos me amó.»

—No te pongas triste —dijo Mario, adivinando mis pensamientos—. ¿Qué pasó con esa sonrisita?

No pude disimular.

—Ya… entiendo. Tómate el tiempo necesario.

—Esto es maravilloso, Mario. Gracias nuevamente —musité.

—Deberíamos venir más seguido. Creo que te ayudará.

—Sí. —Asentí—. Me siento mejor aquí.

—¡Y espera a que llegue la primavera! ¡Este lugar le hará honor a su nombre!

—Tal vez algún día podamos venir todos, como antes.

—¡Por supuesto! Algún día nos reuniremos otra vez aquí.

Me giré a mirarlo mientras nos deteníamos en el claro.

—¿Me prometes que vendremos seguido? —pedí con mirada suplicante.

—Siempre que tú quieras.

Y entonces me sonrió.

Sabía, en el fondo de mi corazón, que Mario nunca me dejaría. Lo supe desde que descubrí su profunda mirada un día en que mi padre jugueteaba conmigo en ese mágico lugar. Se alegraba por mi felicidad. Desde que tuve uso de razón vigiló mi bienestar. Cuando me caía, él era el primero en correr a ayudarme. Si algo me hacía llorar, él buscaba siempre la manera de hacerme sonreír; y ya de adolescente, él seguía haciendo lo inimaginable por verme feliz.

Le di un abrazo fuerte. Se sorprendió, pero yo no dije nada, solo seguí abrazándolo, pues era la única manera que se me ocurría para demostrarle cuánto lo quería y cuánto le estaba agradecida.

Después de unos momentos, él correspondió mi arrumaco y, con brazos inseguros, lentamente me rodeó la espalda. Con la nariz sumida en mis flecos desordenados, acariciaba mis cabellos desde mi nuca hasta las descoloridas puntas. Su cálido pecho me brindaba la seguridad y el calor que yo necesitaba. Era como si tomara mi corazón entre sus manos y tuviera el poder de sanarlo sin dejar una sola grieta.

Depositó un beso en mi frente y después susurró en mi oído:

—Buñuelo…

—¿Sí? —contesté.

—Te hace falta un corte de pelo…

Me separé de él rápidamente y tomé un mechón grueso para examinarlo.

—¿En serio?

—¡No solo eso! —Se carcajeó—. ¡Algo de champú no te vendría nada mal!

Me puse roja como un tomate. ¿Qué aspecto tendría? No recordaba la última vez que me había mirado en un espejo; ni qué decir de la última vez que utilicé un cepillo.

—¿Quieres que te lleve a un salón?

Asentí varias veces, como una niña pequeña a la que le preguntan si quiere comer un helado.

—Vamos entonces.

Subimos al automóvil y yo me despedí de mi Ensueño. Pronto lo vería de nuevo, como Mario lo había prometido.

—Hasta luego, papá —susurré.

Mario sonrió mientras encendía el automóvil.

—Mario —dije, insegura—, ¿todavía recuerdas a tu madre?

—Todavía. Y a tu padre también…

—Yo también recuerdo a Irenne.

—Algún día los veremos de nuevo.

Asentí mientras me preguntaba si él sabía algo acerca del pasado de nuestros padres. Quise preguntarle, pero algo me detuvo, indicándome que no era el momento.

Estaba segura de que él la extrañaba tanto como yo a mi padre. Yo también echaba de menos la sonrisa de Irenne y sus joviales manías, y estaba segura de que a él le sucedía lo mismo con mi padre y las charlas que sostenían: tenían mucho en común, siempre queriendo saber más acerca de todo, con interminables teorías, preguntas y respuestas.

Después de todo, era imposible arrancarlos de nuestra memoria luego de haber crecido a su lado.

Nos adentramos en la carretera, de vuelta a la ciudad.

❀❁⊱✿⊰❁❀

—¡Es la última vez, Annia Sullivan! —gritoneaba el capitán de meseros—. ¡De nuevo confundiste las órdenes! ¿Cuánto tiempo tienes trabajando aquí?

—¿Un año? —No lo sabía con exactitud.

Su respuesta confirmó mi suposición.

—Así es. ¡Un año y sigues cometiendo errores!

—¡Mírame cuando te hablo! ¡Que sea la última vez! ¿Me oyes? Un error más, ¡un solo error! —Levantó el dedo índice para dar énfasis a su amenaza—. ¡Y te pongo de patitas en la calle!

De pronto vi a mi alrededor y todo me pareció extraño. ¿De verdad llevaba ahí tanto tiempo? ¿Y por qué me gustaba tanto ese lugar? La clientela era pesada y mis compañeros… bueno, la verdad es que ni siquiera sabía quiénes eran mis compañeros ni cómo se llamaba el señor que me gritaba.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Asentí y regresé a la cocina.

—¡Eh! ¡Lleva esto a la ocho! —alguien me gritó—. ¡A la ocho! ¿Escuchaste?

Ese día trabajé bien. Al menos no volvieron a llamarme la atención. Mientras me abrochaba el abrigo invernal a la hora de la salida, traté de recordar lo que había sucedido ese último año. Todo estaba brumoso. No recordaba si visitaba o no a mi abuelo ni qué tiempo le dedicaba al estudio; mucho menos cómo pasaba los exámenes.

—Visitas a tu abuelo cada tres meses —me aclaró mi madre un día en que me atreví a preguntarle—, y estudias como una loca desde que llegas de tu trabajo y hasta las tres de la mañana; luego te levantas a las siete y Mario viene por ti; regresas a las dos de la tarde, arrastrándote, y comes a regañadientes. Una hora más tarde vuelves a tu trabajo y estás nuevamente en casa a las nueve y media…

—¿En verdad? —pregunté, incrédula.

Me alarmé cuando caí en la cuenta de todo el tiempo que mi pobre madre y Mario habían tenido que lidiar con alguien como yo. Con razón ya nadie me hablaba en la escuela.

—¡Cielos! Qué pesadilla. Un zombi tiene más vida que yo.

—Cierto. Al menos ellos caminan… —agregó mi madre.

—Se acabó, mamá. No volverás a verme actuar de esa manera.

Ella me sonrió mientras depositaba su plato de comida en la mesa y se sentaba a mi lado.

—¡Me alegro tanto, mi niña! Ya no sabía qué hacer para ayudarte. ¡Estuve a punto de llamar al loquero!

Supe que no bromeaba.

—¡Oh, no, mamá! No será necesario.

Ella sonrió.

—Se te ve bien el corte de pelo.

—¿No está muy corto, verdad?

—Está perfecto, justo el largo que siempre has utilizado. Gracias a Dios que has vuelto. —Suspiró, y sus ojos se humedecieron.

—No, mamá. —La tomé de las manos—. No llores; ya no te daré motivos para hacerte sufrir.

—¿Qué te hizo cambiar de actitud?

—Muchas cosas… ¿Sabías que Mario reparó el Ensueño?

Ella asintió.

—Sí. Me habló de sus planes desde hace mucho tiempo. Sinceramente, no creí que lo lograría.

—Mario es muy listo, mamá.

—Ya lo sé, hija.

—¿Así que fue por eso? —preguntó, interesada, después de unos momentos de silencio.

No le iba a contar mi alucinación. Si lo hacía, seguramente sí terminaría llamando al loquero.

—Solo tuve ganas de continuar.

Ella rio.

—Me hace muy feliz oírte hablar así.

—¿Y sabes algo más? —pregunté para despertar su interés—. Voy a utilizar las semillas que me diste y reviviré este jardín, tal como Mario lo hizo con el Ensueño.

Mamá asintió tratando de dominar sus lágrimas.

—Hazlo, hija. Nada me haría más feliz.

Y me acarició el rostro suavemente.

«Mi bella e inteligente madre… mi padre te amó, te amó mucho.»

Yo lo sabía; había sido testigo de ello.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Llegó el día en que fui despedida. Esa mañana de enero estaba distraída, pero no de la misma manera como lo estuve los últimos veintiséis meses. Iba a ir a conocer el colegio St. Patrick. Pensaba en Mario y su horrible trabajo. No comprendía qué iba a hacer una mente tan maravillosa como la de él desperdiciándose en las aulas de esa institución. La universidad de Lynn era, con mucho, mejor que aquélla, pero Mario había renunciado porque, según él, pensaba mudarse a California. Por lo pronto estaba sometido a largas horas de trabajo por un sueldo raquítico.

El caso es que, para variar, confundí órdenes, tecleé mal los precios en la caja registradora, se me cayeron algunos platos mientras los secaba, y la gota que rebosó el vaso consistió en añadir pastrami a una orden de pizza vegetariana. Todavía recuerdo el rostro amoratado del pobre hombre que engullía con gula generosas rebanadas, para después terminar ahogándose, produciendo ruidos de asfixia semejantes a los de un cerdo que está siendo asesinado; me sorprendí de mis propias reflexiones, solo yo podía pensar en tales cosas.

Gracias a Dios alguien ahí estaba capacitado para realizar la maniobra de Heimlich. En cuanto el pobre cliente se recuperó y el ajetreo en torno a él cesó, me alegré de que todo hubiera terminado con un final feliz. Lo pensé hasta que vi los ojos iracundos de mi jefe. Entonces la sonrisa de alivio escapó de mi rostro, y antes de

que él cruzara el amplio piso adoquinado para hacerme frente, me desaté el delantal, me quité el gorrito y, a la vista de todos, se los entregué sin atreverme a mirarlo.

—¡Lo siento! —dije, y acto seguido cogí mi bolsa de detrás de la barra y salí con paso veloz.

Mario se rió mucho cuando le platiqué lo sucedido.

«No me despidieron… Renuncié» —le aclaré.

Cuando miraba hacia atrás me preguntaba cómo había podido trabajar en semejante lugar durante más de un año, y cómo habían podido sobrevivir los clientes a mis constantes despistes.

Me sentía aliviada mientras conducía mis pasos de vuelta al hogar. No más bromas pesadas, no más quemaduras en el horno ni dedos cortados; no más ir y venir entre la humeante cocina y el frío sector de la barra y las mesas.

La única preocupación que experimentaba consistía en llenar de alguna manera mis espacios vacíos. Lo peor de todo era que todavía me encontraba de vacaciones y mi último semestre no iniciaría sino hasta finales de ese mes.

Me quedé sorprendida al ver el colegio Saint Patrick: la fachada semejaba a un castillo de cuento de terror. Estaba desgastada y sin vida, con las rejas desvencijadas y el musgo adhiriéndose a las paredes de piedra. Ni siquiera parecía tratarse de una universidad. Según Mario, por dentro era muy diferente y él disfrutaba enseñando ahí. Yo no le creí ni una palabra.

Mi ego no era tan grande, pero tenía la certeza de que él había sacrificado sus aspiraciones tan solo por mí.

Esa tarde observaba atentamente el golpeteo constante del columpio de cinco bolas cromadas que tenía en el escritorio, tratando de encontrar una solución a mi problema.

«Cuna de Newton», me vino a la mente el rostro de Mario, que corregía el término con el que yo solía nombrar el juguetito que me había regalado en la última Navidad. «Sé educada. No se llama

columpio. Destrozas por completo los términos físicos», no podía ocultar la cara de insatisfacción luego de haberme corregido.

Apoyaba la barbilla en los brazos, que descansaban sobre el mueble, y permitía que mi mente se relajara. Observé, a través de los espacios vacíos, la lapicera metálica desbordándose de plumas y papeles que había metido hacía mucho tiempo. Alargué el brazo con pereza y fui abriéndolos uno por uno, para deshacerme de los que no me fueran de utilidad.

Mi vista se detuvo en uno cuyos colores llamaron mi atención.

Era una propaganda que había desprendido meses atrás de las paredes de la escuela. El remedio a todas mis preocupaciones.

TALLER DE PINTURA

Cursos de dibujo, pintura al óleo y otras técnicas. Clases matutinas y vespertinas.

En ese momento no imaginé lo que me deparaba el destino…

MI AUTORRETRATO

El señor Clay era un hombre de cincuenta y tres años, muy paciente con todos sus estudiantes, incluso con aquellos que no tenían ni siquiera la más mínima noción de dibujo o pintura. Durante la primera hora mantenía su mirada fija en sus propios trazos, reposando los brazos en la mesa de dibujo mientras tomaba café de un interminable termo anaranjado.

La segunda hora la dedicaba a pasear entre los pasillos del salón, mirando lienzo tras lienzo y corrigiendo errores. La tercera y última hora la gastaba con quienes estuvieran dispuestos a charlar con él. Era un buen orador, más hablantín que oyente.

En la clase inicial me enseñó todo sobre los tipos de pinceles, los tamaños de lienzo, la clase de espátula y los óleos que prefería. Mi primera pintura fue un paisaje típico: un cielo grisáceo con unas escuálidas nubes paseándose sobre un mar profundamente azul. Solo utilicé los tres colores primarios; según Clay, esa era la manera correcta de aprender.

Muy orgullosa, firmé mi cuadro con mi recién creado nombre artístico. Como niña pequeña, corrí a enseñárselo a mi madre al llegar a la casa. Ella sonrió de la misma manera como lo hacía cuando le entregaba algún garabato hecho con mis manos torpes en alguna época de mi infancia.

La siguiente clase, Clay me propuso algo diferente:

—¿Por qué no haces un autorretrato?

No me sentía para nada preparada para semejante reto. Sin embargo, él me animó. Me sentó ante el grandísimo espejo del segundo salón y me dio un cuaderno y un lápiz para que comenzara mi propio bosquejo.

Yo era buena dibujando. Con el tiempo había aprendido, pero también en mi carrera me habían enseñado. Pero el dibujo artístico era totalmente desconocido para mí, nada que ver con las líneas y formas geométricas, la precisión entre punto y punto y las exhaustivas mediciones para corroborar la exactitud entre largos y espesores. Pero ahí estaba mi maestro, sentado junto a mí, amenizando mi tiempo con sus interminables pláticas, mientras yo trataba de plasmar en el cuadernillo las líneas de mi rostro.

Fue durante esas horas cuando me enteré de su vida personal. Su mujer, también profesora de arte, había muerto hacía siete años por un raro cáncer linfático; ambos trabajaban en el Museo de Bellas Artes. Tenían tres hijos: Sam, de veinticuatro años; Charly, de veinte, y Xavier, de diez. El mayor vivía en otra ciudad desde hacía ya más de tres años.

Me agradaban las conversaciones de Clay, siempre alegre, a pesar de haber enviudado y de cargar con la responsabilidad de sus tres hijos varones.

—Charly es el que me da más problemas. Es un chiquillo muy inquieto. Xavier es solo un niño, así que todavía tengo esperanzas de que no siga el mismo camino de su hermano mayor. En cuanto a Sam, estoy contento con sus decisiones y logros. —Me miraba tranquilo el hombre de ojos verdes aceitunados, piel blanca como la leche y cabello cenizo.

Cuando por fin terminé mi boceto, me alentó inmediatamente a plasmarlo en el lienzo. Tendría la oportunidad de utilizar una gama un poco más amplia de mi paleta de colores.

Me gustaba ir a mis clases de pintura. Además de Clay, mis compañeros eran educados y amables; incluso una chica que siempre se sentaba a mi lado, cuyo nombre era Nataly, no dudó en invitarme a una de sus exposiciones en una galería.

Ella era muy buena pintando, y solo asistía a los talleres para afinar su arte. Yo estaba segura de que necesitaría veinte años de práctica, o quizá nacer de nuevo, para ser tan apta como ella, pero no estaba

ahí para convertirme en una Lavinia Fontana o una Frida Kahlo. La verdad, asistía a esas clases porque no tenía nada mejor con qué llenar mis tardes, y eso hasta el propio Clay lo sabía.

No me gustaba para nada el boceto de mi autorretrato. No se parecía a mí, a no ser quizá un poco por la nariz. El resto era totalmente diferente. Suspiré y mezclé los óleos en mi paleta como el maestro me lo había aconsejado.

—No se parece a ti... —me susurró una voz insípida, justo antes de apoyar el pincel en el lienzo—. No deberías pintarlo.

Giré la cabeza para ver quién me hacía esa advertencia.

—Lo digo en serio —recalcó—. Sería un error.

Justo frente a mí estaba la figura larga de un joven de cabellos muy negros y azulados, disparados en todas direcciones.

—¿Tú crees? —Fue lo único que se me ocurrió preguntar.

Asintió. Entonces posó sus ojos oscuros sobre mí.

—Tu boceto no se parece en nada a tu rostro. —Su voz era inexpresiva—. Si te atreves a pintarlo, perderá aún más su esencia natural. Eso lo digo porque estoy seguro de que eres primeriza, y del boceto al lienzo todavía hay mucho que aprender. Lo arruinarás —repitió.

—¿Qué puedo arruinar entonces si mi dibujo original está mal hecho? —quise indagar, un poco molesta.

—No me refiero al dibujo.

—¿Entonces?

—Arruinarás el lienzo... —Una sonrisa perspicaz se asomó a su rostro.

Me quedé mirando, de una pieza, a aquel joven que se atrevía a criticar mis creaciones iniciales. Pero no dije nada.

—Aún no entiendo por qué los maestros insisten en crear bocetos. Para mí es una pérdida de tiempo —continuó mientras torcía la boca

en señal de desaprobación—. No hay nada mejor que pintar sobre el lienzo y de una sola vez.

—¿Y es que tú no arruinas lienzos de vez en cuando? —me indigné.

—Jamás. —Sonrió casi para sí mismo, entornando los ojos hacia el techo del salón.

—Ah, ¿sí? Entonces has de ser una eminencia —recalqué mis últimas palabras.

—Lo soy. —Rio con malicia.

Di media vuelta al quedarme sin argumentos. Pude haberle dicho que era un engreído, y retarlo a que mostrara si verdaderamente era tan bueno como decía, pero me di cuenta de que su mirada profunda me producía más desconcierto que irritación.

—Te mostraré —dijo, y me tomó de la mano.

Me llevó hasta el salón contiguo, el de los espejos. Me hizo esperar ahí, dándome una orden con la mirada, y al poco tiempo regresó con su caballete y materiales. Colocó el lienzo sobre el caballete, a una distancia considerable del espejo. Con rapidez mezcló los óleos sobre la paleta, arrastrándolos desde las orillas hacia adentro, para obtener todas las tonalidades claras y oscuras que necesitaba.

Al principio lo miré incrédula; ni siquiera alcanzaba a distinguir la diferencia entre tonos. Para mí todos los oscuros se veían iguales. Él no prestó atención a las pequeñas burlas que mostraba en el rostro; al contrario, con elegancia cogió el pincel más delgado que tenía y empezó a dibujar las líneas de sus cejas y el contorno de sus ojos. No me convencía que ese par de ojos se pareciera a los suyos, y... ¿por qué comenzar por los ojos? ¿No me había dicho Clay que era más fácil hacerlo con el trazo del contorno de la cara?

Me crucé de brazos mientras una sonrisa burlona se extendía poco a poco en mi rostro. Lo que yo veía delante de mí solo eran garabatos. El chico echaba una ojeada rápida a su reflejo mientras su mano derecha se movía como loca, del lienzo a la paleta, de la paleta al lienzo. Estuve a punto de darme vuelta y bostezar ampliamente para

demostrarle mi falta de interés. De súbito, sus brochazos por fin cobraron sentido. Los ojos del lienzo eran la réplica exacta de los que reflejaba el espejo.

Incrédula, me acerqué un poco más para comprobar que la mezcla de tonalidades mostraba exactamente los diversos tonos de su piel clara. Las ojeras, las cejas finas y delgadas, e incluso el iris blanquecino presentaban las mismas sombras, formas y matices. Aquellos ojos negruzcos plasmados en el lienzo eran igual de inquietantes que los del original. Al cabo de una hora y media terminó su trabajo, o más bien su obra de arte.

Desprendió el cuadro del caballete y con sonrisa triunfante me dijo:

—¿Lo ves?

Ahora no tenía ninguna duda. Aquel joven era talentoso.

—Asombroso —respondí, todavía pasmada.

—¿No te lo dije?

—Pues me has vencido.

Él soltó una carcajada.

—¿Por qué vienes a este lugar si pintas tan bien? —inquirí, extrañada y aparentemente molesta.

—Es porque conozco a Clay desde hace mucho tiempo. Vengo desde que era un niño. Somos amigos y, aunque ya no tenga nada que enseñarme, me gusta visitarlo de vez en cuando. A veces ayudo a los demás, como lo estoy haciendo contigo.

—¿En serio? —Fruncí el ceño—. No parece que me estés ayudando mucho; más bien solo has hecho gala de tus dones artísticos.

—Lo hice porque fuiste incrédula —reclamó—, pero en verdad quiero ayudarte con tu pintura.

Era obvio que no iba a permitir que semejante chico me ayudara. Me sentí avergonzada de mis trazos deformes. Busqué desesperanzada a Clay. Me urgían sus ánimos y su optimismo permanente; que me

repitiera que mis dibujos eran buenos, que le había gustado el esbozo de mi autorretrato.

—Lo pintaré así de todas formas. Gracias —repuse agresivamente, para que el chico desapareciera de inmediato de mi vista y no se me acercara nunca más. Luego me dirigí a mi lugar.

A los pocos segundos, el joven extraño de cabellos negros me alcanzó, me miró sin expresión y, acto seguido, arrancó bruscamente el dibujo de mi caballete.

Estuve a punto de gritarle, pero no me dio tiempo. Ante mi pasmo, posó la mano en mi barbilla, se me quedó mirando fijamente por unos segundos, tomó el lápiz con un movimiento parecido al que imprimía al estar frente al lienzo y, finalmente, subiendo y bajando el lápiz, comenzó a dibujar.

Quedé aún más sorprendida cuando, con una sonrisa triunfal, me regresó el cuadernillo.

—¡Así está mejor! —dijo muy orgulloso de sí mismo—. Ya puedes pintarlo.

No daba crédito a lo que mis ojos veían. ¡Pero si era yo! Con mis rasgos agraciados y mis defectos, con las proporciones correctas y las formas bien delineadas. Era como si estuviera viendo una fotografía mía.

—Te ayudaré con tu pintura si me lo permites —dijo esbozando una amplia sonrisa.

Luego se dio media vuelta y salió del salón, con las manos en los bolsillos de su pantalón oscuro. Se recargó en el barandal mientras encendía un cigarrillo. Ya había caído la noche. Sus ropas oscuras, su tez extremadamente blanca, su cuerpo delgado y su figura tan alta que lo hacía encorvarse le daban un aire fantasmagórico. Comencé a inquietarme. En ese instante, un escalofrío recorrió mi cuerpo al sentir una mano sobre mi hombro. Contuve un grito y volteé, presa del pánico. Pero era Clay.

El profesor miró mi esbozo corregido y luego al chico que, afuera del aula, fumaba un cigarrillo, despreocupado.

—Oh... ya veo... —dijo, como si de pronto lo comprendiera todo—. No es bueno corregir de esta manera.

—No corrigió, Clay; prácticamente lo volvió a hacer...

—A eso me refiero. No le hagas mucho caso a ese joven; siempre le gusta fanfarronear acerca de su talento. Vas a tener que dibujarlo de nuevo.

—¿De nuevo? —pregunté molesta.

—Así es. La próxima vez que Anton Baker se acerque a tus dibujos, no permitas que los destruya.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Así lo hice, pero después de aquel día comencé a prestarle un poco más de atención al destructor de mi gran obra. Él asistía esporádicamente, una o dos veces por semana. Se sentaba en el fondo del grandísimo estudio, siempre cerca de una ventana. Pintaba alrededor de una hora y después se marchaba. Cuando me vio sentada frente al espejo nuevamente, me dirigió una sonrisa burlona y meneó la cabeza en señal de desaprobación. No hice caso, aunque debo admitir que guardé el boceto anterior tan solo porque creía que en realidad era muy bueno.

Mi madre estaba encantada con la idea de que por fin mostrara inclinación hacia el arte, ya que la música nunca me interesó más allá de lo que sabía como para amenizar una fiesta familiar o impresionar a alguien que no supiera distinguir un do de un mi. Pero de ahí a ser una virtuosa había un largo trayecto que yo nunca quise recorrer.

Cuando finalicé la pintura, con mucha ayuda de Clay, por cierto, me sentí tan orgullosa que la firmé en una esquina con unas letras muy grandes. Quería que todo el mundo se enterara de que yo había pintado a esa chica de cabellos castaños, aunque no se pareciera en nada a mí.

Quise llevarme mi autorretrato a casa. Clay me advirtió que cuidara de todas mis pinturas, pues al final del curso las exhibiríamos en la

galería de la escuela. Envolví el lienzo y salí del aula.

Caminé hacia la parada de autobuses, donde Mario usualmente me recogía. Esa noche iríamos al cine. Hacía tanto frío que, cuando me senté en los gélidos banquillos metálicos de la pequeña cabina, empecé a tiritar, a pesar de que llevaba un grueso abrigo de lana, gorro y bufanda. Rogaba que pronto apareciera mi amigo y me salvara de morir congelada, pero no se veía nada que se pareciera a su Mustang. En cambio, distinguí que alguien se aproximaba caminando por la misma vereda. Una alta flama le iluminó el rostro cuando se encontraba a unos dos metros de mí. Fue entonces cuando me di cuenta de que era Anton.

Recogí las piernas para controlar mi temblorina; ahora ya no sabía si se debía al frío o a su presencia, que me asustaba. Había algo en su mirada, en su forma de actuar, que me hacía querer retroceder, salir corriendo. Pero supuse que no podía ser tan cobarde, y me quedé. Él fumaba, sin preocuparse por nada.

Cuando se cruzó conmigo, detuvo su caminata y se recargó en una alta jardinera de piedra que había justo frente a mí, echó la cabeza hacia atrás y terminó de exhalar el humo de la última bocanada mientras su largo cabello se movía con el viento invernal.

—Es probable que caiga una nevada. —Apagó el cigarrillo en el suelo, quizá por cortesía—. ¿Tienes mucho frío? —agregó.

Quise decir algo, pero tuve miedo de que la temblorina de mis dientes me hiciera sonar estúpida. No podía creer cómo él no se moría de frío como yo. No vestía más que una camisa de manga larga y una bufanda rodeándole el cuello. Además, entre más lo veía, más se me ponía la piel de gallina. Solo atiné a asentir con la cabeza.

—Te podría abrazar. Quizá lograría mitigar tu frío —propuso con cinismo.

Puse los ojos en blanco.

—Simple broma. —Rio levemente—. Toma. —Se sacó la bufanda y me la brindó—, es muy caliente. Te puede ayudar.

—Pe-pe-pero... ¿y tú?

—Yo estoy bien.

—¡Ay, maldita sea!... —castañeé—. ¿Por qué hace tanto frío?

—Y se pondrá peor —aseguró.

Echó una ojeada a mi lienzo envuelto.

—¡Oh! Veo que lo terminaste.

¿Me dejarías verlo?

No podía decirle que no al joven que me estaba ayudando a no perecer congelada.

—Adelante —dije, y le extendí el envoltorio.

—Es bueno —dijo después de examinarlo—, lástima que no me dejaras ayudarte; pudo ser mucho mejor.

—En otra ocasión. —Traté de ser cortés—. En verdad, Anton —agregué cuando la temblorina cesó—, ¿para qué vienes a las clases de pintura si es obvio que no te hacen falta?

—Porque me gusta. Eso es todo.

Su seriedad me incomodó. Entonces, más que nunca, me pregunté dónde estaba ese Mario que no aparecía.

—¿Y dónde estudias? Quiero decir, ¿estudias?

—No por ahora. Aún estoy decidiendo.

—¿Cuántos años tienes? —me atreví a preguntar.

—Veinte.

—¡Oh!

Habría jurado que aquel chico era mucho mayor que yo.

—Puedo ayudarte en tu próximo retrato, si tú quieres. —Me miró fijamente. Sus ojos eran tan oscuros que era difícil saber si los tenía negros o azules, aunque muy intensos.

No contesté porque, para mi buena suerte, escuché el motor del automóvil de Mario ronroneando detrás de mí. Encendió las luces intermitentes y bajó deprisa.

Me levanté con torpeza y desenredé la bufanda de Anton.

—Muchas gracias. —Se la di.

—Quédatela —dijo por lo bajo.

—Perdóname, Buñuelo, tuve un contratiempo en la u...

Mario terminó abruptamente cuando miró a Anton. Entonces supe que se conocían. Mi compañero sonrió con malicia y dejó escapar una risita burlona.

—Sí. Bien dicen que el mundo es pequeño...

—¿Cómo te va? —saludó Mario sin muchos ánimos, extendiéndole la mano.

Anton correspondió al saludo:

—Bien.

—¿Se conocen? —interrumpí poniendo una sonrisa boba. Yo encontraba la ocasión muy divertida e inusual.

—Él es el hermano de Lucía —explicó Mario—. ¿Te acuerdas de ella?

Claro que me acordaba. Era la chica de Mario, la de los piercings alineados en las orejas. Cómo olvidarla.

—¡Ah, por supuesto! —contesté, muy alegre.

—Hace mucho tiempo que no te veía, Anton. ¿Qué has hecho últimamente? —Mario quiso salir de la situación incómoda.

—No mucho —respondió el otro, también con ánimos de cortar toda conversación.

—Bueno, me dio gusto saludarte. ¿Nos vamos? —me preguntó.

Anton arrastró los pasos en dirección opuesta y se despidió de nosotros con un simple gesto.

—¡Vaya que el mundo es pequeño! —dije mientras buscaba como loca los botones para encender la calefacción—. ¿Y qué fue de Lucía?

—¿Ese chico estudia contigo? —quiso saber Mario sin hacer caso a mi pregunta.

—Sí, en las clases de pintura. Es una pesadilla, Mario. ¡Déjame que te cuente!...

—Annia —me interrumpió y me miró fijamente antes de accionar la primera velocidad—, no te acerques mucho a ese tipo. Ese chico no está bien.

Ya sabía que algo extraño había. Su rostro sin expresión, su voz llana y monótona, siempre con el mismo sonsonete, sus ojos vacíos y su risa cínica me lo indicaban. Le prometí a Mario que evitaría su compañía. De todas maneras, no me interesaba mucho su amistad. Pero Mario prosiguió con su advertencia para dejarme muy en claro sus motivos. Fue cuando nos encontrábamos en el cine, a la espera de que la función comenzara.

—Lucía me contó mucho sobre Anton —dijo mientras revolvía nerviosamente una cucharada de azúcar en su café—; además, yo tuve la oportunidad de conocerlo un poco más de cerca. No es que hable de él sin conocerlo. Yo diría que tiene un trastorno de personalidad —prosiguió—: lo que hace no es normal.

—¿Y qué es lo que hace? —pregunté, un tanto más interesada, abriendo mucho los ojos.

—Es difícil explicarlo. A menudo Lucía lo encontraba atormentando animalitos, atándoles cuerdas en el cuello hasta casi estrangularlos, o prendiéndoles fuego. Lucía me contó que solían tener dos gatos y unos canarios. Un día que ella volvió de la escuela, encontró la jaula vacía, y por mucho tiempo creyó que alguien había dejado la rejilla abierta y las aves habían escapado. Días después los encontró muertos, envueltos entre la ropa de uno de sus cajones. Sucedió lo mismo con los pobres gatos. Un día se extravió uno de ellos; al poco tiempo el otro también desapareció. Semanas después distinguieron

un olor putrefacto en su garaje y encontraron los restos envueltos en unas gasas sucias en el portaequipaje del automóvil de su madre.

Me tapé la boca.

—¿Y qué pasó? ¿Nadie lo enfrentó por lo que hizo?

—No es fácil que alguien como Anton acepte sus culpas. Por supuesto que él lo negó, y al final terminó invirtiendo las cosas a su favor y salió bien librado. Solo tenía doce años cuando eso sucedió; sin embargo, su comportamiento fue de mal en peor.

—Qué horrible, Mario...

—La propia Lucía, aunque es seis años mayor que él, guarda su distancia. Yo mismo presencié el comportamiento extraño de Anton cuando visitaba a Lucía. Nunca lo ves sonreír ni es amable, y pareciera como si siempre se estuviera burlando de los demás, como si en realidad creyera que él es superior a todos los que le rodean. Además, ha estado en la cárcel en dos ocasiones, por delitos menores o actos de vandalismo. Por eso te pido que no te acerques a él.

—¡Me parece increíble! No puedo creer cómo alguien como él pueda tener tremendo talento artístico. ¿Sabías que pinta muy bien?

—Sí. He visto algunas de sus obras. Son interesantes, aunque algunas inquietantes, debo admitirlo. Pero, aunque es bueno, fanfarronea mucho sobre sus dotes artísticas. En verdad, Annia, te lo suplico: mantente alejada de él. Él te puede parecer una buena persona porque es un buen actor; puede convencerte de que es amable e inocente, pero no lo es. Únicamente utiliza a las personas.

—No te preocupes, Mario. —Sonreí—. Mantendré mi distancia.

Una amplia sonrisa de alivio apareció en su rostro.

Yo estaba segura de que jamás tendría ningún problema con semejante chico. No había nada en Anton que me llamara la atención. Y después del inquietante relato de Mario, mis escasas ganas por conocerlo más de cerca se esfumaron. Él pertenecía a otro mundo.

LA CRUZ DE PLATA

Cuando mi madre cumplió cuarenta y seis años, quise obsequiarle un caro medallón que había comprado con mis ahorros del tiempo que trabajé en Roger's Pizza. Ella estaba sentada en nuestra amplia mesa del comedor, repasando la lección que impartiría a Sonia, una pequeña niña de ocho años con grandes ojos verdes y cabellera tan clara como la paja.

Para mi sorpresa, mi madre no aceptó mi regalo. Puso cara de frustración cuando desenvolví eufórica la pequeña caja donde estaba colocado el relicario, en una preciosa y finísima cadena dorada.

—¿Y cuánto te costó esto? —me preguntó, desviando la mirada.

—Unos doscientos dólares —admití con pena.

—¿Puedes devolverlo? Es mucho dinero, Annia. No estamos para derrocharlo en banalidades como esta —repuso con severidad—. Aun así, te lo agradezco, hija. Hubieras pensado en algo simple... una sencilla tarjeta de cumpleaños habría estado mejor. —Se giró hacia sus partituras, fijó su mirada en ellas y despejó de su frente unos ligeros cabellos que se le escapaban del rodete de pelo.

Una vez más supe que ella nunca cambiaría. Me reproché por haber comprado algo tan caro para una mujer que seguía sin acercarse a mí.

Ahora que yo parecía haber superado la muerte de Aarón, mi madre volvía a alejarse de mí, como si creyera que ya era lo bastante fuerte como para continuar yo misma.

Además, la verdad era que no podía regresar la joya. Ni siquiera se había tomado la molestia en observar el relicario. Tenía su nombre grabado, con la primera inicial de su apellido de soltera, como a ella

le gustaba ser nombrada. Ilusamente, había creído que dentro de él mi madre pondría una foto nuestra, es decir, de nuestra familia, y siempre nos llevaría, a mi padre y a mí, cerca de su corazón. Abandonaría, por lo tanto y por fin, ese viejo crucifijo plateado que a veces llevaba puesto, del cual yo no conocía la procedencia. Nunca comprendí por qué mi madre lo escondía entre los abultados encajes de sus blusas y, cuando no lo llevaba puesto, lo encerraba bajo llave en el ropero, como si fuera uno de sus más preciados tesoros, cerca de sus cartas.

Lo que ella no sabía era que yo sí me daba cuenta cada vez que portaba el crucifijo. Porque, cuando se encontraba nerviosa o meditabunda, siempre rozaba su pecho con la mano, como acariciándolo. Además, su silueta se dibujaba a través de la tela del vestido. Nunca le pregunté nada.

Supuse que era un misterio más en la vida de Isabel y de Irenne. Esas cartas guardadas en lo más íntimo, pero nada de mi padre... ni una pequeña fotografía.

Molesta conmigo misma, más que con mi madre, lancé el relicario por los aires y fue a estrellarse precisamente donde descansaban la bolsa con los recuerdos de Aarón y una caja con los regalos de Clara. Me sentía aliviada cada vez que cerraba la puerta corrediza de esa parte de mi armario. Cada capítulo pesaroso de mi vida terminaba sumido en ese rincón.

Pero yo no era como mi madre. Jamás echaría a la basura los recuerdos que alguna vez me hicieron feliz, como ella hizo con los de mi padre. Entre más lo pensaba, menos lo creía, pues no podía imaginar adónde se había llevado el recuerdo de su amado esposo. El basurero era la única imagen que venía a mi mente cuando me hacía esa pregunta. Ahí estaban mis preciosas muñecas y las joyas de fantasía que con tanto amor me regaló; sus cartas de cuando se encontraba lejos y las tarjetas de felicitación de cada cumpleaños.

Cuanto más lo pensaba, tanto más aborrecía el mutismo y la actitud serena de mi madre, sus ojos fríos y amenazantes cada vez que sacaba el tema a flote. Me dolía su actitud, como siempre, pero

hacía lo posible por comprenderla. Era mi madre, después de todo. Me repetía esto cuando sentía que mi amor por ella se debilitaba. Tenía derecho a equivocarse, y yo la perdonaría una y otra vez.

Ella me quería a su manera. Me había consolado en los momentos más difíciles de mi vida y, más difícil aún para ella, había abandonado todo su orgullo y resolución cuando me permitió revivir nuestro jardín y me entregó aquella bolsa con incontables semillas. Era como la mamá pájaro que cuida a su cría mientras es pequeña, o si está herida se queda a su lado para alimentarla; pero, tan pronto como la pequeña ave puede volar, la abandona creyendo que ya ha cumplido con su misión y que su deber de madre termina ahí.

Me prometí que esa sería la última vez que le regalaría algo y lloraría por su rechazo.

Todo volvió a la normalidad el último semestre de mi carrera. Gracias al taller de pintura, empezaba a sobrellevar mejor mis depresiones e inquietudes. Era relajante sentarme en el caballete y aprender cada día algo diferente. Clay siempre estaba deseoso de enseñarme y había desarrollado una actitud paternal conmigo a base de consejos. No sabía si era la pintura o sus charlas amenas lo que empezaba a sanarme y me hacía tener esperanzas nuevamente.

También estaba Mario, que no me soltaba. Se había tomado muy en serio mi petición desesperada de que no me abandonara él también. Aún recordaba aquella tarde en la que, con ojos llorosos y voz ahogada, se lo supliqué. Recordaba cómo había acariciado mis cabellos y besado mi frente consolándome.

Siempre supe que cumpliría lo que en silencio había prometido. Me llevaba al Ensueño cada vez que teníamos tiempo libre. Comúnmente, los domingos, cuando él no trabajaba.

Cargábamos con nuestras mochilas repletas de emparedados y frituras, películas y libros, y pasábamos la mayor parte del tiempo en la casita de campo. Cuando el clima no estaba tan helado, salíamos a los prados y disfrutábamos de las más bellas vistas que nuestro pequeño paraíso solía otorgarnos.

Mucho tiempo después, me contó cómo había reparado el lugar y, aunque fue modesto diciendo que no había invertido mucho dinero, no le creí. Casi diez años de abandono no podían remediarse con unos cuantos centavos.

—No preguntes... —me decía sonriendo—. Solo disfrútalo.

De Clara no sabía mucho. En la escuela la veía pasar a veces y llegamos a tomar alguna materia juntas, pero ella se veía tan lejana, tan diferente de la muchachita alegre que conocí. Me preguntaba si no sería imaginación mía que alguna vez fuimos como hermanas. Desde la muerte de Aarón no volvió a hablarme, luego de reprocharme, en ese lúgubre día que aún me duele recordar, que todo había sido mi culpa, por mi egoísmo y estúpido perfeccionismo. Me repetí hasta el cansancio que ella lo habría cuidado mejor, lo habría hecho mejor.

Se veía diferente. Su cabello estaba teñido de un color rubio mucho más intenso y lo llevaba rizado, casi a media espalda. Recordaba aquella ocasión en la que renegaba frente al espejo de su escasa cabellera, culpando a su madre por ello.

Siempre envidió sus rizos dorados, brillantes. Jamás me volví a acercar a ella ni a la casa Sanford, pero, contrario a lo esperado, eso no fue motivo para que la amistad de Mario se debilitara. Él se había convertido prácticamente en mi sombra. Estaba ahí, puntual, a las siete de la mañana, para llevarme a la escuela, y por las tardes me recogía al terminar mi clase de dibujo. Anton dirigía una mirada burlona cada vez que lo veía acercarse a la parada del autobús, donde muy comúnmente ese chico y yo nos encontrábamos.

—Remedo de Einstein —decía, déspota, y echaba una leve carcajada.

Entonces encaminaba sus pasos hacia otra dirección, pues Mario ya le había dejado muy en claro que no debía acercarse a mí ni pasarse de la raya con sus comentarios. Era como si mi amigo cargara todo el tiempo con una poderosa metralleta.

Yo no quería peleas de ningún tipo, así que seguía los consejos de Mario y me mantenía siempre al margen de él. Cada vez que veía sus ojos oscuros y su boca torcerse con sorna, no podía dejar de pensar en los relatos escalofriantes de Mario. Mas, extrañamente, parecía seguir mis pasos. Lo cierto es que yo atraía con facilidad los problemas.

Cuando superé la desilusión del relicario de mi madre, comencé a tratarla como siempre. Nuestra relación había mejorado un poco. Ella seguía sumida en sus lecciones musicales y, a veces, me parecía que escribía cosas, como breves relatos. Lo hacía a la antigua, pues nunca le llamaron la atención las computadoras. En cierta forma, se parecía a mi abuelo, alejado por completo del bullicio de la tecnología, con sus costumbres muy arraigadas en su juventud pasada.

Una noche bajé a la sala para despedirme de ella antes de irme a dormir. Estaba reclinada en uno de los sillones de nuestra pequeña sala, escribiendo con lentitud sobre un cuaderno de hojas muy grandes. Me alarmó ver la gravedad de su rostro. Estaba lívida y tenía hundidos sus bellos ojos perfectamente delineados.

Fue como si hubiera envejecido súbitamente. Temí que desfalleciera ahí mismo. Me sonrió con dulzura cuando vio mi preocupación. En efecto, me dijo que no se sentía muy bien y que se iría a la cama en cuanto terminara lo que estaba haciendo. Luego me dio su bendición de madre y me despidió, asegurándome que todo estaría bien y que al día siguiente iría con el doctor Parker para que la examinara, como lo hacía cada mes.

Agotadora rutina de la enfermedad de mi madre. También por eso la comprendía y le daba silenciosamente segundas oportunidades. Toda la vida tuve presente que algún día tendría que marcharse, y no quería que lo hiciera sin saber que yo la amaba.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Esa noche no pude dormir. Los ojos sin vida de mi madre me atormentaban en todo momento. Presa de un mal presentimiento,

salté de la cama y atravesé el pasillo hacia su cuarto. La cama seguía hecha. Sentí el mismo escalofrío que me recorrió el cuerpo la mañana en la que Arlette me dijo que Aarón se había ido solo a la costa. Bajé con premura las escaleras, dominando mi nerviosismo. Tuve la certeza de que estaba condenada a ver morir a todos los seres que amaba.

Encontré a mi madre desvanecida en el sofá, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Su manuscrito se veía en la esquina de una de las mesitas; el lápiz había rodado para estrellarse con una de las patas del diván. La llamé en repetidas ocasiones, pero no contestó. Dejé escapar un alarido.

Quise acariciar sus cabellos, arroparla, pero la sola idea de tenerla cerca me hizo retroceder. Finalmente, pude reunir todo el coraje de que era capaz, me acerqué y tomé su mano helada. Estallé en sollozos. Mi madre también me había abandonado...

Con dificultad jalé el teléfono y oprimí un par de teclas mientras sostenía la mano de mi madre, vertiendo en ella todas mis lágrimas, mientras sentía que la costura que había cerrado por un momento mi corazón empezaba a abrirse, punto por punto, lenta y dolorosamente. Un ruido estruendoso me hizo voltear.

Era Mario, quien, luego de azotar la puerta, corría hasta la sala a mi encuentro. No dijo nada, solo me abrazó fuertemente mientras yo continuaba llorando, cada vez más fuerte, sin consuelo alguno. Segundos después, escuché su voz flotando detrás de mí.

—¿Llamaste a emergencias?

Tuvo que repetir la misma pregunta un par de veces, pues yo no parecía entender lo que me estaba preguntando. Un fuerte pinchazo en el estómago me dobló, impidiéndome respirar.

—Escúchame, Annia... —suplicó Mario, estrujándome—... dime si llamaste a emergencias. ¡Tu madre está viva! ¿Entiendes?

—¿Viva?... —balbuceé confundida.

—¡¿Llamaste o no?! —El tono de desesperación de Mario me hizo por fin comprender lo que estaba sucediendo.

—Sí, sí... llamé a emergencias —contesté al fin.

—Se pondrá bien —me consoló mi amigo mientras acariciaba la frente de mi madre.

Al poco tiempo las sirenas sacudieron las tranquilas calles del vecindario. Un equipo de paramédicos entró de inmediato, gracias a que Mario había derribado la puerta de ingreso.

Se llevaron a mi madre, aún inconsciente, con un pulso tan débil que yo no había sido capaz de detectarlo. Me aferré al abrazo de Mario mientras viajábamos en la ambulancia. Los médicos hacían todo lo posible por hacerla volver de un aparente coma. Al llegar al hospital, un equipo profesional comenzó a atenderla. Lo importante era sacarla del estado de inconsciencia.

Los médicos fueron reservados en sus pronósticos. Las primeras ocho horas serían críticas, pero si lograban corregir la severa deshidratación y la hipoglucemia que habían sometido a mi madre a ese trance, se pondría bien. Lo único que me quedaba era rezar...

Me paseé de un lado a otro, entré al cuarto, sujeté las manos de mi querida madre y acaricié su rostro, rogándole que no me abandonara. Todavía no. Era la primera vez que mi madre caía enferma de esa manera tan preocupante.

Mientras observaba su rostro sereno y la cánula intravenosa que se insertaba en su delicada mano, me preguntaba cómo había hecho para soportar años y años de enfermedad; qué energía tan grande la movía y le daba fuerza para continuar, aun después de tanto sufrimiento.

La tarde del día siguiente abrió sus ojos. Miró en todas direcciones. Me regocijé cuando entornó los ojos para encontrarse con los míos. Había vencido una vez más. Estoica y orgullosa, salía adelante y le ganaba otra batalla a la muerte.

Corrí a abrazarla, tratando de no lastimar su frágil cuerpo. Cubrí de besos sus manos blanquecinas mientras le agradecía que fuera tan valiente y le suplicaba que me perdonara por haber estado molesta con ella durante tanto tiempo.

Me sonrió apenas:

—Annia...

—¿Sí, mamá?

—Nada es culpa tuya...

Quiso incorporarse un poco, pero se lo impedí. Luego palpó entre sus ropas, cerca del pecho, y con aire distraído preguntó:

—¿Dónde está?

—¿Qué cosa?

—Mi cruz... —Miró a un lado y a otro, como si buscara el objeto perdido en algún rincón de aquella habitación—... estaba aquí... conmigo. ¿Dónde está ahora?

—No sé, mamá —dije contrariada. ¿Acaso buscaba su crucifijo de plata?

—Lo necesito... —rogó—. Lo necesito, Annia... tráemelo...

—No sé de qué hablas, mamá. —Lamenté mentirle.

Además, sabía a la perfección dónde se encontraba. Pero ella interpretó mi respuesta insegura. Me sujetó el brazo con su lívida mano.

—Tú lo sabes... —suspiró antes de cerrar los ojos otra vez—... tráemela...

Con paso veloz salí del cuarto, dejándola sumida en su inconsciencia. En el pasillo me topé con Mario.

—¿Cómo está? —preguntó alarmado.

—Recuperó la conciencia. Mario, necesito ir a casa. Necesita...

—Iremos juntos —interrumpió mi querido amigo, tomándome del brazo.

Revolví el ropero de mi madre hasta dar con la mugrosa caja de cartón ennegrecida por el tiempo. Ahí estaba la cruz de plata, ese extraño objeto que sobrepasaba el valor sentimental de los regalos

de mi padre y míos. Me estremecí al recordar que mi madre estaba al tanto de que yo había hurgado en sus pertenencias.

Qué avergonzada me sentía. Las cartas de Irenne seguían allí, envueltas en la misma cinta rosada que en aquella ocasión no me atreví a desatar.

Cerré el ropero y salí a toda velocidad. Lo único que ahora importaba era la salud de mi madre, y si aquel crucifijo podía hacerla sentirse mejor, no tenía más tiempo que perder. Debía entregárselo de inmediato. Subí de un salto al automóvil de Mario.

—Mira... —dije, soltando la cadena del crucifijo que llevaba en el puño. Sostuve el otro extremo de la cadena y la cruz de plata comenzó a balancearse—. Esto es lo que necesita mi mamá.

Un brillo asomó a los ojos azules de Mario, quien esbozó una leve sonrisa de alegría.

—¿Eso? —tartamudeó—. ¿Eso es lo que busca Isabel?

—¿Por qué dices eso? —pregunté extrañada; luego tomé la cruz y cerré la mano con fuerza.

—Déjame verla —rogó con un poco de impaciencia.

Sin remedio se la extendí, al tiempo que me preguntaba qué sabía mi amigo de todo eso. Recorrió con el dedo índice la silueta de la cruz; después la tomó entre sus manos y acarició la pequeña palomita que se ceñía en el centro.

—Esto... —vaciló—... esto era de mi madre.

—¿De tu madre? —pregunté contrariada.

—Sí. Apenas lo recuerdo. Apenas... Ella siempre lo llevaba adondequiera que fuese. ¿Sabes por qué lo recuerdo? Un día ella me sentó entre sus piernas y comenzó a hablarme de Dios. Esa cruz había pertenecido a su madre.

»Me explicó, como puede explicarle una madre a un niño de tan solo tres o cuatro años, lo que significaba la pequeña palomita que estaba incrustada en el centro. "Ese es el espíritu de Dios. A él siempre tienes que escucharlo. Él es tu compañero fiel". Cuando ella

se fue, creí que se lo había llevado consigo. Mi madre amaba este crucifijo, simbolizaba tantas cosas para ella... ¿Por qué lo tiene Isabel?

Yo estaba tan confundida como Mario. ¿Qué hacía mi madre con la preciada cruz de Irenne?

—No lo sé, Mario. No lo sé. ¡No sé tantas cosas! —grité fastidiada.

Todo siempre tenía que estar oculto: la muerte de mi padre, sus lágrimas resbalando por su rostro mientras adornaba mi habitación en mi onceavo cumpleaños, las cartas y los diarios de Irenne, la distante actitud de mi madre... mi abuelo y sus dos amores muertos, mi abuelo y su accidente, mi abuelo y la relación rota con mi madre... todo era como un inmenso rompecabezas imposible de armar porque faltaban demasiadas piezas.

—Cálmate, Annia. Algún día entenderemos muchas cosas.

Camino del hospital le pregunté a Mario con una actitud tan desafiante —o más bien de descaro— que me sorprendí:

—¿Sabías que tu madre y la mía vivían juntas en Vermont? ¿Sabías que mi abuelo adoptó a Irenne y la llevó a vivir a su casa?

Mario no despegó la vista de la carretera, pero pude percibir que con cada pregunta que yo le hacía, una avalancha de rocas se estrellaba en sus pensamientos.

—¿Lo sabías? —continué acosándolo—. ¿Sabías que mi padre estaba enamorado de tu madre cuando eran jóvenes?

Por un momento creí que no iba a responder, pero finalmente confesó:

—Lo sé...

—¿Y por qué nunca me lo dijiste? —pregunté, sintiendo en las entrañas una furia creciente.

—Eso está en el pasado. ¿Para qué atormentarnos? Si tu madre quiso guardar silencio, yo no era nadie para venirte con historias del ayer.

—Debiste habérmelo dicho —recriminé mientras me cruzaba de brazos—; siempre he confiado en ti.

Un gesto de dolor se dibujó en su perfil, como si realmente le doliera lo que acababa de decirle, pero no me retracté.

—Lo siento, Annia. No pensé que fuera tan importante.

—¿También lo sabe Clara?

—No. Ella nunca lo supo.

—¿Y tú? ¿Cómo te enteraste?

Mario suspiró.

—Parte de la historia la escuché de mi madre, y parte de mi padre. Aunque todavía existen muchas lagunas.

—Mario... —Me detuve antes de hacer la pregunta más difícil, porque sabía que él estaba en todo su derecho de no contestarla—. ¿Con quién se escapó tu madre? ¿Con quién se fue? —El semblante de mi amigo se ensombreció.

—Eso no lo sé... —dijo, mirando al vacío.

Un sentimiento de incomodidad se apoderó de mí y me hizo recapacitar. No me importaba con quién se había escapado Irenne. Como Mario lo había dicho minutos atrás, todo eso pertenecía al pasado. Ahora solo existía el presente, y en mi presente se encontraba mi madre. Mi madre luchando contra su terrible y odiosa enfermedad. Mi madre, que me necesitaba a mí y a esa cruz.

—Discúlpame, Mario —admití una vez que recuperé el sentido común.

—No hay nada que disculpar —dijo como en un susurro.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Mi madre continuaba dormida, con las manos cruzadas sobre el abdomen. Su rostro lucía agotado y macilento. La larga cabellera

parecía una segunda almohada, tan sedosa y brillante como siempre.

Deposité la cruz de Irenne en una de las mesitas, muy cerca del jarrón de rosas rojas que tan amablemente la madre de Sonia Miller —la niña prodigio a quien mi madre enseñaba piano por las tardes— le había obsequiado. Un poco alarmada al ver esas flores tan hermosas, como las que mi padre solía regalarle, decidí deshacerme de ellas. Si llegara a despertar, supuse, seguramente serían lo último que querrían ver sus ojos.

Con mucho cuidado llevé al baño el delicado objeto de cristal. Mientras vaciaba el agua, me pregunté si sería mi madre capaz de enfrentarme y explicarme qué hacía ella con la cruz de Irenne. En ese momento oí que se destrababa el seguro de la puerta de la habitación. A continuación escuché un leve rechinido que indicaba que alguien ingresaba con sumo cuidado. Sintiendo una fuerte corazonada, decidí permanecer dentro mientras no supiera de quién se trataba.

—Sigue dormida —bisbiseó una voz masculina.

—Me quedaré aquí hasta que despierte. —Reconocí en seguida la voz de mi querido abuelo.

Miré por la abertura de la puerta. Lo vi sentado en su silla de ruedas, bien afeitado, con los cabellos echados hacia atrás, los lustrosos zapatos y la ropa fina de siempre, con el dobladillo y la línea del pantalón perfectamente marcados. Se veía espléndido, más joven que nunca. Era bien parecido. Nunca lo había visto así; muy al contrario, lo recordaba con viejos suéteres y pantalones descosidos, con la barba sin afeitar y el cabello tan crecido que se le enmarañaba en la frente. Me pareció extraño que hubiera sido capaz de salir de la casona, de su propia cárcel de recuerdos.

—Nosotros esperaremos un momento afuera.

Quien hablaba era uno de los dos hombres que estaban con él: alto, de cabello cenizo, vestido con un traje verde muy oscuro. El otro era

un poco más bajo, de cabellos revueltos, muy rizados en las puntas, y de tez mucho más morena que la de su compañero.

Por algún motivo no deseaba que mi abuelo me viese. Nada tenía que ver con el pobre viejecito solitario que yo visitaba en Vermont de vez en cuando.

Mi madre abrió los ojos a los pocos minutos. Supuse que la fuerte presencia de mi abuelo la hizo salir de su delirio. Le tomó unos instantes distinguir la figura paterna. Por un momento se miraron fijamente sin decir una sola palabra. Con seguridad había pasado mucho tiempo desde la última vez que habían estado frente a frente. Yo recordaba vagamente una o dos ocasiones en las que mi madre viajó a Bennington, de entrada por salida, para tratar algunos asuntos económicos con mi abuelo. Supe después que se trataba de los pagos para la universidad.

—¿Qué haces aquí? —La voz ronca y seca de mi madre me sonó completamente desconocida.

—¡Oh, mi querida Isabel! ¡No puedes seguir apartándome de tu vida! ¡Creí que también a ti te perdería! —sollozó mi abuelo, perdiendo la serenidad, mientras rodeaba con su silla de ruedas la cama, queriendo situarse lo más cerca posible de su hija.

—¿Quién te avisó que yo estaba aquí? —preguntó ella, rehusando encontrarse con los ojos de él.

—Chester y Miles —admitió mi abuelo, agachando la cabeza.

—Los soplones de siempre —se burló mi madre—. ¿Algún día les ordenarás que dejen de perseguirme?

—No me dejas otra alternativa, Isabel. No sé nada de tu vida. No sé cómo estás ni cómo ayudarte. Si me mantuvieras informado acerca de lo que haces, no tendría que recurrir a esos soplones, como les llamas. Además, ellos solo cumplen órdenes —sentenció mi abuelo, con un tono autoritario que jamás en mi vida le había escuchado—. Si no fuera por ellos, jamás me habría enterado de que estuviste a punto de morir.

—Como si realmente te importara, papá... —Luego de esas secas palabras, mi madre clavó la mirada en el techo de la habitación.

—Es porque me importa que estoy aquí, Isabel.

—Ya no soy una niña, papá. No puedes estar pendiente de todos mis movimientos. Hace mucho tiempo dejé de confiar en ti. No creas que algún día recobrarás mi cariño. Diles a esos tipos ociosos con los que tanto crees contar que dejen de seguir mis pasos y los de mi hija. Nosotras no somos de tu propiedad, y si piensas que puedes quedarte con Annia el día que yo muera, estás muy equivocado. Ella jamás vivirá contigo en esa casa horrenda, llena de pesarosos recuerdos. Si he permitido que te visite es solo porque no quiero privarla de la oportunidad de convivir con su abuelo. Pero tú sabes exactamente las condiciones que hemos pactado para cada una de esas visitas, y espero que no hayas eludido ninguna de ellas.

—He mantenido silencio, Isabel, te lo puedo jurar —admitió mi abuelo, agachando la cabeza humildemente.

—No quiero que le causes pesares a mi hija. No a ella. Annia no tiene la culpa de nada.

Él no contestó. No supe de qué estaban hablando. Cómo odiaba los acertijos, las medias verdades, las frases inconclusas que se quedaban flotando en el aire. Cómo aborrecía que hubiera tantos secretos.

—Yo nunca lastimaría a mi nieta; la quiero demasiado

Mamá rio, sarcástica.

—¿Como nos querías a mi madre y a mí?

Él guardó silencio por unos momentos. Luego preguntó:

—¿Tanto daño les hice al haber puesto a Irenne bajo mi protección? —preguntó con aflicción.

El rostro de mi madre palideció aún más. Pude ver sus manos estrujando las sábanas en señal de nerviosismo.

—Siempre la preferiste, papá... siempre... —masculló ella.

—Irenne no hizo nada malo. Ella siempre fue buena contigo. Siempre se sacrificó por los que amaba.

—Y tú la amabas por eso —susurró ella—. La amaste siempre...

—Lo hice —admitió mi abuelo—. La amé mucho, y aunque ella nunca me correspondió, siempre quise protegerla.

—¿Más que a mí, papá? —Se encendió mi madre; haciendo acopio de fuerzas, continuó casi gritando—: Cuando yo enfermé no estuviste ahí. No hiciste nada más que confiar en que algún día yo lo aceptaría. Creíste que lo superaría sin tu ayuda, que no te necesitaba. Bien, pues lo hice, pero porque Irenne estaba conmigo, porque ella me dio las fuerzas que necesitaba para continuar. Pero... ¿por qué, papá?, ¿por qué tuviste que cuidar de ella hasta el último momento? ¿Por qué, sabiendo lo que nos hizo?

—Isabel, escúchame. Ella no tuvo la culpa de nada...

—Yo la quería, papá... ¡La quería tanto! Aún ahora mi corazón entra en conflicto cada vez que la recuerdo. Una parte de mí siempre la querrá, siempre la añorará. Ella era mi hermana entrañable... más que eso. Pero hay otra parte, aún más pesada, que se inclina a pensar que ella solo me traicionó. ¡Irenne me arrebató lo que yo más amaba!

—No fue su culpa —repitió mi abuelo—. Irenne no fue más que una víctima del destino. Irenne jamás quiso robarte a Marcos.

Las palabras de aquel hombre que rogaba cayeron sobre mí como una descarga eléctrica. Recordé las cartas y los diarios que siempre me parecieron un misterio; las palabras de Clara: «Se fue con un hombre», y las propias palabras de mi padre impresas en ese pedazo de cartón: «Siempre tuyo. Marcos». Me quise morir al pensar si acaso ellos...

—Pero lo hizo, papá. —La afirmación de mi madre, acompañada de lágrimas, cortó mis pensamientos—. El corazón de Marcos siempre estuvo con ella, y el de ella con él. Yo siempre lo supe, pero creí que con el tiempo Marcos me amaría a mí. Estuve tan equivocada,

estuve tan ciega tantos años... ¡Yo la quería tanto, papá! Amaba tanto a Irenne que le permití regresar a mi vida. Me hacía tanta falta que, cuando ella me pidió una segunda oportunidad, yo no vacilé en dársela. En ese entonces pensé que mi pobre Irenne era solo una víctima de las malas lenguas del pueblo y de un estúpido malentendido entre mi madre y ella. Sufría tanto por haberla perdido. Se me desgarró el corazón cuando la vi salir de nuestra casa después del funeral de mi madre. Yo quise detenerla, pedirle que no se fuera, pero la herida era tan grande y la gente hablaba... y tú... y tú la amabas tanto, papá. Por eso decidí dejarla entrar en mi vida nuevamente, a pesar de que mi madre me advirtió, justo antes de morir, que me alejara de ella. Yo no podía estar sin mi Irenne. Era parte de mí. Debí escuchar las palabras de mi madre moribunda. Pero me causó el peor de los dolores, papá. Aún no puedo perdonarla; ni a Marcos ni a ti.

—Por favor, Isabel. Alguien tenía que cuidar de Irenne.

—¿Por eso decidiste llevarla a vivir contigo nuevamente? ¿Cómo pudiste traicionarme? ¿Cómo pudiste preferirla a ella antes que a mí una vez más? ¡Yo también necesitaba consuelo!

—Tú me mantenías alejado de tu vida, Isabel; desde la muerte de tu madre no quisiste saber nada de mí. Nunca quisiste visitarme, y después me odiaste por darle asilo a Irenne. Pero bien sabes que ella necesitaba ayuda.

—Ella misma se lo buscó, papá. Ella trazó su destino. Pero, como siempre, tú jugaste a ser su salvador. Tú siempre estarías ahí para ayudarla. A ella, siempre a ella.

—¿No es suficiente lo que he tenido que pagar hasta el día de hoy, Isabel? —lloró mi abuelo—. ¿Algún día dejarás tu rencor y tu orgullo de lado? ¿Qué castigo más grande puedo tener que haber perdido a mis tres maravillosas joyas? No me interesa no poder caminar de nuevo... ¡No me importa! ¡Si tan solo pudiera recuperarte! ¿No ha sido el tiempo severo conmigo, arrebatándome todo lo que yo amaba? ¿No crees que he pagado lo suficiente por haberte causado

tanto dolor? Perdóname, hija —suplicó con los ojos llenos de lágrimas—. Por favor. Perdona todo el daño que te he hecho.

Mi madre no contestó. En su lugar volteó en otra dirección.

—¿Sabes, papá? —habló mirando al vacío—. Muchas veces deseé no haber conocido a Irenne. ¡Oh, papá! ¿Por qué no fuimos ese día a otra parte? ¿Por qué te empeñaste en llevarme al cine? Pudimos haber dirigido nuestros pasos hacia otra parte, lejos, muy lejos de ella. Entonces todo habría sido diferente. Mi madre jamás hubiera muerto creyendo que tú la habías engañado. Marcos se habría enamorado de mí, no de ella. Y, finalmente... ellos no me habrían traicionado. ¡Cuánta alegría y cuánto dolor trajo Irenne a nuestras vidas, papá! ¡La odio porque me hizo quererla, porque me hizo necesitarla, porque aún ahora la extraño y la necesito a mi lado! ¡Extraño su alegre voz, sus dulces manías, su amor y sus palabras de aliento! ¡Maldita sea la hora en que la conocí! ¡Malditos sean Marcos y ella por hacerme amarlos tanto! —Rompió en débiles sollozos.

—¿Tanto los odias, Isabel? —Mi abuelo hizo un vago intento por alcanzar la mano de su hija—. ¿Todavía no los has perdonado?

—No lo sé, papá... —repuso ella quedamente—... el dolor aún es muy grande. Siento que los aborrezco y los añoro tanto a la vez. El anhelo de verlos siempre me consume...

Mi madre continuó después de tomar aliento:

—¿Por qué fui tan ciega, papá? ¿Por qué acepté el amor de Marcos sabiendo que no era a mí a quien amaba? ¿Por qué mantuve la estúpida esperanza de que en el futuro me amaría con la misma intensidad? No, papá... Pero el error más grande de mi vida fue permitir que Irenne volviera a ocupar un lugar en mi corazón; abrirle las puertas de mi hogar, creer que nuestro doloroso pasado ya estaba olvidado. Y me engañó... al final ella también me traicionó. No puedo perdonarla, papá. Nunca lo haré.

Mi abuelo suspiró hondamente, mientras el dolor transfiguraba su rostro sereno. Mi madre secó las primeras lágrimas que yo veía

después de muchos años. Aquellas que reservó para sí el día del sepelio de mi padre, aquellas que retuvo aquel gris día en que le dieron la noticia de que él había muerto. Era la primera vez que yo veía llorar a mi madre.

—Si no la has perdonado, ¿por qué aún conservas su cruz? —Mi abuelo dirigió la mirada a la repisa donde yo había dejado el crucifijo de plata—. ¿Por qué te aferras a ella cada vez que te sientes afligida o sin esperanza?

La bella paloma con las alas extendidas parecía brillar con los últimos reflejos dorados de la luz exterior. Se veía aún más hermosa, y parecía brindar aún más esperanza. Los ojos de mi madre se perdieron en el preciado objeto.

Mi abuelo alargó el brazo hasta tomar la cruz.

—Sé cuán importante era esta cruz para Irenne. La llevaba puesta el día en que la conocimos, y desde que su madre murió. Decía que era su prenda más amada y que solo se la entregaría a la persona más importante en su vida, aquella que en realidad la necesitara. Los últimos años de su vida a menudo le preguntaba qué había sido de su querida cruz. Irenne sonreía y me respondía que ahora estaba en manos de alguien que la necesitaba más que ella, de la persona que más amaba. —Hizo una pausa para observar la expresión de mamá. Ella tenía los ojos bien abiertos y observaba la hermosa joya.

—Ahora veo que la tienes tú —continuó él—. Ahora puedo ver que su cariño hacia ti siempre fue sincero. Yo no sabía quién tenía la cruz de Irenne. Hasta hoy...

Con un hilo de voz mi madre acotó:

—Me la obsequió cuando estaba esperando a Annia. Yo tenía tanto miedo. Era un embarazo de alto riesgo y las probabilidades de que... —Hizo una corta pausa— ...de que Annia heredara mi enfermedad eran muy altas. Irenne llegó un día a mi casa —sonrió levemente al traer ese viejo recuerdo a su memoria—, con su alegría de siempre, riendo por aquí y por allá. Sus bellos ojos chispeantes me sonrieron y corrió a abrazarme. Yo estaba en cama, deprimida y preocupada

por mi condición. Pero ella estaba ahí, como siempre, dándome las fuerzas que a veces me faltaban. Me dijo con su voz cantarina: «Esto es para que dejes de estar triste. Esta cruz te dará alegría y consuelo cada vez que lo necesites. ¿Ves la pequeña palomita del centro? Es la esperanza, Isabel. La esperanza que siempre debe perdurar, a pesar de todas las dificultades. Todo saldrá bien. Seré muy dichosa el día en que tenga entre mis brazos a mi hermosa sobrinita». Sabía que era importante para ella, pero me la obsequió. Desde entonces la cargo conmigo. No pude deshacerme de ella como deseché las cosas de Marcos... Simplemente... no pude. Toda la vida me he debatido entre llevarla puesta o dejarla encerrada para siempre, fuera de mi vista. De alguna manera, cuando la llevo cerca de mi pecho siento que ella está conmigo, que no me ha abandonado, que aún sigue mis pasos, con su andar vivaracho y su sonrisa despreocupada, diciéndome que no importa lo que pase, todo saldrá bien.

Mi abuelo guardó silencio. Evidentemente, el recuerdo de Irenne sumía a él y a mi madre en un profundo abismo de tristeza. Comprendí en ese momento que la amaban tanto que aún lamentaban su pérdida, aunque mi madre se debatiera entre quererla u odiarla. Su amor por la cruz de Irenne indicaba que ya la había perdonado.

—Ella debió ser honesta conmigo, papá —continuó mi madre y alargó la mano para coger el crucifijo—. Yo nunca le exigí que renunciara a Marcos. Yo pude haber comprendido su amor. Pero ella siempre me mintió.

—Irenne solo quiso hacerte feliz, y aunque amara a Marcos, pensó en ti antes que en ella misma.

—¿Y de qué me sirvieron esos años de felicidad al lado de Marcos? ¿De qué sirvió el sacrificio de Irenne si al final me engañaron? Destrozaron mis sueños, echaron abajo mi castillo de arena. Irenne debió aferrarse a sus sueños desde el principio, para no arrebatarme los míos al final.

—Isabel... —insistió mi abuelo— ...las cosas no son como tú crees. ¿Por qué nunca le diste a Irenne la oportunidad de aclararlas? ¿Por qué te rehusaste a hablar con ella cuando te buscó? Mi querida Isabel, mi niña orgullosa. ¿Por qué no la escuchaste? Y tampoco me escuchaste a mí.

—No había nada que escuchar, papá —contestó mi madre con un tono más frío que el aire invernal que soplaba fuera—. Sé lo que pasó entre ellos dos. No había nada que aclarar, y yo no iba a permitir que Irenne entrara de nuevo en mi vida y me lastimara otra vez. Ni ella ni tú ni el recuerdo de Marcos —concluyó con gravedad.

—Ojalá comprendieras, Isabel —rogó mi abuelo—. Ojalá algún día...

—Vete, papá —interrumpió de pronto mi madre—. Vete, por favor, y no vuelvas nunca.

—¡Por favor, Isabel! ¡No me alejes de tu vida! ¡Déjame quererte! ¡Déjame cuidarte como cuando eras mi niña!

—Cuida de Irenne y sus recuerdos —sentenció ella endureciendo la mirada y apretando la línea de los labios tan fuerte que parecía que jamás los volvería a separar—. Así como la cuidaste hasta el día en que murió. Sigue llevándole rosas al cementerio. Sigue creyendo que ella algún día volverá. Sigue pensando que la dulce Irenne fue la mártir de toda esta historia. —Cerró los ojos en señal de que no diría una palabra más.

Mi abuelo esperó unos minutos, con la esperanza de que lo hiciera, pero fue en vano. Las lágrimas resbalaron por las arrugas de su rostro. Sentí que mi corazón se encogía al saber por fin por qué mi madre odiaba a mi abuelo, por qué tenía ese profundo resentimiento.

Poco a poco las piezas comenzaban a encajar. El hombre enamorado de su hijastra, la habitación rosada en el segundo piso. Ahora que lo pensaba mejor y la recordaba con más detenimiento, no era más que una recámara acondicionada para un enfermo. El pequeño baño rosa, la accesibilidad para llegar a él valiéndose de las barras metálicas a los lados del pasillo. En esa habitación Irenne vivió los

últimos días de su vida, y mi abuelo había cuidado de ella, quizá brindándole las mejores atenciones médicas.

De pronto recordé los relatos de Mario y Clara. Irenne agonizaba en un hospital en Vermont, no en uno cualquiera, sino en el mejor y más caro. Hasta ese día nunca me había preguntado de dónde había salido el dinero para pagar toda la atención que Irenne había recibido.

Pero quedaba una duda que taladraba mi corazón sin piedad: ¿Con quién se marchó Irenne? ¿Con quién? «¡Oh, papá! ¡Mi perfecto padre! ¿De verdad fuiste capaz de traicionar a mi madre? ¿Fuiste tú aquel con el que Irenne se escapó?».

Los ojos de mi abuelo se cruzaron con los míos. No estaba segura de si me había visto agazapada al lado del lavabo, con un par de rosas en las manos. Podría decirse que por un momento nos miramos fijamente, aunque tal vez solo miraba en mi dirección. Tan absorto estaba en sus pensamientos y en su dolor que no pude distinguir alguna mueca en su rostro que me revelara que efectivamente me había visto. Luego agachó la vista e inclinó su cabeza como quien ha aceptado su derrota.

En la habitación solo se escuchaba el ligero golpeteo de las ramas secas de los árboles estrellándose en la ventana y, allá a lo lejos, en los pasillos, el ajetreo de médicos y enfermeros corriendo de un lado a otro para salvar vidas.

Mi abuelo salió por la puerta con el temple sereno que mostró al llegar, no sin antes echarle una última mirada a mi madre. Su orgullo inquebrantable jamás se doblegaría, por nadie ni por nada. Para ella no existían segundas oportunidades, aunque sintiera que se quebraba y lo perdía todo. Un día se hizo esa promesa que la tendría cautiva por el resto de su vida.

Esperé y esperé antes de salir. Nunca deseé tanto pasar inadvertida, desaparecer. Mientras acariciaba las bellas rosas rojas recordé a mi padre, su dulce visión del Ensueño, el reconfortante lugar adonde mi mente podía viajar para sanar las heridas de mi corazón. No

obstante, me asaltó la misma duda: ¿Me había engañado a mí también? ¿Amaba a Irenne más que a mí? ¿Más que a mi madre?

Si yo había visto que el amor florecía y reinaba en mi hogar, ¿acaso había sido todo una ilusión? Por más que me esforzaba, no recordaba ninguna discusión, ningún ceño fruncido o a mi madre llorando. Al contrario, todo siempre fue perfecto, todo felicidad. Podría ser quizá que yo quería recordarlo de esa manera y que en realidad existieron grietas en la relación de mis padres de las cuales yo nunca me percaté.

Lo cierto es que, al parecer, todo estaba claro: Irenne San Luis se había escapado con mi padre...

Pero la tabla de salvación a la que me aferraba en todo momento era que las fechas no coincidían. Irenne se marchó después del horrible accidente de mi padre. ¿Cuánto tiempo después? Era tan pequeña en ese entonces, y estaba tan afectada por la muerte de mi padre, que no podía recordar las fechas exactas. Me devanaba los sesos tratando de ubicar la imagen de Irenne en el funeral de mi padre. No la recordaba. Pero existía alguien que podía refrescarme la memoria. Tarde o temprano, Mario contestaría mis preguntas.

Mi madre volvió a caer en un profundo sueño. Salí de su habitación sin que ella lo notara. Enredada en su mano estaba la cadena plateada y la cruz descansaba en su regazo. «Pobre, tanto dolor encerrado en su frágil cuerpo».

Los médicos me tranquilizaron al decirme que estaba estable. Me deslicé a hurtadillas por los pasillos del hospital, temerosa de encontrarme con mi abuelo. Aunque ya había pasado más de una hora, cabía la posibilidad de que aún estuviera rondando por ahí.

Aunque quería verlo, sabía que no era el momento adecuado. Para mi suerte no lo vi. Sin embargo, sí vi al par de tipos a quienes mi madre había llamado soplones. Estaban cerca de una de las máquinas de café. El de traje verde estaba sentado en una silla, con las piernas cruzadas, escuchando al otro. Me detuve unos momentos detrás de una gruesa pared. La pareja me parecía un tanto conocida. Me sentía incómoda al pensar que nos tenían vigiladas a

mi madre y a mí. ¿Qué tan de cerca lo hacían y con cuánta frecuencia? Pensé que mi abuelo no estaba haciendo lo correcto, aunque fuera por nuestra seguridad. Estaba invadiendo nuestra privacidad, y no le asistía ningún derecho para hacerlo.

Pero no era lo que en esos momentos me importaba. Me precipité hacia la calle buscando un teléfono público para llamar a Mario. Contestó al cuarto timbrazo.

—¿Pasa algo malo? —preguntó al reconocer mi voz.

—Necesito verte lo más pronto posible —dije sin expresión alguna, como si estuviera dando una orden.

—¿Está peor tu madre?

—No. Ella está bien. Soy yo la que necesita hablar contigo —se hizo un silencio prolongado—. ¿Puedes venir? —dije impaciente.

—Ahora mismo no puedo... estoy en medio de una clase.

El ruido de muchas voces y algunos chiflidos comprobó su justificación.

—¿Cuándo estarás libre?

—En unas dos horas tendré un breve descanso.

—Entonces iré a tu escuela.

—¿Tan importante es? ¿No puedes esperar hasta que anochezca? —preguntó, muy contrariado.

—No, Mario, no puedo —aclaré tajante.

Suspiró tan hondamente que me pareció tenerlo frente a mí.

—Está bien. Si puedes venir al colegio, aquí te espero.

—Allí estaré —colgué.

❀❁⊱✿⊰❁❀

A las dos horas exactamente arribé a los patios del St. Patrick College. Todavía no oscurecía cuando me reuní con él. Corrió a mi encuentro, como si se tratara de una emergencia. Menguó mi

irritación cuando me percaté de su mirada asustada de chiquillo al que están a punto de imponerle un castigo.

Se veía lindo, tuve que admitirlo. Con sus cabellos lacios, peinados hacia atrás y bien sujetos con una boina con visera color gris oscuro. Su gabardina de lana lo hacía ver aún más alto y elegante, y su jersey de cuello de cisne, de una tonalidad azulada, reavivaba aún más el azul profundo de sus ojos.

—¿Y bien? —preguntó después de saludarme, aún con esa mirada cautelosa.

—Tú eres mi amigo, ¿verdad? —pregunté, forzándolo a que me dijera nada más que la pura verdad.

—Siempre —susurró sosteniéndome la mirada.

—¿Me dirás todo lo que sabes?

—¿Respecto a...? —Sus cejas se arquearon.

—Mario —supliqué, asiéndome de su brazo—, hoy fue mi abuelo a visitar a mi madre. Me escondí en el cuarto de baño. Sé que estuvo mal, pero no me dio oportunidad de salir antes de que él llegara —me justifiqué—. ¡Ellos hablaron de nuestros padres, Mario!

—¿Qué fue lo que dijeron? —Su mirada se dirigió hacia una de las pequeñas estatuas de querubines que adornaban el jardín.

—Mario... —dudé por un momento—. ¿Cuánto tiempo después de la muerte de mi padre... —Tragué saliva antes de continuar— ...se marchó tu madre?

No contestó por unos momentos.

—No estoy seguro.

—¿Cuánto tiempo después, Mario? Piensa.

—Es difícil recordarlo —suspiró hondamente, clavando su mirada en los adoquines del patio—. Días, supongo...

—¿Días?

—¿Tuvo algo que ver la muerte de mi papá con su huida? —pregunté, no muy segura de la respuesta que podría escuchar.

—No, Annia. No tuvo nada que ver con el accidente de tu... —La lengua de Mario se trabó y un nudo en la garganta le impidió terminar lo que iba a decir.

Entonces me di cuenta de cuánto le afectaba también a él recordar el pasado. Las palabras se quedaron atrapadas detrás de sus dientes, como si se hubiera atragantado.

—¿Sabes... —insistí, ignorando la turbación de mi amigo— ...sabes dónde estuvo tu madre todos esos años?

Negó con la cabeza.

No sabía si Mario mentía o no. De no saberlo, me pregunté si debía decirle lo que yo sabía, cómo lo tomaría. Estaba convencida de que el hombre con el que se fugó Irenne San Luis era mi abuelo. En ese entonces, él podía caminar. Él era el hombre misterioso del cual las malas lenguas hablaban. El hombre del que decían que era «su viejo amor».

—Mario. —Tomé asiento en uno de los bancos de piedra—, sé que mi padre estaba enamorado de Irenne y ella de él. Isabel dice que ambos la traicionaron. ¿Es posible que ellos fueran...? —Quise decir amantes, pero la palabra era tan cruda y su significado en esa ocasión tan fuerte que en ese momento fui yo la que me atraganté.

El aire cansado y la mirada desolada de Mario, que parecía buscar consuelo en alguna de las ramas del arbusto donde sus ojos descansaban, me enternecieron. De pronto sentí el deseo de no seguir atormentándolo con mis preguntas insistentes.

—¿Realmente te haría más feliz el saberlo? ¿Te ayudaría en algo si te dijera lo que sé? —La pregunta de Mario me dejó helada.

Sabía que la respuesta era no. En nada me ayudaría. Nada podía cambiar el pasado ni hacerme más feliz. Esa parte de la historia no me correspondía. Sin embargo, se trataba de mi padre. Se trataba del ser más bueno, honesto y generoso que yo había conocido. No podía, no quería aceptar que él era tan solo un hombre, un humano al que le estaba permitido equivocarse y cometer errores. Mi padre

era diferente, era un hombre excepcional y nada podía manchar su memoria ni empañar su recuerdo.

—Dime todo lo que sepas. —Suspiré al sentir un escalofrío recorriendo mi cuerpo, y me preparé para escuchar la verdad.

—Yo sabía que ellos se querían —admitió—, en silencio, pero... no estoy seguro de si realmente tuvieron una aventura.

Cerré los ojos al escuchar esa palabra.

—Fue una vez, cuando estábamos en la finca —continuó—. Yo tenía diez años, más o menos. Ese día, tontamente, uno de mis discos voladores se coló por la ventana de la cocina. Mi padre me mandó a buscarlo:

"«Tú lo perdiste, ahora tú lo buscas», me dijo, y yo corrí velozmente hacia la casa, tratando de recuperar mi juguete para regresar lo más pronto posible a su lado.

"Parecía que el destino así lo tenía planeado —agregó, dejando caer sus hombros, apesadumbrados—. Yo era muy chico en ese entonces para comprender lo que pasaba; sin embargo, lo intenté.

"El juguete cayó debajo de la enorme barra de la cocina. Me agaché y arrastré hasta llegar a él. En cuanto lo tuve en las manos, sonreí. Antes de ponerme de cuclillas, escuché la voz de mi madre entrando a la habitación. Su tono me sorprendió: parecía que estuviera muy afligida. «Algún día tendrás que perdonarme, Marcos», dijo alzando la voz. Entonces yo salí de mi escondite para mirarla. «¿Por qué le estaba pidiendo perdón mi madre a tu padre? ¿Qué daño le había hecho un ser tan dulce como ella?», me pregunté. Marcos pronto aclararía mis interrogantes. —El relato de Mario cobró vida. Casi podía ver la misma escena que sus ojos infantiles vieron hacía ya más de diecisiete años. Él prosiguió—:

"«No tienes idea de lo que fue mi vida después de que te marchaste», dijo Marcos aún sin mirarla. El rostro de mi madre se contrajo en una mueca de dolor. «Tuve que irme, Marcos... sabes muy bien lo que sucedió. Nadie me quería en ese lugar». «¿Y de

nuevo pensaste en todos menos en mí? ¿Por qué no me buscaste? Yo podía haberte protegido», le reprochó él, mirándola a la cara. «Los planes con Carlo ya estaban hechos, Marcos. Tenía que ser así». «Tú lo decidiste así», corrigió él. «Ha pasado mucho tiempo y aún no me perdonas... ¿lo harás alguna vez?», suplicó mi madre con sus ojos esmeralda llenos de lágrimas. «Te esperé, Irenne, te esperé tanto tiempo... Incluso cuando Isabel fue a buscarme, aún seguía esperando por ti, una llamada, una carta, algo que me dijera dónde estabas. No habría desamparado a Isabel, pero habría cruzado el mundo entero por encontrarte. Sabes que lo habría hecho». «Así tenía que ser, Marcos. Al final, te casaste con ella». «¡Porque creí que nunca volvería a saber de ti! Pasaron más de tres años cuando Isabel recibió una carta tuya. Te habías casado y tenías un hijo. ¿Qué otra prueba necesitaba para por fin convencerme de que ya no me pertenecías?». «¡Marcos! ¡Marcos! ¡Cuánto lo lamento! ¡Habría deseado que las cosas fueran diferentes!», rogó ella, tratando de alcanzar las manos de Marcos. «Ya está hecho, Irenne; el tiempo no puede volver atrás y nosotros hemos construido nuestras vidas lo mejor que hemos podido...». Mi madre lo miró con desolación: «¡Tenías razón... tus palabras resuenan en mis oídos todo el tiempo!», dijo agachando la mirada. Marcos la miró con los ojos bien abiertos. «Nunca te olvidé, nunca amé a Carlo como te amé a ti. Aún ahora...», aseguró ella, estrujando el cuello de su vestido. «Ya no hay nada que hacer, Irenne», la interrumpió. «Ambos tenemos responsabilidades». Mi madre asintió. «Es mejor así. Fue mejor así», dijo ella, como para convencerse a sí misma de que todo estaba bien. Él no respondió. Dirigió sus pasos hacia la puerta de vaivén. Antes de abrirla para dejar pasar a mi madre, agregó:

”«Quizá... querida Irenne... quizá podremos estar juntos algún día, en otra vida. Irenne, si volviésemos a nacer, tal vez nada ni nadie nos separaría».

”Mi madre lo miró con infinita melancolía antes de salir del cuarto. No sabía en qué creer o qué pensar después de escuchar sus confesiones. En realidad, mi corta edad no me permitía comprender

por qué mi madre no amaba a mi padre, por qué se había casado con él, por qué nos había engañado a todos.

”Cuando me incorporé y miré por la ventana hacia el amplio jardín, fui testigo de una escena que quedó grabada en mi memoria. Me pareció como un sueño, una alucinación. A lo lejos, mi padre platicaba con Isabel. Tú estabas sentada a sus pies, pegada a la falda de tu madre mientras jugabas con Clara, quien se asía del pantalón de mi padre con una de sus pequeñas manos. Mi madre y Marcos salieron de la casa. Se miraron larga y melancólicamente. Después me pareció que dirigieron la mirada hacia ustedes. Se sonrieron. En su semblante pude ver la añoranza que sentía el uno por el otro.

”Porque se amaban. Sin embargo, parecía que estaban decididos a olvidarse. Caminaron con paso seguro hasta que pudieron alcanzarlos. Marcos te alzó en sus brazos y mi madre hizo lo mismo con Clara. Todos sonreían. Esa era la imagen perfecta que yo tenía de mis dos familias: todos felices, sin secretos. Después de muchos años, comprendí que mi madre y Marcos se habían dicho adiós ese día.”

—Annia... —Mario volvió al presente— ...nos amaban más a nosotros que a sí mismos. Ellos nunca habrían pensado en engañarnos o hacernos daño.

Cavilé unos momentos, en absoluto silencio, tratando de comprender lo que Mario aseguraba. Tenía muchas dudas: ¿pudo mi padre haber amado a dos mujeres al mismo tiempo?

De pronto sentí la necesidad de frenar mi curiosidad, pero quedaban dos cosas que parecían no tener sentido. En primer lugar, las palabras de mi madre: «Marcos e Irenne me traicionaron»; en segundo, las de Clara: «Mi padre descubrió su infidelidad y la corrió de la casa». «Mario cree que no lo recuerdo». ¿Sería posible? ¿Tenía la respuesta frente a mí?

El ligero viento se llevó una leve fragancia que desprendían los árboles que rodeaban el patio de la escuela. El aroma de mis lilas

estaba ahí también, manifestándose, invadiendo mis sentidos mientras cerraba los ojos y recordaba la figura diligente de mi padre, podando los arbustos mientras su sonrisa se ensanchaba al verme.

No pude evitar que las lágrimas se asomaran de nuevo en mi rostro. Ya no quise averiguar nada más, aunque sabía que ya era demasiado tarde.

Mario tomó asiento a mi lado, me abrazó y me atrajo hacia él. Como en un susurro escuché sus palabras.

—Está en el pasado, Annia. Nada de lo que hayan hecho nuestros padres debe cambiar nuestros sentimientos hacia ellos. Tu padre y mi madre nos amaron, siempre buscaron nuestra felicidad. Eso es lo único que nos debe importar.

No contesté. Sabía que Mario tenía razón, pero yo no podía aceptarlo como él. La imagen de mi padre estaba dañada. «¿Por qué, papá? ¿Por qué la amabas más que a nosotras?»

❀✿⊱✿⊰✿❀

Mi madre volvió a casa dos días después. Me alegraba tenerla en casa; sin embargo, me preocupaba su semblante, todavía pálido y ojeroso. Su pérdida notable de peso la hacía parecer una frágil muñeca de cristal que, si no se manejaba con cuidado, terminaría quebrándose en mil pedazos. Se cansaba con facilidad; incluso subir las escaleras se había convertido en una tarea titánica para ella.

Por ello, el médico ordenó reposo absoluto y recomendó acondicionar una recámara provisional en la planta baja.

Cuando Mario y yo preguntamos si se repondría totalmente, no se atrevió a dar una respuesta definitiva. Una vez más, todo dependería de ella.

Auxiliada por Mario, trasladé los muebles a la sala de estar: la pequeña coqueta de ensueño y la delicada cama. Se añadió un suave colchón de hule espuma para mejorar el descanso. Sabía que mi madre odiaba ser tratada como una chiquilla y depender de mí

para ciertas tareas sencillas, como comer o ducharse. No obstante, yo la alentaba con un excesivo y hueco optimismo.

Ella sonreía de vez en cuando, asintiendo como una niña pequeña cada vez que yo le decía que pronto estaría bien. Realmente lo creía.

A menudo observaba cómo sujetaba la cruz de Irenne mientras parecía sumergirse en sus recuerdos. Imaginaba que su corazón anhelaba verla nuevamente. Por lo que había escuchado de su propia boca tan solo días atrás, había sido la única que pudo consolarla y contagiarle su vivaz optimismo.

Lamentablemente, yo no era como Irenne; además, no recordaba la última ocasión en que había sonreído, y mi vida aún estaba ensombrecida por la duda. ¿Cómo podría yo ayudar a mi pobre madre cuando ni siquiera era capaz de ayudarme a mí misma?

Por cierto, me resultaba increíble que no me hubiera reprendido por haber hurgado entre sus secretos, pues yo sabía perfectamente que su memoria era perfecta. Debió de haberse percatado aquel día en el que tontamente olvidé colocar la cruz en su posición original.

Pocos días después de que mi madre volviera a casa, un día en el que estaba preparando la cena para ambas, me llamó a su presencia.

—Mañana viene Sonia. Quisiera que me ayudaras con ella —dijo como dándome una orden—. Es una niña muy inquieta y pierde fácilmente la atención.

—¿Por qué no cancelas la clase, mamá? Tu salud no es lo suficientemente buena como para lidiar con ella —protesté.

—¿Es que tienes otra cosa que hacer, Annia? —preguntó, alzando las cejas.

—No —musité—, te ayudaré.

Sonrió con aprobación y miró hacia el otro lado de la habitación, donde, por la puerta corrediza entreabierta, se alcanzaba a ver la figura del finísimo piano de cola que con tanto esfuerzo mi madre y mi padre habían comprado años atrás.

—Es una niña talentosa... llegará muy lejos. Me sentiré muy honrada si interpreta bien sus piezas en el recital de la escuela. No quisiera defraudar a nadie. Sus padres confían en mí. Es importante para mí. ¿Lo entiendes?

La entendía, claro, y sabía de antemano cuánto le habría gustado que fuera yo aquella niña que mostraba tales dones musicales. Pero yo siempre fui testaruda y me aferré a mis propios planes, defraudando un poco sus expectativas.

—No te preocupes, mamá —reafirmé mi promesa—; estaré aquí para ayudarte. No importa si no asisto a mi clase de pintura. No creo que me pierda de nada interesante.

—Solo será esta ocasión... —prometió.

—Las que sean —interrumpí—... le diré a Mario que no pase a recogerme.

—Annia... —susurró después de unos segundos—. ¿Por qué no te haces de otros amigos aparte de Mario?

—No soy buena haciendo amigos —admití—. Mario es el único que no se ha apartado de mí a pesar de mi comportamiento extraño.

—Sí. A pesar de todo, Mario es un buen chico.

Asentí con una sonrisa.

—Pero... —vaciló por unos momentos—... ¿se trata solo de un amigo?

—Claro —afirmé con vehemencia—. Sabes que él es como mi hermano.

—¿Y él piensa en ti como su hermana? —inquirió mi madre, con la intriga en el rostro.

—¡Pues claro! —Mi corazón empezó a latir acelerado—. Por supuesto que también me ve como su hermana.

Ella guardó silencio por unos momentos, pero luego, para mi sorpresa, mientras tocaba su cruz habló de nuevo:

—Gracias por entregármela.

No sabía si decir algo o salir corriendo.

—De nada —musité.

—Pero, Annia... —habló como en un susurro, mirando fijamente mis ojos. Un brillo peculiar, como de advertencia, cruzó por sus pupilas —... que sea la última vez que hurgas entre mis cosas.

Pálida, asentí con la cabeza y desaparecí de su vista.

REGALO INESPERADO

Desde la partida de Aarón aborrecí el Día de los Enamorados. No me importaba si caía en sábado o domingo, pero cuando lo hacía entre semana... las risitas de mis compañeras de clases luego de haber recibido flores anónimas y chocolates me hacían sentirme un poco celosa y desgraciada.

Aunque ya había salido de mi ostracismo, esos dos años habían dejado una huella imborrable. Tenía suerte si alguien me dirigía una sonrisa o entablaba conmigo aunque fuera una conversación corta. Suspiré mientras miraba a través de la ventana del salón el ir y venir de los chicos, entregando arreglos florales y osos de peluche. Todas las chicas vestían de rojo o de blanco.

Para enfatizar aún más mi depresión, ese día llevaba unos jeans deslavados, una camiseta color negro y una simple chaqueta holgada azul marino. Hacía mucho tiempo que había abandonado los colores pastel que me hacían lucir un poco más alegre, o los atuendos joviales y primaverales que tanto le gustaban a Aarón. Aún dejaba mi cabello suelto, y tenía por cierto un aspecto mucho más sano que nunca, solo que no lo adornaba con ninguna cinta ni broche en especial.

No niego que a veces me preguntaba qué habríamos hecho Aarón y yo ese día. Seguramente, pensé, me habría sorprendido con un ramo de rosas. Luego, habríamos pasado todo el día juntos, diciéndonos toda clase de mimos y haciendo mil arrumacos. Al final habríamos terminado paseando en alguno de los lagos, después de haber tenido una cena romántica en un restaurante iluminado a media luz, con una bella música de fondo.

Cuando volví a la realidad me consolé al pensar que solo tendría que soportar la universidad cuatro meses más. Ante mí se abrirían nuevas oportunidades y yo podría comenzar desde cero.

La risa estruendosa de Clara me hizo voltear bruscamente hacia la entrada del salón. Era la única hora que compartía con ella. ¿Cuánto tiempo hacía que no la escuchaba reír de esa manera? Casi sentía que me encontraba viajando en el pasado, hacia algún tiempo en el que aún éramos amigas.

Seguían sus pasos un séquito de «amiguitos», todos ellos ansiosos por regalarle una flor y obtener de ella una sonrisa. Debí reconocer que cada día estaba más bella. Cada día se parecía más a su madre, aunque no fuera tan alta ni sus cabellos tuvieran el mismo color.

Ese día se veía mucho más radiante, con una minifalda azul celeste, unas botas blancas de tacón alto y una chaqueta color crema que se amoldaba perfectamente a su figura. Había recogido su cabello en una coleta alta de donde descendían sus bucles dorados.

Ya me había acostumbrado a verla solamente de lejos, siempre rodeada de un montón de niñas bonitas, de las mejores familias, y a veces de un montón de jovencitos que hacían hasta lo imposible por obtener su atención.

Con aire melancólico dirigí mi mirada hacia su graciosa figura, mientras me aseguraba lo falsa y frágil que había sido nuestra amistad. Tal vez nuestro destino era permanecer enemistadas para siempre, como sucedió con nuestras madres.

Tomó asiento a unos escasos pupitres enfrente de mí, y me dirigió una rápida mirada. El alboroto era tan grande que la pobre maestra desistió de seguir adelante con su clase. Estaba permitido que ese día los mensajeros (miembros del comité estudiantil encargados de coordinar la festividad) interrumpieran las clases para entregar los adornos florales.

Las chicas se levantaban alegremente de sus pupitres cada vez que uno de ellos las llamaba por su nombre. Clara era sin duda la mejor posicionada. Con mirada altiva se dirigía una y otra vez hacia el

chico en turno, portador de sus regalos. De regreso a su pupitre, sonreía ampliamente hacia ambas direcciones, haciendo resonar los altos tacones.

—¡Ay, Clara! ¿¡Cómo le haces para ser tan popular!? —le decía una de sus amigas—. ¡Tienes más rosas que cualquier otra chica!

Clara rio abiertamente. Me pareció que dirigía su mirada hacia mi persona.

—Bueno, Lucy... —dijo como gritando—, supongo que es mi personalidad. Soy alegre y divertida. ¿Te imaginas si anduviera por la vida sola, arrastrándome como algunas personas lo hacen? Bueno, pues yo creo que no tendría ningún amigo, ni nadie se fijaría en mí. ¿No crees?

—Sí, sí, sí. ¡Claro! —admitió la tal Lucy, como temiendo decirle lo contrario—. ¡Además de bonita tú eres muy agradable! ¡Por eso tienes tantos amigos y pretendientes!

—Ajá. —Asintió la otra, aún mirándome de soslayo mientras apilaba el montón de tarjetas dedicadas que se amontonaban en su pupitre —. ¡Tantos que no puedo decidir con cuál quedarme!

Ya me había acostumbrado a las indirectas de Clara. En parte tenía razón: si no me hubiera arrastrado, como ella decía, durante dos años, tal vez ese día habría recibido aunque fuera un pequeño clavel, pues incluso los compañeros que alguna vez consideré más impopulares tenían sobre sus mesas un par de flores y sus tarjetas de felicitación.

Un arreglo de rosas rojas de tamaño descomunal se asomó por la ventana de la puerta de proporciones estratosféricas. Finalmente, el mensajero pidió permiso para leer el nombre del destinatario. Desganada, la profesora asintió.

—Annia Sullivan —leyó en voz alta el mensajero.

De pronto, todos los ojos se giraron en mi dirección. Levanté la cabeza, como lo hiciera un avestruz sacando su cuello del hueco en la tierra, preguntándome si realmente alguien había leído mi nombre. Me despejé los cabellos de las orejas para escuchar bien.

—Annia Sullivan —repitió la voz.

Me puse de pie automáticamente. Todas las miradas seguían mis pasos, y los cuchicheos se hacían cada vez más sonoros. Con pasos inseguros me dirigí hacia el chico que sostenía tremendo arreglo. Era tan grande que por un momento creí que no sería capaz de cargarlo por mí misma.

Más de cincuenta rosas rojas formadas, haciendo un semitriángulo, en una base de cristal bellamente adornada con listones púrpuras. Lo tomé aún con manos temblorosas, deseando que todo el mundo apartara su vista de mí. Incluso hasta la profesora se mostraba un poco asombrada.

—¡Vaya! ¿Quién será el enamorado? —Se oyó decir.

La mirada de Clara se posó sobre mí y mis cincuenta rosas.

—¡Eh! ¿Cuándo te moriste? —preguntó alguien en son de burla.

—Ayer —dije—, y hoy me enterraron en la mañana.

El chico enmudeció y giró su rostro hacia el frente, sin agregar nada más.

De pronto otra chica cuyo nombre no recuerdo se acercó a mí.

—¡Oye, Annia! ¡Eso está muy bonito! ¿Quién te lo manda?

—Sí, ¿quién? —preguntó otra curiosa.

—¡Seguro se lo envió ella misma! —Las carcajadas explotaron.

Sin hacer caso al comentario, leí en la tarjeta:

¡A que te sorprendí! ¿A poco pensabas que esta fecha no era importante para mí? Soy físico, pero también tengo sentimientos. Te veo a la salida. Te prometo que haré que este día sea especial para ti.

El Sabihondo

—¡Hey! ¡Es de Mario! —grité, como si todo el mundo conociera el nombre de mi amigo.

Nadie lo comprendió. Nadie, excepto Clara. Puso una cara de incredulidad primero, y luego de desaprobación. Luego torció la boca y me miró con rencor, con el mismo rencor con el que me miró el día en que le confesé que Aarón y yo nos amábamos.

Ante el alboroto que reinaba en el lugar, la profesora por fin levantó la voz para poner orden.

—¡Gracias al cielo esto solo pasa una vez al año! —suspiró.

Coincidí con ella. No obstante, esa vez Mario realmente me sorprendió. Gracias a él, ese San Valentín no sería el día más miserable del año.

Y ahí estaba, muy sonriente, a la salida de la escuela.

—¿Y bien? —preguntó con el rostro iluminado en cuanto me acerqué a él—. ¿Te sorprendí?

—¡Vaya que sí! ¡Ahora sí que te has ganado mi respeto! No sabía que fueras fan del romanticismo —le respondí mientras intentaba balancear el peso de las flores y los útiles.

—Qué tontita eres... —rio quedamente mientras me ayudaba con mis cosas y colocaba el arreglo en el asiento trasero—... a veces suelo comportarme como un humano.

Reí también.

—Así es. ¡Oye! ¡Todo el mundo se quedó pasmado!

—¡Misión cumplida! —Una sonrisa alegre iluminó su rostro—. ¿Nos vamos?

Mario me abrió la puerta de su Mustang. Cuando estaba a punto de subir escuchamos una voz gritando su nombre:

—¡Mario! —chilló Clara, acercándose con paso seguro hacia nosotros —. ¿Viniste a llevarme a casa? —preguntó sin siquiera mirarme.

Mario dudó por unos momentos.

—No sabía que quisieras que te llevara a casa, Clara. Ayer dijiste que tenías planes con tus amigas para el día de hoy.

—Pues los cancelé —respondió irritada.

—¿Cómo saberlo? Comúnmente vuelves a casa después de pasearte con tus amigos.

—Eso es porque hace mucho tiempo que dejaste de preocuparte por mí —reprochó—, pero todavía sigo siendo tu hermana, ¿de acuerdo?

Cerré la puerta del automóvil y me escurrí por detrás de mi amigo. Clara se veía amenazadora, con ese brillo característico que iluminaba sus ojos cada vez que algo no salía como ella quería.

—Eres tú la que se aparta de mí. —Se defendió Mario—. Te la pasas todo el tiempo con tus amigos, y me has dejado muy en claro que mi compañía te estorba.

No me gustaba ver a los hermanos Sanford discutir enfrente de mí. Hice un movimiento cuya intención Mario adivinó:

—¡No, Annia! ¡No te vayas! —suplicó al tiempo que alcanzaba mi mano y me obligaba a retroceder—. Hagamos esto. —Nos miró a ambas—: las llevaré a las dos a casa, o quizás —rogó—, podamos hacer algo juntos.

Sonaba como en los viejos tiempos...

Clara negó con la cabeza.

—Llévame a casa, Mario —ordenó—. ¿O es que además de no obsequiarme nada este día también me dejarás volver sola?

—Claro que tengo un regalo también para ti, hermana. Está en casa.

Ella sonrió vagamente por unos momentos, pero la sonrisa se esfumó en un instante.

—Pero... —Agachó la cabeza—... ¿tenías que entregarle el arreglo más grande a ella?... —preguntó casi para sí misma—... ¿Enfrente de todos mis compañeros? ¡Yo soy tu hermana, Mario! —Alzó de nuevo la cabeza mientras me señalaba—. ¡Ella es solo una extraña para ti!

—No es una extraña, Clara, por favor. Annia siempre fue como una hermana para ti.

—Llévame a casa —repitió con voz aguda, ignorando por completo las palabras del hermano—. O le diré a papá tu comportamiento. ¡No puedes abandonarme en pleno día de San Valentín!

—Está bien, Mario —repuse desafiando a Clara con la mirada—, puedo volver sola.

Ella torció el gesto y se apuró a subir al automóvil.

Mi amigo dudó unos momentos; me miraba a mí y luego a Clara, quien se había acomodado a sus anchas en el asiento delantero, con la plena seguridad de que él le daría preferencia. Él suspiró y dejó caer los hombros.

—Lo siento, Annia —dijo en voz queda—, pensaba... —se interrumpió a sí mismo—... creo que tengo que cambiar un poco mis planes.

—No te preocupes. —Sonreí—. Será en otra ocasión.

—Te llamaré más tarde, ¿de acuerdo? Te entregaré el arreglo después; creo que tendrías problemas si vuelves con él a pie.

Me daba pena dejar mi hermoso arreglo a merced de Clara y de su envidia. De pronto ella mostraba un nuevo interés por su hermano. ¿Es que también sentía celos de él? En realidad me habría gustado pasar el tiempo con Mario. Ya había fantaseado acerca de lo que íbamos a hacer. Pero tendría que regresar a casa, sola, donde, sabía, nuevamente la tristeza y la depresión se apoderarían de mí.

—Nos vemos. —Me despedí, tratando de no demostrar la sensación de infelicidad que me embargaba, y emprendí la marcha.

Anduve algunos pasos, luego me giré un poco y alcancé a ver la figura de Mario, que permanecía de pie mirando hacia mí, como esperando a que volviera, o debatiéndose entre alcanzarme o no. De alguna manera, su rostro desencajado y melancólico me recordaba un poco a Aarón, a la expresión de sus ojos cada vez que creía que cometía algún error, cada vez que sentía que podía perderme.

Sentí una brisa demasiado fresca revolviéndome el fleco y enfriándome las orejas. Subí la capucha de mi chaqueta y metí las

manos en los bolsillos, mientras caminaba en dirección a la estación de tren más próxima. Todo parecía indicar que pronto caería otra nevada que alargaría el invierno, ya de por sí interminable.

Tardé más de la cuenta en el trayecto porque iba prácticamente arrastrando los pies, a pesar de que quería sentirme alegre. La pérdida de mis seres queridos me hacía sentir vacía y sin ilusiones.

Aunque no podía negar que tenía un remanso de bellos recuerdos, además de Isabel y Mario, y el viejo Clay, por cierto. Pensé que al menos quizá ese día tendría la fortuna de verlo y de oír sus charlas amenas e interminables, y su sonrisa y consejos paternales. Entonces recordé la promesa de mi padre: «Hasta que vuelvas a sonreír». Pero la esperanza se había empañado con la duda de si mi padre me había mentido.

Aún me resistía a creer que él había engañado a mi madre, que la hubiera herido hasta tal punto que ella lo llegara a odiar. De pronto, todo a lo que me aferraba parecía dañado, corrompido, descompuesto.

Lancé un suspiro apesadumbrado. Tenía que animarme y no agobiar a mi madre con mis tontas depresiones. Traté de componer mi cara antes de doblar por la calle que me llevaría a mi hogar.

Sin esperarlo, a lo lejos descubrí la figura de Mario apoyado en la puerta de mi casa y mirando con aire distraído hacia ambas direcciones. El ostentoso arreglo floral descansaba en el primer escalón de la entrada.

En ese momento mi cielo oscuro fue atravesado por un rayo de sol, nítido y luminoso.

Nunca supe cómo hacía Mario para saber exactamente cuándo lo necesitaba. Corrí torpemente hacia él y me eché en sus brazos, que correspondieron inmediatamente a mi alocado abrazo.

Estaba tan feliz de verlo. No me había defraudado. No me había dejado sola. De alguna manera, había arreglado las cosas para no herir a su hermana, ni a mí. Mario siempre lo resolvía todo. Siempre encontraba la manera de hacerlo.

—Bueno, no llores, Buñuelo. Este día no tiene por qué ser triste. —Sonrió con ternura y limpió en seguida las lágrimas que brotaban de mis ojos sin que pudiera controlarlas—. Te prometí que sería especial.

—Gracias... —susurré mientras lo abrazaba de nuevo.

—No es nada —dijo con una voz apenas audible—. Anda, aquí te espero.

Entré a la casa para cambiarme de ropa y saludar a mi madre. Le dije que saldría con Mario y volvería un par de horas después. Se mostró feliz al saber que no pasaría otro Día de los Enamorados mirando por la ventana lastimosamente. Me preocupaba un poco dejarla sola, pero me aseguró que todo estaría bien.

—Diviértete. Tienes derecho.

La besé en la frente y subí corriendo las escaleras para arreglarme un poco. Estaba tan animada que decidí dejar a un lado las ropas oscuras que me acompañaban hacía tanto tiempo. Me recogí el cabello hacia atrás con unas cintas de colores y me maquillé. Estrené un vestido de invierno rojo y me cubrí con una gabardina de tonos similares y una bufanda de colores.

Parecía otra persona. Saqué de uno de los cajones del peinador una botellita de perfume de jazmín. Tarareaba una tonta canción mientras lo rociaba detrás de las orejas, en el cabello y en las muñecas. Me detuve en seco cuando me di cuenta de que la fragancia se había hecho muy evidente.

Alarmada, deposité el frasco en su lugar. En seguida me miré al espejo con detenimiento y me pregunté qué estaba haciendo, por qué me arreglaba de esa manera. Disimulé ante la evidente respuesta; es decir, que fuera Mario quien hubiera provocado mi esmero.

Un sentimiento de incomodidad me embargó: mi amigo esperando abajo sin imaginarse mis locuras. Corrí al baño y me tallé con un trapo el cuello y las muñecas hasta dejarlos completamente rojos. Tenía que disminuir al menos un poco la intensidad del aroma,

aunque era casi inútil, pues, para mi mala suerte, el perfume era tan bueno que no desaparecía fácilmente. No tuve más remedio que acudir al encuentro de Mario.

Cuando por fin me escuchó bajar por las escaleras, levantó la vista. Sus ojos azules suaves brillaron con alegría juvenil al verme. Me sonrió con alegría. Por primera vez su sonrisa me hizo sentir nerviosa. De pronto quise dar media vuelta y subir las escaleras de regreso a mi cuarto.

—¡Te ves muy linda! —admitió, mientras yo trataba de ocultar en vano mis enrojecidas manos. Vacilé un poco mientras dirigía mis pasos hacia él.

Mi madre observaba mis movimientos con interés.

—¡Que te ves muy bonita, Buñuelo! —repitió Mario sonriendo jovialmente.

—Gracias... —dije distraída—... ya podemos irnos.

Nos despedimos de mi madre. Ella correspondió, como siempre solía hacerlo, por pura amabilidad y cortesía.

—¡Santo cielo! ¿Qué te pasó en las manos? —preguntó Mario.

—¡Nada! —grité mientras sentía que mi rostro se ponía rojo.

—De acuerdo. —Sonrió Mario, y no preguntó nada más.

Una vez que nos acomodamos en el automóvil guardé silencio por unos momentos.

—¿Estás bien?

—Muy bien, Mario —dije recobrando la compostura—. ¿A dónde vamos?

—Ah... eso será una sorpresa.

Mientras me acomodaba, con el reflejo de las cintillas de colores que me regresaba el espejo lateral, mi desconcierto retornó.

UNA SALIDA INTERESANTE

—¡No, no, no! ¡Si haces eso la arruinarás! ¡Tienes que esperar! —me advirtió Clay cuando quise empapelar mi recién terminada obra de arte.

—Tienes que utilizar un sellador. ¡Toma! —Me alcanzó una botella de laca—. Después de rociarla puedes llevártela; si no lo haces, el polvo del pastel se desprenderá.

Miré nuevamente mi cuadro. Clay me estaba enseñando la técnica al pastel, y yo había probado mi suerte tratando de dibujar una solitaria flor abriéndose en un día de invierno. Traté de realzar su belleza desplegando una variedad de tonos vivos entre un ramaje tosco y descuidado, pero, sin quererlo, predominaron los colores tristes.

—Quise pintar algo alegre, Clay. Algo así como «La esperanza es lo último que muere». Pero creo que no me salió.

Sonrió con ternura. Sus ojos verdes, a través de sus gafas de cristal, revelaban más experiencia de la que yo había visto en mi vida.

—Bueno, es que así es como te sientes realmente. Recuerda que la pintura es también un medio para expresarte. Si estás triste y nostálgica, tu cuadro representará tus verdaderos sentimientos.

Asentí.

—Pero me gustaría pintar cuadros más... alegres.

—Está bien —dijo dándome una ligera palmada—, con el tiempo lo harás. Además, apenas estás aprendiendo, y lo estás haciendo muy bien.

—Me gusta pintar —admití—. Aunque no lo haga muy bien, me siento aliviada cada vez que empiezo un cuadro.

—¡Oh, nunca es tarde para descubrir nuestra verdadera vocación! ¡Veo que tienes mucho potencial! Con los años y la práctica constante te convertirás en una gran artista. Tienes imaginación de sobra para hacerlo; solo te falta un poco de experiencia.

Sonaba tan imposible lo que Clay decía. Ya creían que iba a ser escritora; luego, pianista... Suspiré después de rociar la laca.

—¿Ya me la puedo llevar?

Clay afirmó con la cabeza.

—Puedes llevarte todos tus cuadros a casa. —Extendió el brazo señalando el montón de cuadros que se apilaban en una de las esquinas del estudio—. Pero recuerda: debes cuidarlos muy bien. Al final del curso haremos una exposición. Tus cuadros serán la prueba fehaciente de que nunca es tarde para aprender cuando uno realmente se lo propone.

—No lo olvidaré, Clay.

Fui al extremo del cuarto y recogí tres de mis cuadros, los que me parecían mejores; luego miré por el rabillo del ojo el cuadro que pintaba Anton.

Había estado como loco, subiendo y bajando el pincel a lo largo de dos horas. No alcancé a ver muy bien lo que pintaba, pero se evidenciaban las sombras escalofriantes de siempre.

—Me gustan mucho esos —recalcó Clay al mirar dos de mis lienzos —. ¿Quién es el chico que está en ellos?

—No lo sé. —Suspiré—, es un recuerdo que tengo en el corazón.

—¿Eres tú a quien sostiene? —Asentí con la cabeza.

Las pinturas habían salido de la peor de mis pesadillas, pero a la vez representaban uno de los más cálidos y bellos recuerdos.

—Estoy tratando de adivinar en qué estabas pensando cuando lo pintaste.

Era una enorme mancha oscura, coronada por unas llamas rojizas que parecían consumir todo a su paso. Una mitad del cuadro era

escalofriante, pero la otra parecía compensar el panorama, ofreciendo trazos de esperanza. En ella, un hombre alto, de espaldas, me cargaba entre sus brazos. Me llevaba con paso firme hacia la salida, un umbral adornado con lilas púrpuras y blancas, alumbrado por los rayos dorados del sol y cubierto por las nubes más azules que se pudiera imaginar.

—Creo que estaba soñando. Bueno, en realidad lo viví, pero saqué todo de mi imaginación y de mis vagos recuerdos.

No me gustaba recordar la noche del incendio ni hablar sobre ella. Solo me gustaba imaginar a mi salvador cargándome en sus brazos fuertes y seguros, prometiéndome que todo estaría bien.

—¡Vaya! ¡En esta otra también lo has pintado! —exclamó el maestro tomando otro de mis lienzos.

—Tuve problemas con esa. —Reí bajito—: la cara solo la dibujé como un borrón.

—¿No recuerdas su rostro?

—Nunca se lo vi...

—¿Y son llamas las que los envuelven?

—Bueno... —Sonreí—, es que solo puedo recordar el calor de su pecho. Y así es como me sentí aquel día en el que... fui salvada.

Percibí la consternación de Clay.

—¿Qué fue lo que pasó ese día, Annia? —se animó a preguntar, y yo tuve que contestar:

—Hubo un incendio hace casi tres años en una fiesta que organizó mi universidad. Creo que debes haberte enterado. En primavera. Nunca se supo en realidad qué fue lo que sucedió. Todos hablaban de eso. Muchos jóvenes murieron. Llovieron las demandas contra la universidad.

Clay guardó silencio por unos momentos. Su rostro se tornó contrariado.

—Sí. Lo recuerdo. Mi hijo Charly estuvo ahí.

Abrí los ojos.

—Sí —continuó—, él estaba en primer grado. Fue una época muy desagradable para nosotros. Con los inspectores rondando la casa. La vida de mi Charly también estuvo en peligro, así como todo su futuro. Fue una tragedia que nunca debió suceder.

—Los investigadores dijeron que no había sido un accidente. Pero nunca encontraron al culpable —añadí.

—Así es —dijo Clay, y después enmudeció.

—Bueno —continué—, fui afortunada ese día. Alguien me salvó, aunque nunca supe quién.

—¿Y por eso lo pintas?

—Sí. Supongo. Así es como lo imagino: alto y guapo. Lleno de amor, como mi padre —exclamé con júbilo, admirando mi cuadro.

Clay sonrió tiernamente y sujetó mi mano.

—Algún día lo conocerás. Estoy seguro de ello.

Yo le sonreí y asentí. Volví a mirar el lienzo.

—Me gustan mucho tus cuadros, Annia; es en serio lo que te digo. Tienes corazón, alma para la pintura. Hablan por sí solos. Tienes mucho que contarle al mundo a través de ellos. Eres muy buena con el óleo, y a pesar de que apenas estás empezando, me atrevo a decir que tienes talento de sobra. Si sigues estudiando conmigo, yo mismo me comprometo a enseñarte todo lo que sé.

Me reí para mis adentros.

—¿Llegaría a ser tan buena como...? —Miré a Anton. El rostro de Clay se contrajo.

—Mucho mejor. Anton es muy bueno, pero todas sus pinturas carecen —dudó por unos momentos buscando la palabra correcta— de alma... Impresionan al principio, no lo niego, pero todo artista debe tener un motivo, algo que le dé vida a sus obras. Verás, cuando ves un cuadro terminado siempre uno se pregunta en qué o en quién estaba pensando el pintor cuando lo elaboraba. Entonces

puedes crearte toda una fantasía y darle el significado que tú encuentres, no necesariamente coincidiendo con las ideas del artista. Esa es la magia de la pintura: que te permite explorar más allá tu imaginación. Eso es porque la pintura te habla y te invita a conocerla. Las obras de Anton carecen de todo ello. No tienen esencia, como él mismo.

—¿Lo crees? Solo he visto unas cuantas. A mí me dan miedo. Siempre paisajes ensombrecidos y figuras amorfas espeluznantes. ¿Y por qué sigue viniendo si dice que ya no le puedes enseñar nada?

—Simple vanidad, supongo.

—Él dijo que te conocía desde que era pequeño —agregué al recordar el relato del muchacho.

—Sí. Tenía muy pocos años cuando sus padres lo trajeron a este taller. Le enseñé todo lo que pude, porque sabía que el niño tenía talento.

—¿Y siempre ha sido así de... rarito? —Fruncí la nariz.

—Durante su infancia fue muy retraído. Conocí a su madre porque coincidimos en algunos cursos de pintura. Ella también es artista, aunque solo decoró unos cuantos murales después de que se recibió; luego se casó y se dedicó al hogar. Fue ella quien lo instó a tomar clases de dibujo y pintura desde sus más tiernos años. Y sí, siempre ha sido extraño.

—Ya veo —me preguntaba por qué tampoco a Clay le agradaba Anton.

—Bueno, verás —continuó el relato con mucha reticencia—, Anton es un chico muy conflictivo. Cuando estaba en la secundaria estudiando con mi hijo, a menudo se metían en problemas, y siempre era Anton quien salía bien librado y mi pobre Charly terminaba siendo el chivo expiatorio de todas sus andanzas. Gracias al cielo, todo eso terminó. Ahora se encuentran distanciados, porque Anton dejó la escuela. No terminó ni siquiera el primer año en la universidad, contrario a mi hijo, que ahora mismo está cursando su tercer año. ¡Gracias al cielo! —exclamó de nuevo.

—¿Tu hijo Charly va en la universidad de Lynn?

—Así es. Igual que tú. Solo que dos años más abajo.

—¡No concibo que Anton pueda hacer amistades!

—Con Anton nunca se sabe. Hay que andarse con cuidado —sentenció Clay al tiempo que aquel dirigía su mirada hacia nosotros. Parecía sonreír, sarcástico, como si supiera que él era el centro de nuestra conversación. Después soltó una suave risita y continuó su trabajo.

Yo no me acercaba mucho a Anton, especialmente desde que Mario me habló de la muerte de sus mascotas.

Una vez que Clay se retiró de mi lado para inspeccionar el trabajo del resto de sus alumnos, nuevamente sentí el peso de la mirada de Anton sobre mí y mi lienzo vacío. Traté de ignorarlo mientras empezaba a trazar un nuevo dibujo. De soslayo me di cuenta de que él ya no estaba pintando: se había sentado en el banquillo, con los brazos cruzados, una pierna ligeramente apoyada en uno de los travesaños y la otra colgada, rozando ligeramente el piso.

Me pareció que me estaba retando a que le devolviera la mirada. Pero el relato de los animales seguía presente en mi memoria.

No tenía intenciones de voltear, pero su mirada insistente me hizo perder los estribos y mis gises cayeron al suelo, fraccionándose en muchos pedazos.

—¿Qué tanto me ves? —le grité, más enojada conmigo misma que con él.

Él se rio. Había ganado esta batalla. Finalmente me había girado a mirarlo.

—¿Quieres venir? Me gustaría enseñarte algo —dijo socarrón.

—Ven tú. Estoy ocupada...

Tomó su cuadernillo de dibujo y se acercó a mí.

—Mira —dijo extendiéndome una de sus pinturas—, esto es para ti.

—¿Cómo? —miré extrañada la pintura—. ¿Cómo hiciste esto?

—Tengo una memoria muy buena. —Su boca se torció en lo que pareció ser una sonrisa.

Era el boceto que él había dibujado, pero ampliado y perfeccionado. Con perfectas sombras y colores. Era aún más vívido que mi propio reflejo.

—Para que no pienses que solo pinto cosas, ¿cómo dijiste?, espeluznantes —remedó mis palabras.

—Yo no dije eso —protesté, pero se me caía la cara de vergüenza. Anton tenía muy buen oído.

—No creas todo lo que dicen de mí, especialmente lo que dice Clay. Hace mucho tiempo que dejamos de ser amigos. Solo te dirá lo peor de mí, y eso porque le fastidia que siga viniendo al taller. Pero no puede impedírmelo. Pago por estar aquí. Aunque debería ser al revés. —Le dirigió una mirada amenazadora a Clay, quien se limitó a ignorarlo.

—¿Qué hay entre ustedes dos?

Anton me miró contrariado.

—¿Quieres saber? ¿Qué hay de tu amigo Einstein? Él tampoco quiere que me hables. No sé qué cosas te ha dicho de mí... y todo porque Lucía es mi hermana.

—Bueno, al parecer el mundo entero está en tu contra —dije con sarcasmo, regresando a mi tarea.

—No me conoces y aun así empiezas a juzgarme, basándote en las opiniones de los demás. Eso tampoco habla muy bien de ti.

Sentí que un balde de agua fría caía sobre mí. Sus palabras tocaron una fibra altamente sensible. Había juzgado a Aarón de la misma manera desde el primer día que lo vi. Lo herí en incontables ocasiones por la misma razón. Él quiso demostrarme cuán diferente era en realidad. Una oleada de tristeza me sobrecogió al recordarlo. Agaché la vista y asentí.

—Tienes razón.

—¿La quieres?

—¿Qué cosa?

—La pintura. ¿Qué más?

Lo miré asombrada. Yo creía que tan solo me la estaba mostrando para poner una vez más de manifiesto sus dones artísticos.

—Oh... —Cavilé—. ¿En verdad?

—Claro. La pinté para ti. Para que la tuvieras —corrigió.

—¿Y cómo lo hiciste? Yo me quedé con el boceto.

—No necesito bocetos. Todo se queda en mi memoria —aclaró apuntando con el índice a su cabeza, muy orgulloso.

—Asombroso. —Tuve que admitir.

—Escucha, ¿por qué no vamos un día al Museo de Bellas Artes? Puedo enseñarte algunos cuadros, estilos... Tal vez te gusten y quieras aprender sobre ellos.

Eso sonaba como una cita, pero la imagen de Mario reprobando la idea me advertía que debía decirle que no estaba disponible. También la mirada de Clay me recomendaba que me anduviera con cuidado. Y mi sexto sentido me indicaba que debía alejarme miles de millas de aquel extraño chico.

Por supuesto, no podía olvidarme de los pobres animales masacrados.

Pensé, sin embargo, que podría estar equivocada, como me sucedió con Aarón. Supuse que debía dar una oportunidad a todas las personas antes de prejuzgarlas, sin importar lo que la gente dijera de ellas. Las malas lenguas son terribles, y yo lo sabía de sobra. ¿No habían destruido acaso la reputación de Irenne en aquel pueblo de Vermont?

«Pero el asunto de los animales...»

—¿Matas gatos por diversión? —terminé la pregunta, sorprendida por su cara de admiración.

Soltó una fuerte carcajada.

—¡Claro que no! ¿Quién te lo dijo? ¿Fue el remedo de Einstein?

—Las personas por su nombre, por favor —repuse molesta.

—Está bien —corrigió—: ¿fue tu amigo?

Me di cuenta de que me había enredado con mis propias palabras, y me había arrastrado a Mario de paso.

—Bueno, ¿los matas o no?

—¡Qué cosa tan absurda! De seguro fue Lucía quien llenó la cabeza de tu amigo con esas tonterías. Ahora veo por qué no le caigo nada bien. Verás, te contaré la verdadera historia. ¡Vaya! No sé por qué mi hermana continúa dañando mi imagen. —Rio con sarcasmo.

—Sí, teníamos dos gatos —empezó el relato, como si no fuera la primera vez que lo contaba—: Phoney y Clumsy; estúpidos nombres, ya lo sé. Solían salir a la calle muy a menudo. Ya sabes, así son los gatos; solo vuelven a casa para comer. Un día vi a Phoney colgando del techo de la casa. Por más que traté de ayudarlo a bajar, no fue posible porque el gato estaba aterrorizado. El gato dio un traspié y fue a estrellarse en el piso. Como sea, no había nada que yo pudiera hacer para salvarlo. Yo era muy pequeño y estaba tan asustado como el pobre animal. Si mis padres me hubieran encontrado en ese momento con él en los brazos, me habrían echado la culpa, así que lo único que se me ocurrió, por más retorcido que te pueda parecer, fue envolverlo en unas ropas y dejarlo en la lavandería. Pensé que tal vez el calor de las mantas lo volvería a la vida. Ahora sé que debí buscar ayuda, pero sabía muy bien que me echarían a mí la culpa, como siempre. En casa siempre me culpaban de todo —agregó mientras sus ojos negros se perdían en el vacío—. Al final, dado que era un niño, me aburrí de esperar tanto; luego me dio hambre y fui a buscar algo que comer. Cuando volví al cuarto, la bandeja donde había puesto a Phoney había desaparecido; ni rastros de ella o del gato. En mi infantil mente, lo único que pude pensar fue que el gato se había recuperado y había salido por su propio pie. Lo que yo no sabía era que mi madre había bajado a la lavandería a recoger la ropa de Lucía y la había guardado en uno de sus cajones, sin siquiera enterarse de que el gato estaba ahí dentro, ya muerto. Más tarde, mi hermana puso la casa de cabeza aullando por todos los

rincones. Me acusaba, como era su costumbre, de haber asesinado a Phoney, su gato favorito. Como siempre, a ella le creyeron, no a mí.

Anton estaba dándome otra versión de los hechos completamente diferente y, hasta cierto punto, creíble.

—De ahí que se volvió algo así como una leyenda que yo mataba a los gatos por diversión —agregó—. Lucía se encargó de esparcirla por todo el vecindario. Al principio fue penoso, pero he de confesar que después fue divertido —admitió soltando una risilla—. Era chistoso: cada vez que me paseaba por las calles vecinas, los chiquillos llamaban con gritos desesperados a sus mascotas; porque «el matagatos anda rondando por ahí». Como sea. He tenido que vivir con eso toda mi vida. —Encogió los hombros con desinterés.

—¿Y qué sucedió con tus canarios?

—¿Canarios? ¡Yo qué sé! ¡Nunca tuvimos canarios! Debe ser otra mentira de Lucía. No me extrañaría. Siempre trata de enlodar mi reputación.

—¿Y qué le pasó a Clumsy?

—Mi madre tuvo la culpa. A Clumsy le gustaba meterse en el garaje, siempre buscando lugares cálidos, y la cajuela del automóvil de mi madre siempre permanecía abierta. Ella casi nunca lo usa; de hecho, no sale de la casa. Clumsy era tan tonto como Phoney; ya veo por qué elegimos esos nombres para ellos. Debimos llamarlos Clever y Smart. Tal vez su destino habría sido diferente. Pero no. Clumsy se metió a la cajuela y la puerta se cerró sin que nos diéramos cuenta. Aunque hubiera maullado o gruñido tan fuerte como un león, no habríamos escuchado, pues el garaje está muy lejos de la casa. Para cuando mi madre lo encontró, ya había pasado más de una semana. ¿A quién crees que culparon nuevamente?

—¿Al matagatos?

—Exacto. Por eso siempre hay que escuchar todas las versiones.

No podía estar más de acuerdo. Poco a poco debía dejar a un lado mis prejuicios. Sin embargo, aún había algo en Anton que me hacía creer que no era honesto. Pero no tenía manera de saberlo.

—¿Entonces la vas a querer o no? —preguntó, y volteó a ver la pintura.

—Sí. Sí la quiero.

Él sonrió satisfecho.

Aquel lienzo terminado parecía obviar todos mis defectos y, en su lugar, realzaba las cosas bonitas que mi rostro podía tener.

—¿Y qué dices acerca de ir al Museo de Bellas Artes?

Suspiré. Antes de que pudiera negarme, la respuesta se asomó a mis labios:

—De acuerdo.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Mario no pudo ser más exagerado en sus reacciones. Se metía entre sus cabellos largos sus delgadas manos mientras caminaba de un extremo a otro de mi habitación. Iba y venía.

—Relájate, Mario. No es nada grave. No es como si fuera un asesino o algo así. Te digo que me explicó lo de los gatos.

—¿Por qué, Annia? ¿Por qué? ¡Me lo prometiste! ¡Prometiste permanecer alejada de él! ¿Ahora resulta que sales con ese loco este fin de semana?

—No es una cita. Solo iremos al museo. —Solté una risita; la actitud nerviosa de Mario me divertía.

—¡De ninguna manera! ¡De ninguna manera! ¡¿Lo oyes?!

Detuvo su caminata y me señaló con su dedo acusador.

—¡Me lo prometiste!

—Lo siento, pero no es tan desagradable. Además, solo será una vez —rogué.

—¡No si yo lo puedo impedir!

—Ah, ¿sí? —Levanté una ceja—. ¿Y qué harás para impedirlo?

—Iré contigo —sentenció, y una sonrisa de tranquilidad surcó su rostro.

Después de meses de ausencia, Mario le telefoneó a Lucía para decirle que, curiosamente, Anton y yo habíamos acordado una cita y que se le había ocurrido que ellos dos podían acompañarnos.

Lucía, aquella chica gótica que había conocido dos años atrás, de mechones violetas o rojos, rostro supermaquillado y piercings por todos lados, parecía haber sufrido una metamorfosis en toda la extensión de la palabra.

Llevaba solo unos diminutos broqueles y el cabello largo y lacio, aunque cortado en picos por el frente, para no estar tan ajena a la moda. No había notado lo bonita que era. Su tez blanquísima contrastaba con sus ojos de un azul tan oscuro que en ocasiones parecían negros. Tenía una figura alta, fina y graciosa, que se realzaba ese día con una falda corta sobre unas mallas negras, botines grises, un suéter largo abierto del mismo color y una boina. Al parecer Mario tampoco se había dado cuenta, pues no podía quitarle los ojos de encima, sobre todo cuando ella se precipitó a saludarlo en la entrada del museo, con gráciles movimientos, sonriéndole con su blanca dentadura.

El rato que pasamos fue muy interesante. Parecía que estábamos en una doble cita. Anton y Mario rivalizaban; obviamente, mi amigo no le tenía nada de confianza. Cada vez que aquel me decía algo sobre alguna pintura o lo que fuera, Mario intervenía contradiciéndolo. Pero eso poco le importaba a Anton, o a Lucía, quien parecía encantada con la presencia de Mario.

Más tarde nos encontrábamos charlando en una cafetería, no muy lejos del museo. La temperatura había subido un poco y el sol se asomaba entre las borrosas nubes. Pronto llegaría la primavera. Casi podía oler en el aire los tiernos retoños a punto de brotar.

—¿Y qué estilo de pintura te gusta más? —me preguntó Anton, después de hacer una remembranza fidedigna de las más importantes piezas de arte que vimos en el museo.

—No lo sé, me gustan todos.

—Vamos, ¡pero debes tener uno que sea tu favorito! Yo, por ejemplo, me inclino por el surrealismo y por el abstracto en ocasiones.

—No sé. Yo solo pinto —admití, poniendo de manifiesto mi ignorancia.

—Ella solo pinta porque eso la hace sentirse bien —terció Mario en tanto movía la cuchara en su taza de té.

—Ya lo sé, sabelotodo —Anton le dirigió una mirada a Mario—, pero el arte tiene clasificaciones, por si no lo sabías.

—No creo que sea importante clasificar su arte. Ella es creativa. He visto sus cuadros y sé que es muy buena en lo que hace.

Anton se carcajeó. Más de uno de los comensales se volteó a mirarlo. La discusión siguió.

—¿Tienes la más mínima idea de lo que estás diciendo, físico de cuarta? ¿Qué sabes tú de arte? Hay un mundo que tú no comprendes, más allá de tus moléculas y tus átomos, por si no lo sabías.

—No necesito ser pintor para darme cuenta de que las obras de Annia son buenas. Ella tiene talento. ¿A quién le importa reconocer qué estilo tiene?

—Esa es la típica respuesta de un ignorante —repuso Anton con desprecio.

Los ojos de Mario se encendieron. Pude darme cuenta de que su mandíbula se tensaba.

—¡Mario! —Apreté su mano por debajo de la mesa para evitar una pelea.

Lucía los miraba con grandes ojos. Mi amigo pareció recapacitar y, segundos después, su rostro adoptó el semblante sereno que lo caracterizaba.

—Expresionista —dijo Mario cuando Anton creyó haberlo humillado —. Si estás buscando una clasificación, Annia es expresionista. ¿No es esa la palabra correcta?

Anton no contestó.

—Ella busca expresar sus sentimientos y sus emociones —agregó Mario—. Poco le interesa la realidad tal como es. Ella tiene la habilidad de generar una expectativa emocional ante cualquier espectador. Siempre utiliza colores fuertes y vivos, con formas no necesariamente reales. Puede captar la atención de cualquiera que mire una de sus pinturas. Lo que ella plasma en un lienzo viene desde su interior, con un fuerte contenido simbólico. —Agachó la cabeza—. Aunque en sus cuadros la melancolía y la tristeza predominen... —concluyó casi como en un susurro.

—¿No es esa la definición que buscabas? —desafió a Anton, quien lo miraba con ojos centelleantes.

Él no respondió por unos momentos.

—¿Qué sabes tú? Copia burda de Einstein —bufó, mirando hacia otra dirección.

Una sonrisita malévola se pintó en el rostro de Mario. Le había ganado la batalla.

—¡Mario! Siempre me sorprendes. —La dulce voz de Lucía flotaba en el aire—. Nunca terminaré de conocerte. ¿Hay algo que no sepas o no puedas hacer?

Él se limitó a medio sonreír. Hundió su mirada en la porcelana de la taza, despreocupado ante la reacción que su respuesta había desatado. Lucía miraba fijamente el perfil de Mario. En sus ojos brillaba la excitación. Estaba embelesada, como si fuera el hombre más extraordinario de toda la faz de la tierra.

Anton se puso de pie y caminó hacia la salida del pequeño café, sin molestarse siquiera en pagar lo que había consumido.

—Mi amigo es muy listo. —Le sonreí a Lucía.

Ella asintió, y otra vez una sonrisa surcó su pálido rostro.

Por un momento le dediqué una mirada a Mario. No me sorprendió que supiera un poco de todo, sino sus palabras, la manera como había definido mis pinturas. Ni siquiera me había dado cuenta de que le gustaban o de que hubiera puesto atención en ellas. Y en verdad creía que yo era buena.

—Bueno —exclamó Lucía, regresándonos a la realidad—, ¡aquel vago ya nos dejó colgados con la cuenta!

—No hay problema —dijo Mario, y sacó su cartera; luego nos sonrió —: nos iremos cuando ustedes quieran.

—¡Oh! ¡Hoy es un día muy bonito! ¿Por qué no vamos a caminar cerca del río? No hace mucho frío.

La voz de Lucía cada vez me parecía más suave, melódica, pero con el volumen necesario para ser escuchada. Siempre conservando el mismo tono dulce y neutral. Ahora que había superado su fase de chica gótica con problemas existenciales, me parecía una mujer muy centrada. Me preguntaba si Mario lo notaba y si acaso podría interesarse seriamente en ella.

Si los imaginaba juntos como pareja, debía admitir que se veían muy bien, sobre todo cuando ella buscó los ojos de Mario y él le sonrió levemente, asintiendo. Luego, la sonrisa de ella se ensanchó como si su simple aprobación constituyera la cosa más maravillosa de todo el mundo. Siempre supe que ella lo quería, pero nunca me había percatado de la intensidad de su amor. Siempre había visto a Lucía de lejos, a veces en casa de Mario y, en contadísimas ocasiones, en la universidad. Sabía que nunca fueron más que amigos, pero también que era la única chica con la que Mario había convivido un poco más, incluida Tina Cabellera de Fuego, su fugaz amor de secundaria. Prueba de ello era que aún seguían en contacto.

Nos dirigimos a pie hasta el Charles River y cruzamos el puente para caminar en dirección este. Lucía tenía razón: era un día perfecto, con un poco de frío, pero en el cielo ninguna nube amenazaba con lluvia. Había mucha gente caminando, trotando o haciendo un poco de ejercicio.

Era maravilloso ver cómo la salida del sol y un clima algo cálido podían lograr que las personas se animaran a salir de sus hogares.

Lucía hablaba de una cosa y luego de otra, pero por más que pareciera una charlatana, su voz y sus movimientos no me exasperaban. Siempre pausados y calmados, como el agua de aquel río. No podía imaginar que una persona tan agradable y apacible como Lucía fuera capaz de inventar esa tontería acerca de los gatos tan solo para perjudicar a su hermano. Tampoco entendía cómo podía ser hermana de Anton... tan diferentes.

—¡Mira, Mario! —exclamó ella señalando a una pareja que remaba —. Alguna vez me prometiste que rentaríamos un kayak y navegaríamos por el río, ¿recuerdas?

Las mejillas de Mario se encendieron.

—Sí —admitió—. Aún tengo una promesa que cumplir.

Ella rio y comenzó a caminar con pasitos más cortos. Mario la siguió. Poco a poco me fui quedando atrás.

—Eres malo, Mario —le reprochó Lucía.

—¿Qué? ¿Por qué? —Él volteó a mirarla.

—Sabes por qué. Desapareciste por muchos meses. No me volviste a llamar. Si no es porque Anton conoció a Annia y arregló esta cita... —Suspiró— ...creo que no me habrías llamado nunca.

—Sí, Lucía. He sido un mal amigo contigo. Tienes toda la razón de estar molesta.

—No lo estoy —rio ella por unos momentos—, pero no lo vuelvas a hacer. En realidad te extrañé mucho.

Mario sonrió.

—Pero no pienses que no he querido llamarte. Es solo que...

De pronto Mario pareció darse cuenta de que yo aún estaba detrás de ellos sin perderme ni una sola palabra de su conversación.

—¿Por qué te quedas atrás, Buñuelo? —preguntó.

—Buñuelo... —repitió Lucía, soltando una risita.

—Estoy cansada. —Mentí—. ¿Les molestaría si me voy a la estación a tomar el tren? —Señalé con el pulgar hacia el lado contrario.

—¿Sola? —preguntó mi amigo y se detuvo—. ¿Por qué te quieres ir tan pronto? En unos minutos más regresaremos.

Yo esperaba que Lucía apoyara las palabras de Mario o que mínimamente, por educación, dijera algo similar a lo que él acababa de decirme, pero se quedó callada y sonrió débilmente. En su expresión podía adivinar una súplica para que los dejara solos. Sin duda era su oportunidad para acercarse a Mario nuevamente. Y, de mujer a mujer, comprendí en seguida.

—Estoy muy cansada —repetí—, de verdad. Sigan con su caminata. Además, tengo que terminar una lámina que dejé inconclusa esta mañana.

—Pero... —insistió Mario.

No di oportunidad a que añadiera nada. Me apresuré a despedirme de Lucía, con un corto abrazo que correspondió rápidamente.

—Nos vemos, Annia —contestó ella.

Asentí.

—¡Diviértanse lo que resta del día! —les deseé, y eché a andar en dirección contraria, a la máxima velocidad que mis botas altas podían soportar, enterrando los tacones con cada paso que daba en el césped todavía húmedo.

Volteé a mirarlos. Caminaban a paso lento, como si realmente fueran una pareja. El brazo de Mario ligeramente doblado para dar cabida a las delgadas manos de Lucía.

Sentía la brisa del mar revolviéndome los flecos. Jugué con una de las cintas púrpura que había estrenado esa mañana.

Entonces sentí cómo mi corazón se encogía un poquito, mientras continuaba mirando a mi mejor amigo y a Lucía caminar al lado del río.

Nunca me había puesto a pensar en que, tarde o temprano, Mario dedicaría su tiempo a otra persona que no fuera yo. De pronto me di

cuenta de que había dado por hecho que él siempre estaría a mi lado. Por algún motivo creí absurdamente que nunca tendría novia. Así había sido desde que tenía uso de razón, y los últimos dos años su compañía fue tan necesaria para mí como el aire que respiraba. Tan segura estaba de eso que la escena que veía me desconcertaba y me ponía triste.

No me imaginaba lo que haría si Mario se alejaba de mí o si tuviera que compartirlo con Lucía; si de pronto descubriera que era ella, y no yo, la persona por la que él velaría, la que ocuparía un lugar en su corazón.

Debía estar feliz por mi amigo, pues por primera vez lo veía entusiasmado con alguien. Él necesitaba una buena mujer a su lado, pero ¿por qué me sentía tan triste...?

A LA DERIVA

Desperté la mañana de otro aburrido domingo sin tener nada que hacer. Por fortuna, siempre estaba Mario dispuesto a llevarme a desayunar o a dar un paseo al Ensueño. Era una bendición que no trabajara los fines de semana.

Imagino que revisé cien veces mi móvil, por si acaso lo había dejado en modalidad silenciosa y no me hubiera percatado de la llamada (solía pasarme muy a menudo), pero no había ninguna llamada perdida o correo de voz. Encendí la computadora tan solo para ver si, de pura casualidad, él se encontraba en línea, aunque no era muy dado a hacerlo.

Nada.

Decidí esperar un poco más, hacer algo de tiempo, aunque estaba segura de que, si le llamaba, no habría problema; en ocasiones solía llamarlo a altas horas de la madrugada sin que se molestara.

Bajé a desayunar. Mi madre tenía la mesa puesta, pero solo para ella, con un ligero desayuno de cereal y un poco de fruta. Me sonrió confusa al verme. Cada día estaba más pálida y ojerosa.

—¿Y ahora? —preguntó extrañada—. ¿No me digas que vas a desayunar conmigo? —Movió la cabeza nerviosa, mirando hacia todas direcciones—. ¡Pero si no tengo nada preparado para ti!

Pobre, siempre tratando de preparar las mejores comidas para mí, aunque ella no pudiera probarlas. Lo que más disfrutaba eran sus esponjosos waffles con crema y fresas. En nada se parecían a los insípidos que vendían en los supermercados. Ella realmente hacía todo el proceso, y era muy buena cocinando. Nunca supe cómo se acostumbró al tipo de vida tan monótono que llevábamos.

Estaba segura de que, mientras vivió en casa de mis abuelos, no había lavado ni un solo plato ni cocinado algún platillo, repleta de sirvientes y cocineros como estaba siempre esa mansión. Y, sin embargo, ahí estaba frente a la estufa, como todas las mañanas, tratando de improvisar algo para que yo desayunara.

—No te preocupes, comeré cereal —dije mientras me trepaba a uno de los bancos y alcanzaba la caja.

—Bueno, al menos deja que te dé un poco de fruta. Nunca desayunas conmigo. Ya me había acostumbrado a que te fueras con Mario. —Sonrió un poco.

—¡Ah! ¡Pues resulta que ahora no fue así! —dije con toda la naturalidad que me fue posible.

—¿Y eso? —Arqueó las cejas.

—No sé. No me habló. Supongo que tendrá cosas que hacer.

—Hmm... quizá llame más tarde.

—¡Quién sabe! —dije encogiéndome de hombros despreocupadamente, pero la verdad es que estaba ya muy impaciente.

Subí a mi cuarto más o menos una hora después. Toqueteé la computadora para que dejara de hibernar y me permitiera revisar la ventanilla del chat. No había nadie ahí. De nuevo revisé mi teléfono. Nada tampoco.

Me eché en la cama y encendí el televisor. Cambiaba de canal cada segundo. Al final encontré un programa pagado, de esos embusteros que te prometen una larga y sana cabellera si eres calvo y una figura esbelta si eres un balón de futbol.

Transcurrió otra hora.

Para cuando llegó el mediodía, mi teléfono seguía sin sonar.

El estatus de Mario seguía en gris, y, a pesar de que yo estaba en línea y tenía un montón de contactos, ninguno de ellos me hablaba.

¿En qué momento me había vuelto tan impopular?

Era el resultado de que durante dos años no pronuncié ni media palabra cuando alguien estaba cerca de mí. Aunque ya no estaba triste, no lograba hacer ningún nuevo amigo ni recuperar los que alguna vez tuve. Tal vez porque ni siquiera lo intentaba.

El sonido del chat me hizo levantarme con rapidez. Mi desilusión no pudo ser mayor cuando vi que la única persona que me llamaba de entre mis casi cien contactos era nada menos que Anton.

—Hola. —Leí en la pantalla.

—Hola —contesté.

—Ayer volví al café, pero no los encontré.

—Bueno, te esperamos casi veinte minutos.

—No lo creo, volví en seguida.

—De todas formas, ¿por qué te fuiste?

—El Sabelotodo no me cae nada bien. No podía tolerar su presencia. Sé que es tu mejor amigo, pero lo siento: no lo soporto.

—Hmm, pues él tampoco te soporta a ti.

Le puse una carita feliz. :-)

Silencio por unos segundos.

—¿Y qué estás haciendo? —tecleé al ver que ya no contestaba.

—Pintando. Estoy creando una verdadera obra de arte. Ya lo verás. —Presumió.

—¿Me la enseñarás en cuanto la termines?

—Claro, serás la primera en verla. ¿Y tú qué haces?

—Platico contigo...

Otra carita sonriendo, pero esta enseñaba más los dientes. :-D

Nada en mi pantalla. Al parecer no le gustaban mis caritas.

—¿Y cómo terminaron el día de ayer? —preguntó al fin.

—Fuimos a caminar al río. Pero no sé, yo me regresé antes a casa. Supongo que Lucía y Mario se quedaron un poco más.

—Tal vez bastante. Lucía llegó hasta el anochecer.

—¿En verdad?

—Sí. Creo que estaba con él, aunque no lo sé con seguridad. Bueno, lo que sí sé es que hoy vino por ella muy temprano.

—¿Sigues ahí? —preguntó después de mi larga pausa.

—Ah, sí. Aquí sigo.

—Bueno, pues parece que mi hermana ha vuelto a las andadas.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, creo que empezará a salir con tu amigo otra vez. Ella es muy persistente. Tal vez ahora logre lo que no consiguió hace un par de años. Lucía siempre obtiene lo que quiere...

—O sea... —Dudé en teclear mis siguientes palabras— ...¿tú te refieres a que se hagan algo así como... novios...?

—Ojalá que no. No soporto a ese tipo. No quiero tener que volver a verlo otra vez rondando por mi casa.

No supe qué contestar.

—¿Estás ahí?

—Sí. Bueno, me tengo que ir.

—¿Adónde?

—A la iglesia —dije sin pensar.

—¿Vas a la iglesia?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy. Adiós.

Y cerré mi sesión.

Me sentí traicionada. Los domingos eran de Mario y míos. Era un desconsiderado...

Ni siquiera llamarme para contarme sus planes...

Segundos más tarde me pareció ridículo esperar que hiciera eso. Después de todo, no era yo nadie para que me estuviera avisando a quién quería ver o qué quería hacer. Me reí de mí misma.

Pero insistía en mi fuero interno: seguía pareciéndome injusto. Él me había acostumbrado a esa forma de vida.

«¿Quién se cree?», mascullé.

Luego me despejé los cabellos y me fui a dar un baño. Si Mario salía sin mí, yo también lo haría. Claro que sí. El problema era que no sabía con quién.

Con nadie...

Me quedé en casa todo el día. Casi lamenté haber tomado el baño. Para las seis de la tarde ya tenía puestas las pijamas.

—¿Qué? —rio mi madre—. ¿Estás loca? —añadió cuando me vio bajar a la sala.

—Tengo frío —farfullé.

Me acurruqué a su lado mientras escribía en su cuadernillo.

—¿Por qué estás molesta? —preguntó cuando mi cabeza casi rozaba su regazo.

—No lo estoy.

—Sí, sí lo estás. —Me acarició los cabellos.

—No, mamá —insistí.

—Déjame adivinar. —Puso cara de interés y miró hacia arriba—. Te peleaste con Mario...

—Claro que no.

—¿Entonces? ¿Por qué no vino a verte hoy?

—Mamá —murmuré—, no es mi novio.

—Bueno, no lo dije con esa intención. Pero es que siempre he visto que viene por ti los fines de semana.

—Ahora quise quedarme. ¿Por qué es tan raro para ti? No tenemos que vernos todos los días y no tiene por qué decirme lo que hace o

deja de hacer —agregué un poco molesta. No quería que me preguntara nada, solo quedarme en ese mismo lugar, cerca de ella.

—No te enfades. Me da gusto que estés conmigo.

Dejó a un lado su manuscrito y me atrajo hacia ella. Sus brazos delgados me rodearon, y yo descansé la cabeza en sus piernas.

Qué raro se sentía todo aquello... tan cerca de mi madre. A pesar de todo, su abrazo era fuerte y confortable. Era como acercarse al fuego de una chimenea.

—Tú y yo podemos hacer algo juntas para que no estés aburrida. ¿Qué te parece?

La miré.

—¿Quieres salir?

—Estaría bien un poco de aire fresco. ¿Por qué no?

Me sorprendió pensar en hacer un paseo con mi madre.

—Sí —dije incorporándome—, deja que me cambie de ropa. ¿Quieres que vayamos hasta el centro?

—Veamos qué tan lejos llegamos. —Sonrió con picardía.

Claro que no estaba dentro de mis planes dar un paseo con mi madre ese día, pero lo pasamos muy bien. Tomamos un autobús que nos llevó a la estación del tren. Luego fuimos a Boston y caminamos un rato por las calles. Al final fuimos a cenar a un bonito restaurante francés. Me quedé sorprendida cuando ordenó la cena. Le explicaba al mesero, con finos movimientos de manos y en un perfecto francés, cómo quería los platillos. Era una mujer sofisticada mi madre. Su apariencia lo confirmaba: el cabello estaba bien recogido, peinado hacia atrás, mostrando su alto y fino cuello. Dos pequeños pendientes se mecían en sus finos lóbulos, dándole un porte de reina. Creo que hasta el mesero se quedó impresionado con sus conocimientos acerca de la gastronomía francesa. Yo la miraba anonadada.

—Vamos a comer muy bien esta noche. Como nunca, Annia —se dirigió a mí una vez que el mesero se marchó.

—Mamá, no entendí ni media palabra de lo que dijiste.

Ella se rio.

—Hoy es un día especial, Annia.

—¿Y eso por qué? —Le di un sorbo a mi soda.

—Porque es la primera vez, después de mucho tiempo, que salimos juntas.

Asentí contenta.

—Pero, mamá, ¿no crees que esta cena saldrá un poco cara?

—Sí, pero nos lo merecemos. Nunca nos damos estos lujos. De vez en cuando viene bien hacerlo, ¿no crees?

Por unos momentos me pareció que ese día ella había rejuvenecido muchos años. La sentía más como una amiga mía que como mi madre.

—Sí —contesté emocionada—, de vez en cuando está muy bien hacerlo.

—Y te prometo que tendrás un cumpleaños muy especial.

—¿Dónde aprendiste francés, mamá?

—Solo sé un poco. —Rio—. Cuando era pequeña tenía un tutor. Me enseñaba francés e italiano. Pero hace mucho tiempo que lo olvidé. Ahora solo recuerdo un poquito.

—Pues cualquiera pensaría que lo hablas. Hasta el mesero se quedó sorprendido.

—Solo son palabras. —Volvió a reír.

Qué bonita era mi madre cuando se reía. Qué expresión tan dulce tenía. Toda ella era hermosa, angelical. No solo lo veía yo. En más de una ocasión me di cuenta de que los hombres volteaban para mirarla, tanto en el restaurante como en la calle.

—¿No extrañas la mansión de Vermont o cuando eras pequeña? Viajabas mucho y tenías muchas cosas bonitas y lujosas.

Su semblante perdió su chispa. Lamenté ser tan buena para deprimir a cualquiera.

—No. No lo extraño. Prefiero vivir con mi hija y pasearme en autobús en vez de que un chofer me lleve de aquí para allá. Prefiero nuestras comidas caseras en el calor de nuestro hogar que los restaurantes lujosos. Como te dije, esto está bien de vez en cuando. —Su voz se escuchaba más fría que el hielo de mi bebida.

Sabía lo mucho que había sufrido en su vida; que la mansión de Vermont solo le traía malos recuerdos. Me arrepentí de haber abierto la boca. No podía ser yo quien pusiera el dedo en la llaga otra vez. Aunque hubiera querido preguntarle qué había pasado con mi padre, las palabras no llegaban siquiera a formularse en mi boca. Tenía miedo de su reacción y miedo de que yo también terminara haciéndole daño. No dije nada por unos momentos, hasta que ella misma rompió el silencio.

—Te va a encantar lo que ordené, Annia. Y quiero que te comas todo —advirtió—; últimamente te veo muy delgada.

—Tú también, mamá —la reprendí en broma—. De seguro pesas mucho menos que yo.

—Haré todo lo posible. Palabra que trataré de comerme todo.

Advirtió en mis ojos una chispa de preocupación.

—No te angusties, hija. Le ordené al mesero que preparara mi platillo sin grasas ni azúcares. Va a tardar un poco más, pero me garantizó que tendría el mismo sabor que el tuyo. —Me hizo un guiño.

—Gracias, mamá. —Le sonreí con mucho cariño.

—¿Por qué?

—Por pasar el domingo conmigo.

Alcanzó mi mano y la apretó muy fuerte. En verdad estaba feliz de estar con mi madre, conviviendo como nunca antes lo habíamos

hecho.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Cuando subí a mi alcoba esa noche descubrí una luz titilando en mi móvil. Cuando abrí el teléfono me encontré con seis llamadas perdidas de Mario. La lista empezaba desde las siete de la tarde y terminaba a las diez de la noche. Le regresé la llamada por pura educación.

—¿Dónde estabas, Buñuelo? —fue lo primero que dijo, en lugar de la disculpa que yo esperaba—. Te he llamado desde las siete. ¡Hasta fui a tu casa y nadie me abrió! ¡Estaba preocupado!

—Bueno... pues es que mi madre y yo salimos a pasear.

—¿En verdad? ¿Y por qué no me dijiste? Tanto silencio me tenía inquieto.

—Lo mismo digo. —Se me salió sin querer el reproche.

—¿Qué?

—Que tampoco me llamaste en la mañana. No me dijiste que tenías otros planes. Y yo te esperé mucho tiempo. ¡Qué desconsiderado eres!

—Ah... intenté llamarte, pero... dejé mi teléfono en casa.

—Qué raro. Tú no eres de los que olvidan las cosas.

—¡Lo siento mucho! ¡Te juro que sí quise hablarte!

No podía creer que estuviera tan enojada porque no me llamó y que lo tuviera excusándose, como si fuéramos pareja. Me reí para mis adentros.

—Ya, Mario. Está todo bien. No pasa nada. A ver, cuéntame qué hiciste.

Dudó por unos momentos.

—Bueno, pues es que...

—¿Ajá?

—...Lucía me llamó muy temprano y...

—¿Y la pasaron bien?

—Sí. Bueno, ya sabes cómo es ella. Habla mucho, ¡pero mucho! Lo que supuestamente serían solo unos minutos se convirtió en un montón de horas.

—Qué bien. Ella es agradable —dije agriamente.

—¿Te recojo mañana a las siete como siempre?

—¿Puedes?

—Claro. ¡Siempre puedo!

Esa noche, una inquietud me quitó el sueño gracias a las palabras de Anton: «Lucía siempre obtiene lo que quiere». Y luego, la ausencia de Mario durante todo el domingo.

Sí. Veía venir algo entre ellos dos, y no lo podía evitar. Lo percibí cuando cruzábamos el río el día anterior. Algo se estaba formando... No imaginaba cuál iba a ser mi reacción cuando Mario me la presentara como su novia. Me dio un ligero escalofrío. Cómo saber si aceptaría ella nuestra amistad tan estrecha; si Mario seguiría tratándome igual que antes.

No quería que ese momento llegara. Sabía que me estaba adelantando a las cosas, pero lo cierto es que Mario había pasado prácticamente todo el día con ella, y esa vez sin quejarse de su compañía.

Estaba segura de que no me había llamado. No podía tragarme la excusa del teléfono olvidado. De seguro no se acordó de mí hasta que volvió a casa. Debió pasársela muy bien. Por otro lado, ella era linda...

Mario no era ningún sacerdote como para no tener novia durante toda su vida. Eso tenía que suceder alguna vez. Además, debía admitir que era inteligente y buen mozo, y tenía un brillante futuro. Más de una Lucía rondaría por su trabajo o los lugares que frecuentaba.

Quise borrar de mi mente las imágenes que estaban a punto de aparecer, como el día inevitable en que Mario y Lucía llegasen de la mano. No podía aceptarlo.

No...

❀❁⊱✿⊰❁❀

La mañana siguiente salí a esperar a mi amigo. Hacía un frío endemoniado. Cómo deseé que llegara la primavera.

Vi a Mario en su flamante Mustang color acero. Sus magníficas llantas rechinando sobre el pavimento distraían la caminata de algunos de mis vecinos.

—Las siete y cuarto, ¿eh? —fue mi saludo al introducirme en el automóvil.

El rostro de Mario se veía alegre. Tenía ya tan crecido el pelo que bien podía recogérselo en una cola de caballo. Llevaba en el cuello una fina bufanda de lino que hacía juego con su gabardina azul. Pensé que, después de todo, mi amigo tenía buen gusto para vestir, aunque yo nunca lo había visto meterse en alguna tienda de hombres para comprar ropa. Tal vez le daba pena admitir que, aun siendo físico, se preocupaba por verse siempre a la moda y elegante.

—¡Buenos días! Hoy se me hizo un poco tarde. —Puso en marcha el vehículo.

—No me digas. ¿En serio?

—¡Es que mira lo que te traje! —Señaló un vaso térmico que descansaba en el portavasos.

Lo tomé con las manos congeladas. La sensación de los dedos entumecidos en contacto con la humeante bebida era deliciosa. Luego me alcanzó una bolsa de cartón en la que había varias piezas de pan de dulce. Levanté una ceja con suspicacia:

—¿Y esto? No me digas... ¿es tu manera de disculparte por dejarme plantada todo el día de ayer?

De reojo pude ver que su semblante se turbaba. Él no era de los que hacía ese tipo de cosas espontáneas.

—¿Funcionó? —preguntó cuando no le quedó más honor por salvar.

—Bueno. —Me reí—. Habría funcionado mejor si la mitad del chocolate no estuviera derramado en el piso.

—¡Oh, no me digas! Esa última vuelta estuvo fatal.

—Y yo que creí que estabas fanfarroneando. Ya sé que tu automóvil es un sueño. De hecho, toda la cuadra lo sabe.

Pareció apenarse.

—No lo hice para fanfarronear. Lo que pasa es que se me hizo tarde, en serio. Pasé por el drive thru de las donas. Quería darte la sorpresa. Pero casi me salgo de la fila cuando vi la cantidad de personas que esperaban su turno. Era una locura. Ya sabes: las siete de la mañana y todo el mundo quiere su dona con café.

—¡Bienvenido a América! —Me reí.

Le di pequeños sorbos a la bebida mientras le agradecía de mil maneras el detalle. Justo lo que necesitaba para entrar en calor. Casi nunca le agradecía a Mario sus pequeños detalles; incluso con los más aparatosos, como el fabuloso arreglo de rosas del día de San Valentín. No recordaba si le había dicho «gracias».

Tal vez era porque daba por hecho que era algo natural entre los dos. Siempre me regalaba cosas, desde que era pequeña. Aunque últimamente había mejorado en sus regalos. Debía de darle más crédito.

—¿Y cómo lo pasaron ayer? —pregunté fingiendo indiferencia.

Me pareció que sus ojos se ensancharon, como si lo hubiera pillado en algo.

—Bien. Supongo.

—Pues fueron muchas horas. Yo creo que fue más que bien.

—Bueno, tú misma has visto cómo es Lucía. Habla de una cosa, luego de otra. En muchas ocasiones hasta pierde el hilo de lo que está diciendo o anda tanto por las ramas que se le olvida cuál era exactamente el punto.

—Pero... ¿ya no te molesta?

—Estoy acostumbrado. —Rio un poco—. Sabes que la conozco desde hace mucho tiempo.

—Ahora luce diferente —murmuré.

—Sí —admitió—, es un alivio que haya dejado atrás aquellas ropas de vampiro. Con lo pálida que es, confieso que en ocasiones me daba miedo mirarla. —Sonrió. Ya empezaba a amar esa sonrisa.

—Ahora parece más una modelo, ¿no crees? —pregunté tanteando el terreno.

—Se ve mejor ahora —agregó secamente, y fue todo lo que le pude sacar. Mario no hablaba mucho de su vida privada. Era una tumba, casi como mi madre.

Y el día transcurrió igual que siempre; de hecho, toda la semana. La escuela, las tardes en el taller, las charlas con Clay y las rencillas entre Mario y Anton.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Todo fue igual hasta que de nuevo llegó el fin de semana.

Ya lo tenía todo planeado: ir al Ensueño, llevar un cúmulo de libros y películas, dinero para comprar algo que comer allá y unas cobijas para echarnos en el suelo. Todo preparado para un típico fin de semana.

Pero los planes de Mario eran diferentes. Pasó a recogerme temprano, y yo salí con mi mochila al hombro, tan llena de cosas que me obligaba a balancearme. Le sonreí y eché mi mochila en el asiento trasero. Entonces advertí que me miraba con nerviosismo.

—¿Pasa algo malo?

—No, nada —negó efusivamente—. Es solo que...

Advertí en su rostro lo que me iba a decir.

—¡Oh! ¿Tienes otros planes?

—Para la tarde —se apuró a completar la frase—. Pero ya muy tarde.

No me tenía que decir nada más.

—¿Con Lucía?

Asintió.

—El domingo pasado quedamos de acuerdo en hacer algo hoy —repuso con muchísima pena.

—Ah, ya veo.

Mi amigo se quedó confundido. Yo le sonreí lo más que pude.

—Entiendo. ¡De verdad que sí! Bueno, no tiene nada de malo que salgas con ella. Me da gusto que puedan llevarse bien.

Alzó una ceja.

—¿Lo dices en serio?

—¡Sí, Mario! —Lo codeé—. Mira qué bien escondido lo tenías. ¡Ya sabía yo que ella te gustaba!

Se le subieron los colores al rostro.

—¿O no te gusta, Mario?

Procuró no mirarme.

—Sí, bueno, un poco —confesó.

Sentí un tirón dentro de mí. De pronto me invadió nuevamente el temor de perderlo, de que gradualmente me fuera reemplazando por ella. Ya lo estaba haciendo, de hecho. Había dividido aquel sábado para las dos. Acaso para que yo no estuviera sola y me deprimiera. No tenía necesidad de hacerlo. Yo podía apañármelas sin él. Antes de que pusiera el motor en marcha hice un movimiento brusco para alcanzar mi mochila.

—No quiero quitarte tiempo —dije sin mirarlo—. ¿Por qué no me esperas para dejar esto en casa? Podemos ir por ahí, algo más cerca, para que no se te haga tarde.

—No —dijo abruptamente—, quiero ir al Ensueño. Como te digo, lo de Lucía es tarde. Además, puedo llamarla para decirle que me espere.

Sacudí la cabeza. No me gustaba compartir mi día con alguien más, así se tratara solo de la amiga de Mario.

—No quiero ir al Ensueño. Ya no. Lo pensé en la mañana porque no sabía que hiciera tanto frío. No tiene sentido ir si no podemos salir de la casita.

—¡Pero hemos hecho eso otras veces! —exclamó contrariado.

—Pero hoy en especial hace demasiado frío. —Me aferré como la estúpida que era.

Cuando vio que no iba a cambiar de opinión (porque él conocía muy bien los extremos de mi terquedad), habló sobre ir a desayunar y después al cine, o adonde yo quisiera ir.

Ya me daba igual. Aunque se esforzara por hacerme sentir bien, algo dentro de mí me hacía sentir triste, impotente. Ahora que él parecía marcharse de mi vida, sentí que las viejas heridas se volvían a abrir. Tal vez porque nunca habían cerrado en realidad.

—¿Esto te ha puesto triste, Annia? —preguntó interpretando mi silencio.

Yo no podía dejarlo ver lo que sentía. Solo éramos amigos. No me imaginaba que algún día pudiéramos ser algo más. Era inconcebible. Negué con la cabeza.

—Claro que no, Mario. —Esbocé una media sonrisa—. Tienes derecho a pasar tu tiempo con otras personas, no solo conmigo. Ya he acaparado tu atención durante mucho tiempo, y agradezco que hayas estado a mi lado cuando más te necesité, con afecto y consuelo.

—Yo no busco tu agradecimiento. Lo hice porque te quiero y me preocupas. Solo me interesa tu felicidad. —Me miró fijo.

—Pero ya es tiempo de que tengas otras amistades. —Suspiré—; no puedes estar toda la vida conmigo.

Hizo un silencio tan prolongado que temí que nunca más volvería a hablar.

—Me gusta estar contigo, Annia. No pienses que estoy haciendo un sacrificio.

Entonces recordé la maravillosa oferta de trabajo que él había rechazado unos meses atrás. Se había sacrificado por mí porque yo se lo había pedido; yo le había rogado que nunca me dejara.

—Pienso que te has perdido de muchas cosas por quedarte a mi lado. Clara, por ejemplo. Sé que no te llevas bien con ella, y todo por mi culpa.

—No. Clara es Clara. Tú la conoces muy bien. Dios sabe que he hecho lo posible por hacer las paces con ella, pero ha elevado una barrera tan fuerte entre ella y yo que me parece cada vez más imposible derribarla. Aun así, trato de cuidar de ella. Sé lo impulsiva que puede ser a veces. Pero de eso tú no tienes la culpa.

—¡Claro que sí! —farfullé—. Si no hubiera robado tu atención, suplicado que estuvieras a mi lado todo el tiempo, ella jamás se habría vuelto contra ti.

—¡Eso es una tontería! ¡Nuestros problemas familiares nada tienen que ver contigo!

—Claro que sí, Mario, y tú lo sabes. Pero tanto me proteges que no quieres hacerme daño aceptándolo.

Guardó silencio por unos momentos.

—No es así. Siempre me he mantenido a tu lado, desde que eras pequeña. Siempre he cuidado de ti; de ti y de mi hermana. Sé que ella aún te quiere, y nunca me ha dicho que me aleje de ti, ni siquiera me ha reprochado que esté a tu lado.

Recordé cómo se había referido Clara a mí y me había mirado el día de San Valentín. Como si yo le estuviera robando el amor de su hermano. Como si le estuviera haciendo daño, a propósito.

No. Ella ya no me quería; en su rostro no había ni huella del afecto que algún día me tuvo. Solo deseaba que yo desapareciera de su vida para siempre, y de la de Mario.

—Aun así... —continué—, ya has sacrificado mucho por mí. Siento que no es justo. Tienes derecho a hacer tu vida. A buscar tus propias amistades.

—¡Yo tengo amistades, Annia! ¿Qué? ¿Crees que en mi trabajo no hablo con nadie más que con mis libros?

—Dime el nombre de uno de tus amigos —lo reté.

Balbuceó por unos momentos, como tratando de encontrar un nombre para un amigo que yo sabía que no existía. ¿Cuándo había tenido la oportunidad de hacer nuevas amistades si dividía su tiempo entre su trabajo y su amiga Annia?

Ningún nombre acudió a su boca. Levanté las cejas como queriendo demostrarle que yo tenía razón.

—¿Cuál es el problema, Annia? —preguntó cuando ya no tuvo nada más que decir al respecto—. No estoy sacrificando nada especial en mi vida por ti. Me conoces desde siempre. Nunca he sido sociable. ¿Por qué tendría que empezar a actuar diferente ahora?

—¿Qué me dices del trabajo que te ofrecieron en Berkeley?

—Eso... ¿qué tiene que ver? —preguntó confuso, como si lo acabara de coger en una mentira.

—Decidiste quedarte aquí —dije casi en un susurro—. Tu sueño siempre fue convertirte en investigador. La docencia era para ti un trabajo a corto plazo. ¿Por qué rechazaste esa oportunidad? ¿Por qué trabajas en un colegio donde todo tu potencial está desperdiciado?

—Te dije que quería quedarme aquí. Contigo.

Sus dedos tamborileaban el volante.

—¿Te quedaste... por mí?

Ya lo sabía, siempre lo supe, pero ahora la respuesta era más obvia; estaba latente, aullando por ser escuchada.

—¡Te quedaste porque yo te lo pedí! —chillé—. Yo nunca quise ir tan lejos, Mario. ¡Nunca quise privarte de todas tus oportunidades!

Él negó con la cabeza.

—No tenías que pedírmelo... fue algo que prometí hace mucho tiempo... —Calló de repente.

—¿Qué prometiste? ¿A quién?

—A mí mismo.

Lo que Mario decía no tenía sentido.

—Eso no está bien, Mario —repuse con aplomo—. ¿Me estás diciendo que renunciaste a un brillante futuro tan solo porque prometiste quedarte conmigo? ¿Cuándo y cómo fue que hiciste semejante promesa?

Él dudó por unos minutos.

—Prometí no dejarlas ni a ti ni a Clara. Siempre haré lo que tenga a mi alcance para que estén bien.

De pronto acudieron a mi memoria un montón de recuerdos. Mario siempre en soledad, Mario siguiendo nuestros pasos sin protestar.

Era como si, cuando Carlo Sanford lo enviaba a modo de guardaespaldas, a él en realidad no le molestara. Acaso por eso se rehusaba a tener una relación formal con una chica, porque una novia le robaría todo el tiempo necesario para poder estar vigilando nuestro bienestar. Por más tierno, dulce y placentero que eso se escuchaba, no estaba bien, por dondequiera que se lo mirara.

—Pues eso se acabó. —Crucé los brazos—. Se acabó, Mario.

Él me miró atónito. Sus pupilas azules parecieron convertirse en un líquido a punto de derramarse.

—¿Qué se acabó?

—Sí. —Lo miré—. No quiero que estés a mi lado solo porque un día te hiciste esa promesa. No puedes estar conmigo y olvidarte de ti mismo. Mira lo que ha pasado con aquella maravillosa oferta de trabajo. Tú más que nadie la merecías. ¡Trabajaste tanto para ello y lo rechazaste! No tienes ni un solo amigo porque todo tu tiempo lo inviertes en mí. Tu relación con Clara está hecha añicos porque sé que ella no quiere verte conmigo. Y ahora divides tu tiempo entre Lucía y yo tan solo para no hacerme sentir mal. —La sola idea de lo mucho que le estaba robando a Mario me revolvía el estómago.

—Pe-pero... ¡No! ¡No puedes decir que se acabó! ¿Vas a echarme de tu vida así como así? Lo que yo he hecho o he dejado de hacer nada tiene que ver contigo o con que seas una egoísta. ¡Escucha!

Cerré los oídos como la estúpida que siempre he sido en cuanto a lo que a relaciones humanas se refiere. No quise escuchar más a Mario. Eso tenía que acabar ahí mismo.

Me creí tan valiente, y no supe en qué momento me armé de valor para pensar que todas las cartas estarían en mi favor. Tomé la mochila en un rápido movimiento, giré la perilla del automóvil y bajé.

Mario se apresuró a quitarse el cinturón de seguridad para alcanzarme antes de que yo entrara en mi casa.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto? ¡No he sacrificado nada por ti! ¡Solo he hecho lo que mi corazón me ha dicho!

Suspiré hondo y reuní todas mis fuerzas. Me sentía como si estuviera rompiendo con él.

—Ya no debes preocuparte por mí, Mario. He aprendido a cuidarme sola. No me moriré si tú no estás conmigo. Toda mi vida te agradeceré que hayas permanecido a mi lado, desde que era una niña. —De pronto sentí que mi voz se quebraba—. Ahora quiero que hagas tu vida y que dejes de cuidarme. Tu responsabilidad hacia mí termina aquí y ahora.

—Yo... no puedes decirme algo así... somos amigos. ¿En verdad quieres que me marche para siempre de tu vida? ¿Es por Lucía?

Dejaré de verla si eso es lo que te molesta.

Suspiré de nuevo.

—Eso es precisamente lo que no quiero: que sigas haciendo lo que yo deseo. No quiero ser una carga emocional para ti. O, si lo he sido, quiero dejar de serlo. Siempre seremos amigos, Mario. —Su rostro se desencajaba—. Lo único que quiero es que te alejes de mí un tiempo. Entonces te darás cuenta de todo lo que te has perdido. Todo lo que te he robado sin querer. Ya no me interpondré entre tú y tus sueños. Y esa promesa que hiciste... por favor, olvídala. Ya tengo alguien que cuide de mí. —Cerré la puerta.

Muchos minutos después escuché el motor de su automóvil. Muy segura de mi decisión y de que había hecho lo correcto, subí a mi habitación, estrellé en el piso mi mochila de acampar y me dispuse a olvidar el maravilloso día que pude haber pasado con Mario.

Quería encontrar el momento en que eso se inició; entender por qué me dolía el corazón, por qué sentía millares de agujas clavándoseme, rompiendo los puntos que habían cerrado mis heridas. Me llevé las manos al pecho porque sentí que solo así calmaría ese dolor.

Siempre me había sonado ridículo oír que alguien dijera que le dolía el corazón. Creo que hasta llegué a reírme en más de una ocasión. Y, sin embargo, podía comprobar que el corazón dolía...

DESCUBRIENDO LA VERDAD

Mario no llamó, no pasó a recogerme el lunes siguiente ni fue a verme después de mi clase de pintura. Tal como se lo pedí. Si yo temía que Mario y Lucía se hicieran novios, nadie podía decir que había actuado con mucha sabiduría. Prácticamente lo había arrojado en sus brazos.

Contrario a lo que había pensado, el fin de semana y el lunes se convirtieron en una tortuosa jornada, casi imposible de soportar. Había desarrollado una gran dependencia hacia él. Y lo peor de todo era que no sabía cómo desprenderme de ese sentimiento.

Llegué a casa ese día arrastrando los pies. La sonrisa de mi madre se esfumó al verme; en su lugar apareció una mueca de angustia. Yo había vuelto a las andadas justo cuando creía que mi corazón ya había sanado.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Por qué no te trajo Mario?

Demasiadas preguntas. Subí directo a mi habitación.

—Tengo sueño —murmuré desde las escaleras.

Sentía como si hubiera perdido una porción de mi esencia. Lo peor había sido la plática con Anton. Sin duda fue lo que me hizo regresar a casa arrastrándome.

Ahí estaba yo, a su lado, viendo su magnífica pintura. Una bella niña de ojos verdes y cabello dorado, chispeando alegría aquí y allá. Sonreía ampliamente mientras un halo dorado de luz se difuminaba detrás de ella, dándole una apariencia angelical. La jovencita estaba

de pie, en el último peldaño de una escalera. Parecía sonreírle a alguien que estaba debajo, pues su rostro miraba en esa dirección.

Era la pintura que Anton exhibiría en la galería. Me quedé en estado de shock cuando la vi. Anton no pintaba cosas dulces o tiernas, menos ángeles que bajaban a la Tierra. Aparte de mi autorretrato, era la segunda de sus pinturas que no me causaba escalofríos. Porque estaba bellamente hecha, de manera casi celestial.

—Ella era mi novia —dijo cuando pregunté en quién se había inspirado para hacer semejante cuadro.

«¿Novia? ¿En verdad ha tenido novia?»

—Es muy bonita —dije sin poner de manifiesto mi asombro.

—Era... —Suspiró.

Empecé a sentirme incómoda y temerosa de preguntar.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? Si quieres decírmelo...

—Murió en un accidente.

—¡Oh!... lo siento mucho.

—Sí. Su automóvil se salió de la carretera y se volcó. Ella era muy hermosa. Incluso el cuadro no le hace justicia. Ella era... como una diosa. —Sus palabras denotaban fascinación. De pronto sus ojos se oscurecieron—. Pero toda su belleza se perdió en ese accidente. Esa persona del ataúd simplemente no era mi... no era ella.

—¿Cuál era su nombre?

—Yo la llamaba mi musa, mi diosa, mi ángel. Su nombre poco importaba —respondió con embeleso, como si la estuviera viendo en ese preciso instante.

—Lo lamento, Anton. No sabía.

—De eso ya hace casi tres años; supongo que ya debería olvidarlo, pero aunque ella haya muerto, aún ocupa ese lugar en mi corazón. Ella es quien me inspira cada vez que empiezo una nueva obra.

Agaché la mirada.

—Yo también perdí a alguien muy querido, hace poco más de dos años.

Se giró hacia mí con asombro.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Asentí, dándome cuenta de que ambos compartíamos el mismo dolor—. También era mi novio. Y para mí era perfecto.

—¿Cómo murió? ¿Quieres decirme?

—Un accidente, como tu novia. —Decir que se había quitado la vida aún me sonaba cruel, y, hasta cierto punto, me seguía pareciendo increíble.

Él asintió y me miró con esos ojos profundos que por primera vez no parecían vacíos.

—Gracias por compartirlo. —Miró la pintura—. Ahora me he dado cuenta de que ambos padecemos del mismo dolor. Ya sabía que tú tenías algo diferente. Por eso me animé a acercarme a ti. Sentía que podíamos ser amigos, a pesar de que, como ves, soy una persona solitaria.

—Sí, supongo que nos parecemos un poco.

—No tienes por qué estar triste. La verdad es que al menos nosotros seguimos vivos y podemos recordarlos. Cada vez que pienso en ella me siento muy feliz. Fui muy dichoso el poco tiempo que estuvimos juntos.

Ahora que Mario parecía haberse marchado de mi vida, necesitaba con urgencia la compañía de alguien más. Hasta ese día, Anton solo me había inspirado desconfianza y miedo. Aunque se esforzara por parecer un chico normal cuando hablaba conmigo, había algo en él que simplemente no estaba bien.

Pero al verlo ahí, platicando de su novia, de su amor perdido, se veía tan vulnerable y tan humano como todos los demás; tan frágil que me invitaba a darle un abrazo y consolarlo, pues sabía que su corazón aún estaba en duelo. Nunca se me ocurrió que fuera posible entablar una amistad con él.

—En fin... —me trajo de nuevo a la realidad—, esto era lo que te quería enseñar. Esta pintura habla de la primera vez que la vi. Así es exactamente como la recuerdo. Yo estaba al pie de la escalera y ella descendía hacia mí. En ese instante, el tiempo se detuvo. Me enamoré de ella a primera vista; de su cabellera, sus ojos y su sonrisa radiante.

Otra vez se encendió en sus ojos un brillo muy particular. Detuvo sus palabras y se giró hacia mí.

—¿Te ha gustado?

—Claro, es maravillosa.

—Lo es. —La miró de nueva cuenta—. Es una obra de arte. La exhibiré el día que montemos la galería del taller. Quiero que todo el mundo la admire. —Estaba embelesado.

Luego sacudió un poco la cabeza.

—¿Tu amigo el Sabihondo vendrá hoy a recogerte como siempre lo hace?

—No lo creo. —Suspiré.

—Yo tampoco. —Hizo una mueca de fastidio.

—¿Cómo lo sabes?

—Creo que mi hermana lo tiene bien enganchado. Ayer estuvieron en casa. —Frunció la nariz—. No nos saludamos. Por más que quiera que desaparezca de la vida de Lucía, sé que no se irá.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué hacían en tu casa?

Sentía demasiada curiosidad por saberlo.

—Nada en especial. Tu amigo Sabelotodo siempre está callado; habla solo lo esencial. Mi madre lo invitó a cenar. Gracias a todos los santos que él no quiso. No puedo ni siquiera concebir que él se siente en la misma mesa que yo. Te juro, Annia, que si él y mi hermana se hacen novios yo no toleraré seguir viviendo bajo el mismo techo. Eso nunca.

—¿Por qué te cae tan mal?

—Es un sentimiento de desagrado mutuo. Lo único que podemos hacer es mantenernos alejados. ¡Se me revuelve el estómago tan solo de verlo! ¡Siempre creyendo que lo sabe todo cuando en realidad no sabe ni una pizca de nada!

No sabía qué decir. No me interesaba mover ni un solo dedo para que simpatizaran.

De vuelta en mi casa seguía recordando la pequeña plática con Anton, la pérdida de su novia en un accidente y la presencia de Mario en su casa. Ambas cosas me ponían igual de melancólica. Sentí de nuevo el vacío tan grande que dejó Aarón en mi vida, y luego llenado por Mario, a quien yo misma había echado en los brazos de Lucía.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Los días siguientes me las arreglé como pude para ir y venir sola a la universidad. Extrañaba la comodidad de viajar en automóvil, especialmente uno tan fabuloso como el de Mario, pero más extrañaba su voz suave, su plática pausada y sus bromas, que por cierto nunca eran graciosas. Quería saber dónde estaba en esos momentos; si debía llamarlo para pedirle perdón. Después de todo, yo había sido la que terminó con nuestra amistad. Tal vez no era demasiado tarde para hablarle y suplicarle que me disculpara.

Entre más pasaban los días, más me daba cuenta de lo errática que había sido mi decisión. Pero a la vez, terca infeliz como siempre, me aferraba a pensar que había sido lo más sensato, lo más acertado de mi parte. Podía arreglármelas sin él. Claro que podía, aunque me sintiera vacía, sola, más sola que nunca.

Si veía algo en la televisión o escuchaba a alguien discutir sobre algún tema, o simplemente derramaba jugo sobre mis cuadernos, lo primero que se me venía a la cabeza, automáticamente, era contárselo a Mario. Pero ya no estaba Mario a mi lado; lo había echado a empellones de mi vida. Y para siempre.

Quien sí estaba por todas partes para recordarme mi mala suerte y las consecuencias de mis decisiones era Clara.

Una mañana la vi fuera de la universidad, dentro de un deslumbrante escarabajo rosa. Montones de amigos rodeaban el vehículo. Desde el asiento trasero y con la puerta abierta, recibía encantada el sinnúmero de silbidos y elogios por parte de los chicos. Me preguntaba cuál de todos ellos era sincero; cuál de todas esas chiquillas bobas y adineradas que revoloteaban a su alrededor llenándola de cumplidos realmente la quería.

—¡Hey, Annia! —Su voz flotó entre la algarabía. Apenas pude reconocerla—. ¡Ven a ver mi automóvil! ¡Me lo regaló mi papá! —Agitó efusivamente los brazos.

Por un momento me trasladé al pasado. Siempre que ella encontraba algo excitante, batía los brazos como si fuera un pichón que ha encontrado su primer alimento. Sin quererlo, me sentía contagiada por su alegría y su vigor, partícipe de sus ensueños y fábulas.

—Es... muy bonito —contesté desconcertada, aún dudosa de que se estuviera dirigiendo a mí.

—¿Quieres pasear en él? —insistió.

La miré atónita al comprobar que era yo la destinataria de su invitación.

—¿En verdad? —pregunté mientras me abría paso entre la maraña de gente.

Todos se giraron hacia mí, como haciéndose la misma pregunta que yo: ¿por qué me había elegido entre tantos?

—Claro. —Me sonrió con esos ojos traviesos que había extrañado cada día.

No pude descubrir en ella ni un solo rastro de malicia, a pesar de que escudriñé su mirada una y otra vez. Pensé que tal vez Mario tenía razón: todavía me quería.

—Bueno —balbuceé sin saber si debía echarme a reír o ponerme en guardia—, gracias.

—¿Y cuándo nos llevarás a nosotras? —preguntó una de las chiquillas que parecía una copia barata de Clara.

—¡Después! ¡Después! —Agitó la mano—. ¡Tendré tiempo para mostrarles a todos esta preciosidad!

Abandonó el asiento trasero y grácilmente abrió la portezuela del asiento del conductor, mientras me hacía una seña para que yo me acomodara al lado.

—Está abierto. —La alarma sonó un par de veces.

Arrancó suavemente. No sabía que Clara supiera manejar, aunque era automático. A mis casi veintitrés años jamás había intentado aprender. No teníamos automóvil en casa desde que mi padre murió, y mis pocos ahorros no podían costearme ni siquiera una baratija. Además, Mario siempre me llevaba a todas partes. Bueno, antes.

No pronuncié palabra. Temía romper el sueño que estaba viviendo. Si Clara antes me había hecho daño, en ese momento había olvidado todo. Ahora solo veía en ella la amiga que siempre quise y seguía añorando.

—¿Te gusta, Annia? ¡Es increíble! ¡No pensé que mi papá pudiera ser tan espléndido conmigo! Ahora ya no tengo que depender de nadie para ir adonde me plazca. —Parecía una chiquilla—. ¿Y bien? No me has dicho nada desde que salimos de la universidad.

—Es un sueño —respondí tímidamente—. No sabía que existiera un automóvil rosa.

Ella rio ante mi respuesta.

—¡Pues claro que existen! Aunque déjame decirte que no son comunes. Mi papá lo mandó a pintar antes de entregármelo. Sabe que el rosa es mi color favorito. Me siento como una Barbie conduciendo su convertible. ¿Recuerdas cuando éramos niñas y te quedabas en mi casa a dormir? Siempre llevabas contigo una pesada maleta con todas tus muñecas. Era muy divertido. Qué buenas historias hacíamos, ¿no?, con segundas partes y toda la cosa.

—Teníamos mucha imaginación —admití, aún preguntándome qué estaba haciendo ahí. Era el último lugar que se me hubiera ocurrido para terminar el día.

—¿Qué tal si vamos a comer algo por ahí? Tengo mucha hambre. ¿Y tú?

—No mucha, pero supongo que puedo comer algo.

Nos dirigimos a un lugar de comida rápida. Suspiré aliviada, pues llevaba poco dinero. Supuse que sería suficiente.

—¿Y qué tal va todo, Annia? ¿Cómo está Isabel? —preguntó una vez que nuestra orden de hamburguesas y papas fritas estaba sobre la mesa.

—Bien, supongo. Recuperándose de la última crisis.

—¿Crisis? —Abrió los ojos con espanto—. ¿Cuándo fue que pasó eso? ¿Por qué no me dijiste?

No tenía por qué haberle dicho. Ella me había echado de su vida mucho tiempo atrás. Si no le interesaba lo que pasara conmigo, menos todavía lo referente a mi madre.

—Sí. Entró en coma por unos minutos.

—¡Santo Dios! Si yo lo hubiera sabido, ten por seguro que habría corrido a tu lado.

—¿No te lo dijo Mario? —pregunté incrédula. Su hermano había estado cada día conmigo en el hospital. ¿Cómo pudo Clara no darse cuenta de eso?

—Mario no me habla. Es como un extraño para mí. Hace tiempo que me abandonó. —Su voz sonaba triste—. No sé de su vida.

Sentí pena por ella. Tal vez estaba aún mucho más sola que yo, aunque tuviera tantos amigos. Yo la conocía mejor que nadie: era frágil y necesitaba cariño.

—Pronto será tu cumpleaños. ¿Qué piensas hacer?

—Aún no lo sé. Supongo que nada.

—Ya pensaremos en algo. —Lo dijo con una gran sonrisa.

Me sentía confundida. ¿Pensaremos? ¿Es que volveríamos a ser amigas? Me encogí con incomodidad en el asiento de piel, pero al final me atreví a aclarar las cosas:

—No entiendo, Clara. ¿Por qué de pronto me hablas? Creí que me odiarías por siempre.

—No me he portado bien contigo —repuso cabizbaja—. He tratado de acercarme a ti los últimos dos años, pero tenía mucho temor de hacerlo. Pensé que nunca me perdonarías.

—No tengo nada que perdonarte, Clara. Quisiera olvidar todo el pasado. En realidad quisiera... Te he extrañado mucho. —Las palabras escaparon de mi boca sin darme cuenta. Ella sonrió como si le hubiera quitado de encima media tonelada.

Alcanzó mi mano:

—Yo también te he extrañado, amiga.

—¿Crees que podamos recuperar nuestra amistad? —leí el anhelo en sus ojos esmeralda—. ¿Podría ser todo como antes?

Le sonreí. Necesitaba tanto una amiga. La necesitaba a ella. Ya no me interesaba el pasado. Si podíamos mirar adelante sin volver la vista atrás, yo no repararía en aquellos penosos días nunca más.

—Yo creo que sí podemos.

Ella sonrió todavía más y unas lágrimas escaparon de sus ojos. Me parecía un sueño. Mi mejor amiga volvía a mi lado. Había perdido a Mario, pero ahora parecía recuperar a Clara. Acaso podríamos volver a ser amigos los tres, como en los viejos tiempos. Mario no tendría que sacrificarse más por mí.

La alegría comenzó a desbordarse de mi pecho. Y Clara lo confirmó con un abrazo desesperado. Teníamos tanto de qué hablar, tanto que perdonar. Sin embargo, nuestras palabras y sentimientos fluían tan naturales como un río.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Después de casi tres años regresé a la casa Sanford. Todo seguía igual: la habitación esmeralda, el amplio espejo, la coqueta y el inmenso guardarropa, que era casi la mitad del tamaño de mi habitación. Eché una mirada al cuarto de Mario antes de entrar al de Clara. Todo seguía igual en él, sin cambios trascendentales, excepto quizá por más montones de libros y muchos más ordenadores. No lo había visto desde hacía ya más de una semana.

—¿Cómo está tu hermano? —me atreví a preguntar.

—Bien, supongo. Como te dije, no lo veo mucho. Con suerte vendrá esta noche a cenar.

Mi corazón comenzó a latir rápidamente ante la idea de que pudiera verlo ese mismo día. Le pediría una disculpa. Sabía que se sorprendería al verme en su casa, al lado de Clara. Y todo sería como antes, o incluso mejor.

—Apuesto que se pondrá muy contento al saber que hemos hecho las paces.

Clara se encogió de hombros.

—Sí. Tal vez.

Encerradas en su cuarto, como lo habíamos hecho desde que éramos pequeñas, nos contamos una y otra vez todo lo que habíamos hecho desde la vez que nos separamos, sin tocar temas dolorosos e incómodos para ambas. No hablamos de Aarón ni de la tragedia que nos arrastró a ambas al estado de odio en que vivimos. Tampoco mencionamos a Mario ni el momento en que se alejó de Clara para estar conmigo.

Poco después de las ocho escuchamos el tintineo de unas llaves y unos pasos que se dirigían hacia nosotras. Se oyó que tocaban la puerta. Clara interrumpió su plática y se puso de pie.

—¿Qué quieres? —le dijo a Mario, medio abriendo la puerta.

—Tengo que trabajar en tu automóvil. ¿Recuerdas? Traje el estéreo que querías.

Clara dio media vuelta y se dirigió a su peinador, tomó el llavero rosado y se lo dio.

—¿Cuánto vas a tardar?

—Es algo muy sencillo, supongo que no más de… —La puerta se abrió un poco más y Mario alcanzó a verme sentada en la alfombra. Cuando sus ojos se encontraron con los míos no supe si hablarle o no. Al final no dijimos nada. Me pareció verlo suspirar; luego tomó las llaves y se perdió de mi vista.

—¡Va a quedar de fábula! —Clara se giró, recobrando toda su jovialidad—. Ya verás cuando quede instalado: ¡haré estremecer todas y cada una de las calles!

Mi amiga era así de rara. Podía pasar de un estado de ánimo al otro en tan solo fracciones de segundo.

Sin embargo, no me había mentido. En efecto, ella y Mario no se llevaban nada bien. Al menos no como antes. Clara nunca había utilizado ese tono seco con su hermano, y él jamás le había respondido así.

—¿Te quedarás a cenar, Annia?

—No, Clara. Creo que ya tengo que volver a casa. Mi madre no sabe dónde estoy.

—Te llevaría si pudiera, pero, ya oíste, Mario está trabajando en mi automóvil.

—Está bien así. Ya sé el camino. —Le guiñé un ojo.

—¡Ay, Anny, estoy tan contenta de que de nuevo seamos amigas! ¿Vendrás mañana también? ¿Verdad que sí?

—Solo si dejas de llamarme Anny.

Ella rio.

—Claro. ¡Sé que no te gusta! Pero a veces no puedo evitarlo. Te diré algo: si alguna vez tengo una hija, le pondré Annie.

—¡Oh, no! No hagas eso, Clara. Pobre criatura.

Y con un abrazo nos despedimos. Esperé unos minutos antes de bajar la escalera porque oí su voz nuevamente, dicharachera como siempre:

—¿Ves? Te dije que volvería. ¡Sabía que volvería!

Quise volver a la habitación para ver con quién estaba hablando, pero algo me lo impidió. No quería que nada ni nadie estropearan mi felicidad. Bajé, pero aun cuando estaba ya en el tercer escalón, escuché su risa nuevamente. Mientras más me alejaba, menos entendía sus palabras. Asumí que estaría hablando por teléfono. ¿Qué más podría ser? Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, mas no hice caso y descendí hasta el final.

La casa estaba vacía, como siempre. Solo uno que otro empleado vagaba de un lado al otro. Dudé por unos momentos antes de torcer hacia el garaje, donde sabía que encontraría a Mario. Necesitaba verlo, disculparme con él.

No me escuchó cuando entré. Estaba tan concentrado conectando el estéreo de Clara que ni siquiera se percató del chirriar de la puerta. Me acerqué sin hacer ruido. Vacilé.

No sabía si llamarlo por su nombre o tocar su hombro. Mario subía el volumen hasta un nivel ensordecedor y luego lo bajaba hasta casi apagarlo. Supuse que eso me daría ventaja. De pronto, todo el valor que llevaba se me escapó por el cuerpo cuando recordé su manera de mirarme minutos atrás, así que giré sobre mis talones y caminé hacia la puerta. Segura de mi decisión, me deslicé casi de puntitas y sin respirar.

Mario nunca se habría percatado de mi presencia si yo no hubiera golpeado con la cabeza el foco que colgaba pobremente del techo. Tal vez fue el grito de dolor o el pálido haz de luz que se balanceó de un lado a otro en el techo del taller lo que hizo que él se girara y me descubriera. Salió del automóvil a una velocidad asombrosa.

—¿Te hiciste daño?

No podía negarlo cuando me dolía tanto, así que asentí tímidamente, sintiéndome como pillada en un acto de vandalismo.

—Déjame ver —agregó al retirar mi mano de la frente—. Solo está un poco rojo. —Su mirada se dulcificó—; nada que un poco de agua fría no pueda solucionar.

—¡Me arde mucho!

—Bueno, ¿qué esperabas? Te estrellaste con un foco incandescente.

—¿Por qué tienes este tipo de instalación en tu taller? —gemí, señalando el foco con un dedo acusador—. ¿Por qué no está en el techo, como en cualquier parte?

—Porque soy un flojo. —Se rio—. Este taller necesita muchas reparaciones, pero como solo yo vengo aquí, no me preocupo mucho por eso.

—Pues deberías…

—Además, siempre me fijo por dónde camino. —Quiso vengarse de mis observaciones.

Luego se dirigió a una de sus engrasadas mesas y sacó un trapo limpio. Lo humedeció y se acercó a mí nuevamente.

—Estarás bien en unos minutos.

Presionó delicadamente el trapo contra mi frente. Lo sostuvo durante unos segundos sin decir nada. Su rostro estaba muy cerca del mío. Podía sentir que aún se preocupaba por mí.

Aún me quería.

—Ya está bien, Mario. Ya no duele tanto.

Asintió y se alejó un poco.

—¿Te puedo ayudar en algo, Annia? —Recobró la gravedad en su voz y en seguida me dio la espalda.

—Quería disculparme contigo —tartamudeé—. Fui muy ruda el otro día. No quise decir las cosas de esa manera.

—Veo que te has reconciliado con Clara.

—Sí. Parece que todo quedó en el pasado. —Sonreí, aunque él no podía verme.

—Entonces, ya no seré tan necesario…

Me dio la impresión de que Mario prefería seguir trabajando en el automóvil de Clara o en cualquier otra cosa antes que seguir hablando conmigo.

—¡No, Mario! ¡No es así! —Me alarmó su indiferencia—. ¿Qué no puedes verlo? Ahora podemos ser amigos los tres. ¡Como antes!

Rio incrédulo ante mis palabras.

—Me alegro de que Clara y tú hayan hecho las paces, pero en lo que respecta a mi hermana y a mí, no lo veo tan claro. Aún tenemos muchas cosas que resolver.

Ante esa respuesta cortante, lo único que pude hacer fue insistir en que me perdonara.

—Yo no quise lastimarte con lo que dije; estaba preocupada por ti. Quería que hicieras tu vida.

Al fin cesó de rebuscar entre sus herramientas y se giró a mirarme. Era evidente la indignación y la pena que yo le había causado.

—Siempre lo he hecho, Annia. Siempre he vivido mi vida —susurró —. Te lo dije muchas veces: jamás me he sacrificado por ti.

—Pero lo de Berkeley, lo de Lucía, lo de Clara…

Mario elevó la voz, interrumpiendo mis palabras.

—Si rechacé la oportunidad en Berkeley no lo hice solamente porque tú me necesitabas. Era yo quien no quería dejarte. —Suspiró largamente—. ¿No comprendes? —Su voz era apenas audible—. No sacrifiqué nada. En realidad, nunca quise irme…

Yo estaba sin habla.

—Lo de Lucía es otra historia —agregó—. Me gusta estar con ella, pero disfrutaba más mi tiempo contigo. Los días eran más alegres, más llenos de esperanza.

—Yo también disfruto mis días contigo, Mario —alcancé a decir—. Me gusta tu compañía. Yo… lo único que quería era que dejaras de sacrificarte por mí. Yo estoy bien.

—Cuando se hace un sacrificio, se cambia algo que uno disfruta o ama por algo que realmente uno no desea hacer. No me pasaba eso contigo —admitió, y entonces vi una chispa centellear en el azul de sus ojos—. Al contrario, alejarme de tu lado resultaba el mayor de todos los sacrificios.

En el silencio que nos sucedió después de sus palabras, oía el latido de mi corazón tan locamente acelerado que casi sentí que se me iba a salir del pecho.

—Creo que siempre me has malinterpretado. Siempre has pensado que has sido tú la causante de mis fracasos sentimentales; que dedico el tiempo solamente a ti y a mi hermana en lugar de emplearlo en una relación; que rechacé a Tina y a Lucía y que he mantenido mi soltería tan solo para cuidarlas a las dos.

Se aproximó a mí. Apretaba los puños:

—No es que yo no quiera tener novia o pasar mi tiempo con alguien más que no seas tú. Pero la verdad, Annia, es que nunca he conocido a alguien como tú.

Y me sostuvo la mirada, intentando leer en mis ojos alguna respuesta o reacción.

—Mario… —susurré—. ¿Acaso tú…?

—No tiene sentido para ti, ¿verdad? —interrumpió—. Creo que he hablado demasiado. Solo quería hacerte ver que jamás he dejado ni uno solo de mis sueños por estar contigo. Al contrario, si me alejara de ti, creo que no podría alcanzar ninguno de ellos.

Sin decir ni una palabra, todos mis recuerdos volvieron a mi memoria: Mario siempre a mi lado, siempre siguiendo mis pasos, desde que era una niña. Y ese Mario me estaba diciendo que el cariño que lo ataba a mí era diferente de lo que yo creí toda mi vida.

—No quería que lo supieras. No de esta manera. Me gustaría regresar el tiempo hasta hace apenas unos días, cuando todo estaba bien entre los dos. Si no hubieras entrado por esa puerta y chocado con ese foco yo jamás, jamás te habría dicho la verdad. Quería

guardármela para siempre, pero el peso de tu ausencia dolía más que cualquier cosa.

—¿Desde cuándo, Mario? —pregunté, tratando de poner mis sentimientos en orden.

Él suspiró largamente. Bajó la vista por un instante, pero luego sus ojos se encontraron con los míos y la línea de su boca dibujó una leve sonrisa.

—Desde siempre, supongo. Desde que tengo uso de razón estás metida en mis pensamientos, en todo lo que hago. Desde que tu padre jugueteaba contigo, yo te veía desde lejos, sentado en los prados a orillas del lago del Ensueño. Él prendía florecillas en tu cabello, sonreía y nos preguntaba: «¿No es la niña más hermosa de todo el universo?». Y yo te veía, con tu sonrisa que iluminaba aún más el día soleado. Mis ojos se alegraban y me decía a mí mismo: «Sí que lo es».

Yo recordaba esa imagen tan bien como Mario. Él era un joven de apenas unos doce o trece años.

—Pero… ¿por qué nunca dijiste nada?

—No quería arruinar las cosas entre los dos. Tú siempre me viste como tu hermano mayor. Eso te hacía feliz. Lo único que yo podía hacer era cuidarte, siempre que tú me lo permitieras, poner una sonrisa en tu rostro cada vez que estuvieras triste, estar a tu lado siempre que me necesitaras.

—Mario, tú… tú me aconsejabas en cada uno de mis enamoramientos fugaces. Tú me apoyaste en mi relación con Aarón. ¿Cómo es posible que lo hicieras si tú…? —Corté mis palabras.

—Escucha. Me mantuve entre las sombras por mucho tiempo, escuchando cada una de tus penas, tus planes y todo sobre los chicos que te gustaban, porque pensé que era lo mejor. Después de todo, ¿cómo una chica como tú se fijaría en alguien como yo?

—Debiste decírmelo, Mario.

Él sonrió levemente.

—Lo intenté, Annia. Un día decidí decirte la verdad, sin importarme que me rechazaras. Estaba decidido a hacerlo. Probaría mi suerte y dejaría de ser nada más tu sombra. Pero la fortuna esa noche no estuvo de mi lado. Y todo mi mundo cambió drásticamente, así como el tuyo. Pensé que era cosa del destino y que el mío era mantenerme alejado de ti, dejar que hicieras tu vida y no decirte nada. Después de todo, yo no merecía tu amor, ni lo merezco ahora. No sé por qué me convencí de que podría ser lo contrario.

Mi corazón empezaba a encogerse. No sabía si lo que iba a decirme en seguida me haría feliz o aún más desdichada. Cerré los puños mientras esperaba que su boca se abriera una vez más.

Y entonces habló, revelándome algo que pondría mi mundo de cabeza:

—La noche de aquel incendio, hace casi tres años, fue la misma que yo escogí para comenzar a revelarte mis sentimientos hacia ti. Yo quería obsequiarte algo muy especial que sabía que amabas demasiado. Imaginaba tu sonrisa cuando tuvieras la prenda entre tus manos. Pero todo salió mal, y tú casi mueres dentro de esa casa. —Agachó la cabeza, como si el recuerdo aún le doliera—. Me sentía tan impotente cuando veía que todos salían, menos tú.

Yo estaba ahí plantado, creyendo que todo era una pesadilla. Clara estaba en el suelo, presa de un desmayo, y yo no sabía qué hacer. La sola idea de perderte me aterraba. Así que me abalancé ciegamente para encontrarte…

Y entonces todo cobró sentido…

Las imágenes, las palabras. Todo volvió a mi memoria como en una avalancha. Y pude verlo todo nuevamente.

La pregunta del doctor Parker que estremeció mi corazón, pocos días después del incendio: «¡Por cierto! ¿Qué cuenta aquel joven que te trajo aquella noche? ¡Creo que estaba muy preocupado por ti!». El golpe que le di a Mario en la espalda aquel día en el centro comercial. El grito. Él estaba herido… herido a causa de… «No es que golpees tan fuerte; es por la viga que me cayó en la espalda».

La viga… Cuando caí al suelo y las pisadas furiosas se encajaban en mi cuerpo, escuché crujir el techo. Las maderas del tejabán comenzaban a derrumbarse. Cerré mis ojos y evoqué el Ensueño. Yo sabía que iba a morir. Sabía que el techo caería sobre mí. Entonces, alguien me arrastró, me cargó en sus brazos y me cobijó con el calor de su corazón. Sentía el fuego de su pecho arder; entonces me di cuenta de que todo estaría bien…

—¿Eras tú? ¿Fuiste tú todo el tiempo? —pregunté, presa de la conmoción.

Todas mis preguntas comenzaban a resolverse de una manera tan rápida y asombrosa que apenas me daba tiempo de asimilar las respuestas. Mario asintió. Más recuerdos acudieron a mi mente. «¡Annia! Cuando termine tu fiesta te daré un obsequio, creo que te gustará».

—Dime… ¿qué era lo que ibas a darme esa noche? —pregunté, mientras en mi corazón ya se formulaba la respuesta.

—Annia… ¿es que aún no lo sabes? —Se oía solo un hilo de voz.

Sí. Yo lo sabía. Había estado en mis recuerdos todos y cada uno de los días después de aquella noche: mis amadas lilas. Las flores de mi padre. Las flores de mi salvador, atadas a mi corazón tal como Mario las había atado a mi vestido. ¿Cómo había podido ser tan ciega? Todo ese tiempo había sido Mario. Él era mi salvador. Lo había sido desde siempre. Me había salvado no solo esa noche. Lo había hecho una y otra vez.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué Aarón me dio una lila la noche que nos hicimos novios? Yo creí…

Pero Aarón ya me había dicho la verdad en su última carta: «Yo no fui el que te salvó… nunca supe quién lo hizo».

—Yo solo le dije que eran tus favoritas —explicó Mario—; que no había un mejor regalo para ti.

—¡Mario! ¿Por qué nunca me lo dijiste? Creía…

—Sé lo que creías, Annia —interrumpió—, y sabía que eso te hacía feliz. Nunca pretendí revelártelo y no sé por qué lo estoy haciendo ahora. Supongo que una cosa llevó a la otra… Acaricié la posibilidad de decírtelo después del incidente, pero muy poco tiempo pasó para darme cuenta de que tú ya te habías enamorado de Aarón. —Sonrió para sí mismo—. Te conozco demasiado bien. No sabes mentir. Te enamoraste de él desde ese mismo día. Y, Annia, él te amaba a ti también. Yo ya no podía ocupar un lugar en tu corazón.

—¡Sí, yo lo amaba también demasiado! —exclamé, sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas—, pero tú debiste decírmelo. ¿No te das cuenta, Mario? ¡Tú salvaste mi vida!

—Tú eras feliz, Annia, y eso era lo único que me importaba. No habría cambiado nada de habértelo dicho antes. Ni lo cambia ahora —concluyó, triste.

—¡Claro que lo cambia todo! Por mucho tiempo soñé, anhelé estar con aquella persona cuyo corazón latía acompasado con el mío. Abrazar de nuevo aquel pecho cálido que mitigaba todos mis miedos y me brindaba esperanza. ¡Eras tú el hombre a quien yo pintaba en mis retratos, sonriéndome, levantándome entre sus brazos, dándome el hálito que necesitaba para seguir respirando! ¡Eras tú, y yo lo ignoraba! Tú me encontraste, tú pasaste por encima de la multitud para dar conmigo. Yo estaba sola en el suelo, creyendo que ese sería el último día de mi existencia, ¡y me salvaste! ¡Claro que lo cambia todo, Mario! ¡Todo!

—¿Cambia eso los sentimientos que tienes hacia mí? —Los ojos de Mario, tan azules y brillantes, se enturbiaron.

Yo bajé la vista, incapaz de responder. Balbuceé unas cuantas palabras. Mario era mi amigo, el mejor. Era mi remanso, mi paz, mi puerto seguro. A su lado me sentía protegida y dispuesta a enfrentarlo todo. Pero, ¿era eso solamente?

—¿Verdad que no?

Sentía el latir desaforado dentro de mi pecho y mi rostro completamente encendido, con un calor que me abrasaba hasta

hacerme sentir que sudaba. ¿Qué podía decirle? Sí, yo lo quería, lo quería mucho. ¿Pero era solo eso? Yo no lo amaba como alguna vez amé a Aarón. Mis sentimientos hacia él eran completamente diferentes.

Él interpretó mi silencio. Alcé la vista por unos momentos, tan solo para encontrarme con su pálido rostro, iluminado apenas con la débil luz de la lámpara del taller. Era la primera vez que la aflicción se apoderaba de esa manera del rostro de Mario. Jamás me había mirado con esos ojos llenos de pesar y desesperanza. Su rostro se contraía en una mueca de infinito dolor.

—Siempre lo supe —dijo, poniendo un poco de distancia entre los dos—. Yo soy como tu hermano. Siempre me has visto de esa manera. Así fue como fuimos criados. Nunca podrías enamorarte de mí. —Rio con desgano—. No fue más que un sueño loco que alguna vez acaricié. Es solo que en estos últimos años a tu lado… mis sentimientos hacia ti han ido en aumento, sin quererlo. No quería enamorarme de ti más de lo que ya lo estaba, pero tú eres tan linda que simplemente no pude evitarlo. No puedo imaginar estar un día alejado de ti.

—Mario… —alcancé una de sus manos, pero él la contrajo como si el contacto con mi piel lo quemara—. Yo te quiero, te quiero mucho. Eres una bendición en mi vida. Si no fuera por ti yo no estaría aquí. Siempre has estado a mi lado, y yo te necesito…

—Pero no me amas. —Buscó mis ojos, y de nuevo leí en los suyos la necesidad de una respuesta, de unas palabras que lo libraran de su sufrimiento.

—No. No lo sé —corregí—. Todo esto ha ido muy rápido. Aún no puedo asimilarlo. Yo… no lo sé, Mario. Tengo que pensar. Yo…

Él se acercó un paso más. Se llevó el dedo índice a su boca, imponiéndome silencio.

—No tienes que decir nada —murmuró, y me atrajo hacia su pecho.

De nuevo pude sentir ese calor abrasador que envolvía mi corazón, protegiéndolo de todos los peligros, curando cada herida. Me rodeó

con sus brazos. De nuevo pude sentir cómo se acompasaban nuestros latidos y el inmenso fuego que ardía en nuestros pechos. Podía oler y deleitarme con su fragancia masculina y sentir el contacto de sus mejillas tersas contra las mías. Acarició mis cabellos y condujo su boca hacia mi oído. Yo cerré los ojos mientras escuchaba su murmullo.

—Siempre seré tu amigo, siempre estaré a tu lado…

Y entonces se apartó de mí.

Cuando abrí los ojos, como despertando de una ensoñación, Mario se había retirado. Apenas se giró para mirarme y dedicarme su última sonrisa antes de abrir la portezuela del automóvil de Clara.

—Ahora deberías ir a casa. Se está haciendo tarde.

Asentí levemente.

—Me alegra que otra vez estés aquí. Sabes que siempre serás bienvenida en nuestra casa.

—Gracias, Mario —dije a media voz.

Él asintió y se introdujo en el automóvil para seguir trabajando, o tal vez solo para eludir mi mirada y mi presencia. O quizá ya no había nada más que decir. Retrocedí unos cuantos pasos y salí a toda velocidad.

Corrí sin detenerme durante mucho tiempo, hasta que sentí que la brisa vespertina me quemaba la garganta. Me detuve. Apoyé la mano en un árbol en tanto se normalizaba mi respiración. Pero mi corazón desbocado no paraba de latir.

UN HOGAR EN SU CORAZÓN

Los días que siguieron a la confesión de Mario los transité como espectro, vagando por los pasillos de la escuela y las habitaciones de mi casa. Hasta Clay se veía preocupado.

Lo evité lo más que pude, pero una tarde fue a verme al taller de pintura. Fui incapaz de sostenerle la mirada o pronunciar aunque fuera unas pocas palabras con él, así que utilicé a Anton como pretexto y, antes de que pudiera pasar de un saludo, lo apremié para que me enseñara sus nuevos cuadros. Aquellos que exhibiría en la galería que montaríamos al final del curso.

Anton miró con arrogancia a su enemigo. Yo me sentí como una traidora y una cobarde.

Abandoné a Mario en el jardín del estudio luego de excusarme con él, diciéndole que tenía algo importante que tratar con Anton. Vi cómo se quebraba su rostro. Yo no quería herirlo, pero aún no sabía qué contestarle.

Al poco tiempo llegó mi cumpleaños número veintitrés. Esa mañana no pude evitar la nostalgia infinita que me embargaba al recordar el aroma de las rosas y las interminables cadenas de flores entretejidas que cruzaban de extremo a extremo mi habitación. Pensé que desde alguna parte mi padre me estaría felicitando con dulce voz, más dulce que las más bellas melodías jamás entonadas.

No esperaba que nadie recordara la fecha, pero me llevé gratas sorpresas. Al regresar de la universidad, mi madre me esperaba con un impresionante pastel de chocolate y, al final de una de las clases,

Clara se encaramó en un alto banco de madera y gritó como si tuviera un altavoz incrustado en la garganta:

—Mi mejor amiga... ¡cumple años hoy! Vamos, Annia, no seas tímida. Ven aquí para que te vean todos.

Yo estaba encogida cerca de la puerta. No tuve más remedio que dejar mi refugio e ir junto a Clara.

—¡Felicidades! —se oía por todos lados.

—¿Y va a haber fiesta? —preguntó un compañero.

Quise contestar en seguida, aclarando que no iba a haber ninguna fiesta, pero Clara se me adelantó:

—¡Pues claro que va a haber! —dijo sonriendo y guiñando un ojo—. En mi casa. Los esperamos a todos el sábado por la noche. ¡Yo misma les enviaré un e-mail con los pormenores!

Todos festejaron la noticia. La verdad es que las fiestas, a esas alturas del semestre, ya eran una necesidad.

Clara descendió del banco.

—¡Será fenomenal! ¡Ya lo tengo todo planeado!

—¡Pero si no me consultaste antes a mí! ¡Sabes que no me gustan las fiestas!

—Ya, Annia... ¿Es que no te interesa reintegrarte a la sociedad y volver a tener amigos como antes? Lo único que quiero es que tengas más amigos. Y esta fiesta puede ayudarte.

—No me interesa demasiado; además, este es mi último año, así es que dentro de tres meses dejaré de verlos a todos. ¿Para qué necesito hacer amigos ahora?

Clara suspiró.

—Te conviene, Annia. Nunca sabes con quién te vas a relacionar una vez que termines tu carrera. Que tengas algunos buenos amigos o conocidos puede ayudarte a posicionarte mejor.

—¿Y te dará permiso tu padre?

—¡Claro que sí! ¡Sabes que te tiene aprecio! ¡Cómo va a decirme que no!

Y se colgó de mi brazo, como antes lo hacía, para planificar la fiesta mientras caminábamos hacia la salida. Elevaba la voz cada vez que acudía a su mente una nueva idea. Sus ojos soñadores acompañaban, bien abiertos, sus felices ocurrencias.

—No tengo mucho tiempo —me apremió—. Hoy mismo iré a seleccionar los adornos. Tú no tienes que preocuparte por nada. ¡Deja todo por mi cuenta!

—Pero yo quisiera ayudarte... —rogué.

Ella meditó por unos segundos.

—No. Lo haré yo misma. Después de todo, tú eres la festejada. ¿Cómo me vería dejando que me ayudaras? No y no. —Negó con la cabeza—. Pasaré por ti después de las compras, e iremos juntas ¡por nuestros vestidos!

—Yo tengo qué ponerme...

Clara puso los ojos en blanco.

—No, Annia. Tiene que ser algo especial. Esa noche tú serás la estrella. ¡Tienes que lucir como tal!

Clara se veía tan feliz que no fui capaz de destruir su mundo de fantasía. Esa fiesta la entusiasmaba más a ella que a mí.

Tal como lo prometió, pasó a recogerme más tarde. La cajuela y los asientos traseros de su Beetle estaban repletos de adornos. Pero no me dejó mirar.

—¡Es una sorpresa! ¡Ya verás cómo quedará arreglado nuestro salón de fiestas! —Su rostro rebosaba alegría, tanta que hasta comencé a sonreír—. ¡Una elegante fiesta en la casa Sanford! ¡Nunca nadie la olvidará!

Condujo a una de las boutiques más caras de Boston. Jamás me habría atrevido a poner un pie allí.

—¡No puedo pagar esto! —grité alarmada cuando vi la etiqueta de un precioso vestido negro con tiras. Me lo había probado solo porque Clara pensó que me quedaría bien.

—Eso no es problema —dijo mi amiga revisando la etiqueta—. Considéralo como mi regalo de cumpleaños para ti, multiplicado por tres.

—¿Por tres?

—Annia, no he estado a tu lado tus últimos dos cumpleaños —contestó mordiéndose los labios—; esto compensará en algo todo lo que te debo.

—Si ese es el caso, yo también te debo tres regalos.

Ella se rio y me arrebató el vestido.

—Bueno, ¿lo quieres o no?

—¿No crees que es muy formal?

—¡Claro que no! ¡Es precioso! Va por cuenta mía. Y no espero nada a cambio. ¿Me escuchas bien?

Asentí llena de felicidad. No por el vestido, sino por mi amiga. Cuánto amaba su risa y su jovialidad, su manera de hacerme sentir que nunca estaría sola. Porque Mario ya no estaba a mi lado. No esperaba siquiera una llamada de su parte. Mi manera de proceder hacia él había sido inmadura y soez, lo sabía.

Pero el viernes por la noche escuché el ronroneo de su automóvil. Fue una gran sorpresa. Yo bajé unos instantes después de que mi madre me avisó de su llegada.

Él esperaba en el porche. Traté de aparentar que todo estaba bien, como antes. La brisa soplaba tranquilamente, aunque me hacía sentir un poco de escalofrío. La primavera ya había llegado, pero las noches y las mañanas aún eran frescas.

No supe cómo saludar a mi amigo. Por lo regular lo hacíamos con un abrazo, o a veces simplemente no decíamos ni hacíamos nada, tan solo nuestros ojos brillaban por la alegría de vernos. Esa vez fue

diferente. Con pasos inseguros me acerqué. Podía distinguir su fino perfil debajo de la escasa luz que alumbraba el pórtico.

—¿Cómo estás? —preguntó con un hilo de voz.

—Bien —respondí a secas.

Noté que él también trataba de disimular su contrariedad y nerviosismo. Pasó los dedos por sus largos cabellos, que por primera vez se encontraban desordenados.

—Te traje esto —dijo, clavando sus ojos en los míos y entregándome una caja blanca de tamaño regular, adornada finamente con listones rojos—. Feliz cumpleaños. —Sonrió tímidamente.

Destrabé los listones con facilidad y abrí la caja. En ella encontré una bella diadema hecha con lilas artificiales color púrpura y rosa, además de un ramillete de lilas púrpuras. Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me quebró la voz cuando lo tuve entre las manos. Las lilas siempre me harían llorar de felicidad, de tristeza, pero siempre moverían las fibras más hondas de mi ser.

—Gracias —musité.

—Esto debí habértelo dado hace tres años. Disculpa la demora.

—Mario, muchas gracias —alcancé a decir.

Él asintió y sonrió.

«Hace tres años. La noche del incendio. La noche en que me salvó».

—Oí que mi hermana te está organizando una fiesta en nuestra casa.

—Sí. La idea la tiene con la cabeza en las nubes. —Reí un poco—. ¿Irás?

—Sí. Es mi casa después de todo, y por nada del mundo me perdería tu fiesta.

Sonreí, pero en cuanto posó sus bellos ojos azules en los míos, sentí la intensa necesidad de esquivar su mirada.

Nos quedamos en silencio por unos momentos, hasta que él se atrevió a romperlo, con unas palabras que se clavaron

profundamente, como dagas en mi corazón.

—El Colegio Saint Patrick está a punto de cambiar de administración. Prescindirán de mis servicios el siguiente mes. He enviado una solicitud a la Academia de Ciencias en Nueva York. Si me aceptan, me estaré mudando para principios de julio.

Me quedé de una pieza.

—Es una oportunidad increíble, Mario —contesté a media voz—. Me alegro mucho por ti.

—Sí. —Suspiró y entornó los ojos en otra dirección—. Será un buen cambio en mi vida.

—¿Vivirás solo?

—Al principio; creo que me mudaré con mi amigo Julián. Lo recuerdas, ¿verdad?

Asentí, aunque solo tenía vagos recuerdos.

No pude evitar agachar la cabeza para ocultar mi tristeza. ¿Quién no aceptaría en su equipo de trabajo a una mente tan brillante como la de Mario? Era solo cuestión de tiempo, y él se marcharía. Ya no se quedaría por mí.

—¿Vendrás a visitarme de vez en cuando?

—¡Claro! —Su voz se alegró—. Nueva York no está lejos, apenas a cuatro horas de camino. ¡Claro que te visitaré!

Sonreí a medias, pero no pude ocultar mi melancolía. Yo era para Mario como un libro abierto. Él podía entender a la perfección mi estado de ánimo, mis preocupaciones y mis sentimientos.

—Annia, siempre estaré contigo. —Acarició mi mejilla—. Te prometí que siempre sería tu amigo. Aunque me mudara al otro lado del mundo, aun así siempre encontraría la manera de estar a tu lado; de hacerte feliz.

Quise decirle que era imposible que sola fuera feliz, pero no pude. Quise decirle muchas cosas, pero las palabras no salieron.

—Sí. Lo sé.

—Además, ya tengo veintiocho años —bromeó—; ya es tiempo de que me mude solo y empiece a hacer mi propia vida. Me sorprende que mi papá aún no me haya corrido de la casa. ¡Hace mucho tiempo que debí haberme ido!

Forcé una sonrisa.

—Sí, te has aprovechado de su hospitalidad.

Los dos nos reímos.

—Me alegro de que ya tengas trazado tu camino.

Él me sonrió con los ojos.

—Tú también lo harás, Annia. Pronto lo descubrirás.

—No lo sé, Mario... No soy buena en los trazos. Dudo que algún día una constructora se fije en mi talento.

—No eres buena... eres excelente. Tienes inteligencia de sobra para sobresalir. Tus dibujos son perfectos, y tu arte... Annia, eres fenomenal. Tal vez algún día montes tu propia galería, y, créemelo, serás muy, pero muy famosa. Y yo me sentiré halagado de que la mejor pintora del mundo sea mi mejor amiga.

—Suena bonito todo lo que dices.

—Solo tienes que creer en ti. Como yo lo hago. Yo creo en ti, Annia.

—Mario... —pregunté con un hilo de voz—... Si te vas... ¿al menos estarás aquí cuando la galería de Clay exhiba mis pinturas? Será en julio también.

—Cuenta con eso. —Me guiñó un ojo—. No me lo perdería por nada del mundo.

Sonreí y respiré aliviada. Al menos estaría ahí. Al menos podría enseñarle las pinturas que hice sobre él.

—Entonces, te veré mañana en tu fiesta.

—Sí. Una vez más, gracias por el regalo.

—De nada. Ha estado en mi poder desde hace mucho tiempo. Ya era hora de que lo tuvieras.

Se despidió de mí con un beso en la mejilla. Sentí un impulso eléctrico sacudiendo mi cuerpo.

Coloqué la diadema sobre el peinador. Era el accesorio más bonito que mis ojos habían visto. Me pregunté dónde la habría conseguido. Desprendí el ramillete de lilas y, presa de los recuerdos, me lancé hacia el cajón de la cómoda. Ahí estaban, en otra pequeña caja, las dos lilas de mis dos seres amados, prensadas en una hoja de un álbum de fotografías. La primera, la lila púrpura de mi salvador; la segunda, la lila blanca de Aarón. Y ahora añadiría una tercera: la de mi mejor amigo, mi incondicional.

❀❁⊱✿⊰❁❀

La fiesta se organizó en un abrir y cerrar de ojos. Llegaría a la casa Sanford un poco pasadas las nueve, que era la hora de la convocatoria, porque, según Clara, todo el mundo volcaría su atención en mi entrada, como si yo fuera una reina.

El vestido que Clara me había regalado era bellísimo. Una pieza finísima de color negro, con un corte muy juvenil de tirantes y falda un poco arriba de las rodillas, con un fajín púrpura en la cintura y una cinta negra satinada, grabada con diseños, ciñéndose en el centro.

Llevaba unas zapatillas altas que iban a juego con los tonos del vestido, y unos finos pendientes y un collar con forma de lágrimas, también en negro, préstamo de mi madre.

A petición de Clara, recogí mi cabello hacia atrás, en una coleta muy alta, dejando ver el largo de mi cuello. Según ella, luciría aún más elegante y fina.

Me maquillé el rostro y apliqué máscara a mis pestañas. Por primera vez pensé que me veía muy bonita. Solté una risita tonta cuando me imaginé que tal vez esa noche me lloverían los cumplidos.

Sin saber por qué, me sentía emocionada por mi fiesta de cumpleaños. Nunca había tenido una, y ahora que había corrido la voz por toda la universidad, el inmenso gremio de Clara acudiría;

más debido a la fiesta que a mí. Yo sabía que más de la mitad de los invitados serían desconocidos, pero no me importaba. Además, Mario estaría ahí. Quedaría sorprendido al ver lo linda que lucía.

Mi madre llamó a un taxi para que me llevara a la casa de Clara. Pude haber ido caminando, pero ella se empeñó en pedir un transporte para mí. Según ella, me veía tan bonita como una reina, y las reinas no caminan ni se trasladan en tren.

—Pero sí van en taxi, ¿eh? —bromeé y ella sonrió; luego me dio su bendición.

—¿Quién te traerá de vuelta? —preguntó.

—Clara, por supuesto. Me lo prometió.

Frunció el ceño por un momento.

—Si tienes algún problema, por favor llámame.

Asentí al tiempo que me despedía al oír la llamada del taxi. Tomé mi chal y me apresuré a subir al vehículo.

❀❁⊱✿⊰❁❀

En cuanto puse un pie en el jardín de los Sanford, Clara salió a mi encuentro. Me desconcertó que llevara un vestido azul celeste muy sencillo, y los cabellos sueltos y atados solamente de un lado con una peineta de cristal. Le sonreí, aún confusa, pero ella solo se limitó a mirarme de arriba abajo, con una expresión fría.

—No vas a tono con la decoración —me reprochó.

—¿Cómo? —pregunté confusa.

—¿Has mirado, aunque sea por un momento, cómo está adornado el salón de fiestas?

Yo negué con la cabeza. «Si acabo de llegar... ¿cómo lo voy a ver?»

—Pues nada es negro o púrpura. Todo es color pastel. ¿No prestaste atención a eso antes de vestirte?

—¡Pero si tú misma me compraste este vestido! —dije, visiblemente indignada.

—¡Pero no lo hice para que lo usaras hoy!

—Pero yo creí...

—Ya, Annia. —Movió las manos como si estuviera espantando mosquitos—. La gente ya está llegando y no puedes hacer mucho para cambiar tu vestuario. Ahora tendrás que quedarte así. —Pasó de largo y se internó en el salón.

No entendía qué había de malo en mi vestido ni por qué era tan importante ir a juego con la decoración. Jamás había escuchado cosa tan absurda.

Cuando subí la pequeña escalinata que me introdujo al salón de fiestas de los Sanford, lo comprendí todo. Esa no era mi fiesta, y claramente yo no estaba invitada. Las paredes del amplio salón estaban decoradas con flores de papel rosas, azules, blancas y amarillas. Toda la decoración iba de acuerdo con un tema específico: la primavera. En cuanto puse un pie dentro del recinto, los invitados (y eran muchísimos) se giraron a mirarme. Todos llevaban antifaces y vestían colores suaves y prendas ligeras. Algunos comenzaron a susurrar; otros, a soltar risitas.

Y yo estaba ahí de pie, queriendo que me tragara la tierra, con mi vestido elegante de colores oscuros y mis tacones gigantes. A lo lejos pude divisar una enorme banda que se ondeaba de un extremo al otro de la habitación. En ella se leía: «Fiesta primaveral».

No comprendía nada, sobre todo por qué Clara no me había dicho nada.

—¿Dónde es la boda? —gritó uno de los chicos.

Otro se acercó a mí:

—¡Creo que alguien se equivocó de fiesta! —Y entonces unas risitas malintencionadas se escucharon detrás de ellos.

Avergonzada hasta el máximo y sin saber qué responder, solo atiné a buscar a Clara con la mirada. Estaba en el otro extremo del salón.

Reía con otras dos chicas, mientras sostenía una copa de vino.

Atravesé la multitud y la jalé de un brazo, forzándola a mirarme. Ella soltó un chillido al darse cuenta de que su copa se derramaba.

—¿Qué te pasa?

—Quiero hablar contigo.

—¡Oh, Sandy, Karen, discúlpenme! En un momento volveré con ustedes.

Nos alejamos lo suficiente para que nadie pudiera escucharnos.

—¿Qué sucede, Annia?

—Es lo mismo que te pregunto, Clara. ¿Qué es todo esto?

—Una fiesta. ¿Qué no ves?

—Creí que sería mi fiesta.

—¡Annia! ¡Lo intenté! ¡De verdad que lo intenté! Pero cuando dije que sería tu fiesta nadie prestó atención. Organicé todo a la perfección: la música, las mesas, la comida, ¡todo! Pero a nadie le interesó. Verás, Annia, yo creí que sería fácil reintroducirte en mi círculo, y con los que alguna vez fueron tus amigos, pero no fue así. ¡Cielos, Annia! —Me miró con fastidio—. ¿En qué momento te volviste tan impopular?

—Tú sabes la causa, Clara; más que nadie, tú lo sabes...

—No te enfades conmigo —repuso con una mueca burlona—. En cuanto cambié el tema, todo el mundo se apuntó. ¡Mira cuánta gente hay a tu alrededor! ¡Santo cielo! ¡No creo que conozca ni siquiera a la mitad!

—¡Pero tuviste tiempo de decírmelo, Clara! ¿Por qué dejaste que usara este vestido? Nadie aquí lleva algo similar. ¡Soy el hazmerreír!

Ella negó con la cabeza.

—Tú lo elegiste, Annia. Nada tuve yo que ver con eso.

—Pero al menos pudiste decirme lo de los antifaces, las prendas ligeras, los colores. ¡Lo sabías desde un principio! Pude traer algo de

mi casa, o tú prestarme algo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Bueno, si lo que te apura es eso, vayamos arriba para que te cambies. Además, tuviste tiempo de sobra para venir y revisar el salón y no lo hiciste. —Recorrió con los ojos mi atuendo nuevamente —. Te pasaste horas en tu casa arreglándote para lucir como una reina.

—Mientras tú te arreglabas aquí, en tu casa, donde yo no pudiera verte —la acusé—. Dijiste que sería algo formal, algo elegante, digno de la casa Sanford; que tú te encargarías de todos los arreglos.

—Nadie habría venido si no hubiera cambiado el tema —reiteró con acritud.

—¡Pues entonces no hubieras hecho nada! —Sentí que mi enojo crecía—. Todo esto —dije, pasando los ojos alrededor de la habitación— fue idea tuya. Tú querías una fiesta, y buscaste un motivo para convencer a tu padre de hacerla. Solo me necesitabas para eso. ¡Tú querías ponerme en vergüenza delante de todos tus amigos!

Ella rio con descaro, de nuevo con esa risa odiosa que tanto daño me hacía.

—Yo no te obligué a nada. Tú accediste. Míralo de esta forma: siéntete como en tu fiesta. Imagina que eres tú la reina de la noche. Después de todo, eres tú la única que sobresale.

Soltó otra risa burlona que, más que hacerme enojar, hizo que el llanto me ahogara. Apenas pude decir unas últimas palabras.

—Yo te creí, Clara. Creí que eras sincera. No has cambiado en nada.

Pude leer en sus ojos acaso un rastro de arrepentimiento, y su boca se torció con amargura, pero no dijo nada.

Abandoné el salón y a Clara con su impresionante fiesta. Juré que sería la última vez que Clara me lastimaría.

Pero nada pudo ser peor que encontrarme en la entrada con Mario y Lucía, muy colgada de su brazo, vistiendo una falda y una blusa

primaveral, y él con un pantalón de vestir claro y una camisa del mismo azul que el de sus ojos.

—¡Annia! —exclamó asombrado. Por mi semblante y mi atuendo pudo adivinarlo todo en un instante—. ¿Adónde vas?

—A mi casa —respondí secamente.

—¿Qué pasa? ¿No es tu fiesta? —inquirió Lucía.

—No lo creo.

Se miraron confundidos.

—Lucía —dijo Mario—, ¿puedes adelantarte? Me gustaría platicar un momento con Annia.

—Mejor te espero aquí —respondió ella—. No pienso entrar sola al salón. No conozco a nadie.

Mario asintió, luego me tomó del brazo y me condujo afuera. Cuando llegamos al porche me preguntó nuevamente qué había pasado. Le conté todo.

—Tu hermana me odia —dije, tratando de contener las lágrimas—; siempre me odiará. Me ha hecho una jugarreta terrible.

—Cuánto lo lamento, Annia. Algún día se dará cuenta del daño que te está haciendo, y se arrepentirá.

—Lo dudo mucho. —Enterré con fuerza uno de mis altísimos tacones.

—Sabía que algo se tramaba, pero no imaginé que este fuera su plan. Mi padre accedió porque creyó que sería una fiesta para ti. Para él también era importante que ustedes dos volvieran a ser amigas.

—Pues todo se ha ido al traste... No sé cómo pude ser tan idiota como para creerle una vez más —renegué, casi al borde del llanto—. Es tanta mi necesidad de que Clara me quiera que siempre le he dado, y le daré, mil oportunidades.

—No es solo porque tú la necesites, Annia; es porque en realidad la quieres.

—Da igual, Mario. Ya me di cuenta de que estoy sola. No tengo a nadie más que a mi madre.

—Me tienes a mí. —Mario estrechó mi mano. Me estremecí—. Ya te he dicho que nunca te dejaré.

—Me siento tan estúpida así vestida. Debo irme a casa ahora. —Forcé una sonrisa y liberé mi mano.

—Te ves hermosa. Me quedé boquiabierto en cuanto te vi. No sabía que podías lucir aún más bella de lo que ya eres.

Sentí que los colores se me subían al rostro, y me recargué en la jardinera para evitar que mi amigo notara el temblor de mis manos. No era la primera vez que me dedicaba un cumplido, pero después de su confesión, todo se sentía diferente.

—Gracias —contesté—. Tú también te ves bien.

—Hice lo que pude. —Encogió los hombros y sonrió—. Los colores claros no me van muy bien.

—Sí que te van. Tus ojos se ven aún más azules, y tu piel más blanca.

Él se rio, mostrándome su hermosa sonrisa. Por un momento me perdí mirando su rostro. Nunca me había dado cuenta de lo guapo que era. Siempre tan bien vestido, con sus cabellos en orden, su fino rostro y sus penetrantes ojos claros.

Nos quedamos en silencio por unos instantes, hasta que Lucía salió e interrumpió:

—¡Están dando flores allá dentro! —Entretejió una flor en sus largos y negros cabellos—. ¿No piensan entrar?

—Yo no —dije incorporándome—. Me voy a casa.

—¡Qué pena! Tú sí te quedas conmigo, ¿verdad, Mario? —Le estampó un beso en los labios.

Me quedé sin habla. Una punzada atravesó mi corazón. No sabía que ya eran novios.

—Nos vemos, Mario —solté sin fuerza y casi huí para no seguir presenciando esa ridícula escena.

—Podemos llevarte, ¿verdad, Lucía?

Ella frunció el ceño.

—Ay, nos perderemos parte de la fiesta. Creo que ella puede volver sola. Aunque, claro —bajó la cabeza—, si tú quieres podemos llevarla. —Entrelazó sus dedos con los de él.

—No, gracias. —Me contuve para no explotar—. Me sé el camino muy bien.

Me di la vuelta rápidamente, pero Mario alcanzó mi brazo.

—¿Vas a estar bien? —quiso saber.

Me giré para mirarlo y asentí.

—Peores cosas me han sucedido —añadí de mala gana.

—Al menos, llévate mi chaqueta. Aún hace frío.

Acepté la prenda sin voltear y me despedí.

Sentía el estómago revuelto. Quería llegar a casa a dormir y, al mismo tiempo, vagar por las calles, caminar y caminar hasta aclarar mis ideas. No sabía qué me dolía más: el engaño de Clara o la rapidez con la que Mario se olvidó de mí. Bufaba a cada instante. Me parecía increíble que fuera novio de Lucía luego de haberme jurado que me amaba. Si fuera así, me habría llevado a casa, en lugar de quedarse en la fiesta con su Lucía. No habían pasado ni dos semanas desde que me hizo la confesión en el taller.

Mientras caminaba, sumía la nariz en las solapas de su chaqueta, que olía a almizcle. Lo sentía a mi lado, con su sonrisa, sus abrazos. Recordaba nuestras horas en el Ensueño echados en el pasto; las lilas que guardaba con tanto celo en mi habitación; los cuadros donde, sin saberlo, lo había pintado salvándome. Me lamenté una y mil veces mientras pateaba los objetos que osaban estar en mi camino.

Quería regresar el tiempo y nunca haber concertado esa tonta salida con Anton. Si yo no hubiera accedido, Mario jamás habría llamado a Lucía. Ella jamás habría vuelto a su vida. Yo estaría en su lugar. Sentía unos celos horribles. Quería arrancarle la cara y quitarle esa sonrisa de niña boba. Estaba enojada con Mario por preferirla a ella, por quedarse a su lado.

Me senté en el banco de un parque, tratando de asimilarlo todo y aclarar mis ideas. Me estaba muriendo de frío, y me aferraba aún más a la prenda de Mario. Lo quería, sin duda, pero no igual que a Aarón. Era muy diferente. No sabía que se podía amar de diferentes maneras. O tal vez había volcado todos mis sentimientos hacia Mario y solo era eso.

Me quedé en el parque durante mucho tiempo, hasta que las pocas parejas y los niños se empezaron a retirar. Necesitaba hacer tiempo porque no quería contarle a mi madre la verdad. No podía hacerlo. No le haría bien, aunque ya había vaticinado que la amistad entre Clara y yo fracasaría, como sucedió entre su madre y ella. Ambas familias atadas toda la vida. Mi padre amando a Irenne, Isabel amando a mi padre, Mario amándome a mí... ¿y yo?

Una vibración me hizo respingar. Metí la mano al bolsillo de la chaqueta y palpé lo que supuse era el móvil de Mario. Identifiqué el número particular de los Sanford. Me detuve tanto tiempo pensando si debía contestar que la persistente vibración cesó y apareció en la pantalla la aclaración de llamada perdida. Cuando abrí el teléfono me di cuenta de que tenía más de diez llamadas de hacía ya más de una hora.

Minutos después, el teléfono volvió a sonar. Dudé unos segundos antes de responder. Podían ser Carlo, Clara o el propio Mario. Al fin contesté al cuarto timbrazo. La voz de Mario al otro lado de la línea me hizo recobrar el aliento.

—¿Dónde estás? —preguntó desesperado.

—Por ahí —dije a tontas.

Escuché cómo la voz de Mario se enfurecía.

—¿Cómo que por ahí? Annia, dijiste que ibas directo a casa. ¡Y no estás ahí!

—¿Llamaste a mi casa?

—Sí, pero no te preocupes, que no le he dicho nada a tu madre. Sin embargo, está preocupada por ti.

—Ya, Mario. Voy para allá.

—¿Tienes idea de qué hora es?

—¿Las diez?

—Son más de las doce. ¿Cómo piensas volver?

—En un taxi. ¿Qué más?

Mario suspiró largamente.

—¿Dónde estás? Yo te llevaré a casa.

—No necesito que lo hagas. Puedo ir sola. Además, tú estás muy ocupado con tu novia —las palabras se me escaparon sin querer.

—Por favor, dime dónde estás.

—¿Y Lucía?

—¡Lucía está en su casa! —respondió, perdiendo la paciencia—. ¿Vas a decirme dónde estás?

Miré hacia ambos lados y le di la exacta intersección del parque.

—Llegaré en unos momentos. Por favor —rogó—, no te muevas de ahí.

Después de varios minutos, reconocí el automóvil de Mario echando chispas y derrapando en una curva. Se estacionó del otro lado del parque. Yo no me moví un ápice. Ni siquiera para hacerle señas. Después de todo, él me había pedido que no me moviera de mi lugar. Así que le obedecí.

Lo vi caminar como un loco de un lado a otro por más de veinte minutos. Finalmente me puse de pie para dar por terminada su agonía. Justo en ese instante, vi cómo se desplomaba en una de las

bancas, hundiendo la cabeza entre sus manos, mientras su cuerpo se estremecía de manera involuntaria.

—Mario. —Lo llamé con un movimiento de brazos.

Cuando alzó la mirada me sorprendió infinitamente ver su rostro bañado en lágrimas.

Una vez juntos, me tomó de la cintura y posó la cabeza en mi vientre.

—Creí que te había perdido —susurró.

Yo acaricié sus cabellos. Me sentía extrañamente enternecida, con mis sentimientos y emociones fuera de lugar.

—Lo lamento. He estado aquí todo el tiempo. Quise jugarte una broma.

—No. Yo lamento no haberte llevado a casa. Me porté como un cobarde. Tú siempre has sido mi prioridad. Creí que algo malo te había pasado. ¡Jamás me lo perdonaría!

Me puse de cuclillas para alcanzar su rostro. Era la primera vez que lo veía llorar.

—Mario... —susurré muy cerca, y justo antes de que empezara a hablar, él acercó sus labios a los míos y me besó. Me besó tierna y lentamente, como si tuviera miedo de hacer un movimiento fuera de lugar. Al principio me encontré confusa, sin saber si apartarlo o corresponderle. Poco a poco me fui perdiendo entre sus labios. Sentí un hormigueo en mi estómago y mi nuca, y una corriente eléctrica encendiendo un fuego en mi pecho. Todo mi ser vibró.

Nos separamos por unos momentos. Él se puso de pie y me ayudó a levantarme. No dijimos nada, porque creo que ambos sentíamos que estábamos soñando, y de alguna manera no queríamos despertar.

Limpié sus lágrimas; él me sonrió. Con la sonrisa más dulce que jamás le había visto. Me atrajo hacia él una vez más y me envolvió en sus cálidos brazos.

—Creo que estoy soñando —susurró—. Mi corazón no puede con tanta felicidad. Creo que va a explotar.

Yo miré sus ojos, aquellos que siempre me habían confortado, aquellos que me amaban desde que yo era una niña. En ellos podía perderme y encontrarme. En ellos podía reflejarme y ver mi futuro, a su lado. Entonces tuve una revelación: amaba a Mario desde hacía mucho tiempo, pero no lo sabía.

Me sumí en su abrazo nuevamente, el lugar perfecto donde mi corazón podía descansar, como siempre. Cerré los ojos mientras escuchaba su respiración.

—Te amo tanto, mi Annia... tanto... —susurró en mi oído—... No sé cómo vivir si tú no estás conmigo.

Apreté mi abrazo y derramé un par de lágrimas. Me pregunté si podría amar una vez más, como lo había amado a él.

El viento movió las copas de los árboles y pareció entonar una melodía, trayendo a mi memoria los recuerdos de mi pasado amor. De pronto me sumí en una ensoñación. Veía a mi Aarón caminando en un prado reverdecido y lleno de flores de todo tipo. La luz del sol que se colaba por entre las nubes alumbraba sus pasos. Él me daba la espalda. Corrí detrás de él y lo llamé por su nombre:

—Aarón, ¿dónde vas? ¿Es que ahora me abandonas?

Él se detuvo y se giró para mirarme. Su bella sonrisa, tal como la recordaba, se ensanchó en su rostro.

—Ya es hora de que me marche.

—Annia... sé muy feliz.

Dejando la impronta de su sonrisa en mi mente, se evaporó con el viento.

El suave tacto de Mario me hizo volver a la realidad. Limpiaba mis lágrimas, me besaba la frente. Nuestros corazones latían al mismo tiempo, en una sincronía perfecta, como si hubiéramos sido predestinados a estar juntos. Su pecho era mi hogar, donde yo quería vivir siempre.

—Creo que... —Me aparté unos centímetros de él—... Creo que también te amo...

En seguida calló mis palabras con otro de sus suaves besos.

—No necesitas decirlo.

—¿Qué va a pasar ahora, Mario?

—Pues... que creo que tú serás mi primera novia. Si es que así lo quieres.

Le sonreí, llena de felicidad.

—Pero... ¿y qué hay de Lucía?

Él rio quedamente.

—Solo somos amigos. Ya me encargaré de lo demás.

—Pero, ¿y Clara?... ¿y mi mamá?... ¿Qué pensarán?

Se encogió de hombros.

—Pensarán que estamos locos.

—¿Y tu trabajo en Nueva York?

—Te llevaré conmigo, Annia, si tú quieres. O me quedaré aquí para siempre, a tu lado.

Me levantó y giró sobre sí mismo un par de veces. Reía como una loca, pidiéndole que parara. De pronto ya no me importaban mis tristezas del pasado, ni lo que viniera. Mario estaba a mi lado, pero esta vez era diferente. Nos amábamos. Lo que el destino nos tenía preparado lo afrontaríamos juntos, como siempre. Podía sentirlo: mi corazón le pertenecía, y él me había entregado el suyo mucho tiempo atrás.

LA PROMESA

Paradójicamente, a partir de mi falsa y amarga fiesta de cumpleaños volví a ser feliz. Sentía que todo el mundo se había convertido en un paraíso. El cielo era más azul y las estrellas brillaban más que nunca.

La noticia de nuestro noviazgo tomó por sorpresa a todo el mundo: a los colegas de la universidad de Mario, a aquellos que nunca le habían conocido siquiera una novia, y a mi madre, que no daba crédito, pero tampoco se mostraba muy sorprendida. En el fondo, ella ya lo sabía. Sabía que el destino de Mario terminaría entrelazándose con el mío.

Por supuesto, había personas a las que no les agradó nuestra relación. Clara era la primera de todas ellas. Entre sus más horrendas pesadillas, creo que fue la peor: su hermano amándome, y yo a él. Aunque quisiera deshacerse de mí, apartarme de su vida, de alguna manera siempre seguiríamos atadas.

No obstante, otro muro se había alzado entre ella y yo. Yo no la odiaba. En verdad la habría perdonado de nuevo si ella me lo hubiera pedido. Me habría gustado que aprobara mi relación con su hermano y que fuéramos todos felices, como en los cuentos de hadas. Sin embargo, ahora me odiaba aún más. Creía que mi único propósito en la vida era robarle lo que ella más amaba.

La segunda persona a la que nuestra relación hacía infeliz era Lucía. Sentía pena por ella. Sabía que en realidad amaba a Mario y que, de cierta manera, él la había utilizado cuando yo lo eché de mi vida. Mas sé que nunca quiso lastimarla. No obstante, me invadió la tristeza en una ocasión en que ella nos vio juntos y sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego echó a correr. Creo que Mario sintió lo mismo.

La tercera persona era Anton, quien en realidad tenía sentimientos encontrados. Por una parte se sentía aliviado, pues era ya bien sabido que no quería que su hermana se liara con Mario. Pero, por otra parte, le sacaba de quicio que ahora él fuera mi novio y tuviera todo el derecho de sugerirme a quién podía ver y a quién no. Y aunque Mario no me prohibía conservar mi amistad con Anton, estaba pendiente de mí, de lo que aquel extraño chico pudiera decir o hacer. No le tenía ni una pizca de confianza.

Yo continuaba con mis clases de pintura, haciendo cuadros cada vez más interesantes, con Clay apoyándome en cada instante, alentándome a seguir pintando para convertirme en una profesional.

Me sentía llena de vida, con ganas de estudiar, de pintar. Mario me colmaba de motivos para vivir.

Cuando pasaba a buscarme por la universidad, descendía de su automóvil y me alcanzaba no importando dónde me encontrara. En ocasiones me tomaba por sorpresa.

Y resultaba que ahora todos querían ser mis amigos. Las chicas que se habían burlado de mí y me consideraban peor que una paria querían saber acerca del joven alto y guapo que iba a recogerme. Aquel con quien me fundía en un abrazo y un suave y largo beso que dejaba a todos perplejos.

Fue un bello tiempo, con la primavera en todo su esplendor. Tal como lo habían predicho mi padre y mi madre: los retoños de las flores se abrirían de nuevo en mi corazón, y cada día, la esperanza de una vida nueva, una vida mejor.

Después de la partida de Aarón creí que no podría amar a nadie más así, porque el amor que él y yo habíamos compartido era diferente, imborrable. Mario entendía eso, y sabía que de alguna manera Aarón siempre estaría viviendo en mí y en mis recuerdos. Lo entendía porque me conocía, porque me amaba, porque podía leer mis pensamientos y comprender mis sentimientos más hondos. Lo respetó.

En cambio, mi amor por Mario era tan calmo como el cauce de un riachuelo, como una dulce y entonada melodía, como la tranquilidad que otorga ver las hojas de los árboles al mecerse en una apacible tarde. El fuego interminable de su corazón me abrasaba, calmando todos mis pesares, ofreciéndome siempre una esperanza, mostrándome el camino.

A medida que se acercaba el final de mi último semestre y la papelería de Mario para su nuevo trabajo fue enviada, empecé a preocuparme. Esta vez él no podía decir que no. Era una oportunidad incluso superior a la de Berkeley, y yo estaba ahí para apoyarlo. Pero no podía evitar sentirme triste. Mario se marcharía, y aunque prometía visitarme cada fin de semana, tan solo la idea de separarme de él me dolía en lo más profundo. Sabía que él sentía lo mismo, y que estaba buscando la mejor manera de que pudiéramos sobrellevar nuestra separación.

Una tarde, mientras trabajaba en casa en lo que sería la última de mis pinturas para la exhibición en la galería, Mario entró sin que me diera cuenta. Si antes lo hacía sin ninguna pena, ahora que era mi novio se paseaba en casa como si fuera la suya. Eso no parecía molestarle a mi madre, pues ella más que nadie sabía todo lo que él había hecho por mí y cuánto me quería.

Al lado del cuarto de música de mi madre, yo había montado un pequeño estudio donde pintaba los fines de semana. Mario me sorprendió pasando las manos alrededor de mi cintura mientras yo daba un brochazo en el lienzo. Emití un chillido tan sonoro y agudo que hasta a mí me lastimó.

—¡Soy yo, Annia! ¡Soy yo! —exclamó para calmar mis gritos.

Él me llenó la cara ruborizada de besos para disculparse.

—¡Eres malo, Mario! ¡Sabes que no me gusta que me asusten! —Lloré en su hombro.

—Perdóname —me suplicaba como si en verdad me hubiera causado un gran dolor—, es que no pude resistirlo: te veías tan bonita, con el

rostro bien fijo en tu lienzo. No pude contener las ganas de abrazarte.

Correspondí a sus besos y luego le sonreí. Entonces volteé de nuevo al lienzo.

—Este será el último de mis cuadros, solo que aún no decido muy bien qué plasmar —exclamé emocionada.

—Lo que sea que pintes será excepcional. —Me animó.

—Estaba pensando en pintarte a ti. —Le sonreí con picardía.

—¿A mí? ¿Estás loca? ¿Quieres arruinar tu lienzo y espantar a los visitantes?

—Tú eres bello; te pareces a uno de esos dioses griegos. Podría dibujar tu fino perfil...

—Y tú estás muy, pero muy loca. —Despeinó mis cabellos.

Reímos por unos momentos, pero de inmediato su voz adquirió un tono serio.

—Tengo ya la fecha en la que debo presentarme.

Bajé la vista. Lo que había oído significaba que pronto tendríamos que separarnos.

—¿Cuándo es?

—El 30 de junio.

—¿El 30? ¡Pero la exposición será el 15 de julio! —repuse con pena.

—Lo sé, y claro que estaré ahí, Annia. Te lo prometí. Moveré cielo y tierra, pero te aseguro que iré.

—Más te vale, sabihondo. Si no, no sabes la que te espera —dije, dándole un brochazo azul turquesa en la nariz.

Se limpió la mancha con uno de sus finos pañuelos.

—Hay otra cosa que quiero decirte, Annia, pero no lo quiero hacer aquí. Vamos a un lugar especial. —Sus ojos brillaron con alegría juvenil y su sonrisa se ensanchó.

—¿Y adónde quieres ir? —fruncí el ceño.

—Vayamos al Ensueño. Mañana por la mañana. Entonces entenderás todo.

—¿Y piensas tenerme con esta angustia hasta mañana? ¡Sabes que odio los secretos! ¡La curiosidad me mata! ¿No puedes decírmelo ahora?

Negó con la cabeza y sonrió de nuevo.

—Será mañana, linda. Mañana.

—¿Es algo bueno o malo? —inquirí extrañada.

Él calló por unos instantes.

—Será bueno, pero antes... tengo que confesarte algo que debí haberte dicho hace mucho tiempo.

De pronto todo se volvió turbio. Yo no quería que nada empañara mi felicidad, nuestra felicidad. Nada. Me embargó un miedo arrollador de perderlo todo en un instante.

—Necesito saberlo, Mario. ¿De qué se trata?

—Mañana lo sabrás.

—Mario. —Me anticipé—, sea lo que sea que tengas que decirme, si eso puede enturbiar nuestra felicidad, no me lo digas —supliqué y alcancé sus manos—. Si se trata del pasado de nuestros padres, por favor no me digas nada. Ya no me interesa saberlo. Solo quiero que continuemos con nuestras vidas, así como están. Quiero mirar hacia el presente, solamente.

Él caviló por unos instantes; sus ojos se ensombrecieron.

—No me digas nada —supliqué de nuevo—, nada del pasado.

Él me miró fijamente:

—¿Es lo que quieres?

Asentí. Mi curiosidad había ido muy lejos en el pasado y solo me había traído melancolía. No quería hurgar nunca más en él. Nada de lo que hubiera pasado antes me debía importar. No quería saber nada. No quería recordar la traición de mi padre con Irenne.

—Está bien. —Suspiró, agachando la cabeza—. Entonces solo queda una cosa por decirte.

La alegría volvió a inundar mi rostro.

—¿Y tengo que esperar hasta mañana?

—Así es. Mañana lo sabrás.

Y me dio otro beso largo y suave que aceleró mi corazón.

Apenas pude dormir esa noche. Al día siguiente me arreglé lo mejor que pude. La mañana estaba muy agradable, así que me vestí con un conjunto de falda y blusa color azul cielo.

Cada vez que veía a Mario, sentía que lo quería un poco más. Nunca había notado las bellas facciones de su rostro, su porte y sus deslumbrantes cabellos negros. Supongo que antes me fijaba solamente en su interior, en la belleza de su corazón, pero ahora que él estaba siempre a mi lado, no podía dejar de admirar que no solo era hermoso por dentro, sino también por fuera.

Recorrimos los interminables senderos antes de llegar a nuestro claro favorito. Jugueteamos y dijimos esas cosas tontas que nos hacían botar de la risa. Cuando ambos nos echamos en el césped, tenía un gran temor de que toda mi felicidad se esfumara de un momento a otro. Pero Mario calmaba todas mis inquietudes con sus suaves caricias y sus besos cálidos. Estábamos en el césped, yo recostada sobre su pecho, escuchando el armónico latir de su corazón.

Cuando ya no pude soportar más la tensión, estallé:

—Y bien, Mario, ¿qué tienes que decirme?

De pronto su corazón palpitó a tambor batiente, y sus manos comenzaron a temblar. Nos incorporamos en un solo movimiento.

—Te amo mucho, Annia, mucho. No concibo mi vida alejado de ti.

Me enternecieron sus palabras. Yo también lo amaba, y así se lo hice ver.

—La cuestión de mudarme a Nueva York me enloquece. No puedo pensar siquiera en estar cinco días a la semana lejos de ti. Sé que existirán ocasiones en las que tendré que quedarme en la Academia los fines de semana y no podré venir a verte.

El corazón se me hizo pequeño.

—No quiero sufrir ese pesar, Annia. No podría.

—¿Quieres terminar conmigo? ¿Es eso? —pregunté aterrada, preparándome para lo que venía.

Él me miró con ojos atónitos.

—¿Qué cosa?

—¿Para eso me has traído aquí? ¿Para terminar conmigo porque piensas que no podrás mantener una relación a distancia?

—¿Quién ha dicho tal cosa?

—Entonces, ¿a qué te refieres con que no quieres sufrir ese pesar? ¿De qué otra manera lo puedes evitar si no es terminando?

Me miró todavía con más asombro, y después se echó a reír. Yo sentí crecer mi enojo e indignación.

—i¿De qué te ríes, Mario Sanford?! i¿De qué?!

En sus ojos brillaba un destello de picardía.

—¡Vaya imaginación! —exclamó.

Bajé la vista.

—Entonces... ¿de qué se trata?

—Annia... —Me dio un beso tan intenso que fue como si en ese momento el universo entero dejara de moverse; incluso el murmullo del viento y del río calló, y el Ensueño mismo se perdió de mi vista.

Acarició mi rostro y me miró como nunca antes lo había hecho. Pude distinguir mis ojos en los suyos.

—Quiero que vengas conmigo.

Mi corazón se paralizó.

—¿Te casarías conmigo?

Y el tiempo se detuvo, con esas sencillas palabras...

Pero antes de que formulara esa pregunta, yo ya tenía la respuesta.

No existía otra cosa en el mundo que yo quisiera hacer más que estar con Mario. Si él se marchaba, yo iría con él. Él siempre había seguido mis pasos. Ahora yo seguiría los suyos.

Demostré mi aceptación con un beso dulce y largo, en medio de aquel claro donde muchos años atrás él se había enamorado de mí. No pensé en mi carrera ni en mi madre, sino en dejar todo atrás y empezar una vida nueva. No sentía miedo, porque mientras estuviera con él, mis peores miedos jamás podrían alcanzarme.

—Haremos todo con calma, como debe hacerse —me dijo mientras apretaba mis manos contra su boca y las cubría de besos—. Hablaré con tu madre, le pediré tu mano y planearemos la boda juntos.

—No quisiera hacer una celebración en grande, Mario. Solo quiero estar contigo. Quizás algo sencillo, algo familiar.

—Será como tú digas...

Y ese día, con los árboles en flor y la luz del día bañando nuestros jóvenes rostros, hicimos la promesa de estar juntos para siempre.

INJUSTO DESTINO

La noche en que Mario pidió mi mano, una sombra de melancolía surcó los ojos de mi madre. Dejarla no sería fácil, pero ella era una mujer fuerte, a pesar de su enfermedad. Ante todo, quería mi felicidad, aunque estando al lado de Mario, parecía que yo ya la había encontrado.

Cuando me levanté del sillón para ir a la cocina por más aperitivos, alcancé a divisar una mirada de escrutinio, severa y rígida, que solo los ojos de mi madre podían revelar. Mario pareció acobardarse.

Me quedé en la cocina, al pie de la puerta, escuchando a mi madre amonestando a Mario.

—Sé que quieres a mi hija. No la hagas infeliz, no le digas nada que pueda hacerle daño.

Recogí el resto de emparedados fríos en una charola y regresé a la sala, con el corazón estrujado.

La expresión de mi madre había cambiado. Ahora su rostro denotaba tranquilidad y, hasta cierto punto, felicidad.

—¿Para cuándo quieren fijar la fecha? —preguntó con amabilidad.

Mario quiso responder, pero yo me adelanté.

—En octubre, mamá.

Ella asintió. Faltaban todavía cinco meses para eso.

—Isabel —intervino Mario—, Annia está en buenas manos. Yo siempre cuidaré de ella.

—Eso no lo dudo, Mario. —Sonrió—. Sé que lo harás.

Pero todavía faltaba la parte difícil: comunicárselo al padre de Mario y a Clara. Tan solo de pensarlo me estremecía.

Decidimos esperar un poco más para hacerlo público. De todos modos, la ceremonia sería sencilla y nuestra lista de invitados se limitaría a unos cuantos: apenas algunos colegas de Mario y los pocos amigos que aún me quedaban.

Además, mi graduación estaba a la vuelta de la esquina. Y cuando menos me lo esperaba, me encontré frente al espejo de mi dormitorio, mirando mi atuendo para tal celebración.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Mi traje de graduación era azul oscuro, tanto que tenía que mirarse muy de cerca para percatarse de que no era negro. Peiné mis cabellos y coloqué el birrete que dentro de muy pocas horas estaría lanzando por los aires, celebrando por fin el término de aquellos interminables cinco años de estudio.

El evento tuvo lugar en la sala de conferencias de la universidad. Mi madre asistió acompañada de una de sus amigas, la señora Miller, madre de Sonia, la chiquilla prodigio a la que mi madre aleccionaba cada tarde. Mario llegó con su padre, al cual hacía mucho tiempo que yo no veía, y con Clara, quien no podía faltar, pues muy a su pesar nos graduábamos juntas y teníamos que sentarnos en la misma fila: nuestros apellidos comenzaban con la misma letra.

Antes de que diera inicio la ceremonia, mi madre y yo nos dirigimos hacia la entrada del salón para saludar a Carlo, Clara y Mario.

Mario cargaba un inmenso ramo de rosas para mí. Carlo asintió con la mirada y una leve sonrisa cuando mi madre y yo lo saludamos. En su semblante se percibía la honda tristeza y las heridas que el tiempo recrudece en vez de sanar: la ausencia y, tal vez, la traición de su esposa. Su tupido bigote no permitió adivinar algo que le preguntaba a Mario, quien en seguida afirmó con la cabeza y de improviso me llevó a su lado y sujetó mi mano.

—Sí, Annia es mi novia, papá —exclamó con la alegría rebosando en su rostro.

«Y es mi prometida», pensé, pero noté que Clara arrugaba la nariz y sus ojos se llenaban de cólera.

Carlo nos miró tranquilamente.

—Bien —expresó después de una pausa—. Siempre supe que esto sucedería. De alguna extraña manera, parece que nuestras vidas seguirán entrelazadas.

—Así parece, Carlo —respondió mi madre lacónicamente.

Carlo Sanford suspiró.

—Me alegro —dijo forzando una sonrisa, después de lo cual miró a Mario y luego a mí.

Supuse que Clara no armaría ninguna escena y se limitaría a quedarse en silencio. Después de todo, no nos habíamos dirigido la palabra desde la trampa que me había tendido unos meses atrás.

—¿De qué te alegras, papá? —interrumpió ella—. Veamos si te alegras cuando Annia termine destruyendo a Mario.

Todos nos quedamos de una pieza, sin proferir palabra. Clara continuó con su acusación.

—Así es, papá. Todo lo que toca Annia lo destruye —sentenció.

—Clara, por favor, compórtate —ordenó Carlo.

Pero no se calló. En su lugar, giró la cabeza en mi dirección y me miró con los ojos cargados de odio.

—¡Tú arrastraste a Aarón al suicidio! —exclamó enfurecida—. ¡De no ser por ti, él estaría vivo hoy, el día de su graduación! Y sin embargo tú sigues aquí, y te lías con mi hermano. ¿Cuánto tiempo necesitarás para destruirlo a él también? ¿Días? ¡Con Aarón tan solo te bastaron un par de meses!

Mi madre miró con desconcierto a Carlo y a Mario. Supuse que iba a decir algo, pero Mario se le adelantó, asiendo por los hombros a su hermana con la intención de hacerla retroceder.

—¡Ya basta, Clara! ¡Cállate de una buena vez! ¡Nada de lo que dices es cierto!

Ella se zafó en un movimiento rápido.

—¡Lo es! —escupió, señalándome y gritando con toda la potencia de sus pulmones—. ¡Por su culpa Aarón está muerto! ¡Y escúchenme ustedes dos! —Pasó su mirada encolerizada sobre Carlo y luego sobre mi madre—. ¡Ustedes que aprueban su relación se arrepentirán, ya lo verán! —Parecía una bruja echándonos una maldición—. Ella lo destruirá, porque es lo único que sabe hacer. Destruyó a su padre y a Aarón. ¡Ahora también hará lo mismo con Mario!

Mi madre dio un paso al frente. La rabia era un fuego descontrolado en sus ojos castaños. Para sorpresa de todos, alargó el brazo y la abofeteó.

—No me importa que seas la hija de Irenne —expresó mi madre ante el pasmo de Clara, que la miraba con los ojos vidriados por el llanto—, ni que yo misma te haya visto como mi hija cuando eras pequeña. No te asiste el derecho de hablarle así a Annia, ni de culparla por los errores de los demás. Eres tan hermosa como tu madre, pero, por desgracia, fue solo su belleza lo que heredaste...

Mi madre recuperó su compostura y retrocedió.

Y desde ese día, algo se rompió para siempre en el corazón de Clara.

—¿Papá? —musitó buscando el apoyo de Carlo, con la mano en su mejilla enrojecida.

Carlo no dijo nada. Clara le lanzó una mirada de odio a mi madre y se alejó de nosotros, no sin antes vociferar agriamente:

—¡No necesito a nadie! ¡A nadie de ustedes! ¡Pueden irse todos al infierno!

Mario sujetaba mi mano fuertemente.

—Lo siento, Carlo —se disculpó mi madre.

—No sé qué decir, Isabel —confesó él—. Discúlpame tú a mí. Si Clara se comporta de esa manera, es culpa mía. No he sabido ser un buen padre. —A continuación, el hombre pareció sumirse en un mar de recuerdos y desolación.

Ni la compañía de Mario ni la algarabía que estallaba en el lugar, lo mismo que mi título profesional, lograron que olvidara el sinsabor que las acusaciones de Clara me dejaron. La mención de mi padre me había desconcertado, como si ella supiera algo que yo ignoraba. No sabía si sentir pena por ella o una rabia infinita. Clara creía que odiarme era la solución, y eso mismo me impedía ayudarla, porque yo sabía que sufría mucho.

❀❁ꕥ✿ꕥ❁❀

Momentos después de la ceremonia, Mario y yo comíamos solos en un restaurante. Nuestro plan inicial era que Isabel, Carlo y acaso Clara nos acompañaran. Como en los viejos tiempos. Pero todo se había ido al traste.

—¿Sigues triste, Annia? —susurró Mario en mis oídos.

—No. Ya nada de lo que me diga o haga Clara puede dolerme.

—Lo lamento mucho. También siento pena por ella. Sé que en realidad está pasándola bastante mal.

—Lo sé —repuse parcamente—, pero ella misma busca su sufrimiento. Es egoísta. Podríamos ser todos amigos, o al menos convivir en paz. Pero ella se empeña en apartarnos de su vida y echarme la culpa de todo.

Mario no respondió, tan solo estiró el brazo para atraerme a su pecho.

—Lo que no sé —continué— es por qué se empeñó en buscar mi amistad de nuevo. ¿Por qué organizó esa fiesta dizque para mí? Yo le creí, Mario. Ella se mostraba sincera, como antes.

—Quizás es porque pensó que por fin me habías cortado de tu vida.

—¿Cómo?

—Cuando me pediste que me alejara de ti, Clara se dio cuenta.

—¿Y cómo es que se dio cuenta? —fruncí el ceño.

—Me sentía muy derrotado, Annia. Aunque no lo creas, Clara es muy perceptiva. Parece que viviera en su propio mundo, pero en realidad presta atención a todos los detalles. Nada puede escapar a sus oídos o a sus ojos. Al final... —Suspiró—. termina sabiéndolo todo. Supongo que se dio cuenta de que tú y yo nos alejamos. Yo pasaba más tiempo en la casa, y las visitas de Lucía eran frecuentes. Si prestó atención a tu comportamiento también, no le costó trabajo hilar las ideas.

—Entiendo. Entonces, ella de alguna manera creyó que podíamos ser amigas si yo renunciaba a ti. Clara no quiere que toque nada de lo que ella piensa que le pertenece.

—Eso creo.

—¿Pero por qué organizar esa fiesta para después dejarme en ridículo? Me parece increíble.

—Honestamente, Annia, no sé qué pretendía. A medida que pasa el tiempo, me cuesta más trabajo comprenderla. Y me siento muy preocupado por ella. Siento que se encuentra a la deriva, y me horroriza la idea de que pueda hacer algo para dañarse a sí misma.

Me estremecí al escucharlo.

—Nuestro compromiso terminará volviéndola loca —musité—. Nunca lo aceptará.

—Ya veremos cómo lo resolvemos. Deja de preocuparte. —Me sonrió, y acercó sus labios a los míos—. Felicidades, arquitecta Sullivan —murmuró y luego me besó.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Faltaba tan solo una semana para que Mario se mudara a Nueva York. Sentía mi corazón estrujarse cada vez que pensaba que por un tiempo dejaría de verlo. Una vez que él se estableciera en la gran ciudad, trabajaría como un loco para encontrar el lugar apropiado donde vivir y trataría de economizar al máximo todos sus gastos.

Esto incluía, por supuesto, el no viajar cada fin de semana a Lynn tan solo para verme.

Habíamos acordado ahorrar hasta el último centavo. La idea me deprimía. Pero la certeza de saber que unos cuantos meses de separación serían compensados con toda una vida a su lado, me alegraba y me daba los suficientes motivos para despertar cada mañana sintiéndome plenamente feliz.

Carlo y mi madre nos apoyarían con los gastos de la boda. Nos casaríamos en Lynn a mediados de octubre.

Cada día enviaba un sinfín de solicitudes a las distintas constructoras en Nueva York. Me excitaba la idea de iniciar una vida nueva, alejada de Lynn, al lado de Mario.

Cuando pensaba en nuestro futuro hogar me embargaba una tremenda alegría. También me imaginaba al pie del altar, intercambiando miradas y promesas de amor con Mario.

A pesar de todas las desventuras, seguía siendo una soñadora. El grandioso día en que nuestro matrimonio fuera bendecido sería, sin duda, el más feliz, el que recordaría una y otra vez acompañada de mis hijos y mis nietos.

El último sábado que Mario estuvo conmigo lo pasamos en la casita de campo del Ensueño. En el día habíamos tenido tanto quehacer que finalmente, cuando nuestros cuerpos tocaron el cómodo sofá de la pequeña sala, nos quedamos dormidos abrazados, con la respiración murmurando en nuestros oídos.

Cuando desperté ya era de noche. Me incorporé somnolienta, tratando de palpar a Mario. Luego de frotarme los ojos varias veces, me di cuenta de que no estaba ahí. Lo busqué por toda la habitación, y al fin distinguí su sombra en uno de los grandes ventanales. Afuera, una fina lluvia comenzaba a caer.

—Mario —murmuré—. ¿Qué hora es?

Él no me contestó. Ante su mutismo pegué un brinco y fui a reunirme con él.

—¿Qué sucede? —pregunté temiendo lo peor, como siempre.

—Nada, Annia. —Me sonrió—. Ya es tarde. Debemos irnos.

—¿Pero tú estás bien?

Sus ojos parecieron llenarse de melancolía y miedo, como si los espectros de sus más horribles pesadillas se hicieran presentes al mismo tiempo.

—Siempre estaré bien si tú estás conmigo.

—Mario. —Sujeté sus manos—, siempre estaremos juntos.

—Nunca creí que podría ser tan feliz. Tengo miedo de que todo esto no sea más que un sueño.

—No lo es —afirmé—. Es la realidad, y nunca terminará.

—Annia —arrastró las palabras—. Tengo miedo de que algún día dejes de amarme. Que me arranques de tu vida.

Leí en su mirada el terror que eso le causaba.

—Sé que no merezco ser feliz. Sé muy bien que no te merezco —prosiguió.

Sus palabras me recordaron tristemente las de Aarón. Una punzada de pánico me atravesó el pecho.

—No digas tonterías. —Me aferré a él en un abrazo desesperado—. Ambos nos merecemos; ambos merecemos ser felices. Y lo seremos, Mario. ¡Nada lo impedirá!

Él no dijo nada, me sujetó más fuerte, como si sintiera que yo era tan solo un fantasma que de un momento a otro desaparecería.

Pero yo ya no cometería los mismos errores. Yo estaría ahí, para él. Siempre.

Al día siguiente Mario se marchó. Lo vi partir en su automóvil afuera de mi casa. Con sus ojos brillantes y alegres, llenos de esperanza, y con una sonrisa que me prometía el mundo entero.

«Al fin soy feliz, papá… ¿Vendrás a visitarme, como lo prometiste?»

Agité la mano para despedirme de Mario. En cuanto lo perdí de vista, me asaltó el recuerdo del accidente de mi padre. Me sentí morir. Me dirigí presurosa a mi jardín, que ya comenzaba a florecer, con el pecho rebosante de desazón y malos sentimientos.

Al mirar los tímidos botones, me pregunté si algún día ese jardín sería tan bello como aquel que mi padre cultivó. Escarbando en el fondo de mi corazón, me di cuenta de que aún lo extrañaba muchísimo, de que aún lo necesitaba y habría dado cualquier cosa por tenerlo a mi lado el día de mi boda. Porque yo era su joya más preciada...

Luego me recompuse. Recordé que me había traicionado a mí también. Juré no hurgar más en los tristes descubrimientos que había hecho tiempo atrás; en el dolor de mi madre y el enigma que encerraba la huida de Irenne. Aún no sabía toda la verdad, pero lo que sabía me indicaba que mi padre antepuso su amor por Irenne. Y eso llenaba mi corazón de bajos sentimientos hacia él, a pesar de que ya estaba muerto. Tal vez por eso aún no lo veía cuando dormía: porque ahora era yo quien no quería verlo, o porque él sabía que me había defraudado, que me había abandonado mucho antes de su partida.

El aleteo de unas cuantas mariposas me hizo despertar de mi letargo. Miré hacia el sol incandescente y me prometí que todo estaría bien. No obstante, el miedo de perderlo todo, ahora que finalmente era feliz, comenzaba a anidarse, sembrando su semilla venenosa en mis planes y mis sueños.

❀✿꧁✿꧂✿❀

Dos días después de que Mario se marchó decidí hacer un último intento y fui a buscar a Clara. Ella ya sabía que su hermano y yo nos casaríamos, pero aún no la invitaba formalmente. Aunque supuse que tal vez no iría, guardaba la esperanza de ablandar su corazón y recuperar aunque fuera un poco de su amor, si es que alguna vez lo tuve.

Era un fin de semana, así que supuse que la encontraría. Ahora puedo decir que, para mi mala suerte, así fue. Carlo estaba ahí también. Por su semblante, supe que sabía de antemano que mis esperanzas para acercarme a su hija serían nada más que nuevos intentos fallidos. Sin embargo, asintió con la mirada y subió por la escalinata de mármol para llamarla.

—Les deseo a ti y a Mario una vida llena de felicidad. —Se detuvo en el último peldaño, antes de doblar a la derecha, hacia la habitación de Clara—. La merecen —concluyó con el rostro ensombrecido y avejentado.

No pude más que asentir. A veces pensaba que Clara tenía razón. Mi padre había muerto en aquel accidente, y el suyo también lo había hecho el día en que su madre se marchó. Carlo no era más que una figura fantasmagórica, deslizándose por su mundo pero sin formar parte de él.

Malhumorada, Clara gritó desde su habitación:

—¡Que se largue! ¿Cómo se atreve a venir a mi casa?

Desde lo alto, Carlo me miró con ojos desconcertados. Yo debí marcharme en ese momento, pero mi esperanza de resolver las cosas me obligó a dar un paso al frente.

Al pie de la escalera, miré hacia arriba y grité:

—Solo quiero hablar contigo. No te quitaré mucho tiempo.

—¡Lárgate, Annia! —vociferó luego de salir como bólido de su cuarto y apoyarse en el barandal de la escalinata—. Si vienes a decirme acerca de tu compromiso con mi hermano, ya puedes encaminar tus pasos a la puerta. ¡Ya lo sé todo!

Carlo dio unos cuantos pasos atrás, claramente intimidado o avergonzado por el comportamiento de su hija. Yo podía ver su rostro, plagado de impotencia y subordinación.

—Clara… —Subí la escalinata hasta que la tuve casi frente a frente. Sus cabellos desgreñados y sus ojos afiebrados le daban la apariencia de que no tenía control sobre sus actos—. Por favor, sé

que sabes de nuestro compromiso, pero he venido a invitarte personalmente. Quiero que estés ahí ese día. Lo prometimos cuando éramos niñas. ¿Recuerdas, Clara?

Ella soltó una risotada.

—De nada valen ahora las promesas, Annia. —Sus ojos destilaban rabia—. Me vas a quitar a mi hermano, el único ser que se preocupa por mí. —Paseó la mirada dolida por el rostro de su padre, quien parecía que todo lo que deseaba era desaparecer.

—Yo me preocupo por ti, aún te quiero. —Quise alcanzar su mano, pero ella la retiró en cuanto adivinó mis intenciones.

Me erguí y recuperé mi compostura.

—Al menos deberías alegrarte por tu hermano. Él es feliz a mi lado. Tú también podrías ser feliz si quisieras —dije con acritud, y me di la vuelta, con la intención de salir de la casa Sanford, prometiéndome a mí misma nunca más volver, pero escuché detrás los pasos enloquecidos de Clara. Me alcanzó justo al pie de la escalera y, tomándome del brazo, me hizo girar en un movimiento brusco. Sus ojos estaban inyectados de sangre y su piel enrojecida.

—Y tú también eres feliz a su lado, ¿no es así?

Asentí apenas. La apariencia de Clara me asustaba.

—Sí, Clara, soy muy feliz —alcancé a decir.

Entonces ella rió histérica, y asió mi brazo con más fuerza.

—¡Pequeña estúpida! Sigues siendo una soñadora, sigues creyendo en los cuentos de hadas y finales felices. A pesar de todo lo que has vivido, aún tienes esperanza.

—Suéltame —gemí.

—Pues veamos si tienes esperanza y sigues soñando después de lo que te voy a decir.

Abrí los ojos sorprendida y sentí que el corazón se me salía del pecho, pero pude estudiar el rostro de Clara y luego el de su padre, quien se apresuró a bajar la escalinata.

—Clara —intervino Carlo—. ¡Ve ahora mismo a tu habitación! ¡Hoy no estás en tus cinco sentidos!

—Ella tiene que saberlo, papá. —El hombre palideció.

—Annia. —Carlo se giró hacia mí—, vete ahora mismo —rogó—. Clara no se encuentra bien.

—¡Lo estoy, papá! —chilló ella con toda la potencia de su voz—. ¡Anda, Annia, despierta de una buena vez y date cuenta de que en la vida real los sueños no se cumplen!

—No te comprendo —balbuceé; el temblor entorpecía mi voz.

Una sonrisa sórdida se explayó en su rostro.

—¿Sabes cómo murió tu padre? ¿Sabes en realidad qué fue lo que pasó?

Una sensación de electricidad recorrió mi cuerpo.

—¡Ve y averigua las condiciones en las que falleció! —jadeó zarandeándome—. Investiga, y cuando lo encuentres y sepas a lo que me refiero, te darás cuenta de la razón que tengo. ¡Anda, ve! ¡Ve y después regresa! ¡Ya me dirás si entonces aún sigues enamorada de mi hermano! ¡Veremos si aún quieres invitarme a tu boda!

Me quedé de una pieza, sintiendo cómo toda la sangre se escapaba de mi cuerpo. Creí que iba a desmayarme. El rostro horrorizado de Carlo me quitó mis últimas esperanzas: se esfumó la posibilidad de que su hija solo estuviera mintiendo, de que no hubiera nada detrás del accidente de mi padre que yo ya no supiera.

Clara me liberó de sus pequeñas garras al tiempo que la furia desaparecía de su rostro; en su lugar, apareció un torrente de lágrimas y me miró desconsolada, como si quisiera retirar todas sus palabras. Pero ya era muy tarde, y ambas lo sabíamos. Lo corroboré cuando ella se dio media vuelta y, con pasos inseguros, casi tambaleándose, regresó a su habitación.

En el vestíbulo, lo único que se escuchaba era mi respiración agitada y el taconeo errante de las zapatillas de Clara en el fino mármol. Tan

duro como su propio corazón.

—No hagas caso de nada, Annia —dijo Carlo—. Clara no está bien. No sabe lo que dice. Es mejor que te vayas a tu casa a descansar.

Lo miré con desconcierto. No le creí, y pronto averiguaría que Clara tenía razón. Mis sueños jamás se cumplirían.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Me mordía las uñas mientras cruzaba de un extremo a otro mi habitación. ¿Qué había detrás de la muerte de mi padre? ¿Qué tenía que ver Mario?

Mi primer impulso fue telefonearle, pero pensé que él me ocultaría la verdad. Ya lo había hecho con anterioridad. Aunque, para asegurar mi bienestar, lo había hecho. Por otra parte, sabía que mi madre era una tumba.

Yo no recordaba mucho del día del accidente; mejor dicho, no recordaba nada. Nunca me dijeron que mi padre había muerto. Cuando esos tíos lejanos me llevaron a casa, ni siquiera mi propia madre me reveló qué había sucedido. No recuerdo quién me lo dijo finalmente, o cómo mi mente de once años lo pudo discernir. Todo seguía siendo brumas y destellos de recuerdos.

«Abril 18, 1994. Marcos Sullivan. Esposo de Isabel. Padre de Annia», decía la lápida que mi madre hizo grabar.

Era todo lo que sabía. Mi primera opción fue introducir sus datos en algún buscador de Internet. Acerqué la silla a mi escritorio y encendí mi computadora. Escribí su nombre y el día de su muerte, pero nada apareció. Pensé que no sería posible encontrar un accidente tan viejo.

Me devané los sesos tratando de encontrar las palabras y la combinación adecuada para que al fin la información surgiera. Debía haber algo, en algún lugar. Tal vez Clara lo había averiguado en la soledad de su cuarto. Otra posibilidad era correr a la hemeroteca de

la ciudad. De seguro ahí podría encontrar los viejos periódicos que relataron la tragedia.

Pero no tuve que ir tan lejos, pues luego de teclear: «accidente automovilístico abril 18 1994 Lynn», una gran lista se desplegó ante mis ojos. No sabía por cuál comenzar. De pronto me sentí estúpida cada vez que una nueva ventana se abría sin mostrar algo nuevo que tuviera sentido para mí.

Empecé a creer que, una vez más, las palabras de Clara no eran más que viles mentiras, calumnias para hacerme daño. Porque ella me odiaba, y me odiaría hasta el fin de su existencia. Entonces aparté la vista del ordenador, convencida de que únicamente estaba cayendo en su juego.

Cuando lo hice me sentí un poco liberada. Casi reí para mí misma. ¿Cómo podía creerle después de todas sus patrañas? Recordé a mi amiga fiel mientras me preguntaba qué era lo que le había sucedido, adónde había ido a parar aquella chiquilla llena de sueños y esperanzas, qué la había hecho cambiar tanto, hasta el punto de quedar irreconocible, acumulando sentimientos de odio y de rencor hacia su madre, por abandonarla, y a su padre, quien se alejó de ella desde el día en que Irenne se marchó.

«El día que Irenne se marchó...»

De pronto, un presentimiento atravesó mi pecho con una velocidad tan sorprendente que me hizo girar nuevamente hacia el ordenador y hacer un último intento. En el momento en el que tecleaba las palabras, la verdad, aún antes de conocerla, me fulminó como un rayo.

Clara no mentía.

«Irenne San Luis accidente automovilístico abril 1994», tecleé de nueva cuenta. En unos cuantos segundos, la horrible realidad se reveló ante mis ojos.

Abril 18, 1994.- Una persona falleció y otras dos resultaron lesionadas, después de registrarse un accidente automovilístico en la autopista libre 24.

A la altura del kilómetro 28 se registró el choque entre dos vehículos. La colisión se produjo cuando el vehículo Mercedes Benz, modelo 90, con placas 423, fue a impactarse con una camioneta Pick Up modelo 85, con placas 743, conducida por Micah Renaulds, de 23 años, quien resultó gravemente lesionado.

Se desconoce hasta el momento la identidad del conductor del Mercedes, quien falleció al instante, y no portaba identificación alguna. Por su parte, la mujer que lo acompañaba, identificada como Irenne San Luis, de 34 años de edad, se reportó inconsciente, y fue trasladada para recibir atención médica. Su estado de salud aún es grave.

Hasta el momento se presume que el accidente se debió a fallas mecánicas en los frenos del Mercedes, lo que le impidió detener su marcha cuando el vehículo Pick Up se detuvo repentinamente al inicio de una curva. El automóvil Mercedes colisionó con el vehículo sin movimiento, provocando una volcadura, cobrando inmediatamente la vida del conductor y dejando en graves condiciones a los demás involucrados.

Y más abajo apareció la fotografía que despejaría todas mis dudas y me haría conocer la realidad que se me había ocultado durante muchos años: el Mercedes de Mario...

«¿Qué pasó con ese auto, Mario?» «Lo vendí. Me estaba dando problemas.» «¿Qué problemas?» «Los frenos estaban mal.»

Todo mi cuerpo temblaba cuando releía la noticia, tratando de convencerme de que debía haber un error, una mera coincidencia. Me negaba a creer que mi padre se había escapado con Irenne. Cuando ligué lo del automóvil de Mario con los dichos de Clara, una oleada de furia me sacudió. Imprimí la noticia y salí de mi habitación. Furibunda, me dirigí a la habitación de mi madre. Tendría que decirme qué fue lo que sucedió, y yo no estaba dispuesta a dejarla en paz hasta que me lo revelara.

Me importó un bledo su privacidad cuando entré azotando la puerta. La tomé por sorpresa, con un manuscrito en las manos que se

apresuró a guardar en uno de sus cajones.

—¿Qué te sucede, Annia?

Mi apariencia debía ser la de una loca, arrugando el papel que inmediatamente después arrojaría a sus pies.

—¡Ya basta de secretos! ¡Estoy harta! —chillé—. ¡Vas a decirme la verdad, madre! ¡Vas a decírmela ahora mismo!

Ella se agachó para recoger el ovillo. Después de un breve escrutinio, sus manos comenzaron a temblar y ligeras gotas de sudor se resbalaron por su frente.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

Percibí su temor.

—Solo la verdad.

Ella suspiró hondo. Mi resolución la había atrapado en un callejón sin salida.

—Antes de revelártelo todo, tienes que prometerme que harás tu mayor esfuerzo por comprender por qué mantuve en secreto tanto tiempo las circunstancias de la muerte de... de tu padre.

No dije nada. Seguí mirándola con ojos desafiantes, dispuesta a armar un escándalo si ella no hablaba.

—Tu padre amaba a Irenne. Siempre lo supe. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas, como un dique a punto de derrumbarse—, pero nunca creí que pudieran traicionarme. Nunca supe exactamente cuándo comenzó tu padre a engañarme. Lo cierto es que Irenne no sabía guardar secretos; ella siempre fue como un libro abierto. Carlo no tardó en descubrirlo. Él fue quien me lo dijo. Extrañamente, no me sorprendió, tal vez porque sabía que ellos siempre se amaron. Era solo cuestión de tiempo. Pero no es fácil describir el dolor que me causaron. Él era mi todo, el único hombre que amé, en el que confié. Y ella era como mi hermana… ¿cómo pudieron, Annia? ¿Cómo?

Mi madre me miró como si yo tuviera la respuesta. Tomó aliento largamente, mientras desviaba su mirada y la posaba en el espejo.

Viendo su propio reflejo, pareció perderse en un infinito mar de recuerdos.

—Cuando confronté a tu padre, no lo negó. Estaba arrepentido y suplicó mi perdón. Pero yo no se lo di. Le exigí que se marchara, que se fuera y que jamás volviera. Lo amenacé con quitarle todo; tenía la ayuda de Carlo para lograrlo. Le pedí el divorcio y le dije que tú te quedarías conmigo. Jamás lo dejaría volver a verte. Él me suplicó que al menos le permitiera quedarse contigo el día de tu cumpleaños. Me prometió que después se marcharía, y no volvería a nuestras vidas. Yo accedí. Sería lo último que yo haría por él. Pocos días después, decidió marcharse con Irenne. Pero el accidente lo detuvo. Para siempre. Se dirigían a algún lugar, en el sur. Nunca supimos adónde.

La miré largamente, callada.

—Tu padre me mintió, Annia —continuó, volviéndose hacia mí, con el rostro desencajado—. Él me dijo que nos amaba a ti y a mí y que no quería perdernos. Me prometió que nos iríamos lejos. Empezaríamos en otro lugar, lejos de Irenne y Carlo.

»Yo pensé en darle otra oportunidad. Creí que aún podíamos salvar nuestro matrimonio, pero un mensaje en su móvil me reveló sus verdaderas intenciones. Todavía puedo recordarlo; aún está en mi memoria. Cuando llegué a casa ese día, las cosas de Marcos en nuestra habitación estaban desordenadas, como si hubiera salido a toda prisa. Su billetera estaba en el piso, junto con su móvil y un poco de dinero esparcido en el suelo. No me explicaba por qué parecía que un huracán había pasado por nuestra alcoba. A los pocos minutos lo escuché llegar.

»Subió los escalones como un enloquecido y abrió la puerta. Cuando se topó conmigo, pareció desconcertado; supongo que no esperaba encontrarme ahí. Jadeaba y sudaba, como si hubiera corrido un maratón.

»"¿Has visto mi billetera?", me preguntó.

»"No", le mentí.

»Quiso entrar a la habitación, pero se lo impedí.

»"Isabel —me tomó las manos—, el auto no funciona, necesito mi billetera. Necesito tomar un taxi."

»Lo traspasé con mi mirada.

»"¿Adónde vas, Marcos?"

»"Te lo explicaré después, lo prometo, pero ahora necesito que me dejes entrar."

»Yo me erguí aún más, impidiéndole el paso.

»"No lo haré si no me dices antes adónde te diriges."

»Él pareció impacientarse. Lo escuché suspirar largamente, con los ojos llenos de lágrimas y las manos crispadas de impotencia. Y como si alguien le hubiera cortado la lengua, agachó la cabeza y no respondió. Entonces lo supe.

»"¡Vete de aquí, Marcos!", le ordené. "¡Vete ahora mismo y no te atrevas a volver!"

»"No lo entiendes, Isabel —todavía se atrevió a decir—. Pero no te pido que me comprendas en estos momentos. Volveré y te lo explicaré todo."

»"¡Lárgate, Marcos Sullivan!", le grité, y empujé su pecho sacándolo de la habitación.

»Él me miró triste y largo, con aquellos ojos dulces en los que creí verme alguna vez. Se dio la media vuelta y desapareció de mi vista. No sin antes decirme: "Volveré".

»Esa fue la última vez que lo vi con vida…

»Vagué por la casa por mucho tiempo, desconsolada, sintiendo mi vida reducirse a nada. Marcos no volvería, lo presentía. La grabación que escuché en su teléfono me lo confirmó. El mensaje ya había sido escuchado. Era de ella, era su voz: "Marcos. Tuve que cambiarme de hotel. Estoy en El Bellagio, en Weymouth. Pregunta por mí en la recepción. Date prisa".

»Me desplomé y me cubrí el rostro con las manos que apenas podía controlar. Deseaba que la tierra se abriera y me tragara para siempre; que mi corazón dejara de latir, porque dolía tanto que sentía que terminaría por desangrarme ahí mismo.

»Después llamé a Carlo y se lo conté todo. Ambos fuimos absorbidos por el mismo pesar. Nos habían traicionado, nos habían dejado... Carlo trató de alcanzarlos, pero no lo consiguió. Horas después me llamó para darme la terrible noticia. Irenne había sobrevivido al accidente, pero tu padre no…

—¿Qué pasó después, mamá?

—Los hombres de Carlo te trajeron a casa.

—¿Los hombres?

—Ellos te dijeron que eran tus tíos. No querían asustarte.

—¿Pero quiénes eran?

—Eran los guardaespaldas de Carlo. Los mismos que descubrieron la infidelidad de Irenne y tu padre.

Ahora los recordaba. Eran esas dos personas que me llevaron a casa ese día.

—¿Qué pasó con Irenne?

Mi madre frunció el ceño.

—Nunca me interesó saberlo.

Estuve tan a merced del remolino de confesiones de mi madre que olvidé lo que realmente me había llevado a enfrentarla.

—Mamá… ese era el auto de Mario. ¿Qué tiene que ver Mario con todo esto?

Ella lo pensó por unos momentos y luego aclaró:

—Marcos necesitaba un auto, y tomó el de Mario.

Lo que mi madre decía no tenía sentido.

—Pero… si su intención era fugarse con Irenne… ¿por qué tomar un auto ajeno? ¿Por qué irse sin dinero, sin identificación?

—Annia, lo que quería tu padre era marcharse; poco le importaba si el auto era suyo o no, o si tenía dinero o no. Solo quería irse con ella. Supongo que Irenne tendría dinero para los dos.

—Pero, mamá… él te dijo que volvería…

Mi madre me miró con sus ojos cargados de lágrimas.

—Acéptalo, Annia —dijo y luego irguió su cabeza—, acéptalo como yo lo he hecho.

No.

No lo aceptaba; jamás lo aceptaría. Mi padre prometió volver por mí ese preciso día. Él me dijo que lo esperara en la puerta del colegio. Me rogó que no me impacientara. Lo mismo le dijo a mi madre. No. Él no se había marchado. Algo había ocurrido ahí. Algo que el orgullo de mi madre se negaba a creer.

Una pieza clave faltaba. Alguien tenía un trozo de verdad que aún no me revelaba. Y ese alguien debía ser Mario. Él lo sabía todo desde un principio. Y desde siempre me mintió.

Dejé a mi madre hundida con sus recuerdos. Me agobiaba el daño que le había causado al escarbar en viejas heridas que el tiempo no había podido cerrar. La dejé en su habitación, presa de sus recuerdos y su profundo dolor.

Cuando le llamé a Mario para exigirle una explicación, abatido me dijo que regresaría a Lynn al día siguiente.

No tuvo más remedio que contarme la historia que lo había agobiado durante toda su vida, todo sobre el peso de la culpa que se adhería a sus hombros impidiéndole tener esperanza.

Solo hasta que escuché su versión entendí el porqué de su soledad. Comprendí que la culpa de Mario le arrebataría para siempre su felicidad y, sin quererlo, también la mía.

EL SECRETO DE MARIO

Cuando Mario estuvo frente a su primer automóvil, regalo de su padre, la felicidad no le cabía en el pecho. De Carlo había recibido clases de manejo desde los once años, de vehículos con transmisión automática e incluso sincrónica. Desde luego, aún no podía obtener su licencia automovilística, pero se regodeaba cada vez que veía su flamante Mercedes rojo sangre estacionado en el garaje de su casa.

Mientras tanto, se entretenía arreglando motocicletas y, ocasionalmente, alguna bicicleta. Arregló mis bicicletas y las de Clara cada vez que pinchábamos las llantas en las calles vecinas. Siempre que pienso en él recuerdo que él lo resolvía todo...

En dos ocasiones, Carlo permitió que Mario nos llevara a pasear a Clara y a mí. No íbamos muy lejos, tan sólo por los alrededores, pero nos hacía reír enloquecidamente cada vez que pisaba el acelerador e inmediatamente después el freno. Le gustaba mucho hacernos esa travesura.

Cuando cumplió dieciséis años, por fin obtuvo su licencia de conducir, bajo la tutela de su padre, por supuesto. Pero eso significaba que era libre de andar por donde quisiera. Podía salir de la ciudad si así le apetecía. Nada podía ser más perfecto para ese niño que manejaba un automóvil jugando a ser mayor.

En una ocasión, sacó su Mercedes hasta las afueras de la ciudad, siguiendo una ruta en el mapa que apenas podía comprender. Como siempre fue un chico responsable, Carlo ni siquiera se molestó en amonestarlo cuando ese mismo día, más tarde, dos rudos policías lo llevaron de vuelta a casa, argumentando que había sufrido un ligero accidente cuando regresaba de su expedición. Luego de estrellar el automóvil en un vecindario aledaño, había dejado un saldo ni más ni

menos que de tres botes de basura regados por el pavimento y un gato casi al borde del infarto.

Ese día Mario trabajó como nunca, leyendo manuales, aplicando líquido a los frenos que habían fallado y revisando todas y cada una de las partes del motor. Tres días después, sacó el vehículo sólo para darse cuenta de que el problema no había sido resuelto.

Su madre reía ante su persistencia de no llamar a algún mecánico, pues, según Mario, el único mecánico en esa casa era y sería para siempre él.

Al fin abandonó su obsesión cuando uno de sus compañeros de escuela le llevó una genuina motocicleta Harley con un problema generalizado. Eso sería sin duda un gran reto en su vida. Desde el momento en que puso sus manos sobre la máquina, se olvidó por completo de su deslumbrante automóvil y se dedicó única y exclusivamente a encontrar todas las piezas faltantes y a reemplazar las que ya eran inservibles.

Los días transcurrían felices para el adolescente. En la comodidad de su hogar se sentía tan seguro e invencible que una vez creyó que su felicidad sería indestructible.

La felicidad se completaba cuando veía a su hermosa madre preparar la mesa cada vez que él regresaba de la escuela, con sus rubios cabellos recogidos en una redecilla y un delantal ciñéndose a su delgado cuerpo, y a Carlo, sentado en la cabecera de la mesa, con el apetito rebosante que lo distinguía, dispuesto a clavarle los colmillos a lo que fuera que su esposa hubiera cocinado.

Ella besaba la frente de Mario y jugueteaba con sus cabellos.

—¿Cómo está mi principito?

—Ya no soy un niño, mamá. —Mario se ruborizaba ante la risa de su padre.

—Ah, bueno. ¡Entonces ahora eres mi rey! —Y hacía la madre una reverencia, bromeándolo.

—¡El rey es mi papá! —gritoneaba Clara desde su silla favorita.

—¡Ah, claro! —Se giraba a mirarla Carlo—. ¡Y tú eres mi princesa! ¡Toda la familia real reunida!

Pero poco tiempo después la familia se dio cuenta de que también los sueños tienen su final.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Mario estaba un día en su cuarto leyendo, sumergido en el mundo de Scott Fitzgerald y su The Great Gatsby, cuando escuchó los gritos de sus padres en el vestíbulo. La voz de su madre subía dos octavas mientras la de su padre se hacía cada vez más grave. Dejó su libro y descendió a toda prisa la escalera.

Los ojos coléricos de Carlo, que estrujaba a su esposa, se fijaron en Mario:

—¡Ve con tu hermana y no la dejes salir de su cuarto!

Las peleas en la casa Sanford eran tan escasas que aquellos gritos enloquecidos lo aterraron.

—¿Qué pasa, Mario? —preguntó Clara abriendo mucho sus ojos verdes.

—Es solo un juego. ¿Quieres ver televisión? La comida estará lista pronto.

Ella asintió.

—¡Espero que mi mamá haga pastel de fresas! —exclamó la niña, y se sentó en su taburete mientras Mario encendía el televisor, sintonizaba un canal de caricaturas y subía todo el volumen.

Cuando los gritos dejaron de escucharse, Mario creyó que todo había terminado.

—Espera un momento —le dijo a su hermana—, necesito ir al lavabo. No te muevas de aquí.

—No, Mario. Aquí estaré —le aseguró Clara.

El joven cerró la puerta y bajó. A medida que iba descendiendo, los gritos y gemidos comenzaron nuevamente. Ahora más estridentes,

más fuera de control.

—¡Lárgate! ¡Lárgate con tu amante como debiste haberte largado desde hace mucho tiempo! —gritó Carlo mientras estrujaba el cuerpo de Irenne.

—No, no me iré, Carlo. ¡Créeme, fue un error, pero no volverá a suceder!

—No, no fue un error. ¡Fueron muchos errores!

—No sé lo que dices —gimió ella—, no es como tú crees. Marcos y yo no somos amantes. ¡Nunca lo hemos sido!

—¡Que te largues, Irenne! ¡Lárgate ahora mismo antes de que te muela a golpes!

—¡No puedes correrme! ¡Esta también es mi casa! ¡Ellos también son mis hijos!

—¡No lo serán nunca más! —gritó enloquecido, sus ojos desorbitados por el odio—. ¡Te quitaré todo, Irenne! ¡Todo! No te quedará más remedio que volver a tus pobres orígenes. No sabes con quién te has metido. ¡Te lo advertí, Irenne, hace muchos años! Si me traicionabas, acabaría contigo. ¡Y eso es justamente lo que voy a hacer!

Irenne retrocedió y entonces alcanzó a ver a Mario, a mitad de la escalinata.

—Mario... —Sus ojos imploraban ayuda, como si un simple chiquillo de dieciséis años pudiera salvarla de aquella pesadilla.

—¡Lárgate! —repitió Carlo, arrojando sus pocas pertenencias a la calle y sacándola a empellones.

—¡Déjala, papá! —se atrevió a decir Mario al salir de su estupefacción—. ¡La estás lastimando!

—Tu madre no es más que una zorra que nos ha tomado el pelo desde hace muchos años, haciéndose pasar por una esposa fiel y madre abnegada. No es más que una sucia traicionera. Una infiel. ¡Una mujer de la peor calaña!

—No le creas, Mario —suplicó Irenne—. ¡No le creas!

—¡Mario! ¡Vete a tu cuarto! ¡Vete porque si no lo haces tu madre pagará las consecuencias!

Los ojos inyectados en sangre de Carlo, sus gruesas manos tensándose, le hicieron ver que no estaba jugando, que cumpliría su amenaza si él no se iba.

—¡Nunca le creas! —le gritó Irenne antes de que Mario se perdiera de su vista.

Y la mirada desolada de su madre, su rostro bañado en llanto, fue lo último que él vio.

Lo más difícil fue explicarle a Clara adónde había ido su madre. Le dijeron que había ido a pasar una temporada con una de sus amigas, en Minnesota. Lo más extraño de todo fue que ella no preguntó más y se limitó a creer la versión que su padre y Mario le contaron. Y nunca volvió a preguntar por ella.

Mario nunca supo adónde fue su madre. Carlo le contó la verdad: Marcos e Irenne eran amantes y él los había descubierto. Y eso era punto final. No se le permitió hacer más preguntas, y se limitó a dejar pasar el tiempo. Quizás todo se trataba de un error y algún día su madre volvería.

Un día Mario regresó a su casa después de haber asistido a clases a la primera hora. La escuela se encontraba a escasas cuadras. Como tenía que regresar tres horas más tarde, decidió emplear su tiempo en la endemoniada motocicleta, que seguía dándole dolores de cabeza. Mantener su tiempo ocupado era su solución. Así no pensaría en los problemas tan graves por los que su familia estaba atravesando.

La gran casona se encontraba completamente sola, tan vacía que su misma respiración le producía escalofríos. Cuando se dirigía al garaje, donde tenía su taller, escuchó el timbrazo del viejo teléfono colgado en una de las paredes.

—¿Mario? Soy yo... —La dulce voz de su madre al otro lado del teléfono era apenas un susurro.

—¿Mamá? ¿Dónde estás?

—Estoy en Weymouth. No te preocupes, Mario. Estoy bien. Tengo que irme por un tiempo. Pero... volveré.

—¿Cuándo? —preguntó él, anhelando que eso sucediera muy pronto.

—Pronto. Te quiero, Mario. Los amo, a Clara y a ti. Nunca lo olviden.

—No, mamá.

—No le digas a tu padre que llamé. —La línea se cortó.

Con lágrimas en los ojos, Mario fue a trabajar en la motocicleta. Se preguntaba en qué momento la felicidad había decidido darle la espalda.

Poco tiempo después, mi padre entró por la puerta del taller, tambaleándose, con el rostro desencajado, la camisa desarreglada, deshecho el nudo de su corbata.

—Marcos —exclamó Mario, poniéndose de pie.

—Necesito un gran favor, Mario.

Mario enmudeció. Estaba frente al hombre que había querido como si fuera un segundo padre, pero al mismo tiempo el que había arruinado su vida, destruido a su familia.

El corazón de Mario se ensombreció y turbó por un momento. Recordó a su madre, su dulce y tierna madre. No. Ella era inocente y pura. Ella no podía traicionar a su padre.

Seguramente él la había seducido. Él la había orillado a hacer lo que fuera que hizo.

—¿Mario? —repitió mi padre.

—¿Qué necesitas? —preguntó Mario secamente.

—¿Puedes prestarme tu auto?

Una punzada se clavó en el pecho de Mario.

—¿Adónde vas? —preguntó hoscamente.

—Necesito ir a Weymouth.

Justamente de donde había llamado su madre.

—Lo cuidaré bien. Lo prometo —dijo mi padre, ya a punto de la locura.

Mario se dio la vuelta casi de manera automática, dudó por unos momentos, pero luego alcanzó las llaves del automóvil que estaban colgadas en un viejo clavo. Sin decir una sola palabra se las entregó a mi padre, quien esbozó una franca sonrisa de alivio y relajó los hombros en cuanto las tuvo en las manos.

—Gracias, Mario —le sonrió— y se dio la vuelta.

❀❁⊱✿⊰❁❀

El corazón de Mario estaba oscurecido por el dolor. Pudo haber dicho en ese instante que los frenos no funcionaban. La vida de mi padre no se habría perdido.

Pero se quedó de pie, sin decir nada, con los sentimientos encontrados, deseando tal vez que mi padre nunca alcanzara a su madre, que no se la arrebatara. Porque él quería que ella regresara, como lo había prometido.

Mario era un chiquillo en ese entonces. No quería dañar a nadie, pero la inmensa culpa que lo perseguiría a partir de ese día nunca lo dejaría en paz.

Después de su relato, comprendí los sentimientos que lo ahogaban y lo apuñalaban día tras día. Pero su eterno arrepentimiento no bastaría para resarcir el daño que su omisión había causado todos esos años.

Mario pudo haber salvado mi vida y mil más la noche del incendio, pero nunca podría traer de vuelta aquella otra vida que por sus acciones se perdió.

TRAMPA

Mis ojos vacíos le hicieron saber a Mario que nuestro amor se había fragmentado como un cristal.

—Perdóname, Annia. —Su voz se quebró y vi sus ojos nublados por las lágrimas.

Por alguna extraña razón, yo no lloraba. Quizás era porque ya estaba cansada de hacerlo.

—Vete, Mario. Regresa a Nueva York y déjame aquí. —Mi voz estaba extrañamente enronquecida.

—¡No quise hacerle daño! ¡Yo no quería que él muriera, Annia! —Se apresuró a tomar mis manos.

En ese momento quería que se oscureciera todo de pronto, que llegara el final.

—Lo ocultaste tantos años... —apenas musité.

—¡Porque tenía miedo de perderte!

—Ahora comprendo tantas cosas...

—Lo siento, Annia. Lo siento tanto... Pensé que podíamos ser felices. ¿Era mucho pedir?

Con la vista fija en el césped, él continuó ante mi silencio:

—Sí... era demasiado... No te merecía. Nunca lo hice.

—No puedo casarme contigo, Mario. Ya no —sentencié. Él pareció comprenderlo.

—Seremos amigos, Mario. Siempre. —Ahogué un lamento—. Te amo, pero ya no confío en ti.

Mis palabras fueron dardos certeros que destruían cualquier esperanza que él pudiera abrigar. Lo vi quebrarse ante mí, pero yo estaba harta de las mentiras. Todo en mi vida había sido mentira. Y el silencio de Mario, todos esos años, era lo que más me dolía.

Sabía que en él no recaía toda la culpa. Todo habría sido diferente si mi madre no hubiera vuelto temprano a casa el día del accidente, si mi padre no hubiera olvidado su billetera, si Irenne no hubiera llamado ni a Mario ni a mi padre. Si el automóvil de mi padre no se hubiera descompuesto...

Esbocé una ligera sonrisa y acaricié sus cabellos. Él levantó la cabeza. Una chispa de esperanza avivó sus ojos.

—Al menos dame tiempo. Necesito poner en orden mis sentimientos —dije suavemente.

Y eso necesitaba. Necesitaba creer en Mario otra vez. Convencerme de que era nuestro amor lo único que ya importaba.

—¿Quieres que me vaya?

Asentí.

—De acuerdo.

—Detendremos nuestros planes... al menos por ahora —dije tan solo para que no muriera su esperanza—. Regresa a Nueva York. Necesito pensar.

Pero Mario se dio cuenta de que ya no lo veía como el hombre de mi vida, porque yo sí había perdido toda la esperanza. Porque yo era así.

Sin decir nada más, me miró a los ojos y me hizo una caricia que me hizo estremecer. Cerré los ojos con fuerza para no derramar ni una lágrima.

—Siempre cuidaré de ti, Annia.

Y, después de besarme la frente, se marchó.

❀✿⊰✿⊰✿❀

Rompimos nuestro compromiso, ante el pasmo de mi madre y la aflicción de Carlo. Ella no lo culpaba de la muerte de mi padre. Aseguraba que iba a exceso de velocidad. Nadie supo con claridad cuál de los dos factores ocasionó que el vehículo se estrellara. Según mi madre, fueron las decisiones erradas de mi padre e Irenne las que los arrastraron a ese irremediable desenlace.

También dejé de creer en mi madre, y en todo lo que en adelante me diría. Me enfrasqué en mis pinturas, como si fuera lo único real y honesto que mis ojos pudieran ver y mis manos palpar. Al menos en ese mundo nadie me mentía, ni tampoco nadie volvería a lastimarme.

Cuando llegó el momento de seleccionar cuáles exhibiría en la galería, dudé si llevar las de Mario. Eran bellas. Clay decía que eran las mejores, pues las rodeaba un halo de misticismo y de esperanza a la vez. Yo ya no estaba tan segura de querer que alguien las conociera.

Curiosamente, los días posteriores a la revelación de Mario sentí una increíble compatibilidad con Anton. No porque me gustara o lo quisiera, sino porque por primera vez en la vida comprendía la naturaleza de sus pinturas: todas ellas crudas, mostrando la torcida realidad de su genuino sufrimiento. Entonces sentí un poco de pena por él, rechazado por su padre, con una madre tan frágil, una novia muerta en horribles circunstancias, y considerado un paria por todos los demás. Poco a poco Anton fue revelándome su historia, desde la infancia: los maltratos que sufrieron él y su madre por parte de su padre, la impotencia de ver morir a su hermano más pequeño y, por último, la pérdida de su amada. Comprendí por qué Anton no tenía esperanzas.

—Y bien... —Se atravesó en mi camino una tarde en la que me dirigía a tomar el autobús después de nuestras clases—... ¿ya estás preparada para la exhibición?

—Estoy haciendo lo mejor que puedo —le respondí, apenas dibujando una sonrisa.

—¿Por qué no me muestras todas tus obras? Puedo aconsejarte cuáles llevar. Se supone que sólo se nos autoriza exponer tres a cada uno, pero puedo hacer que Clay haga una excepción con nosotros —dijo muy ufano—. Si exponemos cinco será mucho mejor.

—Cinco son demasiadas, Anton. Creo que son todas las que tengo...

—Pues entonces expónlas todas. Mucha gente vendrá. Algunas veces puedes cruzarte con ciertos cazatalentos. O, de pronto, alguien podría comprarte una. Yo ya he vendido unas cuantas piezas en la galería de Clay. Se las han llevado a algunos museos. A consignación. Aún estoy en espera de ganar unos miles de dólares por ellas.

Un brillo de ambición atravesó sus sombríos ojos.

—Ya veré —respondí sin ánimos.

—Está bien —dijo, al tiempo que se encogía de hombros—. Como quieras.

—¿Vas a tu casa? —quiso saber cuando alcanzamos la parada del autobús.

Asentí mientras tomaba asiento.

—Así que... —Escudriñó mi figura, tanto que comencé a sentirme incómoda—... has roto tu compromiso con el Sabelotodo.

—Vaya, las malas noticias sí que vuelan —ironicé.

Él tomó asiento.

—Es un idiota, Annia. Siempre lo supe. Me alegro de que te hayas librado de él antes de que echara a perder tu vida y tu talento.

Lo miré sin comprenderlo.

—Así es —continuó—, alguien como él hubiera hecho lo posible por opacarte. Sabía que eras mejor que él, en todos los aspectos. Él te habría condenado a una vida de sufrimientos.

—Mario no es así. —Lo defendí.

—Como sea, me alegro de que estés fuera de su influencia. ¿Qué hubieras hecho casándote a tu edad? ¿Irte a vivir con él? ¿Llenarte

de hijos antes de que tuvieras la oportunidad de realizar tus sueños?

«Mi sueño era ése, Anton.»

—Era una tontería, Annia. Conozco a los de su tipo. Los que se creen superiores a los demás. En cuanto hubieras dicho que sí en el altar, ahí mismo tu vida habría terminado. No serías para él más que un objeto. Te presumiría ante los demás. Sí que lo haría. —Sus ojos se ensombrecieron y traspasó los míos, como si viera en mí a alguien más que no era yo—. Sí... Eso hubieras sido, un maniquí, una muñeca con una boba sonrisa en su rostro, asintiendo y diciendo palabras estúpidas. Después te encerraría en casa, echaría llave tras de sí y te dejaría sola, sola todo el día cuidando de tus hijos mientras él se iba a trabajar. Entonces llegaría a casa, a la hora que se le antojara, golpeando las paredes, gritándote desde la sala, con toda la potencia de sus pulmones; haciéndote salir de aquella celda donde te recluyó todo el día. Preguntándote a gritos mientras te arrastra por el suelo... ¿Dónde está la cena, estúpida? ¿Es que no puedes hacer nada bien?

—¡Anton! —Me puse de pie para volverlo a la realidad.

Él esbozó una sonrisa sórdida y continuó hablando como si nada hubiera pasado.

—Comprendo tu tristeza, pero nada ganas exhibiéndola ante todo el mundo.

—Yo no hago eso.

—Te propongo algo: ¿por qué no vienes a mi casa? Te enseñaré mi propia galería. Seguro te gustará.

No tenía nada mejor que hacer ese día, así que asentí. Cuando abordamos el autobús que nos llevaría a su vecindario, la voz de Mario se hizo presente.

«Aléjate de él.»

❀❁⊱✿⊰❁❀

Anton abrió la puerta de servicio y miró hacia todas direcciones.

—La estúpida no está... —susurró tan bajo que apenas pude escucharlo.

—¿Anton? —Una débil voz que venía de la sala se escuchó.

—Pasa, Annia —me dijo y me tomó del brazo.

Nos introdujimos por el vestíbulo y cruzamos la sala de estar. Alcancé a divisar la figura de una mujer, acostada en un sillón, presionando un pañuelo en la frente y los pómulos.

—¿Anton? —repitió la voz.

—¿Qué quieres... Melina? —respondió al fin. Tal vez solo porque yo estaba ahí.

—¿Cómo te fue en la galería? —preguntó con un hilo de voz mientras se incorporaba y nos lanzaba una mirada—. ¿Quién es tu amiga?

Él no contestó; en su lugar, miró a la mujer con desprecio.

—Estaré ocupado, Melina. Voy a mi galería. No se te ocurra pararte por ahí.

Los ojos de Anton centelleaban odio. Ella palideció y asintió. Luego se recostó nuevamente, con lentitud, y cerró los ojos.

—¿Ella es tu madre?

—A mi pesar...

No quise preguntar más. Sus lóbregos ojos y sus cuencas amoratadas me miraron con cierto interés.

—No es a ella a quien debes ver. Vayamos al jardín. Ahí está lo que realmente quiero mostrarte...

No dije nada.

Su «modesta» galería estaba situada en el jardín. Un cuarto enorme especialmente construido para él y para todas sus obras. Me figuré que Anton pasaba todo el día ahí metido, pues bien sabía que no estudiaba y era casi imposible pensar que tuviera algún trabajo, aunque fuera de medio tiempo.

Montones de cuadros en caballetes y otros más amontonados en los rincones mostraban las pesadillas más oscuras que solo la mente trastornada de Anton podía crear. Excepto la pintura de la niña angelical. Con todo su esplendor y su gracia. Un auténtico ángel caído del cielo. La novia de Anton. Su novia muerta. Para mí, todas esas eran bellas.

—Esta sin duda es una de las mejores —me atreví a decir, sin afán de herir su ego.

—Todas son excelentes —me corrigió—, pero esta les encantará a los espectadores. Ya lo verás.

—Seguro que sí.

—A veces la extraño. A mi musa. Los días en que ella vivía todo era más... agradable. Tenía esperanza. Ella hacía que olvidara todos mis problemas. Su bella sonrisa era mi refugio.

—Sí, lo comprendo.

—Pero ella era un ángel, no un ser terrenal... —agregó—. Aunque los puros de corazón aún pueden corromperse. Este podrido mundo ya empezaba a pervertirla, a quitarle esa inmaculada inocencia con la que nació. De haber vivido más, se habría dejado seducir por la inmoralidad de la sociedad. Pienso que, de cierta manera, el fuego que la consumió purificó su corazón.

—¿Fuego? —Me volví extrañada—. ¿No dijiste que se había desbarrancado?

—¿Qué? Ah, sí. Su auto se incendió después de volcarse.

Me giré extrañada hacia la pintura nuevamente. Me percaté de que había algo raro en ella después de mirarla detenidamente y por segunda vez. Algo en aquella joven empañaba su inocencia, algo que solamente las pinturas de Anton podían develar. Algo macabro escondido en algún lugar.

—¿Quieres tomar algo, Annia? —preguntó él.

—Una soda estaría bien.

—Tengo vinos muy finos. Podemos tomar alguno.

—Tú no puedes tomar, Anton. Eres menor de edad.

—¡Pero si estoy en mi casa! —Soltó una risotada—. Te traeré uno de los mejores.

Me dejó sola admirando aquel retrato, de lo más intrigada por saber de qué rayos estaba hablando Anton cuando describió a su novia, pero además muy incómoda por la manera de dirigirse a su madre: sus palabras vacías y sin expresión, su sonrisa retorcida... De pronto sentí ganas de irme, y lo habría hecho de no haber perdido tanto tiempo mirando la pintura.

Anton salió por otra de las puertas que conducían a la galería, sosteniendo sendos vasos de cristal cargados con un vino tinto.

—¡Brindemos porque somos unos solitarios! ¡Y somos tan especiales que el mundo no nos merece! —Su semblante se tornó alegre de repente, y una chispa descomunal de excitación cubrió sus ojos.

Sonreí confusa ante su expresión divertida, tan inusual. Extendí la mano para tomar el vaso, haciendo caso omiso a todas las advertencias que revoloteaban en mi cabeza.

—¡Salud! —Y chocamos los cristales.

Como no era asidua a beber vino y mi estómago solo había recibido un poco de cereal por la mañana, sentí el líquido como un sendero de fuego mientras descendía por mi garganta.

—¿Estás bien? —preguntó mi anfitrión cuando sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies y todo a mi alrededor comenzaba a dar vueltas y más vueltas.

Apenas pude balbucir una afirmación antes de sentirme perdida por unos momentos, mirando la horrenda galería que se oscurecía cada vez más, como si las sombras de las pinturas de Anton cobraran vida y empezaran a tragársela poco a poco. Las enredaderas de las ventanas extendían sus ramas a toda velocidad, destruyendo todo a su paso.

—Ven, recuéstate aquí. —La voz no parecía ser la de Anton.

Obedecí. No podía moverme bien ni conseguir que de mi boca saliera alguna palabra.

—¡Oh! ¡Qué bella y dulce eres, Annia! —Escuché una voz grave; una mano me acariciaba sobre el diván donde quedé prácticamente inconsciente—. Eres tan pura como mi ángel. Tan perfecta que este mundo no te merece. Ningún hombre será nunca lo suficientemente bueno para ti. Tienes todos los dones que mi musa tenía, pero tú eres aún mejor. Tú estás completa, tú eres mi preciosa joya celestial. Mucho mejor que ella, mucho mejor.

De ese día recuerdo poco: los ojos de Anton, que parecían devorarme, y sus labios rozando los míos. Flotaba por el espacio, veía luces multicolores y escuchaba voces extrañas. La visión de Anton se confundía entre la fantasía y la realidad. La niña del retrato me seguía por todos los rincones; sus ojos verdes me atraían, pese a mi voluntad, como si fueran dos grandes imanes, obligándome a nadar en ellos, a contracorriente, si quería seguir viva, para al final salir de las cuencas en forma de lágrimas que corrían hacia otro río, donde tenía que nadar de nuevo, en un ciclo interminable y desquiciado.

Me reponía de la alucinación vivida cuando, al girar la cabeza una vez más para mirar a la joven del lienzo, su halo angelical comenzó a hacerse cada vez más pequeño, hasta que desapareció por completo, y entonces unas letras diminutas se grabaron en su frente, después de lo cual se agrandaron a una velocidad inverosímil y se escaparon del cuadro, para iniciar una danza macabra ante mis asombrados ojos, hasta que finalmente una aguda voz vociferó en mis oídos:

—¡Die! ¡Die! ¡Die!

Cerré los ojos y sentí un grito indescriptible en mi interior.

❀✿꒰✿꒱✿❀

Horas después desperté, sintiéndome muy mareada. Me incorporé con torpeza; la cabeza me estallaba. Afuera, la melodía de los grillos

me hizo darme cuenta de que ya había anochecido.

Mis cabellos estaban húmedos por el sudor. Con pavor toqué mi ropa, temerosa de que alguien se hubiera aprovechado de mi condición, pero ni uno solo de los botones de mi blusa estaba abierto; ninguna prenda me había sido retirada. Enseguida me puse de pie, tratando de dominar el asco y el concierto de tambores que sentía dentro de la cabeza. Me encontraba sola. Tomé mi mochila. Justo antes de alcanzar la puerta, Anton me obstruyó la salida.

—Oh, querida Annia... ¿cómo estás? Estaba tan preocupado por ti —exclamó mientras me ofrecía una pequeña taza de té que descansaba sobre una fina charola de plata.

—¿Qué me pasó?

—Creo que el vino te hizo mal. No sabía que pudiera hacerte daño. De haberlo sabido, yo...

—¿Cuánto bebí?

—Un vaso completo.

Sin embargo, yo recordaba haber bebido apenas un trago.

—Es porque no estás acostumbrada a ingerir alcohol. Además, sospecho que tenías el estómago vacío —dijo con tono desenfadado, depositando la charola en una mesita—. Deberías tomar este té. Es un relajante.

No. Yo no tomaría nada más que viniera por parte de Anton. No era una bebedora, pero tenía la suficiente experiencia como para detenerme antes de que mi cerebro se colapsara.

—Tú... —Lo miré con ojos acusadores—. Tú pusiste algo en mi vaso.

Él rio escandalosamente.

—¿Estás loca o qué? Te emborrachas en mi casa para después decir que fue mi culpa. ¿Qué? ¿Crees que te violé o algo?

—No. Pero lo hiciste... Tú pusiste algo en el vino. Alguna droga que me hizo salir de este mundo.

—¡Vaya, Annia! ¡No creí que fueras de ese tipo! Ya te lo dije antes, pero te lo volveré a decir. El vino es demasiado fuerte para ti. Debiste tener más cuidado. Recuérdalo para la próxima —me advirtió con una mueca de sorna.

—No habrá próxima vez. —Lo aparté de mi camino, dispuesta a salir de aquel escalofriante lugar—. Fue un error venir aquí.

Sus ojos se encendieron y, en un movimiento rápido, me tomó del cuello y me estampó contra la pared de una manera brutal.

—¡Pero no podrás decir que la pasaste mal! ¡No después de besarme como lo hiciste!

—Yo no te besé. —Me defendí, apenas dominando el temblor en mi voz.

—Oh, sí que lo hiciste, Annia. Me besaste y dijiste que era a mí a quien amabas, no a tu estúpido científico.

—Déjame ir, Anton —supliqué cuando me di cuenta de que no tenía sentido alguno discutir con él. Él creería lo que su imaginación torcida le contara—. Ya es muy tarde... en casa deben estar preocupados por mí.

—¿Y en qué te vas a ir, tontita? Son más de las tres de la mañana. ¿Piensas irte a pie?

—No importa... encontraré un taxi... por favor... déjame ir.

Me soltó.

—Quédate conmigo, Annia. —Tomó mis manos y lanzó una mirada soñadora, que nada tenía que ver con aquella mirada enloquecida que momentos atrás me había aterrorizado—. Quédate, y veamos juntos el amanecer. Vuelve a besarme y a acariciarme como lo hiciste hace unos momentos.

—Anda, no lo niegues. Sé que te gusto. Por eso viniste aquí conmigo. Por eso vas al taller todos los días. Te gusto desde el primer momento en que me conociste, cuando aceptaste mi bufanda y te la llevaste puesta.

Quise decirle que era un loco, que algo en su cabeza no estaba bien, pero temí que volvería a encenderse y a lastimarme.

—Lo siento, Anton —comencé con la voz más calmada que pude—. Siento que hayas malinterpretado las cosas. Tú eres mi amigo, siempre te he visto de esa manera. Pero no me gustas. Nunca lo has hecho.

—¿Y entonces por qué te acercas a mí? ¿Por qué aceptaste el cuadro que pinté para ti? ¿No sabes que eso no son más que señales? ¿Señales de que te gusto?

—No, Anton —repetí—. Acepté la pintura porque fue un regalo tuyo, y si me acerco a ti es solo porque quiero ser tu amiga.

—Pero... pero, Annia. —Por un momento sus ojos se llenaron de confusión—. No lo comprendo. Tú eres como yo. Los dos estamos hechos de lo mismo. Los dos somos demasiado buenos para este mundo, para esta absurda sociedad. Tú y yo somos... perfectos. —Desapareció de su rostro toda muestra de cordura.

—Ya tengo que irme... —vacilé, y entonces intenté abrir la puerta de cristal.

—¡No, estúpida! ¡No puedes irte! —vociferó, sujetando mi mano tan fuertemente que me hizo dar un giro para mirarlo—. ¿No crees que tu coquetería fue demasiado lejos? ¿Qué pretendías viniendo a mi casa? ¿Creías que tan sólo hablaríamos? ¿Es que piensas que soy un idiota? ¿Para qué viniste si no te intereso?

—Fue un error, Anton. Jamás debí venir aquí.

—¿Y adónde irás ahora? Tu patético Einstein no puede salvarte y llevarte a casa. Se ha ido muy lejos; solo cuentas conmigo. Nadie más está a tu lado. —Me estrujó y me arrastró hasta el centro de la galería.

Forcejeamos. Él era muy fuerte, a pesar de su delgadez. Tras dar un traspié, me azotó contra el piso, haciendo retumbar mi cabeza. Quedé casi inconsciente.

—¡Déjame en paz! —gemí mientras intentaba asir cualquier cosa que estuviera a mi alcance para asestarle un golpe.

Él se montó sobre mí, dispuesto a estrangularme.

—¡Eres patética, Annia! ¡Tan patética! Creí que eras como yo, pero eres tan solo otro ser ordinario en este mundo, tan patético como tú. No eres mejor que ella. No lo eres.

—No intento ser como ella —me defendí, cogiendo sus manos fuertemente para alejarlas de mi cuello—. ¡Yo no soy ella! —chillé al darme cuenta de que me comparaba con su novia muerta.

—¡Oh, no! No eres ella. ¡Tú eres peor! ¡Mucho peor! ¡Tú me hiciste creer que te gustaba! ¡No eres más que una hipócrita!

—Suéltame —grité a todo pulmón, ganando las fuerzas necesarias para patearlo justo donde sabía que sus fuerzas lo abandonarían.

Sus ojos se pusieron en blanco y su cuerpo se contrajo. Empujé su pecho con mis manos y lo dejé chillando en el piso.

—¡No te me vuelvas a acercar, tú... fenómeno! —le grité de nuevo en cuanto me puse de pie.

Lo vi enardecerse, pero lo había golpeado tan fuerte que aún no se recuperaba. Alargó el brazo para sujetar mi pierna, pero yo fui lo suficientemente veloz para retroceder.

Abandoné la lúgubre galería antes de que pudiera incorporarse.

Anton gemía, maldiciéndome y espetándome toda clase de palabras bajas.

—¡Te arrepentirás! ¡Te arrepentirás! —vociferaba una y otra vez.

Pude ver cómo se arrastraba a través de la gran puerta de cristal, tratando de alcanzarme. Yo cerré mis oídos y, reuniendo todo el valor que me era posible, traté de dominar el temblor de piernas. Corrí a toda prisa con la aterradora idea de que él me diera alcance. Solo hasta que estuve dentro de un taxi me sentí aliviada.

En mi fuero interno le gritaba a Mario con angustia y desesperación. Cómo ansiaba volver a verlo... Lamentaba haberlo desobedecido.

Anton se vengaría de mí, de eso estaba segura. Lo que no sabía era de qué manera lo haría. Y yo no estaba preparada para lo que estaba por venir.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Llegué a casa al alba, cuando los pájaros comenzaban a trinar. Era inútil creer que mi madre no había notado mi ausencia. Abrí la puerta con sumo cuidado, aún sintiendo que todo me daba vueltas, con el corazón saliéndoseme del pecho, experimentando una fuerte y nauseabunda resaca y el cuerpo maltrecho.

Ella estaba sentada en la cocina, con el teléfono a un lado y un montón de papeles al otro. Tenía la mirada vacía, el cabello desordenado y el rostro más níveo que la porcelana.

—Mamá —susurré, apoyándome en el marco de la puerta.

Ella se giró para mirarme, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Dónde estabas? —me gritó con una voz que no era la suya.

—Déjame explicarte...

Fue todo lo que pude decir antes de caer al piso.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Me desperté la tarde de ese mismo día. Mi madre estaba a mi lado, despejando los sudorosos cabellos de mi frente.

Antes de que dijera nada, me incorporé y le referí detalladamente la escalofriante experiencia que acababa de vivir. Su reacción fue de la incredulidad a la rabia, de la rabia a la preocupación y de la preocupación al alivio.

—Dios... No puedo creerlo, Annia. ¡Corriste un gran peligro! —dijo atrayéndome a su regazo—. Si te perdiera, no sé lo que haría. Eres mi tesoro. Sin ti, mi vida no tendría sentido. —Lloraba a mares.

—Estoy bien, mamá. Solo fue el susto.

—¿Cómo pudo ese muchacho drogarte? ¿Y tú por qué fuiste tan confiada? Sabes que no debes beber alcohol, mucho menos si estás sola con un hombre.

—Solo fue un sorbo —me defendí—. No pensé que esas cosas pasaran en la vida real.

—Pues ya viste que sí. Fuiste afortunada al poder escapar sin un rasguño.

La mirada de mi madre se llenó de espanto.

—¿Ese joven no te habrá...?

—¡No, mamá! —chillé antes de que terminara su pregunta—. Ya te lo dije. No me hizo nada, y en mis vagos recuerdos solo lo veo a un lado de mí, contemplándome como un loco.

—Annia. —Me tomó de las manos—. No vuelvas a ese taller. Conseguiremos otra parte donde puedas estudiar. Debemos notificar a la policía lo que ha sucedido.

—Pero la galería...

—¡Annia! ¡Estás en peligro! ¿Y tú lo único en lo que puedes pensar es en la galería? Ya encontrarás otro momento para exhibir tus cuadros.

No era justo. Lo único que me quedaba era la galería, y por culpa de ese loco ahora no podía asistir.

—¿De acuerdo? —Clavó su mirada en mí, forzándome a responder a regañadientes.

—De acuerdo.

Ella sonrió después de un largo suspiro.

—Estaba tan preocupada anoche. Lamenté no tener el teléfono de todos tus amigos. No sabía a quién hablarle. —En su rostro se dibujó nuevamente la agonía al revivir la pesadilla.

—¿Llamaste a Mario?

—Sí, pero nunca contestó.

—Mejor, mamá... no hubiera querido preocuparlo.

Mi madre bajó la mirada.

—¿De verdad has roto tu compromiso con él?

—Sí. —Asentí, tratando de ocultar mi melancolía.

—Él es bueno, Annia. No lo culpes por lo que le sucedió a tu padre.

—Lo culpo por guardar silencio tantos años. —Escupí, casi para herirla a ella también.

—A veces guardamos silencio para no herir a los demás.

—Pues resulta peor cuando todo sale a la luz. ¿No crees? —La enfrenté.

Retorció las manos en señal de nerviosismo. Con la cabeza gacha, respondió a mi pregunta:

—Sé que también estás resentida conmigo. Pero si callé fue para no arruinar tu felicidad. Merecías ser feliz, y Mario también. Suficiente sufrimiento ha tenido a lo largo de su vida, así como tú. Ojalá algún día puedas reconsiderarlo...

—Quizá —dije, sin una pizca de convicción.

CADENA DE MENTIRAS

La casa de los Sanford me parecía diferente, como si hubiera pasado más de una década desde la última vez que estuve ahí. Y no habían pasado más que un par de semanas.

Desde el momento en que la puerta del despacho de Carlo crujió, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Era la primera vez que entraba en esa habitación.

Carlo se dejó caer en su asiento de piel, con los brazos lánguidos y la mueca más triste que había visto en su rostro. Y eso que su semblante siempre estaba cargado de melancolía y desesperanza.

Aún me preguntaba qué estaba yo haciendo ahí; por qué Carlo me había llamado con tanta urgencia. Mi primer pensamiento fue que algo malo le había sucedido a Mario, pero no era eso lo que él quería decirme.

—Hay algo que debes saber —me dijo con voz ronca a través del teléfono—. Ven a mi casa, antes de que me arrepienta...

No me imaginé qué más podía decirme que yo no supiera o me interesara.

Encendió un puro de los que mi abuelo también solía fumar. Echó una bocanada y, con la mirada, me ordenó tomar asiento. Yo me sentía demasiado nerviosa como para sentarme, así que preferí quedarme de pie.

—¿De qué se trata? ¿De Clara?

Él negó con la cabeza.

—Es Mario. Merece ser feliz. Al menos no le arrebataré también a él la felicidad...

—Discúlpame, Carlo —interrumpí—, pero lo que sucede entre Mario y yo nos concierne solo a nosotros.

Me froté las manos con nerviosismo.

—Irenne... —continuó hablando, con una voz profunda; su mirada parecía extraviada, encajada en sus recuerdos—. Mi dulce Irenne... Ojalá algún día puedas perdonarme. —Luego se dirigió a mí, con el sufrimiento, tal vez la culpa, en los ojos—. Ojalá algún día todos puedan perdonarme.

Me estremecí.

—Será mejor que me vaya —dije muy bajo.

—Quédate, Annia —me ordenó con una severa advertencia implícita en sus ojos—. Quédate y escúchame hasta el final. Y después, ódiame tanto como quieras.

Palpé la fina piel del amplio sofá que tenía al lado. Luego, con movimientos torpes, me dejé caer en él, presintiendo que iba a necesitar un apoyo después de escuchar lo que vendría. Entonces Carlo habló. Finalmente, después de trece años, la persona más inesperada me revelaría la verdad.

—Mi esposa era bella, una hermosa hechicera a quien siempre amé. Pero con la misma intensidad con que la amé, la aborrecí. Siempre tuve celos de todo aquel que la mirara; siempre creí que, desde el momento en que aceptó casarse conmigo, toda ella me pertenecía: sus pensamientos, su respiración y hasta sus más íntimos secretos. Ella era mía, mi posesión más amada. Golpeé el rostro de todos aquellos que se atrevían a mirarla de manera lujuriosa, pero también a ella la castigaba, culpándola por su exuberante belleza y su sensualidad. Toda su magia debía ser para mí. Yo no estaba dispuesto a compartirla con nadie.

»Me ocultó muy bien sus sentimientos hacia Marcos. Lo hizo por muchos años. Me convenció de dejar Rhode Island y mover mi bufete aquí, donde vivía su amada Isabel. Todo lo hice por ella, porque en la medida en que la lastimaba deseaba recompensarla. Marcos se convirtió en mi amigo, y llegué a pensar que él era como

el hermano que perdí en mis años de juventud. Confié en él, y nunca dudé de sus ideas. Él era un hombre inteligente, con mucha visión, más de la que yo algún día tuve o tendré.

»Nada había en su comportamiento que me hiciera pensar que deseara a mi esposa. Ni tampoco había nada en ella que me lo revelara. Acaso un par de miradas intercambiadas y un ligero rubor que cubría las mejillas de Irenne cuando él la miraba.

Carlo se llevó el puro a la boca y luego echó el humo pausadamente, como tomándose el tiempo para recomponer los recuerdos.

—Isabel supo guardarse muy bien su secreto, sus años de juventud, la época en que Irenne y Marcos estaban enamorados. Pensé que aquellos días eran oscuros y por eso Irenne se negaba a hablar de ellos. Sabía lo que había sucedido en esa casa, la desgracia que separó a tu abuelo y a tu madre para siempre, y creí que esa era la razón por la que Irenne nunca hablaba de su pasado.

»Durante años se aferró a mí. Yo era lo único que tenía. Después vinieron nuestros hijos, quienes llenaron nuestra vida de una indescriptible felicidad, demasiado buena para ser cierta. Mi Irenne no salía mucho de casa y, si lo hacía, yo llevaba un registro completo de todos sus movimientos, pues tengo que admitir que siempre la espié. Siempre creí que terminaría yéndose con otro; que alguien mejor que yo se la llevaría. Pero seguiría hasta el fin del mundo al patán que osara arrancarla de mi lado, y a ella juré destruirla si me engañaba.

»Así que cuando empezó a pasar más tiempo con Marcos, a volver a casa más tarde, mis celos se encendieron. Sé que la vida que le di no fue buena y que, de haber tenido la oportunidad, me habría abandonado. A mí, pero no a sus hijos. De cierta manera, me sentía aliviado por saber que mis hijos la retendrían a mi lado para siempre.

Hizo una pausa larga. Negaba con la cabeza, como queriendo conjurar lo sucedido después.

—Una tarde llegó a mis manos un informe detallado de mis hombres. Ella se veía con Marcos. La rabia se apoderó de mí; sentía todo mi cuerpo a punto de convulsionarse. Justo en ese momento ella se apareció en mi puerta. Estábamos en este mismo lugar. La saqué a empellones sin dejarla hablar, pero en cuanto le escupí mi descubrimiento, su cara se trastornó. Entonces supe que todo era cierto. Lleno de ira, ciego, a punto estuve de deshacerle el rostro. Si Mario no se hubiera aparecido, lo habría hecho en ese momento. La corrí de mi casa, le advertí que nunca volviera. Yo le quitaría todo. Oh, sí... yo era capaz de quitarle todo. Con tan solo mover un dedo la dejaría en la calle, a ella y a su amante.

»Irenne se fue después de llorar durante horas. Con el poco dinero que llevaba se alojó en un hotel no lejos de aquí. Yo le revelé todo a tu madre. "Era cuestión de tiempo", me dijo, sin expresión alguna en su voz, comprobándome con sus palabras que ellos se amaban desde siempre. Me sentí como un completo estúpido. Le prometí a Isabel que ambos tendrían su escarmiento, pues ella estaba tan dolida como yo. A tu padre lo dejaría en la ruina. Podía sacarlo de nuestras inversiones y proyectos con tan solo un chasquido, y concederle a Isabel tu custodia absoluta.

Carlo se incorporó y se puso a caminar de un lado al otro. Excitado, continuó su relato:

—Enardecido por el engaño y el silencio de Irenne, fui a buscarla a su hotel y le exigí una explicación. Ella lo negó todo... todo excepto su amor por Marcos. Y eso fue la gota que derramó el vaso. Descargué toda la fuerza de mis puños en su frágil cuerpo. La dejé malherida, casi sin moverse. Pero mi ira no terminó ahí... Habría deseado matarla en ese momento. "Corre, Irenne, corre tan lejos como puedas... yo siempre te alcanzaré". Esa fue mi amenaza, y ella palideció y se arrellanó en un rincón, como un animal herido.

»Pocos días después supe que ella seguía manteniendo contacto con Marcos. Yo la vigilaba día y noche, temiendo que se escapara y jamás volviera a verla. Estaba obsesionado con ella; la sola idea de que se marchara con alguien me volvía loco. Yo quería destruirla,

pero al mismo tiempo quería que se quedara conmigo. Presa del pánico, se escapó de aquel hotel y se fue a un lugar en Weymouth. Fue lo suficientemente hábil como para burlar a mis hombres, pero tan tonta como para revelar su posición. Isabel me llamó ese día para decirme dónde estaba y lo que planeaban hacer ella y Marcos.

»Hecho una furia, salí de mi despacho, subí a mi automóvil e intenté darles alcance. Los vi afuera del hotel, subiendo al Mercedes de Mario. Marcos manejaba como un enloquecido, pues al poco tiempo se dieron cuenta de que yo iba detrás de ellos, dispuesto a acabarlos con mis propias manos. Pero desaparecieron de mi vista al tomar una curva. Lo siguiente que escuché fue el sonido sordo del metal colisionando. Una nube de polvo y humo se alzaba sobre dos vehículos hechos añicos.

»Bajé de mi auto precipitadamente y corrí hacia ella como un loco. Los llamé por su nombre, pero ninguno respondió. Llamé a una ambulancia en cuanto recobré el juicio. Los minutos transcurrían lentos y dolorosos. Los bellos ojos de mi amada esposa continuaban cerrados. La llené de besos, le pedí perdón.

»Cuando los paramédicos llegaron, declararon a tu padre muerto. El corazón de Irenne todavía latía. Se la llevaron al hospital más cercano. Fingí no conocerlos. Dije que me había detenido en cuanto vi el accidente. Marcos no portaba ninguna identificación, por lo cual fue imposible llamar a su familia. Irenne, en cambio, llevaba una credencial con el teléfono de nuestra casa. El primero en enterarse fue Mario. Fue lo que él siempre creyó.

»Volví a mi despacho tan solo a esperar la llamada de Mario. Al poco tiempo habló, comunicándome entre sollozos la noticia que yo ya sabía. Le ordené quedarse en casa, y él, tan confundido como estaba, acató mis órdenes sin atreverse a preguntar nada. Telefoneé a una piadosa vecina, quien se ofreció a recoger a Clara de su escuela.

El acento del hombre adoptó un carácter fúnebre.

—Yo mismo fui a la morgue a reconocer el cuerpo de tu padre. Deseé con todas mis fuerzas regresar el tiempo. Si yo no hubiera

perseguido a tu padre, él no habría manejado como un loco ni acabado con su vida. Le pedí perdón; rogué que me estuviera escuchando en algún lugar. Después llamé a tu madre y envié a mis hombres a recogerte. Ellos se presentaron como tus tíos; a través de ellos Isabel se enteró de que Marcos e Irenne iban en el mismo vehículo, y de sus planes de llegar a algún lugar en el sur, huyendo de nosotros.

»No desmentí esa versión ni tampoco le dije a tu madre que yo participé en aquel aparatoso accidente. Irenne cayó en un coma profundo. No presentaba muerte cerebral, pero algunas zonas de su cerebro habían sido lesionadas. Los médicos la mantuvieron estable. Sin embargo, no sabían si despertaría algún día. Yo no podía permitir someter a mis hijos a ese calvario. No podía mostrarles a su madre casi muerta. Preferí mentirles. Los llevé a otro hospital, en Lynn, muchos días después. Les dije que su madre estaba bien, pero que era mejor dejarla descansar.

Carlo enterró su cabeza entre las manos. La desesperación y la agonía quebraron su voz.

—He hecho muchas cosas terribles, Annia... He mentido, he manipulado a la gente a mi antojo. Tengo el dinero suficiente para lograr que las personas hagan lo que yo quiero, incluso aquellas que se jactan de ser incorruptibles. Mi dinero y mi posición, mis grandes influencias, son las que me abren el camino con facilidad.

»Les mentí a mis propios hijos. Que Dios me perdone y me dé su amparo el día que comparezca ante Él. Compré las palabras de un médico. Les pagué a él y a su asistente lo suficiente para que vivieran el resto de su vida sin tener que preocuparse por nada. No los culpo. El dinero puede incluso comprar la ética profesional. El médico les dijo a mis hijos que su madre se había recuperado asombrosamente y salido por su propio pie del hospital, del brazo de un hombre, en perfecto estado, sin decir adónde se dirigían.

»Mario no lo creyó. La buscó por todo el hospital, frenético, revisando cada uno de los cuartos, hasta que la asistente del médico

lo detuvo y le ratificó la versión. Ella se había recuperado... Ella se había ido.

»Fue así como comenzó el rumor de que mi esposa se había fugado con un hombre. No tardó en esparcirse entre nuestros círculos sociales la sórdida revelación de que Irenne San Luis se había escapado. Y todos lo creyeron. Yo prefería que mis hijos pensaran que su madre se había ido lejos a revelarles la horrible verdad: su madre estaba en coma, su madre quizá nunca despertaría.

»Mantuve a Irenne en un hospital de Boston, hasta que pude moverla a Connecticut, lejos de todo. Cada semana iba a verla, le pedía perdón, le llevaba rosas, le hablaba, le imploraba que abriera los ojos nuevamente. Envié a mis hombres a ese lugar para que la vigilaran día con día, hasta que despertara. Estaba seguro de que ese día llegaría. Sin embargo, lo que yo no sabía es que alguien más la vigilaba. Alguien más esperaba su despertar.

»Muy poco tiempo después me enteré de las verdaderas intenciones de Marcos e Irenne. Eso me ha sumido en una eterna culpa que carcome mis entrañas.

»Ellos no huían... solo se dirigían a Rhode Island.

»Cuando dejé a Irenne sin nada, lo único que pensó fue en ir a buscar a mi padre. Él confiaría en ella, él le creería. Mi padre siempre la quiso, y siempre la protegió de mí. Sabía que él la apoyaría. Sabía que él era aún más poderoso que yo. Ella huía, pero de mí. Y pensó en tu padre, el único ser que aún confiaba en ella.

»Despertó después de casi tres años. Durante todo ese tiempo la depresión me tuvo sumido. No sabía qué hacer si ella salía del coma; no sabía qué decirles a mis hijos. Mis hombres me lo comunicaron. Yo estaba en un viaje de negocios cuando escuché la noticia. Lloré de felicidad; por un momento creí que podría recuperarla. Sin embargo, ese no era el final de la noticia.

»Alguien se presentó ese día. Quien estuvo en vigilia a la par que yo y, como yo, esperaba pacientemente hasta que ella despertara.

»Se la llevó, mostrando los documentos que lo acreditaban como su legítimo tutor. Sí, Luis Riveira me arrebató a Irenne y la cuidó hasta el día de su muerte. La mantuvo en su mansión en Vermont y la ayudó a recuperarse: desde recobrar el habla hasta volver a caminar. Invirtió una tremenda fortuna en todos los cuidados, pues mi Irenne quería ponerse bien para recuperar a sus hijos. Luis me prohibió acercármele. Y si yo me consideraba un hombre poderoso y opulento, al lado de Luis no era más que un chiquillo inexperto y cobarde. No tuve otra opción que alejarme...

»Estuvo convaleciente más de dos años. Mi pobre Irenne... pero su estado de salud nunca fue estable después del accidente. Su profunda inconsciencia le dejó secuelas fatales. Antes de morir, a causa de una neumonía —no de cáncer—, me envió una carta escrita con una caligrafía apenas legible. Me pedía ver a sus hijos. Era lo único que ella deseaba para poder partir en paz. Te imaginarás la sorpresa de mis hijos en cuanto les revelé dónde estaba su madre.

»Me llevé a Clara a regañadientes y chillando. Ella no quería verla. Hasta ese día no me había dado cuenta de cuánto resentimiento y odio guardaba en su corazón. Mario era diferente; mi hijo anhelaba ver a su madre. Cuando finalmente vio a sus hijos, pronunció unas cuantas palabras: "Estuvieron en mi pensamiento cada día de mi vida. Los amo". Se aferró a la mano de Mario y exhaló su último suspiro.

»Le quité todo, Annia, hasta el amor y la confianza de sus hijos. Ella ni siquiera me habló, pero me miró con esos ojos piadosos y llenos de amor. Supe que me había perdonado, aunque nunca se lo pedí. Su corazón era tan grande que no albergaba odio para nadie. Ni siquiera para una persona tan ruin como yo.

»Este secreto me ha consumido. Hice añicos la vida de Irenne, acabé con tu padre e hice desgraciados a mis hijos. Los obligué a vivir una mentira en donde la única culpable era su madre. Entre más pasaba el tiempo, más difícil me resultaba decirles la verdad.

»Después me di cuenta del daño irreparable que le hice a mi hija. Odió a su madre con todas sus fuerzas, mismas que usó para ennegrecer su corazón. Y fue mi pobre Mario quien cargó con la culpa de la muerte de tu padre durante años y años, sumido en completa depresión y melancolía, solo porque no tuve el valor suficiente para decirle la verdad.

Carlo sollozó por un largo rato, como si creyera que por cada lágrima vertida la culpa desaparecería y sus errores serían perdonados.

—Annia —levantó el rostro desfigurado, obligándome a mirarlo—, no puedo robarle esta felicidad a mi hijo. Se aman. No me perdonaría arrebatarle la dicha una vez más. Esa culpa me destruiría por completo. Él merece ser feliz.

Se secó las lágrimas, enderezó la espalda, se dio la vuelta en su silla y alzó la mirada hacia una fotografía familiar depositada en lo alto de un armario.

—Algún día me perdonará —susurró—; ella era así.

Después se giró hacia mí:

—Puedes decirle la verdad a tu madre. Puedes decírselo a Mario también. En cuanto a Clara, yo mismo le diré lo que en realidad sucedió. Quizá todavía esté a tiempo de salvar la parte buena que queda en su corazón. Quedas en libertad de juzgarme, de decirme cuánto me odias por perseguir a tu padre hasta la muerte, por mentirle a tu madre, por arrastrarte a ti también a esta telaraña de mentiras.

Me levanté de aquel sillón que parecía tragarme, como lo había hecho la red de mentiras que Carlo tejió. Me toqué el pecho tratando de alcanzar mi corazón, porque dolía. Con cada latido parecía desmoronarse.

Me dirigí hacia la puerta, giré la perilla y salí, dejando a Carlo en aquella habitación, oscura como su propia alma. Ahí hablaría con sus fantasmas y se arrepentiría desde el alba hasta el anochecer de cada día, colmado, como estaba, de culpas que nunca terminaría de expiar.

No. No sería yo quien lo juzgara. Existía una fuerza superior que algún día lo enjuiciaría. Algún día se presentaría ante ella, desnudo, sin nada más que su alma. Todo su dinero no lo salvaría, ni sus influencias lo ayudarían a escapar. Como vino a la tierra, así se iría. No. A mí no me correspondía. Sería Dios quien lo juzgaría, y era a Él a quien debía pedir perdón.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Después de la revelación de Carlo, todo mi ser se debatía tratando de ajustar cada una de las piezas, en orden cronológico, esta vez el correcto. Cada enigma resuelto despejaba, por suerte, cada una de mis dudas: las lágrimas de mi padre la mañana en que cumplí once años, la oscura verdad detrás de su accidente, la inocencia de Mario y la absoluta certeza de que nuestros padres nunca quisieron abandonarnos. ¡Cuántas lágrimas se habían vertido a lo largo de trece años! La amargura de mi madre, el resentimiento de Clara y la culpa de Mario.

Como en un sueño, me pareció divisar a través de la ventana de mi alcoba la figura de mi madre en nuestro jardín, acercándose a uno de los rosales, aspirando por primera vez en muchos años las rosas favoritas de mi padre. Abrí más la cortina para ver sus delicadas formas. Llevaba un largo vestido blanco que le daba la apariencia de un ángel.

«Oh, mamá... ¡cuánto sufrirías si te dijera la verdad!»

Podía callar, como Carlo lo había hecho durante toda su vida. Apalearía el corazón de mi madre si le revelaba lo que realmente sucedió. Me pregunté si merecía ella un nuevo sufrimiento.

Descendí las escaleras y abrí la puerta del jardín. Ella volteó a mirarme. Una sonrisa tierna se plasmó en su rostro, mientras sostenía un delicado botón de rosa. Su jovialidad me hizo recordar el rostro que había visto en aquella fotografía tomada un día soleado, casi treinta años atrás, sonriendo al lado de sus seres amados: Marcos e Irenne. Todos plenos de esperanza y de sueños juveniles.

La tristeza que mostré fue borrando gradualmente la sonrisa de su faz, y sus manos poco a poco soltaron el tierno capullo.

Ella merecía saberlo...

—Mamá... —susurré, y entonces le confesé la verdad.

Cuando mi relato terminó, mi madre se encaminó al fondo de nuestro jardín, donde el césped mullido la recibió, acariciando sus pies. Dirigió su mirada hacia el horizonte y luego la clavó en nuestras crecientes flores. Supe que lloraba. Susurró unas palabras mientras rozaba con sus blancas manos las rosas que se alzaban muy junto a los arbustos de lila. Las tiernas lilas habían crecido a la par que los rosales blancos. Cuando las sembré, no imaginé que algún día volverían a ser tan hermosas como lo habían sido cuando mi padre vivía.

Recordé a mi padre cultivando sus flores favoritas, sus lilas púrpuras, y, sin proponérmelo, también vino a mi mente Irenne y su danza en la fuente, entre las rosas multicolores. Un halo de luz que se proyectaba encima de ambos arbustos me hizo saber que tal vez ellos estaban ahí.

Ahora lo sabíamos todo. El peso de sus corazones desaparecería, dondequiera que estuvieran. Ellos nos perdonarían porque eran así, porque su corazón no albergó nunca rencor ni mezquindad.

Mucho tiempo tendría que pasar antes de que mi madre pudiera reconciliarse con la vida. Y aún más tiempo necesitaría para perdonarse a sí misma. Sin embargo, algún día lo haría. Yo la comprendía. Su dolor le impidió ver más allá, y su orgullo fue tan grande que prefirió negarse a escuchar cualquier otra versión de los sucesos. Había vivido en una mentira, odiando a mi padre y a la que alguna vez consideró su amada hermana.

—Ellos te perdonan, mamá —susurré.

Me di la vuelta y yo también rompí en sollozos.

«Papá, Irenne, ahora pueden descansar en paz.»

SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Carlo sería el indicado para salvar a su hija, si es que aún existía, en los recovecos del corazón de Clara, un poco de nobleza. Debía rescatarla antes de que se sumergiera por completo en un profundo pozo de amargura y resentimiento. Sería él, y no yo. Aunque me habría gustado ser yo, su amiga entrañable, quien la liberara de sus espectros y pesares.

Pero ella me había dado la espalda en incontables ocasiones, cerrando cada uno de los senderos que me habrían permitido llegar hasta el fondo de su alma, donde una pequeña niña sufría por el abandono de su madre.

Sin embargo, había alguien a quien yo sí podía rescatar. Debía hacerlo.

Carlo me reveló la verdad para que su hijo fuera feliz. Clara y Mario lo odiarían, seguramente; quizá todo el rencor que sintieron hacia su madre se volcaría ahora en él, de manera irreversible. Quizá tampoco podrían perdonarlo. Pero al menos ahora serían libres. La verdad, por dolorosa que fuera, les brindaría el alivio y la calma buscados durante tantos años.

Nada frustraría mis planes ni le arrebataría a Mario la felicidad que le correspondía.

Con una nueva resolución en mi vida, marqué su móvil, dispuesta a aclararlo todo.

Él no contestó. Después de varios intentos, marqué el número de su departamento. Para mi sorpresa, me respondió la voz de otro chico, su amigo de la adolescencia.

—No ha venido desde anoche. Dejó su móvil olvidado —respondió con tranquilidad.

Creo que el joven notó mi desconcierto y preocupación, porque de inmediato se aventuró a decir:

—No te preocupes, sé que está bien. Está empezando a trabajar en un proyecto, así que seguramente pasó la noche en el centro de investigación. Le daré tu mensaje si regresa hoy.

—Gracias —musité, y colgué.

El sol de julio ascendía cada vez más hacia su cenit y la brisa del océano volvía el aire cada vez más denso, casi irrespirable. Era uno de los días más calurosos del verano. Tomé un baño con agua helada para aminorar un poco la temperatura corporal.

Poco después de salir de la regadera, alcancé a escuchar los timbrazos de mi móvil. Corrí a toda velocidad y, jadeante, contesté. Del otro lado, la dulce voz de Mario me devolvió el alma al cuerpo.

—¿Buñuelo? ¿Cómo estás?

—¡Mario! ¡Gracias al cielo que me llamas! ¡Tengo que verte! Escucha, Mario, todo ha sido un error. —Las palabras salieron atropelladamente de mi boca, sin dejar ocasión para que él hablara —. ¡Tengo que verte! —repetí.

—Annia… —susurró—. También quiero verte. Por eso he venido. ¿Recuerdas que lo prometí?

—¿Dónde estás? —pregunté extrañada.

—En la galería, preguntándome por qué no estás aquí. Tampoco veo ninguno de tus cuadros. ¿No piensas venir?

—¿La galería? ¿Qué día es hoy?

—¿En qué mundo vives, linda? Sigues tan despistada como siempre. Ven pronto, antes de que Anton el Virtuoso se lleve todas las palmas.

Un estremecimiento me paralizó.

—¿Anton está ahí? —tartamudeé.

—Sí —contestó despreocupado—. Y déjame decirte que no me ha mirado con buenos ojos desde que entré. Me atrevo a decir que ahora me odia más que nunca. Deberías verlo: ahora mismo está recargado en la puerta principal, mirándome con toda la aversión y el desprecio que le es posible. Es escalofriante, debo admitir.

—¡Mario, Mario! ¡Sal de ahí inmediatamente!

—¿Que me vaya?

—¡Por favor! —supliqué.

De pronto se hizo un silencio sepulcral.

—¿Mario? —Escuché un ruido sordo, como si hubiera dejado caer el teléfono. A continuación, una gritería enloquecida y progresiva comenzó a ascender y a retumbar en mi cabeza.

—¡Mario! —chillé, pero nadie contestó.

Algo terrible estaba pasando en la galería, y yo fui tan tonta que olvidé por completo decirle a Mario que no asistiría. Él ignoraba lo que Anton había hecho conmigo. Solo estaba ahí, cumpliendo su promesa. Nunca debí olvidar que él siempre cumplía lo que prometía.

Corrí a toda prisa, presintiendo que estaba por presenciar el escenario más terrible que pudiera surgir de mis pesadillas.

Y de nuevo vi, a tan solo unas cuadras antes de llegar a la calle principal, una colosal nube de humo, oscura y densa, por encima de la galería. Las llamaradas altas y rojizas devoraban por completo el viejo edificio de madera.

Escuché las sirenas y los carros de bomberos pasar a toda velocidad. Seguí corriendo, dando trompicones y empujando a quien se cruzara en mi camino. Llegué a un punto donde se me prohibió continuar. El jefe de los bomberos y un puñado de policías franqueaban el paso y ordenaban con megáfonos que nos mantuviéramos alejados.

—¡Retroceda, señorita! —me ordenó uno de ellos.

—¡Mi prometido, mi novio está ahí adentro! —vociferé, tratando de derribar el musculoso cuerpo del hombre.

—¡No hay nada que usted pueda hacer! —Me sujetó con sus manazas—. ¡Retroceda y déjenos trabajar!

Hice lo que me pidió, ante la impotencia de saber que no podía hacer nada para salvar a Mario. Las llamas seguían tragando sin clemencia todo lo que encontraban. Las mangueras de los bomberos chorreaban agua en cantidades impresionantes, pero no con la rapidez suficiente para apagar el fuego desbocado.

Ni uno solo de los ventanales parecía abrirse, ni una puerta de emergencia había sido utilizada.

A los pocos segundos, el grito de uno de los hombres confirmó mis temores: todas las salidas habían sido bloqueadas.

Me sentí aterrorizada. Sentí que iba a desmayarme, pero tomé fuerzas y grité a todo pulmón:

—¡Mario!

La figura lóbrega de Anton apareció en una colina, a pocos metros de la escena. Al parecer, había estado ahí todo el tiempo. Me sonrió macabramente. Casi creo que lo escuché reír, vanagloriándose de su diabólico éxito.

Un temblor desenfrenado sacudió mi cuerpo y me sentí al borde del colapso. Inesperadamente, una mano asió la mía. Giré el rostro y de pronto me encontré con unos ojos piadosos cargados de sufrimiento. Una mujer ya entrada en canas me abrazó y susurró unas palabras.

—Reza, hija. Reza… —me consoló—. Mi esposo está ahí adentro. Nada podemos hacer más que rezar por ellos.

Nos abrazamos como si fuéramos madre e hija, llenando nuestra boca de plegarias que salían del fondo del corazón. Cada minuto me parecía una eternidad.

Así pasó el tiempo, hasta que el fuego por fin fue controlado. Una de las puertas fue derribada y algunos hombres valerosos del cuerpo de bomberos salían y entraban de la vieja instalación cargando a las víctimas, inconscientes y heridas.

La vista era desoladora, y los alaridos de quienes aún permanecían conscientes llenaban mis ojos de lágrimas y acrecentaban mi desesperación.

La dama de cabellos grises y yo nos acercamos de nuevo, realizando vanos intentos por encontrar a nuestros seres amados. Se nos ordenó alejarnos y esperar hasta que se tuviera una lista de los sobrevivientes.

Yo no podía esperar. Yo tenía que ver a Mario. Él tenía que estar bien.

—Señorita —repitió uno de los hombres, dirigiéndose a mí y a la mujer que me acompañaba—, tienen que esperar. Los heridos serán trasladados al hospital St. John. Les recomiendo que esperen allá.

No pude hacer nada para burlar a los policías. Tuve que resignarme y esperar. Fueron largas horas.

Mi madre se reunió conmigo en el hospital; al poco tiempo llegaron Clara y Carlo, con los rostros trastornados por el dolor. En especial Clara, quien se quebró al mirarme y corrió a abrazarme, sollozando en mi pecho como una niña pequeña.

—No puedo perder a mi hermano… —dijo entre sollozos—. No a él.

La consolé, asegurándole, a mi pesar, que todo estaría bien.

Al poco tiempo, una lista fue publicada en uno de los tablones ubicados en el pasillo. Por fortuna, había pocos decesos, pero una multitud impresionante de heridos de gravedad. Carlo fue quien buscó entre ambas listas el nombre de su hijo. Una débil sonrisa se trazó en su rostro.

—Sobrevivió, pero está en cuidados intensivos. Tendremos que esperar a que el médico nos informe de su estado de salud.

Una flama de esperanza se avivó dentro de mí. Mi Mario estaba vivo… Lo único que deseaba era volver a ver sus dulces ojos y su tierna sonrisa. Ahora yo estaría a su lado, velaría por él y sostendría su mano para siempre, como lo habíamos soñado.

Después de unos minutos, me acerqué nuevamente a la lista para buscar a Clay. Me sentí aliviada cuando vi su nombre entre los sobrevivientes, así como el de algunos de los chicos que había conocido en mi clase.

Una doctora se acercó a nosotros. Llevaba el expediente de Mario. Después de presentarse, nos alentó:

—Su hijo no presenta ninguna quemadura —dijo, dirigiéndose a Carlo—; sin embargo, su estado aún es grave. Inhaló humo tóxico hasta quedar inconsciente. Al parecer, el lugar estaba lleno de aceites y pinturas, y la combustión incompleta de estos materiales generó una gran concentración de gases venenosos. Debemos estimar cuál es el deterioro de sus pulmones y de sus vías respiratorias. Las lesiones pueden ser muy graves. Por la respuesta de su organismo en las próximas horas podremos determinar el daño y su recuperación.

—Pero… ¿vivirá? —se atrevió a preguntar Clara.

—Dependerá de él —repitió la doctora, quien nos dedicó una mirada piadosa y, después de realizar una leve inclinación, se retiró.

Y una vez más el silencio pareció tragarnos. Nos rendimos ante el paso de las horas. Unas veces mi madre me abrazaba y en otras era Clara quien se aferraba a mí. Carlo permanecía en un rincón, atormentado por sus recuerdos y la culpa.

Sentí una inmensa compasión hacia él, especialmente cuando lo encontré en la capilla del hospital, arrodillado y rezando en silencio una oración por su hijo.

❀❁⊱✿⊰❁❀

Cuando la noche ya había caído y antes de que alguno de los médicos se presentara ante nosotros con nuevas noticias sobre Mario, dirigí mis pasos hacia el pabellón B, donde mi amigo y maestro Clay se recuperaba.

Junto a la cama se encontraba un joven que, supuse, rondaba la veintena. Sin duda, se trataba de su hijo Charly. Era apenas un

chiquillo desgarbado, de estatura baja, piel blanca, cabellos rubios y ensortijados, nariz fina y pequeña, y ojos tan verdes como los de su padre.

Clay estaba consciente. La enfermera de turno me dejó entrar con la condición de que no permaneciera ahí más de media hora ni lo inquietara.

Clay me sonrió. El fuego había abrasado sin piedad sus extremidades. Tuve que controlarme para no gritar, porque su apariencia era devastadora.

—¿Cómo estás, Clay? —susurré, apenas tratando de contener el llanto.

—Vivo, Annia… —sonrió.

—Lo siento tanto… —dije, acercándome a él y acariciando su frente.

—Lo único que lamento es que tal vez no podré volver a pintar como antes.

Solté un gemido, y mis lágrimas rodaron, estrellándose en las sábanas blancas.

—Ya encontraré qué hacer —dijo débilmente—. Un viejo tan terco como yo siempre encuentra qué hacer —bromeó por un instante, torciendo la boca en una mueca divertida.

—Lo siento mucho, Clay. Todo esto ha sido mi culpa.

—Claro que no, Annia —dijo mirando hacia el techo del dormitorio—. ¿Cómo podrías ser tú la culpable?

—Anton… —musité—. Anton quería vengarse de mí. Lamento que haya escogido la galería para hacerlo. Lamento mucho no haberme alejado de él cuando tú y Mario me lo advirtieron.

Clay entreabrió la boca, sorprendido. Después cerró los ojos, y me pareció que intentaba crispar los puños. Un ligero temblor agitó su labio inferior.

—¿Clay?

Su hijo Charly se levantó de la silla y me enfrentó:

—¿Dices que Anton ocasionó el incendio?

Asentí.

—Estoy segura. Lo vi en la colina mientras los bomberos intentaban derrumbar las puertas de la galería. Sé que fue él quien lo hizo. Minutos antes mi novio me llamó por teléfono. Él estaba dentro de la exposición. Él mismo me dijo que Anton se encontraba ahí. Y yo misma escuché los gritos que siguieron a la explosión. Lo siento. De verdad lo siento. —Miré a Charly y luego a su padre—. Yo no sabía que él era capaz de algo tan siniestro. Debí tener más cuidado… Debí advertírtelo, Clay.

—Tal como lo hizo la última vez… —susurró Charly para sí mismo.

Enseguida, su padre agregó:

—Si alguien es culpable de esta desgracia, ese sin duda soy yo —respondió Clay con un hilo de voz.

Lo miré desconcertada.

—No es la primera vez que Anton comete un atentado ni termina con la vida de alguien. Está en su naturaleza desquiciada y mezquina. Hace muchos años que debí denunciarlo. El siniestro que ocurrió en tu universidad hace más de tres años también fue obra de Anton.

—Así es —interrumpió Charly—. Fue… nuestra culpa… —confesó el joven, dirigiendo una mirada asustadiza a Clay.

Yo no podía creer lo que oía.

—Está bien, Charly —dijo su padre—, puedes confiar en ella. Supongo que esta vez tenemos que decir toda la verdad. No podemos garantizar que saldremos vivos la próxima vez.

Charly asintió. Después de suspirar largamente, me reveló su historia, como si yo pudiera liberarlo de sus remordimientos.

—Anton y yo crecimos juntos. Siempre fuimos amigos, aunque más bien debiera decir que siempre fuimos cómplices de nuestras fechorías. Al principio empezó todo como un juego. Yo trataba de

comprender la naturaleza de Anton, porque siempre fue un enigma para mí. Muy seguido incurrimos en pequeños actos delictivos: robar artículos de una tienda, ponchar las llantas de un vehículo o dañar alguna estructura o edificio en la ciudad.

»Yo veía todo eso como algo divertido. —Agachó la cabeza—. Nunca me di cuenta de cuándo las cosas empezaron a subir de tono. Si alguna vez nos pillaban delinquiendo, siempre era yo quien terminaba en la correccional, porque Anton era muy listo, y antes de que me diera cuenta él ya se había escabullido.

»Hubo un momento en que creí que Anton había madurado, porque ya no me llamaba como antes ni me arrastraba a sus andanzas. Después me di cuenta de que se había enamorado de una de las chicas más populares de nuestra secundaria. Parecía que seguirla a todos lados ahora reemplazaba cualquiera de sus otras obsesiones o siniestros pasatiempos.

»Aproveché ese tiempo para enfocarme en mis estudios. Ambos nos graduamos de la secundaria con calificaciones más o menos buenas e ingresamos a la universidad de Lynn. No me explicaba por qué Anton se había interesado en seguir estudiando; ya antes me había dicho que la universidad sería una pérdida de tiempo para una mente tan brillante como la suya.

»Debo confesar que extrañaba un poco las aventuras, como yo las llamaba, y los riesgos que sobrevenían a causa de nuestras transgresiones. Confieso que la adrenalina que sentía cada vez que violaba alguna ley era, en ese entonces, una experiencia excitante. Anton me buscó un par de días antes de la famosa fiesta de la primavera. Me propuso un plan que, en ese entonces, me pareció divertido. Me instó a conseguir un buen suministro de petardos y fuegos artificiales, excusándose en que no podía acompañarme porque quería convencer a su padre de que lo dejara asistir a la velada. Yo hice lo que me pidió; conseguí los petardos con un conocido, y la noche de la fiesta Anton y yo nos introdujimos en la casa de campo para planearlo todo.

Charly tomó aire. Yo estaba paralizada.

—No sé en qué momento las cosas se salieron de control. Yo recuerdo haber organizado los petardos lejos de cualquier cosa que pudiera inflamarse. Sin embargo, uno de ellos fue a dar cerca de los cables del equipo de sonido, y en cuestión de segundos comenzó a arder. Anton me arrastró fuera de la casa de campo antes de que el fuego se propagara. Sé que pudimos haber hecho algo para apagar las primeras llamas; al menos decirles a los demás que en cuestión de minutos todo explotaría, pero él dijo que ya era demasiado tarde y que debíamos preocuparnos por nuestra vida. Me sacó a rastras del lugar.

»Yo quise ir a la policía al día siguiente. Después de todo, de eso se trataba: de un accidente. Pero Anton me amenazó. Fui tan estúpido que ese mismo día, antes de entregarle los petardos, también le revelé el nombre del que me había facilitado la compra de los explosivos. Si yo lo delataba, diría que había sido yo quien los había adquirido, y en mí caería toda la culpa. Conociendo su astucia, me di cuenta de que no bromeaba ni decía las cosas solo para asustarme.

»Le confesé todo a mi padre, y decidimos guardar el secreto. Estuvimos mal, lo sé, pero teníamos mucho miedo. Sabía que pasaría el resto de mi vida en prisión. Anton nos ha atormentado desde entonces con revelarle a la policía lo que sucedió. Yo fui el que encendió los petardos, el que los tuvo entre sus manos; mis huellas están ahí. Solo las mías. Anton fue lo suficientemente listo para no tocar siquiera uno de ellos. Con el tiempo me di cuenta de que realmente él buscaba con empeño ocasionar un incendio, aunque, cuando me expuso su plan, dijo que solamente quería darles un susto a los estudiantes. Después supe que lo único que deseaba era vengarse de Karen Marcell. Anton quería deshacerse de ella porque lo rechazó. Por mucho tiempo, Karen no se dio cuenta de que él la seguía. Cuando por fin lo averiguó, lo amenazó con decirles a sus padres. Supongo que no midió las consecuencias aquella tarde en la que se enfrentó a él, exigiéndole que se alejara de ella. "Fenómeno de circo", lo llamó, y se carcajeó ante las amenazas de Anton.

«Karen Marcell… el cuadro de Anton. Su supuesta novia muerta… una de las siete víctimas del incendio… ¿cómo no me di cuenta?»

—Descubrí la verdad poco a poco; una parte la escuché de las amigas de Karen; la otra parte no me costó trabajo hilarla. Cada vez que recordaba las pláticas de Anton y miraba sus cuadros, la veía a ella. No sabía que la obsesión de Anton fuera tan grande ni que fraguara un plan para asesinarla. Él sabía que acudiría a la fiesta. Karen amaba las fiestas y las danzas, y ese año había sido elegida como la reina de la primavera.

»Pobre Karen. —Charly se quebró y comenzó a llorar—. Recuerdo que ella estaba sentada con sus amigos, muy cerca del escenario. Supongo que Anton hizo algo para lanzar uno de los explosivos cerca del equipo de sonido, pues yo no recuerdo haber colocado ninguno allí. El resto creo que ya lo sabes. Mi papá me platicó que sobreviviste a aquel incendio. Así que, ya lo ves, si alguien es culpable aquí por esta tragedia, soy yo; hace mucho tiempo que debí detener a Anton, pero siempre fui un cobarde. No pienses mal de mi padre; él también ha sufrido mucho. Hemos estado todo este tiempo a merced de Anton, tratando de hacer lo que nos pide para que no me delate y vaya a parar a la cárcel. No sé por qué pensé que algún día me libraría de él, e ilusamente creí que nunca más volvería a revivir aquella pesadilla. Ahora es mi pobre padre quien sufre las consecuencias.

Aún atontada por una nueva revelación en mi vida, traté de coordinar mis ideas.

—Charly, debemos detenerlo ahora. Un segundo atentado en la vida de Anton terminará por convencer a la policía de que tú eres inocente. Yo lo vi. Yo sé que él lo planeó todo. Él cerró las puertas y encendió el fuego. Lo hizo para librarse de alguien a quien odiaba más que a mí. No tengas miedo esta vez. Sé que la policía se mostrará comprensiva contigo.

—Ella tiene razón, hijo —murmuró Clay—. Ya es tiempo de decir la verdad. Si no lo hacemos, nuevas culpas se acumularán en nuestra conciencia.

La enfermera me hizo saber que era tiempo de irme.

—Todo estará bien. —Me dirigí a Charly y apreté sus manos—. Diré todo lo que ha pasado. Y tú dirás la verdad. Es lo correcto. Te sentirás liberado una vez que lo hayamos hecho.

Charly sollozó y asintió como un niño pequeño. Clay esbozó una leve sonrisa.

—Gracias, Annia.

—Vendré a verte mañana, Clay. —Me agaché para besar delicadamente sus mejillas—. Te pondrás bien.

Él asintió con los ojos. Salí de la habitación todavía presa de la incredulidad y del pasmo por las revelaciones de Clay y Charly.

Anton era un ser abominable que debía ser castigado, y yo me encargaría de eso. Corrí a reunirme con los demás mientras pensaba en la mejor manera de proceder.

❀✿⊱✿⊰✿❀

Mario despertó la madrugada del día siguiente. La doctora indicó que ya podíamos verlo. Pero nuestra dicha se desvaneció cuando nos hizo saber que su estado era delicado.

—Es imposible determinar por ahora las secuelas que la asfixia y la inhalación de humo desencadenarán en él. Debemos esperar por lo menos una semana para descartar cualquier signo de infección pulmonar. Por lo pronto, el joven Sanford no puede hablar mucho. Sus cuerdas vocales se encuentran muy laceradas.

Clara y Carlo entraron primero. Cuando salieron, los ojos de Clara estaban cargados de llanto.

—¡Lo lamento mucho, Annia! ¡Lamento todo lo que te hice a ti y a mi hermano! Mi padre me ha dicho la verdad, justo unas horas antes de enterarnos de que Mario estaba aquí… todos estos años pensé que mi madre…

—Lo sé, Clara —la interrumpí con un fuerte abrazo. Por primera vez en mucho tiempo supe que era sincera.

—Fui tan mala con ella cuando murió, Annia… —continuó Clara, al borde del colapso—. ¡Tan perversa! ¡La odiaba tanto! Ni siquiera quise tomar su mano…

—Calla. No fue tu culpa, Clara. Tú no sabías nada. —Acaricié sus rubios cabellos y besé su frente—. Tu madre siempre te amó; nada de lo que hubieras hecho al final habría cambiado sus sentimientos hacia ti.

—¡Fui una egoísta! —elevó la voz—. ¡Y lo que te hice a ti, lo que le hice a Mario… estaba tan llena de rencor! ¡Fui una estúpida! ¡Por favor, perdóname, Annia!

—Todo está perdonado —dije, y no pude evitar que mi voz se quebrara.

—Si Mario se muere, no sé qué voy a hacer… —Clara lloraba a mares.

—¡Estará bien! —exclamé, tratando de convencerla a ella y, de alguna manera, también a mí misma—. Sé que estará bien.

Mi madre se acercó y puso su mano sobre mi hombro.

—Mario quiere verte.

Sequé las lágrimas de Clara y las mías. Mi madre tomó mi lugar y sostuvo a Clara entre sus brazos.

Mario se alegró en cuanto me vio cruzar el umbral.

—Annia… —susurró, retirándose el respirador.

Lloré en silencio por unos momentos, mientras me aferraba a sus manos. Lo abracé y me recosté en su pecho delicadamente. Acarició mi nuca, mis cabellos, mis mejillas.

—No llores, estoy bien…

Su voz sonaba extraña, baja, grave y áspera, pero sus ojos maravillosos eran los mismos, siempre llenos de amor y de nobleza.

—Lo siento, Mario. Nunca debí romper nuestro compromiso. —Un profundo sollozo me hizo sentir que se me desgarraba el alma.

Hizo un esfuerzo sobrehumano por consolarme.

—Ahora… estamos juntos… Buñuelo. Es… lo que importa.

—No debes hablar, Mario. Debes recuperarte. Hazlo por mí. ¡Hazlo para que vivamos el resto de nuestra vida juntos!

Él asintió y se colocó el respirador de nuevo. Me sonrió con los ojos y entrelazó sus manos con las mías. Me quedé arrodillada a su lado. Así permanecimos hasta que se quedó dormido.

EPÍLOGO

Mientras termino el final de esta historia, veo por la ventana cómo se acerca el otoño gradualmente. El viento arrastra las hojas muertas y sacude las ramas de los rosales y los altos abetos, aquellos que cuidamos y podamos Mario y yo cuando nos mudamos al Ensueño. Cerca de nuestra casita, sembramos dos árboles de lilas. Todavía son pequeños, pero algún día serán tan bellos y grandes como los de mi padre.

Como siempre, son mis lilas púrpuras las que resisten hasta las más crueles heladas. Admiro su fortaleza y ahora me doy cuenta de por qué mi padre quería que yo me pareciera a una de ellas, y por qué esta delicada flor ha estado siempre presente en mi vida.

Aún recuerdo el día en que me casé con Mario como el más dichoso de toda mi existencia. La culminación de mis sueños. Todos los que me amaban estuvieron a mi lado, a nuestro lado, en nuestro sagrado enlace. Los que ya se habían marchado también se encontraban ahí. Escuché sus murmullos y vi sus rostros felices mientras me dirigía al altar, donde Mario esperaba con una amplia sonrisa y una chispa celestial en sus ojos.

Al salir de la iglesia, descubrí una paloma surcando el cielo. Era tan blanca y tan hermosa como aquella que vi posada en mi ventana casi diez años atrás.

El ave detuvo su vuelo, plegando sus alas, hasta que descendió y se quedó muy quieta, cerca de un montón de flores recién cortadas que yacían regadas en el piso. Rosas amarillas, blancas y lilas que mis damas de honor habían lanzado por los aires. Me acerqué a la pequeña ave y con delicadeza la tomé entre mis manos. «¿Me has traído mi sueño, palomita?», le pregunté, y pareció que batía sus

alas como respuesta. Luego voló aún más arriba de las altas copas de los árboles, hasta que se perdió de mi vista.

Mario y yo fuimos muy felices el tiempo que Dios nos permitió vivir juntos. Después de casarnos, nos mudamos al Ensueño y fincamos nuestras vidas en el lugar que nos vio crecer, reír y enamorarnos. Yo me dediqué a la pintura y, durante nuestros años de matrimonio, gozamos de una infinita felicidad con la que, pienso, muy pocos seres humanos son bendecidos.

Mi padre volvió a visitarme, como siempre lo prometió. Cada noche, sin falta, viene a alguno de mis sueños y me brinda la esperanza que a veces siento perder, prometiéndome que todo estará bien y que algún día volveremos a estar juntos.

Mi madre está a mi lado, y como siempre comparte conmigo un poco de su entereza para hacerme fuerte. Cuando mi madre supo la verdad que siempre se rehusó a creer, las paredes alzadas entre ella y mi abuelo se desmoronaron y por fin dieron paso al perdón y a la oportunidad de ser padre e hija nuevamente.

Sé que mi madre se ha reconciliado con mi padre y con Irenne. Lo descubro cada vez que ella sale alegre al jardín de nuestra antigua casa en Lynn y se queda mirando los rosales mientras una sonrisa se extiende en su rostro. También sé que Irenne y mi padre descansan en paz y esperan algún día reencontrarse con nosotros.

Mi madre me entregó un manuscrito hace unos pocos días y con él pude terminar mi historia. En él me relata sus años de infancia y su amor de juventud. Su vida al lado de mi padre y al lado de la que consideró su hermana. Aun cuando ella no supiera la verdad, en sus escritos no se puede encontrar ni una sola oración en la que exprese sentimientos de rencor hacia mi padre, mi abuelo o Irenne. Me di cuenta, después de leerlo, de que no importando lo que mi madre creyera, en realidad siempre los amó.

Mi abuelo también se reconcilió con sus seres amados que ya lo han dejado. Cuando a veces hablo de mi abuela o de Irenne, él

solamente sonríe y trae a su memoria únicamente los bellos recuerdos, aquellos que vale la pena revivir.

Cuando le pregunté a mi abuelo cómo había podido reclamar la tutoría de Irenne cuando ella despertó del coma, soltó una carcajada diciendo: «Yo también tengo mis influencias». Tomás San Luis le había cedido su tutoría muchos años después para que él pudiera velar por su bienestar. Y así lo hizo, manteniendo su promesa hasta el final.

En ocasiones mi abuelo viene a verme, se queda conmigo y juega con Allie. Mi linda princesa, de piel tan blanca como el manto de nieve que cubre los senderos y las casas en el invierno.

Allie nació con ojos grises que con el paso del tiempo se volvieron tan azules como los de su padre. Su cabellera castaña se vuelve rubia en cuanto los rayos del sol la tocan, y sus facciones finas y bien delineadas cada día se parecen más a las de mi querido Mario. Quizás lo único que Allie heredó de mí fue su carácter obstinado y rebelde y su infinita curiosidad por saber siempre más allá de lo que se le dice. Mario reía cuando solía decir que en ese aspecto las dos éramos iguales.

Aún me dedico a la pintura; cada año exhibo en una galería mis cuadros y son bien recibidos, especialmente aquellos en los que recuerdo a Mario y las mil y una formas en las que siempre me salvó. Él siempre me alentó a continuar cultivando mi talento. Aun después del trágico accidente que deterioró para siempre su salud.

Anton fue encarcelado después de que Charly y yo declaramos en su contra; sin embargo, fue encontrado muerto en su celda unos días después. Supongo que prefirió morir antes de permanecer el resto de su vida en la cárcel, rodeado de personas a las que siempre consideró inferiores a él.

Clay se recuperó y aún sigue dando clases en su taller; aunque ya no pueda pintar, disfruta enseñando a sus alumnos, como alguna vez me enseñó a mí. Charly recibió una condena menor y fue puesto en libertad dos años después. Aún mantengo una comunicación

constante con mi maestro y su hijo, y me alegra decir que la vida les sonríe otra vez.

Clara y yo somos buenas amigas, las mejores; ahora que Mario no está con nosotras, nos apoyamos, como siempre lo hicimos, y nos hacemos fuertes. Como cuando éramos niñas, aún secamos el llanto la una de la otra y dormimos juntas cuando algo nos asusta. Allie ama a su «tía cabellos dorados», como ella la llama, y quiere ser como ella cuando sea grande.

Mario y yo pudimos amarnos muchos años, y aunque su salud nunca fue muy buena después de sobrevivir a aquel incendio, al menos vivió lo suficiente para escuchar a su hija decir su nombre y verla sonreír y correr a sus brazos.

Antes de marcharse, una noche me llamó a su lado. Sabía que esa sería la última vez que vería su rostro y sus hermosos y pacientes ojos. Me tendí junto a él y lo abracé con fuerza, hundiendo mi cabeza en su cuello, deseando que el tiempo se detuviera para siempre y nos ignorara por completo. Habría podido permanecer en sus brazos una eternidad, respirando su aroma, sintiendo el contacto de mi piel contra la suya, acariciando sus cabellos, dejándome llevar por el acompasado ritmo de su corazón.

—No me dejes, Mario... —le susurré al oído—. Quédate a mi lado...

—Siempre estaré contigo —aseguró con su dulce voz—; siempre cuidaré de ti.

—No te marches todavía —supliqué, apretando nuestro abrazo, abrigándome con el calor de su cuerpo.

—Ahora tengo que irme. —Besó mis cabellos y luego mis labios—. Siempre te amaré. Mi amor por ti me acompañará a donde vaya.

Entonces tuve la certeza de que pronto se marcharía. Mis lágrimas se estrellaron en su rostro.

—¿Te veré nuevamente?

—Sí...

—¿Cuándo?

—Cuando duermas...

Y cerró sus dos luminosos luceros para siempre...

Mario cumplió su promesa. Cada noche viene a visitarme y me sostiene en sus brazos, me habla con su dulce voz y me mira con sus tiernos ojos. Me promete un mañana cargado de esperanza y aviva mi alma con renovadas fuerzas. Sigue protegiendo y cuidando de mí, aun cuando ya no esté a mi lado.

❀✿⊰✿⊱✿❀

Cuando Allie cumplió seis años le regalé un divino vestido color púrpura y até unas lilas en sus encajes. Después de que terminó su fiesta y todos se marcharon, corrió a abrazarme con sus ojitos cargados de sueño. Me cubrió de besos y se encaramó encima del diván. Se acurrucó en mi regazo, como hacía cada vez que sentía miedo o se sentía desprotegida.

Besé sus cabellos cobrizos y le dije lo guapa que se veía con su vestido. Ella sonrió. Entonces, con su dulce vocecita, preguntó dónde estaba su padre. Mi corazón se encogió.

—Está en el cielo —le respondí.

Ella abrió mucho sus traviesos ojos azules.

—¿Y cuándo vuelve? —me preguntó como si su padre se hubiera marchado de viaje.

—No va a volver —le dije, y callé un sollozo.

—Pero yo quiero verlo... —insistió, arrugando con sus pequeñas manos la falda de su vestido y mirándome como si yo tuviera la solución para todo y la respuesta a su súplica.

—Sé cómo puedes verlo —respondí, y sus iris azules se iluminaron.

—¿Cómo, mamá?

—Verás. —La abracé aún más y comencé a mecerla—, si eres buena niña y tienes fe, podrás verlo siempre que quieras.

—Pero... ¿en dónde? ¿Dónde podré verlo, mamá? —preguntó con los ojos humedecidos.

—En tus sueños...

F I N

Agradecimientos

Mi querido lector:

Tienes mi agradecimiento y mi profundo respeto por haber llegado hasta aquí. Como escritores, siempre pretendemos dejar una huella perenne en quienes leen nuestras historias. Espero haberlo logrado contigo...

En tus sueños fue escrita hace algunos años, cuando viví en el maravilloso Boston, rodeada de experiencias gratas e inolvidables. La escribí durante el transcurso de cuatro estaciones, iniciando en primavera, cuando los árboles estaban en flor. De ahí nació la inspiración.

Si me preguntas si Mario y Annia fueron felices... sí, lo fueron. Su amor fue tan grande que, como escritora, ni siquiera alcanzo a describirlo.

Fue y será siempre un amor eterno, incondicional y celestial.

Si te ha gustado la novela, por favor compártela para que esta historia viva en los sueños de alguien más.

Me despido, agradeciéndote infinitamente el haber estado aquí hasta el final.

Nos seguiremos leyendo.

Con amor,

A.J. Briceño